

Tomo I

Ayn Rand

**EL
MANANTIAL**

EDITORIAL PLANETA
EDICIONES G.R



Título original:
THE FOUNTAINHEAD

Traducción de LUIS DE PAOLA

Portada de GRACIA

© Ayn Rand, 1958
© Editorial Planeta, 1975

Depósito Legal: B. 40.793-1975
ISBN: 84-0143976-6 (Obra completa)
ISBN: 84-01-43282-0 (Tomo I)
ISBN: 84-320-5407-0 (Publicado anteriormente por
Editorial Planeta)

Difundido por PLAZA & JANES, S. A.
Esplugas de Llobregat: Virgen de Guadalupe, **21-33**
Buenos Aires: Lambare, 893
México 5, D. F.: Amazonas, 44, 2.º piso
Bogotá: Carrera 8.a Núms. **17-41**

LIBROS RENO son editados por
Ediciones G. P., Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat (Barcelona)
e impreso por Gráficas Guada, S. A.,
Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat (Barcelona) – ESPAÑA

PRIMERA PARTE

PETER KEATING

Howard Roark se echó a reír.

Estaba desnudo, al borde de un risco. Abajo, a mucha distancia, yacía el lago. Las rocas se elevaban hacia el cielo sobre las aguas inmóviles, como una explosión de granito que se hubiese helado en su ascensión. El agua parecía inmutable; la piedra, en movimiento. Pero la piedra tenía la detención que se produce en ese breve momento de la lucha en que los antagonistas se encuentran y los impulsos se detienen en una pausa más dinámica que el movimiento. La piedra relucía bañada por los rayos del sol. El lago era solamente un delgado anillo de acero que cortaba las rocas por la mitad. Las rocas continuaban, inalterables, en la profundidad. Comenzaban y terminaban en el cielo. De manera que el mundo parecía suspendido en el espacio, semejando una isla que flotara en la nada, anclada a los pies del hombre que estaba sobre el risco.

Su cuerpo se recortaba contra el cielo. Era un cuerpo de líneas y ángulos largos y rectos, pues cada curva se quebraba en planos. Estaba de pie, rígido, con las manos colgándole a los costados y las palmas vueltas hacia fuera. Tenía la sensación de que sus omóplatos estaban estrechamente juntos, sentía la curva de su cuello y percibía el peso de la sangre en las manos. Sentía el viento atrás, en el hueco de la espina dorsal. El viento agitaba sus cabellos contra el cielo. Su cabello no era

rubio ni rojo; tenía el color exacto de las naranjas maduras.

Reía de las cosas que le habían ocurrido aquella mañana y de las que después tenía que afrontar. Sabía que los días venideros serían difíciles, que tendría que enfrentarse con varios problemas y preparar un plan de acción. Pero también sabía que no necesitaría pensar, porque todo estaba ya suficientemente claro para él, porque hacía tiempo que había dispuesto el plan y porque necesitaba reírse.

Trató de pensar en ello. Pero lo olvidó. Estaba contemplando el granito. Cuando sus ojos se detenían atentamente en el mundo que lo circundaba, no reía. Su rostro era como una ley de la Naturaleza, algo imposible de discutir, alterar o conmover. Tenía pómulos pronunciados que se levantaban sobre las mejillas, hundidas y descarnadas; ojos grises, fríos y fijos; boca despectiva, firmemente cerrada, boca de santo o de verdugo.

Miró el granito. "Hay que cortarlo —se dijo— y transformarlo en paredes." Miró un árbol: "Hay que partirlo y transformarlo en cabrias." Contempló una estría de herrumbre de la piedra y pensó en las vetas de hierro que existían debajo del suelo. "Hay que fundirlo en vigas —se dijo—; en vigas que se levanten hasta el cielo."

"Estas rocas están aquí para que yo haga uso de ellas —prosiguió diciéndose—. Están esperando el barreno, la dinamita, y que mi voz dé la orden; están esperando que las arranquen, que las corten, que las machaquen, que las rehagan; están esperando la forma que les darán mis manos."

Después meneó la cabeza porque recordó lo sucedido por la mañana y pensó en las numerosas cosas que tenía que hacer. Avanzó hacia la orilla, levantó los brazos y se zambulló en el cielo que yacía abajo.

Cortó rectamente el lago en dirección a la parte opuesta de la costa, y llegó a las rocas donde había dejado su ropa. Miró con pesadumbre en torno. Durante tres años, desde que vivía en Stanton y siempre que tenía momentos libres, lo que ocurría a menudo, iba allí para pasar el tiempo, para nadar, para descansar, para meditar y sentirse solo y animado. En su nueva libertad, lo primero que deseó fue ir allá, porque sabía que ya no podría volver a hacerlo. Aquella mañana había sido expulsado de la Escuela de Arquitectura del Instituto Tecnológico de Stanton.

Se puso la ropa: pantalones viejos de dril ordinario, sandalias, una camisa de manga corta a la que le faltaban casi todos los botones. Descendió por una estrecha senda, entre cantos rodados, hacia un camino que a su vez conducía a la carretera por una verde cuesta.

Andaba rápidamente, con movimientos desenvueltos y descuidados. Descendía por el largo camino, bajo el sol. A lo lejos y al frente, en la costa de Massachussets, extendíase Stanton, ciudad pequeña que parecía no tener otra misión que alojar la joya de su existencia; el gran instituto, que se erguía más lejos, sobre una colina.

El término municipal de Stanton comenzaba con un basurero, un montículo gris de desperdicios que se levantaba sobre la hierba y humeaba débilmente. Envases de latas brillaban al sol. Yendo por la carretera, más allá de las primeras casas, se encontraba una iglesia. La iglesia era un monumento gótico de ripia pintada de color azul paloma, y tenía gruesos contrafuertes de madera que no sostenían nada, ventanales con vidrieras de colores y pesadas tracerías que imitaban la piedra.

A partir de allí comenzaban las largas calles orilladas de césped. Más allá del césped se veían casas de madera que torturaban todas las formas: complicadas

con gabletes, torrecillas y buhardillas; con porches sobresalientes; aplastadas bajo enormes techos en declive. Blancas cortinas flotaban en las ventanas. Recipientes con basura, llenos hasta el tope, veíanse junto a las puertas. Un viejo perro pequinés estaba echado sobre una almohada, en el escalón de una puerta, soltando babas. Unos pañales tendidos revoloteaban al viento sobre las columnas de un pórtico.

Cuando Howard Roark pasaba, la gente se volvía para observarlo. Algunos clavaban la vista en él, con súbito resentimiento. No podían explicar por qué lo hacían; era una especie de instinto que su presencia despertaba en la mayoría de las personas. Howard Roark no veía a nadie. Las calles estaban desiertas para él. Hubiera podido caminar desnudo por ellas sin que le importase un bledo.

Cruzó el corazón de Stanton, un amplio espacio verde rodeado de los escaparates de las tiendas. En ellas exhibíanse nuevos carteles que anunciaban: "¡Bienvenido el curso del 22! ¡Felicidad, curso del 22!" Aquella tarde se realizaba la colación de grados del curso del 22 del Instituto Tecnológico de Stanton.

Roark tomó por una calle lateral donde, al final de una larga fila de casas, sobre una verde barranca, aparecía la de la señora Keating. Él era huésped de ella desde hacía tres años.

La señora Keating se encontraba en el porche dando de comer a una pareja de canarios, encerrados en una jaula que pendía sobre la balaustrada. Su regordeta mano se detuvo en el aire apenas lo vio llegar. Lo observó con curiosidad y trató de dar a su boca una expresión de lástima, pero únicamente logró poner de manifiesto el esfuerzo que estaba haciendo.

Howard Roark cruzaba el porche sin advertir su presencia. Ella lo detuvo.

—¡Señor Roark!

—¿Qué?

—Señor Roark, lamento lo... —dijo, titubeando con gazmoñería—, lo que pasó esta mañana.

—¿Qué pasó?

—Su expulsión del Instituto. No puedo decirle cuánto lo lamento. Quisiera tan sólo que usted supiera que lo siento.

Se quedó mirándola, pero ella sabía que no la veía. "No —se dijo—, no es que no me vea. Él miraba siempre fijamente a las personas, y sus infames ojos nunca omitían nada; quería hacer sentir a todo el mundo que para él era como si no existiesen. De ese modo se quedó mirando, sin querer contestar.

—Lo que digo —continuó ella— es que si uno sufre en el mundo es siempre a causa de un error. Ahora, naturalmente, usted tendrá que dejar la carrera de arquitecto. ¿No es verdad? Pero un hombre joven puede ganarse la vida decentemente siendo empleado, comerciante o cualquier otra cosa.

Él intentó irse.

—¡Ah, señor Roark! —volvió ella a llamarlo.

—¿Qué?

—El decano llamó por teléfono mientras usted estaba fuera.

Durante un momento la mujer tuvo esperanzas de que él demostrase una emoción, y una emoción equivaldría a verlo derrotado. No sabía por qué razón siempre había sentido ganas de verlo derrotado.

—¿Sí? —preguntó.

—El decano —repitió con alguna vacilación, buscando el tono apropiado para producir efecto—, el decano mismo por intermedio de su secretaria.

—¿Sí?

—La secretaria rogó que le dijese que el decano necesitaba verlo apenas usted llegase.

—Gracias.

—¿Para qué supone que lo necesita ahora?

Él había dicho: "No sé"; pero a ella le pareció oír claramente: "Me importa un bledo"; y lo contempló sorprendida.

—A propósito —agregó—; Peter se gradúa hoy. Lo dijo sin intención aparente.

—¿Hoy? ¡Ah, sí!

—Hoy es un gran día para mí. Cuando pienso cómo me he esclavizado y he ahorrado para que el muchacho pudiera ir al colegio... Y no es que me queje. Peter es un muchacho brillante.

Se echó hacia atrás. Su robusto cuerpecito estaba tan ceñidamente encorsetado bajo los pliegues almidonados de su traje de algodón, que daba la impresión de que la gordura le reventase por las muñecas y los tobillos.

—Naturalmente —continuó con rapidez, retomando con ansiedad su tema favorito—, no soy tampoco de las que se jactan. Cada uno está en el lugar que le corresponde. Observe usted a Peter de ahora en adelante. No soy de las que quieren que su hijo se mate trabajando, y por mi parte, daré gracias al Señor por cualquier éxito que tenga en su carrera; pero si este muchacho no llega a ser el más grande arquitecto de los Estados Unidos, su madre querrá saber el porqué.

Howard hizo un ademán de irse.

—¡Pero estoy entreteniéndole con mi charla! —dijo jovialmente—. Usted tiene prisa; ha de cambiarse y salir corriendo. El decano lo está esperando.

Se quedó mirándolo a través de la puerta, de tela metálica, observando cómo se movía su flaca figura por el vestíbulo rígidamente pulcro. Cuando él andaba por la casa, ella experimentaba un vago sentimiento de aprensión, como si temiese que repentinamente se abalanzara para destrozar sus mesas de café, sus vasos chinos, sus fotografías con marcos, aunque él nunca había demostrado tener tales inclinaciones. Pero, sin

saber por qué, ella continuaba esperando que la catástrofe sobreviniera.

Roark subió la escalera y se dirigió a su habitación. Era una pieza ancha y luminosa a causa del brillo limpio de las paredes blanqueadas. La señora Keating nunca tuvo, realmente, la impresión de que Roark viviera allí. Él no había agregado ni un solo objeto a los muebles imprescindibles que ella había colocado; ni cuadros, ni gallardetes, ni un alegre toque humano. No había llevado nada más que su ropa y sus dibujos; tenía poca ropa y demasiados dibujos; estos últimos estaban colocados en alto, en un rincón. A veces ella pensaba que eran los dibujos y no un hombre los que vivían allí.

Roark se encaminó hacia los dibujos. Eran lo primero que iba a empaquetar. Levantó uno, después el siguiente. Después otro. Se quedó contemplando las grandes hojas. Eran bosquejos de edificios que nunca habían existido sobre la faz de la tierra. Eran como las primeras casas edificadas por los primeros hombres, que nunca habían tenido noticia de la existencia anterior de edificios. No había nada que decir de ellas, salvo que cada construcción era inevitablemente lo que debía ser. No daban la impresión de que el dibujante se hubiese puesto a meditar concienzudamente en ellas, juntando puertas, ventanas y columnas según el dictado de su capricho o según se lo prescribieran los libros. Parecía como que los edificios hubiesen brotado de la tierra por obra de alguna fuerza viviente, completos, inalterables, correctos. La mano que había dibujado las líneas con trazos finos, de lápiz tenía todavía mucho que aprender; pero ninguna línea parecía superflua, ninguno de los planos exigidos había sido omitido. Las construcciones eran severas y simples, pero cuando se las analizaba detenidamente se comprendía qué trabajo, qué complejidad de método, qué tensión de pensamiento habrían sido precisos para obtener esa simplicidad. Ni el

más simple detalle obedecía a una regla. Los edificios no eran clásicos ni góticos ni renacentistas. Eran solamente Howard Roark.

Se quedó mirando un bosquejo. Era uno que no le gustaba. Había nacido de uno de los ejercicios que se imponía a sí mismo, fuera de su trabajo escolar, con frecuencia. Cuando encontraba un terreno especial y se detenía a pensar qué construcción se le podía adaptar, se dedicaba a realizar ejercicios semejantes. Había pasado noches enteras con la vista fija en aquel croquis, preguntándose qué había omitido. Mirándolo ahora, distraídamente, notó el error que había cometido. Lo arrojó sobre la mesa, se inclinó sobre él y trazó líneas rectas en el prolijo dibujo. Se detenía de vez en cuando y lo contemplaba, apretando el papel con las yemas de los dedos, como si sus manos asiesen el edificio. Sus manos tenían dedos largos, venas duras, articulaciones y muñecas prominentes.

Una hora después oyó un golpe en la puerta.

—Entre —masculló, sin suspender el trabajo.

—Señor Roark —suspiró la señora Keating, mirándolo fijamente desde el umbral—, ¿qué diablos está haciendo usted?

Él se volvió tratando de recordar quién era ella.

—¿Qué me dice del decano? —se lamentó—. Del decano, que lo está esperando.

—¡Ah, sí! —dijo Roark—. Me había olvidado. La señora Keating preguntó sorprendida:

—¿Se había... olvidado?

—Sí.

Había un timbre de sorpresa en su voz, algo así como la extrañeza ante la sorpresa de ella.

—Bueno; todo lo que puedo decir —agregó, sofocada— es que usted se lo merece. Se lo merece. ¿Y cómo espera tener tiempo de verlo si la distribución de los diplomas empieza a las cuatro y media?

—Iré al instante, señora Keating.

No era solamente la curiosidad lo que la impulsaba a intervenir; era el secreto temor de que la sentencia del Consejo fuese revocada. Howard se marchó hacia el cuarto de baño, situado al final del vestíbulo. Ella le vio lavarse las manos y echarse el cabello hacia atrás para darle apariencia de peinado. Empezó a bajar la escalera, antes de que ella comprendiera que se marchaba.

—Señor Roark —dijo con sonidos entrecortados, indicando su ropa—, ¿piensa ir "así"?

—¿Por qué no?

—Pero ¡se trata de "su decano"!

—Ya no lo es.

Pensó, estupefacta, que él decía aquello como si se sintiera realmente feliz.

El Instituto Tecnológico de Stanton estaba situado en una colina. Sus muros almenados se elevaban como una corona sobre la ciudad que se extendía abajo. Parecía una fortaleza medieval, con su catedral gótica injertada en la parte, anterior. La fortaleza, con fuertes paredes de ladrillos, convenía al propósito para el cual había sido hecha; pocas aberturas, con el ancho suficiente para los centinelas; terraplenes para que los arqueros pudiesen ocultarse para defenderla, y torrecillas en los ángulos para arrojar desde ellas aceite hirviendo sobre el atacante, siempre que tal eventualidad pudiera sobrevenir en un instituto de enseñanza.

La catedral sobresalía en su recamado esplendor como una defensa frágil contra dos grandes enemigos: la luz y el aire.

El despacho del decano parecía una capilla. La detenida luz crepuscular penetraba por un alto ventanal, con vidrieras de colores, a través de santos rígidos, en actitud implorante. Una mancha de luz roja y otra purpúrea se posaban en dos gárgolas genuinas

agazapadas en los ángulos de una chimenea que nunca había sido usada. En el centro de un cuadro del Partenón, suspendido sobre la chimenea, había una mancha verde.

Cuando Roark penetró en la habitación, los contornos del rostro del decano flotaban confusamente tras el escritorio tallado como un confesionario. El decano era un caballero bajo, más bien gordo, cuya indomable dignidad limitaba la expresión de su carne.

—¡Ah, sí, Roark! —dijo, sonriendo—. Siéntese.

Roark se sentó. El decano entrelazó los dedos sobre el vientre y aguardó la disculpa esperada, pero ésta no llegó. El decano aclaró su voz.

—Sería innecesario expresarle mi pesar por el suceso desdichado de esta mañana —empezó—, pues supongo que usted ha conocido siempre el interés sincero que he puesto en su bienestar.

—Completamente innecesario —dijo Roark. El decano lo miró indeciso, pero continuó:

—No es necesario que le diga que no voté en contra de usted. Me abstuve totalmente. Pero quizá le agrade saber que tuvo en la reunión un resuelto grupito de defensores. Pequeño, pero resuelto. Su profesor de ingeniería de construcción actuó enteramente como un cruzado en su favor, y lo mismo el profesor de matemáticas. Desgraciadamente, los que creyeron que era su deber votar por su expulsión excedían en número a los otros. El profesor Peterkin, el crítico de dibujo, convirtió en cuestión personal el asunto, llegando hasta amenazar con la dimisión si usted no era expulsado. Tenga en cuenta que usted ha provocado grandemente al profesor Peterkin.

—Es cierto —dijo Roark.

—Éste, como usted ve, fue el inconveniente. Me refiero a su actitud en materia de dibujo arquitectónico. Nunca le ha concedido usted la atención que se merece.

Y, sin embargo, ha sido un excelente alumno en todas las obras materias de ingeniería. Nadie niega, naturalmente, la importancia de la ingeniería de la construcción para un futuro arquitecto. Pero ¿por qué ir a los extremos? ¿Por qué desdeñar lo que se puede llamar la parte artística, la parte inspiradora de su profesión, y concentrarse en todas esas materias áridas de técnica matemática si piensa ser arquitecto y no ingeniero civil?

—¿No es superfluo todo eso? —preguntó Roark—. Pertenece al pasado. No vale la pena discutir ahora mi elección de materias.

—Estoy tratando de ayudarlo, Roark. Debe ser justo en esto. No puede decir que no se le haya prevenido varias veces antes de que esto ocurriera.

—Es cierto.

El decano se movió en la silla. Roark le hacía sentirse incómodo. Tenía los ojos fijos en los suyos cortésmente. El decano pensó que el mal no consistía en que él lo mirase así; en realidad, era completamente correcto; más propiamente, cortés; sólo que lo hacía como si él no estuviese allí.

—Todos los problemas que se le han dado —prosiguió el decano—, todos los proyectos que ha tenido que dibujar, ¿cómo los hizo? Los ha hecho todos, en fin, no puedo llamarlo estilo, a su increíble manera, contraviniendo los principios que tratamos de inculcarle, contrariando todos los precedentes establecidos y las tradiciones artísticas. Usted cree ser lo que se llama un modernista, pero ni siquiera es eso...; se trata de una mera locura, si no le molesta que le hable así.

—No me molesta.

—Cuando se le daban proyectos dejándole la elección del estilo, y usted los transformaba en una de sus extravagancias, bueno, francamente, sus profesores

lo aprobaban porque no sabían qué hacer; pero cuando se le dio un proyecto con un estilo histórico determinado: una capilla Tudor, un teatro lírico francés, y los transformó en algo que parecía un montón de cajones, sin razón y sin ritmo, ¿podría decir que era la realización del trabajo que le habían indicado o una insubordinación lisa y llana?

—Era una insubordinación —replicó Roark.

—Queríamos darle una oportunidad en vista de sus brillantes éxitos en todas las otras materias, pero cuando usted transforma en esto —el decano golpeó el puño sobre una hoja que tenía delante—, en "esto", una *villa* del Renacimiento para su último trabajo del año..., realmente, joven, ya es demasiado.

La hoja tenía el dibujo de un proyecto para una casa de vidrio y hormigón. En un ángulo había una firma de rasgos finos y angulosos: "Howard Roark".

—¿Cómo espera que lo aprobemos después de esto?

—Yo no esperaba aprobar.

—Usted no nos deja elección en este asunto. Naturalmente, ahora sentirá rencor hacia nosotros, pero...

—No siento tal cosa —repuso Roark tranquilamente—. Le debo una excusa. Por regla general, no permito que las cosas me ocurran. Esta vez he cometido un error. Yo no debí esperar a que me echasen; debería haberme ido hace tiempo.

—Vamos, vamos, no se desanime. Ésa no es la actitud que le conviene adoptar, sobre todo después de lo que le diré —el decano se sonrió, se inclinó hacia delante, gozando el preludio de una buena acción—. Éste es el propósito real de nuestra entrevista. Estaba ansioso por hacérselo saber tan pronto como me fuese posible. No quería dejarlo marcharse. Desafíé personalmente el carácter del presidente cuando le hablé del asunto. Considérelo usted, si bien es cierto que él no

se ha comprometido, pero... así quedaron las cosas. ¿Se da cuenta de lo importante que sería si usted se tomase un año para descansar, recapacitar, podríamos decir, para hacerse más hombre? Entonces podrá haber una posibilidad de admitirlo de nuevo. Considérelo usted; yo no puedo prometerle nada; esto que le digo es estrictamente oficioso; sería un poco irregular; pero, en vista de las circunstancias y de sus brillantes éxitos, podría constituir para usted una verdadera oportunidad.

Roark se sonrió. No era una sonrisa alegre ni agradecida. Era una sonrisa sencilla, fácil, divertida.

—Creo que usted no me comprende —repuso Roark—. ¿Por qué supone que yo quiero volver?

—¿Eh?

—No volveré. No tengo nada más que aprender aquí.

—No le comprendo —dijo el decano firmemente.

—¿Queda algún punto por explicar? Eso no es asunto que le concierna a usted.

—Por favor, explíquese.

—Ya que es su deseo, lo haré. Yo quiero ser arquitecto, no arqueólogo. No veo el objeto de hacer "villas" de estilo Renacimiento. ¿Para qué aprender a proyectarlas si nunca las edificaré?

—Querido joven, el gran estilo del Renacimiento está muy lejos de haber muerto. Cosas de ese estilo se edifican todos los días.

—Se edifican y se edificarán, pero no seré yo quien las haga —repuso Roark.

—Vaya, vaya, eso es una chiquillada.

—Yo vine aquí a aprender construcción de edificios. Cuando me daban un proyecto, el único valor que tenía para mí era aprender a resolverlo como si se tratase de un proyecto que había que ejecutar en realidad. He aprendido todo lo que podía aprender aquí en ciencias de la construcción, en lo que ustedes no me aprueban.

Un año más diseñando tarjetas postales de Italia no me serviría para nada.

Una hora antes el decano deseaba que la entrevista se desarrollase lo más tranquilamente posible. Ahora quería que Roark mostrase alguna emoción; le parecía ficticio que estuviese tan naturalmente tranquilo en tales circunstancias.

—¿Quiere usted decirme que piensa seriamente edificar de esa manera cuando sea arquitecto, si llega a serlo?

—Sí.

—Pero, amigo, ¿quién se lo tolerará?

—No es ésa la cuestión. La cuestión es quién me contendrá.

—Présteme atención, y esto es muy serio. Lamento no haber tenido antes una conversación larga y seria con usted... Ya sé, ya sé, ya sé, no me interrumpa; ha visto uno o dos edificios modernistas y eso le ha dado ideas. Pero, ¿no se da cuenta de que todo el movimiento llamado modernista no es más que una fantasía pasajera? Usted debe comprender, lo que ya ha sido comprobado por todas las autoridades en la materia: que todo lo hermoso que hay en la arquitectura ha sido hecho ya. Hay una rica mina en cada estilo del pasado; nosotros solamente podemos elegir entre los grandes maestros. ¿Quiénes somos para mejorar lo que ellos hicieron? Sólo podemos intentar repetirlo respetuosamente.

—¿Por qué? —preguntó Roark.

"No —pensó el decano—, no ha agregado nada; ha sido una palabra inocente, no me está amenazando."

—¿Es evidente! —exclamó el decano.

—Mire —dijo Roark, señalando hacia la ventana—. ¿Ve el colegio y la ciudad? Mire cuántos hombres andan y viven allí. Bien; me importa un bledo lo que cada uno de ellos o todos juntos piensen de la

arquitectura o de lo que fuere. ¿Por qué tengo que tomar en cuenta lo que pensaron sus abuelos?

—Esa es nuestra sagrada tradición.

—¿Por qué?

—Por el amor de Dios, ¿continúa siendo tan ingenuo?

—Francamente, no lo comprendo. ¿Por qué quiere usted que yo piense que "ésta" es una gran arquitectura?

—dijo, señalando el cuadro del Partenón.

—"Ése" —dijo el decano— es el Partenón.

—Ya lo sé.

—No dispongo de tiempo para perderlo en disputas tontas.

—Muy bien. —Roark tomó del escritorio una regla larga y se encaminó hacia el cuadro—. ¿Quiere que le diga qué es lo que está podrido aquí?

—¡Es el Partenón! —exclamó el decano.

—¡Sí, que Dios lo condene, el Partenón! Golpeó el cristal del cuadro con la regla.

—Mire —dijo Roark—, ¿para qué están ahí las famosas estrías de las famosas columnas? Para ocultar las juntas de la madera, cuando las columnas se hacían de madera; pero éstas no son de madera son de mármol. Los triglifos ¿qué son? Madera, vigas de madera dispuestas en la misma forma que ellos los colocaban, cuando empezaron a construir chozas de madera. Sus griegos, cuando emplearon el mármol, copiaron sus construcciones de madera, sin razón, porque otros las habían hecho así. Después sus maestros del Renacimiento hicieron copias en yeso de copias de mármol de copias de madera. Ahora estamos aquí nosotros haciendo copias de acero y hormigón de copias de yeso de copias de mármol de copias de madera. ¿Por qué?

El decano, sentado, lo observaba curiosamente. Había algo que lo confundía, no por las palabras de

Roark, sino por la forma en que éste las decía.

—¿Reglas? —prosiguió Roark—. Mis reglas son éstas: lo que se puede hacer con un material no debe hacerse jamás con otro. No hay dos materiales que sean iguales. No hay dos lugares en la tierra que sean iguales. No hay dos edificios que tengan el mismo fin. El fin, el lugar, el material determinan la forma. Nada es racional ni hermoso si no está hecho de acuerdo con una idea central, y la idea establece todos los detalles. Un edificio es algo vivo, como un hombre. Su integridad consiste en seguir su propia verdad, su único tema, y servir a su propio y único fin. Un hombre no pide trozos prestados para su cuerpo. Un edificio no pide prestado pedazos para su alma. Su constructor le da un alma, que cada pared, cada ventana, cada escalera expresan.

—Pero todas las formas de expresión hace ya tiempo que han sido descubiertas.

—Expresión ¿de qué? El Partenón no servía para el mismo propósito que su predecesor de madera, así como un aeropuerto no sirve para el mismo propósito que el Partenón. Cada forma tiene su propio significado, así como cada hombre crea su sentido, su forma y su fin. ¿Qué puede importar lo que han hecho los otros? ¿Por qué tiene que ser sagrado por el mero hecho de no haberlo efectuado uno? ¿Por qué todo el mundo tiene que tener razón? ¿Por qué el número de los demás toma el lugar de la verdad? ¿Por qué hacer de la verdad una mera cuestión aritmética y, en realidad, una simple cuestión de suma? ¿Por qué está todo retorcido, sin sentido para adoptarlo a los demás? Debe de existir alguna razón. No la conozco y nunca la he sabido; sin embargo, me hubiera gustado comprenderla.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el decano—. Siéntese. Sería mejor. ¿No le parece más conveniente dejar la regla sobre la mesa? Gracias. Ahora escúcheme. Nadie ha negado nunca la importancia que tiene la

técnica moderna para un arquitecto. Tenemos que aprender a adaptar la belleza del pasado a las necesidades del presente. La voz del pasado es la voz del pueblo. Nunca un solo hombre ha inventado nada en arquitectura. El proceso creador es lento, graduado, anónimo, colectivo, y en él cada hombre colabora con los otros y se subordina a las normas de la mayoría.

—Mire —respondió Roark con serenidad—. Tengo, digamos, sesenta años de vida por delante. La mayor parte de este tiempo lo emplearé en trabajar. He elegido el trabajo que me gusta hacer. Si no hallo alegría en él, resultará que yo mismo me habré condenado a sesenta años de tortura. Y sólo encontraré alegría si hago mi trabajo de la mejor manera posible. Pero lo mejor es una cuestión de normas, y yo establezco mis propias normas. No he heredado nada, ni estoy al final de ninguna tradición. Quizás esté al principio de una.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó el decano.

—Veintidós —contestó Roark.

—Bastante excusable —dijo el decano; parecía sentirse aliviado—. Ya se curará usted de eso —sonrió—. Las viejas normas han vivido miles de años y nadie ha podido mejorarlas. ¿Qué son los modernistas? Una moda pasajera, exhibicionismo. Han tratado de llamar la atención. ¿Ha observado usted el curso de sus carreras? ¿Puede nombrarme uno solo que haya logrado alguna distinción permanente? Fíjese en Henry Cameron. Un gran hombre, un arquitecto sobresaliente hace veinte años. ¿Qué es ahora? Puede considerarse feliz si restaura un garaje una vez al año. Un vagabundo y borracho que...

—No discutiremos acerca de Henry Cameron.

—¿Es amigo suyo?

—No. Pero he visto sus obras.

—Y usted las encuentra...

—Dije que no discutiremos acerca de Henry

Cameron.

—Muy bien. Debe darse cuenta de que le estoy permitiendo demasiada... libertad, diremos. No estoy acostumbrado a tener discusiones con estudiantes que se conducen como usted; sin embargo, estoy ansioso por impedir, si es posible, lo que parece ser una tragedia: el espectáculo de un joven de sus dotes intelectuales, que trata de complicarse la vida.

El decano se preguntaba por qué le habría prometido al profesor de matemáticas hacer todo lo posible por aquel muchacho. Simplemente porque el profesor, señalando un proyecto de Roark, había dicho: "Éste es un gran hombre." Un gran hombre, pensó el decano, o un criminal. Después se arrepintió. No estaba de acuerdo con lo uno ni con lo otro.

Recordó lo que había oído del pasado de Roark. El padre de éste había sido pudelador de acero en un lugar de Ohio y había muerto hacía tiempo. Los documentos de ingreso del muchacho no ofrecían dato alguno, de parientes próximos. Cuando se le preguntó acerca de esto, respondió con indiferencia: "Nunca he pensado en ellos; puede ser que los tenga, no sé." Le llamó la atención que tal cosa tuviera allí algún interés. No había tenido ni había buscado un solo amigo en el colegio, y no quiso ingresar en ninguna asociación. Se había pagado sus estudios en la escuela superior y en los tres años del instituto. Desde la infancia había trabajado como albañil en la construcción de edificios. Había servido como enyesador, como plomero, y se había ocupado en trabajos en acero. Había aceptado todas las tareas que pudo conseguir en su marcha de poblado en poblado para llegar a las grandes ciudades del Este.

El decano lo había visto el último verano, durante sus vacaciones, remachando en un rascacielos que se construía en Boston. Su cuerpo descansaba bajo un grasiento *overall*; sólo sus ojos estaban atentos y su

brazo derecho se balanceaba con pericia de cuando en cuando para coger al vuelo la bola de fuego, en el último momento, cuando parecía que el remache ardiendo le pegaría en la cara.

—Vamos —dijo el decano con gentileza—. Usted ha trabajado duramente para educarse. Sólo le falta un año para terminar. Hay una cosa muy importante que considerar, particularmente para un muchacho de su situación. Hay que pensar en la parte práctica de la carrera de arquitecto. Un arquitecto no es un fin en sí mismo; es solamente una pequeña parte del todo social. La cooperación es la palabra clave de nuestro mundo moderno y de la profesión de arquitecto en particular. ¿Ha pensado en sus futuros clientes?

—Sí —respondió Roark.

—El "cliente" —dijo el decano—. El cliente. Piense en él sobre todas las cosas. Él es el que tiene que vivir en la casa que usted construya. Su único propósito debe ser servirle. Debe aspirar a darle una expresión artística adecuada a sus deseos. ¿No es esto todo lo que se puede decir al respecto?

—Bien; yo podría decirle que aspiro a edificar para mi cliente la casa más confortable, más lógica y hermosa que se pueda construir. Podría decirle que trataré de ofrecer lo mejor que tenga y que también le enseñaré a conocer lo mejor. Podría decírselo, pero no quiero, porque no pienso construir para servir ni ayudar a nadie. No pienso edificar para tener clientes para edificar.

—¿Cómo? ¿Piensa forzarlos a aceptar sus ideas?

—No me propongo forzar ni ser forzado. Los que me necesiten, me buscarán.

Entonces comprendió el decano qué era lo que le había dejado perplejo en las maneras de Roark.

—¿Ha pensado —dijo— que resultaría más convincente si en sus palabras se advirtiese algún interés

por mi opinión respecto al asunto?

—Es cierto —dijo Roark—. Pero no me preocupa si usted está de acuerdo conmigo o no.

Lo dijo tan simplemente, que no pareció ofensivo; sonaba como la manifestación de un hecho que él advertía, perplejo, por primera vez.

—No sólo no le preocupa lo que piensan los otros, cosa que podría parecer incomprensible, sino que ni se preocupa por hacer que piensen como usted.

—No.

—Pero eso es... monstruoso.

—¿Sí? Es posible. No podría decirlo.

—Estoy encantado con esta entrevista —dijo el decano repentinamente, con voz demasiado fuerte—. Esto ha aliviado mi conciencia. Creo, como dijeron algunos en la reunión, que la carrera de arquitecto no es para usted. He tratado de ayudarle, pero ahora estoy de acuerdo con el tribunal. A usted no hay que alentarle; es usted muy peligroso.

—¿Para quién? —preguntó Roark.

Pero el decano se levantó, indicando con esto que la entrevista había terminado.

Roark salió. Marchó lentamente a través de amplios salones, bajó la escalera y salió al jardín. Había conocido muchos hombres como el decano, pero jamás los había comprendido. Sabía solamente que existía una diferencia importante entre sus actos y los de ellos, pero hacía tiempo que ello había dejado de molestarlo. Buscaba siempre un motivo central en los edificios y un impulso central en los hombres. Sabía qué era lo que motivaba sus acciones, pero ignoraba la causa de los demás. No le preocupaba. No había conocido el proceso del pensamiento en los otros, pero deseaba saber a veces qué los hacía ser como eran. Le llamó la atención nuevamente la manera de pensar del decano. Había un secreto importante envuelto en esa cuestión; había un

principio que debía descubrir.

Pero se detuvo. Contempló el sol en el momento en que iba a desaparecer, detenido todavía en la piedra caliza gris de una línea de molduras que corrían a lo largo de los muros enladrillados del instinto. Olvidó a los hombres y al decano y los principios que éste representaba y que él quería descubrir. No pensaba sino en lo hermosas que parecían las piedras iluminadas por la tenue luz y en lo que él podría hacer con ellas. Imaginaba un amplio pliego de papel y veía erguirse de éste paredes de desnudas piedras, con largas hileras de ventanales por los que entraba a las aulas la luz del cielo. En el ángulo del pliego había una firma de rasgos finos y angulosos: "Howard Roark."

II

"...La arquitectura, amigos míos es, un arte importante basado en dos principios cósmicos: belleza y utilidad. En un sentido más amplio, ellas forman parte de tres entidades eternas: Verdad, Amor y Belleza. Verdad, para las tradiciones de nuestro arte; Amor a nuestros semejantes, a quienes servimos; Belleza, ¡ah!, la Belleza es la diosa dominadora de todos los artistas, sea bajo la forma de mujer hermosa o de edificio... Ejem... Sí... En conclusión, os diré a vosotros, que estáis a punto de embarcaros en la carrera de la arquitectura, que sois los guardianes de una herencia sagrada... Ejem... Sí... por lo tanto, entrad en el mundo armados de las tres eternas enti..., armados con valor y fantasía, fieles a los cánones que esta gran escuela ha representado durante tantos años. Servidla lealmente, no

como esclavos del pasado, ni tampoco como esos advenedizos que predicán la originalidad como único objetivo y cuya actitud es sólo ignorante vanidad. ¡Que los años sean ricos en actividad para vosotros y que al partir de este mundo dejéis vuestras huellas en las arenas del tiempo!"

Guy Françon terminó con un saludo de comprensión, blandiendo y levantando el brazo derecho, sin ceremonia, pero con ese aire, ese alegre aire fanfarrón que Guy siempre se permitía. El inmenso salón, frente a él, estalló en aplausos de aprobación.

Un mar de rostros jóvenes, sudorosos, estuvo solemnemente elevado durante cuarenta y cinco minutos hacia la tarima donde Guy Françon pronunciaba el discurso de colación de grados del Instituto de Tecnología de Stanton. Guy Françon, de la famosa firma "Françon & Heyer", de Nueva York; vicepresidente de la Corporación de Arquitectos de Norteamérica, miembro de la Academia Norteamericana de Artes y Letras, miembro de la Comisión Nacional de Bellas Artes, secretario de la Liga de Artes y Oficios de Nueva York, presidente de la Sociedad de Cultura Arquitectónica de los Estados Unidos; Guy Françon, caballero de la Legión de Honor de Francia; condecorado por los Gobiernos de Gran Bretaña, Bélgica, Monaco y Siam; Guy Françon, el más importante de los alumnos de Stanton, que había diseñado el famoso edificio del "Banco Nacional Frink", de la ciudad de Nueva York, en cuya parte superior —veinticinco pisos de altura—, y en una réplica en miniatura del mausoleo de Adriano, ardía, bañada por el viento, una antorcha hecha con vidrio y con las mejores bombillas de la Compañía General de Electricidad.

Guy Françon bajó de la tarima totalmente consciente de su ritmo y de sus movimientos. Era de estatura mediana y no demasiado grueso, pero con una leve

tendencia a ser corpulento. Nadie, y él lo sabía, le atribuía su verdadera edad: cincuenta años. Su rostro, sin arrugas, no tenía una sola línea recta; era una ingeniosa composición de esferas, círculos, arcos y elipses. Tenía ojos brillantes que chispeaban de ingenio. Su vestimenta demostraba que, como artista, se preocupaba hasta por los más ínfimos detalles de ella. Conforme iba bajando los escalones, pensaba que aquélla debía de ser una escuela de ambos sexos.

Pensó que el salón que tenía enfrente era un espléndido modelo de arquitectura, aunque aquel día resultaba un poco sofocante a causa de la multitud y del problema de la ventilación, que no se había tomado en cuenta; pero ostentaba pedestales de mármol verde, columnas corintias de hierro fundido pintadas de oro, guirnalda de frutas doradas en las paredes. Los ananás, particularmente, consideró Guy Françon, habían resistido muy bien la prueba de los años. "Es conmovedor —pensaba—; yo fui quien edificó este anexo y este mismísimo salón hace veinte años, y aquí estoy como si tal cosa."

El salón estaba colmado de cuerpos y de rostros, tan apretados que no se podía distinguir a qué cuerpos correspondían los rostros. Era como un áspid, trémulo y suave, formado de brazos, hombros, pechos y estómagos confundidos. Una de aquellas cabezas, pálida y hermosa, de cabellos negros, pertenecía a Peter Keating.

Estaba sentado al frente, mirando al proscenio, porque sabía que muchas personas se fijaban en él y continuarían mirándole luego. No se volvía, pero la conciencia de aquellas miradas que convergían en él no lo abandonaba. Sus ojos eran oscuros, despiertos, inteligentes. Su boca, vuelta hacia arriba en forma de media luna, perfectamente trazada, era suave, generosa y hallábase estremecida con el débil anuncio de una

sonrisa. Su cabeza tenía cierta perfección clásica a causa de la forma del cráneo y de la ondulación natural de los negros rizos junto a las sienas levemente hundidas. Llevaba la cabeza sobre hombros a la manera de uno que da por descontada su belleza aunque los demás no lo pensarán así. Era Peter Keating, el mejor estudiante de Stanton, presidente del grupo estudiantil, capitán del equipo, miembro de la asociación más importante y considerado por todos como el muchacho más popular del colegio.

Keating pensó que la multitud estaba allí para verlo graduarse, trató de calcular la capacidad de la sala. Todos conocían su éxito escolar y nadie superaría su marca aquel día. Allí estaba Shlinker, que le había hecho una competencia firme, pero que había sido vencido el último año. Había él trabajado como un negro porque necesitaba vencer a Shlinker. Ya no tenía rivales. Entonces comenzó a sentir de improviso como si algo hubiese caído en su garganta, en su estómago; algo frío y vacío, como un hueco agujero que rodara hacia abajo y dejara ese sentimiento en su trayecto. No era un pensamiento, sino la insinuación de una pregunta: si él era realmente tan grande como habían de proclamarlo aquel mismo día.

Buscó a Shlinker entre la multitud y distinguió su rostro amarillo con sus anteojos con arco de oro. Lo miró fija, afectuosamente, con alivio, con confianza, con gratitud. Era obvio que Shlinker no podría tener jamás esperanzas de igualar su apariencia o su habilidad. Siempre vencería él a Shlinker y a todos los Shlinker del mundo. No permitiría que nadie lograra lo que él no hubiese logrado.

Que todos lo observasen; él daría motivo para que lo miraran así. Percibía el aliento cálido que lo rodeaba, y la expectación obraba en él como un tónico. Y Peter Keating pensó que todo era maravilloso.

Su cabeza empezó a bambolearse. Era una sensación agradable que lo conducía, sin resistencia y desmemoriado, al proscenio, frente a todos aquellos rostros. Estaba allí —delgado, acicalado, atlético— y dejaba que el diluvio se rompiera sobre su cabeza. Aquel estruendo era porque él se había graduado con honores, porque la Corporación de Arquitectos de Norteamérica lo había premiado con medalla de oro y la Sociedad de Cultura Arquitectónica de los Estados Unidos le había concedido el Premio París, que consistía en una beca por cuatro años para estudiar en la École des Beaux Arts.

Después se encontró estrechando manos, rascándose el rostro sudoroso, con el borde del pergamino enrollado, sacudiendo la cabeza, sonriendo, sofocándose dentro de su toga, con la esperanza de que los concurrentes no advirtiesen a su madre, sollozando y abrazándolo.

El presidente del instituto le estrechó la mano, halagándole: "¡Stanton estará orgullosa de usted, joven!" El decano le dio la mano, repitiendo: "...un glorioso porvenir... un glorioso porvenir... un glorioso porvenir..." El profesor Peterkin le estrechó la mano y le palmeó la espalda, diciéndole: "...y usted lo hallará absolutamente esencial; por ejemplo, yo tuve la experiencia cuando hice el Correo de Peabody..." Keating no escuchó el resto, porque había oído muchas veces la historia del Correo de Peabody. Era el único edificio que se sabía que el profesor Peterkin hubiese levantado antes que sacrificase el ejercicio de la profesión a las responsabilidades de la enseñanza. Mucho se habló del proyecto final de Keating: un palacio de bellas artes. Ni en sueños hubiera recordado Keating, en tal momento, de qué proyecto se trataba.

A través de todo esto, sus ojos conservaban la visión de Guy Françon que le estrechaba la mano, y sus oídos

escuchaban el sonido de su voz melosa: "...como le dije, todavía está pendiente, muchacho. Por supuesto. Ahora que tiene esa beca..., usted decidirá... El diploma de la École des Beaux Arts es muy importante para un joven..., pero a mí me gustaría tener en nuestra oficina..."

El banquete del curso del 22 fue largo y solemne. Keating escuchó los discursos con interés. Cuando oía las frases interminables sobre "los jóvenes que son la esperanza de la arquitectura norteamericana" y "el futuro abre sus puertas de oro", tenía el convencimiento de que él era la esperanza y que el porvenir era suyo y que era agradable escuchar esa afirmación de tantos labios eminentes. Contempló a los oradores de cabellos grises y pensó cuánto más joven sería él cuando alcanzase esas posiciones y otras más altas aún.

Entonces, de pronto, se acordó de Howard Roark. Se sorprendió que el destello de aquel nombre en su memoria le provocase, sin que comprendiese por qué, una punzada de placer leve y aguda. Recordó entonces que Howard Roark había sido expulsado por la mañana. Se lo reprochó en silencio e hizo un notorio esfuerzo para lamentarlo; pero la secreta alegría volvió cada vez que recordaba aquella expulsión. El acontecimiento le probaba que había estado loco al pensar que Roark podía ser un rival peligroso. Al mismo tiempo se sentía más preocupado por Roark que por Shlinker, aunque Roark era dos años menor y de un curso después que el suyo. Si alguna vez había tenido duda sobre las respectivas condiciones, ¿no

era llegado el momento de ponerle fin? Recordó que Roark había sido muy solícito con él, ayudándole cuando se aturrullaba en un problema...; no realmente aturrullarse, no, sino más bien cuando no tenía tiempo para resolverlo, ya fuese un plano o algo por el estilo. ¡Dios mío! ¿Cómo Roark podía desembrollar un plano

como si estirase una cuerda? ¡Bah! ¿Y de qué le había servido? ¿Qué obtuvo? Finalmente no le había servido para nada. Y recordando esto, Peter Keating experimentó al final un tormento de recompensada simpatía por Howard Roark.

Cuando lo llamaron para que hablase, se levantó confiado. No quería demostrar que estaba aterrorizado. Nada tenía que decir de arquitectura; pero habló, manteniendo alta la cabeza como un igual entre iguales; pero tenía una desconfianza tan sutil, que pocos de los presentes podían percibirla. Recordó y comenzó: "La arquitectura es un arte importante... con nuestros ojos en el porvenir y la reverencia hacia el pasado en nuestros corazones... de todas las artes la más importante, socialmente... y como ha dicho hoy el hombre que es un inspirador para todos nosotros, las tres entidades eternas: Verdad, Amor y Belleza..."

Entonces un muchacho que venía de los corredores, entre la confusión de los que se despedían, lo abrazó, murmurándole apresuradamente al oído:

—Márchate a tu casa y desentiéndete de este lío, Peter. Nos vamos esta noche a Boston, con nuestra "barra" solamente. Iré a buscarte dentro de una hora.

Ted Shlinker lo acosó:

—Por supuesto que vendrás, Peter. Sin nosotros no habrá alegría, y de paso mi enhorabuena y toda clase de cosas. Nada de sentimientos mezquinos: que gane el mejor.

Keating abrazó a Shlinker; sus ojos brillaban con un entusiasmo insistente, como si Shlinker fuese su amigo más querido; los ojos de Keating brillaban en igual forma sobre todo el mundo. Le dijo:

—Gracias, amigo. Realmente me siento abrumado con esta medalla de la CAA. Creo que tú eres el único que se la merecía, pero tú nunca quieres agarrar estos trastos viejos.

Después Keating marchó hacia su hogar a través de la suave oscuridad, pensando cómo haría para escapar de su madre aquella noche.

Pensaba que su madre, conforme ella lo hacía notar con frecuencia, había hecho mucho por él. Su madre era una dama graduada en la Escuela Superior, pero que había trabajado duramente; había admitido huéspedes en su casa, lo cual era completamente anormal en las costumbres de la familia.

Su padre había tenido una papelería en Stanton. Cambiaron los tiempos y terminó el negocio. Y una hernia había terminado con él hacía doce años. Louisa Keating había quedado con su casa, que estaba al final de una calle respetable, con una pensión vitalicia procedente de una póliza que ella se había procurado de mantener siempre en vigor, y con su hijo. La renta era modesta, pero con la ayuda de los huéspedes y de su tenacidad la señora Keating se las arreglaba. En el verano su hijo la ayudaba colocándose como empleado de hotel o sirviendo para propaganda de sombreros. Su hijo, como la señora Keating había decidido, ocuparía el lugar que le correspondía en el mundo, y ella se había adherido a esta idea, suave e inexorablemente como una sanguijuela.

Era gracioso, pensaba Keating; una vez había querido ser artista y había sido su madre quien le había elegido el mejor campo para que pudiese ejercitar su talento para el dibujo: "La arquitectura —le había dicho ella— es una profesión respetable. Además, en ella podrás relacionarte con las personas mejores." Ella lo había metido en esa carrera, sin que él supiese cuándo ni cómo. Era gracioso, pensaba Keating; él no se acordaba de su ambición juvenil desde hacía muchos años. Le resultaba divertido que el recordarlo le produjese dolor. Bien; aquélla era la noche para recordarlo y olvidarlo para siempre.

Los arquitectos siempre han hecho carreras brillantes, y una vez en la cumbre ¿fracasaban acaso alguna vez? De pronto recordó a Henry Cameron, constructor de rascacielos hacía veinte años y a la sazón, un viejo borracho con oficinas frente a algún muelle. Keating se estremeció y empezó a caminar con más rapidez.

Pensaba si lo estarían mirando conforme pasaba. Observó los rectángulos de las ventanas iluminadas. Cuando una cortina flotaba y se asomaba una cabeza, trataba de averiguar si era para verlo pasar. Si aún no era así, algún día ocurriría, algún día todos lo observarían al pasar.

Howard Roark estaba sentado en los escalones del porche cuando Keating se acercó. Estaba reclinado en los escalones, apoyado en los codos, con las largas piernas estiradas.

Una enredadera trepaba por los pilares del porche, como una cortina entre la casa y el poste de la luz que estaba en la esquina.

Era extraño ver un globo eléctrico en el aire de aquella noche de primavera. Daba más oscuridad y ternura a las calles. Colgaba solo, como una brecha en las sombras, y no permitía ver nada más que unas pocas ramas cargadas de hojas que lo rodeaban.

La pequeña sugestión resultaba tan inmensa como si en la oscuridad no hubiese más que una avenida de hojas. La bolsa mecánica de vidrio daba más vida a las hojas. Les quitaba sus colores y les prometía que a la luz del día serían del verde más brillante que jamás haya existido: por una parte, las afeaba; en cambio, por otra, les daba un sentido nuevo de primavera y de espacio.

Keating se detuvo cuando reconoció los absurdos cabellos color de naranja en la oscuridad del porche. Perteneían a la única persona a la cual deseaba ver. Estaba contento de encontrar a Roark solo, pero también

se sentía un poco temeroso por eso.

—Mi enhorabuena, Peter —dijo Roark.

—¡Oh..., gracias...! —Keating se sorprendió al sentir por aquella felicitación mayor placer que por las otras que había recibido durante el día. Sentía una alegría tímida a causa de la aprobación de Roark e íntimamente se consideraba un tonto por eso—. Quiero decirte..., tú sabes... —y agregó—: ¿Te lo dijo mamá?

—Sí, ella me lo dijo.

—No tenía que haberlo hecho. —¿Por qué no?

—Mira, Howard, quiero que sepas que estoy muy triste por tu...

Roark echó hacia atrás la cabeza y le contempló.

—Olvídalo —dijo.

—Yo... tengo algo que consultar contigo, Howard. Quiero pedirte tu opinión. ¿Me permites que me sienta?

—¿De qué se trata?

Keating se sentó en los escalones junto a él. Delante de Roark no podía fingir; además no tenía ganas de representar ningún papel en aquel momento. Oyó una hoja que susurró al caer a tierra; era un sonido de primavera, tenue y cristalino. En aquel instante experimentaba por Roark un sentimiento que contenía a la vez pena, asombro y desesperanza.

—Tú comprenderás —dijo Keating gentilmente y con absoluta sinceridad— que me resulta incómodo tener que consultarte sobre mis asuntos, precisamente el día que tú has sido...

—Te dije que olvidaras eso. ¿De qué se trata?

—Tú sabes —agregó Keating francamente y sorprendiéndose a sí mismo— que a menudo he pensado que eres un tonto; pero no ignoro que sabes muchas más cosas... de arquitectura que las que los tontos sabrán en su vida. Y sé que la amas como ellos no la amarán jamás.

—Y bien...

—Y bien, no sé por qué he venido hacia ti, pero aunque no te lo haya dicho antes, verás..., prefiero seguir tu opinión a la del decano. Probablemente debería seguir la del decano, pero no sé por qué la tuya significa más para mí. No sé por qué estoy diciendo esto.

Roark se volvió, lo miró y se sonrió. Era una sonrisa joven, cordial, amistosa. Una cosa tan rara en Roark que Keating se impresionó como si alguien le hubiese tomado las manos confidencialmente, y olvidó que tenía una fiesta en Boston y que lo estaban esperando.

—Vamos, no te asustes de mí. ¿Qué quieres preguntarme?

—Es acerca de mi beca, del premio París que obtuve.

—¿Sí?

—Es por cuatro años; pero, por otra parte, Guy Françon me ha ofrecido un puesto en su oficina, hace algún tiempo, aunque todavía está pendiente y no sé cuál de los dos aceptar.

Roark lo miró, movió los dedos y empezó a golpearlos lentamente sobre los escalones.

—Si quieres mi opinión, Peter —dijo al fin—, te diré que has cometido ya un error al pedírmela o al pedírsela a cualquiera. Nunca pidas opiniones a nadie, por lo menos acerca de tu trabajo. ¿Acaso no sabes lo que quieres? ¿Cómo puedes soportar eso de no saber lo que quieres?

—Eso es precisamente lo que admiro de ti. Tú siempre sabes decidirte.

—Deja los cumplimientos.

—¿Cómo te arreglas siempre para saber decidirte?

—¿Cómo puedes dejar que los otros decidan por ti?

—Pero es que yo nunca estoy seguro de mí mismo, Howard. No sé si soy tan bueno como los demás dicen. Esto no se lo confesaría a nadie más que a ti. Creo que

es porque tú estás siempre seguro por lo que yo...

—¡Peter! —estalló la voz de la señora Keating detrás de ellos—. ¡Peter querido! ¿Qué estás haciendo ahí?

Ella se quedó en el umbral, con su mejor vestido de tafetán color de hez de vino, feliz y enojada.

—He estado esperándote sentada, completamente sola. ¿Qué diablos estás haciendo sobre esos sucios escalones con tu traje de fiesta? Levantaos en seguida y entrad, muchachos. Tengo chocolate caliente y bollitos para vosotros.

—Pero, mamá, yo quería hablar con Howard de algo importante —dijo Keating, pero se puso en pie.

Parecía que no lo hubiese oído; entró en la casa, y su hijo se marchó detrás de ella.

Roark los siguió con la mirada, se encogió de hombros, se levantó y entró también.

La señora Keating hizo crujir su tiesa falda al sentarse.

—Y bien —preguntó, ¿qué estabais discutiendo afuera?

Keating acercó un ceniceró con el dedo, cogió una caja de fósforos, luego la dejó caer y, sin prestar atención a su madre, se volvió hacia Roark.

—Mira, Roark, abandona esa actitud —le dijo en voz alta—. ¿Renunciaré a la beca y empezaré a trabajar con..., o haré esperar a Françon y entraré en la École des Beaux Arts para que deje su huella en este patán? ¿Qué piensas tú?

Había algo que se había esfumado. El momento de unión se había perdido.

—Peter, déjame que yo arregle esto... —empezó la señora Keating.

—¡Oh, espera un minuto, mamá! Howard, lo he pensado cuidadosamente. No todo el mundo consigue una beca como ésta. Ha de ser bastante bueno para

conseguirlo. Tú sabes cuan importante es un curso en la École des Beaux Arts.

—No lo sé —dijo Roark.

—¡Oh, diablos! Conozco tus fantásticas ideas, pero estoy hablando con sentido práctico de acuerdo con la posición en que me hallo. Dejando a un lado los ideales por un momento, es cierto...

—Tú no necesitas mis consejos —agregó Roark.

—¡Naturalmente que los necesito! ¡La prueba es que te los estoy pidiendo!

Pero Keating no podía ser el mismo cuando tenía un auditorio, cualquiera que éste fuese. Algo se había ido. No sabía qué, pero se daba cuenta de que Roark lo sabía. Los ojos de Roark le molestaban, y esto le enfadó.

—Quiero practicar arquitectura, no hablar acerca de ella —prosiguió Keating—. La vieja École da gran prestigio..., lo coloca a uno por encima de los muchos que creen que pueden construir edificios. Por el otro lado, una oportunidad con Françon... ¡Guy Françon mismo ofreciéndomela!

Roark se alejó.

—¿Cuántos muchachos están en esta situación? —continuó Keating ciegamente—. De aquí a un año, si es que encuentran trabajo, como máximo podrán jactarse de trabajar para Smith o Jones. ¡Mientras que yo estaré con Françon y Heyer!

—Tienes mucha razón, Peter —le dijo su madre, levantándose—. En una cuestión como ésta no necesitas consultar a tu madre: es demasiado importante. Te dejaré para que la arregles con Roark.

Miró a su madre; no necesitaba saber lo que pensaba. Sabía que la única oportunidad para decidirse era hacerlo antes de que ella lo supiese. Se había detenido para mirarlo, dispuesta a volver a abandonar la habitación. Él sabía que no era mentira; que lo dejaría si

él lo deseaba y necesitaba que se fuese. Lo necesitaba desesperadamente.

—¿Por qué dices eso, mamá? Naturalmente que necesito tu opinión. ¿Qué... qué piensas tú?

Ella no se dio cuenta de la desapacible irritación de su voz, y sonrió.

—Peter, yo nunca pienso nada; eso depende de ti. Siempre ha dependido de ti.

—Bien —empezó, titubeando, observándola—, si voy a Bellas Artes...

—¡Magnífico! —dijo la madre—. Es un lugar importante. Todo el océano te separará de tu hogar. Desde luego que, si te vas, el señor Françon tomará a algún otro. La gente hablará de eso. Todo el mundo sabe que el señor Françon elige, cada año, al mejor muchacho de Stanton para su oficina. Me imagino lo que parecerá si algún otro muchacho obtiene el empleo. Pero creo que eso no importa.

—¿Qué... qué dirá la gente?

—Supongo que poca cosa. Solamente que el otro muchacho, el que elija, era el mejor del curso. Supongo que tomará a Shlinker.

—¡No! —dijo, atragantándose, furiosamente—. ¡Shlinker no!

—Pero ¿por qué te preocupas de lo que dirá la gente? Tienes que hacer lo que te plazca,

—Y tú crees que Françon...

—¿Qué tengo yo que ver con Françon? No tiene nada que ver conmigo.

—Mamá, ¿quieres que acepte el empleo de Françon?

—Yo no quiero nada, Peter. Tú eres dueño de decidir.

Se preguntó si quería realmente a su madre. Pero era su madre, y por este hecho, reconocido por todo el mundo, creía que automáticamente la amaba, de manera que daba por sentado que cualquier cosa que sintiera por

ella era amor. No sabía si había alguna razón que influyese para que se respetara su opinión. Ella era su madre y este hecho tomaba el lugar de la razón.

—Sí, por supuesto, mamá... Pero... Sí, yo sé..., pero Howard...

Era una súplica de ayuda. Roark estaba en un canapé, medio echado, tendido desganadamente como un gato. Esto sorprendía a Keating a menudo: había visto a Roark moviéndose con la silenciosa tensión y la precisión de un gato; lo había visto descansando como un gato, en una actitud tal que parecía que su cuerpo no tuviera ningún hueso sólido. Roark lo contempló y le dijo:

—Peter, tú sabes cómo me preocupan esas dos posibilidades. Elige la menos mala... ¿Qué aprenderás en la École des Beaux Arts? únicamente más palacios de estilo Renacimiento y más teatros de operetas. Allí te matarán todo lo que puedas tener; podrás trabajar bien sólo de vez en cuando, cuando alguien lo permita. Si realmente quieres aprender, trabaja con Françon. Es un bastardo y un tonto, pero construirás edificios. Eso te preparará para continuar tu propio camino mucho más pronto.

—Hasta el señor Roark habla con sentido a veces —dijo la señora Keating—, aunque hable como un conductor de camiones.

—Realmente, ¿crees que trabajo bien?

Keating lo miró como si sus ojos todavía conservasen el reflejo de ese último juicio y el resto no le importase.

—Ocasionalmente, aunque no a menudo.

—Ahora que todo ha sido arreglado... —empezó la señora Keating.

—Tendré que pensarlo más..., mamá.

—Ahora que todo está arreglado, ¿qué os parece si tomáis el chocolate caliente? Lo tendré listo en un

soplo.

Sonrió a su hijo, con una sonrisa inocente que expresaba su obediencia y su gratitud, y salió de la habitación, con un crujido de ropas.

Keating se paseaba nerviosamente, se detenía, encendía un cigarrillo, se paseaba echando humo en cortas bocanadas. Después miró a Roark.

—Y ahora, Roark, ¿qué piensas hacer?

—¿Yo?

—Sin darme cuenta me he estado preocupando nada más que de mí mismo. Mamá tiene buenas intenciones, pero me vuelve loco... Bueno, al diablo todo esto. ¿Qué piensas hacer?

—Irme a Nueva York.

—¡Magnífico! ¿Para conseguir un empleo?

—Para conseguir un empleo.

—¿En... en arquitectura?

—En arquitectura, Peter.

—¡Magnífico! Me gusta. ¿Tienes algún proyecto definido?

—Voy a trabajar con Henry Cameron.

—¡No! ¡Howard!

Howard sonrió moviendo apenas las comisuras de los labios y no dijo nada.

—¡Oh, no, Howard! Pero si él no es nada, si ya no es nada... ¡Ya sé que tuvo un nombre, pero ahora está acabado! Nunca consigue una construcción importante, no ha tenido ninguna durante años. Se dice que tiene un basurero por oficina. ¿Qué clase de porvenir te espera con él? ¿Qué aprenderás?

—No mucho; sólo cómo se debe edificar.

—Por el amor de Dios, tú no puedes continuar así, arruinándote deliberadamente. Creía que hoy habías aprendido algo.

—Algo he aprendido.

—Mira, Howard, si es porque piensas que nadie te

va a tener en cuenta ahora, al contrario, yo te ayudaré. Trabajaré con el viejo Françon y te ayudaré.

—Gracias, Peter; pero no es necesario. Ya lo he resuelto.

—Y él, ¿qué dice?

—¿Quién?

—Cameron.

—Nunca lo he visto.

En aquel momento se oyó el chillido de una bocina. Keating recordó la fiesta, se fue a mudar de ropa, chocó con su madre en la puerta e hizo saltar una taza de la bandeja cargada que traía.

—¡Peter!

—¡No importa, mamá! —La asió por los codos—. Tengo prisa, querida; tengo una fiesta con los muchachos. No protestes, porque no volveré tarde. Celebraremos mi ingreso con Françon.

La besó impulsivamente con esa alegre exuberancia que lo hacía irresistible a veces, y salió corriendo.

La señora Keating inclinó la cabeza, aturdida; protestó, pero era feliz.

En la habitación, mientras tiraba la ropa en todas direcciones, se acordó, de pronto, que tenía que enviar un telegrama a Nueva York. Era una cuestión que no se le había ocurrido en todo el día, pero ahora le llegaba con un sentido de urgencia desesperada. Quería mandar aquel telegrama inmediatamente. Escribió en un pedazo de papel:

Querida Katie: Voy a Nueva York empleo Françon. Tuyo siempre. PETER.

Aquella noche, Keating fue a Boston a toda marcha, metido en el automóvil entre dos muchachos, dejando atrás el camino y el viento.

Pensó que el mundo se abría ante él, así como la oscuridad huía en presencia de los sacudidos focos del automóvil. Era libre y estaba dispuesto. En pocos años —tan pronto, porque el tiempo no existía para la velocidad del automóvil—, su nombre sonaría como una bocina, haciendo salir de sus camas a la gente. Estaba preparado para hacer grandes cosas, para hacer cosas no sobrepasadas en..., en..., ¡diablos!, en arquitectura.

III

Peter Keating contemplaba las calles de Nueva York. Observó que la gente iba extremadamente bien vestida.

Se detuvo un instante delante del edificio de la Quinta Avenida donde lo estaban esperando la oficina de Françon y Heyer y su primer día de trabajo. Miró a los hombres que pasaban aprisa. "Elegantes como el diablo", se dijo. Y echó una mirada, pesaroso, a sus propias ropas. Tenía mucho que aprender en Nueva York.

Keating se introdujo por la puerta giratoria en un lustroso vestíbulo de mármol y se dirigió a un ascensor, barnizado de rojo y de dorado, que lo condujo, treinta pisos más arriba, a una puerta de caoba. Vio una placa de bronce pequeña, con letras elegantes:

FRANÇON Y HEYER

Arquitectos

La sala de espera de la oficina de los señores Françon y Heyer parecía el salón de baile de una mansión colonial, fresco e íntimo. Los blancos muros plateados formaban paneles con las pilastras achatadas; las pilastras eran acanaladas y curvadas formando volutas jónicas; éstas soportaban pequeños frontones quebrados por la mitad, para dar lugar a una urna griega de yeso colocada en la pared.

Grabados de templos griegos adornaban los paneles; eran demasiado pequeños para distinguirse, pero presentaban las columnas inconfundibles, los tímpanos y las ruinas desmoronadas.

Desde que traspuso el umbral, Keating sintió, con bastante sorpresa, como si una correa transportadora corriera bajo sus pies. Ésta lo condujo a una empleada que atendía al público sentada junto al conmutador del teléfono, detrás de la balaustrada de una galería florentina. De allí, la correa transportadora lo llevó a la oficina donde se hacían los proyectos.

Vio largas mesas achatadas, un bosque de varillas retorcidas que, descendiendo del techo, terminaban en lámparas de verde sombra, enormes legajos de papel heliográfico, torres de cajones amarillos, papeles, cajas de hojalata, muestras de ladrillo, frascos de engrudo y calendarios de compañías de construcción, la mayoría de ellos con cuadros de mujeres desnudas.

El dibujante principal hizo unas casteñetas con los dedos, sin mirarlo siquiera. Estaba aburrido y al mismo tiempo ansioso de hacer algo. Le indicó con el pulgar una pieza donde había armarios, levantó la barbilla para señalarle la puerta de uno de ellos, y estuvo balanceándose sobre los pies mientras Keating ajustaba a su cuerpo erguido e incierto una blusa de color gris perla. Françon había insistido mucho sobre el uso de esta blusa. La correa transportadora se detuvo junto a una mesa, en un rincón de la sala de dibujo, donde

Keating se encontró con una colección de planos que tenía que desarrollar. La flaca espalda del dibujante principal se iba alejando de él como si hubiese olvidado su existencia.

Keating se puso a trabajar en seguida, los ojos fijos y la garganta rígida. No veía más que el resplandor perlino de papel delante de sí. Las líneas firmes que dibujó lo sorprendieron porque veía que su mano temblaba sobre el papel una pulgada hacia delante y otra hacia atrás. Seguía las líneas sin saber dónde terminaban ni por qué. Sabía solamente que aquel plano era la proeza tremenda de alguien a quien él no podía discutir ni igualar. Se sorprendió, pues siempre se había considerado como un arquitecto en potencia.

Mucho más tarde advirtió las arrugas de una blusa gris adhiriéndose a un par de omóplatos en la mesa vecina. Miró en torno, cautelosamente primero, luego con curiosidad, después con placer, finalmente con desprecio. Cuando llegó a esto último, Peter Keating fue él mismo otra vez, y sintió amor por los hombres. Supo de mejillas cetrinas, de una nariz cómica, de una verruga en una barbilla inclinada, de un estómago aplastado contra el borde de una mesa. Le gustaban tales espectáculos. Lo que ellos podían hacer, él podía hacerlo mejor. Sonrió. Peter Keating necesitaba de sus semejantes.

Cuando echó una ojeada a sus planos otra vez, advirtió los defectos que resaltaban en la obra maestra. Era el piso de una residencia privada; notó los torcidos pasillos que, sin razón aparente, rebanaban un gran espacio a los largos y rectangulares embutidos de habitaciones condenadas a la oscuridad. "¡Dios mío! — pensó—. Me desaprobarían si presentase esto como mi primer trabajo." Después de lo cual prosiguió en su tarea con rapidez, facilidad y pericia.

Antes de almorzar, Keating ya se había hecho de

muchos amigos en el trabajo; no eran amigos definitivos, pero ante él se extendía un vasto terreno apto para la amistad. Sonreía a sus vecinos y hacía guiños de inteligencia con ellos, pero sobre nada en particular. En cada viaje que hacía para tomar agua, solía acariciar con el brillo suave y animado de sus ojos a aquellos que encontraba a su paso, con aquellos ojos brillantes que parecían traspasar a todo el que entraba en la sala, considerarlo como si fuese el más alto espécimen de humanidad y su amigo más querido. Y detrás de él dejaba la impresión siguiente: "Ahí va un muchacho listo y un excelente camarada."

Vio que un joven alto y rubio estaba efectuando la elevación de un edificio para oficinas en la mesa cercana. Se asomó con camaradería por encima del hombro del muchacho y contempló las guirnaldas de laurel entretejidas en torno a las columnas acanaladas de tres pisos de altura.

—Bastante bueno para el viejo —dijo Keating.

—¿Quién? —preguntó el muchacho.

—¿Cómo..? ¡François! —respondió Keating.

—Nada de François —dijo el muchacho plácidamente—. Él no ha diseñado ni siquiera una casilla de perro en ocho años. —Indicó con el pulgar, sobre su hombro, una puerta de vidrio que estaba detrás de ellos—: Ése.

—¿Quién? —preguntó Keating dándose vuelta.

—Él —dijo el muchacho—, Stengel, el que lo hace todo.

A través de la puerta de vidrio, vio Keating unas huesudas espaldas inclinadas sobre el borde de una mesa, una cabeza pequeña, triangular, inclinada atentamente, y dos manchas de luz en los redondos vidrios de los anteojos.

Era ya tarde cuando una sombra pareció cruzar por detrás de la puerta cerrada, y Keating supo por los

murmillos que hubo en torno que Guy Françon acababa de llegar y había subido a la oficina del piso de arriba. Una media hora más tarde, la puerta se abrió y apareció Stengel con un inmenso pedazo de cartón que se balanceaba entre sus dedos.

—¡Eh, usted! —dijo, deteniendo sus anteojos en la cara de Keating—. ¿Usted está haciendo los planos de esto? —E inclinó el cartón hacia delante—. Lleve esto al jefe para que le dé el visto bueno. Trate de escuchar lo que él le diga y trate de parecer inteligente, aunque ninguna de las dos cosas tenga importancia.

Era bajo y sus brazos parecían colgar hasta los tobillos, brazos que se balanceaban dentro de las largas mangas, como si fuesen sogas, con grandes manos eficientes.

Los ojos de Keating se helaron, se oscurecieron durante una décima de segundo, se concentraron en los lentes en una mirada aguda. Después sonrió y dijo agradablemente:

—Sí, señor.

Tomó el cartón con los extremos de los diez dedos y subió por la escalera de alfombra carmesí a la oficina de Guy Françon.

El cartón mostraba una perspectiva a la acuarela de una mansión de granito gris, con tres filas de buhardillas, cinco balcones, cuatro entrepaños, doce columnas, un mástil y dos leones a la entrada. En un rincón, prolijamente estampado a mano, decía: "Residencia del señor James S. Wattles y de su señora. Françon y Hayer, Arquitectos."

Keating respiró suavemente. James Wattles era el millonario fabricante de lociones de afeitar.

La oficina de Guy Françon estaba lustrada. "No, lustrada no —se dijo Keating—, sino revestida de laca, revestida de laca no, sino de un líquido mezclado de espejos y derramado sobre todas las cosas."

Vio fragmentos de su figura reflejada, sueltos y libres como un enjambre de mariposas que lo seguían por la habitación, por los gabinetes Chippendale, en las sillas de estilo jacobita, en el manto de la chimenea Luis XV. Tuvo tiempo para notar una genuina estatua romana que estaba en un rincón, fotografías color sepia del Partenón, de la catedral de Reims, de Versalles y del edificio del "Banco Nacional Frink" con la eterna antorcha.

Vio acercarse sus propias piernas al escritorio de caoba. Guy Françon estaba sentado. Su rostro era amarillento y las mejillas flácidas. Contempló a Keating un instante como si nunca lo hubiese visto, después lo reconoció y le sonrió cordialmente.

—Bien, bien, Kittredge, bien, muchacho; aquí estamos todos cómodamente en casa. Así que me alegro de verlo. Siéntese, muchacho, siéntese. ¿Qué tiene ahí? Bien, no hay prisa, no hay prisa en absoluto. Siéntese. ¿Cómo se siente aquí?

—Temo, señor, que demasiado feliz —dijo Keating con una expresión de franco y juvenil desamparo—. Siempre pensé que podría ser formal en mi primer empleo, pero empezando en un lugar como éste... Creo que me he asustado un poco. Esto pasará, señor —prometió.

—Por supuesto —contestó Guy Françon—. Quizá sea un poco abrumador para un muchacho, pero muy poco. No se preocupe. Estoy seguro de que usted va a llenar el puesto que se le ha asignado.

—Haré todo lo posible.

—Seguramente lo hará. ¿Qué es lo que me envían? —Françon extendió la mano hacia el dibujo, pero sus dedos fueron a descansar desganadamente en la frente—. Es tan fatigoso este dolor de cabeza... No, nada serio —contestó sonriendo ante el súbito interés de Keating—, solamente un pequeño *maux de tête*. Uno trabaja tan

duramente...

—¿Puedo hacer algo por usted, señor?

—No, no, gracias. Nada puede hacer, únicamente si pudiera quitarme este dolor de cabeza. —Parpadeó—. Es el champaña. *Entre nous*, el champaña de anoche no valía un comino. Nunca me ha gustado mucho el champaña. Permítame que le diga, Kittredge, que es muy importante conocer los vinos. Por ejemplo, si usted invita a un cliente a cenar y quiere tener la seguridad de hacer correctamente las cosas, Le diré un secreto profesional. Si uno pide perdices, la mayoría de la gente ordena vino borgoña. ¿Qué hace usted entonces? Pide "Closi Vougeot 1904". Esto da clase. Correcto, pero original. Uno debe ser original siempre. A propósito, ¿quién lo manda?

—El señor Stengel.

—¡Ah, Stengel!

El tono con el cual pronunció el apellido sonó como un golpe en la mente de Keating. Era un permiso de almacenaje para uso futuro.

—Es demasiado importante para traer su propio trabajo, ¿eh? Imagínese, él es un gran dibujante, el mejor dibujante de la ciudad de Nueva York, pero últimamente se ha convencido de que es demasiado grande. Cree que es el único que trabaja aquí, solamente porque le doy ideas y lo dejo que las realice. Por eso se pasa el día ensuciando papeles. Algún día usted sabrá, cuando haya estado más tiempo en los negocios, que el trabajo real de una oficina se realiza de puertas afuera. Tome el ejemplo de anoche, en el banquete de la "Asociación de Bienes Raíces Clairon". Doscientos convidados, cena y champaña; sí, champaña. —Frunció la nariz con fastidio, como si se burlase de sí mismo—. Hay que decir pocas palabras sin solemnidad, en una breve conversación de sobremesa, nada ruidoso ni tampoco una vulgar charla sobre negocios, sino unos

pocos y bien elegidos pensamientos sobre la responsabilidad de los corredores de bienes raíces para con la sociedad, sobre la importancia de seleccionar arquitectos competentes, respetados y bien establecidos. Unas cuantas frases breves, brillantes, que se peguen a la mente.

—Sí, señor, como por ejemplo: elegir al constructor de su hogar es tan importante como elegir la esposa que habitará en él —dijo Keating.

—No está mal, no está del todo mal, Kittredge. ¿No le molesta si tomo nota?

—Mi nombre es Keating, señor —dijo firmemente, Keating—. Disponga de la idea; soy muy feliz con que le llame la atención.

—¡Keating, naturalmente! Pero..., naturalmente, Keating —dijo Françon con una sonrisa que lo desarmó—. Perdóneme, uno encuentra tanta gente. ¿Cómo decía usted? Elegir al constructor..., muy bien dicho.

Se lo hizo repetir y lo escribió en una hoja, escogiendo un lápiz de entre varios que tenía delante, lápices nuevos, de colores, con la punta bien afilada, listos para ser usados.

Después apartó la agenda, murmuró algo, se pasó la mano por las suaves ondas de su pelo y dijo fatigado:

—Bueno, supongo que tendré que examinar eso.

Keating extendió el dibujo respetuosamente. Françon se echó hacia atrás, sostuvo el cartón, alejándolo todo lo largo de su brazo. Lo contempló. Cerró el ojo izquierdo, después el derecho, movió el cartón una pulgada más lejos. Keating aguardaba desatinadamente, viéndole dar vueltas al cartón. Pero Françon apenas lo sostenía y de pronto Keating se dio cuenta que hacía un rato que no lo miraba. Lo estaba estudiando en provecho de Keating y entonces éste sintió algo liviano, liviano como el aire, y vio el camino

del futuro claro y abierto.

—Hum..., sí —dijo Françon frotándose la barba con las yemas de sus suaves dedos. Volviéndose a Keating—. No está mal, de ningún modo. Bien..., tal vez... hubiera podido ser más distinguido, usted sabe; pero..., bien, el dibujo está hecho tan prolijamente... ¿Qué piensa, Keating?

Keating pensó que cuatro de las ventanas daban a cuatro columnas de granito gigantescas. Pero vio los dedos de Françon jugando con la corbata de color petunia-malva, y decidió no decir nada. En cambio, agregó:

—Si me permite hacer una sugestión, señor... Me parece que las cartelas entre el cuarto y el quinto piso son demasiado modestas para un edificio tan imponente. Parece que un rincón ornamental sería mucho más apropiado.

—Así es. Era precisamente lo que iba a decir. Un cordón ornamental. Pero..., pero, mire, ¿no disminuiría el ventanaje?

—Sí —dijo Keating con una débil apariencia de desconfianza en el tono, con el tono que habría usado para discutir con un discípulo—, pero las ventanas son menos importantes que la dignidad del edificio.

—Es verdad. Dignidad. Debemos dar, sobre todo, dignidad a nuestros clientes. Sí, definitivamente, un cordón ornamental... Solamente... mire, yo ya había aprobado los proyectos preliminares y Stengel lo había llevado a cabo muy prolijamente.

—Al señor Stengel le encantaría cambiarlo si usted se lo aconsejase.

Los ojos de Françon se detuvieron en los de Keating un momento. Después bajó los párpados y se sacó un hilacho de su manga.

—Naturalmente..., naturalmente... —dijo con vaguedad—. Pero ¿usted cree que el cordón es

realmente importante?

—Yo creo —respondió Keating lentamente— que es más importante hacer los cambios que uno encuentra necesarios que poner el visto bueno a todo dibujo tal como el señor Stengel lo haya diseñado.

Françon no dijo nada y sólo lo miró fijamente; sus ojos lo enfocaban y sus manos eran blancas. Entonces, Keating se dio cuenta que se había aventurado terriblemente y había ganado. Después de ganar le asustó su osadía.

Miráronse silenciosamente y ambos vieron que eran dos hombres que podían comprenderse.

—Tendremos un cordón ornamental —dijo Françon con calma y genuina autoridad—. Deje esto aquí. Dígale a Stengel que necesito verle. —El joven se volvió para retirarse, pero la voz de Françon lo detuvo, alegre y afectuosa—: Keating, ¿puedo hacerle de pasada una sugestión? Entre nosotros no puede haber ofensa, pero una corbata de color hez de vino iría mucho mejor que una azul con la blusa gris. ¿No le parece?

—Sí, señor —replicó Keating tranquilamente—. Gracias. Resolveré eso mañana.

Se marchó y cerró la puerta suavemente.

Al regresar por la sala de espera vio un señor distinguido, de cabellos grises, que acompañaba a una dama hasta la puerta. El señor no llevaba sombrero y era obvio que pertenecía a la oficina; la señora llevaba una capa de visón y era obvio que se trataba de una cliente.

El señor no hizo una reverencia hasta el suelo, no abrió ninguna carpeta, no la abanicó tampoco; solamente le abrió la puerta. Pero a Keating le pareció que el señor estaba haciendo todo eso.

El edificio del "Banco Nacional Frink" se elevaba sobre Manhattan, conforme el sol recorría el cielo, y su

larga sombra se movía como una inmensa aguja de reloj, a través de tiznadas viviendas, desde el Acuario hasta el puente de Manhattan. Cuando el sol se ocultaba, la antorcha del mausoleo Adriano resplandecía en su lugar y hacía brillar rojas suciedades en los cristales de las ventanas existentes en la parte más elevada de los edificios. El "Banco Nacional Frink" desplegaba toda la historia del arte romano en bien escogidos modelos. Durante mucho tiempo había sido considerado el mejor edificio de toda la ciudad, porque ninguna otra construcción podía jactarse de poseer tal abundancia de detalles clásicos. Ofrecía tantas columnas, frontones, frisos, trípodas, gladiadores, urnas y volutas, que parecía no haber sido construido en mármol blanco, sino exprimido de un tubo de pastelería. Con todo, estaba edificado en mármol blanco. Nadie lo sabía, sino los propietarios que lo habían pagado. Ahora era de un color veteado, borroso, leproso, ni marrón ni verde, pero del peor tono de ambos, el color de la lenta podredumbre, el color del humo, la emanación de los gases y de los ácidos que comían la delicada piedra con la intención de limpiar el aire y despejar el suelo. El edificio del "Banco Nacional Frink" constituyó, sin embargo, un gran éxito; tan grande, que fue la última construcción que Guy Françon diseñó; su prestigio le ahorró la molestia de continuar.

Tres manzanas al este del "Banco Nacional Frink" estaba el edificio "Dana". Era más bajo y carecía de prestigio. Sus líneas eran recias y simples, revelando, acentuando la armonía del esqueleto interno de acero, como un cuerpo revela la perfección de sus huesos. No tenía otros ornamentos que ofrecer. Ostentaba la precisión de sus ángulos agudos, el modelado de sus planos, la larga línea de ventanas como corrientes de hielo que bajasen del techo al pavimento. Los neoyorquinos raras veces contemplaban el edificio

"Dana". Ocasionalmente, algún raro visitante que venía del campo se detenía inesperadamente a la luz de la luna y se preguntaba maravillado de qué sueño había surgido aquella visión. Pero tales visitantes eran muy raros. Los inquilinos del edificio "Dana" decían que no lo cambiarían por ningún otro en el mundo; apreciaban la luz, el aire, la hermosa lógica de los planos en los vestíbulos y en las oficinas. Pero los inquilinos del edificio "Dana" no eran muchos ni tampoco hombres prominentes los que situaban sus negocios en un edificio "que parecía un depósito de mercaderías".

El edificio "Dana" había sido diseñado por Henry Cameron.

Hacia 1880, los arquitectos de Nueva York luchaban entre sí por ocupar el segundo lugar en la profesión. Ninguno aspiraba al primero: éste lo tenía Henry Cameron. Era difícil conseguir a Henry Cameron en aquellos días. Había gran cantidad de personas que comprometían sus servicios con dos años de anticipación. Él diseñaba personalmente todas las construcciones que salían de su oficina. Él elegía lo que quería construir. Cuando lo hacía, el cliente se quedaba con la boca cerrada. Pedía a los clientes lo único que no se concede a nadie: obediencia. Atravesó los años de fama como un proyectil en ruta hacia un fin que nadie podía adivinar. La gente lo llamaba loco, pero aceptaban cuanto él realizaba, comprendieranlo o no, porque estaba hecho "por Henry Cameron".

Al principio sus construcciones no eran suficientemente distintas de las demás como para asustar a nadie. Hacía sorprendentes experimentos de vez en cuando; las personas lo esperaban y no discutían con Henry Cameron. Algo estaba creciendo en él a cada nueva obra, algo que iba luchando, tomando forma, subiendo peligrosamente como una explosión. La explosión llegó con el nacimiento del rascacielos.

Cuando los edificios empezaron a crecer, no en fila, sobre voluminosas filas de mampostería, sino como flechas de acero disparadas hacia lo alto, sin peso y sin límites, Henry Cameron fue uno de los primeros en comprender el nuevo milagro y darle forma. Fue de los primeros, y los pocos, que aceptaron la verdad de que un edificio alto debía parecer alto. Mientras los arquitectos maldecían preguntándose cómo hacer un edificio de veinte pisos que semejase una vieja mansión de ladrillo, y usaban cada traza aprovechable para privarlo de su altura, empequeñeciéndolo, haciéndolo seguro y antiguo, Henry Cameron diseñó rascacielos en líneas rectas, verticales, ostentando su acero y su altura. Mientras los arquitectos trazaban frisos y frontones, Henry Cameron decidía que el rascacielos no debía copiar a los griegos; decidía que ningún edificio debe copiar a otro.

Tenía entonces treinta y nueve años. Era bajo, rechoncho y desgrefado. Trabajaba como un negro, se pasaba sin comer y sin dormir; bebía de tarde en tarde» pero entonces lo hacía brutalmente. Dio a sus clientes nombres que no se pueden reproducir, se reía del odio y lo alimentaba deliberadamente, comportándose como un señor feudal y como un estibador. Vivió en una tensión apasionada que mortificaba a los hombres cuando entraba en algún lugar. Era un fuego que ni él ni los otros podían soportar mucho tiempo. Esto ocurría en 1892.

La exposición colombina de Chicago se inauguró solemnemente en 1893.

La Roma de hacía dos mil años se levantaba a orillas del lago Michigan, una Roma remendada con piezas de Francia, España, Atenas y con todos los estilos que después han aparecido. Era una "ciudad de ensueño", de columnas, arcos triunfales, fuentes de cristal y rosetas. Los arquitectos compitieron a quién podían robar mejor,

desde la fuente más antigua a todas las fuentes al mismo tiempo. Extendiéronse delante de los ojos de un país nuevo todos los crímenes arquitectónicos cometidos siempre en todos los viejos países. Era blanca como una peste y así se extendía.

Las personas miraron y se quedaron pasmadas y se llevaron consigo a las ciudades de Norteamérica la semilla de lo que habían visto. Las semillas echaron vástagos de malezas en oficinas postales de ripia con pórticos dóricos, mansiones de ladrillo con frontones de hierro, almacenes hechos de doce Partenones apilados uno sobre otro. La maleza creció y ahogó toda otra cosa.

Henry Cameron había rehusado trabajar para la exposición colombina y le habían dado nombres inimpresibles, pero que se repetían, aunque no delante de mujeres. Los nombres se repitieron. Se repitió que él había arrojado un tintero al rostro de un banquero distinguido que le había pedido que diseñara una estación de ferrocarril con las formas del templo de Diana en Éfeso. El banquero no volvió más. Hubo otros que tampoco volvieron.

Apenas había alcanzado la meta después de largos años de lucha, apenas había dado forma a la verdad que había buscado, cuando la barrera definitiva se cerró detrás de él. Un país nuevo lo había seguido atentamente, se había asombrado, había empezado a aceptar la grandeza de su trabajo. El país retrocedió dos mil años en una orgía de clasicismo, y no podía encontrar ni lugar ni uso para él.

Ya no era necesario diseñar edificios: bastaba con fotografiarlos. El arquitecto que tuviese la mejor biblioteca, era el mejor arquitecto. Imitadores, copiaban imitaciones. Para sancionarlo había cultura, había veinte siglos ostentando ruinas desmoronadas; había una gran exposición, había una tarjeta postal europea en cada álbum familiar.

Henry Cameron no tenía nada que ofrecer contra todo esto; nada fuera de la fe que lo sostenía solamente porque era suya. No tenía a quien citar; nada de importancia que decir. Sabía solamente que la forma de un edificio es la llave de su belleza, que nuevos métodos de construcción demandan nuevas formas, que él deseaba edificar según sus gustos y sólo así. Pero los demás no podían prestarle atención a él cuando estaban discutiendo a Vitrubio, a Miguel Ángel y a Sir Christopher Wren.

Los hombres odian la pasión; odian toda gran pasión. Henry Cameron se equivocó; él amaba su trabajo. Ésa era la causa por la cual luchaba, y ésa fue la razón por la cual se perdió.

La gente decía que nunca supo que había perdido. Si él lo supo, jamás les permitió verlo. Cuando sus clientes resultaban más raros, sus modales con ellos se hicieron más altaneros. Cuando menor era el prestigio de su nombre, más arrogante era el sonido de su voz. Había tenido un astuto empresario, un hombrecillo de hierro, de suaves maneras, que se achicaba siempre y que en los días de gloria soportaba tranquilamente las tormentas del carácter de Cameron y le traía los clientes. Cameron los insultaba, pero el hombrecillo hacía que aceptasen, y los clientes volvían.

El hombrecillo murió. Cameron nunca había sabido cómo tratar a la gente. No le importaba, como no le importaba su propia vida; sólo le interesaban los edificios. Nunca había aprendido a dar explicaciones, solamente sabía dar órdenes. Nunca había agradado; sólo había sido temido. Ya nadie le temía. Se le permitió vivir. Vivir para aborrecer las calles de la ciudad que había soñado reedificar. Vivía para sentarse frente al escritorio de su oficina vacía y esperar, inmóvil, sin hacer nada. Vivía para leer en un diario bienintencionado una referencia al "difunto Henry

Cameron". Vivía para beber tranquilo, firme y terriblemente durante días y noches seguidos, para oír decir a los que lo habían conducido a esa situación, cuando su nombre era mencionado para algún trabajo: "¿Cameron? Yo diría que no. Bebe como un pez. Ésa es la causa por la cual nunca consigue un solo trabajo." Vivía para mudarse de las oficinas que ocupaban tres pisos de un famoso edificio a otro de una calle donde eran más baratos; después a un lugar más lejos, en la parte baja de la ciudad; después a tres habitaciones que daban a una tronera, cerca de Battery. Eligió esas habitaciones porque, apoyando su rostro contra las ventanas de la oficina, podía ver, sobre una pared de ladrillos, la parte superior del edificio "Dana".

Howard Roark miró al edificio "Dana" a través de las ventanas, deteniéndose en cada descanso de la escalera conforme subía sus seis tramos para ir a la oficina de Henry Cameron, pues el ascensor no funcionaba. La escalera había sido pintada hacía mucho de un color verde sucio. Un poco de pintura quedaba y crujía en parches desmenuzados bajo la suela de los zapatos. Roark subió rápidamente, como si tuviese una cita. Llevaba una cartera con sus dibujos debajo del brazo, y fijaba los ojos en el edificio "Dana". Tropezó con un hombre que bajaba la escalera, cosa que le había ocurrido a menudo en los últimos días, porque iba caminando por las calles de la ciudad con la cabeza vuelta sin preocuparse de otra cosa que de los edificios de Nueva York.

En la oscura antecámara de Cameron había un escritorio con un teléfono y una máquina de escribir. El esqueleto de un hombre de cabellos grises estaba sentado al escritorio, en mangas de camisa, con un par de tirantes flojos. Estaba escribiendo a máquina, atentamente, descripciones de un plano. Escribía con dos dedos, pero con increíble rapidez. La luz de una

débil lamparita formaba una mancha amarilla en su espalda, donde la camisa, húmeda, se pegaba a los omóplatos.

El hombre levantó atentamente la cabeza cuando Roark entró. Lo miró; no dijo nada, y esperó, con los ojos fatigados, sin preguntarle nada, indiferente.

—Quisiera ver al señor Cameron —dijo Roark.

—¿De veras? —contestó el hombre sin desafío, sin ofensa, sin intención—. ¿Para qué?

—Por un empleo.

—¿Qué empleo?

—Dibujante.

El hombre se quedó mirándolo con la vista perdida. Era una petición que hacía tiempo no había oído. Se levantó al fin sin pronunciar palabra, y entró por una puerta que estaba detrás de él. La dejó entreabierta y Roark le oía hablar en voz baja.

—Señor Cameron, ahí hay una persona que dice que busca un empleo aquí.

Después contestó una voz fuerte, clara, varonil:

—¿Qué quiere ese idiota? Échelo... Espere..., hágalo entrar.

El viejo volvió, dejó abierta la puerta e indicó con la cabeza en silencio. Roark entró y cerró la puerta tras sí.

Henry Cameron estaba sentado al final de una habitación larga y desnuda. Estaba inclinado hacia delante, los antebrazos sobre la mesa y las manos juntas. El cabello y la barba eran negros como el carbón, con gruesos hilos blancos. Los músculos de su cuello, corto y grueso, se combaban como si fueran sogas. Tenía una camisa blanca; con las mangas subidas; los brazos, desnudos, eran recios, fuertes y tostados. La carne de su ancho rostro estaba rígida, como si se hubiese envejecido por compresión. Sus ojos eran oscuros, jóvenes, vivos.

Roark permaneció en el umbral y los dos hombres se

miraron a través de la larga habitación.

La luz que venía de la tronera era gris y el polvo que había sobre la mesa de dibujar, sobre los pocos legajos verdes, daba la impresión de que hubiera cristales cubiertos de pelusa que hubiese depositado la luz. Colgando en la pared, entre las ventanas, Roark vio un cuadro, el único que había en la habitación. Era el dibujo de un rascacielos que nunca había sido levantado.

Los ojos de Roark se posaron en el dibujo. Anduvo por la oficina, se detuvo ante el cuadro y se quedó mirándolo. Los ojos de Cameron lo seguían, con una mirada fuerte, como una aguja delgada, sostenida fuertemente a un extremo, describiendo un lento círculo, cuyo centro traspasaba el cuerpo de Roark, sujetándolo firmemente. Cameron miraba aquellos bellos anaranjados, las manos colgantes, los dedos curvados, ligeramente, sobre el rollo que sostenía con las palmas, olvidados, no en un ademán sino en la insinuación de un ademán de pedir o asir algo.

—Bueno —dijo Cameron al fin—. ¿Ha venido usted a verme o a mirar cuadros?

Roark se volvió.

—A ambas cosas —contestó.

Avanzó hacia el escritorio. La gente siempre perdía el sentido de su existencia en presencia de Roark, pero Cameron sintió al punto que nunca había sido tan real como en presencia de los ojos que lo estaban mirando.

—¿Qué desea? —dijo Cameron, bruscamente.

—Quisiera trabajar con usted —contestó tranquilamente. La voz había dicho: "Quisiera trabajar con usted", pero el tono con que lo dijo quería decir: "Voy a trabajar con usted."

—¿Va a trabajar para mí? —dijo Cameron sin darse cuenta que había contestado la frase no pronunciada—. ¿Qué le ocurre? Ninguno de los colegas más

importantes y mejores lo quieren tomar. ¿No es cierto?

—No me he dirigido a ningún otro.

—¿Por qué no? ¿Cree que éste es el lugar más fácil para empezar? ¿Piensa que cualquiera puede andar por aquí sin molestias? ¿Sabe usted quién soy yo?

—Sí, y ésa es la razón por la cual he venido.

—¿Quién lo mandó?

—Nadie.

—¿Por qué diablos me eligió a mí?

—Creo que usted lo sabe.

—¿Qué infernal atrevimiento le hace suponer que yo lo necesito? ¿Cree que yo me hallo en tanto apuro y que he abierto las puertas de par en par para que cualquier vagabundo me haga el honor de entrar? "El viejo Cameron —se habrá dicho usted— es un ex hombre, un borracho..." ¡Continúe..., se ha dicho eso..., un ebrio fracasado que no puede ser exigente! ¿No es así? ¡Continúe, contésteme! ¡Contésteme, condenado! ¿Qué está mirando? ¡Continúe...! ¡Niéguelo!

—No es necesario.

—¿Dónde ha trabajado antes?

—Precisamente voy a empezar a trabajar.

—¿Qué ha hecho hasta ahora?

—He estado tres años en Stanton.

—¡Ah! ¿El caballero era demasiado haragán para terminar?

—He sido expulsado.

—¡Grande! —Cameron golpeó la mesa con el puño y se echó a reír—. ¡Espléndido! ¡Como no servía en el nido de piojos de Stanton, quiere trabajar con Henry Cameron! ¡Ha decidido que éste es el lugar de los desperdicios! ¿Por qué lo han echado a puntapiés? ¿Bebidas? ¿Mujeres? ¿Qué?

—Por esto —dijo, extendiendo sus dibujos.

Cameron miró el primer dibujo, luego otro y siguió mirándolos hasta el último. Roark sentía el susurro del

papel conforme Cameron deslizaba un pliego después de otro.

Después Cameron levantó la cabeza.

—Siéntese —dijo.

Roark obedeció. Cameron lo miró fijamente, mientras sus grandes dedos tabaleaban sobre la pila de dibujos.

—¿De manera que usted cree que son buenos? Bien, son muy malos. Esto es indecible. Es un crimen. Mire —y le alargó un dibujo a la cara de Roark—, mire esto. ¿Cuál era su idea, por Dios? ¿Qué lo decidió a ahuecar este plano aquí? ¿Quería hermosearlo porque tenía algo que juntar? ¿Quién se cree que es usted? ¿Guy Françon, acaso? ¡Mire este edificio, tonto! Tenía una idea magnífica y no supo qué hacer con ella. Tropieza con una cosa magnífica y la echa a perder. ¿Se da cuenta de todo lo que tiene que aprender?

—Sí, por eso estoy aquí.

—Mire esto, ¡yo hubiera deseado hacerlo a su edad! Pero ¿por qué lo ha chapuceado? ¿Se imagina lo que yo hubiese hecho con esto? Mire, al diablo con sus escaleras, al diablo con sus cuartos para las calderas.

Habló furiosamente largo tiempo. Blasfemó. No encontró un solo boceto que le satisficiera. Pero Roark se daba cuenta de que hablaba como si se tratase de edificios que estaban en construcción.

Dejó a un lado los dibujos, colocó el puño sobre ellos y preguntó bruscamente:

—¿Cuándo decidió ser arquitecto?

—Cuando tenía diez años.

—A esa edad nadie sabe lo que quiere, y quizá nunca se sepa. Usted es un mentiroso.

—¿Yo?

—No me mire así, fijamente. ¿No puede mirar alguna otra cosa? ¿Por qué decidió ser arquitecto?

—Porque quiero esta tierra, porque es todo lo que

amo. No me gusta el aspecto que tienen las cosas en la tierra. Quiero cambiarlas.

—¿Para quién?

—Para mí mismo.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintidós.

—¿Dónde oyó todo eso?

—En ninguna parte.

—Nadie habla así a los veintidós años. Usted es un anormal.

—Probablemente.

—No se lo digo como un cumplido.

—Tampoco lo tomé así.

—¿Tiene familia?

—No.

—¿Trabajó para poder estudiar?

—Sí.

—¿En qué?

—En trabajos de edificación.

—¿Cuánto dinero le queda?

—Diecisiete dólares con treinta centavos.

—¿Cuándo llegó a Nueva York?

—Ayer.

Cameron contempló la pila blanca que tenía bajo su mano.

—Váyase al diablo —dijo Cameron suavemente—. Váyase al diablo —rugió de pronto, inclinándose hacia delante.—. Yo no le he pedido que viniera aquí; no necesito ningún dibujante. No hay aquí nada que dibujar. No tengo suficiente trabajo para mantenerme a mí mismo y a mis hombres, sin tener que recurrir a la Misión Bowery. No quiero que ningún loco visionario se muera de hambre a mi lado. No quiero esa responsabilidad. No la he buscado. No quiero verla nuevamente. He terminado con ella hace muchos años. Soy perfectamente feliz con los raros bobalicones que

tengo aquí, que nunca han tenido ni tendrán nada, sin que eso les importe. Eso es todo lo que quiero. ¿Por qué ha venido aquí? Viniendo, empieza por arruinarse a sí mismo. Lo sabe ¿no es así? Y yo le ayudaré a arruinarse. No quiero verlo. No me agrada. No me gusta su cara. Parece un egoísta insoportable. Es un impertinente. Está demasiado seguro de sí mismo. Veinte años atrás lo hubiese echado a trompicones con el mayor gusto. Venga a trabajar mañana por la mañana, a las nueve en punto.

—Bien —dijo Roark, levantándose.

—Quince dólares por semana es todo lo que puedo pagar.

—Bien.

—Usted es un loco de remate. Debería haber ido a otra parte. Lo mataré si va a otra parte. ¿Cómo se llama?

—Howard Roark.

—Si llega tarde, lo echaré.

—Bien.

Roark tendió su mano hacia los dibujos.

—Deje esto aquí. Ahora váyase.

IV

—Toohey —dijo Guy Françon—. Ellsworth Toohey. Bastante decoroso, ¿no le parece? Lea, Peter.

Françon se inclinó jovialmente sobre su mesa y le dio a Keating el número del primero de agosto de *New Frontiers*. *Nuevas Fronteras* tenía una cubierta blanca con un emblema negro formado por una paleta, una lira, un martillo, un destornillador y un sol naciente. Tenía una tirada de treinta mil ejemplares y un conjunto de

lectores que se consideraban a sí mismos como la vanguardia intelectual del país. Nadie había osado jamás desafiar la calidad de la publicación. Keating empezó a leer un artículo titulado *Mármol y mortero*, de Ellsworth M. Toohy.

"...Y ahora tratemos de los notables hechos del horizonte metropolitano. Llamamos la atención sobre el nuevo edificio «Melton», de Françon y Heyer. Tiene una blanca serenidad, elocuente testimonio del triunfo de la pureza clásica y del sentido común. La disciplina de una tradición inmortal ha servido aquí como factor de coherencia, coordinando una estructura, cuya belleza puede llegar, simple y lúcidamente, al corazón del hombre de la calle. No hay aquí exhibicionismo extravagante ni pervertidos esfuerzos por la novedad, ni una orgía de desenfrenado individualismo. Guy Françon, su proyectista, ha sabido subordinarse a los cánones obligatorios cuya inviolabilidad ha sido probada por generaciones de artesanos, y al mismo tiempo ha sabido desplegar su propia originalidad creadora, no a despecho del dogma clásico, sino precisamente porque lo ha aceptado con la humildad de un artista verdadero. Vale la pena hacer notar de paso que la disciplina dogmática es lo único que hace posible la originalidad...

"Más importante, sin embargo, es la significación simbólica de un edificio como éste que se eleva en nuestra imperial ciudad. En su fachada meridional llama la atención la concepción de los cordones repetidos con deliberada y graciosa monotonía desde el piso tercero hasta el decimotavo. Esas líneas largas, rectas, horizontales, representan el principio nivelador y moderador; las líneas de la igualdad. Parecen poner los edificios elevados al humilde nivel del observador. Son las líneas de la tierra, del pueblo de las grandes masas. Parece que nos dijese que nada puede elevarse sobre la

limitación del nivel humano común, que todo es sostenido y será refrenado por los cordones de la hermandad de los hombres como este orgulloso edificio."

Continuaba el artículo. Keating lo leyó íntegramente; después, levantó la cabeza.

—¡Caramba! —dijo espantado. Françon sonrió con gozo.

—Bastante bueno, ¿eh? Y de Toohey, nada menos. No habrá muchas personas que hayan oído su nombre; pero, acuérdesse de mis palabras: lo oirán. Conozco los signos... De manera que él no cree que yo sea tan malo. Tiene una lengua como un punzón, cuando quiere usarla. Tiene que ver lo que dice de otros, generalmente. ¿Conoce la última ratonera que hizo Durkin? Bueno, yo estaba en una fiesta de la cual dijo Toohey —Françon se reía entre dientes—: "Si el señor Durkin vive en la ilusión de que es arquitecto, alguien debería mencionarle las amplias oportunidades que se le ofrecen con la escasez de plomeros expertos." Imagínese que esto lo dijo en público.

"Desearía saber qué dirá de mí —se dijo Keating ansiosamente— cuando llegue el tiempo."

—¿Qué diablos quiere decir él con eso de significación simbólica y de los cordones de la hermandad, de los hombres? Si esto es lo que tienen que elogiar en nosotros, no tenemos que preocuparnos —comentó Françon.

—La profesión del crítico es interpretar la obra del artista y aun al artista mismo, señor Françon. El señor Toohey ha puesto de manifiesto, simplemente, la oculta significación que estaba inconscientemente en su propio espíritu.

—¡Oh! —dijo Françon vagamente—. ¿Piensa usted así? —Y agregó vivamente—: Es posible... Sí, bastante posible. Es usted un muchacho listo, Peter.

—Muchas gracias, señor Françon. Keating hizo ademán de levantarse.

—Espere. No se vaya. Otro cigarrillo, y después volveremos juntos a la faena.

Françon se sonreía leyendo nuevamente el artículo. Keating no lo había visto nunca tan contento; ni dibujar en la oficina ni contemplar un trabajo perfecto le habían hecho sentirse tan feliz como aquellas palabras de otro hombre, impresas en una revista que otros ojos leerían.

Keating estaba cómodamente sentado en una silla confortable. Ya hacía un mes que trabajaba con la firma "Françon y Heyer". No había dicho ni hecho nada; pero se tenía la impresión en toda la oficina de que Guy Françon prefería que le enviaran a aquel muchacho antes que a cualquier otro. Raramente pasaba un día sin que se realizara este agradable intermedio, cada uno en un extremo de la mesa, en una respetuosa, creciente intimidad, escuchando Keating los suspiros de Françon, sobre la necesidad de rodearse de hombres que lo comprendiesen.

Keating se informó por sus compañeros de todo lo que podía informarse acerca de Guy Françon. Sabía que comía moderada y exquisitamente y que se enorgullecía del título de gastrónomo; que se había graduado con distinción en la École des Beaux Arts; que se había casado con mucho dinero y que el matrimonio no había sido feliz; que compraba calcetines que hicieran juego con sus pañuelos, pero nunca con sus corbatas; que tenía preferencia por diseñar edificios de granito gris; que poseía una cantera de granito gris en Connecticut que constituía un negocio floreciente; que costeaba un magnífico departamento de soltero color de ciruela, en estilo Luis XV; que su esposa, una mujer de un apellido antiguo y distinguido había muerto dejando su fortuna a la única hija del matrimonio, y que la hija, de diecinueve años, estaba en un colegio.

Esto último le interesó mucho a Keating. Mencionó como al pasar, a la hija, para tantear.

—¡Oh, sí...! —respondió—. Sí, verdaderamente...

Keating no quiso ir más allá en sus averiguaciones, por entonces. El rostro de Françon demostraba que el tema de su hija era penosamente molesto para él, por alguna razón que Keating no pudo descubrir.

Keating había conocido a Lucio N. Heyer, el socio de Françon, y lo había visto ir a la oficina dos veces en tres semanas, pero no había podido saber qué servicios prestaba Heyer a la firma. Heyer no tenía hemofilia, pero parecía que la tuviese. Era un aristócrata marchito, con un largo cuello delgado, ojos tristes y saltones, y un aire de asustada dulzura para todo el mundo. Era la reliquia de una familia antigua y se creía que Françon había formado sociedad con él a causa de sus relaciones sociales. Las personas se compadecían del pobrecito Lucio y lo admiraban por el esfuerzo que hacía al emprender una carrera profesional y pensaban que sería hermoso que les construyera sus hogares. Éstos los edificaba Françon, que no requería otros servicios de Lucio. Y de esta manera todo el mundo quedaba satisfecho.

Los compañeros de trabajo querían a Peter Keating. Se comportaba con ellos como si estuviese allí desde largo tiempo atrás. Siempre había sabido cómo llegar a formar parte de cualquier comunidad en la que entrara; resultaba suave y vivaz como una esponja; rápidamente se henchía, sin resistencia, con el aire y las costumbres del lugar. Su cordial sonrisa, su alegre voz, su fácil encogimiento de hombros parecían mostrar que nada pesaba demasiado en su alma y que era uno de esos seres que no censuran, que no exigen y que no acusan.

Estaba sentado esperando que Françon terminara de leer el artículo. Françon levantó la cabeza para mirarlo y vio dos ojos contemplándolo con inmensa aprobación y

dos vivos puntitos de altanería en las comisuras de los labios, como dos notas musicales de risa, visibles un segundo antes de ser oídas. Françon sintió que lo invadía una gran ola de satisfacción. Ésta venía de la altanería. La aprobación, junto con aquella sabia media sonrisa, le otorgaba una grandeza que no merecía; una ciega admiración hubiese sido precaria; una merecida admiración hubiese significado una responsabilidad, una admiración inmerecida era valiosa. Sonrió a Keating y le dijo:

—Cuando se vaya, Peter, dele esto a la señorita Jeffers para que lo coloque en mi álbum de recortes.

Al bajar la escalera, Keating tiró la revista al aire y la recogió hábilmente, mientras sus labios continuaban moviéndose como cuando se silba, pero sin omitir sonido.

En la sala de dibujo vio a Tim Davis, su mejor amigo, inclinado con desaliento sobre un dibujo. Tim Davis era el muchacho alto, rubio, de la mesa vecina. Keating se había dado cuenta desde el principio de que era el dibujante favorito de la oficina. Keating lo sabía, no con evidencia tangible, pero sí con esa certeza con que él siempre conocía las cosas. Procuraba, tan frecuentemente como era posible, que se le permitiese tomar parte en los proyectos en los cuales Davis trabajaba.

Pronto comenzaron a salir juntos, después del trabajo del día, y a entablar conversaciones casi íntimas; y Keating escuchó con gran atención la charla de Davis sobre sus amores con una tal Elaine Duffy, de cuyas palabras nada recordaba después.

Encontró a Davis con una negra tristeza, masticando furiosamente un cigarrillo y un lápiz al mismo tiempo. Keating no tuvo necesidad de hacerle ninguna pregunta; inclinó simplemente su rostro fraternal sobre el hombro de su amigo. Davis escupió el cigarrillo y estalló. Le

habían comunicado que tendría que trabajar horas extraordinarias por la noche, por tercera vez en una semana.

—¡Tengo que quedarme hasta Dios sabe qué hora! Tengo que terminar este trabajo esta noche. —Cerró de un golpe los pliegos que tenía delante—. Mira esto. Horas y horas se necesitan para acabarlo. ¿Qué voy a hacer?

—Bueno, eso es porque tú eres el empleado mejor de aquí; por eso te necesitan.

Al diablo con eso! Tenía una cita con Elaine esta noche. ¿Cómo voy a fallarle? ¡Es la tercera vez! No me creerá. Así me dijo la última vez. Esto es el fin.

—Voy a subir para decirle a Guy el *Poderoso* dónde puede meterse sus planos y su empleo! ¡Me voy!

—Espera —dijo Keating, y se le acercó aún mas— Espera. Hay otro camino. Yo los terminaré.

—¿Eh?

—Me quedaré y los haré. No notarán la diferencia.

—¡Peter! ¿Lo harás?

—Seguramente. No tengo nada que hacer esta noche. Quédate hasta que todos se vayan a sus casas, después te vas.

—¡Caramba, Peter! —suspiró Davis tentado—, Pero si me descubren me despedirán. Tú eres demasiado nuevo para esta clase de trabajo.

—No te descubrirán.

—Puedo perder el empleo, Peter. Y tú sabes que no puedo perderlo. Elaine y yo nos casaremos pronto. Si algo ocurriera...

—No ocurrirá nada.

Poco después de las seis, Davis salió furtivamente de la vacía sala de dibujo, dejando a Keating sentado frente a su mesa.

Inclinado bajo una solitaria lámpara verde, Keating miró la desolada extensión de las tres largas

habitaciones, extrañamente silenciosas después del ajetreo del día, y tuvo la sensación de que se posesionaría de ellas, con tanta seguridad como del lápiz que tenía en la mano.

Eran las nueve y media cuando terminó los planos. Los amontonó cuidadosamente en la mesa de Davis y dejó la oficina. Bajó a la calle y notó que un sentimiento de indigna satisfacción, como el que se experimenta después de una buena comida, se agitaba en él. Después la comprensión de su soledad le hirió de golpe. Tenía que compartirla con alguien y no tenía a nadie. Por primera vez deseó que su madre estuviese en Nueva York, pero se había quedado en Stanton esperando el día en que él pudiese mandar a buscarla. No tenía dónde ir, salvo a la respetable y pequeña fonda de la calle Veintiocho Oeste, donde podría trepar por los tres tramos de la escalera, a su habitación, limpia y poco ventilada. Había encontrado muchas personas en Nueva York, muchas agradables aunque no podía recordar su apellido. Pero no deseaba ver a ninguna de ellas. Y entonces se acordó de Catherine Halsey.

Le había mandado un telegrama la noche que se graduó, y desde entonces la había olvidado. Ahora quería verla, y con el sonido de su nombre en su memoria sintió un deseo intenso e inmediato. Saltó a un ómnibus que iba por el largo camino a Greenwich; trepó a la parte superior, que estaba desierta, se sentó solo en el banco del frente, y maldijo cuando las luces del tránsito se ponían rojas. Siempre le había ocurrido igual en lo que a Catherine concernía ,y deseaba saber vagamente por qué le pasaba eso.

Hacía un año que la había conocido en Boston, donde ella vivía con su madre. Le había parecido casera y obtusa en el primer encuentro, sin otro mérito que su sonrisa agradable; pero no era razón suficiente para no verla otra vez. Le había telefoneado la noche siguiente.

De las incontables muchachas con que había tropezado en sus años de estudiante, ella era la única con la cual no había ido más allá de unos pocos besos. Sabía que podía tener a Catherine; la deseaba, ella lo amaba y admitía esto francamente, sin temor ni timidez, sin pedirle nada, sin esperar nada, pero nunca se había aprovechado de ello. Se había sentido orgulloso de las muchachas a las que cortejaba en aquellos días, las muchachas más hermosas, las más codiciadas, las que mejor vestían, y se había deleitado con la envidia de sus condiscípulos. Se había sentido avergonzado por el atolondrado descuido de Catherine y por el hecho de que ninguno de los muchachos la hubiese mirado dos veces. Pero nunca se había sentido tan feliz como cuando bailaba con ella en las fiestas estudiantiles. Tuvo muchos amores violentos; entonces juraba que no podría vivir sin esta o aquella muchacha y abandonaba a Catherine durante semanas enteras. Pero ella nunca se lo echaba en cara. Siempre volvía a ella, de golpe, inexplicablemente, como hacía entonces.

Su madre, una dulce maestra de escuela, había muerto el invierno último. Catherine había ido a vivir a Nueva York con su tío. Keating había contestado inmediatamente algunas de sus cartas; para responder a otras había tardado meses. Ella siempre le había contestado en seguida y nunca le escribía durante sus largos silencios, esperando pacientemente. Sentía, cuando se acordaba de ella, que era irremplazable. Después, en Nueva York, donde podía comunicarse fácilmente con ella, con sólo coger un ómnibus o un teléfono, la había olvidado durante un mes.

Conforme iba llegando a su casa, pensaba que no había anunciado su visita. No le extrañaría que estuviese en casa; siempre había vuelto sin avisar y siempre estaba allí. También estaba allí aquella noche. Le abrió la puerta en el piso más alto de una casa de piedra

oscura y deteriorada.

—¿Qué tal, Peter? —dijo, como si lo hubiese visto el día anterior.

Estaba delante de él y parecía demasiado pequeña, demasiado delgada para sus ropas. La falda, negra y corta, estaba ajustada a la cintura por medio de un lazo angosto; el cuello de la camisa de varón pendía suelto, estirado hacia un lado, descubriendo la protuberancia de la clavícula; las mangas le quedaban largas y caían sobre sus frágiles hombros. Lo miró inclinándose hacia un lado la cabeza; llevaba los cabellos, castaños, tan descuidadamente recogidos en la nuca, que parecían tener un corte masculino. Tenía ojos grises, grandes y miopes. Su boca sonreía suave, delicada y encantadoramente, y llevaba pintados los labios.

—¿Qué tal, Katie? —dijo él.

Se sintió en paz. Sentía que nada tenía que temer en aquella casa ni en cualquier parte. Se había preparado para darle explicaciones, para hablarle de lo ocupado que había estado en Nueva York, pero le pareció que no venían al caso.

—Dame el sombrero —dijo ella—. Cuidado con esa silla, no es muy segura: hay otras más firmes en el *living*, entra.

El *living* le pareció modesto, pero con cierto aire de distinción y de buen gusto. Se fijó en los libros; en los estantes baratos que llegaban hasta el techo, cargados con hermosos volúmenes que se amontonaban sin cuidado, como si los usaran constantemente. Vio sobre un escritorio gastado y prolijo un aguafuerte de Rembrandt, manchado y amarillento, descubierto, quizás, en algún tenducho por el ojo de un experto que nunca se hubiese desprendido de él, aunque el venderlo le hubiese servido de ayuda. Pensaba en qué clase de negocios se ocuparía su tío, cosa que él nunca le había preguntado.

Se quedó mirando vagamente la habitación, sintiendo su presencia detrás de él, gozando de esa sensación de seguridad que tan pocas veces encontraba. Se volvió entonces, la tomó en sus brazos y la besó; ella lo besó suave y ansiosamente, pero no estaba ni asustada ni agitada, demasiado feliz para tomarlo en cualquier forma como un hecho natural.

—¡Dios mío, cómo te he echado de menos! —dijo él, sabiendo que así había ocurrido desde que la había visto por última vez, y quizá con mayor intensidad en los días en que no pensaba en ella.

—No has cambiado mucho —dijo—, pareces un poco más delgado. Te sienta bien. Vas a ser muy atrayente cuando tengas cincuenta años, Peter.

—No es un gran cumplido por la conclusión que puedo sacar de él.

—¿Por qué? ¿Crees que pienso que no eres atrayente ahora? Ya lo creo que lo eres.

—No deberías decírmelo así directamente.

—¿Por qué no? Tú sabes que es cierto. Pero estaba pensando cómo serás cuando tengas cincuenta años. Tendrás las sienes grises y usarás traje gris; he visto uno en un escaparate la semana pasada y pensé que ése sería el único..., y serás un gran arquitecto.

—¿Piensas realmente así?

—Ya lo creo.

Él esperaba las preguntas inevitables; pero, en cambio, empezaron a hablar de pronto de los viejos días que juntos habían pasado en Stanton. Recordaba los trajes de baño que ambos usaban, sus medias caídas, la horchatería favorita de Stanton, donde pasaban muchas tardes de verano juntos...; pero se le ocurría vagamente que nada de eso tenía sentido. Había muchas cosas importantes que decirle y preguntarle, pero pensaba que las personas no conversaban de esa manera cuando se encuentran al cabo de muchos meses sin verse. Pero a

ella le parecía bastante natural, como si no tuviera en cuenta que habían estado separados tanto tiempo.

Al cabo, él preguntó:

—¿Recibiste mi telegrama?

—¡Oh, sí! Gracias.

—¿No quieres saber cómo me van las cosas en la ciudad?

—¡Pues sí! ¿Cómo te va?

—Me parece que no tienes un interés muy grande.

Cómo no! ¡Quiero saber todo lo que se refiere a ti!

—A ti no te importa mucho, ¿no es cierto?

—¿Qué?

—Lo que hago.

—Sí que me importa, Peter. No, quizá no demasiado.

—Eso es una monada tuya.

—Lo que realmente me interesa no es lo que haces, sino tu persona.

—¿Yo?

—Sí, tú aquí o en la ciudad o en cualquier parte del mundo. No sé nada más que eso.

—¿Sabes, Katie? Eres una tonta. Tu técnica es algo terrible.

—¿Mi qué?

—Tu técnica. No puedes decirle a un hombre, tan desvergonzadamente como lo haces, que estás loca por él.

—Pero si es cierto...

—Pero no puedes decirlo. Los hombres no se interesarán por ti.

—Yo no quiero que los hombres se interesen por mí.

—Quieres que yo me interese, ¿no es verdad?

—Y te interesas, ¿no es cierto?

—Sí —dijo él, estrechándola en sus brazos—. Es terrible. Soy más loco que tú.

—Bien, entonces todo está perfectamente —

respondió ella, acariciándole el pelo—. ¿No te parece?

—Siempre ha estado perfectamente, y eso es lo más extraño de todo... Pero quiero contarte lo que me ha ocurrido, porque es importante.

—Estoy realmente muy interesada, Peter.

—Bien; sabrás que estoy trabajando con Françon y Heyer y..., ¡oh, diablos!, ¡nunca te imaginas tú lo que eso significa!

—Sí, puedo darme cuenta. Los he visto en *Quién es Quién en Arquitectura*. Los elogiaban mucho, y le pregunté a mi tío. Me dijo que ocupaban el primer puesto en los negocios.

—Sin la menor duda. Françon es el proyectista mas grande de Nueva York, de todo el país, de todo el mundo, quizás. Ha construido diecisiete rascacielos, ocho catedrales, seis estaciones terminales de ferrocarril y sabe Dios cuántas otras cosas más... Naturalmente, es un viejo loco y un farsante ostentoso y...

Se detuvo, con la boca abierta, contemplándola. No había pensado decir eso. Nunca se había permitido pensar así antes.

Ella lo miraba serenamente.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Y...?

—Bien... y... —balbuceó él, y se dio cuenta que no podía hablarle a ella en forma diferente—. ...y que es lo que yo pienso realmente de él. Y qué no le tengo ningún respeto. Y que estoy encantado de trabajar con él. ¿Comprendes?

—Claro —respondió ella serenamente—. Eres ambicioso, Peter.

—¿No me desprecias por eso?

—No. Eso es lo que tú quieres.

—Seguramente es lo que yo quiero. Bien, en realidad no es tan malo. Es una firma formidable, la mejor firma de la ciudad. Yo estoy haciendo realmente un buen trabajo, y Françon está muy satisfecho

conmigo. Adelanto y creo que puedo obtener el cargo que quiera y que eventualmente se produzca... Por ejemplo, esta noche hice el trabajo de un empleado y él no sabe que pronto resultará inútil porque... ¡Katie! ¿Qué estoy diciendo?

—Está muy bien, querido. Lo comprendo.

—Si lo hubieses comprendido, me hubieras dado el nombre que merezco y me habrías interrumpido.

—No, Peter, no quiero cambiarte. Te quiero, Peter.

—¡Que Dios te ayude!

—Ya sé que necesitaré la ayuda de Dios.

—¿Lo sabes? ¿Y lo dices de esa manera? ¿Como dirías: "Es una hermosa noche"?

—¿Y por qué no? ¿Por qué tengo que preocuparme por eso? Te quiero.

—No, no te preocupes por eso. ¡Nunca te preocupes por eso! Katie... Nunca querré a ninguna otra...

—También lo sé.

La atrajo hacia sí ansiosamente, temeroso de que su frágil cuerpecito se desvaneciese. No sabía por qué la presencia de ella le hacía confesar cosas que no se atrevía a confesarse a sí mismo. No sabía por qué la victoria que había ido a compartir había desaparecido. Pero no le importaba. Tenía un extraño sentimiento de libertad; la presencia de ella siempre despertaba en él un impulso que no podía definir: se percibía claramente, se sentía él mismo.

Después él empezó a hacerle preguntas sobre su vida en Nueva York, y ella le habló muy contenta de su tío.

—Es admirable, Peter. Es realmente admirable, bastante pobre, pero me acogió y fue tan bondadoso que dejó su estudio para que yo pudiera vivir con él, y ahora trabaja aquí, en el *living*. Tienes que conocerlo, Peter. Ahora está ausente, por unas conferencias, pero debes conocerlo cuando regrese.

—Con seguridad me gustaría conocerlo.

—Imagínate que yo quería ir a trabajar para no depender de nadie, pero no quiso permitírmelo. "Querida mía —me dijo—, a los diecisiete años, no. Tú no quieres que yo me avergüence de mí mismo, ¿no es cierto? Yo no creo en el trabajo de los chicos." Es una idea curiosa, ¿no te parece? Tiene muchas ideas curiosas; yo no se las comprendo todas, pero los demás dicen que es un hombre brillante. De manera que él procede como si yo le hiciese un favor permitiéndole que me mantenga, y creo que esto lo hace muy respetable.

—¿Qué haces durante todo el día?

—Poca cosa. Leo libros de arquitectura. Mi tío tiene toneladas de libros de arquitectura. Pero cuando él está aquí, copio a máquina sus conferencias. Creo que a él no le gusta que yo haga eso; prefiere a su mecanógrafa, pero como a mí me gusta hacerlo, deja que haga mi gusto, y me paga el sueldo de ella. Yo no quería tomarlo, pero él me obligó.

—¿De qué vive él?

—¡Oh, hace muchas cosas! No sé, porque no puedo seguirle la pista a todas. Enseña historia de arte; en una palabra, es una especie de profesor.

—Y, a propósito, ¿cuándo irás al colegio?

—Oh..., bueno..., verás..., no creo que mi tío apruebe la idea. Le dije que siempre había pensado ir al colegio y trabajar para pagarme los estudios, pero a él le parece que eso no es para mí. No habla mucho, sólo dice: "Dios hizo al elefante para moverse con dificultad y al mosquito para revolotear a su alrededor, y no es recomendable, como regla, hacer pruebas con las leyes de la naturaleza; sin embargo, si quieres intentarlo, querida mía..." Pero él no se opone realmente, depende solamente de mí...

—No le permitas que te ponga impedimentos.

—Él no quisiera tener que oponerse. Pero yo pienso que en la escuela superior nunca fui una maravilla, y, querido, en matemáticas era realmente una calamidad, de manera que me pregunto... Pero no hay prisa. Tengo bastante tiempo para decidirme.

—Escúchame, Katie, no me gusta esto. Tú siempre habías hecho proyectos sobre el colegio. Si ese tío tuyo...

—No deberías hablar de esa manera. Tú no lo conoces. Es el hombre más sorprendente. Nunca he conocido a nadie que pueda asemejarsele. Es tan amable, tan comprensivo... Y es muy divertido, siempre está bromeando, y es tan inteligente que nada de lo que uno siempre ha creído que era serio parece serlo cuando él habla. Y, sin embargo, es un hombre muy serio. Imagínate que pasa horas conversando conmigo; nunca está demasiado cansado, y no se aburre de mi estupidez; me habla de las huelgas, de las condiciones de vida de los barrios bajos y de la pobre gente que trabaja en los talleres, donde se paga miserablemente por un trabajo excesivo; siempre se preocupa de los otros y nunca de sí mismo. Un amigo suyo me dijo que mi tío podría ser muy rico si quisiese. Es muy capaz. Pero no quiere, y además no le interesa el dinero.

—Eso no es humano.

—Espera hasta que lo veas. Él quiere conocerte también. Le he hablado de ti. Te llama el Romeo de la regla T.

—¿Eso dice?

—Pero ¿no comprendes que lo dice amablemente? Es la manera que tiene de decir las cosas. Encontrarás que tenéis muchos rasgos comunes. Quizás él te pueda ayudar. Sabe también algo de arquitectura. Estoy segura de que querrás a tío Ellsworth.

—¿A quién? —preguntó Keating.

—A mi tío.

—Dime —preguntó Keating con voz un poco ronca—, ¿cómo se llama tu tío?

—Ellsworth Toohey. ¿Por qué?

Sus manos cayeron flojamente, y se sentó, contemplándola.

—¿Qué ocurre, Peter?

Keating se atragantaba. Ella veía los sacudimientos de su garganta. Después habló con voz dura:

—Escúchame, Katie, no quiero conocer a tu tío.

Pero ¿por qué no?

—No quiero conocerlo por medio de ti... ¿Ves, Katie como no me conoces? Yo soy una persona que utiliza a la gente. No quiero aprovecharme de ti Jamás.

—¿Aprovecharte...? ¿Cómo? ¿Qué significa eso? ¿Por qué?

—Es así. Yo daría un ojo de la cara por conocer a Ellsworth Toohey, eso es todo. —Rió ásperamente—. ¿De manera que él conoce algo de arquitectura? Cabeza de chorlito! Es el hombre que conoce más arquitectura. Quizá todavía no, pero dentro de un par de años, lo será; pregúntale a Françon, a ese zorro viejo, que lo sabe. Está en camino de llegar a ser el Napoleón de los críticos de arquitectura. Míralo ascender. En primer lugar, no hay muchos que se molesten en escribir sobre nuestra profesión; de manera que él es el hombre inteligente que monopolizará el mercado. Tendrías que ver cómo, en nuestra oficina, los grandes personajes lamen cada coma que él escribe. ¿De manera que tú crees que podría ayudarme? Podría formarme y lo hará, cuando lo conozca, cuando esté en condiciones de conocerlo, así como conocí a Françon; pero no en este lugar ni por mediación tuya, ¿comprendes?

—Pero, Peter, ¿por qué no?

—¡Porque no quiero que sea así, porque es asqueroso y lo aborrezco y aborrezco todas estas cosas, mi profesión, mi trabajo y lo que hago y lo que haré! Es

algo en lo cual no quiero que tú te mezcles. Tú eres lo único que realmente tengo; por eso no quiero que te metas en esto.

—¿Que no me meta en qué?

—No sé.

Ella se levantó y permaneció en el círculo de sus brazos, el rostro de él apoyado contra la cadera de ella. Lo contemplaba y le acariciaba el cabello.

—Está bien, Peter. Creo que te comprendo. Lo conocerás cuando tú quieras. Cuando quieras, me lo dices. Si quieres, puedes servirme de mí para hacerlo. Eso no cambiará en nada las cosas.

Cuando él levantó la cabeza, ella sonreía dulcemente.

—Has trabajado excesivamente, Peter. Estás un poco débil. ¿Qué te parece si te hago té?

—¡Oh! Me había olvidado, pero no he cenado esta noche. No tuve tiempo.

—¡Te olvidas de todo, hasta de comer! ¡Caramba parece imposible! Ven a la cocina; voy a ver lo que puedo prepararte.

La dejó dos horas más tarde, y al irse se sentía ligero, despejado, feliz; había olvidado todos sus temores; había olvidado a Toohey y a Françon. Pensaba solamente que le había prometido volver al día siguiente y que era inaguantable todo el tiempo que tenía que esperar. Ella permaneció en la puerta hasta que él se fue, con las manos cruzadas sobre el pecho pensando que quizá volvería al día siguiente, o quizá tres meses después.

—Cuando termine esta noche —dijo Henry Cameron—, quiero verlo en mi oficina. Tengo que hablarle.

—Muy bien —respondió Roark.

Cameron giró sobre sus talones y salió de la sala de dibujo. Ésa había sido la frase más larga que le había dirigido a Roark en todo el mes.

Roark había ido a la misma habitación todas las mañanas; había hecho su tarea y no había oído una sola palabra de comentario. Cameron solía entrar en la sala de dibujo y permanecer detrás de Roark largo tiempo, mirando por encima de sus hombros. Era como si sus ojos se concentraran deliberadamente tratando de hacer desviar la firme mano de su curso sobre el papel. Los otros dos dibujantes chapuceaban sus trabajos ante el solo pensamiento de que semejante aparición estuviese detrás de ellos. Pero Roark parecía no darse cuenta; continuaba el trabajo, sin apresurarse, y con toda tranquilidad cambiaba un lápiz de punta ya gastada por otro. "Uj juj", refunfuñaba Cameron de pronto. Roark, entonces, se volvía, cortés y atentamente: "¿Qué pasa?", preguntaba. Cameron se volvía sin una palabra, subrayando despectivamente, con sus pequeños ojos, lo que consideraba innecesario contestar, abandonaba la habitación. Roark continuaba con su dibujo.

—Te equivocas —dijo Loomis, el dibujante joven, a Simpson, su anciano colega—. El viejo no quiere a ese tipo. No puedo censurarlo por eso. Aquí hay uno que no durará mucho tiempo.

Simpson era viejo e inútil. Había sobrevivido a la oficina de tres pisos que tenía Cameron, se había clavado en ella y nunca había comprendido nada.

Loomis era joven, tenía la cara de esos vagos que viven en las esquinas y estaba allí porque había sido echado de muchas otras partes. Ninguno de los dos quería a Roark. A primera vista, generalmente impresionaba mal a todos. Su rostro era hermético como la puerta de una caja de seguridad; y las cosas que están encerradas en ellas son valiosas, aunque la gente no lo perciba. Él constituía en la habitación una fría e

inquietante presencia; una presencia que tenía una extraña cualidad: se hacía sentir y al mismo tiempo hacía sentir a los demás que él no estaba allí, o quizá que él estaba y los demás no.

Después del trabajo, recorría a pie la larga distancia que había hasta su casa, un alojamiento cerca de East River. Había elegido ese alojamiento porque, por dos dólares y medio por semana, había obtenido la buhardilla, una inmensa habitación que había sido utilizada como depósito. No tenía cielo raso y el agua goteaba entre las desnudas vigas del techo, pero tenía una hilera de ventanas a lo largo de dos de sus paredes, algunas con cristales, otras con cartones. Unas ventanas daban al río y otras a la ciudad.

Hacía una semana, Cameron había entrado en la sala de dibujo y había arrojado sobre la mesa de Roark un proyecto exagerado de una residencia de campo.

—Mire si puede hacer una casa de esto —gruñó sin dar ninguna otra explicación.

No se acercó a la mesa de Roark durante los días siguientes. Roark había terminado los planos la noche anterior y los había dejado sobre la mesa de Cameron. Aquella mañana, éste había entrado, arrojándole a Roark algunos bosquejos de ensambladuras de acero, ordenándole que se presentase en su oficina más tarde, y no apareció en la sala de dibujo durante el resto del día.

Los otros se habían ido. Roark extendió un viejo pedazo de hule sobre la mesa y se dirigió hacia el estudio de Cameron. Sus proyectos de la casa de campo estaban esparcidos sobre la mesa. La luz de una lámpara caía sobre las mejillas, sobre la barba de Cameron, haciendo brillar los hilos de plata, sobre su mano, sobre un ángulo del diseño, cuyas líneas sobresalían vigorosas como si estuviesen repujadas en el papel.

—Está despedido —dijo Cameron.

Roark estaba en el centro de la habitación, con el

cuerpo apoyado en una pierna, los brazos colgando y un hombro levantado.

—¿Despedido? —preguntó tranquilamente, sin el menor movimiento.

—Acérquese —dijo Cameron—. Siéntese.

—Roark obedeció.

—Usted es demasiado bueno. Es demasiado bueno para lo que quiere hacer de su persona. Es inútil, Roark. Mejor ahora que más tarde.

—¿Qué me quiere decir?

—Malgastar las fuerzas que usted malgasta en un ideal que nunca alcanzará, que nunca le permitirán conquistar. Transformar en una tortura para usted mismo esa fuerza maravillosa que posee. Véndala, Roark. Véndala ahora. Tiene lo que ellos pagan, y pagan bien si lo utiliza como ellos quieren. Acéptelos. Transija. Transija ahora, porque tendrá que hacerlo más tarde de cualquier manera. Más tarde tendrá que soportar cosas de las cuales se arrepentirá. Usted no lo sabe y yo sí. Evítese eso. Déjeme, Váyase a ver a algún otro.

—¿Usted procedió así?

—¡Bastardo presuntuoso! ¿Cree usted que yo he dicho que era tan bueno? ¿Le dije que lo comparaba a...?

Se detuvo porque vio que Roark se estaba riendo. Lo miró e inmediatamente se echó a reír como contestación. Y fue la cosa más dolorosa que Roark jamás hubiera visto.

—No —dijo Cameron dulcemente—. Es inútil. Es inútil... Bueno, tiene razón. Es tan bueno como usted mismo se considera. Pero quiero hablarle, y no sé exactamente cómo empezar. He perdido la costumbre de hablar a hombres como usted. ¿Perdido? Quizá no la haya tenido nunca. ¡Quizá sea eso lo que me asusta ahora! ¿Tratará usted de comprender?

—Comprendo. Creo que está perdiendo el tiempo.

—No sea terco. Porque yo no puedo ser rudo con usted ahora. Quiero que me escuche. ¿Me escuchará y no me contestará?

—Sí. Discúlpeme, no quise ser rudo.

—Vea; de todos los hombres, yo soy el último a quien debió recurrir. Cometería un crimen si lo mantuviese aquí. Alguien tendría que haberlo prevenido contra mí. Yo no puedo ayudarle, tampoco quiero desanimarle. No puedo enseñarle nada con sentido común; al contrario, le haré marchar por el camino en que está ahora. Lo obligaré a que siga siendo lo que es y lo empeoraré... ¿No ve? Dentro de un mes ya no podría dejarlo partir. Tampoco estoy seguro de que pueda dejarlo ahora. Por eso no discuta conmigo y váyase mientras pueda...

—Pero ¿acaso puedo? ¿No piensa que es demasiado tarde para los dos? Era demasiado tarde para mí hace doce años.

—Trate de irse, Roark. Trate de ser razonable de una vez. Hay bastantes personas importantes que lo tomarán, haya sido expulsado o no. Podrán reírse de mí en sus discursos, durante los banquetes, pero me roban cuando les conviene y saben que conozco un buen dibujante en cuanto lo veo. Le daré una carta para Guy Françon. Trabajó conmigo hace ya mucho tiempo. Creo que lo eché, pero eso no tiene importancia. Vaya a verlo. A primera vista no le gustará, pero se acostumbrará y me lo agradecerá usted siempre.

—¿Por qué habla de eso, si no es lo que me quiere decir? Eso no es lo que usted hizo.

—Por eso se lo digo, porque eso no es lo que hice yo. Mire, Roark, usted tiene una cosa que me causa miedo. No es el trabajo que hace. Poco me importaría si usted fuera un exhibicionista que hace algo distinto, como proezas o calaveradas para llamar la atención. Es

un sistema inteligente de oponerse a la multitud y divertirla cobrando la admisión al espectáculo. Si procediera así, no me preocuparía, pero no es eso. Usted ama su trabajo. Gracias a Dios, lo ama. Y eso es lo malo. Ésa es la mancha que hay en su frente para que todos la distinguan. Ama el trabajo, y ellos lo saben, y saben que lo tienen a usted. ¿No mira nunca a las personas en la calle? ¿No tiene miedo de ellas? Yo sí. Pasan delante de uno y llevan sombreros y paquetes, pero ésa no es su sustancia. La sustancia de ellas es odio hacia cualquier persona que ame su trabajo. Es la única especie que temen; no sé por qué.

—Pero yo nunca advierto a las personas que van por la calle.

—¿Se da cuenta de lo que me han hecho a mí?

—Sólo sé que usted no les tenía miedo. ¿Por qué me pregunta si yo les tengo miedo?

—Es precisamente para saber si las teme por lo que se lo pregunto. —Se inclinó hacia delante, cerrando los puños—. ¿Quiere contestarme, Roark? Usted es cruel, ¿no es cierto? Bien, se lo diré: ¿quiere terminar así? ¿Quiere ser lo que soy yo?

Roark se levantó y se puso frente a Cameron, cerca del borde luminoso de la mesa.

—Si al fin de mi vida —dijo Roark— soy lo que usted es hoy, en este estudio, lo consideraré como un honor que no he merecido.

—Siéntese —gruñó Cameron—. No me gustan las alabanzas.

Roark se sorprendió de hallarse de pie.

—Discúlpeme, no sabía que me había levantado —dijo.

—Vamos, siéntese. Escuche. Comprendo, usted es muy amable. Yo creí que con unos pocos días que estuviera aquí eran suficientes para quitarle de la cabeza el culto por los héroes. Veo que no ha sido así. Piensa

en lo grande que es el viejo Cameron: un luchador noble, mártir de una causa perdida. Le gustaría morir conmigo en las barricadas y comer mal el resto de su vida. Ya sé que esto le parece algo puro y hermoso a su avanzada edad de veintidós años. ¿Pero sabe lo que significa eso? Treinta años de una causa perdida. Suena bien, ¿verdad? Pero ¿sabe cuántos días hay en treinta años? ¿Sabe lo que sucede en esos días? ¡Roark! ¿Sabe lo que sucede?

—No es de esto de lo que usted quiere hablar.

—No, no quiero hablar de esto, pero voy a hablar y quiero que me escuche, quiero que sepa lo que le espera. Habrá días que mirará sus manos y querrá hacérselas pedazos porque lo mortificarán por lo que hubiesen podido haber hecho si solamente hubiesen encontrado la oportunidad para hacerlo, y no habrá podido encontrar esa oportunidad, y no podrá aguantar su cuerpo vivo porque sus manos han fracasado. Habrá días que el conductor de un ómnibus le pedirá bruscamente los diez centavos cuando suba, pero no será eso lo que escuchará; le parecerá oírle decir que usted no es nada, y que se está burlando de usted porque sobre su frente está escrita esa señal que ellos odian. Habrá días que estará en el rincón de una sala y escuchará a una persona hablando en un escenario de construcciones, del trabajo que usted ama, y esperará, por lo que él dice, que alguien se levante y lo aplaste entre las uñas de los pulgares, pero, lejos de eso, escuchará que lo aplauden y querrá chillar porque no sabrá si ellos son seres reales o si lo es usted; si está en una habitación llena de cabezas vacías o si alguno le ha vaciado la suya, y no dirá nada porque los sonidos que pueda emitir no constituyen una lengua comprensible en aquella habitación. Si hubiese querido hablar, no hubiera podido, porque lo hubieran echado, porque no tendrá nada que decirles de arquitectura. ¿Es eso lo que usted quiere?

Roark se quedó inmóvil; las sombras afilaban su rostro. Tenía un negro prisma en su hundida barbilla, un largo triángulo negro al sesgo de su barbilla, los ojos fijos en Cameron.

—¿No es bastante? —interrogó Cameron—. Muy bien. Después, un día, verá, sobre un papel que tendrá delante, un edificio que lo invitará a arrodillarse; no querrá creer que lo ha hecho, pero lo habrá hecho y entonces pensará que la tierra es hermosa y que el aire tiene olor a primavera; y amará a sus semejantes porque no habrá mal en el mundo. Saldrá de su casa con el proyecto que ha realizado porque no tendrá dudas de que será erigido por el primer hombre que lo vea; pero no irá muy lejos de su casa, porque será detenido en la puerta por el hombre que va a cortarle el gas. Habrá hecho economías al cocinar para poder terminar el proyecto con sus ahorros y tendrá todavía algo que cocinar, pero no lo habrá pagado... Después de todo, eso no es nada y usted puede reírse. Pero, finalmente, irá a la oficina de un hombre con su dibujo y se maldecirá por ocupar tanto espacio con su cuerpo y tratará de alejarse del alcance de su vista, de manera que él no lo pueda ver y que escuche solamente su voz, mendigándole, suplicándole, abrazándole las rodillas. Se detestará por todo eso, pero no le preocupará mayormente con tal que él le permita construir el edificio, querrá desgarrarse las entrañas para mostrárselas y hacerle ver lo que usted tiene dentro a fin de que le permita erigir el edificio. Entonces él dirá que lo lamenta mucho, porque el trabajo ha sido otorgado a Guy Françon. Y volverá a su casa y no sabrá qué hacer allí. Gritará como una mujer, como un borracho, como un animal. Éste sería su porvenir, Howard Roark. Ahora, ¿lo quiere usted?

—Sí —dijo Roark.

Los párpados de Cameron cayeron; su cabeza se

inclinó un poco, después más, y continuó cayendo lentamente con largas y extrañas sacudidas. Después se detuvo. Quedó quieto en su asiento, los hombros encorvados, los brazos acurrucados en su regazo.

—Howard —murmuró—, nunca le he dicho esto a nadie.

—Muchas gracias —replicó Roark.

Después de largo rato, Cameron levantó la cabeza.

—Váyase a su casa —agregó, con voz baja—. Ha trabajado hasta demasiado tarde, y tiene un día pesado por delante. —Señaló los planos de la casa de campo—. Está muy bien —dijo—, y me hubiese gustado ver lo que hubiese hecho, pero no es como para edificarla. Tendrá que hacerlos de nuevo. Mañana le mostraré lo que yo quiero.

V

Un año con la firma de "Françon y Heyer" le había dado a Keating el título, por el que tanto había suspirado, de príncipe heredero sin cartera. Pese a no ser más que un dibujante, era el favorito de Françon. Éste le confería un honor inaudito para un empleado: lo llevaba a comer. Además, Françon lo llamaba para que estuviese presente en las entrevistas que tenía con los clientes, y parecía que a éstos les agradaba ver un joven tan decorativo en el estudio de un arquitecto.

Lucio N. Heyer tenía la fastidiosa costumbre de preguntarle a Françon, de pronto: "¿Dónde consiguió el nuevo empleado?", y señalaba a un empleado que desde hacía tres años estaba allí. Pero Heyer sorprendía a todos al recordar el nombre de Keating y saludarlo

siempre que lo encontraba con una sonrisa de reconocimiento positivo. Keating había tenido una larga conversación con él, una monótona tarde de noviembre, sobre porcelanas antiguas. Era la manía de Heyer. Poseía una valiosa colección reunida con apasionamiento. Keating desplegó conocimientos muy serios sobre el tema, aunque nunca había oído hablar de porcelanas antiguas hasta la noche anterior, que se la había pasado en una biblioteca pública. Heyer estaba encantado, pues nadie en el estudio se preocupaba por su manía, y pocos notaban su presencia. Heyer le dijo a su socio: "Es usted verdaderamente sagaz para elegir a sus empleados, Guy. Hay un muchacho que no quisiera que perdiésemos. ¿Cómo se llama...? Keating." "Sí, en efecto —respondió Françon sonriéndose—; sí, en efecto."

En la sala de dibujo, Keating se concentraba en Tim Davis. El trabajo y el dibujo eran solamente insignificantes detalles en la superficie de sus días; Tim Davis era la sustancia y la forma del primer escalón de su carrera.

Davis permitía que Keating le hiciera la mayor parte de su propio trabajo; al principio, del trabajo nocturno; después, también, parte del trabajo del día; secretamente primero, públicamente después. Davis hubiera deseado que no se supiese, pero Keating lo hizo conocer con un aire de confianza ingenua con el que infundía la sensación de que él era tan sólo una herramienta, como el lápiz o la regla T de Tim; que su ayuda realizaba la importancia de Tim en lugar de disminuirla y que, por esa razón, él no había querido ocultarlo.

Al principio, las instrucciones se las daba Davis; después el dibujante principal tomó el arreglo como ya establecido y empezó a darle a Keating las órdenes que debía darle a Davis. Keating siempre estaba allí, sonriéndose y diciendo: "Yo lo haré, no incomode a

Tim con esas bagatelas; yo me preocuparé de esto." Davis cedía y le permitía llevar las cosas adelante: fumaba mucho, se tendía con las piernas cruzadas desganadamente sobre el travesaño de un banquillo, cerraba los ojos para pensar en Elaine, y de cuando en cuando decía: "¿Estás listo, Peter?"

Davis se había casado con Elaine en la primavera. Frecuentemente iba tarde al trabajo. Le había murmurado a Keating: "Tú, que estás en buenas relaciones con el viejo, deslízate una palabra de recomendación para mí, de vez en cuando, ¿quieres?, de manera que pasen por alto algunas cosas. ¡Dios mío, cómo odio tener que trabajar ahora!" Keating le decía a Françon: "Siento, señor Françon, que los planos del sótano de la obra de Murray tarden tanto, pero Tim Davis tuvo una pelea con su esposa anoche y usted sabe lo que son los recién casados; no sea demasiado duro con ellos." O si no: "Tim Davis otra vez, señor Françon; perdónelo, no pudo hacerlo, no se ha podido concentrar en su trabajo aún."

Cuando Françon recorrió la lista de los salarios de los empleados, advirtió que el dibujante mejor pagado era el hombre menos necesario del estudio.

Cuando Davis perdió el puesto, ninguno de los empleados del estudio se sorprendió, salvo el mismo Tim Davis. No lo podía comprender. Sus labios adoptaron un gesto de amarga desconfianza contra un mundo al que odiaría para siempre. Sintió que no tenía en la tierra otro amigo que Keating.

Keating lo consoló, maldijo a Françon, maldijo la injusticia de los hombres y gastó seis dólares en una taberna clandestina para obsequiar al secretario de un oscuro arquitecto que conocía. Así obtuvo un nuevo empleo para Tim Davis.

Después, siempre que se acordaba de Davis, sentía un cálido placer; él había ejercido influencia en la vida

de un ser humano, lo había sacado de una senda y lo había puesto en otra. Tim Davis no era ya para él Tim Davis, sino sólo una forma viviente y un espíritu, un espíritu consciente. ¿Por qué había temido siempre esa misteriosa entidad que era la conciencia de los demás? Y él había torcido esa forma y ese espíritu según su propio deseo.

Por decisión unánime de Françon, Heyer y el dibujante principal, la mesa de Tim, su puesto y su remuneración fueron adjudicados a Keating. Esto era solamente una parte de su satisfacción; había otra más cálida, menos real y más peligrosa. A menudo decía con viveza: "¿Tim Davis? ¡Ah, sí! Yo le conseguí el empleo que tiene ahora."

Le escribió a su madre sobre todo eso. Ella les decía a sus amistades: "Peter es un muchacho muy poco interesado."

Le escribía a su madre, por obligación, una vez por semana; sus cartas eran cortas y respetuosas; las de ella eran largas, detalladas y llenas de consejos, que él raras veces leía hasta el fin.

Veía a Catherine Halsey de vez en cuando. No había ido a verla a la noche siguiente, conforme había prometido. Se había despertado por la mañana, y al recordar las cosas que le había dicho, sintió odio por ella. Pero una semana más tarde volvió, y ella no le hizo ningún reproche ni le mencionó para nada a su tío. La veía después cada mes o dos; se ponía muy contento cuando la veía, pero nunca le hablaba de su carrera.

Trató de hablarle a Roark de ello, pero fracasó en su intento. Lo visitó dos veces y trepó indignado los cinco tramos de la escalera que conducía a la habitación de Roark. Lo saludó con entusiasmo; quería confiarse a él, no sin saber qué clase de confianza necesitaba, ni por qué estaba convencido de que ésta sólo podía proceder de Roark. Le habló de su empleo y le preguntó con

sumo interés acerca del estudio de Cameron. Roark le escuchó y contestó a todas sus preguntas de buen grado; pero Keating, al ver los inmóviles ojos de Roark, sentía que estaba golpeando contra una plancha de hierro y que ambos estaban hablando lenguajes distintos. Antes que terminara la visita, Keating se dio cuenta de los puños gastados de Roark, de sus zapatos y del remiendo en la rodilla de sus pantalones, y se sintió satisfecho. Se fue sonriendo de gozo, pero también sintiéndose miserablemente incómodo y preguntándose por qué ocurría tal cosa. Acabó jurando no volver a ver a Roark, pese a saber que tendría que verlo nuevamente.

—Bueno —dijo Keating—, no tuve valor para invitarla a comer, pero vendrá conmigo a la exposición de Mawson pasado mañana. ¿Qué le parece?

Se sentó en el suelo, descansando la cabeza en el borde de un sofá, extendiendo las piernas. Llevaba un pijama color de chartreuse, de Guy Françon, que flotaba en sus piernas. Por la puerta abierta del cuarto de baño vio a Françon, de pie junto al lavabo, con el vientre aplastado contra el borde brillante, limpiándose los dientes.

—¡Espléndido! —dijo Françon, hablando con la boca llena de la espuma del dentífrico—. Eso servirá también. ¿No le parece?

—No.

—Pero, caballero Peter, se lo expliqué ayer antes de que saliéramos. El esposo de la linda señora Dunlop piensa edificar una casa para ella.

—¡Ah, sí! —respondió Keating débilmente, separando de la cara los enmarañados rizos negros—. Ahora recuerdo... Dios mío, qué cabeza tengo...

Recordó vagamente la fiesta a la cual Françon lo había llevado la noche anterior; recordaba el caviar servido en un pedazo de hielo ahuecado, el negro traje de noche y la linda cara de la señora de Dunlop; pero no

pudo recordar cómo había venido a terminar en el departamento de Françon. Se encogió de hombros. Había ido a muchas fiestas con Françon el año anterior, y á menudo había sido llevado allí en esa misma forma.

—No es una casa muy grande —dijo Françon, con el cabo verde del cepillo saliéndole por la boca—. Cincuenta mil o algo así, según creo. Son gente de poca monta, de cualquier manera; pero el cuñado de la señora Dunlop es Quimby, dueño de muchísimas propiedades. No estaría mal tener una cuña en esa familia. Hay que ver cómo lleva a cabo el encargo, Peter. ¿Puedo contar con usted?,

—Desde luego —dijo Keating, bajando la cabeza—. Puede contar conmigo.

Se sentía tranquilo, mientras se contemplaba los dedos de los pies, y pensaba en Stengel, el dibujante de Françon. No quería pensar, pero su imaginación saltó a Stengel automáticamente, como lo hacía siempre, pues Stengel representaba su próximo escalón.

Stengel era reacio a la amistad. Los intentos de Keating se habían estrellado durante dos años contra el hielo de sus anteojos. En la sala de dibujo se murmuraba lo que Stengel pensaba de él, pero pocos osaban repetirlo, salvo entre comillas. Stengel lo decía en voz alta, aunque sabía que las correcciones que llevaban sus dibujos cuando eran devueltos de la oficina de Françon estaban hechas por la mano de Keating. Pero Stengel tenía un punto vulnerable: desde algún tiempo estaba haciendo planes para dejar a Françon y abrir un estudio propio. Había elegido un socio, un arquitecto joven sin talento alguno, pero que había heredado dinero. Stengel estaba solamente esperando la oportunidad. Keating no podía pensar en otra cosa. Pensaba nuevamente en ello, echado allá, en el dormitorio de Françon.

Dos días más tarde, cuando acompañó a la señora Dunlop a la exposición de pintura de cierto Frederic

Mawson, su decisión estaba tomada. La condujo a través de la rala multitud, tomándola del brazo de vez en cuando y mirando con más frecuencia su cara joven que los cuadros.

—Sí —dijo él mientras ella se detuvo obligadamente en un paisaje, un "cementerio" de autos, tratando de dar a su rostro la expresión de admiración que se esperaba de ella—. Magnífico trabajo...; note los colores, señora Dunlop... Se dice que Mawson ha pasado épocas terribles. Es la historia de siempre, hasta ser reconocido. Historia vieja y dolorosa. Es lo mismo en todas partes. En mi propia profesión, incluso.

—¿Sí? —dijo la señora Dunlop, que en aquel momento parecía preferir la arquitectura.

—Mire esto —dijo Keating, deteniéndose frente a una pintura que representaba una vieja bruja que se hurgaba los pies en una feria—. Ésta es una muestra del arte como documento social. Se necesita ser una persona de valor para apreciarlo.

—Es sencillamente maravilloso —dijo la señora Dunlop.

—¡Ah, sí, valor! Es una cualidad rara. Se dice que Mawson se moría de hambre en una buhardilla cuando fue descubierto por la señora Stuyvesant. Es magnífico poder ayudar a un joven talento en esa forma.

—Debe de ser maravilloso —convino la señora Dunlop.

—Si yo fuese rico —dijo Keating pensativamente—, haría una de mis manías: concertar la exposición de un nuevo artista, costear el concierto de un pianista nuevo, tener una casa edificada por un nuevo arquitecto...

—¿Sabe usted, señor Keating, que estamos haciendo planes con mi esposo para edificar una casita en Long Island?

—¿Verdad? Es usted muy encantadora, señora Dunlop, al revelarme tal cosa a mí. Es usted demasiado

joven, si me perdona por decirle tal cosa. ¿No sabe que corre el riesgo de que yo llegue a serle molesto tratando de interesarla en mi firma? ¿O es que está segura y ya ha elegido arquitecto?

—No —dijo ella con encanto—; realmente no me importaría el peligro. He pensado en la firma de "Françon y Heyer" en estos últimos días. He oído decir que son muy buenos.

—¡Oh, sí! Gracias, señora Dunlop.

—El señor Françon es un gran arquitecto.

—¡Oh, sí!

—¿Qué pasa?

—Nada, absolutamente nada.

—No es verdad; ¿qué pasa?

—¿Quiere realmente que se lo diga? —¿Por qué no?

—Bien. Mire: Guy Françon no es más que un hombre. No se cuida para nada de su casa. Es uno de esos secretos profesionales que yo no debería divulgar, pero no sé qué hay en usted que me obliga a ser honrado. Los mejores edificios que proyecta nuestro estudio son concebidos por Stengel.

—¿Quién?

—Claude Stengel. Nunca habrá oído ese nombre, pero lo oirá cuando alguien tenga el valor de descubrirlo. Ya ve, él hace todo el trabajo, es el verdadero genio detrás de la escena; pero Françon pone su firma y recibe todo el crédito. Así se hace en todas partes.

—Pero ¿por qué aguanta todo eso el señor Stengel?

—¿Qué puede hacer él? Nadie quiere darle una mano. Usted sabe cómo es la mayoría de la gente; prefiere la senda trillada; paga tres veces más el precio de una cosa solamente porque tiene la marca de fábrica. Lo que hace falta a la gente es coraje. Stengel es un gran artista, pero pocas personas están capacitadas para advertirlo. Él está dispuesto a continuar por su cuenta si

encuentra una persona prominente, como la señora Stuyvesant, que le dé una oportunidad.

—¿Realmente? ¡Qué interesante! Siga hablándome de eso.

Le contó muchas cosas más, pero habiendo terminado el recorrido de las obras de Frederic Mawson, la señora Dunlop se despidió de Keating diciéndole:

—Es una amabilidad, una extraordinaria amabilidad, de parte suya. ¿Está seguro de que no tendrá ninguna complicación en su oficina si me concierta una entrevista con el señor Stengel? No me animaba a sugerírselo, y le agradecería que no se molestase.

Es usted tan altruista, que pocos habrían procedido así en su situación.

Cuando Keating se acercó a Stengel a proponer la comida, éste le escuchó sin decir palabra. Después moviendo la cabeza, dijo bruscamente: ¿Qué gana usted con "eso"? —Pero antes que Keating pudiese contestar, el otro echó de pronto la cabeza atrás y dijo—: ¡Oh, ya veo! —Después largó sus delgados labios en señal de desprecio—: De acuerdo. Iré a la comida.

Cuando Stengel dejó el estudio de "Françon y Heyer" para abrir el suyo propio, empezando con la construcción de la casa de Dunlop, Guy Françon rompió una regla en el borde de la mesa y le rugió a Keating:

—¡Ese bastardo...! ¡Ese impenetrable bastardo...! ¡Después de todo lo que yo he hecho por él!

—¿Qué esperaba? —dijo Keating, que se hallaba tendido en un sillón bajo, delante de él—. Así es la vida.

—Pero lo que no alcanzo a comprender es como se enteró ese canalla. ¡Quitamos el trabajo de nuestras narices!

—Bueno, yo nunca confié en él desde ningún punto de vista. —Keating se encogió de hombros—. La naturaleza humana...

La amargura de su voz era sincera. Nunca había

recibido gratitud por parte de Stengel. Éste, al partir, lo único que le dijo fue: "Usted es más barato de lo que yo había creído. Buena suerte. Será un gran arquitecto algún día."

De esta manera logró Keating el puesto de jefe proyectista de "Françon y Heyer".

Françon celebró el acontecimiento con una modesta orgía en uno de los restaurantes más tranquilos y costosos.

—En un par de años... —dijo, y repitió—: En un par de años, verá qué cosas ocurrirán. Peter... Es un buen muchacho y le estimo y verá las cosas que haré con usted... ¿Acaso no he hecho ya mucho? Va ascendiendo, Peter...; en un par de años...

—Tiene la corbata torcida —dijo Keating secamente—, y se está volcando el coñac sobre el chaleco.

Al enfrentarse con su primer proyecto Keating se acordó de Tim Davis, de Stengel, de muchos otros que habían querido, que habían luchado, que habían puesto manos a la obra y que habían sido vencidos por él. Experimentaba una sensación de triunfo. Era una tangible afirmación de su grandeza. De pronto se encontró en una oficina cerrada, contemplando un pliego en blanco, solo. Había algo que rodaba por su garganta hacia el estómago, algo frío y hueco era la antigua sensación de un agujero que iba cayendo. Apoyóse en la mesa; cerró los ojos. Antes nunca le había parecido tan real lo que se esperaba que él realizara: llenar un pliego de papel, crear algo sobre un pliego de papel.

Era tan sólo una pequeña residencia, pero en lugar de verla elevarse ante él, la veía hundiéndose; veía su conformación como si fuera un foso en el suelo y como un foso dentro de él, como un vacío con Davis y Stengel solamente, haciendo dentro un ruido inusitado.

Françon le había dicho acerca de la construcción: "Debe tener dignidad, dignidad..., nada de extravagancias...; "una construcción elegante..., siempre dentro del presupuesto." Ésa era la manera que tenía Françon de dar ideas al proyectista, dejándolo en libertad para que las ejecutase. Keating sentía un frío estupor al pensar que los clientes se le reirían a la cara; oía la voz débil y omnipotente de Ellsworth Toohey indicándole las oportunidades que se le ofrecían en el gremio de los fontaneros. Odió todas las piedras que hay en la superficie de la tierra, y se odió a sí mismo por haber elegido la profesión de arquitecto.

Cuando empezó a dibujar, trató de no pensar en el trabajo que estaba haciendo, sino en que si Françon lo había hecho, y Stengel, y Heyer y todos los otros, él también tenía que poder si quería.

Empleó varios días en los bocetos preliminares; pasó largas horas en la biblioteca de "Françon y Heyer" buscando, en fotografías de edificios clásicos, el aspecto del que tenía que hacer. Sentía que la tensión le fundía el cerebro. Y pensaba que era justo y bueno que así ocurriese, mientras la casa crecía bajo sus manos, porque los hombres aún adoraban a los maestros que habían hecho lo mismo antes que él. No tenía que extrañarse de temer o tomar las oportunidades que se presentaran; habían sido hechas para él.

Cuando los croquis estuvieron listos, se quedó mirándolos con duda. Si se le hubiese dicho que era la mejor o la peor casa del mundo, hubiera estado igualmente de acuerdo con las dos opiniones. No tenía seguridad. Tenía que estar seguro. Se acordó de Stanton, y pensó en el que confiaba cuando le asignaban algún trabajo allí. Telefoneó al estudio de Henry Cameron y preguntó por Howard Roark.

Fue a ver a Roark aquella noche y extendió delante de él los planos, la elevación, la perspectiva de su

primer proyecto de construcción. Roark se plantó delante de ellos, extendió los brazos, agarrándose con sus manos al borde de la mesa, y permaneció mudo un largo rato.

Keating esperaba ansioso; sintió que junto con la ansiedad iba creciendo la furia, por no poder comprender por qué estaba tan ansioso. Cuando ya no pudo más, dijo:

—Tú sabes, Howard, que todo el mundo dice que Stengel es el mejor proyectista de la ciudad, y no creo que él estuviese dispuesto realmente a marcharse; pero yo le conseguí una oportunidad y ocupé su puesto. Quería hacer algo muy bueno con esto, pero yo...

Se detuvo. No parecía animado y orgulloso, como le hubiera ocurrido en cualquier otra parte. Parecía que imploraba.

Roark se volvió y lo miró. Sus ojos no eran despreciativos; solamente estaban dilatados un poco más que de costumbre, atentos y perplejos. No dijo nada y volvió a los dibujos.

Keating se sintió indefenso. Davis, Stengel, Françon no significaban nada allí. La gente era su protección contra la gente, pero Roark no tenía el sentido de la gente. Los otros le daban a Keating el sentimiento de su propio valor, pero Roark no le daba nada. Pensó en coger sus dibujos e irse. El peligro no era Roark; el peligro era que él, Keating, se quedase.

Roark se volvió hacia él.

—¿Sientes placer haciendo esta clase de cosas, Peter?

—¡Oh, ya sé que no apruebas esto! —dijo Keating con voz penetrante—. Pero es cosa comercial.

Quiero saber qué piensas de esto prácticamente, no filosóficamente, no...

—No, no voy a predicar. Solamente deseaba saber

—Si tú puedes ayudarme, Howard; si puedes

ayudarme un poco... Es mi primera construcción y significa mucho para mí en el estudio, y no estoy seguro de si está bien. ¿Qué piensas tú? ¿Quieres ayudarme?

—¿Cómo no!

Roark arrojó a un lado el proyecto de la graciosa fachada, con sus pilastras acanaladas, los frontones cortados, los haces romanos sobre las ventanas y dos águilas del Imperio a la entrada. Recogió los planos. Tomó un pliego de papel de tela, lo puso sobre el plano y empezó a dibujar. Keating observaba el lápiz en la mano de Roark. Vio desaparecer la imponente entrada del *foyer*, las galerías torcidas, los oscuros rincones; vio un inmenso *living room* creciendo en el espacio, en el mismo espacio que él había creído demasiado limitado; vio una pared de ventanas inmensas que daban al jardín, una espaciosa cocina. Se quedó observando durante mucho tiempo.

—¿Y la fachada? —preguntó cuando Roark abandonó el lápiz.

—No puedo ayudarte en eso. Si tiene que ser clásica, es preciso que sea un buen clásico al menos. No necesitas poner tres pilares donde basta con uno. Y quita esos pajarracos de la puerta; es demasiado.

Keating le sonrió con agradecimiento cuando se fue con los dibujos debajo del brazo. Bajó la escalera herido y enojado. Trabajó durante tres días haciendo nuevos planos de acuerdo con los bosquejos de Roark y una nueva y más simple elevación, y presentó su casa a Françon con un gesto orgulloso y que parecía un floreo.

—Bien —dijo Françon, estudiándolo—, bien...; digo... ¡Qué imaginación tiene, Peter! Me sorprende... Es un poco atrevido, pero me sorprende. —Tosió y agregó—: Es exactamente lo que tenía en mi cabeza.

—Naturalmente —agregó Keating—. Estudié sus construcciones y traté de pensar lo que usted hubiese hecho, y si está bien es porque sé cómo captar sus ideas.

Françon se sonrió, y Keating pensó al punto que Françon no creía realmente en eso y sabía que Keating no lo creía, y, sin embargo, ambos se alegraron, unidos más estrechamente por un método común y un común delito.

Cameron tenía sobre la mesa una carta en la que le informaba que, después de una consideración muy seria, el directorio de la "Security Trust Company" lamentaba no haber podido aceptar sus planos para el edificio de la nueva sucursal de la compañía en Astoria, y que la obra había sido adjudicada a la firma "Gould y Pettingill". Junto con la carta había llegado un cheque en concepto de pago por los proyectos preliminares, conforme se había convenido. La suma no era suficiente para cubrir los gastos que habían originado aquellos proyectos.

La carta estaba sobre la mesa. Cameron estaba sentado delante de ella, echado hacia atrás, sin tocar la mesa, las manos juntas en el regazo, el dorso de una mano sobre la palma de la otra, los dedos unidos. Era solamente un pedazo de papel, pero él estaba inmóvil frente a ella, porque le parecía una cosa sobrenatural que, como el radium, enviaría rayos mortales si él se movía.

Durante tres meses había esperado el encargo de la "Security Trust Company".

Una tras otra, todas las oportunidades que se le habían presentado a raros intervalos en los dos últimos años se habían desvanecido; aparecían como vagas promesas y se desvanecían en forma de firmes rechazos. Uno de los dibujantes había tenido que ser suprimido hacía tiempo. El dueño de la casa reclamaba el alquiler, cortésmente al principio, más tarde con sequedad y después ruda y descaradamente. Pero nadie en la oficina se había preocupado mucho por los atrasos en los

suelos: existía el encargo de la "Security Trust Company. El vicepresidente, que le había pedido a Cameron que presentase sus proyectos, le había dicho: "Sé que algunos de los directores no serán de la misma opinión, pero siga adelante, Cameron. Aproveche esta oportunidad; yo lucharé por usted."

Cameron no se durmió. Él y Roark trabajaron sin descanso para tener listos los planos con tiempo, antes de tiempo, antes que "Gould y Pettingill" presentasen los suyos.

Pettingill era sobrino de la esposa del presidente del Banco y una famosa autoridad en materia ruinas de Pompeya. El presidente del Banco era ardiente admirador de Julio César, y una vez, cuando estuvo en Roma, se había pasado una hora y cuarto examinando con reverencia el Coliseo.

Cameron y Roark habían vivido en la oficina, con una cafetera de café negro, mañana, tarde y noche durante días, y Cameron pensaba involuntariamente en la cuenta de la luz, pero trataba de olvidarlo. Las luces ardían en la sala de dibujo en las primeras horas del amanecer cuando enviaba a Roark a buscar bocadillos, y Roark se encontraba con una mañana grisácea cuando todavía era de noche en la oficina, pues las ventanas daban frente a una alta pared de ladrillos.

El último día, Roark mandó a Cameron a su casa después de medianoche, porque sus manos temblaban y sus rodillas buscaban el alto taburete de dibujo para apoyarse. Roark lo llevó a un taxi, y a la luz de un foco de la calle, Cameron pudo ver el rostro desencajado del muchacho, cuyos ojos se mantenían abiertos sólo por el esfuerzo que hacía. A la mañana siguiente, Cameron entró en la sala de dibujo y encontró la cafetera en el suelo, junto a un charco negro; la mano de Roark, con la palma vuelta y los dedos a medio cerrar, en el charco; el cuerpo de Roark estaba tendido en el suelo con la

cabeza echada hacia atrás. Estaba profundamente dormido. Sobre la mesa, Cameron vio los planos terminados.

Miró la carta que estaba sobre la mesa. Lo malo era que no podía pensar en aquellas noches que había pasado, no podía pensar en el edificio que debía haberse erigido en Astoria y en el que ahora tomaría su lugar. Pensaba solamente en la cuenta impagada de la compañía de electricidad...

En los dos últimos años, Cameron solía desaparecer de la oficina durante semanas, y Roark no lo podía encontrar en su casa. Sabía lo que ocurría, y lo único que podía hacer era esperar que Cameron volviese sano y salvo. Cameron había perdido hasta la vergüenza en su agonía, y llegaba a la oficina tambaleante, sin reconocer a nadie, descaradamente borracho y haciendo alarde de ello en el único lugar del mundo que siempre había respetado.

Roark aprendió a enfrentarse con su propio casero con la simple respuesta de que no podía pagarle hasta la semana siguiente. El propietario le temía y no volvió a insistir.

Peter Keating había oído algo de esto, pues que siempre oía algo de las cosas que deseaba saber. Fue una noche a la helada habitación de Roark y se sentó sin quitarse el abrigo. Sacó de su cartera cinco billetes de diez dólares y se los entregó a Roark.

—Los necesitas, Roark; sé que los necesitas —le dijo—. No empieces a protestar ahora; puedes devolvérmelos cuando quieras.

Roark lo miró sorprendido, tomó el dinero y dijo:

—Sí, los necesito. Gracias, Peter. Entonces, Keating agregó:

—¿Qué diablos están haciendo, perdiendo el tiempo con el viejo Cameron? ¿Qué necesidad tienes de vivir de esta forma? Déjalo y vente con nosotros. No tengo

más que hablar. Françon estará encantado. Empezarás con sesenta por semana.

Roark sacó el dinero del bolsillo y se lo devolvió.

—No quise ofenderte.

—Yo tampoco.

—Pero, por favor, Howard, acéptalos de cualquier modo.

—Buenas noches, Peter.

Roark estaba pensando en eso cuando Cameron entró en la sala de dibujo con la carta de la "Security Trust Company" en la mano. Le entregó la carta a Roark, sin decirle nada, y se volvió a la oficina. Roark leyó la carta y lo siguió. Siempre que perdían algún trabajo, sabía que Cameron necesitaba verlo allí para hablar de otras cosas y buscar el apoyo en la confianza que su presencia implicaba.

Sobre la mesa de Cameron vio un ejemplar del *New York Banner*. Era el diario más importante de la gran cadena "Wynand". Era un diario que hubiera esperado encontrar en una cocina, en una peluquería, en una sala de recibo de tercera clase, en el subterráneo, en cualquier parte menos en el estudio de Cameron.

Cameron advirtió cómo lo miraba, y se sonrió burlonamente.

—Lo compré esta mañana, cuando venía para aquí. Es curioso, ¿no es cierto? Nunca lo hubiera conocido si no hubiésemos recibido esa carta hoy. Y, sin embargo, parece que esta carta y el diario son cosas que están de acuerdo. No sé por qué lo compré. Supongo que por un sentido simbólico. Mírelo, Howard, es interesante.

Roark le echó una ojeada. La primera página tenía una fotografía de una madre soltera, con gruesos labios pintados, que había matado a su amante. El retrato encabezaba la primera parte de la autobiografía y un relato detallado del juicio. Las otras páginas traían una cruzada contra las compañías de servicios públicos, un

horóscopo diario, extractos de sermones, recetas para recién casadas, retratos de muchachas con hermosas piernas, consejos para retener al marido, un concurso de niños, un poema donde se proclamaba que saber fregar platos era más noble que escribir una sinfonía, un artículo que demostraba que una santa mujer que ha dado a luz un niño era automáticamente una santa.

—Ésa es la contestación. Ésa es la contestación que nos dan a usted y a mí. Eso existe y eso gusta. ¿Puede luchar contra eso? ¿Tiene palabras que puedan ser oídas y comprendidas por quienes leen esto? No nos deberían haber enviado la carta; nos deberían haber enviado un ejemplar del *Banner* de Wynand. Sería mucho más simple y más claro. ¿Sabe que en pocos años ese increíble bastardo de Gail Wynand gobernará al mundo? Será un mundo hermoso. Y tal vez tenga razón.

Cameron tomó el diario extendido, pesándolo en la palma de la mano.

—Dele a ellos lo que quieren y permítales que en retribución le adoren y le laman los pies..., o ¿qué? ¿Qué valor tiene? Solamente que no importa, nada importa, ni siquiera esto me importa... —Después miró a Roark, y agregó—: Si solamente pudiera seguir hasta que usted haya comenzado por su propia cuenta, Howard...

—No hable de eso.

—Quiero hablar de eso. Es gracioso, Howard; la próxima primavera hará tres años que está aquí. Parece mucho más, ¿no es cierto? Bien, ¿acaso le he enseñado algo? Le diré: le he enseñado mucho y nada. Nadie le puede enseñar nada a usted. Nadie puede ir a su esencia, a su fuente, a enseñarle. Lo que hace le pertenece; no es mío. Yo sólo puedo enseñarle a hacerlo mejor, puedo darle medios; pero el objeto, el objeto es suyo, solamente suyo. Usted no será pobre discípulo que haga cositas anémicas en antiguo estilo jacobino o en

moderno estilo Cameron. Usted será... ¡Si solamente pudiese vivir para verlo!

—Vivirá para verlo. Y bien lo sabe.

Cameron se quedó mirando las desnudas paredes de su oficina, los blancos montones de cuentas sobre su mesa, la lluvia de hollín que goteaba lentamente en las ventanas.

—No tengo respuestas que darle, Howard. Lo dejaré a usted para que los convenza. Usted les contestará. A todos: a los diarios de Wynand y a lo que hace posible los diarios de Wynand y a lo que está detrás de eso. Es una extraña misión la que le encargo. No sé cuál será nuestra contestación. Sé solamente que hay una respuesta y que usted la tiene, que usted es la respuesta, Howard, y algún día encontrará las palabras que la expresen.

VI

Los *Sermones en piedra*, de Ellsworth M. Toohey, fueron publicados en enero de 1925.

El libro tenía una cubierta dulzona, de color azul oscuro, con letras sencillas de plata y una pirámide de plata en un ángulo. Como subtítulo: *Arquitectura para todo el mundo*, y su éxito fue sensacional. Presentaba la historia íntegra de la arquitectura, desde la cabaña de barro hasta el rascacielos, narrada con los términos de un hombre de la calle, pero dándole a esos mismos términos la apariencia de ser científicos. Su autor declaraba en el prefacio que era un intento "de devolver la arquitectura a quien pertenece: al pueblo". Más adelante declaraba que deseaba ver al hombre medio

"pensar y hablar de arquitectura como habla de béisbol". No aburría a sus lectores con los tecnicismos de los cinco órdenes, el pilar y el dintel, el arbotante y el hormigón armado. Llenaba sus páginas con relatos caseros de la vida cotidiana de las amas de casa de Egipto, de los zapateros remendones de Roma, de las queridas de Luis XV, lo que ellas comían, cómo se lavaban, dónde hacían sus compras y el efecto que los edificios tenían sobre sus existencias. Pero causaba en sus lectores la impresión de que estaban aprendiendo todo lo que tenían que conocer sobre los cinco órdenes y el hormigón armado. Provocaba en los lectores la impresión de que, tanto en lo pasado como en lo presente, no había problemas ni hazañas ni metas del pensamiento más allá de la común rutina cotidiana del pueblo anónimo; que la ciencia no tenía finalidad y significación más allá de su influencia sobre la rutina; que los lectores solamente con vivir sus días oscuros estaban representando y realizando los más altos objetivos de cualquier civilización. Su precisión científica era impecable y su erudición sorprendente: nadie podía refutarlo con respecto a los utensilios de cocina de Babilonia o a los felpudos de Bizancio. Escribía con el brillo y el color de un observador directo. No se esforzaba en recorrer, con aburrimiento, los siglos; danzaba, decían los críticos, por los caminos del tiempo como un juglar, un amigo y un profeta.

Decía que la arquitectura era efectivamente la más grande de todas las artes, porque era anónima como toda la grandeza. Decía que, tal como debía ser, el mundo tenía muchos edificios famosos, pero pocos renombrados arquitectos, puesto que en realidad ningún hombre aislado ha creado nunca nada de importancia en arquitectura o en cualquier otro orden. Los pocos cuyos nombres han perdurado, fueron realmente impostores que expropiaron la gloria del pueblo como otros

expropian su riqueza. "Cuando contemplamos la magnificencia de un monumento antiguo y referimos su ejecución a un hombre, nos hacemos culpables de estafa espiritual. Olvidamos el ejército de artesanos desconocidos a quienes nadie ha cantado, que les precedieron en la oscuridad de las edades, que se afanaban humildemente —todo heroísmo es humilde—, contribuyendo cada uno con su pequeña aportación al tesoro de su tiempo. Un gran edificio no es la invención propia de un genio u otro. Es simplemente la condensación del espíritu del pueblo."

Explicaba que la decadencia de la arquitectura se había producido cuando la propiedad privada había remplazado al espíritu comunal de la Edad Media, y que el egoísmo de los propietarios individuales —que no edificaban con otro propósito que el de satisfacer su propio mal gusto, "todo afirma que un gusto individual es mal gusto"— había arruinado el efecto planteado de las grandes ciudades. Demostraba que no existía tal cosa como la voluntad individual desde que los impulsos creadores del hombre están determinados, como todos los demás, por la estructura económica de la época en la cual vivieron. Expresaba su admiración por todos los grandes estilos históricos, pero amonestaba contra su desenfrenada mezcolanza. Descartaba la arquitectura moderna, estableciendo que "hasta ahora no ha representado nada, salvo el capricho de individuos aislados, que no ha demostrado ninguna relación con ningún gran movimiento espontáneo de masas, y de esta manera no tiene consecuencias. Predicaba un futuro mundo mejor, donde todos los hombres serían hermosos y sus palacios armoniosos y todos iguales, según la gran tradición de Grecia, "madre de la Democracia". Cuando escribió esto, daba a entender —sin ninguna grieta en la serenidad de su estilo— que las palabras que se veían ahora en la impresión ordenada habían sido borroneadas

en el manuscrito por una mano vacilante de emoción. Pedía a los arquitectos que abandonasen la búsqueda egoísta de la gloria individual y se dedicaran a dar forma al genio de sus pueblos respectivos. "Los arquitectos son siervos, no líderes. No deben conservar sus pequeños *egos*, sino expresar el alma de sus países y el ritmo de su tiempo. No deben seguir las ilusiones de la fantasía personal, sino buscar el común denominador que acercará su trabajo al corazón de las masas. Los arquitectos, mis amigos, no deben buscar razones. El asunto de ellos no es mandar, sino ser mandados." Los anuncios de *Sermones en piedra* llevaban citas de los críticos: "¡Magnífico!", "No igualado jamás en toda la historia del arte", "Una oportunidad para conocer a un hombre encantador y a un pensador profundo", "Lectura obligatoria para todo el que aspire al título de intelectual".

Parecía que había grandes deseos de ostentar tal título. Los lectores adquirían erudición sin estudiar, autoridad sin costo, juicio sin esfuerzo. Resultaba agradable contemplar un edificio y criticarlo como un profesional con la memoria puesta en la página 439; tener discusiones artísticas y cambiar las mismas frases de los mismos párrafos. En los estudios de los arquitectos distinguidos pronto se oyó decir: "¿Arquitectura? ¡Ah, sí, Ellsworth Toohey!"

De acuerdo con sus principios, Ellsworth Toohey no registraba a los arquitectos por sus nombres en el texto del libro: "el método de crear mitos y el culto de los héroes en las investigaciones históricas me ha sido siempre odioso". Los hombres aparecían solamente en notas al pie. Varias de ellas se referían a Guy Françon, "que tiene una tendencia al exceso de ornato, pero que debe ser elogiado por su lealtad a la estricta tradición del clasicismo". Una nota se refería a Henry Cameron, prominente en un tiempo como uno de los padres de la

llamada moderna escuela de arquitectura y relegado desde entonces a un bien merecido olvido. *Vox populi, vox Dei*.

En febrero de 1925, Henry Cameron se retiró de la práctica de la profesión. Durante un año comprendió que ese día tendría que llegar pronto. No había hablado de eso a Roark, pero ambos lo sabían y continuaban trabajando, no deseando otra cosa sino continuar durante el mayor tiempo posible. Pocos encargos habían goteado en la oficina durante el último año. *Cottages*, garajes, remiendos en viejos edificios. Lo aceptaron todo. Pero las gotas cesaron. Las canillas se secaron. El agua había sido cortada por una cañería a la cual Cameron nunca le había pagado la cuenta.

Simpson y el viejo de la sala de espera habían sido despedidos hacía tiempo. Solamente Roark se sentaba allí, durante las tardes de invierno, y miraba el cuerpo de Cameron caído sobre la mesa, con los brazos colgando, la cabeza sobre los brazos y una botella brillando bajo la lámpara.

Después, un día de febrero, Cameron quiso sacar un libro del estante, y, aunque durante semanas no había bebido alcohol, se desplomó a los pies de Roark repentina, simple y finalmente. Roark lo condujo a ¡a casa y el doctor declaró que el intento de abandonar el lecho era todo lo que hacía falta para su sentencia de muerte. Cameron lo sabía. Yacía quieto en la almohada, con los brazos extendidos obedientemente a cada lado del cuerpo, los ojos inmóviles y vacíos. Después habló:

—Usted liquidará la oficina por mí, ¿no es cierto.

—Sí —replicó Roark.

Cameron cerró los ojos y no dijo nada más. Roark se sentaba todas las noches junto a su cama, sin saber si el viejo dormía o no.

Una hermana de Cameron apareció de no se sabía qué lugar de Nueva Jersey. Era una mujer humilde y

viejecita, de cabellos blancos, manos temblorosas y rostro irrecordable; tranquila, resignada y dulcemente desesperanzada.

Tenía una modesta renta, y asumió la responsabilidad de llevar a su hermano a Nueva Jersey. No se había casado y no tenía a nadie más en el mundo. No estaba ni alegre ni triste por la carga que tomaba; había perdido toda capacidad de emoción desde hacía varios años.

El día de la partida, Cameron puso en las manos de Roark una carta que había escrito por la noche. La había escrito penosamente, apoyándose en un viejo tablero de dibujo colocado sobre las rodillas, y con una almohada tras la espalda. La carta iba dirigida a un arquitecto prominente; era una recomendación para que Roark obtuviese un empleo. Roark la leyó y, contemplando a Cameron, sin mirar a sus propias manos, rompió la carta, reunió los pedazos y nuevamente los rompió.

—No —dijo Roark—. No tiene que pedirles nada. No se preocupe por mí.

Cameron movió la cabeza y quedó en silencio durante largo rato. Después, dijo:

—Usted cerrará la oficina, Howard. Que se queden con los muebles para el pago del alquiler. Pero tomará los proyectos que están en la pared de mi habitación y me los despachará. Esto es todo. Quemará todo lo demás. Todo: los papeles, los expedientes, los dibujos, los contratos, todo.

—Sí —respondió Roark.

La señorita Cameron llegó con la camilla y los practicantes, y marcharon en una ambulancia hacia el *ferry-boat*. A la entrada, Cameron le dijo a Roark:

—Ahora, vuélvase. —Y agregó—: Venga a verme, Howard, pero no demasiado a menudo...

Roark se volvió y se marchó, mientras los otros conducían a Cameron al embarcadero. Era una mañana

gris y en el aire había un olor marino, podrido. Una gaviota bajó al sesgo de una calle, gris como la hoja flotante de diario contra una esquina de piedra, húmeda y rayada.

Aquella noche, Roark fue a la cerrada oficina de Cameron. No encendió las luces. Prendió fuego en un calorífico "Franklin", en la oficina de Cameron y vació cajón tras cajón en el fuego, sin mirar lo que caía. Los papeles crujían secamente en el silencio. Un tenue olor a moho elevóse en la oscura habitación y el fuego silbaba, crujía, saltaba en brillantes chispas. A veces un copo blanco con bordes carbonizados revoloteaba fuera de las llamas. Él lo empujaba nuevamente al fuego con el extremo de una regla de acero.

Había proyectos de los famosos edificios que había levantado Cameron y de aquellos que no habían sido construidos; había papeles heliográficos con las delgadas líneas blancas, que eran vigas que todavía estarían en alguna parte; había contratos con firmas famosas, y a veces salía del brillo rojo un conjunto de siete figuras escritas en un papel amarillento, resplandecía y volvía a caer en medio de un frágil restallar de chispas.

Escapándose de entre las cartas de un viejo cartapacio, un recorte de diario cayó al suelo. Roark lo recogió. Estaba seco, quebradizo y amarillo. Se rasgó en los dobleces entre sus dedos. Era una entrevista concedida por Henry Cameron, con fecha 7 de mayo de 1892. Decía: "La arquitectura no es un negocio, no es una carrera, sino una cruzada y una consagración a la alegría que justifica la existencia sobre la tierra." Hizo caer el recorte en el fuego y tomó otro cartapacio.

Recogió todos los restos de lápices y también los quemó.

Se quedó cerca de la estufa. No se movía, ni miraba hacia abajo; sentía el movimiento del brillo, un débil

temblor en los párpados. Contempló los dibujos de los rascacielos jamás construidos que colgaban en la pared que tenía delante de él.

Era el tercer año que Peter Keating estaba con la firma de "Françon y Heyer". Llevaba la cabeza erguida, el cuerpo erecto, con estudiada tiesura. Parecía la imagen de un triunfante joven en un anuncio de navajas de alto precio o de automóviles de precios módicos.

Vestía bien y comprobaba que la gente lo miraba. Tenía un departamento cerca de Park Avenue, modesto, pero elegante. Compró tres valiosos aguafuertes, además de la primera edición de un clásico, que hasta entonces nunca había leído ni abierto. Ocasionalmente acompañaba a los clientes de la "Metropolitan Opera". Una vez apareció en un baile de arte, de fantasía, y produjo sensación con su traje de cortador de piedra medieval, de terciopelo escarlata y calzas. El acontecimiento fue mencionado en la crónica de sociedad. Era la primera mención de su nombre en tipo de imprenta, y guardó el recorte.

Había olvidado su primer edificio y el temor y la duda que le había producido. Se dio cuenta de que aquello era sencillo. Sus clientes aceptarían cualquier cosa, siempre que les diese una importante fachada, una entrada majestuosa y una sala de recibo regia con la cual asombrar a los invitados. El resultado satisfacía a todos. A Keating no le preocupaba con tal que sus clientes se quedasen pasmados; a los clientes no les importaba con tal que los invitados se quedasen pasmados, y a los invitados no les interesaba de ningún modo.

La señora Keating alquiló su casa de Stanton y se fue a vivir a Nueva York con su hijo. Él no quería que fuese, pero no podía negarse porque era su madre. La recibió con algo de ansiedad, pero al menos pudo

impresionarla con sus progresos en el mundo. Ella no se impresionó. Inspeccionó las piezas, sus ropas, sus talonarios de Banco, y dijo solamente:

—Está bien, Peter. Al menos por el momento. Le visitó una vez en su oficina, y partió después

de media hora. Aquella noche tuvo que estar quieto, estrujando y haciendo crujir los nudillos durante una hora y media, mientras ella lo aconsejaba:

—Ese muchacho Whithers tenía un traje mucho más caro que el tuyo, Peter. Eso no está bien. Tú tienes que preocuparte por tu prestigio delante de esos muchachos. No me gustó nada la forma de hablarte que tenía el chico que trajo el papel heliográfico... ¡Oh, nada, nada! Pero yo lo vigilaría si estuviese en tu lugar... El de la nariz larga no es amigo tuyo... No importa; crees que yo no sé. Guárdate de ese que se llama Bennett. En tu lugar, yo lo echaría. Es ambicioso. Conozco los signos...

Después le preguntó:

—Guy Françon... ¿Tiene hijos?

—Una hija.

—¡Oh...! —agregó la señora Keating—. ¿Qué tal es?

—No la conozco aún.

—Realmente, Peter —dijo ella—, el no hacer ningún esfuerzo por conocer su familia es una verdadera ofensa que le haces a Guy Françon.

—Está en el colegio, mamá. Algún día la conoceré. Se está haciendo tarde, mamá, y tengo mucho trabajo mañana...

Pero Peter pensó esa noche y al día siguiente en lo que habían hablado. Antes había pensado a menudo en lo mismo. Sabía que la hija de Françon se había graduado hacía tiempo y que trabajaba en el *Banner*, donde escribía una columna pequeña sobre decoración de casas. No pudo saber nada más acerca de ella. Parecía que en la oficina no la conocía nadie. Françon jamás hablaba de ella.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, Keating decidió afrontar el tema.

—He oído muy buenas cosas de su hija —le dijo a Françon.

—¿Dónde ha oído buenas cosas de ella? —preguntó como al descuido.

—Bueno..., usted sabe cómo ocurre eso, se oyen cosas... Y ella escribe brillantemente.

—Sí, escribe brillantemente.

Y la boca de Françon se cerró.

—Realmente, Guy, me gustaría muchísimo conocerla.

Françon lo miró, y suspiró fatigado.

—No vive conmigo. Tiene un departamento propio. No sé siquiera si me acuerdo de la dirección... ¡Oh, supongo que algún día la conocerá! No le gustará, Peter.

—¿Por qué dice eso?

—Es una de esas cosas, Peter... Como padre me parece que soy un completo fracaso. Dígame, Peter, ¿qué dijo la señora Mannering del nuevo arreglo de la escalera?

Keating se sintió enojado, desilusionado y aliviado. Observó la rechoncha figura de Françon y se preguntó qué aspecto habría heredado la hija para merecer el obvio disfavor de su padre. "Rica y fea como el diablo, como la mayoría de ellas", se dijo. Pero pensó que eso no sería un obstáculo algún día. Le alegraba que el día fuese postergado. Se le ocurrió con nueva ansiedad que podría ir a ver a Catherine aquella noche.

La señora Keating había conocido a Catherine en Stanton. Había esperado que Peter la olvidase, pero supo entonces que no la había olvidado, aunque él raras veces hablaba de Catherine y nunca la había llevado a su casa. La señora Keating nunca la mencionaba por su nombre, pero hablaba acerca de las chicas pobres que consiguen jóvenes brillantes, y hablaba de los

muchachos de porvenir cuyas carreras se habían arruinado por casarse con mujeres que no les convenían, y leía las crónicas de los diarios acerca de las celebridades que se divorciaban de una esposa plebeya que no podía vivir a la altura de su posición.

Mientras se dirigía a la casa de Catherine, Keating iba pensando en las pocas veces que la había visto; habían sido visitas insignificantes, pero eran los únicos días de su vida en Nueva York que recordaba.

Cuando lo hizo entrar, Catherine estaba en medio del *living* de su tío, entre un revoltijo de cartas esparcidas sobre la alfombra, una máquina de escribir portátil, diarios, tijeras, cajas y un frasco de engrudo.

—¡Dios mío! —dijo Catherine, cayendo de rodillas en medio de aquella confusión—. Dios mío!

Lo miró sonriendo, desarmándolo. Sus manos estaban extendidas y levantadas sobre los blancos montones arrugados. Tenía casi veinte años y parecía tan joven como a los diecisiete.

—Siéntate, Peter. Creía que iba a poder terminar antes de que vinieses, pero no ha sido posible. Es la correspondencia de los fanáticos admiradores de mi tío y los recortes de los diarios. Tengo que seleccionarla, contestarla y archivarla; escribir cartas de agradecimiento y... ¡Oh, tendrías que ver las cosas que la gente le escribe! Es algo maravilloso. No te quedes de pie; siéntate. En un minuto termino.

—No; terminas ahora mismo —dijo él levantándola en sus brazos y llevándola a una silla.

La sostenía y la besaba, y ella sonreía dichosa, con su cabeza sepultada entre sus hombros.

—Katie, ¡eres una loquita imposible y tu cabello huele muy bien!

Ella repuso:

—¡No te muevas, Peter; estoy tan cómoda!

—Katie, quería decirte que hoy me he divertido

mucho. Esta tarde se inauguró oficialmente el edificio "Borman", en la calle Broadway; tiene veintidós pisos y remata en una aguja gótica. Françon tenía una indigestión; de manera que yo tuve que ir para representarlo. Yo diseñé ese edificio y... ¡Oh, tú no entiendes nada de eso!

—Sí que sé, Peter. He visto todos tus edificios; tengo fotos de ellos; las recorto de los diarios. Estoy haciendo un álbum de recortes como el de mi tío. ¡Oh, Peter, es tan maravilloso...!

—¿Qué?

—El álbum de recortes del tío y sus cartas..., todo esto. —Alargó sus manos sobre los papeles del piso, como si quisiese abrazarlos—. Piensa en todas estas cartas que vienen de todo el país, de gente totalmente desconocida, y sin embargo, él significa mucho para ellos. Aquí estoy ayudándolo, yo que no significo nada. ¡Mira qué responsabilidad tengo! Esto es tan conmovedor y tan grande que concierne a toda una nación. ¿Qué importan frente a esto todas las cosas pequeñas que nos pueden suceder?

—¿Sí? ¿Te dijo él eso?

—No, él no me ha dicho absolutamente nada, pero uno no puede vivir con él durante años, sin adquirir algo de esa... de esa maravillosa personalidad suya.

Keating quiso enojarse, pero vio la sonrisa que hacía estremecer los labios de ella y tuvo que sonreír como respuesta.

—Te diré, Katie, que te sienta muy bien. ¿Sabes que resultaría fascinante si supieses algo de vestidos? Uno de estos días te llevaré a la fuerza a una buena modista. Quiero que conozcas a Guy Françon alguna vez. Te agradará.

—Creo que una vez me dijiste que no me gustaría.

—¿Te dije eso? Bueno, no lo conocía bien. Es un gran hombre. Quiero que los conozcas a todos. Tú

serías..., ¿eh?, ¿dónde vas?

Ella había mirado el reloj de pulsera y se alejaba.

—Son casi las nueve, Peter, y tengo que terminar esto antes que llegue mi tío. Estará de vuelta a las once. Esta noche pronuncia un discurso en un mitin de obreras. Puedo trabajar mientras hablamos ¿no te parece?

—¡No me parece de ninguna forma! Al diablo los fanáticos de tu querido tío. Deja que se las arregle él mismo. Tú no te muevas de donde estás.

Ella suspiró y colocó su cabeza entre los hombros de él, obediente.

—No tienes que hablar así de tío Ellsworth. No lo entiendes. ¿Has leído su libro?

—Sí, he leído su libro y es grandioso, estupendo, pero a cualquier lugar que vaya no oigo hablar más que de su libro, de manera que, ¿qué te parece si cambiáramos de tema?

—¿No quieres conocerlo todavía?

—¿Por qué? ¿Por qué me dices eso? Me gustaría muchísimo conocerlo.

—¡Oh!...

—¿Qué te pasa?

—Me dijiste una vez que no querías conocerlo por mediación mía.

—¿Dije eso? ¡Cómo te acuerdas siempre de todas las estupideces que se me ocurren!

—Peter, no quiero que conozcas a tío Ellsworth.

—¿Por qué no?

—No sé. Es una estupidez de mi parte; pero por ahora no quiero que lo conozcas. No sé por qué...

—Olvidalo entonces. Lo conoceré cuando llegue la ocasión, Katie, escúchame. Ayer estuve junto a la ventana de mi habitación, pensando en ti, y deseando tenerte conmigo. Casi te llamé, pero era demasiado tarde. Siento tan terrible la nostalgia de ti, que...

Ella escuchaba poniéndole los brazos en torno del cuello. Después vio que ella miraba súbitamente algo que estaba lejos, con la boca abierta, consternada. Saltó y corrió a través de la pieza, se echó de bruces y empezó a gatear para alcanzar un sobre de color de espliego que yacía bajo el escritorio.

—¿Qué diablos haces ahora? —preguntó enojado.

—Una carta muy importante —dijo ella, de rodillas todavía, con el sobre apretado en su mano pequeña—. Es una carta muy importante y, prácticamente, puede decirse que estaba en el cesto de los papeles. Podía haberla barrido sin darme cuenta. Es de una pobre viuda que tiene cinco hijos, el mayor de los cuales quiere ser arquitecto. Mi tío va a conseguirle una beca.

—Bueno —dijo Keating levantándose—. Estoy harto de todo esto. Salgamos de aquí, Katie. Vamos a pasear. Está magnífica la noche. Aquí parece que no te perteneces a ti misma.

—Muy bien, vamos a pasear.

Afuera había una niebla de nieve, seca, fina, liviana, que colgaba inmóvil del aire y llenaba los estrechos depósitos de las calles.

Caminaron juntos, del brazo, muy juntos, dejando con los pies largas manchas oscuras en las blancas veredas.

Se sentaron en un banco de la plaza de Washington. La nieve encerraba la plaza, apartándola de las casas, de la ciudad que estaba más lejos. A través de la sombra del arco, pequeños puntos de luz corrían delante de ellos, puntos blancos de acero.

Ella se acurrucó junto a él. Peter contemplaba la ciudad. Siempre le había tenido miedo y en aquel momento la temía, pero tenía dos frágiles protecciones; la nieve y la chica que estaba a su lado.

—Katie... —murmuró—, Katie...

—Te amo, Peter.

—Katie —le dijo sin vacilar, sin énfasis, porque la certidumbre de sus palabras no le permitían excitación—. Estamos prometidos, ¿no es cierto?

Vio su barbilla moverse débilmente, caer y bajar como si estuviera formando una palabra.

—Sí —respondió ella con calma, con tanta solemnidad que parecía que la palabra era indiferente.

Nunca se le había ocurrido interrogar el porvenir, porque una pregunta hubiese significado la admisión de una duda. Pero cuando dijo "sí" supo que había esperado ese momento y que lo echaría a perder si demostraba demasiado entusiasmo.

—En un año o dos —le dijo apretándole la mano— nos casaremos. Tan pronto como mi situación me lo permita y esté firmemente establecido. Tengo a mi madre a mi cargo, pero en un año todo irá bien. —Trató de hablar tan fría y prácticamente como pudo para no malograr la felicidad que sentía.

—Yo esperaré, Peter —murmuró ella—. No tenemos que apresurarnos.

—No lo diremos a nadie, Katie. Es nuestro secreto, sólo nuestro hasta que... —y a punto se le apareció un pensamiento, y se asustó porque nunca se le había ocurrido antes; sin embargo, él sabía, con total honradez, aunque se asombrase, que nunca había pensado en aquello. La hizo a un lado y dijo enojado—: Katie, no pensarás que es por ese grande y condenado tío tuyo...

Ella sonrió; el sonido de su risa era suave e indiferente, y él se dio cuenta de que estaba vengado.

—¡Por Dios, no, Peter! A él no le gustaría, por cierto, pero ¿qué nos importa?

—¿No le gustará? ¿Por qué?

—No creo que apruebe el matrimonio. No porque piense que es inmoral, pero siempre me dice que el casamiento está pasado de moda, que es un recurso

económico para perpetuar la propiedad privada o algo por el estilo que a él no le gusta.

—Bueno, ¡eso es sorprendente! ¡Nosotros le demostraremos lo contrario!

Él se sentía sinceramente feliz. Aquello sonaba, no en su mente que él sabía inocente, sino en todas las otras mentes donde hubiera podido aparecer la sospecha de que en sus sentimientos hacia ella hubiese existido algún cálculo como el que podía poner en práctica respecto a... a la hija de Françon, por ejemplo.

Pensó que era extraño que le pareciese tan importante; que quisiese mantener tan desesperadamente sus sentimientos hacia ella libres de cualquier lazo.

Echó su cabeza hacia atrás y sintió el resquemor de los copos de nieve en los labios. Después se volvió y la besó. Su boca estaba suave y fría a causa de la nieve.

El sombrero de Katie se inclinó a un lado. Sus labios estaban entreabiertos, sus ojos redondos, desamparados, sus pestañas brillaban. Tomó la mano de ella y colocándola palma arriba, la miró. Katie llevaba guantes de lana negra y abrió los dedos torpemente como un niño. Se quedó contemplando las gotas de nieve derretidas sobre la pelusa del guante, que brillaron a la luz de los faros de un automóvil que pasó como un relámpago.

VII

El boletín de la Corporación de Arquitectos de Norteamérica tenía en su sección miscelánea un corto artículo que anunciaba el retiro de Henry Cameron. Seis

líneas resumían sus trabajos arquitectónicos más notables y transcribían, con errores, el nombre de sus dos mejores edificios.

Peter Keating entró en la oficina de Françon e interrumpió el distinguido regateo que Françon tenía con un vendedor de antigüedades que le estaba ofreciendo una caja de rapé que había pertenecido a Madame Pompadour. Françon se vio obligado a pagar nueve dólares y veinticinco centavos más de lo que pensaba pagar. Después que el negociante se hubo ido, se volvió hacia Peter, con impertinencia, y le preguntó:

—Bien, ¿qué quiere, Peter? ¿Qué quiere? Keating arrojó el boletín sobre la mesa. Había marcado con la uña del pulgar el párrafo que se refería a Cameron.

—Tengo que buscar a ése hombre —dijo Keating.

—¿A qué hombre?

—A Howard Roark.

—¿Quién diablos es Howard Roark?

—Ya le he hablado de él. Es el dibujante de Cameron.

—Sí, sí; creo que me ha hablado de él. Vaya a buscarlo.

—¿Me da carta blanca para tratar con él lo referente al empleo?

—¿Para qué diablos es necesario emplear otro dibujante? ¿Para eso tuvo que interrumpirme?

—Quizás haya dificultades, pero quiero conseguirlo antes que se decida por algún otro.

—¿De veras? Entonces se hará el interesante. ¿Piensa rogarle que venga aquí después que ha trabajado con Cameron? De cualquier modo no es una gran recomendación para un hombre joven.

—Vamos, Guy, ¿no es una recomendación?

—¡Oh, bien!... Hablando estructuralmente, y no estéticamente, Cameron les da una base completa y... Naturalmente, Cameron fue muy importante en su

tiempo. A decir verdad, yo mismo fui uno de sus mejores dibujantes, hace tiempo. Hay algo que decir en honor del viejo Cameron cuando uno necesita esa clase de cosas. Vaya, pues, Consiga a su Roark, si cree que lo necesita.

—No es que realmente lo necesite, pero es un buen amigo y pienso que sería justo ayudarlo.

—Bien, haga lo que guste. Sólo le pido que no me moleste con ese asunto... Dígame, Peter, ¿no le parece que ésta es la más hermosa caja de rapé que usted haya visto jamás?

Aquella noche Keating trepó, sin hacerse anunciar, a la habitación de Roark y golpeó nerviosamente. Lleno de alegría entró. Encontró a Roark sentado, fumando, en el alféizar de la ventana.

—Andaba paseando para matar el tiempo y se me ocurrió recordar que vivías por aquí, Howard, y resolví entrar para saludarte, pues hace mucho tiempo que no te veo.

—Ya sé lo que quieres —dijo Roark—. Está bien. ¿Cuánto?

—¿Qué quieres decir, Howard?

—Tú me entiendes.

—Sesenta y cinco por semana —dijo Keating desconsideradamente. Aquél no era el acercamiento que había preparado, pero no esperaba encontrarse con que el acercamiento no era necesario—. Sesenta y cinco para empezar. Si crees que no es suficiente, tal vez...

—Por sesenta y cinco acepto.

—¿Tú... tú vendrás con nosotros, Howard?

—¿Cuándo quieres que empiece?

—Caramba..., ¡tan pronto como puedas! ¿El lunes?

—Bien.

—Gracias, Howard.

—Con una condición —dijo Roark—. No haré ningún proyecto. Ni detalles. Ni rascacielos estilo Luis

XV. No me des cosas de estética, si quieres tenerme. Ponme en el departamento de ingeniería. Envíame a inspecciones, fuera. Después de esto, ¿todavía quieres que vaya?

—Sí. Di lo que quieras. Verás que, con el tiempo, el empleo te gustará. Te agrada Guy Françon; él mismo es uno de los hombres de Cameron.

—No debería jactarse de eso.

—Bueno...

—No, no te preocupes. No se lo diré en la cara. No pienso decir nada a nadie. ¿Es eso lo que querías saber?

—Pero ¿por qué? No estoy preocupado ni siquiera he pensado en eso.

—Entonces, resuelto. Buenas noches. Hasta el lunes.

—Bien, sí... pero no tengo demasiada prisa. Vine a verte, en realidad y...

—¿Qué te pasa, Peter? ¿Te molesta alguna cosa?

—No... yo...

—¿Quieres saber por qué procedo así? —Roark sonrió sin resentimiento ni interés—. ¿Es eso? Si quieres saberlo, te lo diré. No me importa un camino donde trabaje ahora o después. No hay en la ciudad arquitecto con el cual quisiera trabajar. Pero tengo que hacerlo en alguna parte, de manera que me da lo mismo tu Françon, si obtengo de ti lo que quiero. Estoy en venta, y por ahora procederé de esa manera.

—Realmente, Howard, no deberías tomar así las cosas. No hay límite, por lejano que sea, que no puedas alcanzar con nosotros, una vez que te acostumbras. Verás lo que es una verdadera oficina, después del basurero de Cameron...

—No hablemos de eso, Peter. Cortemos en seguida este tema.

—No quise censurar..., no quise decir nada.

No sabía qué decir ni qué sentir. Era una victoria, pero parecía hueca. No obstante, era una victoria y

quería sentir afecto hacia Roark.

—Howard, salgamos y bebamos algo para celebrar de alguna manera el acontecimiento.

—Lo siento, Peter, pero eso no forma parte del empleo.

Keating había llegado allí preparado para desplegar precaución y tacto hasta el límite de lo posible; había logrado un propósito que no esperaba obtener, pensó que no debía arriesgarse hablando más y que debía partir. Pero algo inexplicable, más allá de todas las consideraciones prácticas, lo impulsó, y dijo distraídamente:

—¿No puedes ser humano siquiera una vez en tu vida?

—¿Qué?

—¡Humano! ¡Simple! ¡Natural!

—Lo soy.

—¿No puedes ceder?

Roark sonrió. Estaba sentado en el alféizar de la ventana, apoyado contra la pared, con las largas piernas colgando flojamente. Sostenía el cigarrillo, con abandono, entre sus dedos, negligentes.

—No es eso lo que quiero decirte —agregó Keating—. ¿Por qué no puedes salir para tomar algo conmigo?

—¿Para qué?

—¿Tienes que tener un propósito siempre? ¿Tienes que ser siempre tan terriblemente serio? ¿No puedes hacer nunca alguna cosa sin razón, como hace todo el mundo? Eres serio, pareces un viejo. Todo es importante para ti, todo es grande, y en alguna forma importante cada momento, aun cuando estás tranquilo. ¿No puedes sentirte cómodo si no eres importante?

—No.

—¿No te aburres de lo heroico?

—¿Qué tengo yo de heroico?

—Nada. Todo. No sé. No es lo que tú haces. Es lo que haces sentir a la gente que está cerca de ti.

—¿Qué?

—Lo anormal. El esfuerzo. Cuando estoy contigo, es como si siempre tuviera que elegir entre tú y el resto del mundo. No quiero esa clase de elección. No quiero ser un extraño. Quiero estar más cerca de ti. Hay en el mundo muchas cosas sencillas y agradables. No todo es lucha y renuncia, como se siente a tu lado.

—¿Acaso yo he renunciado alguna vez?

—¡Oh, tú nunca renunciarás a nada! Caminarás sobre cadáveres para obtener lo que quieres; pero es que ya has renunciado por el hecho de no haber querido tenerlo.

—Eso es porque tú no puedes querer ambas cosas.

—¿Ambas qué?

—Mira, Peter. Nunca te he confiado estas cosas mías. ¿Cómo es posible que tú no las veas? Nunca te he pedido nada. ¿Por qué piensas entonces que hay una elección implícita? ¿Por qué te sientes incómodo desde el momento que estás seguro de que yo estoy equivocado?

—Yo... yo no sé. —Y agregó—: No sé a lo que te estás refiriendo. —Y continuó—: Howard, ¿por qué me odias?

—Yo no te odio.

—Bien, así es. ¿Por qué no me odias, por lo menos?

—¿Por qué tendría que odiarte?

—Tan sólo para darme algo. Sé que no me aprecias. No puedes querer a nadie. De manera que sería mucho más amable reconocer la existencia de la gente odiándola.

—Yo no soy amable, Peter.

Y como Keating no supo qué decir, Roark agregó:

—Vuelve a tu casa, Peter. Ya has conseguido lo que querías. Dejemos esto.. Hasta el lunes.

Roark estaba en la sala de dibujo de Françon y Heyer, con un lápiz en la mano. Un mechón de cabellos color de naranja le caía sobre la cara. Usaba la blusa gris prescrita, como un uniforme de presidiario.

Aprendió a aceptar su nuevo empleo. Las líneas que dibujaba iban a ser las líneas simples de vigas de acero, y trataba de no pensar en lo que soportarían esas líneas. A veces le resultaba difícil. Entre él y el plano del edificio en el cual estaba trabajando, se imaginaba el plano como hubiera debido ser. Veía cómo podría hacerlo y cómo cambiaría las líneas que dibujaba, hacia dónde debía conducir las para realizar algo espléndido. Tenía que ahogar su pericia. Tenía que matar su visión y obedecer y dibujar las líneas conforme le habían ordenado. Le hacía tanto daño a la mente, que se encogió de hombros con fría cólera, y se dijo: "Difícil, ¿eh?, en fin, aprendámoslo".

Pero quedaba el dolor y una sorpresa sin esperanza. Lo que veía era mucho más real que la realidad del papel, de la oficina, del trabajo. No podía comprender por qué los otros permanecían ciegos ante eso y qué era lo que hacía posible su indiferencia. Miró el papel que tenía delante y se preguntó por qué tendría que existir la ineptitud y por qué tendría que hacer oír su voz. Nunca lo había sabido. Y la realidad que lo permitía, nunca podía ser bastante realidad para él.

Sabía que aquello no podía durar, tenía que esperar; era su única misión: esperar. Lo que sentía, no tenía importancia; debía hacer el trabajo; tenía que esperar.

—Señor Roark, ¿está lista la jaula de acero para el farol gótico del edificio de la Corporación Norteamericana de Radio?

No tenía amigos en la sala de dibujo. Estaba allí como los muebles, tan sutil, tan impersonal y tan silencioso como ellos. Solamente el jefe del departamento de ingenieros, al cual había sido

destinado, le dijo a Keating después de las dos primeras semanas: "Usted tiene más sentido del que yo creía, Keating. Gracias". —"¿Por qué?", preguntó Keating.— "Lo digo sin ninguna intención", —respondió el jefe.

De vez en cuando, Keating se detenía frente a la mesa de Roark para decirle suavemente: "¿Quieres venir a mi oficina esta noche cuando hayas terminado, Howard? No es nada de importancia".

Cuando Roark llegaba, Keating le decía: "¿Te gusta estar aquí, Howard? Si necesitas algo, no tienes más que decirlo y lo..." Roark lo interrumpía para preguntarle: "¿De qué se trata ahora?" Keating le mostraba unos bocetos que sacaba de un cajón, diciéndole: "Yo sé que están perfectamente bien, así como están, pero quisiera saber qué opinas tú, así, de una manera general".

Roark miraba los dibujos y aunque hubiese querido arrojárselos a la cara y presentar la renuncia, un pensamiento lo detenía: pensaba que se trataba de un edificio y que debía salvarlo, así como los que pasan junto a un hombre que se está ahogando dan un salto para acudir en su socorro.

Trabajaba durante horas, a veces toda la noche, mientras Keating, sentado, lo observaba. Olvidaba su presencia. Veía solamente un edificio y una oportunidad de darle forma. Sabía que después cambiarían aquella forma, la romperían, la desfigurarían. Sin embargo, quedaría algo de su orden y de su plan. Resultaría siempre un edificio mejor que si hubiese rehusado trabajar en él.

A veces, al mirar el bosquejo de una construcción más simple, más limpia, más honesta que las otras, Roark le decía: —"No está mal, Peter. Estás progresando". Y Keating sentía un extraño estremecimiento íntimo, algo sereno, personal, precioso como no lo sentía nunca con los cumplimientos de Guy Françon, de sus clientes, o de cualquier otro. Después se

olvidaba y se sentía mucho más sustancialmente halagado cuando una señora rica, pese a no haber visto jamás construcciones, murmuraba después del té: "Usted es el futuro arquitecto de Norteamérica, señor Keating".

Encontró compensaciones por la sumisión de Roark. Por la mañana entraba en la sala de dibujo y arrojaba a la mesa de Roark el trabajo de un aprendiz dibujante, diciéndole: "Howard, termina esto, ¿quieres?, y hazlo pronto." Hacia el mediodía enviaba un muchacho que le decía a Roark en voz alta: "El señor Keating desea verlo en su oficina, en seguida." O salía de su estudio y, yendo hacia donde se encontraba Roark, decía al acaso: "¿Dónde diablos está el detalle de la instalación de cañerías de la Calle 12? Búscalos, Howard, entre los expedientes y desglósamelos."

Al principio temía la reacción de Roark. Cuando vio que no había reacción, sino una silenciosa obediencia, ya no pudo dominarse. Sentía un placer sensual en darle órdenes y un furioso resentimiento ante la pasiva complacencia de Roark. Y continuaba así sabiendo que podía seguir hasta que Roark se enojase, deseando desesperadamente, sin embargo, que estallara alguna vez. Pero la explosión no llegó.

Roark estaba encantado los días que lo enviaban a inspeccionar edificios en construcción. Andaba entre las armazones de acero con más naturalidad que por el suelo. Los obreros observaban con curiosidad que andaba por los tablonos estrechos, sobre las vigas descubiertas, que colgaban sobre el vacío, con tanta facilidad como lo haría el mejor de ellos.

Era un día de marzo y el cielo tenía un tenue color verde que anunciaba la primavera.

En el Central Park, quinientos pies abajo, la tierra era una sombra castaña que prometía transformarse en verde, y los lagos yacían como trozos de cristal bajo las

telarañas de las ramas desnudas. Roark marchaba por el esqueleto de lo que debía ser una gigantesca casa de pisos, y se detuvo delante de un electricista.

El hombre estaba atareado, doblando tubos para conductores alrededor de una viga. Era un trabajo que exigía horas de esfuerzo y paciencia.

Roark permaneció con las manos en los bolsillos, observando el lento y penoso progreso que hacía el hombre. Éste levantó la cabeza y le miró. Tenía una cabeza enorme y un rostro tan feo que resultaba fascinador. No era ni viejo ni fofo, pero tenía profundas arrugas, y las poderosas quijadas le caían como las de un *bulldog*. Tenía ojos espantados, grandes, redondos y de color azul de porcelana.

—¿Qué hay? —preguntó el hombre con enojo—. ¿Qué pasa, cabeza dura?

—Está perdiendo el tiempo. —¿Sí?

—Sí.

—¡No diga!

—Le llevará horas poner los caños alrededor de la viga.

—¿Conoce alguna manera de hacerlo mejor?

—Seguramente.

—Váyase, vago. No queremos vivillos por aquí.

—Haga un agujero en esa viga y pase por él los caños.

—Al diablo, si lo hago.

—Al diablo, que lo tiene que hacer.

—No se hace de esa manera.

—Yo lo he hecho.

—¿Usted? Aquí no se va a hacer así; por lo menos, yo no lo haré.

—Entonces lo haré por usted.

—¡Esto sí que está bien! —rugió el hombre—.

¿Desde cuándo un empleado de oficina le va a enseñar a trabajar a un hombre de trabajo?

—Deme un soplete.

—Tenga cuidado, muchacho. Le quemará sus lindos pies rosados.

Roark se puso los guantes, las antiparras y cogió el soplete de acetileno. Se arrodilló y envió un chorro fino de fuego azul al centro de la viga. El hombre permaneció observándolo.

El brazo de Roark estaba firme, dirigiendo el tenso y silbante rayo de fuego que salía en lenguas. El brazo se sacudía, pero pese a ello no dejaba de guiar correctamente la llama. No había ninguna rigidez en la cómoda postura de su cuerpo; sólo en el brazo advertíase el esfuerzo. Parecía que la lengua azul que comía lentamente el metal no saliese del soplete, sino del brazo que lo sostenía.

Terminó; colocó el soplete en el suelo, y se levantó.

—¡Cristo! —dijo el electricista—. ¡Usted sabe cómo se sostiene un soplete!

—Parece que lo sé, ¿no? —Se sacó los guantes, las antiparras, y se los devolvió—. Continúe haciéndolo de ese modo. Dígale al capataz que yo lo he dispuesto así.

El electricista examinó el agujero hecho a través de la viga y rezongó reverentemente:

—¿Dónde aprendió a hacerlo de esa manera, pelirrojo?

La lenta y alegre sonrisa de Roark reconoció esta concesión a su victoria.

—¡Oh!, yo he sido electricista, lampista, remachador y muchas otras cosas más —respondió.

—¿Estudiaba, además?

—Sí, más o menos.

—¿Va a ser arquitecto?

—Sí.

—Será el primero que conozca algo fuera de los cuadros hermosos y de los tés. Tiene que ver a los alumnos mimados por los profesores que nos envían de

la oficina.

—Si es que se está disculpando, no lo haga. No me gusta tampoco. Vuelva a las cañerías. Hasta luego.

—Hasta luego, pelirrojo.

Cuando Roark volvió a aparecer en la obra, el electricista de ojos azules lo saludó con la mano desde lejos, lo llamó y le pidió consejos sobre lo que estaba haciendo. Pero en realidad no necesitaba los consejos. Le manifestó que su nombre era Mike y que lo había echado de menos durante varios días.

Como los obreros ya habían salido, Mike esperó a Roark fuera, hasta que éste terminó la inspección.

—¿Qué le parece si tomamos un vaso de cerveza, amigo? —le dijo a Roark cuando éste salió.

—Con mucho gusto, gracias.

Fueron a una taberna clandestina que estaba en el sótano, se sentaron, bebieron cerveza y Mike relató su historia favorita. Contó cómo se había caído de cinco pisos en cierta ocasión en que el andamio cedió bajo él, y de cómo se había roto tres costillas, y dijo que se regocijaba de vivir para contar el cuento. Roark le habló de los días en que trabajaba como obrero. El verdadero nombre de Mike era Sean Javier Donnigan, pero todos lo habían olvidado desde hacía tiempo. Poseía una colección de herramientas y un viejo "Ford", y vivía con el único propósito de viajar por el país recorriendo los edificios que se construían. La gente le importaba muy poco, pero su trabajo le importaba mucho. Honraba toda clase de pericia. Amaba su trabajo con pasión y no tenía tolerancia para nadie, salvo para los que se especializaban en un solo trabajo. Era un maestro en su propio campo y no simpatizaba más que con la maestría. Su panorama del mundo era simple: había gente hábil y gente incompetente, y por esta última él no se interesaba. Amaba los edificios y, sin embargo, despreciaba a todos los arquitectos.

—Había uno —dijo mientras apuraba el quinto vaso de cerveza—, uno solamente que usted no habrá conocido por ser demasiado joven; pero era el único hombre que sabía de edificios. Trabajé con él cuando era de su edad.

—¿Cómo se llamaba?

—Henry Cameron era su nombre. Creo que murió hace tiempo.

Roark le contempló durante largo rato y después dijo:

—No ha muerto, Mike. —Y agregó—: Yo he trabajado con él.

—¿Usted ha trabajado con él?

Se miraron en silencio, y con eso quedó sellada la amistad.

Semanas más tarde, Mike detuvo a Roark junto al edificio. Tenía en el rostro expresión de perplejidad y le preguntó:

—Dígame, oí que el superior le decía a uno de los tipos del contratista que usted era un presuntuoso, un porfiado, y el tipo más piojoso y bastardo del cual haya dependido. ¿Qué le ha hecho?

—Nada.

—¿Qué diablos quiso decir entonces?

—No sé —respondió Roark—. ¿Usted lo sabe? Mike lo miró, se encogió de hombros y se echó a reír sarcásticamente.

VIII

Peter Keating partió para Washington a principios de mayo para supervisar la construcción de un museo que

había sido donado a la ciudad por un gran filántropo que deseaba aliviar su conciencia. Keating hacía notar la originalidad del edificio: no era reproducción del Partenón, sino de la Casa Cuadrada de Nimes.

Hacía algún tiempo que Keating había partido cuando un ordenanza se acercó a la mesa de Roark y le informó que el señor Françon deseaba verlo en su oficina. Cuando Roark entró en el santuario, Françon le sonrió desde el escritorio y le dijo alegremente:

—Siéntese, amigo, siéntese...

Pero había en los ojos de Roark algo que él nunca había visto de cerca que le hizo reducir la voz y detenerla y agregar secamente:

—Siéntese.

Roark obedeció. Françon lo estudió un segundo, pero no pudo llegar a ninguna conclusión más que a la de que aquel hombre tenía un rostro completamente desagradable, aunque parecía correctamente atento.

—Usted es el que trabajaba con Cameron, ¿no es así?

—Sí.

—El señor Keating me ha hablado muy bien de usted. —Françon lo trataba con amabilidad, pero se detuvo. Era malgastar cortesía. Roark, ya sentado, lo miraba tranquilamente—. Dígame..., ¿cómo se llama?

—Roark.

—Escuche, Roark. Tenemos un cliente que es un poco raro, pero es hombre importante, "muy" importante, y tenemos que satisfacerle. Nos ha dado un trabajo, un edificio para oficinas, de ocho millones de dólares, pero el problema es que tiene ideas muy definidas acerca de la imitación que hay que hacer. Quiere algo como esto. —Françon se encogió de hombros, rechazando toda censura por la absurda sugestión—. Quiere que se parezca a esto.

Entregó a Roark una fotografía. Era la fotografía del

edificio "Dana".

Roark permaneció tranquilamente sentado, con la fotografía en la mano.

—¿Conoce ese edificio? —preguntó Françon.

—Sí.

—Bueno, algo como eso quiere. Y el señor Keating está fuera. Bennett, Cooper y Williams han estado haciendo bosquejos, pero él los ha rechazado. De manera que pensé brindarle una oportunidad a usted.

Françon lo miraba impresionado por la magnanimidad de su propia oferta. No hubo ninguna reacción. Allí se encontraba, tan sólo, un hombre que parecía haber recibido un golpe en la cabeza.

—Naturalmente —dijo Françon—, esto es un buen salto para usted, una buena asignación. He querido brindarle una oportunidad. No se asuste. El señor Keating y yo lo revisaremos después. Haga los planos y un bosquejo. Fórmese una idea de lo que el hombre quiere. Usted conoce las tretas de Cameron. Pero, claro está, nosotros no permitiremos que una cosa tosca como ésta salga de nuestra oficina. Debemos complacerlo, pero también debemos preservar nuestra reputación para no asustar a otros clientes. Se trata de idear algo sencillo y, en general, similar a esto, pero también artístico. Ya sabe: la más severa clase de griego. No use el orden jónico, use el dórico. Frontones sencillos y molduras simples, o algo por el estilo. ¿Entiende? Ahora llévese esto, y muéstreme lo que pueda hacer. Bennett le dará todos los detalles y... ¿Qué pasa?

La voz de Françon se cortó.

—Señor Françon, por favor, deje que lo proyecte tal como lo fue el edificio "Dana"!

—¿Cómo?

—Deje que lo proyecte no copiando el edificio "Dana", sino más bien como Henry Cameron lo hubiese querido hacer, como yo quiero hacerlo.

—¿Quiere decir en estilo modernista?

—Yo..., bien, llamémoslo así.

—¿Está usted loco?

—Señor Françon, escúcheme, por favor. —Las palabras de Roark eran como los pasos de un hombre que camina sobre un alambre tenso, lentos, esforzados, buscando a tientas el único lugar conveniente, temblando sobre el abismo, pero precisos—. No lo censuro por las cosas que usted hace, estoy trabajando con usted y recibo su dinero; no tengo derecho a formular objeciones. Pero esta vez..., esta vez el cliente lo pide. Usted no arriesga nada. Él lo quiere. Piense en esto; hay un hombre, un hombre que ve y comprende y lo quiere y tiene posibilidades de construirlo. ¿Va a luchar con un cliente por primera vez en su vida, y sin objeto? ¿Va a defraudarle y darle el mismo cachivache viejo que muchos otros quieren cuando él es el único que viene con un pedido como éste?

—¿Está usted olvidando con quién habla? —preguntó Françon con frialdad.

—¿Qué diferencia tiene para usted? Deje que lo haga a mi gusto y muéstreselo al cliente. Muéstreselo a él solamente. Ha rechazado ya tres proyectos. ¿Y si rechaza el cuarto? Pero si no lo rechaza..., si no lo rechaza...

Roark no había sabido nunca cómo suplicar y lo estaba haciendo mal. Su voz era dura, sin tono, revelaba el esfuerzo, de manera que el ruego resultaba un insulto dirigido al hombre a quien le rogaba. ¡Qué no habría dado Keating por ver a Roark en aquel momento! Pero Françon no podía apreciar el triunfo que él era el primero en conquistar y solamente advertía el insulto.

—¿Pienso correctamente si deduzco que usted me está criticando y dando una lección de arquitectura?

—Le estoy rogando —dijo Roark cerrando los ojos.

—Si no fuese un protegido del señor Keating, no me

molestaría en continuar la discusión sobre este asunto, pero puesto que es tan ingenuo e inexperto, le haré notar que no tengo la costumbre de pedir opiniones estéticas a mis dibujantes. Por favor, tome esta fotografía. No quiero nada estilo Cameron. Quiero que adapte este modelo al pedido que nos han hecho y que siga mis instrucciones respecto a la forma clásica de tratar la fachada.

—No puedo hacer eso —replicó Roark tranquilamente.

—¿Qué? ¿Me está hablando a mí? ¿Me dice, efectivamente, que lamenta no poder hacerlo?

—Yo no he dicho que lo lamente, señor Françon.

—¿Qué dijo?

—Que no puedo hacerlo. —¿Por qué?

—No le agradará la razón. No me pida que haga ningún diseño. Haré cualquier otra clase de trabajo que necesite, pero ése no. Y menos con un trabajo de Cameron.

—¿Quiere decir que se niega a dibujarlo? ¿Pretende ser arquitecto algún día, o no?

—No arquitecto de esa clase.

—¡Oh..., ya veo! Entonces, ¿no lo puede hacer? ¿Quiere decir que no se digna hacerlo?

—Si así lo prefiere...

—Tonto, impertinente, ¡esto es increíble! Roark se levantó.

—¿Puedo irme, señor Françon?

—¡En mi vida —rugió Françon—, con toda mi experiencia, he visto nada semejante! ¿Está usted aquí para decirme qué va a hacer y qué no va a hacer? ¿Está aquí para darme lecciones, criticar mi gusto y dictar sentencia?

—Yo no critico nada —repuso Roark con tranquilidad—. No estoy dictando sentencia. Hay algunas cosas que no puedo hacer. Dejémoslo así.

¿Puedo retirarme ahora?

—Puede abandonar esta habitación y esta casa de ahora en adelante. Puede irse al diablo. Váyase y busque otro patrón. Búsqueselo. Pida su liquidación y salga de aquí.

—Sí, señor Françon.

Aquella noche, Roark fue a la taberna clandestina donde solía encontrar a Mike después del trabajo del día. Mike trabajaba entonces en la construcción de una fábrica, con el mismo contratista que obtenía la mayoría de los trabajos más importantes de Françon. Mike había esperado que Roark hiciera una visita de inspección por la tarde, y lo saludó, enojado:

—¿Qué pasa, pelirrojo? ¿Está aflojando en el trabajo?

Cuando oyó las nuevas, Mike se sentó tranquilo; parecía un *bulldog* que mostrase los dientes. Después juró salvajemente.

—Los bastardos —vomitó entre otras palabras más fuertes—, los bastardos...

—Cállese, Mike.

—Bueno..., ¿y ahora?

—Algún empleo igual hasta que suceda otra vez la misma cosa.

Cuando Keating volvió de Washington fue directamente a la oficina de Françon. No se detuvo en la sala de dibujo e ignoraba, por lo tanto, la novedad. Françon lo saludó muy expansivamente.

—¿Qué suerte verle de nuevo, muchacho! ¿Qué quiere tomar? ¿Whisky con soda o un poco de coñac?

—No, gracias. Deme un cigarrillo.

—¿Qué bien está, amigo! Mejor que nunca. ¿Cómo hace para estar tan bien, bastardo suertudo? Tengo muchas cosas que contarle. ¿Cómo le ha ido en Washington? ¿Todo bien? —Y antes de que Keating pudiese contestar, Françon siguió acometiendo—: Ha

ocurrido algo terrible y estoy completamente desilusionado. ¿Se acuerda de Lili Landau? Yo creí que estaba todo arreglado, pero la última vez ni se fijó en mí. ¿Sabe con quién está ahora? Se sorprenderá. ¡Con Gail Wynand, nada menos! La muchacha tiene humos. ¡Si viera sus retratos y sus piernas en los diarios! Eso va a servirle de propaganda. En cambio de eso, ¿qué puedo ofrecerle yo? ¿Y sabe lo que ha hecho? ¿Se acuerda de que ella siempre decía que nadie le podía dar lo que más deseaba, el hogar de su infancia y la aldea de Austria donde había nacido? Bueno, Wynand lo compró todo, hace tiempo, todo el pueblecito y lo transportó aquí, con todos los detalles, y ha reunido todo nuevamente a orillas del Hudson y allí están ahora los guijarros, la iglesia, los manzanos, las pocilgas, ¡todo! Después se lo presentó a Lili. ¿Cómo no lo va a saber? Si el rey de Babilonia disponía jardines colgantes para su nostálgica mujer, ¿por qué no podría hacerlo Gail Wynand? Lili es toda sonrisas y gratitud; pero la pobre muchacha es realmente desgraciada. Hubiese preferido más un abrigo de visón. Nunca deseó esa condenada aldea. Y Wynand lo sabía. Pero allí está, junto al Hudson. La semana pasada dio una fiesta para ella en esa aldea precisamente. Era una fiesta de fantasía y el señor Wynand fue vestido de César Borgia. Siempre que se pueda creer en lo que se oye, porque ya sabe usted cómo es: nunca se puede probar nada contra Wynand. Y después, ¿qué hizo él, el filántropo? Al día siguiente se retrató allí con chicos de colegio que nunca habían visto una aldea austriaca, y llenó de fotos sus diarios con abundancia de material lacrimoso sobre los valores educativos y recibió muchas notas de los clubs de mujeres. Me gustaría saber qué hará con la aldea cuando se deshaga de Lili. Porque se va a deshacer de ella; nunca le duran mucho. ¿Le parece que entonces llegará mi oportunidad?

—Con seguridad —dijo Keating—. Tenga la seguridad de que será suya. ¿Cómo andan las cosas por la oficina?

—¡Oh, bien, como siempre! Lucio tuvo un catarro y se bebió de un trago todo mi "Bas Armagnac". ¡Es malo para su corazón y cuesta cien dólares el cajón! Además se metió en un lío bastante sucio. Todo por su condenada manía de la porcelana. Parece que compró una tetera a uno que la había robado. Además, él sabía que se trataba de bienes robados. Me costó mucho trabajo evitar un escándalo... ¡Ah!, a propósito, despedí a su amigo..., ¿cómo se llama?, Roark.

—¡Oh! —dijo Keating, y se quedó un momento en suspenso. Después preguntó—: ¿Por qué? ¡El insolente bastardo! ¿En dónde lo pescó? ¿Qué ha pasado?

—Pensé hacerle un bien y le brindé una buena oportunidad. Le pedí que hiciera un bosquejo para el edificio "Farrell" y su amigo rehusó hacerlo. Parece que tiene ideales o algo así, de modo que le mostré la puerta. Bennett lo proyectó finalmente, y conseguimos que Farrell lo aceptara. Dórico simplificado... ¿Qué pasa? ¿De qué se está riendo?

—De nada... Me lo estoy imaginando.

—¡Ahora no me pida que vuelva a tomarlo!

—Desde luego que no.

Durante varios días, Keating estuvo pensando en visitar a Roark. No sabía qué decirle, pero sentía, vagamente, que de algo tenía que hablarle. Lo fue demorando. Obtuvo seguridad en su trabajo. Sentía que en último término no necesitaba a Roark. Los días pasaban y no lo visitaba y se sentía aliviado al ir olvidándole.

A través de las ventanas de su habitación, Roark contemplaba los techos, los tanques de agua, las

chimeneas, los automóviles que abajo se alejaban velozmente. Había una amenaza en el silencio de su habitación, en los días vacíos, en sus manos que colgaban sin hacer nada. Y sintió otra amenaza que subía desde la ciudad, como si cada ventana, cada listón del pavimento, se hubiesen transformado horriblemente en una resistencia sin palabras. Esto no le preocupaba. Lo había conocido y aceptado desde hacía mucho tiempo.

Hizo una lista de los arquitectos cuyos trabajos menos le agraviaban, y salió a buscar empleo, fría, sistemáticamente, sin enojo y sin esperanza. No sabía si los días le dañaban; sabía solamente que había algo que era necesario hacer.

Los arquitectos que vio diferían unos de otros. Algunos lo contemplaban amable y vagamente, y sus modales parecían decir que resultaba conmovedora su ambición de ser arquitecto, conmovedora y loable y extraña y atractivamente triste, como todas las ilusiones de la juventud. Algunos le sonreían con los labios finos y apretados, y parecían gozar con su presencia en la habitación, porque eso les daba conciencia de sus propios éxitos. Algunos hablaban fríamente, como si su ambición fuera un insulto personal. Otros eran bruscos y la agudeza de sus voces parecía decir que necesitaban buenos dibujantes, que siempre necesitaban buenos dibujantes, pero que esa calificación no podían aplicársela a él, y Roark se felicitaba de contenerse, y de no llegar a la violencia que hubiera sido necesaria para forzarlos a expresarse con más humildad.

No tenían mala intención. No se pronunciaban acerca de sus méritos. No pensaban que él carecía de valor. No se preocupaban, simplemente, por averiguar si valía o no. Algunas veces le pedían que les mostrara sus proyectos, los extendía sobre la mesa y sentía que los músculos de las manos se le contraían de vergüenza. Era

como si tuviese que arrancarse las ropas, y la vergüenza no era que su cuerpo estuviese expuesto, sino que estuviese expuesto a ojos indiferentes.

De vez en cuando hacía un viaje a Nueva Jersey para ver a Cameron. Sentábanse juntos en el porche de la casa, situada en una colina. Cameron estaba en una silla de ruedas, con las manos apoyadas sobre una vieja manta que le cubría las rodillas. Siempre le preguntaba a Roark:

—¿Qué tal, Howard? ¿Muy difícil?

—No —contestaba Roark.

—Déjeme que le envíe una carta a uno de esos bastardos.

—No —respondía Roark.

Entonces, Cameron no hablaba más del asunto; no quería hablar más; no quería que el pensamiento de Roark, que rechazaba la ciudad, volviese a la realidad. Cuando Roark llegaba, Cameron hablaba de arquitectura con el tono sencillamente confidencial en que se expresan las personas cuando hablan de algo que les pertenece. Sentábanse juntos, mirando hacia la ciudad. El cielo se tornaba más oscuro y luminoso, como si fuese un cristal verde azulado, los edificios parecían nubes condensadas sobre un cristal, nubes gris azuladas, congeladas por un instante en ángulos rectos y en flechas verticales, con el sol poniente envuelto en espirales...

Cuando pasaron los meses de verano y hubo recorrido ya todos los estudios de su lista, retornó a los lugares en los que ya había sido rechazado una vez. Se informó que sabían algunas cosas de él, y siempre oía las mismas palabras, dichas brusca o tímidamente, con disgusto o con elogio. "Usted fue echado de Stanton." "Usted fue echado de la oficina de Françon." Todas las voces eran indiferentes, pero tenían una cosa en común: un tono de satisfacción, con la certidumbre de que la

decisión había sido tomada en beneficio de ellos.

Sentábase al anochecer en el alféizar de la ventana, con las manos extendidas en los tableros de la misma, el rostro contra el vidrio, y abajo la ciudad.

En setiembre leyó un artículo titulado "Ábrase el camino del mañana", por Gordon L. Prescott, en la *Architectural Tribune*. El artículo establecía que la tragedia de la profesión residía en las injusticias que obstruían a los principiantes con talento, cuyas grandes dotes se perdían en la lucha, desconocidas. La arquitectura estaba pereciendo por falta de sangre nueva y de ideas nuevas y por carencia de originalidad, de visión y de coraje. El autor del artículo se proponía buscar principiantes prometedores para alentarles a progresar y darles oportunidades que merecían.

Roark no había oído hablar nunca de Gordon L. Prescott, pero había un tono de sincera convicción en el artículo y salió en busca de la oficina de Prescott porque veía en él la primera esperanza.

La sala de recibo de Gordon L. Prescott estaba pintada con colores gris, negro y escarlata. Era correcta, discreta y audaz al mismo tiempo. Una secretaria joven, muy bonita, informó a Roark que no se podía ver al señor Prescott sin tener una cita previa, pero que le sería agradable concederle una audiencia para el miércoles próximo, a las dos y cuarto de la tarde.

El miércoles, a las dos y cuarto de la tarde, la secretaria sonrió a Roark y le pidió que tuviera la bondad de esperar un momento. A las cuatro y cuarenta pasó a la oficina de Gordon L. Prescott.

Gordon L. Prescott vestía una chaqueta de color castaño a cuadros, de lana, y un *sweater* blanco de cuello cerrado de lana de Angora. Era alto, atlético, de treinta y cinco años de edad, pero en su rostro se combinaba un aire vigoroso de inteligencia con una piel suave, una nariz pequeña, una boca resoplante de héroe

de colegio. Su cara estaba ajada por el sol; su cabello, rubio, tenía un corte prusiano. Era francamente masculino, francamente despreocupado de su elegancia, y tenía clara conciencia del efecto que con todo ello producía.

Escuchó a Roark en silencio, y sus ojos eran como un reloj que registraba los segundos que empleaba Roark en hablar. Le dejó pronunciar la primera frase, a la segunda le interrumpió para decirle brevemente: "Muéstreme sus dibujos", como para darle a entender, con claridad, que cualquier cosa que Roark dijese, él la conocía muy bien de antemano. Tomó los dibujos con sus bronceadas manos. Antes de mirarlos, dijo: "¡Ah, sí, muchos jóvenes vienen a verme en busca de consejo!" Le echó una mirada al primer bosquejo, pero levantó la cabeza antes de verlo. "Naturalmente, esto es una combinación de lo práctico y de lo trascendental, que tan difícil es para los principiantes."

Fue observando uno por uno todos los dibujos. "La arquitectura es ante todo utilitaria, y el problema consiste en elevar el principio del pragmatismo al reino de la abstracción estética. Todo lo demás es una tontería." Miró los diseños y los colocó debajo de los otros. "Yo no tengo paciencia con los visionarios que ven una cruzada sagrada en la arquitectura por la arquitectura misma. El gran principio dinámico es el principio común de la educación humana." Miró un diseño y lo colocó debajo de los otros. "El gusto público y el corazón del público constituyen el tribunal final ante el que debe someterse el artista. El genio es aquel que sabe cómo expresar lo general. La excepción es explotar lo común." Sostuvo los diseños en la mano, notó que había examinado la mitad de ellos, y los dejó caer sobre la mesa.

—Sí —dijo—, su trabajo es muy interesante, pero no es práctico. No está maduro. Descentrado e

indisciplinado. Adolescente. Originalidad por la originalidad misma. Totalmente fuera del espíritu de la época. Si quiere tener una idea de la clase de cosas por las cuales hay una demanda urgente, le mostraré algo. —Sacó un dibujo de un cajón de la mesa—. Esto es de un joven que vino a verme, desprovisto completamente de recomendación, un principiante que nunca había trabajado antes. Cuando pueda hacer cosas como ésta, no tendrá necesidad de andar buscando empleo. Yo vi este único diseño de él y lo tomé en seguida, asignándole para empezar veinticinco dólares por semana. No hay ninguna duda de que es un genio en potencia. —Le extendió el diseño a Roark. Representaba una casa en forma de silo para granos, combinado, de manera increíble, con la sombra simplificada, delgada, del Partenón.

"Esto —dijo Gordon L. Prescott— es originalidad; lo nuevo en lo eterno. Trate de inclinarse hacia cosas semejantes. No puedo predecirle un gran porvenir. Debemos ser francos; no me gustaría que concibiera falsas ilusiones basadas en mi autoridad. Tiene mucho que aprender. No puedo aventurar una conjetura sobre su talento o acerca de cómo puede desarrollarse más tarde. Pero con un trabajo duro, quizá... La arquitectura es una profesión difícil, sin embargo, y la competencia es dura, como usted sabrá, muy dura... Y ahora, si usted me excusa, mi secretaria está esperando para una audiencia que tengo...

Roark caminaba hacia su casa en una noche de octubre. Era uno de los muchos días que se iban sumando a los meses que quedaban detrás de él. No hubiera podido decir lo que le había ocurrido en las horas de ese día, a quiénes había visto, qué forma habían tenido las negativas. En los pocos minutos que le concedían cuando entraba en una oficina, se concentraba intensamente, olvidando todo lo demás,

pero olvidaba esos instantes cuando dejaba la oficina. Tenía que hacerlo, y una vez que lo había hecho ya no pensaba más en ella. Camino de su casa se sentía libre una vez más. Una larga calle se extendía ante él, sus altas casas se iban estrechando al frente de tal manera que le causaban la impresión de que si alargaba los brazos podría asir la parte superior de los edificios y apartarlos. Caminaba rápidamente y el pavimento, como si fuera un trampolín, arrojaba sus pasos hacia delante.

Vio un triángulo de hormigón iluminado, suspendido a cien pies sobre el suelo. No podía ver qué había debajo para sostenerlo. Tenía libertad para imaginarse que allí estaba lo que él deseaba, lo que él hubiera hecho. Después pensó que en ese momento, de acuerdo con la opinión de la ciudad y de todo lo que no fuera esa firme certeza que tenía dentro de sí mismo, nunca volvería a edificar nada; nunca; aun antes de haber empezado. Se encogió de hombros. Aquellas cosas que le ocurrían en aquellas oficinas de desconocidos, era algo irreal y obstáculos sin importancia en la senda que ellos no podían alcanzar ni tocar.

Tomó por una calle lateral que lo conducía a East River. Al frente y a lo lejos había una luz solitaria de tránsito colgada. Era una mancha roja en la desierta oscuridad. Las viejas casas se agachaban hacia el suelo, oprimidas bajo el peso del cielo. Continuó con su cuello levantado y las manos en los bolsillos. Su sombra se erguía desde los talones conforme pasaba delante de una luz y se movía en la pared como un largo arco negro, como el movimiento de un limpiaparabrisas.

John Erik Snyte miró los diseños de Roark, separó tres de ellos, juntó los demás en un montón, volvió a mirar los tres, los colocó uno después de otro, con tres agudos golpes, y dijo:

—Notable. Radical, pero notable. ¿Qué tiene que hacer esta noche?

—¿Por qué? —preguntó Roark sorprendido.

—¿Está libre? ¿Piensa empezar en seguida? Quítese la chaqueta, vaya a la sala de dibujo, pida prestados los útiles a alguno y termíneme un proyecto para una gran tienda que estamos reformando. Un rápido bosquejo, nada más que una idea general, pero debo tenerlo para mañana. ¿Tiene inconveniente en quedarse toda la noche? La calefacción marcha y mandaré a Joe que le traiga algo para cenar. ¿Quiere café negro o qué? Pídale lo que quiera a Joe. ¿Puede quedarse?

—Sí —dijo Roark con incredulidad—. Puedo trabajar toda la noche.

—¡Excelente! ¡Espléndido! Eso es justamente lo que he necesitado siempre: un hombre de Cameron. Ya he tenido de todos los otros tipos. ¡Oh, sí!, ¿cuánto le pagaba Françon?

—Sesenta y cinco.

—Bueno, yo no puedo ser tan generoso como Guy *el Epicúreo*. Cincuenta es lo máximo. ¿Aprobado? Entre. Quiero que Billings le explique la tienda. Quiero algo moderno. ¿Comprende? Moderno, violento, loco, que llame la atención. No se contenga. Vaya hasta el límite.

John Erik Snyte dio un salto, abrió de repente la puerta que conducía a una gran sala de dibujo, se precipitó en ella, se deslizó junto a una mesa, se detuvo y dijo a un hombre imponente, con una ceñuda cara de luna.

—Billings: Roark. Es nuestro modernista. Dele la tienda de Benton, consígale algunos útiles. Déjele sus llaves y muéstrelle lo que tiene que cerrar esta noche. Dele entrada como si hubiese principiado esta mañana. Cincuenta. ¿A qué hora era mi cita con "Dolson Hermanos"? Se me ha hecho tarde. Hasta luego. No volveré esta noche.

Se deslizó hacia fuera, cerrando la puerta de golpe. Billings no demostró ninguna sorpresa; miró a Roark como si siempre hubiese estado allí. Hablaba monótonamente, con pronunciación de fatiga. Al cabo de unos minutos le dejó a Roark, sobre la mesa, papel, lápices, útiles, una serie de planos y una larga lista de instrucciones.

Roark contempló el pliego blanco y limpio que tenía delante y apretó fuertemente el lápiz. Lo colocó sobre la mesa y volvió a cogerlo, haciendo correr el pulgar sobre su lisa superficie. Notó que el lápiz le temblaba en la mano. Lo abandonó y se disgustó consigo mismo por ser tan débil y, pensando en los meses de cesantía, darle tanta importancia a aquel trabajo. Las yemas de sus dedos apretaban el papel como si éste las atrajese, como si fuese una superficie cargada de electricidad capaz de atraer sus dedos hasta hacerle daño. Arrancó los dedos del papel. Después empezó a trabajar...

John Erik Snyte tenía cincuenta años, una expresión de burla zumbona, perspicaz, algo repelente, como si compartiera, con cada hombre que contemplaba, un secreto lascivo que no mencionaba porque era obvio para los dos. Era un arquitecto prominente; su expresión no cambiaba cuando hablaba de este hecho. Consideraba que Guy Fraçon era un idealista poco práctico, pues él no estaba dominado por ningún dogma clásico, era mucho más hábil y liberal; edificaba lo que viniera. No le disgustaba la arquitectura moderna, y construía encantado, cuando algún cliente se lo solicitaba, casas desnudas con techos chatos que él llamaba progresistas, mansiones romanas que denominaba fastidiosas, e iglesias góticas que calificaba de espirituales. No veía ninguna diferencia entre ellas. Nunca se enojaba, salvo cuando alguno lo llamaba ecléctico.

Tenía un sistema propio. Empleaba cinco

proyectistas de tipos diferentes y hacía un concurso entre ellos con cada encargo que recibía. Elegía el proyecto que triunfaba y después lo reformaba con pedazos de los otros cuatro. "Seis opiniones —decía— valen más que una."

Cuando Roark vio el proyecto definitivo de las tiendas de Benton comprendió por qué Snyte no había temido tomarlo. Reconoció sus propios planos de espacio, sus ventanas, sus sistemas de circulación; vio agregados capiteles corintios, bóvedas góticas, arañas coloniales y unas increíbles molduras vagamente moriscas. El proyecto estaba hecho a la acuarela con delicadeza sorprendente, montado en un cartón cubierto con papel de seda. A los empleados de la sala de dibujo no se les permitía mirarlo, salvo desde cierta distancia, después de lavarse las manos y tirar los cigarrillos. John Erik Snyte daba gran importancia al aspecto de su proyecto, por sumisión a los clientes. Tenía empleado a un joven chino, estudiante de arquitectura, tan sólo para la ejecución de estas obras maestras.

Roark sabía lo que debía esperar de su empleo. Nunca vería ningún proyecto suyo transformado en realidad. Sólo se ejecutarían partes de ellos, partes que prefería no ver para poder estar libre y dibujar conforme deseaba y hallar soluciones teóricas para los problemas que le preocupaban. Era menos de lo que él quería y más de lo que podía esperar. Aceptó esto. Conoció a sus compañeros dibujantes y supo que se apodaban con los nombres de *Clásico*, *Gótico*, *Renacimiento*, *Misceláneo*. Retrocedió un poco cuando se dirigieron a él diciéndole: "¡Eh, *Modernista!*"

La huelga de los obreros unidos de la construcción enfureció a Guy Françon. La huelga había empezado contra los contratistas que estaban levantando el "Hotel

Noyes Belmont", y se había extendido a todas las nuevas construcciones de la ciudad. La Prensa había mencionado a Françon y Heyes como los arquitectos de dicho hotel.

La mayor parte de los periódicos contribuían a sostener la lucha, apremiando a los contrarios para que no se rindiesen. Los ataques más fuertes contra los huelguistas provenían de los poderosos diarios de la cadena de Wynand.

"Siempre hemos luchado —decían los editoriales de Wynand— por los derechos del hombre del pueblo contra los tiburones amarillos del privilegio, pero no podemos prestar nuestro apoyo a la destrucción del orden y la ley." Nunca se podía descubrir si los diarios de Wynand dirigían al público o si el público dirigía a los diarios; se sabía solamente que los dos marchaban de acuerdo en forma notable. Nadie sabía, salvo Guy Françon y unos pocos, que Gail Wynand era propietario de la sociedad a la cual pertenecía el "Hotel Noyes Belmont".

Esto aumentaba la disconformidad de Françon. Se rumoreaba que los bienes raíces de Gail Wynand eran mucho más vastos que su imperio periodístico. Era la primera vez que Françon había tenido un encargo de Wynand, y lo atrapó ávidamente pensando en las posibilidades que se podían abrir. Él y Keating habían hecho los mayores esfuerzos por diseñar el palacio rococó más ornamentado posible para los futuros clientes que pagarían veinticinco dólares diarios por habitación y que eran amantes de las flores de yeso, de los cupidos de mármol y de las jaulas de ascensores con encajes de bronce. La huelga había destrozado las futuras posibilidades. Françon no podía ser censurado por ello, pero no se podía saber a quién le echaría la culpa Gail Wynand y por qué razones. Los cambios imprevisibles y extraños del favor de Wynand eran

famosos, y se sabía bien que pocos arquitectos a los que ocupaba una vez volvían a ser ocupados nuevamente.

El hosco humor de Françon lo condujo a una infracción sin precedentes, a gritarle, sin causa alguna, a la única persona que siempre se había visto libre de ello: Peter Keating. Éste se encogió de hombros, y le volvió la espalda con callada insolencia. Después anduvo sin objeto por los salones, grujiendo a los jóvenes dibujantes, sin que éstos dieran motivo alguno. Se topó con Lucio N. Heyer en una puerta y le gritó: "¡Mire por dónde camina!" Heyer le clavó la vista y se quedó perplejo.

Había poco que hacer y nada que decir en la oficina, y todo el mundo quería aislarse. Keating salió temprano y se fue caminando hacia su casa, a la luz del frío crepúsculo de diciembre.

En su casa comenzó a echar maldiciones contra el molesto olor a pintura de los radiadores calientes. Maldijo el frío cuando su madre abrió una ventana. No podía encontrar justificativo para su inquietud. Ésta sólo podía deberse a la súbita inactividad. No podía soportar la soledad.

Cogió el teléfono y llamó a Catherine Halsey. El sonido de su clara voz fue como una mano que pasara con suavidad sobre su frente ardiente. Él decía:

—¡Oh, no, nada importante, querida! Quería saber si estarías en tu casa esta noche. Pensaba ir después de cenar.

—Por supuesto, Peter, que estaré en casa...

—Encantado. ¿Alrededor de las ocho y media?

—Sí... ¿Has oído algo de tío Ellsworth?

—Sí; que se vaya al diablo tu tío Ellsworth... Lo lamento, Katie... Perdóname, querida, no quise ofenderte; pero he tenido que estar todo el día oyendo cosas acerca de tu tío. Ya sé que es maravilloso y todo eso, pero temo que otra vez esta noche no hablemos más

que de él.

—No, naturalmente que no. Lo siento. Comprendo. Te esperaré.

—Hasta luego, Katie.

Había oído la última noticia sobre Ellsworth Toohey, pero no quería pensar en eso, porque le traía a la memoria el fastidioso tema de la huelga. Desde hacía seis meses, a partir del momento en que se produjo la ola de éxito de los *Sermones en piedra*, Ellsworth Toohey se dedicaba a escribir *Una vocecita*, sección diaria para los diarios de Wynand. Aparecía en el *Banner* y había comenzado como sección de arte y crítica, pero se había transformado en una tribuna sencilla desde la cual Ellsworth Toohey pronunciaba veredictos en materia de arte, literatura, restaurantes de Nueva York, la crisis internacional y sociología, principalmente sociología. Había tenido gran éxito. Pero la huelga de los obreros de la construcción lo había colocado en una posición difícil. No ocultaba sus simpatías por los huelguistas, pero no decía nada en su columna, porque nadie podía decir lo que quería en los diarios pertenecientes a Gail Wynand, salvo el mismo Gail Wynand.

Sin embargo, aquella noche iba a celebrarse un mitin de simpatizantes de la huelga, y muchos famosos iban a hablar; entre ellos se contaba Ellsworth Toohey. Por lo menos el nombre de Toohey había sido anunciado.

El acontecimiento produjo una curiosa reacción y se hacían apuestas sobre si Toohey hablaría o no. "Hablará —había oído decir vehementemente Keating a un dibujante—; se sacrificará a sí mismo. Es de esa clase. Es el único hombre honesto de los que están en la lista." "No hablará —había dicho otro—. Se da cuenta de lo que eso significa. ¿Una proeza semejante contra Wynand? Una vez que Wynand se indigna con un hombre, es tan seguro que lo destruye como que hay

luego en el infierno. Nadie sabe cuándo ni cómo lo hace. Y nadie tendrá pruebas contra él, y uno está liquidado una vez que Wynand lo persigue." A Keating no le interesaba que el asunto fuera de una u otra manera; la cosa, en sí misma, le aburría.

Cenó en hoscó silencio y cuando su madre, con un: "No sé si sabrás...", intentó llevar la conversación hacia cierto tema, él estalló:

—No empieces a hablar de Catherine. Cállate.

La señora Keating no dijo una palabra más, y se dedicó a servirse más comida.

Él tomó un taxi hasta Greenwich Village. Subió a toda prisa la escalera. Tocó el timbre. Esperó. No hubo contestación. Estuvo apoyado contra la pared, tocando el timbre durante largo rato. ¿Cómo podía haber salido Catherine sabiendo que él iba? No podía ser. Bajó, incrédulo la escalera y, ya en la calle, miró a las ventanas de su departamento. Estaba oscuro.

Estuvo contemplando las ventanas como si fueran una tremenda traición. Después sintió un enfermizo sentimiento de soledad, como si estuviese desamparado en una gran ciudad, porque en aquel instante se olvidó de su casa y de la existencia de ella. Luego recordó el mitin, el gran mitin en el cual el tío iba a ser el mártir público. "Ahí es donde ha ido —pensó—, Y dijo en voz alta: Que se vaya al diablo."

Y echó a andar rápidamente en dirección al salón donde se celebraba la asamblea.

Había una lamparilla de luz, sin pantalla, a la entrada, una pequeña lámpara blanca azulada, demasiado fría y demasiado luminosa, que brillaba desoladamente. La luz se proyectaba en la oscura calle, iluminando un delgado cristal de agua helada que descendía. Era una aguja de cristal brillante, tan fina y uniforme que Keating pensó insensatamente en cuentos de hombres que habían muerto atravesados por un

carámbano. Algunos vagos curiosos estaban indiferentemente bajo la lluvia, cerca de la entrada, y había algunos agentes de policía. La puerta estaba abierta. El vestíbulo, semioscuro, estaba repleto de gente que no podía entrar al salón, lleno ya. Prestaban atención al altavoz colocado allí con tal ocasión. En la puerta tres sombras vagas estaban repartiendo volantes a los que pasaban. Una de las sombras era un joven tuberculoso, sin afeitar, con un cuello largo y descubierto; la otra era un joven elegante, con abrigo costoso con cuello de piel; la tercera era Catherine Halsey.

Estaba en la lluvia, desganada, echada hacia delante en señal de cansancio, la nariz lustrosa, los ojos brillando de la excitación. Keating se detuvo para contemplarla.

Su mano se extendió hacia él mecánicamente, alargándole un volante, después levantó los ojos y lo vio. Le sonrió sin sorpresa, y le dijo con alegría:

—¡Peter! ¡Qué agradable que hayas venido!

—¡Katie...! —Se sofocó un poco—. ¡Katie, qué diablos...!

—He tenido que hacerlo, Peter. —Su voz no tenía acento de excusa—. Tú no comprendes, pero yo...

—Sal de la lluvia. Entra.

—¡No puedo! Debo...

—¡Sal de la lluvia, al menos, tonta! —Y la empujó rudamente a través de la puerta hacia un rincón del vestíbulo.

—Querido Peter, no estás enojado, ¿verdad? Mira, fue así: no creía que mi tío me trajese aquí esta noche, pero a última hora me dijo que yo podía venir si quería y que podía ayudar a repartir volantes. Creí que comprenderías, y te dejé una nota en la mesa del *living*, explicándote, y...

—¿Me dejaste una nota? ¿Adentro?

—Sí..., ¡oh, Dios mío!, no pensé que tú no entrarías. ¡Naturalmente! ¡Qué tonta soy! Pero todo fue muy apresurado. No te enojarás, ¿verdad? ¿No ves lo que esto significa por venir aquí? Yo sabía que él vendría. Así se lo dije a esa gente que decía que no era oportuno, que esto sería su fin. Quizá lo sea, pero a él no le importa. Así es él. Estoy asustada y soy inmensamente feliz, porque lo que él ha hecho me hace creer en todos los seres humanos. Pero me asusto, porque, ya ves, Wynand quiere...

—Cállate. Sé todo. Estoy harto de esto. No quiero oír nada acerca de tu tío, de Wynand, ni de la condenada huelga. Vámonos de aquí.

—No, Peter. No podemos. Quiero escucharle y...

—Cállense —chilló uno de la multitud.

—Estamos perdiéndonoslo todo —murmuró Catherine—. El que está hablando es Austen Heller, ¿No quieres escucharlo?

Keating contempló el altavoz con cierto respeto, con el respeto que sentía por los nombres famosos. No había leído mucho de Austen Heller, pero sabía que era el colaborador más importante del *Chronicle*, un diario brillante, independiente, archienemigo de las publicaciones de Wynand; que Heller procedía de una antigua y distinguida familia, que se había graduado en Oxford; que había empezado como crítico literario y había terminado por transformarse en un adicto consagrado a la destrucción de todas las formas de compulsión públicas y privadas, del cielo y de la tierra; que había sido maldecido por los pastores, los banqueros, los clubs de mujeres y los organizadores de trabajo; que tenía mejores modales que la élite social, de la cual se mofaba, y una constitución más fuerte que la de los trabajadores, a los cuales defendía; que podía discutir la última obra de teatro de Broadway, la poesía medieval o la economía internacional, que no hacía

donaciones para beneficencia, pero que gastaba todo el dinero que podía obtener en defensa de presos políticos.

La voz que llegaba por el altavoz era seca, precisa, con los finos matices del acento inglés.

"...la libertad de contratar —decía Austen Heller— es el fundamento de nuestra forma de sociedad y la libertad de huelga es una parte de ésta. Menciono esto como una advertencia a cierto Petronio de la Cocina del Infierno¹, un exquisito bastardo que últimamente ha estado diciéndonos, con mucho ruido, que esta huelga representa la destrucción de la ley y el orden."

El altavoz emitió un sonido de aprobación, alto y estridente, y un estruendo de aplausos. Había conversaciones entrecortadas entre la gente del vestíbulo. Catherine se agarró del brazo de Keating.

—¡Oh, Peter! —cuchicheó—. Se refiere a Wynand, que nació en Hell's Kitchen. Wynand se vengará de la audacia de tío Ellsworth.

Keating no pudo escuchar el resto del discurso de Heller, porque tenía un dolor de cabeza tan violento que el sonido hería sus ojos y tenía que cerrar los párpados firmemente. Se apoyó contra la pared.

Abrió los ojos sobresaltado cuando se dio cuenta del silencio peculiar que había en torno suyo. No había advertido que Heller había terminado su discurso. Vio que las personas que estaban en el vestíbulo permanecían en una expectación tensa y solemne y la estridencia del altavoz atraía todas las miradas hacia su oscuro embudo. Después una voz rompió el silencio, una voz alta y lenta:

"¡Señoras y señores, tengo el honor de presentarles al señor Ellsworth Monkton Toohey!"

"Bien —pensó Keating—, Bennett ganó sus seis monedas." Hubo unos segundos de silencio. Después las

¹ "Cocina del infierno". Hell's Kitchen, en inglés

cosas que ocurrieron le golpearon la nuca. No era un sonido ni un golpe, era algo que rasgaba el tiempo, que separaba el momento del momento normal que lo precedía. Sólo se enteró del golpe una vez que hubo pasado, antes de que comprendiera qué era, y luego supo que era un aplauso. Era tal el estallido de los aplausos, que creyó que el altavoz iba a estallar, y continuó apretándose contra las paredes del vestíbulo y sintió que las paredes se encorvaban hacia la calle. Las personas que estaban cerca de él daban vivas. Catherine estaba con los labios entreabiertos, y se dio cuenta de que no respiraba.

Mucho tiempo pasó antes que volviese el silencio, tan abrupto y chocante como el rugido; el altavoz calló, ahogándose en una nota alta. Los, del vestíbulo se quedaron en silencio. Después se oyó la voz.

"Amigos —comenzó diciendo, simple y solemnemente—. Hermanos —agregó, suave, involuntariamente—, estoy más emocionado, con este recibimiento, de lo que yo mismo me lo permitiría. Espero ser perdonado por este rasgo de vanidad infantil que hay en cada uno de nosotros. Pero me doy cuenta, y con este espíritu lo acepto, que este tributo no es para mi persona, sino que va dirigido a un principio que las circunstancias han permitido que yo represente con toda humildad esta noche."

No era una voz, era un milagro. Parecía como si se desplegara un estandarte de terciopelo. Pronunciaba palabras inglesas, pero la resonante claridad de cada sílaba las hacía sonar como si fuera una nueva lengua que se hablaba por primera vez. Era la voz de un gigante.

Keating permanecía con la boca abierta. No atendía lo que decía la voz. Escuchaba la belleza de los sonidos sin atender el significado. No tenía necesidad de comprenderlo: podía aceptar cualquier cosa, sería

conducido ciegamente a cualquier parte.

"...y, amigos míos —decía la voz—, la lección que debemos aprender en esta trágica lucha es la lección de la unidad. Unámonos, o seremos derrotados. Nuestro deseo, el deseo de los desheredados, de los olvidados, de los oprimidos, nos unirá firmemente en un sólido baluarte, en una fe común y una meta común. Es el momento de que cada hombre renuncie a sus problemas mezquinos, a sus ideas de ganancia, comodidad y complacencia. Es tiempo también de fundirse en la gran corriente, en la ola que se levanta y se acerca para arrojarnos a todos, querámoslo o no, hacia el futuro. La historia, amigos, no hace preguntas ni pide consentimientos. Es irrevocable, como la voz de las masas que la determina. Escuchemos su llamada. Organicémonos, hermanos. ¡Organicémonos, organicémonos!"

Keating contempló a Catherine. No era Catherine, era solamente un rostro blanco que se disolvía en los sonidos del altavoz. No era que ella escuchara a su tío; Keating no podía sentir celos de él, aunque hubiese querido. No era pasión. Era algo frío e impersonal que la dejaba vacía, con su voluntad rendida, sin que la poseyese ningún deseo humano, sino algo innominado donde se sumergía.

—Salgamos de aquí —murmuró Keating. Su voz era salvaje. Él tenía miedo.

Se volvió hacia él, como si surgiera de lo inconsciente. Él se dio cuenta de que trataba de reconocerlo y de todo lo que esto significaba. Ella murmuró:

—Sí, salgamos.

Caminaron por las calles, bajo la lluvia, sin dirección. Hacía frío, pero continuaban marchando, querían sentir el movimiento, sentir la sensación de que sus músculos se movían.

—Nos estamos empapando —dijo Keating al fin, tan espontánea y naturalmente como pudo. El silencio de ambos lo asustaba, probaba que ambos sabían la misma cosa y que ésta era real—. Busquemos algún lugar donde tomar algo.

—Sí —respondió Catherine—. Vamos. Hace tanto frío... ¿No es una estupidez mía? ¡Haber abandonado el discurso del tío, que tanto quería escuchar! —Estaba bien. Lo había mencionado con toda naturalidad, con una saludable cantidad de propio arrepentimiento. Algo se había ido—. Pero yo quería estar contigo, Peter... Quiero siempre estar contigo.

Era un último golpe, no era el significado de lo que ella dijo, sino por la razón que la impulsaba a decirlo. Después la tensión desapareció y Keating sonrió; sus dedos buscaron la muñeca de ella, descubierta entre la manga y el guante; su piel era cálida.

Muchos días más tarde, Keating oyó la noticia que se oía por toda la ciudad. Se decía que el día después del mitin de las masas, Gail Wynand le había aumentado el sueldo a Ellsworth Toohey. Toohey se había puesto furioso y había tratado de rehusarlo. "Usted no me puede sobornar, señor Wynand" —le había dicho. "No le estoy sobornando —respondió Wynand—. No se alabe a sí mismo."

Cuando cesó la huelga la construcción cobró otra vez gran impulso en toda la ciudad, y Keating pasó días y noches en el trabajo con los nuevos encargos que llegaban a la oficina. Françon sonreía con felicidad a todo el mundo y dio una pequeña fiesta a la plana mayor del estudio para hacer olvidar cualquier cosa que pudiera haber dicho.

La residencia palaciega del señor y de la señora Dale Ainsworth, en Riverside Drive, proyecto preferido de Keating, hecho en el estilo de las postrimerías del Renacimiento, en granito gris, se terminó al fin. Dale

Ainsworth ofreció una solemne recepción para celebrar el estreno de la casa, a la cual fueron invitados Guy Françon y Peter Keating, pero Lucio N. Heyer fue olvidado, como ocurría a menudo en los últimos tiempos. Françon gozó de la recepción, porque cada pie cuadrado de granito de la casa le recordaba el estupendo pago recibido por una cierta cantera de Connecticut. Keating gozaba de la recepción porque la majestuosa señora de Ainsworth le dijo con una sonrisa que lo desarmaba: "¡Pero yo estaba «segura» de que usted era el socio de Françon! ¡Es Françon y Heyer, claro! ¡Qué despreocupada he sido! Todo lo que le puedo decir, a modo de excusa, es que si usted no es socio, una piensa que tendría derecho a serlo."

La vida en la oficina se desarrollaba tranquilamente. Atravesaban uno de esos períodos en que parece que todas las cosas marchan bien.

Por eso Keating se sorprendió una mañana, poco después de la recepción en casa de Ainsworth, al ver llegar a Françon a la oficina con aspecto de irritación nerviosa. "¡Oh, nada! —dijo agitando la mano con impaciencia—. Absolutamente nada."

En la sala de dibujo Keating advirtió a tres dibujantes inclinados, con las cabezas muy juntas, sobre una sección del *Banner*, que leían con una especie de interés ávido y culpable. Oyó la risa desagradable y ahogada de uno de ellos. Cuando lo vieron, el diario desapareció rápidamente. No tenía tiempo para averiguar de qué se trataba; un corredor de un contratista lo estaba esperando en la oficina, y además había un montón de correspondencia y proyectos que debían ser aprobados.

Tres horas más tarde había olvidado el incidente a causa de una cita. Se sentía ligero, con la cabeza fresca, regocijado de su propia energía. Cuando tenía que consultar la biblioteca para un nuevo proyecto, que

quería comparar con los mejores ejemplares, salía silbando de su oficina y meciendo el proyecto con alegría.

Su marcha lo había llevado hasta la mitad de la sala de recepción, cuando se detuvo de golpe, golpeando el proyecto contra las rodillas. Olvidó que era completamente impropio que se detuviese allí en aquellas circunstancias.

Una joven estaba delante de la baranda hablando con la empleada. Su fino cuerpo parecía fuera de toda proporción comparado con el cuerpo humano normal; sus líneas eran tan frágiles, tan exageradas, que semejaban un dibujo estilizado de una mujer. Usaba un sencillo traje gris. El contraste entre la severidad del modelo y su apariencia era deliberadamente exorbitante y sorprendía por su elegancia. Colocó los dedos de una mano en la baranda; era una mano fina que seguía la línea recta del brazo. Tenía los ojos grises que no eran ovalados, sino demasiado largos, con cortes regulares bordeados por líneas paralelas de pestañas. Tenía aire de fría serenidad y boca exquisitamente viciosa. Su rostro, su cabello, de un oro pálido; su traje, parecía no tener color sino sólo una insinuación de éste.

Keating permaneció inmóvil porque comprendió por primera vez en su vida de qué hablaban los artistas cuando se referían a la belleza.

—O lo veo ahora, o nunca —le decía ella a la empleada que la atendía—. Me pidió que viniese y éste es el único momento que tengo. —No era una orden, hablaba como si fuera necesario que su voz adquiriese tono de mando.

—Sí..., pero... —Una luz zumbó en el cuadro de distribución de la empleada. Ésta la conectó inmediatamente—. Sí, señor Françon... —Ella escuchó y movió la cabeza con alivio.

—Sí, señor Françon. —Se dirigió a la visitante—:

¿Quiere pasar, por favor?

La joven se volvió y miró a Keating cuando pasó delante de él en camino hacia la escalera. Sus ojos lo miraron sin detenerse. Algo de su pasmada admiración disminuyó. Había tenido tiempo de verle los ojos, parecían cansados y un poco despectivos, pero le dejaron una sensación de fría crueldad.

La escuchó subir la escalera y el sentimiento desapareció, pero la admiración quedaba. Se acercó a la empleada, ansiosamente.

—¿Quién era esa mujer?

La empleada se encogió de hombros:

—Es la muchachita del patrón.

—¡Vaya, qué afortunado! —exclamó Keating—. No me ha dicho nada del asunto.

—Me ha entendido mal —dijo la empleada fríamente—. Es la hija: Dominique Françon.

—¡Oh! —dijo Keating—. ¡Oh!

La muchacha lo miró con aire sarcástico.

—¿Leyó el *Banner* de esta mañana?

—No, ¿por qué?

—Léalo.

Keating envió un muchacho por un ejemplar del *Banner* y buscó ansiosamente la columna "Su casa", de Dominique Françon.

Había oído decir que ella había logrado mucho éxito últimamente con descripciones de los hogares neoyorquinos prominentes. Sus comentarios debían concretarse a la decoración de interiores; pero, en ocasiones, se habían aventurado a la crítica arquitectónica. Aquel día su tema era la residencia del señor y de la señora Ainsworth, en Riverside Drive. Entre otras cosas, leyó lo siguiente:

"Se entra en un magnífico vestíbulo de mármol dorado, y uno cree estar en la Municipalidad o el Correo Central, pero no es así. Tiene sin, embargo, de todo:

entresuelo con columnata y escalera con papera y cartelas en forma de cinturón de cuero con ojales, solamente que aquí no son de cuero sino de mármol. El comedor tiene una espléndida puerta de bronce, colocada por equivocación en el cielo raso, en forma de enrejado entretejido con robustos racimos de bronce. Hay patos y conejos muertos colgando de los paneles, con ramos de zanahorias, petunias y patatas de siembra. Pienso que no serían muy atrayentes si fuesen reales, pero puesto que son malas imitaciones de yeso, todo va bien..."

Keating había proyectado la casa, pero, a pesar de su furia no pudo contener la risa cuando pensó en lo que habría sentido Françon al leer el artículo y en cómo se las arreglaría para hablar con la señora de Ainsworth. Después olvidó la casa y el artículo y se acordó solamente de la muchacha que lo había escrito.

Tomó de su mesa, al azar, tres proyectos y salió para el despacho de Françon para pedirle que los aprobase, lo cual era innecesario. Se detuvo en el descanso de la escalera junto a la puerta cerrada de la oficina de Françon; escuchó la voz de éste, fuerte, enojada, imponente. Era la voz que oía siempre que Françon se sentía vencido.

—...¡Esperar semejante ultraje! ¡De la propia hija! Estoy acostumbrado a todo de tu parte, pero este golpe excede a los demás. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué explicación voy a dar? ¿Tienes alguna vaga idea de mi situación?

Keating oyó después la risa de ella. Era un sonido tan alegre y tan frío, que se dio cuenta de que era mejor no entrar. Sabía que sería mejor no entrar, porque sentiría nuevamente temor al ver los ojos de ella.

Se volvió y bajó la escalera. Cuando llegó al piso de abajo, estaba pensando que tenía que conocerla, que la conocería pronto y que Françon no podría impedirselo.

Pensaba en ello con interés, riendo con alivio de la imagen de la hija de Françon que se había formado durante años, rehaciendo sus planes para el porvenir, pese a sentir confusamente que mejor sería no conocer nunca a aquella mujer.

IX

Ralston Holcombe no tenía cuello visible, pero su barbilla se encargaba de remplazarlo. La barbilla y las mandíbulas formaban un arco ininterrumpido que descansaba en el tórax. Sus mejillas eran rosadas, suaves al tacto, con la blandura fofa de la edad, como la piel de un durazno escaldado. El abundante pelo blanco le caía sobre la frente y las espaldas con la amplitud de una melena medieval, que llenaba de caspa la parte posterior del cuello de su chaqueta.

Caminaba por las calles de Nueva York con un sombrero de anchas alas, traje oscuro de trabajo, camisa de satén verde pálido, chaleco de brocado blanco, una gran corbata negra de lazo, que surgía bajo su barbilla, y un báculo, no un bastón, un báculo de ébano coronado por un bulbo de oro macizo. Era como si su enorme cuerpo se hubiese resignado a los convencionalismos de una civilización prosaica, a sus trajes parduscos, pero en el óvalo de su pecho y en su vientre saliente flotaban los colores de su alma íntima. Esas cosas se le permitían porque era un genio. También presidía la Corporación de Arquitectos de Norteamérica.

Ralston Holcombe no suscribía los puntos de vista de sus colegas en la organización. Él no era acaparador de construcciones ni hombre de negocios. Era hombre

de ideales, como firmemente lo declaraba.

Denunciaba el estado deplorable de la arquitectura norteamericana y el eclecticismo de sus profesionales. Decía que en todos los períodos de la historia los arquitectos han construido de acuerdo con el espíritu de su propia época, sin copiar el pasado. "Nosotros podemos ser fieles a la historia siguiendo esa ley, que exige plantemos firmemente las raíces de nuestro arte en la realidad de nuestra propia vida." Criticaba la estupidez de erigir edificios griegos, góticos o romanos. "Seamos modernos —rogaba— y construyamos en el estilo que corresponde a nuestros días." Él había encontrado ese estilo. Era el estilo Renacimiento.

Expuso con claridad sus razones. "Como nada de gran importancia histórica ha ocurrido en el mundo desde el Renacimiento, debemos considerar que vivimos todavía en ese período, y todas las formas externas de nuestra existencia deben permanecer fieles a los ejemplos de los grandes maestros del siglo xvi."

Se impacientaba con los pocos que le hablaban de arquitectura moderna en términos distintos de los suyos; manifestaba que los hombres que querían romper con todo lo pasado eran patanes y que no se podía colocar la originalidad sobre la belleza. Su voz temblaba al pronunciar esta última palabra.

Tomaba sólo encargos estupendos. Se especializaba en lo externo y en lo monumental. Construía muchos mausoleos y capitolios. Hacía proyectos para exposiciones internacionales.

Trabajaba como un autor que improvisase bajo el acicate de una guía mística. Tenía inspiraciones repentinas y podía agregar una cúpula enorme a la azotea de un edificio ya terminado o incrustar una gran bóveda de mosaicos de pan de oro, o picar una fachada de piedra caliza para remplazarla por otra de mármol. Sus clientes se ponían pálidos, tartamudeaban y

pagaban. Su personalidad imperial lo conducía a la victoria en cualquier encuentro que tuviese con la economía de su cliente, pues detrás de él estaba la afirmación austera y dominante de que él era un "artista". Su prestigio era enorme. Procedía de una familia que figuraba en la *Guía Social*. En su madurez había contraído matrimonio con una joven cuya familia, si bien no figuraba en la *Guía Social*, había acumulado grandes sumas de dinero gracias a la fabricación de goma de mascar.

Ralston Holcombe tenía sesenta y cinco años, a los que agregaba algunos a causa de los elogios de sus amigos sobre su físico maravilloso. Su mujer tenía cuarenta y dos años, a los cuales les hacía considerables disminuciones.

La mujer de Ralston Holcombe recibía en su salón los sábados por la tarde, sin ceremonia. "Todo el que significa algo en arquitectura viene aquí", decía a sus amigos.

Un sábado de marzo, por la tarde, Keating se dirigió a la mansión de los Holcombe —una reproducción de un palacio florentino— con respeto, pero con cierto desagrado. Había sido huésped frecuente de aquellas celebradas reuniones y había comenzado a aburrirse, porque conocía a todos los que podía encontrar allí.

Una multitud distinguida se perdía en la sala de baile de la mansión, esparcida en islitas en una extensión hecha para recepciones de corte. Los pasos sonaban en el mármol como si el salón fuese una cripta. Las llamas de los altos candelabros contrastaban desoladamente con el gris de la claridad que procedía de la calle; la luz hacía que los candelabros parecieran más oscuros y los candelabros daban a la luz del día un tinte premonitorio de oscuridad. Un proyecto en miniatura del nuevo capitolio se exhibía sobre un pedestal que se hallaba en medio de la isla, iluminado con pequeñas bombillas

eléctricas.

La esposa de Ralston Holcombe presidía la mesa del té. Cada invitado tomaba una taza frágil de transparente porcelana, bebía dos sorbos y (desaparecía en dirección al bar. Dos mozos majestuosos recogían las tazas abandonadas.

La señora de Holcombe era, conforme una amiga entusiasta la había descrito, "chiquita, pero intelectual". Su diminuta estatura era su pena secreta, pero había aprendido a encontrar compensaciones. Hablaba de efectuar sus compras en las tiendas para niños, y así lo hacía.

Usaba trajes de colegiala y calcetines en verano, exhibiendo sus finas piernas con duras venas azules. Adoraba a las celebridades. Era su misión en la vida. Las buscaba ávidamente; las contemplaba con los ojos abiertos de admiración y les hablaba de su propia insignificancia, de su humildad ante las obras de ellas; se encogía de hombros, se tornaba rencorosa y cerraba firmemente los labios cuando alguna de ellas parecía no tomar debidamente en cuenta sus puntos de vista sobre la vida después de la muerte, la teoría de la relatividad, la arquitectura azteca, la regulación de nacimientos y el cine. Tenía muchos amigos pobres y proclamaba este hecho. Si ocurría que un amigo mejoraba su situación financiera, lo abandonaba, lamentando que hubiese cometido una traición. Odiaba la riqueza con toda sinceridad; los ricos eran los únicos que compartían su único marco de distinción. Consideraba la arquitectura como un dominio privado. Había sido bautizada con el nombre de Constance, pero consideraba que era mucho más inteligente ser llamada Kiki, un sobrenombre que había obligado a usar a sus amigos después que ya había pasado de los treinta.

Keating nunca se había sentido cómodo en presencia de la señora de Holcombe, porque ella le sonreía con

harta insistencia y comentaba sus observaciones con guiños, diciendo: "Pero, Peter, ¡qué impertinente es usted!", cuando nada pecaminoso se le había ocurrido a él. Aquella tarde, sin embargo, le besó la mano como de costumbre y ella le sonrió tras la tetera de plata. Llevaba un regio traje color de esmeralda y una cinta *magenta* en su melena, con un lindo rizo en la frente. Su cutis era tostado y seco, con grandes poros abiertos en la nariz. Le dio una taza a Keating, mientras su esmeralda cuadrada brillaba en su mano a la luz de los candelabros.

Keating expresó su admiración por el capitolio y se fue a examinar el proyecto. Estuvo delante de él un número correcto de minutos, humedeciendo sus labios con un fuerte líquido que olía a clavo. Holcombe, que nunca miraba en dirección al proyecto, y que no dejaba de observar al invitado que se detenía de lante, le palmeó las espaldas y dijo algo apropiado acerca de la conveniencia de que los jóvenes conociesen la belleza del estilo Renacimiento. Después, Keating vagó sin rumbo, estrechó algunas manos sin entusiasmo y miró su reloj de pulsera calculando cuándo podría marcharse. Después se detuvo.

Más allá de un arco amplio, en una pequeña biblioteca, vio a Dominique Françon junto a tres jóvenes. Estaba apoyada en una columna, con un cóctel en la mano. Llevaba un traje de terciopelo negro; el pesado paño, que no transmitía ningún brillo, la mantenía anclada a la realidad deteniendo la luz que fluía con demasiada libertad a través de la piel de sus manos, de su cuello y de su rostro. Un destello de fuego blanco brillaba como una cruz de frío metal en el vaso que tenía, como si fuera una lente que recogiese el resplandor difuso de su piel.

Keating se dirigió hacia allí precipitadamente, y se encontró con Françon entre la multitud.

—¡Hola, Peter! —dijo Françon vivamente—. ¿Desea que le consiga algo de beber? No hay nada muy bueno —agregó, bajando la voz—, pero los "Manhattan" pasan.

—No —dijo Keating—, gracias.

—*Entre nous* —dijo Françon señalando con la mirada el proyecto del capitolio—, es un santo lío, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Keating—. Proporciones miserables... Esa cúpula parece la cara de Holcombe imitando la salida del sol sobre un techo...

Se detuvieron frente a la biblioteca, y los ojos de Keating se fijaron en la muchacha de negro, invitando a Françon a mirarla. Gozaba tendiéndole una trampa.

—Bueno —dijo Françon al fin—, no me censure después. Usted lo ha querido. Venga.

Entraron en la biblioteca juntos. Keating se detuvo, con corrección pero permitiéndole a sus ojos una intensidad impropia, mientras que Françon, radiante de fingida alegría, prorrumpió:

—¡Querida Dominique! ¿Os conocéis...? Peter Keating, mi verdadera mano derecha. Peter, mi hija.

—¿Cómo está usted? —dijo Peter suavemente. Dominique se inclinó con gravedad.

—Deseaba conocerla desde hace mucho tiempo, señorita Françon.

—Esto va a ser muy interesante —respondió Dominique—. Usted querrá ser amable conmigo, por supuesto, y sin embargo eso no será diplomático.

¿Qué quiere decir, señorita Françon?

—Papá preferiría que fuese descortés conmigo. Papá y yo no nos llevamos nada bien.

—¿Por qué, señorita Françon? Yo...

—Pienso que es más franco decírselo al principio. Puede sacar algunas conclusiones.

Keating buscó a Françon, pero éste había

desaparecido.

—No —agregó ella amablemente—, papá no hace bien estas cosas. Es demasiado descuidado. Usted le pidió que lo presentase, pero él no tenía que habérmelo hecho notar. Sin embargo, está completamente bien, desde que ambos lo admitimos. Siéntese.

Se dejó caer en un sillón y él se sentó obedientemente a su lado. Los jóvenes a quienes no conocía se quedaron unos minutos, tratando de participar en la conversación, sonriendo sin objeto. Después se retiraron. Keating pensó con alivio que no había nada que lo asustase en ella, excepto el contraste inquietante entre sus palabras y la cándida inocencia con que solía pronunciarlas, por lo que él no sabía de qué fiarse.

—Reconozco que pedí ser presentado —dijo—. Es evidente de cualquier modo, ¿no es cierto? ¿Quién no lo haría? Pero no piense que las conclusiones que yo saque tengan nada que ver con su padre.

—No me diga que soy hermosa y exquisita como ninguna otra mujer que haya conocido antes, y que teme enamorarse de mí. Lo dirá con el tiempo; esperemos. Aparte de esto, creo que nos llevaremos bien.

—Pero usted está tratando de dificultármelo, ¿no es así?

—Sí, papá tenía que haberlo prevenido.

—Sí. Lo hizo.

—Tenía que haberlo escuchado. Sea muy considerado con papá. He conocido muchas de sus manos derechas y he comenzado a ser escéptica. Pero usted es el primero que ha durado. Y que parece que va a continuar. He oído hablar mucho de usted. Mi enhorabuena.

—He deseado conocerla mucho tiempo. He leído sus colaboraciones con...

Se detuvo. Se dio cuenta de que no debería haber

mencionado eso, y sobre todo, de que no debió detenerse.

—¿Tanto...? —preguntó ella, con amabilidad.

—...tanto placer... —terminó él, temiendo que ella empezase de nuevo.

—¡Oh, sí! —dijo ella—. La casa de Ainsworth la proyectó usted. Lo siento. Ha sido la víctima de uno de mis accesos de honradez. No los tengo a menudo, como habrá advertido si leyó ayer mi trabajo.

—Lo leí, y bien. Seguiré su ejemplo y seré perfectamente franco. No lo tome como una queja, nunca se debe uno quejar de los críticos. Pero, realmente, el capitolio de Holcombe es mucho peor que todas aquellas cosas que usted censuró. ¿Por qué le tributó ayer un ardiente elogio? ¿O tuvo que hacerlo?

—No me halague. Naturalmente, no tenía que hacerlo. ¿Cree que alguien en el diario presta tanta atención a la columna sobre decoración de interiores como para preocuparse de lo que yo diga en ella? Además nunca pensé escribir acerca de capitolios. Lo hice sólo porque estoy cansada de decoraciones de interiores.

—Entonces, ¿por qué eligió a Holcombe?

—Porque su capitolio es tan horrible que criticarlo hubiera sido ridículo. Pensé que sería más divertido elogiarlo hasta las nubes.

—¿Ésa es la manera que tiene usted de hacer las cosas?

—Ésa es la manera que tengo de hacerlas, pero nadie lee mi sección, excepto las amas de casa que nunca pueden permitirse el lujo de decorar sus interiores, de modo que eso no tiene importancia.

—Pero ¿qué es lo que realmente le gusta en arquitectura?

—No me gusta nada en arquitectura.

—Bien sabe que no voy a creer eso. ¿Por qué

escribe, si no tiene nada que decir?

—Para tener algo que hacer. Algo menos desagradable que muchas otras cosas que podría hacer. Y más agradable.

—¿Sabe que la envidia? Trabajar para una empresa poderosa como la de los diarios de Wynand, la más amplia organización del país, que dirige los escritores de mayor talento y...

—Mire —dijo ella inclinándose hacia él con confianza—, déjeme que le ayude. Si usted acabase de conocer a mi padre y él estuviera trabajando en los diarios Wynand, sería exactamente eso lo que tendría que decir. Pero en este caso no. Esto es lo que yo podía esperar que dijese, y a mí no me gusta oír lo que espero. Sería mucho más interesante si dijese que los diarios Wynand son un montón de desperdicios del periodismo amarillo y que todos sus colaboradores juntos no valen dos centavos. —¿Piensa realmente eso de ellos?

—En absoluto, pero no me gustan las personas que tratan de decir lo que suponen que yo pienso.

—Gracias. Necesitaré su ayuda. Siempre he admirado a Gail Wynand y me gustaría conocerlo. ¿Cómo es?

—Tal como lo llamó Austen Heller: un exquisito bastardo.

Retrocedió. Recordó dónde había oído decir eso a Austen Heller. El recuerdo de Catherine parecía pesado y vulgar en presencia de la fina mano que colgaba de un brazo del sillón.

—Quiero decir, ¿cómo es su persona?

—No sé, nunca lo he visto.

—¿Nunca lo ha visto?

—No.

—¿He oído decir que es tan interesante!

—Sin duda. Cuando me encuentre con una disposición de ánimo algo decadente, probablemente lo

conoceré.

—¿Conoce a Toohey?

—¡Oh! —dijo ella. Él vio lo que antes había encontrado en sus ojos y no le gustó la dulce alegría de su voz—. ¡Oh, a Ellsworth Toohey claro que lo conozco! Es maravilloso. Es el hombre con quien siempre me gusta conversar. Es un perfecto pillastre.

—¿Por qué, señorita Françon? Usted es la primera persona que...

—No estoy tratando de impresionarle. Quiero decirlo todo. Lo admiro. Es completo. No se encuentra perfección en el mundo muy a menudo, ¿no es así? El es precisamente eso; la perfección completa dentro de su manera de ser. Todos los demás son demasiado incompletos, hechos a remiendos con piezas diferentes que no se unen bien. Pero con Toohey no pasa eso. Es un monolito. Algunas veces, cuando siento amargura contra el mundo, encuentro consuelo al pensar que todo está bien, que el mundo obtendrá lo que espera porque existe Ellsworth Toohey, y yo seré vengada.

—¿De qué será vengada?

Lo miró; sus párpados se elevaron un momento, de modo que sus ojos no parecían rectangulares, sino suaves y claros.

—Ha dicho una cosa muy inteligente. La primera cosa inteligente que le he oído. De manera que tendré que contestarle: mi deseo de ser vengada reside en el hecho de que no tengo nada de que vengarme. Sigamos con Ellsworth.

—He oído decir a todo el mundo que es una especie de santo, el único idealista puro, totalmente incorruptible y...

—Es completamente cierto. Un simple traficante sería mucho más justo. Pero Toohey es como un testigo de piedra para la gente. Usted puede conocerle, por la manera como lo trata a él.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir con eso? Inclinóse hacia atrás en el sillón y extendió sus brazos hasta las rodillas, entrecruzando las manos, con las palmas hacia fuera. Se rió un buen rato.

—Nada de esto constituye un tema para discutirlo durante un té. Kiki tiene razón. No quiere saber nada de mí, pero tiene que invitarme de vez en cuando. Y no puedo dejar de venir, porque ella lo demuestra claramente. ¿Sabe que anoche le dije a Ralston lo que realmente pensaba de su capitolio? Pero él no me quiso creer. Le causó regocijo y me dijo que yo era una muchachita muy linda.

—¿Y no lo es?

—¿Qué?

—Una muchachita muy linda.

—No, hoy no. Le he aburrido por completo, de manera que lo recompensaré diciéndole lo que pienso de usted para que no se preocupe. Pienso que es inteligente, digno de confianza y totalmente ambicioso, y que triunfará. Que me agrada. Le diré a papá que apruebo su mano derecha, de manera que ya ve como nada tiene que temer de la hija del patrón, aunque sería mucho mejor que no le dijese nada porque quizá mi recomendación podría provocar resultados contrarios.

—¿Quiere que le diga una sola cosa de lo que pienso de usted?

—¿Cómo no! Todas las que quiera.

—Que hubiese sido preferible que no me dijera que le agrado. Más adelante hubiese tenido una oportunidad mejor, de ser cierto.

Ella rió.

—Si comprende eso —agregó—, nos entenderemos maravillosamente. Hasta puede ser realidad.

Gordon L. Prescott apareció en el arco del salón de baile con un vaso en la mano. Llevaba traje gris y un *sweater* de cuello alto de lana plateada. Su rostro de

adolescente parecía recientemente lavado y tenía su habitual aspecto de jabón, dentrífico y aire libre.

—Querida Dominique —gritó agitando su vaso—. ¡Hola, Keating! —agregó lacónicamente—. ¿Dónde se ha estado escondiendo, Dominique? Oí que estaba aquí y la he buscado durante muchísimo tiempo.

—¡Hola, Gordon! —dijo ella. Lo dijo correctamente, no había nada ofensivo en el tono, pero después de la alta nota de entusiasmo, su voz sonó insulsa y sin vida, indiferente, como si los dos sonidos se mezclasen en un contrapunto perceptible en torno al hilo melódico de su desprecio.

Prescott no oyó.

—Querida —agregó—, usted parece más hermosa que nunca, si eso fuera posible.

—La séptima vez —respondió Dominique.

—¿Qué?

—La séptima vez que me dice eso al encontrarse conmigo, Gordon. Las he contado.

—Nunca habla con seriedad, Dominique. Siempre será así.

—¡Oh, no, Gordon! Acabo de sostener una conversación muy seria con mi amigo Peter Keating.

Una señora le hizo señas a Prescott y éste aprovechó la ocasión para escapar, al parecer muy tontamente. Keating se deleitó al pensar que ella acababa de despedir a otro hombre para continuar conversando con él.

Pero cuando se dirigió a ella le preguntó dulcemente:

—¿De qué estábamos hablando, señor Keating? —Y después empezó a interesarse en la mustia figura de un hombre pequeño que tosía con un vaso de whisky en la mano.

—¡Caramba! —respondió Keating—, estábamos...

—Oh, aquí está Eugene Pettingill, mi gran favorito!

Debo saludarle.

Se levantó y se fue por la sala, echando su busto hacia atrás al andar, dirigiéndose hacia el septuagenario con menos atracción que había.

Keating no sabía qué hacer.

Volvió al salón de baile, disgustado. Tuvo que unirse a grupos de invitados para hablar. Observaba a Dominique Françon, que se movía entre la multitud y se detenía a conversar con otros. No volvió a mirarle. Él no podía decidir si había tenido éxito o si había fracasado miserablemente.

Procuró estar cerca de la puerta cuando ella saliese.

Se detuvo y le sonrió encantadoramente.

—No —dijo antes que él pudiese pronunciar palabra—, no me puede llevar a casa. Me espera el automóvil, gracias.

Ella se había ido y él estaba en la puerta, abandonado y furioso porque creyó que había enrojecido.

Sintió una suave mano en la espalda, se volvió y se encontró con Guy Françon a su lado.

—¿Va para su casa, Peter? Déjeme que lo lleve.

—Yo creía que usted tenía que estar a las siete en el club.

—Es cierto, será un poco tarde, pero no importa. Le llevaré a casa sin molestia de ninguna clase.

—Había en su rostro una expresión particular, bastante poco frecuente en él y que le sentaba mal.

Keating le siguió silencioso, distraído, y no le dijo nada cuando los dos estuvieron en el automóvil.

—¿Y...? —preguntó Françon. Keating sonrió.

—Usted es un puerco, Guy. No aprecia lo que tiene. ¿Por qué no me lo dijo? Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

—¡Oh, sí! —contestó reservadamente—. Quizá sea ése el problema.

—¿Qué problema? ¿Dónde ve problema alguno?

—¿Qué piensa, realmente, de ella, Peter? Olvide el aspecto. Verá cuan prontamente olvidará eso. Que piensa?

—Pienso que tiene mucho carácter.

—Gracias, si es tan poco lo que tiene que decir. Françon estaba silencioso, pero hubo una nota de esperanza en su voz cuando volvió a hablar:

—¿Sabe, Peter, que estoy muy sorprendido? Le observé y vi que tuvo una larga charla con ella. Es asombroso. Esperaba que ella lo ahuyentase con un pinchazo envenenado y gentil. Quizá pueda usted llevarse bien con ella, después de todo. Bien, Peter, no me haga caso de lo que diga acerca de mi deseo de comportarme mal con ella.

La pesada seriedad de esta frase era tal, que los labios de Keating se movieron para emitir un silbido, pero se detuvieron a tiempo. Françon agregó pesaroso:

—No quiero comportarme mal con ella de ninguna manera.

—No tendría que haberse ido así —dijo Keating en tono de desdeñoso reproche.

—Nunca sé cómo hablarle —suspiró—. Nunca he podido saberlo. No puedo comprender qué diablos le pasa a ella, pero algo hay. No se conduce como un ser humano. Sepa que fue expulsada de dos escuelas de educación social. No puedo imaginarme cómo se portaba en el colegio, pero sí puedo decirle que durante cuatro años íntegros temía abrir la correspondencia por miedo a saber lo inevitable. Después pensé que una vez que dependiese de sí misma, ya no tendría nada que hacer y no debería preocuparme, pero es peor que nunca.

—¿De qué cree que debe preocuparse usted?

—No sé. Trato de no preocuparme. Estoy contento cuando no tengo que pensar en nada que se relacione

con ella. No puedo remediarlo, no he sido hecho para padre. Pero a veces tengo el sentimiento de que, después de todo, es mi responsabilidad, aunque Dios sepa que no la quiero. Tendría que hacer algo, no hay ningún otro que la asuma.

—Se ha dejado atemorizar por ella, Guy, y en realidad no hay nada que temer.

—¿Cree usted?

—Sí.

—Quizá sea usted el hombre que la pueda manejar. Ahora no lamento que la haya conocido. Bien sabe usted que yo no lo deseé. Sí, creo que usted es el único hombre que puede manejarla. Usted... está resuelto, ¿no es así, Peter?

—Bueno —dijo Keating estirando el brazo en un movimiento negligente—, yo difícilmente tengo miedo.

Después se recostó en los almohadones, como si estuviese cansado, y permaneció silencioso el resto del viaje. Françon también guardó silencio.

—Muchachos —dijo John Erik Snyte—, no dejen de tomar en cuenta esto. Es la cosa más importante que hemos tenido en el año. No se cobra mucho, como ustedes comprenderán, pero es el prestigio, las relaciones. ¡Cómo se pondrán de verdes algunos arquitectos si lo obtenemos! Austen Heller me dijo, con franqueza, que somos la tercera firma que ha consultado. No quiere nada de lo que han tratado de ofrecerle los otros grandes. Entonces está con nosotros, muchachos. ¿Saben? Algo diferente, fuera de lo ordinario, de buen gusto y diferente. Háganlo lo mejor que puedan.

Sus cinco dibujantes se sentaron en semicírculo delante de él. *Gótico* pareció aburrido, y *Misceláneo* parecía desanimado de antemano; *Renacimiento* seguía

el vuelo de una mosca en el cielo raso. Roark preguntó:

—¿Qué dijo en realidad, señor Snyte?

Snyte se encogió de hombros y miró a Roark sonriente como si él y Roark compartieran un secreto vergonzoso del nuevo cliente, que no valía la pena ser mencionado.

—Aquí, entre nosotros, nada importante, muchachos —agregó Snyte—. Había en sus palabras algo desarticulado, a pesar de su gran dominio de la lengua inglesa. Admitió que no sabe nada de arquitectura. No dijo si la quería modernista o de algún período. Quería una casa, pero ha dudado largo tiempo en edificar una porque todas le parecen iguales, como el diablo, y no comprende cómo alguien puede entusiasmarse con ellas, amarlas. Un edificio que signifique algo, es lo que dijo, aunque agregó que no sabía qué o cómo. Allá él. Eso es todo lo que dijo. No es mucho, por cierto. Yo le habría mostrado los bosquejos que hay si no fuera Austen Heller. Pero les concedo que todo esto carece de sentido... ¿Qué pasa, Roark?

—Nada —dijo el aludido.

Así terminó la primera charla sobre el tema de la residencia de Austen Heller. Aquella misma tarde Snyte reunió a sus cinco dibujantes en un tren y se fueron a Connecticut para ver el lugar que Heller había escogido. Estaba en una región de la costa, a tres millas de distancia de una pequeña y desagradable ciudad. Tomaron unos bocadillos y contemplaron un risco que ascendía en quebrados bordes desde el suelo, para terminar a pico sobre el mar, desnuda y brutalmente. Una flecha vertical de roca, que formaba una cruz con el largo y pálido horizonte marino.

—Allí —dijo Snyte haciendo girar un lápiz en la mano—. Detestable, ¿no? —suspiró—. Traté de sugerirle algo mejor, pero no le sentó bien, de manera que me callé. —Hizo girar el lápiz—. Allí es donde

quiere la casa, exactamente en la cumbre de la roca.

—Se rascó la punta de la nariz con el extremo del lápiz—. Traté de sugerirle que la hiciera más atrás de la playa, para tener la roca como panorama, pero tampoco lo aceptó. —Mordió la goma de borrar con los dientes—. Imagínense las minas, el nivelamiento de terreno que uno tiene que hacer en esa cumbre.

—Se limpió las uñas con la mina del lápiz, dejándoles un borde negro—. Ésa es la cuestión... —Observó la clase y calidad de la piedra—. Será difícil acercarse... Tengo todos los levantamientos de planos y fotografías en la oficina... Bien... ¿Quién tiene un cigarrillo...? Bien, creo que eso es todo... les ayudaré con consejos en cualquier momento... Bien... ¿Cuándo regresa ese condenado tren?

De, esa manera los cinco dibujantes empezaron su tarea. Cuatro de ellos se pusieron inmediatamente ante sus tableros de dibujar. Roark volvió solo al sitio muchas veces.

Los cinco meses que Roark había trabajado para Snyte se extendían detrás de él como un vacío. Si se hubiese preguntado qué sentía, no hubiera encontrado otra respuesta que la de que no recordaba nada de aquellos meses. Podía recordar cada proyecto que había hecho. Si lo intentaba, podía recordar qué les había ocurrido a esos proyectos, pero no quiso esforzarse por recordarlo.

Pero a ninguna de las construcciones había querido como quería a la casa de Austen Heller. Permanecía en la sala de dibujo noche tras noche, solo con un pliego de papel y el pensamiento de la roca junto al mar. Nadie vio sus bosquejos hasta que estuvieron terminados.

Cuando estuvieron listos, una noche, ya tarde, se sentó a la mesa con los pliegos extendidos delante de sí. Estuvo sentado durante horas, una mano apoyada en la frente, la otra colgando a un lado, la sangre

acumulándose en sus dedos, entumeciéndolos, mientras a través de la ventana veía la calle que se iba tornando azul oscuro, primero, y después gris pálido. Dejó de contemplar el proyecto. Se sentía vacío y cansado.

La casa que figuraba en los bosquejos no había sido diseñada por Roark, sino por la roca en la cual estaba asentada. Era como si la roca hubiese crecido y se hubiese completado, proclamando el propósito por el cual estaba esperando. La casa tenía muchos niveles, que seguían la superficie de la roca, subiendo cuando ésta subía, en masas graduales, en planos de consumada armonía. Las paredes, del mismo granito que la roca, continuaban sus líneas verticales hacia arriba; las amplias terrazas salientes, de hormigón, de plata, como el mar, seguían las líneas de las olas, del recto horizonte.

Roark estaba sentado a la mesa todavía, cuando los empleados volvieron a empezar su día en la sala de dibujo. Después envió los dibujos a la oficina de Snyte.

Dos días más tarde, la versión definitiva de la casa estaba envuelta en un papel de seda sobre la mesa, para ser sometida a Austen Heller. Era la versión elegida por John Eric Snyte, ejecutada por el artista chino. Era la casa de Roark. Sus competidores habían sido eliminados. Era la casa de Roark, pero las paredes eran ahora de ladrillos rojos, las ventanas estaban equipadas con persianas verdes, dos de las alas salientes habían sido suprimidas, la gran terraza voladiza sobre el mar había sido remplazada por un pequeño balcón de hierro forjado, y la casa estaba provista de una entrada de columnas jónicas que soportaban un frontón quebrado y tenía una pequeña aguja con una veleta.

John Eric Snyte estaba junto a la mesa, con las dos manos levantadas sobre el proyecto intocado en la virgen pureza de sus colores delicados.

—Estoy seguro de que esto es lo que el señor Heller

tiene en la cabeza. Bastante bueno... Sí, bastante bueno... Roark, ¿cuántas veces le he pedido que no fume cerca del proyecto definitivo? Póngase más lejos. Va a hacer caer las cenizas sobre él.

Austen Heller era esperado a las doce. Pero a la^s once y media la señora Symington llegó sin hacerse anunciar y pidió ver al señor Snyte en seguida. La señora Symington era una imponente viuda que se había mudado recientemente a una nueva residencia, proyectada por Snyte; además, Snyte esperaba un trabajo que debía darle un hermano de ella y que consistía en una casa de pisos. No podía negarse a verla y la hizo pasar con toda ceremonia a su oficina, donde ella empezó a declarar, sin reticencias, que el cielo raso de su biblioteca se había rajado y que las ventanas salientes de su sala de recibo estaban ocultas por un constante velo de humedad que ella no podía combatir. Snyte citó al jefe de ingenieros, y juntos comenzaron a dar explicaciones detalladas, justificándose y condenando a los contratistas. La señora Symington no mostraba signos de ablandarse cuando una señal zumbó en el despacho de Snyte y la empleada que atendía a los clientes anunció a Austen Heller.

Hubiera sido imposible pedir a la señora Symington que se fuera o a Austen Heller que esperase. Snyte resolvió el problema abandonándola al discurso confortador del ingeniero y excusándose por un momento. Después apareció en la sala de recibo, saludó a Heller y le sugirió:

—¿Quisiera pasar a la sala de dibujo, señor Heller? Hay allí mejor luz, y como el proyecto está listo, no quise tomarme la osadía de cambiarlo de lugar.

A Heller no parecía que le importase. Siguió a Snyte dócilmente a la sala de dibujo. Era una alta figura de amplias espaldas, con cabellos color de arena y rostro cuadrado, surcado por arrugas incontables en torno a los

ojos tranquilamente irónicos.

El proyecto estaba sobre la mesa del artista chino y éste se retiró desconfiadamente, en silencio. La mesa próxima era la de Roark. Éste le daba la espalda a Heller y siguió trabajando sin volverse. Los empleados estaban acostumbrados a no entretenerse cuando Snyte hacía pasar a los clientes a la sala de dibujo.

Las yemas de los dedos de Snyte levantaron el papel de seda, como si levantasen el velo de una novia. Después retrocedió y observó el rostro de Heller. Heller se inclinó y estuvo con la espalda doblada, en suspenso, atento, mudo durante un largo rato.

—Escúcheme, señor Snyte —empezó a decir al fin—, escúcheme, yo creo... —y se detuvo. Snyte esperó con paciencia, complacido, sintiendo la llegada de algo que él deseaba que no le molestase.

—Esto —dijo Heller, al punto, en voz alta, golpeando con el puño en el proyecto, y haciendo retroceder a Snyte—, "esto es lo que más se acerca a lo que yo deseo".

—Sabía que le iba a gustar, señor Heller.

—No me gusta —contestó éste. Snyte miró para otro lado y esperó.

—Se acerca de algún modo, pero no exactamente a lo que quiero —dijo con disgusto—; pero no sé dónde está el error. Perdóneme si esto suena un poco impreciso, pero a mí me gustan las cosas de golpe, o no. Sé que no estaría a gusto con esta entrada, por ejemplo. Es una linda entrada, pero uno ni siquiera la notaría, porque es algo que se ha visto demasiado.

—¡Ah, pero permítame hacerle unas pequeñas consideraciones, señor Heller! Uno quiere ser moderno, desde luego, pero conservar la apariencia de un hogar. Una combinación de majestad y comodidad, comprenda, una casa muy austera, como ésta, debe tener algunos toques delicados. Esto es estrictamente correcto

hablando en términos arquitectónicos.

—No lo dudo. No sé nada de eso. Nunca he sido correcto, estrictamente, en mi vida.

—Deje que le explique este esquema y verá que es...

—Ya sé —dijo Heller con fastidio—. Estoy seguro de que tiene razón. Solamente... —Su voz tenía un sonido de ansiedad que deseó pudiese sentir—. Solamente si tuviese alguna unidad..., alguna idea central —que aquí está y no está..., si pareciese que viviera..., lo cual no sucede... Carece de algo y tiene demasiado— Si fuera más limpia, más nítida, ¿cuál es la palabra que he oído emplear? Si estuviese integrada...

Roark se volvió. Estaba al otro lado de la mesa. Agarró el proyecto, su mano cruzó como un relámpago y un lápiz rasgó el dibujo, marcando líneas negras sobre la acuarela. Las líneas ensuciaron las columnas jónicas, el frontón, la entrada, la aguja, las persianas, los ladrillos, dejaron dos alas de piedra, rasgaron las ventanas, astillaron el balcón y arrojaron una terraza al mar.

Esto ocurrió antes que los demás se hubiesen dado cuenta del momento en que empezó. Entonces Snyte saltó, pero Heller lo agarró de la muñeca y lo detuvo.

La mano de Roark continuó demoliendo paredes, rajando, reconstruyendo con furiosos golpes.

Roark levantó la cabeza de pronto; durante un relámpago de segundo, para mirar a Heller a través de la mesa. Era toda la presentación que ellos necesitaban, era como un apretón de manos. Roark continuó, y cuando saltó el lápiz, la casa, tal como la había diseñado, estaba completada en un modelo realizado con negras rayas.

La ejecución no había durado cinco minutos.

A una señal, Snyte hizo una tentativa; como Heller no dijo nada, Snyte se sintió con derecho a hacer frente a Roark, y le gritó:

—Está despedido; váyase al diablo. Fuera de aquí.

Está despedido.

—Los dos estamos despedidos —dijo Austen Heller guiñando el ojo a Roark—. Vamos, ¿ha comido algo? Vamos a algún bar, quiero conversar con usted.

Roark fue al armario a buscar el sombrero y la chaqueta. La sala de dibujo atestiguó el hecho con estupor y todos los empleados se detuvieron para presenciarlo, Austen Heller cogió el proyecto, lo dobló en cuatro, haciendo crujir el cartón sagrado, y se lo metió en el bolsillo.

—Pero, señor Heller... —tartamudeó Snyte—, permítame que le explique... Es perfectamente razonable; si eso es lo que quiere, terminaremos el proyecto...; permítame que le explique.

—Ahora, no —respondió Heller—; ahora, no —Y agregó desde la puerta—: Le enviaré un cheque.

Cuando Heller hubo partido con Roark, la puerta, conforme Heller la cerró, sonó como el párrafo final de uno de sus artículos.

Roark no había pronunciado una sola palabra.

En el compartimiento silencioso e iluminado del restaurante más caro al que Roark no había entrado jamás, a través del servicio de mesa de cristal y plata que había entre ellos, Heller empezó a decir: , —Porque ésta es la casa que yo quiero, porque esta es la casa que siempre he querido. ¿Puede construirmela, hacer los planos y dirigir la construcción?

—Sí —contestó Roark.

—¿Cuánto tiempo le llevará, si empezamos en seguida?

—Unos ocho meses.

—¿Tendré la casa para fines de otoño?

—Sí.

—¿Exactamente igual al proyecto?

—Exactamente igual.

—Mire, yo no tengo idea de la clase de contrato que

se hace con un arquitecto y usted debe saberlo; así que le pido que haga uno y se lo lleve esta tarde a mi abogado para que lo apruebe.

—Sí.

Heller estudió al hombre que tenía sentado delante. Vio la mano que estaba sobre la mesa y su atención se centró sobre aquella mano. Vio los largos dedos, las articulaciones, las prominentes venas. Tenía la impresión que él no estaba empleando a aquel hombre, sino que él mismo era el que se le rendía.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Heller.

—Veintiséis. ¿Quiere alguna referencia?

—¡Diablos, no! Las referencias las llevo en el bolsillo. ¿Cómo se llama?

—Howard Roark.

—Mire —dijo, al par que escribía—. Le daré quinientos dólares a cuenta. Establezca su oficina o lo que necesite, y adelante.

Arrancó el cheque y se lo entregó a Roark, entre las yemas de dos dedos tiesos, apoyándose con el codo sobre la mesa y haciendo girar su mano en una curva.

Sus ojos se achicaron al sonreír a Roark y observarlo con aire interrogativo. Pero el gesto duro tuvo el significado de un saludo.

El cheque fue extendido a nombre de "Howard Roark, arquitecto".

X

Howard Roark abrió su propia oficina.

Estaba constituida por una gran sala situada en la parte superior de un viejo edificio y tenía una ancha

ventana que daba al tejado. Podía ver la orilla lejana del Hudson, con las pequeñas líneas de barcos que se movían y que él seguía con el dedo sobre los cristales.

Tenía una mesa, dos sillas y un gran tablero para dibujar. La puerta de entrada tenía escrito: "Howard Roark, arquitecto."

Estuvo en el *hall* un largo rato, contemplando las palabras. Después entró y cerró con un golpe la puerta, cogió de la mesa una regla T y la arrojó nuevamente, como si arrojase una ancla.

John Eric Snyte le hizo algunos cargos cuando Roark fue a la oficina a buscar los útiles de trabajo que había dejado. Snyte apareció en la sala de recibo y lo saludó cordialmente.

—Bien, Roark, ¿cómo está usted? Entre, quiero hablar con usted.

Y Snyte empezó a hablar en voz alta, mientras Roark estaba sentado delante de él.

—Mire amigo, espero que tendrá suficiente buen sentido como para no enfadarse conmigo por lo que yo dijera ayer. Ya sabe cómo fue: perdí la cabeza, y no por lo que hizo, sino por haberlo hecho sobre aquel proyecto...; bien, no importa. ¿Me guarda rencor?

—No, de ninguna manera.

—Desde luego que usted no ha sido echado. No me tomó en serio, ¿no es cierto? Puede volver a su trabajo en seguida.

—¿Para qué, señor Snyte?

—¿Qué me quiere decir con el para qué? Está pensando en la casa de Heller. No se lo habrá tomado en serio, ¿verdad? Vio cómo es; ese loco es capaz de cambiar de opinión sesenta veces en un minuto. Le daré la comisión; en realidad, no es tan sencillo como parece; las cosas no se hacen así.

—Ayer firmamos el contrato.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Eso es espléndido! Bueno, mire,

Roark, le voy a decir lo que vamos a hacer; tráigame el encargo del trabajo y yo le dejaré poner su nombre junto al mío: John Eric Snyte y Howard Roark, y nos repartiremos a medias los honorarios. Esto es una adición a sueldo y usted obtiene un aumento incidental. Después haremos el mismo arreglo con cualquier otro encargo que traiga. Dios mío, ¿de qué se está riendo?

—Perdóneme, señor Snyte. Lo siento.

—No creo que comprenda —dijo Snyte estupefacto—. ¿No ve usted? Es su seguro. No se independice todavía. Encargos como ése no van a caerle todos los días. Después ¿qué va a hacer? De esa manera tendrá un empleo fijo y se estará preparando para independizarse, si eso es lo que busca. En cuatro o cinco años estará dispuesto para trabajar por su cuenta. Ésa es la forma en que procede todo el mundo. ¿Me entiende?

—Sí.

—¿Está de acuerdo entonces?

—No.

—Pero, ¡Dios mío, qué hombre!, ha perdido su cabeza. ¿Establecerse solo ahora? Sin experiencia, sin relaciones, sin..., bien, sin nada de nada. Nunca he oído tal cosa. Pregúnteselo a cualquiera de la profesión y verá lo que le dice. ¡Es ridículo!

—Probablemente.

—Escuche, Roark, ¿no quiere escucharme?

—Le escucharé si usted quiere, señor Snyte; pero debo decirle que nada de lo que diga podrá cambiar mi resolución. Si eso no le importa, no tengo ningún inconveniente en escucharle.

Snyte siguió hablando un largo rato y Roark escuchó sin interrumpirle.

—Bueno, si es así, no espere que le tome de nuevo cuando se encuentre en la calle.

—No espero eso, señor Snyte.

—No espere que nadie de la profesión le tome de

nuevo después de que sepan lo que me ha hecho.

—Tampoco espero eso.

Durante unos días Snyte pensó en demandar a Roark y a Heller, pero no se decidió porque no existía ningún precedente, ya que Heller le había pagado su trabajo y la casa había sido, en realidad, diseñada por Roark, y porque nadie había demandado jamás a Austen Heller.

El primero que visitó a Roark en su oficina fue Peter Keating.

Entró sin avisar; una tarde atravesó la habitación y se sentó, sonriendo alegremente, extendiendo sus brazos en un ademán comprensivo.

—¡Bien, Howard! —dijo—. Imagínate esto. Hacía un año que no veía a Roark.

—¡Hola, Peter!

—¡Tu propia oficina, tu propio nombre, y todo! ¡Ya! ¡Imagínate!

—¿Quién te lo dijo, Peter?

—¡Oh, uno escucha las cosas! Te imaginarías que no iba a perder la pista de tu carrera, ¿verdad? Tú sabes que siempre he pensado en ti. Y está de más decirte que te felicito y que espero que te vaya lo mejor posible.

—No, no tienes que hacerlo.

—Tienes un lindo local. Claro y espacioso. No tan imponente como debería ser, quizá; pero ¿qué se puede pretender al principio? Y, además, las perspectivas son inciertas; ¿no es así, Howard?

—Completamente.

—Es un riesgo terrible el que corres.

—Probablemente.

—¿Estás realmente decidido a continuar con esto? Quiero decir, ¿por tu propia cuenta?

—Parece que sí.

Keating se sorprendía al experimentar aquella repugnante sensación de resentimiento, porque había ido con la esperanza de averiguar que todo era mentira;

con la esperanza de encontrar a Roark indeciso y deseando rendirse.

—Tú sabes, Roark, que admiro tu valentía. Realmente tengo mucha más experiencia y estoy mejor establecido en la profesión. No lo tomes a mal...; estoy hablando con objetividad, pero yo no me atrevería a tomar tal decisión.

—Claro que tú no la tomarías.

—De manera que has sido el primero en dar el salto. Muy bien. ¡Quién lo hubiera pensado! Te deseo toda la suerte del mundo.

—Gracias, Peter.

—Sé que tendrás éxito. Estoy seguro.

—¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy. ¿Tú no?

—No he pensado en eso.

—¿No has pensado en eso?

—No mucho.

—¿Así que no estás seguro, Howard? ¿No estás seguro?

—¿Por qué me preguntas eso con tanto interés?

— ¿Cómo? Porque... No, con curiosidad no, sino que, naturalmente, estoy interesado, Howard. Es un mal estado psicológico no tener seguridad ahora en tu situación. ¿Así que tienes dudas?

—Ninguna, completamente.

—Pero dijiste...

—Estoy completamente seguro de las cosas, Peter.

—¿Has pensado en conseguir el registro?

—Lo he solicitado.

—No tienes título. Eso te provocará dificultades en el examen.

—Probablemente.

—¿Qué vas a hacer si no obtienes la licencia?

—La obtendré.

—Bien; espero verte en la CAA. Me imagino que no

me despreciarás, porque tú serás miembro activo y yo sólo simpatizante.

—No ingresaré en la CAA.

—¿Qué dices? ¿Que no vas a ingresar? Eres elegible, ahora.

—Posiblemente.

—Te invitarán para que ingreses.

—Diles que no se molesten.

—¿Cómo!

—Tú sabes, Peter, que tuvimos una conversación análoga a ésta hace siete años, cuando tú tratabas de convencerme para que ingresara en tu asociación, en Stanton. No empieces otra vez.

—¿No vas a ingresar en la CAA cuando tienes una oportunidad para hacerlo?

—No quiero ingresar en ninguna parte; jamás.

—Pero ¿no te das cuenta de cuánto te ayudará eso?

—¿Para qué?

—Para ser arquitecto.

—No me gusta que me ayuden a ser arquitecto.

—Tú mismo te buscas dificultades.

—Lo sé.

—Te harás de enemigos si rehúsas tales invitaciones.

—De cualquier manera, ellos serán enemigos míos.

La primera persona a quien Roark comunicó la nueva fue a Henry Cameron. Roark se dirigió a Nueva Jersey al día siguiente de firmado el contrato con Heller. Llovía, y encontró a Cameron en el jardín, andando lentamente por las húmedas sendas, apoyándose con dificultad en el bastón. En el pasado invierno Cameron había hecho muchos progresos y podía caminar unas horas al día. Caminaba con esfuerzo, inclinando el cuerpo. Miraba los verdes retoños de la tierra, junto a sus pies. Levantaba el bastón a cada momento, afirmando sus piernas para sentirse seguro; con el

extremo del bastón tocaba un verde sin abrir y observaba cómo derramaba una gota que brillaba en el crepúsculo. Vio a Roark subir la colina y frunció el ceño. Había visto a Roark hacía solamente una semana, y como esas visitas significaban tanto para los dos, ninguno de ellos quería que fuesen demasiado frecuentes.

—¿Qué? —preguntó Cameron ásperamente—. ¿Qué quiere aquí otra vez?

—Tengo algo que decirle.

—Podía esperar.

—No lo creo.

—¿No?

—He abierto mi propia oficina. He firmado justamente mi primer contrato para edificar un edificio.

Cameron hizo girar su bastón, hundió el extremo en la tierra e hizo describir a la caña un amplio círculo; sus dos manos hacían presión sobre el punto del mismo; colocadas la palma de una sobre el dorso de la otra. Movía lentamente la cabeza, en ritmo con el movimiento, durante largo rato; los ojos cerrados. Después contempló a Roark y le dijo:

—Bueno; no se jacte de eso. —Y agregó—: Ayúdeme a sentarme.

Era la primera vez que Cameron pronunciaba esa frase; su hermana y Roark ya sabían, desde hacía tiempo, que la intención de ayudarlo a caminar era la única injuria prohibida en su presencia.

Roark lo asió por los codos y le condujo a un banco. Cameron preguntó con aspereza, mirando a lo lejos la puesta del sol:

—¿Qué? ¿Para qué? ¿Cuánto?

Escuchó en silencio el relato de Roark. Miró detenidamente el proyecto, asentado en el cartón rajado, con las líneas de lápiz sobre la acuarela. Después le hizo muchas preguntas sobre la piedra, el acero, los caminos,

los contratistas, el costo. No le felicitó ni hizo comentario alguno.

Sólo cuando Roark se iba le dijo de súbito:

—Howard, cuando abra su oficina tome instantáneas y muéstremelas.

Después meneó la cabeza con aire de culpabilidad y renegó:

—Me estoy poniendo viejo. Olvídelo.

Roark no contestó.

Tres días más tarde volvió.

—Usted va a acabar por convertirse en una molestia dijo Cameron.

Roark le entregó un sobre sin decir una palabra.

Cameron miró las instantáneas: la de la desamueblada oficina, la de la ventana amplia, la de la puerta de entrada. Dejó las otras y contempló la de la puerta de entrada durante largo tiempo.

—Bueno —dijo al fin—, he vivido para verlo. Dejó caer las instantáneas.

—No es exactamente como me lo imaginé —agregó—. No se hizo en la forma que yo lo hubiera deseado, pero se hizo. Es como las sombras de la tierra que algunos dicen que veremos en el otro mundo. Quizá sea como yo veo el resto. Estoy aprendiendo.

Recogió la instantánea.

—Howard —dijo—, mírela.

La sostuvo para que la vieses los dos.

—No dice mucho. Solamente: "Howard Roark, arquitecto"; pero es como esos lemas que los hombres grababan a la entrada de los castillos y por los cuales morían. Es un desafío a algo tan inmenso y tan oscuro, que todo el dolor de la tierra, ¿sabe cuánto sufrimiento hay en la tierra?, todo el dolor procede de ese algo que va a iniciar. No sé lo que es. No sé lo que desatará en contra suya. Sé sólo que será. Y sé qué si usted lleva estas palabras hasta el fin, tendrá la victoria. Howard, no

sólo para usted, sino también para eso que mueve al mundo y que nunca obtiene ningún reconocimiento. Vengará a muchos que han caído antes que usted, que han sufrido como usted sufrirá. Está en el camino de su infierno, Howard.

Roark subió por la senda que conducía a la cima de la roca donde la armazón de acero se levantaba hacia el azul del cielo. El esqueleto estaba terminado y se empezaba a distinguir el hormigón; los grandes enrejados de las terrazas colgaban sobre la sabana de plata del agua, que tremolaba abajo. Los fontaneros y los electricistas habían comenzado a colocar las instalaciones.

Miró los espacios cuadrados de cielo, delimitados por las líneas sutiles de las vigas y de las columnas, cubos vacíos de espacio que él había arrancado al cielo. Sus manos se movían involuntariamente rellenando en los planos las paredes futuras, circundando las futuras habitaciones. Una piedra saltó bajo su pie y fue rebotando cuesta abajo con resonantes notas que repercutían en el radiante aire veraniego.

De pronto vio una figura fornida que surgía entre una maraña de alambres eléctricos; una cara de perro de presa y unos ojos azules que gozaban en una especie de triunfo profano.

—Mike —dijo con incredulidad.

Mike había dejado un importante trabajo en Filadelfia, hacía meses, bastante antes de la aparición de Heller en la oficina de Snyte, pero no había oído las nuevas noticias, o al menos él así lo suponía.

—¡Hola! —dijo Mike, casi casualmente, y agregó—. ¡Hola, patrón!

—Mike, cómo...

—Usted es un arquitecto del diablo. ¡Olvidarse así del trabajo! Hace tres días que estoy aquí esperando que apareciera.

—Mike, ¿cómo llegó hasta aquí?

Nunca había sabido que Mike se rebajase a hacer trabajos en pequeñas residencias privadas.

—No se haga el tonto. Usted sabe cómo he llegado aquí. No pensaría que iba a olvidar su primera casa, ¿no? ¿Y cree que esto es rebelarse? Bien, quizá lo sea. A lo mejor es al revés.

Roark le tendió la mano y los sucios dedos de Mike se la estrecharon con fuerza, como si la tizne que, dejara impresa en la piel de Roark dijese todas las cosas que él quería decir. Y como temía decirlas, Mike agregó:

—Corra, patrón, corra. No entorpezca así el trabajo.

Roark recorría la casa. Había momentos en que podía ser preciso, impersonal y detenerse a dar instrucciones como si aquello no fuera su casa, sino tan sólo un problema matemático. Mientras veía grifos y remaches, su propia persona desaparecía.

Había momentos, cuando algo de su interior se elevaba —no un pensamiento o sentimiento, sino una ola de violencia física—, en que quería detenerse, echarse hacia atrás, para sentir la realidad de su ser realzado por la armazón de acero que ascendía oscuramente en la existencia de su cuerpo, como si fuese un centro. No se detenía. Continuaba con calma. Pero sus manos traicionaban lo que quería ocultar; sus manos se tendían lentamente hacia las vigas. Los trabajadores se habían dado cuenta de eso. Habían dicho: "Ese tipo está enamorado de la construcción. No puede tener las manos quietas."

Los obreros le querían. Los capataces de los contratistas, no. Le costó trabajo encontrar un contratista para levantar la casa. Varias de las mejores firmas habían rehusado el encargo. "Nosotros no hacemos esa clase de trabajo." "No, nosotros no nos molestaremos. Demasiado complicado para un trabajo sin importancia como ése." "¿Quién diablos quiere una

casa semejante? Probablemente nunca cobraremos nada de ese loco. Que se vaya al diablo." "Nunca hemos hecho nada semejante. No sabríamos cómo empezar. Nos dedicamos a la construcción que es construcción." Un contratista miró los planos rápidamente, los arrojó a un lado y, finalmente, dijo: "No se mantendrá en pie." "Se mantendrá", replicó Roark. El contratista, con indiferencia, pronunció un "¿Y quién es usted para decírmelo, señor?"

Encontró una firma insignificante que necesitaba trabajo, y que aceptó, cobrando más de lo justo, con el pretexto de que ellos realizaban un experimento estafalario. La construcción continuó y los capataces obedecieron de mal humor, desaprobando en silencio, como si estuvieran esperando que sus predicciones resultaran ciertas para alegrarse cuando la casa se derrumbase.

Roark compró un "Ford" viejo, y en él iba al trabajo; más veces de las necesarias. Le era difícil sentarse en la oficina; permanecer junto a la mesa haciendo esfuerzos para estar ausente del lugar de la construcción. Había momentos en que hubiera deseado olvidar su oficio y su tablero de dibujante para asir las herramientas de los obreros y trabajar en el levantamiento de la casa, con sus propias manos, como lo había hecho desde su infancia.

Recorría la construcción deteniéndose brevemente junto a montones de tablas y rollos de alambres; tomaba notas, daba órdenes breves con voz áspera. Evitaba dirigir la vista hacia donde estaba Mike, pero Mike lo observaba, siguiendo los progresos de la casa. Mike solía hacerle guiños de inteligencia cuando pasaba. Una vez le dijo:

—Domínese, amigo. Parece un libro abierto. ¡Dios mío, es indecoroso ser tan feliz!

De pie en la colina, junto a la construcción, Roark

contemplaba el paisaje, el camino real que como una cinta gris se curvaba a lo largo de la costa. Un automóvil abierto pasó cerca de él. El auto estaba repleto de personas que se habían reunido para una merienda campestre. Había una mezcla brillante de *sweaters* y chales, confundidos en el viento; una confusión de voces sin objeto que chillaban más que el bramido del motor, y forzados hipos de risa; una muchacha sentada a través con las piernas colgando a un lado, daba tirones salvajes a las cuerdas de un ukelele, arrancando sonidos roncós y dando alaridos: *Hey*. Gente que gozaba de un día de vida libre; habían trabajado y soportado su carga para arribar a una meta, y la meta era ésa.

Miró al auto pasar como un relámpago. Hay una diferencia —pensó—, una diferencia importante, entre la conciencia que él tenía de ese día y la que tenían ellos. Trató de asir esa diferencia, pero se le escapó. Un carro subía la colina cargado con brillante granito.

Austen Heller iba a ver la casa con frecuencia y observaba cómo crecía, curioso y un poco asombrado. Estudiaba a Roark y la casa con el mismo minucioso escudriñamiento; comprendía que, separados, no los podía descifrar. Heller, el luchador libre, se sentía desconcertado ante Roark, un hombre tan impermeable a la compulsión que acababa por resultar él mismo una especie de compulsión, un ultimátum contra cosas que Heller no podía definir.

En una semana Heller supo que había encontrado el mejor amigo que jamás había tenido, y supo que la amistad procedía de la indiferencia fundamental de Roark. En la realidad más profunda de la existencia de Roark no existía conciencia alguna de Heller ni necesidad de Heller ni llamamiento ni demanda. Heller percibía una línea tendida y comprendía que él no podía llegar más allá de ella. Roark no preguntaba ni concedía

nada. Pero cuando Roark le sonrió con aprobación, cuando Roark elogió uno de sus artículos, Heller sintió una alegría extraña y limpia que provenía de un juicio que no era ni soborno ni limosna. En los atardeceres de verano se sentaban juntos en el borde de la colina, a mitad de altura, y conversaban mientras la oscuridad iba cubriendo lentamente las vigas de la casa que se erguía sobre ellos, y los rayos últimos del sol abandonaban la cima de los aceros verticales.

—¿Podría saber qué es lo que tanto me gusta en la casa que está construyendo, Howard?

—Una casa puede tener una integridad, exactamente como la tiene una persona —dijo Roark—, y como raras veces ocurre.

—¿De qué manera?

—Mírela. Cada parte de ella está ahí porque la casa la necesita y no por otra razón. Desde aquí ve todo su interior. Las habitaciones en las cuales vivirá, le dieron la conformidad. La relación de las masas fue determinada por la distribución del espacio en el interior. El ornamento ha sido determinado por el método de construcción, es una acentuación del principio por el cual existe. Usted puede ver cada entidad, cada soporte que lo ostenta cuando contempla la casa. Sus propios ojos se dirigen a un proceso estructural; pueden seguir cada paso, verlo ascender; puede saber por qué ha sido hecha cada cosa y cómo. No obstante, habrá visto edificios con columnas que no sostienen nada, con cornisas sin propósito alguno, con pilastras, molduras, arcos falsos, falsas ventanas. Habrá visto edificios que parecen que no tuvieran nada más que un ancho vestíbulo con sólidas columnas y macizas ventanas de altura excepcional. Pero entra en ellos y se encuentra con seis pisos en el interior. O edificios que tienen un solo salón, pero con una fachada cortada en filas de pisos, hileras de ventanas. ¿Comprende la

diferencia que hay? Su casa está hecha de acuerdo con sus propias necesidades. Las otras están hechas con el propósito de causar impresión. El motivo determinante de las otras casas está en quienes las miran.

—¿Sabe que eso es lo que, a mi manera, yo también sentía? Pensaba que cuando me mudara a esta casa iba a sentir una nueva especie de existencia, y que hasta mi simple rutina diaria tendrá algo de honestidad o dignidad que no acierto a definir completamente. No se asombre si le digo que me doy cuenta de que tendré que armonizar con la casa.

—Así lo pensé —replicó Roark.

—Y, a propósito, gracias por la preocupación que se ha tomado por mi comodidad. Hay muchas cosas que no se me habían ocurrido, pero que usted las ha dispuesto como si conociese todas mis necesidades. Por ejemplo, el estudio es la habitación que más necesitaré, y usted le ha dado un lugar predominante tanto en el interior como en el exterior de la casa. Y la forma en que se unen la biblioteca y el *living room*, bien lejos de mi trabajo, lo mismo que las habitaciones de los huéspedes de los cuales no quisiera oír nada, y todo lo demás. Ha sido muy considerado conmigo.

—Sepa —contestó Roark— que no he pensado en usted para nada; solamente he pensado en la casa —y agrego—: Quizá por eso haya sido tan considerado con usted.

La casa de Heller quedó terminada en noviembre de 1926.

En enero de 1927, la *Architectural Tribune* publicó un examen de los mejores hogares estadounidenses construidos durante el año que había transcurrido. Dedicó doce amplias páginas de papel satinado a las fotografías de veinticuatro hogares que los directores habían elegido como los trabajos arquitectónicos más dignos. La casa de Heller no fue mencionada.

Los diarios de Nueva York publicaban cada domingo, en la sección dedicada a los bienes raíces, breves referencias de las nuevas residencias más notables de la región. No hubo ninguna referencia a la casa de Heller.

El Anuario de la Corporación de Arquitectos de América, que exponía magníficas reproducciones de las que elegía como los mejores edificios del país, bajo él "Piense en el porvenir", no dio ninguna información acerca de la casa de Heller.

En muchas ocasiones los conferenciantes subían a las tribunas y se dirigían a públicos elegantes para hablarles de los progresos de la arquitectura americana, pero ninguno habló de la casa de Heller.

En los salones del club "CAA" se expresaron algunas opiniones. "Es una desgracia para el país —dijo Ralston Holcombe— que se permita construir una cosa semejante a la casa de Heller. Es una mancha para la profesión. Debería haber una ley que lo prohibiera."

"Eso es lo que ahuyenta a los clientes —dijo John Eric Snyte—. Ven una casa como ésa y piensan que todos los arquitectos estamos locos."

"No veo motivo para indignarse —dijo Gordon L. Prescott—. Yo creo que es tremendamente curioso, parece una mezcla de una estación de servicio y la idea de una historieta cómica de un cohete que va a la Luna."

"Esperen un par de años —dijo Eugenio Pettingill—, y verán lo que sucede. La casa se derrumbará como un castillo de naipes."

"¿Por qué hablar de años? —dijo Guy Françon—. Estas proezas modernistas no duran más que una estación. El propietario se cansará bien pronto de ella y vendrá corriendo en busca de un buen estilo colonial."

La casa de Heller adquirió fama en los alrededores. La gente se desviaba del camino principal para seguir el que pasaba por delante de ella, para contemplarla,

señalarla con el dedo y reírse. Los muchachos de la estación de servicio se reían tontamente cuando pasaba el auto de Heller. La cocinera de Heller no podía soportar las miradas burlonas de los tenderos cuando salía por los encargos. La casa de Heller era conocida en todo el vecindario como "El Manicomio".

Peter Keating les dijo a sus amigos de profesión, con sonrisa indulgente: "Cuidado, cuidado, no digan eso de él. Yo conozco a Howard Roark desde hace mucho tiempo y sé que tiene, bastante talento. Hasta trabajó para mí una vez. Solamente que se ha equivocado con esa casa. Ya aprenderá. Tiene porvenir... ¿No creen ustedes que lo tiene? ¿No creen que tiene realmente porvenir?"

Ellsworth Toohey, que no dejaba de comentar cualquier piedra que se levantase en el suelo de los Estados Unidos, ignoraba, al menos en lo que concernía a su sección, que la casa de Heller había sido construida. Consideró que era innecesario informar a sus lectores, ni siquiera para censurarla. No dijo nada.

XI

En la primera página del *Banner* aparecía diariamente una sección titulada "Observaciones y meditaciones", por Alvah Scarret. Era una guía de confianza, una fuente de inspiración y un modelo de filosofía común para las pequeñas ciudades del país. En dicha sección había aparecido, hacía años, la famosa declaración: "Estaríamos mucho mejor si nos olvidásemos de las nociones estúpidas de nuestra elegante civilización y atendiésemos más a lo que los

salvajes sabían mucho antes que nosotros: honrar a nuestra madre."

Alvah Scarret era soltero, había logrado reunir dos millones de dólares, jugaba al golf muy bien y era director de los diarios de Wynand.

Fue Alvah Scarret el que concibió la idea de una campaña contra las condiciones de vida de los barrios pobres, contra "Los propietarios tiburones", que se publicó en el *Banner* durante tres semanas. Este material daba mucho gozo a Alvah Scarret. Tenía inclinaciones humanitarias y preocupaciones sociales. Colocaba en el suplemento literario del domingo fotografías de muchachas que saltaban en los ríos y que ostentaban sus faldas sobre las rodillas, lo que aumentaba mucho la circulación. Desconcertó a los "tiburones" que poseían grandes extensiones de terreno en East River y que fueron elegidos como ejemplo deplorable de la campaña. Los tiburones habían rehusado vender esas manzanas a una compañía de bienes raíces desconocida y al final de la campaña se rindieron y las vendieron. Nadie pudo probar que la compañía de bienes raíces dependía de un consorcio del cual Wynand era el principal accionista.

Los diarios de Wynand no podían pasar mucho tiempo sin hacer alguna campaña. Recientemente habían terminado una sobre la aviación moderna y habían pasado revista a los relatos científicos de la historia de la aviación en el suplemento dominical para las familias, con reproducciones que se extendían desde las máquinas de volar de Leonardo de Vinci hasta los últimos aviones de bombardeo, a lo cual se agregó, como atracción, a Ícaro, retorciéndose en llamas escarlatas, desnudo de cuerpo, de color azul-verdoso, las alas de cera amarilla y púrpura humeante; también se incluyó a una bruja leprosa, con ojos de llama y una bola de cristal, que había predicho, en el siglo XI, que

los hombres volarían, y luego murciélagos, vampiros y los seres que se transformaban en lobos.

Establecieron un concurso de modelos de aeroplanos para todos los niños, menores de diez años, que enviaran tres nuevos suscriptores al *Banner*.

Gail Wynand, que tenía título de piloto, hizo un vuelo solo desde Los Ángeles hasta Nueva York, estableciendo una marca de velocidad, en un pequeño aparato hecho especialmente para él y que costaba cien mil dólares. Cometió un pequeño error al llegar a Nueva York, y se vio obligado a aterrizar en un terreno rocoso; fue un aterrizaje arriesgado, magistral. Fue una casualidad que una batería de fotógrafos del *Banner* estuviese presente en el vecindario. Gail Wynand salió del aeroplano. Un as de la aviación se hubiera conmovido con aquella experiencia. Gail Wynand se encontró ante la cámara, con un immaculado jasmín en el ojal de la solapa y una mano en alto sosteniendo un cigarrillo entre los dedos. Cuando se le preguntó por el primer deseo que tenía al regresar a la tierra, dijo que quería besar a la más atractiva de las mujeres presentes y eligió a la más desaliñada vieja de la multitud. Se inclinó para besarla, gravemente, en la frente y comentó que le recordaba a su madre.

Después, cuando empezó la campaña de los barrios pobres, Gail Wynand dijo a Alvah Scarret: "Continúe. Saque a relucir todo lo que pueda de esas cosas", y partió en un yate para hacer un crucero por el mundo, acompañado por una encantadora aviadora de veinticuatro años a la cual le había regalado su aeroplano transcontinental.

Alvah Scarret continuó. Entre muchos otros pasos de su campaña, le confió a Dominique Françon la misión de investigar las condiciones de los hogares en los barrios bajos pobres para acumular material humano.

Dominique Françon acababa de regresar de su

veraneo en Biarritz. Siempre se tomaba íntegras las vacaciones de verano, y Alvah Scarret se las concedía, porque era una de sus empleadas favoritas, porque le desconcertaba y porque sabía que podía abandonar el puesto cuando quisiese.

Dominique Françon fue a vivir dos semanas en un alojamiento de East Side. La habitación tenía una claraboya, pero no ventanas. Había cinco tramos de escalera para subir y no había agua corriente. Se hacía su propia comida en la cocina de una familia numerosa del piso de abajo, visitaba al vecindario, se sentaba en el descanso de la escalera de incendio, por las tardes, e iba a cines de diez centavos con las muchachas del barrio.

Llevaba faldas y blusas deshilachadas. La fragilidad anormal de su aspecto habitual daba la sensación de que había enflaquecido a causa de la privación en aquellos barrios; los vecinos creían que estaba tuberculosa, pero se movía como lo hubiera hecho en la sala de recibo de Kiki Holcombe, con el mismo frío talante y la misma seguridad. Fregaba el suelo, mondaba patatas y se bañaba con agua fría en un recipiente *de*, hojalata. Nunca había hecho cosas así, pero las hacía con maestría. Tenía una capacidad para la acción, una competencia que contrastaba con su aspecto. No se preocupaba de la nueva situación: era indiferente a los barrios pobres como había sido indiferente a las salas de recibo de las mansiones.

Después de dos semanas retornó a su departamento situado en la terraza de un hotel que daba al Central Park. Sus artículos sobre la vida de los barrios pobres aparecieron en el *Banner*. Eran relatos brillantes y despiadados.

Escuchó preguntas contradictorias en una comida: "Querida, ¿escribiste esas cosas en realidad?" "¿Viviste en estos sitios, Dominique?" "¡Oh, sí!", respondió ella. "La casa que usted tiene en la calle Doce Este, señora

Palmer —decía mientras su mano daba vueltas perezosamente bajo el aro de una pulsera de esmeraldas, demasiado ancha y demasiado pesada para su delgada muñeca—, tiene una cloaca que se obstruye a cada dos por tres y se desborda todo sobre el patio. Parece azul y púrpura al sol, como un arco iris." "La manzana de la sucesión Claridge que usted administra, señor Brooks, tiene las estalactitas más atractivas que puedan crecer en un cielo raso", decía inclinando su cabeza de oro sobre una guirnalda de blancos jazmines, con gotas de agua que brillaban sobre los pétalos.

—Le pidieron que hablase en un mitin social. Era un mitin importante, organizado por algunas de las mujeres más prominentes en esas actividades. Alvah Scarret estaba encantado y le dio su asentimiento."Vaya, muchacha. Pegue fuerte. Queremos mucho a las organizadoras." Estaba en la tribuna, en un salón sin ventilación, y contemplaba una masa de caras insulsas, caras ávidamente interesadas con el sentimiento de su propia virtud. Habló monótonamente, sin inflexiones. Entre muchas otras cosas, dijo: "La familia del primer piso, en la parte de atrás, no se preocupa de pagar el alquiler y los chicos no pueden ir a la escuela por carecer de ropa. El padre debe una cuenta en la taberna clandestina de la esquina. Tiene buena salud y buen trabajo... El matrimonio del segundo piso acaba de comprar una radio de sesenta y nueve dólares con noventa y cinco centavos, al contado. En el cuarto piso el padre no ha trabajado un día entero en toda su vida y no piensa hacerlo. Tiene nueve hijos que son ayudados por la parroquia local. Y está por nacer el décimo..." Cuando terminó, hubo unos pocos aplausos irritados. Levantó una mano y dijo: "No tienen por qué aplaudir. No lo esperaba. —Y añadió cortésmente—: ¿Tienen que hacer algunas preguntas?" No hubo ninguna pregunta.

Cuando volvió a su casa encontró a Alvah Scarret

que la esperaba. Su enorme cuerpo reposaba sobre una frágil silla, y miraba indiscretamente la habitación. Era como una gárgola gibosa frente a la ciudad, que se extendía más allá de la sólida pared de vidrio. La ciudad parecía un cuadro mural diseñado para iluminar y completar la habitación; las frágiles líneas de los capiteles en un cielo oscuro parecían prolongar las líneas de los muebles; las luces brillaban en las ventanas distantes, arrojando reflejos sobre los suelos, desnudos y lustrosos; la fría precisión de las construcciones angulares externas era una réplica a la fría, inflexible gracia de cada uno de los objetos del interior. Alvah Scarret rompía la armonía. Parecía un bondadoso médico de campaña y al mismo tiempo un jugador fullero. Su pesado rostro tenía una sonrisa benevolente y paternal que siempre había constituido su llave maestra y su marca de fábrica. Tenía el don de aumentar la bondad de su sonrisa sin disminuir su solemne apariencia de dignidad; la nariz, larga, delgada, ganchuda, no disminuía su bondad, pero le agregaba dignidad; el vientre que le caía sobre las piernas, no disminuía su dignidad y le agregaba bondad.

Se levantó rozagante de alegría y le dio la mano a Dominique.

—Pensé visitarla mientras iba a casa. Tengo algo que decirle. ¿Cómo le fue, muchacha?

—Como esperaba. —Se quitó el sombrero y lo arrojó sobre la primera silla. Su cabello se derramó por la espalda, suave y terso, parecido a metal bruñido. Fue hacia la ventana, se detuvo para contemplar la ciudad. Preguntó sin volverse—: ¿Qué quería decirme?

Alvah Scarret la observaba con placer. Había desistido, desde hacía tiempo, de todo lo que fuera mas allá de tenderle la mano cuando no era necesario o de palmearle la espalda. Había dejado de pensar en eso, pero tenía un sentimiento vago, semiinconsciente, que

se podía resumir en estas palabras: "Uno nunca sabe."

—Tengo buenas noticias para usted, chica. He estado trabajando en un proyecto; se trata de organizar una sección donde se podrían reunir un grupo de cuestiones del Departamento de Bienestar de las Mujeres; las escuelas, la economía doméstica, el cuidado de los nenes, los menores delincuentes, y todo el resto de eso debe estar bajo la dirección de una sola cabeza. Y no veo ninguna mujer mejor para eso que mi muchachita.

—¿Se refiere a mí? —preguntó ella sin volverse.

—Ninguna mejor que usted. En cuanto vuelva Gail obtendré su aprobación.

Ella se volvió y lo miró. Tenía los brazos cruzados y con las manos se asía los codos.

—Gracias, Alvah, pero no lo quiero.

—¿Qué quiere decir con que no lo quiero?

—Quiero decirle que no lo quiero.

—Por el amor de Dios, debe comprender el adelanto que significa para su carrera.

—Nunca he dicho que estuviera haciendo una carrera.

—Pero supongo que no querrá eternizarse en una insignificante sección de la última página.

—Eternizarme, no. Hasta que me canse.

—Pero piense en lo que realmente podría hacer en el verdadero oficio. Piense en lo que Gail podría hacer por usted una vez que le llamase la atención.

—No tengo deseos de llamarle la atención.

—Pero, Dominique, nosotros la necesitamos. Las mujeres estarán unánimemente con usted después de lo de esta noche.

—No lo creo así.

—¿Por qué? He ordenado dos columnas para la crónica del mitin y de su discurso.

Ella se acercó al teléfono y le entregó el receptor.

—Es mejor que les diga que la supriman.

—¿Por qué?

Buscó sobre la mesa entre un desorden de papeles y encontró unas hojas escritas a máquina y se las entregó.

—Aquí está el discurso que pronuncié hoy.

Él dio una ojeada. No dijo nada, pero arrugó la frente. Después, por teléfono, dio órdenes de que se hiciera un resumen del mitin, tan breve como fuese posible, sin mencionar el nombre de la oradora.

—Está bien —dijo Dominique cuando él colgó el receptor—. ¿Estoy despedida?

Alvah sacudió la cabeza tristemente.

—¿Usted lo quiere?

—No necesariamente.

—Yo callaré el asunto —murmuró—. No le diré nada a Gail.

—Como quiera. A mí no me importa que sea de una manera u otra.

—Escuche, Dominique: ¡oh, no crea, no voy a hacerle preguntas! Solamente, ¿por qué diablos hace semejantes cosas?

—No tengo ninguna razón particular.

—Mire, he oído algo de la cena alegre durante la cual hizo algunas observaciones sobre el mismo tema. Y después va y dice cosas como éstas en un mitin radical. ¿Acaso había alguna razón para hacer lo que ha hecho?

—No, ninguna; pero me divertía.

—No puedo comprenderla. Va muy bien; hace trabajos brillantes, y justamente cuando está a punto de dar un verdadero paso hacia delante lo echa a perder con tonterías como ésta. ¿Quiere decirme, como amigo, porque la quiero y estoy interesado por usted, qué busca con eso?

—Nada absolutamente.

Él tendió las manos abiertas, alzando los hombros para expresar lo inevitable. Ella se sonrió con alegría.

—¿Qué hay de triste en esto? Yo lo estimo, Alvah, y me intereso por usted, y me gusta hablar con usted, lo que es mejor. Ahora siéntese tranquilo y descanse; traeré algo de beber. Le hace falta tomar algo.

Trajo un vaso escarchado con flotantes cubos de hielo.

—Usted es una chica deliciosa, Dominique.

—Naturalmente.

Sentóse en el borde de la mesa, colocó las manos detrás de ella, extendidas sobre la mesa, inclinóse hacia atrás, apoyándose en los brazos tiesos y columpiando lentamente sus piernas.

—Mire, Alvah; sería terrible que yo tuviese un empleo que realmente me gustase.

—Fíjese en lo que habla, en las tonterías que dice.

—No es tontería. Sería terrible tener un puesto que me gustara y que no quisiese perder.

—¿Por qué?

—Porque tendría que depender de usted. Usted es una persona excelente, pero no es lo que se llama un inspirador y no creo que fuera muy hermoso verle con un látigo en la mano. ¡Oh, no proteste! Sería tal vez un latiguillo cortés, y eso lo haría más feo. Usted tendría que depender de nuestro patrón, Gail, un gran hombre quizás, aunque preferiría no poner nunca los ojos en él.

—¿Por qué adopta esa actitud? ¿Acaso no sabe que tanto Gail como yo haríamos cualquier cosa por usted, y yo personalmente...?

—No es solamente eso, Alvah. No es sólo usted. Si yo encontrase un trabajo, un proyecto, una idea o una persona que me gustase, tendría que depender de todo el mundo. Las cosas se ensamblan unas con otras. Todos estamos en una red, la red nos acecha y atrapa. Usted quiere una cosa que para usted es preciosa. ¿Sabe quién está dispuesto a arrancársela de sus manos? No lo puede saber; quizá sea algo más enmarañado y lejano; pero

alguien está listo, y usted teme a todos. Adula, se arrastra, ruega y los acepta tan sólo para que le permitan conservarla. Y así tiene que aceptar a todos.

—Si no me equivoco, está criticando a la Humanidad en general...

—Nuestra idea del género humano es una cosa muy peculiar. Todos tenemos una especie de cuadro vago y brillante, y, cuando hablamos de esto, pensamos en algo solemne, grande e importante. Pero, en realidad, lo que conocemos se reduce a las personas que conviven con nosotros. Mírelas. ¿Conoce usted alguna por quien sentiría algo grande y solemne? Lo único que hay son amas de casa que regatean con los vendedores ambulantes, muchachos traviosos que escriben palabras obscenas en las aceras, y borrachos. O sus equivalentes espirituales. En efecto, una puede sentir algún respeto por la gente que sufre. Tiene cierta dignidad. Pero ¿las ha contemplado alguna vez cuando se divierten? Entonces ve la verdad, fíjense cómo gastan el dinero que han ganado trabajando como esclavos en parques de diversiones y en espectáculos secundarios. Mire a los ricos, que tienen todo el mundo a su disposición. Observe lo que escogen para divertirse. Obsérvelos en las tabernas clandestinas más elegantes. Ésa es su Humanidad en general. No quiero ni hablar de ella.

—Pero, ¡diablos!, no es ésa la manera de considerarla... Tampoco es el cuadro definitivo. Hay algo bueno en el peor de nosotros. Siempre hay un aspecto redimible.

—Tanto peor. Es un espectáculo poco edificante ver un hombre que realiza un gesto heroico y después descubrir que se va al vodevil para descansar. O ver un hombre que ha pintado una tela magnífica y saber que emplea su tiempo durmiendo con la primera mugrienta que encuentra.

—¿Qué quiere usted? ¿Perfección?

—...o nada. En fin, como ve, no quiero nada.

—Eso no tiene sentido.

—Siento el único deseo que uno puede realmente permitirse. Libertad, Alvah, libertad.

—¿A eso le llama libertad?

—No pedir nada. No esperar nada. No depender de nada.

—¿Y si usted encontrara algo que quisiera?

—No lo encontraría. Preferiría no verlo. Sería una parte de ese hermoso mundo suyo, y tendría que compartirlo con el resto, y no querría. Ha de saber que nunca vuelvo a abrir un gran libro que he amado. Me duele pensar en los otros ojos que lo han leído. Cosas como éstas no pueden ser compartidas.

—Dominique, es anormal tener sentimientos tan fuertes por cosas así.

—Es la única manera que tengo de sentir. O no sentir nada.

—Querida Dominique —dijo con serio y sincero interés—, querría haber sido su padre. ¿Qué clase de tragedia tuvo en su infancia?

—¿Por qué? Ninguna, absolutamente. Tuve una infancia maravillosa. Libre y tranquila y sin ser molestada por nadie. Bueno, a menudo me sentía aburrida. Pero estoy acostumbrada.

—Supongo que usted es un desdichado producto de nuestros tiempos. Siempre lo he dicho. Somos demasiado cínicos, demasiado decadentes. Si volviéramos con toda humildad a las virtudes sencillas...

—Alvah, ¿cómo puede decir esas tonterías? Eso está bien para sus editoriales y... —Se detuvo a mirar aquellos ojos que parecían un poco perplejos y un poco ofendidos. Después ella se rió—. Es agradable hablar con usted. Sabrá que los pueblos primitivos hacían estatuas de sus dioses a semejanza de los hombres.

Piense exactamente a qué se parecería una estatua suya, con su desnudez, su vientre...

—¿Qué tiene que ver con todo eso?

—Nada, en absoluto, querido. Perdóneme. —Hizo una pausa y agregó: Ha de saber que me gustan las estatuas de los hombres desnudos. No se haga el tonto. He dicho estatuas. Tengo una en particular, que se supone sea de Helios. La saqué de un museo de Europa. Tuve una terrible dificultad para sacarla. No estaba a la venta, por supuesto. Yo creo que estaba algo enamorada. La traje a casa conmigo.

—¿Dónde está? Me gustaría ver algo que le guste.

—Está rota.

—¿Rota? ¿Una pieza de museo? ¿Cómo pasó eso?

—La rompí.

—¿Cómo?

—La tiré.

—¿Está totalmente loca? ¿Por qué?

—Para que nadie más la viera.

—¡Dominique!

Sacudió la cabeza como para descartar el tema. La masa de sus cabellos se agitó en pesada onda; era como una ola en una laguna de mercurio.

—Lo siento, querido —dijo—; no quise impresionarle. Pensé que podía hablarle así, porque usted es la única persona impermeable a cualquier clase de impresión. No debería haberlo hecho. No vale la pena. —Saltó ágilmente de la mesa—. Váyase corriendo a su casa, Alvah. Se está haciendo tarde. Estoy cansada. Hasta mañana.

Guy Françon leyó los artículos de su hija; oyó las observaciones que había hecho en la recepción y en el mitin. No entendió nada absolutamente, pero se daba cuenta que todo eso podía esperarse de ella, su recuerdo

siempre le traía un confuso sentimiento de aprensión que le oprimía la mente. Se preguntó si odiaba, en realidad, a su hija.

Pero, al punto, un cuadro volvió a su mente, con tenacidad, como ocurría siempre que se hacía la misma pregunta. Era un cuadro de la infancia de su hija, en un día ya hacía mucho de eso, un verano olvidado en su posesión de Connecticut. El resto de lo que había ocurrido aquel día lo había olvidado, lo mismo que lo que le había llevado a pensar en el instante que recordaba. Se veía en la terraza, y a ella saltando un verde y alto arco que estaba al final del césped.

El cerco parecía demasiado alto para su pequeño cuerpo, pero acababa de pensarlo cuando, de pronto, la vio saltando sobre la verde barrera. No podía recordar el principio y el fin del salto. Pero, sin embargo, veía claro y con precisión, como la imagen de un film recortado e inmovilizado para siempre, el instante único, cuando el cuerpo estaba suspendido en el espacio, con las largas piernas extendidas a lo ancho, los delgados brazos en alto, las manos braceando en el aire, el vestido blanco y el cabello rubio extendido en dos grandes trenzas al viento; durante un solo momento el relámpago de un cuerpo pequeño en el estallido de libertad estática más grande que hubiese presenciado en su vida.

No sabía por qué aquel momento le quedó grabado, qué significado oculto lo conservó cuando otros más importantes se habían perdido. No sabía qué tenía que ver aquel momento, que siempre aparecía cuando sentía amargura por su hija, ni por qué, recordándolo, tenía ese insoportable acceso de ternura. Pensó, simplemente, que su cariño paternal se estaba imponiendo a su voluntad.

Pero quería ayudarla, de una manera embarazosa, irreflexiva. No sabía, no quería saber por qué ella necesitaba ser ayudada.

De manera que empezó a tener más consideración

hacia Peter Keating. Empezó por aceptar una solución que nunca había admitido, y presumió que la integridad, simple y estable, de Keating era el preciso soporte que necesitaba para la inconstancia enfermiza de su hija. Keating no quería ver otra vez a Dominique sin resultado. Françon le había dado el número de teléfono hacía tiempo y él la había llamado a menudo. Ella le contestaba y se reía gozosa; le contestaba que hubiese deseado verlo, que sabía que no podía escaparse de él, pero que estaba muy ocupada en aquellos días y que la llamase el primero del mes próximo.

Françon suponía todo esto. Le dijo a Keating que invitaría a Dominique a comer y los reuniría nuevamente.

—Esto es —agregó—, trataré de invitarla. Rehusará, desde luego.

Nuevamente Dominique lo sorprendió porque en seguida aceptó la invitación con alegría.

Se encontró con ellos en el restaurante y sonrió como si se tratase de una reunión que estaba ansiando. Habló alegremente, y Keating se sintió encantado y cómodo y le llamó la atención el hecho de que siempre la hubiese temido. Después de media hora, le dijo a Françon, mirándole:

—Ha sido maravilloso que te molestases para verme, papá, en particular cuando estás tan ocupado y tienes que ver a tanta gente.

El rostro de Françon asumió un aspecto de consternación.

—Dios mío, Dominique, tú me haces recordar...

—¿Te has olvidado de alguna cita que tenías? —dijo ella con amabilidad.

—¡Caramba! Se me había pasado completamente. El viejo Andrés Colson me telefoneó esta mañana y me olvidé de anotararlo, e insistió en verme a las dos; ya sabes cómo es él. Yo no puedo negarme a verle.

¡Caramba!, justo hoy... ¿Cómo lo supiste?

—Qué sé yo; no sabía nada. Es perfectamente natural, papá. El señor Keating y yo te excusaremos y tendremos una agradable comida los dos. No tengo ninguna cita en todo el día, de manera que no temas que me escape.

Françon se preguntó si ella sabría que la excusa había sido preparada de antemano para dejarla sola con Keating. No podía estar seguro. Ella le miraba fijamente; sus ojos parecían demasiado cándidos. Estaba encantado de poder huir.

Dominique se volvió hacia Keating con una mirada tan gentil que no podía significar otra cosa que desprecio.

—Ahora, descansemos —dijo—. Ambos sabemos lo que busca papá, después de todo; de manera que está perfectamente bien. No se desconcierte por eso. A mí no me desconcierta. Está muy bien que usted tenga sujeto a papá con una cadena. Pero sé que para usted no es muy ventajoso que él tire de ella. Así que olvidémoslo y comamos.

Peter hubiera querido levantarse y salir, pero se dio cuenta, con furiosa decepción, de que no podía. Ella agregó:

—No me mire con ese ceño, Peter. Es mejor que me llame Dominique, porque, de todos modos, llegaremos a ello, tarde o temprano. Probablemente lo veré a menudo; yo veo a mucha gente, y si a papá le gusta que usted sea uno de ellos, ¿por qué no?

Durante el resto de la comida le habló como a un buen amigo, alegre y con franqueza, con candor inquietante que parecía demostrar que no tenía nada que ocultar; pero mostraba también que era mejor no investigar. La exquisita benevolencia de sus maneras insinuaba que aquella relación no tenía consecuencias posibles, pero que tampoco le daría un tributo de

hostilidad. Él se dio cuenta de que ella le desagradaba violentamente, pero observaba la forma de su boca, los movimientos de sus labios cuando emitían las palabras; observaba la manera de cruzar las piernas, suave y exactamente, como si se desplegara un costoso instrumento, y no pudo ahuyentar el sentimiento de ingenua admiración que experimentó cuando la vio por primera vez.

Cuando se levantaron para irse, ella dijo:

—¿Irás conmigo al teatro esta noche, Peter? No importa lo que den, cualquier cosa que den es lo mismo. Vaya a buscarme después de cenar. Dígaselo a papá; a él le gustará.

—Aunque, después de todo, tendría que estar todo menos contento —dijo Keating—, y yo también; pero me gustará lo mismo, Dominique.

—¿Por qué no ha de estar satisfecho?

—Porque usted no tiene ganas de ir al teatro ni de verme esta noche.

—Nada de eso. Empiezo a quererle, Peter. Vaya a buscarme a las ocho y media.

Cuando Keating volvió a la oficina, Françon lo llamó en seguida.

—¿Qué? —preguntó Françon con ansiedad.

—¿Qué pasa, Guy? —respondió Keating, haciéndose el desentendido—. ¿Por qué está tan preocupado?

—Estoy..., estoy francamente preocupado por saber si los dos pueden llegar a entenderse. Creo que usted sería una buena influencia para ella. ¿Qué sucedió?

—Nada, absolutamente. Pasamos muy bien el tiempo. Usted conoce sus restaurantes. La comida era maravillosa... ¡Oh, además esta noche voy a llevar a su hija al teatro!

—¿Cómo ha conseguido eso? Keating se encogió de hombros.

—Ya le dije que no se debe temer a Dominique.

—Yo no la temo, pero... Conque ¿Dominique..., ya...? Mi enhorabuena, Peter... Yo no la temo, solamente que no la puedo descifrar. Ninguno puede acercársele. Nunca ha tenido una sola amiga, ni siquiera en el parvulario. Siempre la rodea una multitud, pero nunca una amiga. No sé qué pensar. Así está viviendo, ahora, completamente sola con una multitud de hombres alrededor y...

—Vamos, Guy. No debe pensar nada deshonesto acerca de su propia hija.

—No lo pienso, eso es precisamente lo que me molesta..., que no lo pienso. Querría, pero no puedo. Pero ella tiene veinticuatro años y es honesta, lo sé, estoy seguro. ¿No puede usted darse cuenta con sólo mirar a una mujer? No soy moralista, pero creo que esto es anormal. No es natural, a su edad, con su aspecto, con la clase de vida completamente despreocupada que lleva. Ruego a Dios que se case. Lo deseo con toda honradez. Bueno, ahora no vaya a repetir esto, claro está, y no lo interprete mal; no he querido hacerle una invitación.

—Desde luego que no.

—¡Ah!, de paso, Peter..., llamaron del hospital mientras usted estaba ausente. Dijeron que el pobre Lucio está mucho mejor. Piensan que saldrá bien.

Lucio N. Heyer había tenido un ataque, y Keating había demostrado muchísimo interés por su mejoría, pero no había ido a visitarle al hospital.

—Me causa mucha alegría —contestó.

—Pero no creo que pueda volver a trabajar. Se está poniendo viejo, Peter... Sí, se está poniendo viejo... ¡Uno llega a cierta edad y ya no puede preocuparse más de los negocios!

Keating se sentó cerca de los troncos artificiales de la chimenea, en el *living room*, abrazándose las rodillas

y escuchando las preguntas que le hacía su madre sobre cómo era Dominique, qué ropa usaba, qué le había dicho y cuánto dinero suponía que le había dejado su madre.

Veía a Dominique con frecuencia. Aquella noche acababa de llegar de un recorrido por los clubs nocturnos con ella. Ella aceptaba siempre sus invitaciones y él se preguntaba si eso era una prueba deliberada de que le hacía menos caso viéndolo a menudo que si rehusase verlo. Pero cada vez que la veía, Keating hacía ansiosos planes para la nueva entrevista.

Hacía un mes que no veía a Catherine. Estaba ocupada en un trabajo de investigación que serviría de base a una serie de conferencias y que le había sido encargado por su tío.

La madre de Keating estaba sentada bajo la lámpara, remendando un rasgón en el forro del smoking, y le reprochaba, entre las preguntas, por sentarse en el suelo con sus pantalones de etiqueta y su mejor camisa. Él no atendía los reproches ni las preguntas; pero bajo aquel fastidio sintió una extraña sensación de alivio, como si la corriente obstinada de sus palabras fuera avanzando y justificándolo. Contestaba de vez en cuando: "Sí... No... No sé... ¡Oh, sí, es hermosa! ¡Es muy hermosa...! Es terriblemente tarde, mamá. Estoy cansado. Quiero acostarme..."

El timbre de la puerta sonó.

—¡Caramba! —dijo la señora Keating—. ¿Quién puede ser a esta hora?

Keating se levantó y, encogiéndose de hombros, se dirigió a la puerta.

Era Catherine. Entre las manos sostenía una cartera vieja y deformada. Miró con decisión y duda al mismo tiempo. Se echó un poco hacia atrás.

—Buenas noches, Peter. ¿Puedo entrar? Tengo que

hablarte.

—¡Katie! ¡Naturalmente! ¡Qué gentil! Entra, entra...
Mamá, es Katie.

La señora Keating se fijó en los pies de la muchacha, que se movían como si caminase por la cubierta de un barco que se balanceaba, miró a su hijo y se dio cuenta de que había ocurrido algo que debía de ser objeto de precaución.

—Buenas noches, Catherine —contestó con suavidad.

Keating no tenía conciencia de otra cosa más que de la súbita alegría que había experimentado al verla; la alegría le dijo que nada había cambiado, que estaba a salvo, con seguridad, y que su presencia resolvía todas las dudas. Dejó de sorprenderse por lo avanzado de la hora y por la inesperada aparición de Katie.

—Buenas noches, señora Keating —dijo ella con voz brillante y hueca—. Espero no molestarla. Probablemente será tarde, ¿no?

—¡De ninguna manera, chica! —respondió la señora Keating.

Catherine se apresuró a hablar:

—Me quitaré el sombrero... ¿Dónde puedo ponerlo, señora? ¿Aquí sobre la mesa? ¿Estará bien? No, quizá sea mejor ponerlo sobre esta cómoda, aunque está un poco mojado por la humedad de la calle, y puede perjudicar el barniz, y es una cómoda tan linda que no quisiera estropearla.

—¿Qué ocurre, Katie? —preguntó Keating, poniendo atención, al fin.

Ella lo miró y él vio que sus ojos estaban aterrorizados y su boca entreabierta, tratando de sonreír.

—¡Katie! —murmuró. Ella no respondió—. Quitate el abrigo. Ven aquí, caliéntate al fuego.

Empujó un banquito hasta la chimenea para que ella se sentase. Catherine vestía un suéter negro y una vieja

falda negra, prendas caseras que no se había cambiado para hacer la visita. Se acurrucó con las rodillas bien juntas y habló en tono más bajo y más natural, como el primer sonido ya liberado de la pena:

—Tienes una casa muy linda... Muy abrigada y espaciosa... ¿Puedes abrir las ventanas todas las veces que quieras?

—Querida Katie —dijo amablemente—, ¿qué ha pasado?

—Nada; en realidad, no ha ocurrido nada. Tenía que hablarte, solamente. Ahora. Esta noche. —Miró a la señora Keating—: Si usted prefiriera... —Y luego, súbitamente, agregó—: No. Está perfectamente bien... Tu madre puede oírlo. Quizá sea mejor si ella se entera. —Se volvió hacia la madre y dijo muy sencillamente—: Ya ve, señora Keating, Peter y yo estamos prometidos. —Se volvió hacia él y con voz rota, le dijo—: Peter, quiero casarme ahora, mañana, tan pronto como sea posible.

La mano de la señora Keating había ido deslizándose lentamente por su regazo. Miró a Catherine con ojos inexpresivos. Dijo tranquilamente, con una tranquilidad que Keating nunca hubiese esperado de ella:

—Yo no lo sabía. Me alegra mucho, querida.

—¿No se opone? ¿No se opone, realmente? —inquirió Catherine, desesperada.

—¿Por qué? Estas cosas deben ser decididas por usted y mi hijo únicamente.

—¡Katie! —murmuró él, recobrando la voz—.

¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué tan pronto como sea posible?

—¡Oh! ¡Oh! ¡Parece como si..., como si yo estuviera envuelta en esa clase de líos que les pasan a las muchachas...! —Enrojeció totalmente—. ¡Oh, Dios mío! ¡No! ¡No es eso! ¡Tú sabes que no puede ser! ¡Oh,

tú no podrás pensar, Peter, que yo..., que...!

—No, naturalmente que no —dijo él riendo y sentándose en el suelo a su lado y deslizando un brazo en torno a la cintura de ella—. Vuelve en ti. ¿Qué es? Tú sabes que me casaría esta misma noche si tú quieres. Pero ¿qué ha ocurrido?

—Nada. Ahora estoy bien. Te diré. Pensarás que estoy loca. Tuve de golpe la sensación de que nunca me casaría contigo, de que algo espantoso me ocurría y que no podía huir.

—¿Qué te ocurría?

—No sé. Nada. Estuve trabajando en mis investigaciones todo el día y no me había ocurrido nada, ni llamadas telefónicas ni visitas. De pronto tuve esta noche la sensación de una pesadilla, una especie de horror que no se podría describir, que no se parece a nada habitual. Era, precisamente, la sensación de que estaba en un peligro mortal, que algo me rodeaba y que no podía huir porque no me lo permitían y porque era demasiado tarde.

—¿Que no podías huir de qué?

—No sé exactamente. De toda mi vida. Imagínate, era como una arena movediza, suave y natural. Como algo que uno no puede advertir ni sospechar. Y caminaba cómodamente sobre eso. Cuando me di cuenta era demasiado tarde... Sentía que eso me atrapaba y que nunca me casaría contigo, que debería apresurarme ahora, ahora o nunca. ¿No has tenido nunca una sensación como la mía? ¿Un terror semejante que no puede explicarse?

—Sí —susurró él.

—No pienses que me he vuelto loca.

—No, Katie. Quisiera saber si fue eso solamente lo que te sobresaltó.

—Bueno..., parece estúpido ahora. —Se rió, excusándose—. Era así: estaba sentada en la habitación

y hacía frío, de manera que no abrí la ventana. Tenía tantos papeles y libros sobre la mesa, que apenas había lugar para escribir y cada vez que escribía una nota hacía caer algo con el codo. Había montones de cosas alrededor, papeles todo, y susurraban un poco porque yo había dejado medio abierta la puerta del *living room* y supongo que habría una corriente de aire. Mi tío estaba trabajando también en el *living*. Había adelantado admirablemente, había estado trabajando durante mucho tiempo y no sabía qué hora era. Y entonces, de pronto, se me ocurrió. No sé por qué. Quizás el aire de la habitación estuviera enrarecido o quizá fuera el silencio. No oía nada, ni un sonido en el *living room*, y los papeles susurraban tan blandamente, como si algún moribundo se estuviese asfixiando. Entonces miré alrededor y... y no pude ver a mi tío en el *living room*, pero, en cambio, vi su sombra en la pared, una sombra inmensa, acurrucada, que no se movía, pero que era muy grande.

Se estremeció. Parecía que ya no le resultaba tan estúpido el caso. Murmuró:

—Eso fue lo que me ocurrió. La sombra no se movía, pero yo creí que todos los papeles se estaban moviendo, creí que la sombra se levantaba lentamente y que venía en dirección a mi garganta y que me iba a estrangular. Entonces di un grito, pero él no lo oyó, Peter. ¡Él no lo oyó! Pues la sombra no se movió. Entonces cogí mi sombrero y mi abrigo y corrí. Cuando atravesé el *living room*, creo que él dijo: «¿Qué te pasa, Catherine? ¿Qué hora es? ¿Adonde vas?» O algo por el estilo, no estoy segura. Pero no volví a mirar hacia atrás y no contesté. No podía. Tenía miedo de él. ¡Miedo de mi tío Ellsworth, que no me ha dicho una palabra dura en toda mi vida! Eso es todo, Peter. No puedo comprender; tengo miedo. Estando contigo, no tanto, pero tengo miedo.

La señora Keating habló con voz seca y vigorosa:
—¡Bah, es sencillo lo que le ha ocurrido, querida!
Ha trabajado demasiado, estaba abrumada y se puso un poco nerviosa.

—Sí..., probablemente.

—No —dijo Keating lentamente—, no ha sido eso...
—Él estaba pensando en el altavoz del vestíbulo en el mitin de los huelguistas. Después agregó rápidamente—
: Sí, mamá tiene razón. Te estás matando con el trabajo, Katie. Tu tío... Le retorceré el pescuezo un día de éstos.

—¡Oh, él no tiene la culpa! Él no quería que yo trabajase. A menudo me quita los libros y me dice que vaya al cine. Él mismo dice que trabajo demasiado. Pero me gusta. Creo que cada nota que hago, cada trozo de información, servirá de enseñanza a cientos de jóvenes estudiantes de todo el país, y pienso que estoy contribuyendo a la educación del pueblo con mis breves informaciones, y me siento orgullosa y quiero continuar. ¿Ves? No tenía por qué lamentarme. Y después..., después..., como esta noche..., no sé lo que me pasa.

—Mira, Katie, conseguiremos la autorización mañana por la mañana y nos casaremos en seguida, donde tú quieras.

—Sea, Peter —murmuró—. ¿Tú no te opones de verdad? No tengo motivos reales, pero lo quiero, lo quiero. Después sabré que todo está bien. Nos las arreglaremos. Conseguiré un empleo si tú..., si tú no estás completamente en condiciones, o...

—¡Qué tontería! No hables así. Nos arreglaremos. Eso no importa. Lo principal es casarse y todo lo demás se arreglará solo.

—Querido, ¿lo comprendes? ¿Comprendes?

—Sí, Katie.

—Ahora que todo está resuelto —dijo la señora Keating—, le prepararé una taza de té caliente, Catherine. La necesita antes de irse a su casa.

Preparó el té y Catherine lo bebió, muy agradecida, y dijo sonriendo:

—Yo..., yo siempre temía que usted no lo aprobase, señora Keating.

—¿Quién le dijo semejante cosa? —respondió ésta pronunciando las palabras con lentitud—. Ahora, corra a casa como una buena chica, y que duerma bien esta noche.

—Mamá, ¿no podría quedarse aquí esta noche? Podría dormir contigo.

—Pero, Peter, no te pongas nervioso. ¿Qué pensaría su tío?

—¡Oh, Peter, no me quedaré! Estoy muy bien ahora. Me iré a casa.

—Si tú no...

—No tengas miedo ahora. Estoy perfectamente. No creas que tenga miedo de tío Ellsworth.

—Bueno, mejor. Pero no te vayas, todavía.

—Bueno, Peter —dijo la madre—, no querrás que ella ande por esas calles más tarde de lo conveniente.

—Yo la acompañaré a la casa.

—No —dijo. Catherine—. No quiero ser más tonta de lo que soy. No, no te lo permito.

Él la besó junto a la puerta y le dijo:

—Iré a buscarte a las diez de la mañana para que vayamos a pedir la autorización.

—Sí, Peter.

Peter cerró la puerta tras ella y estuvo un momento apretándose las manos sin darse cuenta de lo que hacía. Después volvió desafiante al *living room* y se detuvo, con las manos en los bolsillos, ante su madre. La miró y había en su mirada una silenciosa interrogación. Su madre lo contempló tranquilamente, sin pretender esquivar la mirada y sin responder a ella. Luego, preguntó:

—¿Quieres acostarte, Peter?

Hubiera esperado cualquier cosa menos aquello. Sintió un violento impulso de aprovechar la ocasión, volverse y huir. Pero quería saber lo que pensaba ella. Creyó que debía justificarse.

—Mamá, no quiero escuchar ahora ninguna de tus objeciones.

—Yo no he hecho objeciones —replicó ella.

—Mamá, quisiera que comprendieras que amo a Katie, que nada puede detenerme ahora, y nada más.

—Muy bien, Peter.

—No veo por qué no te gusta.

—El hecho de que a mí me guste o no me guste no tiene importancia para ti.

—¡Oh, sí, mamá! Claro que tiene importancia. Tú lo sabes. ¿Cómo puedes decir eso?

—Peter, en lo concerniente a mí, me da lo mismo. No pienso en mí para nada, porque nada en el mundo, salvo tú, me interesa. Quizá resulte anticuada, pero soy así. Sé que no tendría que ser así, los jóvenes no aprecian esto ahora, pero yo no puedo remediarlo.

—¡Oh, mamá, tú sabes que yo lo aprecio! Tú sabes que no quisiera ofenderte.

—Tú no puedes ofenderme, Peter, sin perjudicarte a ti mismo... Y eso..., eso es difícil de soportar.

—¿Cómo me estoy perjudicando a mí mismo?

—Bueno, si quieres escucharme...

—No he rehusado escucharte.

—Si quieres escuchar mi opinión, te diré que esto es el funeral de veintinueve años de mi vida, de todas las esperanzas que había puesto en ti.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué?

—No es que no me guste Catherine. Me gusta mucho. Es una linda chica, si no se destrozase a sí misma y no se le ocurrieran esas chifladuras. Pero es una muchacha respetable y yo diría que sería una excelente esposa para cualquiera, para cualquier

muchacho honrado y trabajador. Pero ¡pensar que sea para ti, Peter! ¡Para ti...!

—Pero...

—Tú eres modesto, Peter. Eres demasiado modesto. Ése ha sido siempre tu defecto. No te valoras a ti mismo. Crees ser como cualquier otro.

—¡Eso sí que no! ¡Y no creo que nadie piense eso!

—No pierdas la cabeza. ¿Sabes el porvenir que te espera? ¿No ves qué alto has llegado y cuán lejos llegarás? Tienes la oportunidad de llegar a ser el mejor; bueno..., casi el mejor de todos los arquitectos y...

—¿Casi el mejor? ¿Eso piensas? Si no puedo ser el mejor, si no puedo ser el único arquitecto del país, de mi época, no quiero ser nada.

—¡Ah! Pero uno no llega a eso si se despreocupa de la profesión. Uno no llega a ser el primero sin hacer algunos sacrificios.

—Pero...

—Tu vida te pertenece, Peter, si realmente apuntas alto. No puedes permitirte ser indulgente con ningún capricho, como hace la gente común, porque a ésta no le va ni le viene. No se trata de ti ni de mí ni de lo que tú sientas, Peter. Se trata de tu carrera. Se necesita fuerza de voluntad para renunciar a sí mismo, para ganar el respeto de los otros.

—Lo que pasa es que a ti no te gusta Katie y dejas que tus propios prejuicios...

—¿Qué no podría gustarme de ella? En realidad, no puedo decir que apruebo a una muchacha que tiene tan poca consideración por su novio que corre hacia él y, sin ninguna razón, le molesta y le pide que eche a perder su carrera sólo porque ella tenga una chifladura. Esto te demuestra qué ayuda puedes esperar de una esposa como ésa. Por lo que a mí respecta, si piensas que estoy preocupada por mí misma, te diré que estás ciego, sencillamente. ¿No ves que para mí sería,

personalmente, una combinación perfecta? Porque yo no tendría ninguna molestia con Catherine. Me podría llevar muy bien con ella, que sería respetuosa y obediente con su suegra, mientras que, del otro lado, la señorita Françon...

Peter retrocedió. Sabía que iba a llegar a eso y era el único tema que él había tenido miedo de mencionar.

—¡Oh, sí, Peter! —dijo la señora Keating, tranquila y firmemente—. Debemos hablar de eso. Estoy segura de que nunca podría llevarme bien con la señorita Françon; una chica elegante de la sociedad como es ella, no podría soportar a una suegra rústica e ignorante como yo. Ella, probablemente, me echaría de la casa. Pero, ya ves, Peter, no pienso en mí.

—Mamá —dijo con dureza él—, son puras fatuidades el suponer que yo pueda llegar a algo con Dominique. No estoy seguro de si esa gata del diablo se fijará en mí.

—Te estás rebajando. En un tiempo no habrías admitido que existiese algo que tú no pudieras obtener.

—Pero si yo no la quiero, mamá.

—No la quieres, ¿eh? Ahí está el quid. ¿No es esto lo que decía? Fíjate en ti mismo. Ahí tienes a Françon, el mejor arquitecto de la ciudad; lo tienes a tu disposición. Te está rogando que te conviertas en socio, a tu edad, pasando sobre tantos otros mucho mayores. ¡No es que él te permita que te cases con su hija, sino que te lo está pidiendo! ¡Y tú, mañana, le presentarás a la pequeña desconocida con la cual te habrás casado! Deja de pensar en ti un momento y piensa un poco en los demás. ¿Cómo puedes suponer que le vaya a gustar que hayas preferido una pobre diablo a su hija?

—No le gustará —murmuró Keating.

Puedes apostar tu vida a que no le gustará.

Puedes apostar tu vida a que te echará a la calle a puntapiés. Habrá muchos que querrán aprovechar la

ocasión de ocupar tu puesto. ¿Qué te parece si fuera Bennett?

—¡Oh, no! —dijo él con sonidos entrecortados, tan furiosamente, que ella se dio cuenta de que había tocado el punto que debía—. ¡Bennett, no!

—Sí —replicó ella triunfalmente—, Bennett; será Françon y Bennett, mientras tú andarás gastando suelas en busca de trabajo. ¡Pero tendrás una esposa! ¡Oh, sí, tendrás una esposa!

—Por favor, mamá... —murmuró él, con tanta desesperación que ella pudo permitirse la satisfacción de continuar sin ser molestada.

—Ésa es la esposa que tendrás. Una muchachita rústica que no sabrá dónde poner las manos ni los pies. Una cosa tan tímida que huirá y se esconderá de cualquier persona importante que lleves a tu casa. ¿Te crees tan capaz? ¡No te engañes, Peter! Ningún hombre ha llegado solo nunca. Ten presente siempre que los mejores hombres fueron secundados por una mujer que les correspondía. ¡Françon no se casó con una criada, puedes estar seguro! Trata de mirar un poco las cosas con los ojos de los demás. ¿Qué pensará de ti? No olvides que no te ganas la vida construyendo gallineros para mozos de tienda. Tú tienes que ocupar el puesto que conviene a los grandes hombres, tienes que vivir como ellos. ¿Qué pensarán de un hombre casado con semejante porquería? ¿Te admirarán? ¿Tendrán confianza en ti? ¿Te respetarán?

—¡Cállate! —gritó él.

Continuó. Siguió hablando largo rato, mientras él, sentado, hacía crujir los nudillos furiosamente quejándose de vez en cuando: "¡Pero yo la amo..., no puedo, mamá! Yo no puedo..., la amo."

Ella terminó cuando las calles ya estaban grises con la luz del amanecer. Lo dejó que se fuera, tambaleándose, a su habitación con el acompañamiento

de los últimos sonidos de su voz, lentos y molestos.

—Al menos, puedes hacer eso. Nada más que unos meses. Dile que espere unos meses. Heyer puede morir en cualquier momento y entonces, una vez que seas socio, puedes casarte con ella y salirte con la tuya. A ella no le importará esperar un poco más, si quiere... Reflexiónalo, Peter..., y mientras lo reflexionas, piensa un poco en que, si lo haces ahora, destrozará el corazón de tu madre. No tiene importancia, pero acuérdate un poco de eso.

No trató de dormir. No se desnudó y permaneció sentado en la cama durante horas y lo que más claro tenía en su mente era el deseo de sentirse transportado a un año después, cuando ya todo estuviese resuelto, de cualquier forma que fuese.

Cuando hizo sonar el timbre en el apartamento de Catherine, a las diez de la mañana, aún no había decidido nada. Tuvo la vaga sensación de que ella lo llevaría de la mano, lo conduciría, insistiría y de ese modo la decisión quedaría tomada. Catherine abrió la puerta y sonrió, feliz y confidencialmente, como si nada hubiese ocurrido. Lo condujo a su cuarto, donde amplios rayos de luz inundaban las columnas de libros y los papeles prolijamente colocados sobre el escritorio. La habitación estaba limpia, ordenada. En una alfombra veíanse aún las huellas que había dejado el aspirador. Catherine tenía puesta una blusa de organdí. Pequeñas horquillas onduladas brillaban en sus cabellos a la luz del sol.

Se sintió un poco desalentado por el hecho de que no le esperase en casa de ella ninguna amenaza. Sintió un arranque de alivio y de desaliento.

—Estoy lista, Peter. Alcánzame el abrigo.

—¿Se lo dijiste a tu tío?

—Sí, se lo dije anoche. Estaba trabajando todavía cuando volví.

—¿Qué dijo?

—Nada. Se rió y me preguntó qué quería como regalo de boda. ¡Pero se rió tanto...!

—¿Dónde está? ¿No quiso conocerme, al menos?

—Tenía que ir a la redacción. Dijo que tendrá mucho tiempo, más que suficiente, para verte. ¡Pero lo dijo tan bien...!

—Escúchame, Katie, yo..., hay una cosa que quiero decirte. —Titubeó sin mirarla. Su voz era insípida—. Mira, ésta es la cuestión: Lucio Heyer, el socio de Françon, está muy enfermo y no hay esperanzas de que continúe viviendo. Françon me ha insinuado, en forma bastante clara, que tendré el puesto de Heyer. Pero Françon tiene la loca idea de querer que yo me case con su hija. No me interpretes mal; tú sabes que no ocurrirá eso, pero yo no se lo puedo decir. Y he pensado..., he pensado que si esperamos..., unas semanas nada más... Estaría en la firma y entonces Françon no podría hacer nada cuando yo le diga que me he casado... Pero, por supuesto, esto depende de ti. —La contempló y su voz era ansiosa—. Si tú quieres que lo hagamos ahora, vamos en seguida.

—No, Peter —replicó ella con calma serena y asombrada—. Desde luego, esperaremos.

Él se sonrió con aprobación y con alivio, pero cerró los ojos.

—Desde luego, esperaremos —agregó ella con firmeza—. No sabía eso, y es muy importante. Realmente, no hay motivo para tanta prisa.

—¿No temes que la hija de Françon me conquiste?

—No, Peter —dijo riéndose—. Te conozco demasiado bien.

—Pero si tú prefirieras...

—No; es mucho mejor. Mira, te diré la verdad. He pensado esta mañana que sería mucho mejor que esperáramos, pero no hubiera dicho nada si tú no te

hubieses determinado. Si prefieres esperar, yo estoy de acuerdo; fíjate: esta mañana nos ha llegado la noticia de que mi tío está invitado a repetir el mismo curso de conferencias en una Universidad de la costa del Oeste, este verano. Me disgustaría mucho tener que dejarle con el trabajo sin terminar. Y después pensé también que tal vez fuéramos unos locos. ¡Ambos somos tan jóvenes! Y tío Ellsworth se rió mucho. Ya ves, es mucho más prudente esperar un poco.

—Sí, es excelente; pero, Katie, si tú te sientes como anoche..,

—No. Estoy avergonzada de mí misma. No puedo imaginarme lo que me ocurrió anoche. Trato de recordarlo y no puedo comprenderlo. Tú sabes cómo ha sido; una se siente tonta después; todo es simple y claro al día siguiente. ¿Dije anoche un montón de terribles estupideces?

—Bueno, olvidémoslo. Eres demasiado sensible. Ambos somos sensibles y esperaremos un poco.

—Sí, Peter.

—Bueno... —murmuró—. Está bien, Katie. Esperaremos. Es mejor, por supuesto. Yo... me voy corriendo; es tarde y he de ir a la oficina. —Sentía que tenía que escapar en aquel momento—. Te hablaré por teléfono. Tenemos que cenar juntos mañana.

—Sí, Peter. Será hermoso.

Se fue, aliviado y desolado, maldiciéndose a sí mismo por la sensación confusa, persistente, que le decía que había perdido una ocasión que jamás volvería, que había algo que se cerraba tras ellos y que ambos se habían rendido. Blasfemó porque no habría podido decir contra qué habían luchado. Corrió a su oficina. Tenía una cita con la señora Moorehead e iba a llegar tarde.

Catherine permaneció en medio de la habitación después que él se fue, y le llamó la atención el que de improviso sintiera frío y un gran vacío, porque hasta

aquel momento no se había dado cuenta que debió esperar a que él la forzase para que lo siguiese. Después se encogió de hombros, se sonrió reprochándose a sí misma y volvió a su trabajo, al escritorio.

XII

Un día de octubre, cuando la casa de Heller estaba casi terminada, salió de un grupo pequeño, que la estaba contemplando desde el camino, un joven delgado, con traje de mecánico, y se acercó a Roark.

—¿Usted ha edificado "El Manicomio"? —le preguntó con bastante timidez.

—Si se refiere a la casa, sí.

—¡Oh, perdóneme, señor! Es porque así la llaman en este lugar. No es que yo la llame así. Mire, tengo un trabajo de construcción... Bueno, no exactamente, Pero voy a construir una estación de servicio a unas diez millas de aquí, en Post Road. Quisiera conversar con usted.

. Más tarde, en un banco que estaba frente al garaje donde trabajaba, Jimmy Gowan le explicó los detalles y agregó:

—Y se me ocurrió pensar en usted, señor Roark, Porque me gusta eso, esa curiosa casa que está construyendo. No le puedo decir por qué, pero me gusta. Me parece una cosa que tiene sentido, y me figuro que todo el mundo va a abrir la boca y a hablar de ella. Bueno, eso no es apropiado para una casa, pero en cambio será muy eficaz para un negocio. Que se mofen, pero que hablen de él. De manera que pensé contratarlo para que lo edificase y todos dijeron que yo estaba loco;

pero ¿a usted le importa? A mí, no.

Jimmy Gowan había trabajado como un burro durante quince años, ahorrando para tener un negocio propio. La gente, indignada, hacía objeciones por la elección del arquitecto. Jimmy no pronunciaba una sola palabra de justificación o de autodefensa y decía cortésmente: "Puede que sea así, amigos; puede que sea así", y se fue a ver a Roark para que edificase la estación de servicio.

La estación fue abierta al público un día de fines de diciembre. Estaba en el camino a Boston. Consistía en dos pequeñas construcciones de vidrio y hormigón que formaban un semicírculo entre los árboles. Un cilindro para la oficina y un óvalo largo y bajo para el comedor, además de los surtidores como las columnas de un patio, entre ellos.

Era un estudio hecho en círculos; no había ángulos ni líneas rectas; parecían formas que brotaban, detenidas en el momento de fluir, en el momento preciso en que formaban una armonía de aspecto demasiado perfecto para que fuese intencional. Parecía un racimo de burbujas que colgase hacia el suelo, sin tocarlo, para ser barrido en un instante por un viento veloz. Parecía una cosa alegre, con esa alegría recia y poderosa de un eficiente y poderoso motor de aeroplano.

Roark se quedó en la estación el día de la apertura. Bebió café en una taza limpia y blanca en el mostrador del comedor, y observó los autos que se detenían en la puerta. Se fue a altas horas de la noche. Se volvió para mirar nuevamente, mientras conducía su coche por el camino largo y vacío. Las luces de la estación parpadeaban alejándose. Allí estaba, en el cruce de dos caminos, y los automóviles correrían día y noche por allí; los autos vendrían de ciudades en las cuales no había espacio para edificaciones como aquella; irían hacia ciudades en las cuales no había edificaciones

parecidas. Volvió su rostro al camino que se extendía delante de él y detuvo su mirada en el espejo, que aún conservaba los puntos de luz, brillantes y lentos, que se movían detrás, a lo lejos...

Siguieron meses de ocio. Cada mañana iba a la oficina y se sentaba, porque sabía que tenía que sentarse allí, mirando a la puerta, que nunca se abría, con la mano apoyada en el teléfono, que nunca sonaba. El cenicero, que volcaba cada día antes de irse, no contenía nada más que las colillas de sus propios cigarrillos.

—¿Qué hace, Howard? —le pregunto Austen Heller una noche, a la hora de cenar.

—Nada.

—Pero debe de hacer algo.

—No tengo nada que hacer.

—Debe aprender a tratar a la gente.

—No puedo. No sé cómo hacerlo. Me falta ese sentido especial.

—Es algo que se adquiere.

—No tengo órganos para eso. No sé si es por algo que necesito o por algo que me detiene. Además, no me gusta la gente que tiene que ser dirigida.

—Pero no puede quedarse quieto, sin hacer nada. Tiene que ir en busca de trabajo.

—¿Qué puedo decirles a las personas para que me den trabajo? Sólo puedo mostrarles mi obra. Si no escuchan eso, no escucharán nada de lo que les diga. No soy nada para ellos; lo único que puedo dar es mi trabajo, mi trabajo es todo lo que tengo para los demás. Y no tengo deseos de decirles ninguna otra cosa.

—Entonces, ¿qué va a hacer? ¿No está preocupado?

No. Espero. Estoy esperando.

—¿Qué cosa?

—Mi gente.

—¿De qué clase es?

—No sé. Sí, sé, pero no se lo puedo explicar. A

menudo he deseado poder definirla; debe de existir un principio que la caracterice, pero no sé cuál es.

—¿Honestidad?

—Sí..., no, sólo en parte. Guy Françon es un hombre honrado, pero no es eso. ¿Coraje? Ralston Holcombe tiene coraje, a su manera... No sé. Dudo sobre las demás cosas, pero a mi gente la conozco por la cara. Por algo que hay en sus caras. Mil personas pasarán delante de su casa y de la estación de servicio; si entre esos mil que pasan una persona se detiene a mirar, esa una es todo lo que yo necesito.

—Entonces, después de todo, no necesita otra gente, ¿no es así, Howard?

—Desde luego. ¿Por qué se ríe?

—Siempre pensé que usted era el animal más antisocial que había tenido el gusto de conocer.

—Necesito a la gente para darle mi trabajo. No edifico mausoleos. ¿Supone que la necesito para alguna otra cosa? ¿Para algo más próximo, más personal?

—Usted no necesita a nadie para cosas personales. Ni siquiera se jacta de eso.

—¿Por qué habría de jactarme?

—No puede. Es demasiado arrogante para hacerlo.—

—¿Es eso lo que soy?

—¿No sabe usted lo que es?

—No. No con tanta claridad como lo ve usted o cualquier otro.

Heller, sentado en silencio, describía círculos con el cigarrillo. Después, se rió, y dijo:

—Es típico.

—¿Qué?

—Que no me pidiese que le dijera cómo lo veo a usted. Cualquiera otra persona lo hubiese hecho.

—Lo siento. No ha sido indiferencia. Usted es uno de los pocos amigos que quiero conservar. No pensé

hacerle la pregunta.

—Ya sé que no lo pensó. Ésa es la cuestión. Usted es un monstruo centrado en sí mismo, Howard. Mayor monstruo aún porque es totalmente inocente.

—Es verdad.

—El hecho de que lo admita demuestra que le da poca importancia. Pero hay una cosa que me choca. Usted es el hombre más frío que conozco, y no puedo comprender por qué, sabiendo que usted es un demonio, a pesar de su tranquila manera de ser, por qué cuando lo veo siento que es la persona más entusiasta que haya encontrado jamás.

—¿Qué quiere decir?

—No sé. Eso, precisamente.

Pasaron las semanas y Roark iba todos los días a su oficina. Permanecía sentado ocho horas y leía muchísimo. A las cinco volvía andando a su casa. Se había mudado a una habitación mejor, cerca de la oficina, que le resultaba más barata. Tenía dinero para mucho tiempo.

Un día sonó el teléfono. Una voz femenina, enfática y vivaz, pidió una cita con el arquitecto Roark. Aquella tarde, una mujer pequeña, inquieta, de color trigueño, entró en la oficina. Llevaba un abrigo de visón y zarcillos exóticos que sonaban conforme movía la cabeza. La movía mucho, con vivos movimientos semejantes a los de un pájaro.

Era la señora Wayne Wilmot, de Long Island, que deseaba construir una casa de campo.

Explicó que había elegido al señor Roark para edificarla porque era el que había diseñado la casa de Austen Heller. Ella adoraba a Austen Heller, que era un oráculo para todos aquellos que pretendían ser llamados intelectuales progresistas, y agregó: "¿No es así?" Seguía a Heller como una fanática. "Sí, literalmente como una fanática. El señor Roark es muy joven, ¿no es

cierto?" Pero eso no le importaba: era muy liberal y le agradaba ayudar a la juventud. Quería una casa grande, tenía dos hijos, creía expresar la individualidad de ellos, "¿no le parece?", y cada uno tenía cuartos separados; una biblioteca —"Leo para distraerme"—, una sala de música, un invernáculo —"Cultivamos lirios del valle porque mis amigos dicen que es mi flor"—. Un cuchitril para su marido, que implícitamente confiaba en ella y la dejaba para que proyectase la casa "porque soy tan buena para estas cosas que, si no fuera mujer, estoy segura de que hubiese sido arquitecto"; habitaciones para los sirvientes, todo eso y un garaje para tres automóviles... Después de una hora y media de detalles y explicaciones, agregó:

—Y, por supuesto, el estilo de la casa será Tudor. Adoro el Tudor.

Él la contempló y, suavemente, preguntó:

—¿Ha visto la casa de Austen Heller?

—No; aunque hubiese querido verla, ¿cómo podía hacerlo? No conozco al señor Heller, soy solamente una fanática; sí, eso es, precisamente una fanática común y simple. ¿Cómo es él, en persona? Me muero por saberlo. No, no he visto su casa. Está en Maine, ¿no?

Roark sacó de un cajón de la mesa unas fotografías y se las entregó.

—Ésta es la casa de Heller —dijo.

Ella miró las fotografías (su mirada era como agua que espuma fuera de las superficies lustrosas) y las colocó sobre la mesa.

—Muy interesante. Muy rara. Muy sorprendente. Pero, claro está, no es eso lo que yo quiero. Una casa así no expresaría mi personalidad. Mis amigos dicen que tengo una personalidad isabelina.

Tranquila, pacientemente, Roark trató de explicarle por qué no debía construir una casa estilo Tudor. Ella lo interrumpió.

—Me imagino, señor Roark, que no pretenderá enseñarme nada, ¿no es así? Estoy completamente segura de que tengo buen gusto y conozco muchísimo de arquitectura. He seguido un curso especial en el club. Mis amigos dicen que yo sé más que muchos arquitectos. He resuelto que tendré una casa estilo Tudor. No me interesa discutir el asunto.

—Tendrá que ir a ver a algún otro arquitecto, señora Wilmot.

Ella lo contempló fija e incrédulamente.

—¿Quiere decir que rehúsa el trabajo?

—Sí.

—¿Que no quiere el trabajo?

—No.

—Pero ¿por qué?

—No hago esa clase de cosas.

—Yo creía que los arquitectos...

—Sí, los arquitectos le harán todo lo que les pida. Cualquier otro arquitecto de la ciudad se lo hará.

—Pero yo he venido a verlo a usted antes que a los demás.

—¿Quiere hacerme un favor, señora Wilmot? ¿Quiere decirme por qué vino a verme a mí si todo lo que quería era una casa Tudor?

—En fin, creía que usted aprovecharía la ocasión. Y, además, pensé que podía decirles a mis amigos que tenía al arquitecto de Austen Heller.

Trató de explicarle y de convencerla. Sabía, mientras hablaba, que era inútil, porque sus palabras sonaban como si golpeasen en el vacío. La señora de Wayne Wilmot no existía como tal; era tan sólo una cascara que contenía la opinión de sus amigos, las láminas de las tarjetas postales que había visto, las novelas de caballeros de provincias que había leído. Era a eso a lo que él se dirigía, a esa inmaterialidad que no podía escucharlo o responderle, sorda e impersonal como un

paquete de algodón.

—Lo siento —dijo la señora Wayne Wilmot—, pero no estoy acostumbrada a tratar con personas incapaces de razonar. Estoy completamente segura de que encontraré muchísimos hombres más importantes que estarán encantados de trabajar para mí. Mi esposo se opuso a mi propósito de ver a usted en primer lugar, y lamento que haya tenido razón. Buenos días, señor Roark.

Salió con dignidad, pero dando un portazo. Roark volvió a colocar las fotografías en el cajón de la mesa.

El señor Robert L. Mundy, que fue a la oficina en marzo, había sido enviado por Austen Heller. La voz y el pelo del señor Mundy eran grises como el acero, pero sus ojos eran azules, suaves y pensativos. Quería construir una casa en Connecticut y hablaba de ello temblorosamente, como un novio joven o como un hombre que anda a tientas con un fin último y secreto.

—No es precisamente una casa, señor Roark... —dijo con tímida desconfianza, como si estuviese hablando con un hombre más viejo y notable que él—. Es como... como un símbolo de mí mismo. Por ello he estado esperando y trabajando todos estos años. Tantos años... Debo decirle esto de manera que usted lo comprenda. Tengo mucho dinero ahora, más de lo que había pensado tener. No lo tuve siempre. Quizás haya llegado demasiado tarde. No sé. Los jóvenes creen que uno olvida lo que ocurre junto a uno cuando se trata de obtenerlo, pero uno piensa así. Algo queda. Siempre recordaré cuando era muchacho, en un pequeño lugar de Georgia, cómo corría yo con recados para el talabartero y las chicas se reían cuando los carruajes pasaban y me salpicaban de barro los pantalones. Así es que hace mucho tiempo decidí que algún día tendría una casa propia, una casa delante de la cual se detuviesen los carruajes. Después de esto, aunque a veces el camino

parecía duro, siempre tenía el pensamiento puesto en la casa y esto me ayudaba a seguir. Después hubo años en que temía hacerlo. Podía edificarla, pero lo temía. Bueno, ahora ha llegado el momento. ¿Comprende, señor Roark? Austen me dijo que usted sería el único hombre que me comprendería.

—Sí —dijo Roark con interés—. Le comprendo.

—Había un lugar —continuó el señor Mundy— en mi ciudad natal... La mansión más importante de todo el distrito. El lugar se llama Randolph. Era la casa de una vieja plantación, una casa de las que ya no se edifican. Yo solía llevar encargos allí, a veces, por la puerta de servicio. Ésta es la casa que yo quiero, señor Roark. Completamente igual a ésta. Pero no la quiero en Georgia, no quiero volver allá; la quiero aquí, cerca de la ciudad. He comprado el terreno. Usted debe ayudarme a formar un paisaje como el que tenía la posesión "Randolph". Plantaremos árboles y arbustos de la misma clase que hay en Georgia, las mismas flores y todas las cosas. Encontraremos la manera de hacerlas crecer. No me preocupa lo que cueste. Claro que tendremos luz eléctrica y garajes. Pero quiero que las bombillas tengan forma de velas y que los garajes parezcan caballerizas. Todo como era allá. Tengo fotografías de la posesión "Randolph" y he comprado algunos de sus viejos muebles.

Cuando Roark empezó a hablar, el señor Mundy escuchaba con asombro cortés. Parecía que no le ofendían las palabras. No penetraban en él.

—¿No ve? —dijo Roark—. Es un monumento lo que usted quiere, pero no usted mismo, no su propia vida ni su propia obra. Un monumento a otras personas, a la supremacía sobre usted. No desafía esa supremacía, sino que la inmortaliza. No la rehuye, sino que la eleva para siempre. ¿Sería más feliz si concluyera el resto de sus días en esa forma prestada? ¿O si se siente libre de

una vez y construye una casa nueva, su propia casa? Usted no quiere la posesión "Randolph". Usted ansia lo que significaba... Pero lo que significaba es aquello por lo cual ha luchado toda la vida.

El señor Mundy había dejado de atender a las palabras, y Roark sintió una decepción perpleja ante tamaña irrealidad. No existía una persona llamada el señor Mundy, sino solamente los restos, muertos hacía mucho tiempo, de la gente que había vivido en la posesión "Randolph", y él no podía discutir con los restos ni convencerlos.

—No —dijo el señor Mundy al final—, no. Quizá tenga razón, pero eso no es lo que yo quiero, de ningún modo. Yo no digo que usted no tenga sus razones, y parecen buenas razones, pero a mí me gusta la posesión "Randolph".

—¿Por qué?

—Solamente porque me gusta. Solamente porque es lo que a mí me gusta.

Cuando Roark le dijo que tendría que elegir otro arquitecto, Mundy dijo inesperadamente;

—Pero yo lo quiero a usted. ¿Por qué no me la puede edificar? ¿Qué diferencia habría para usted?

Roark no le dio explicaciones.

Después, Austen Heller le dijo:

—Lo esperaba. Temía que rehusase el trabajo. No le censuro, Howard; pero como es tan rico, podía haberle ayudado mucho. Después de todo, usted tiene que vivir.

—Pero no de ese modo —repuso Roark.

En abril, Nathaniel Janss, de la "Compañía de Ventas de Propiedades Janss", llamó a Roark a su oficina.

Janss era franco y descortés. Le manifestó que su compañía había proyectado levantar un pequeño edificio

para oficinas, de treinta pisos, en Broadway, y que si bien Roark no le convenía como arquitecto, ya que era más o menos opuesto a él, lo llamaba porque su amigo Austen Heller había insistido para que conociese a Roark y hablase con él del asunto. Janss no daba mucha importancia al trabajo de Roark, pero Heller lo había elogiado tanto que quería escucharlo antes de decidirse, para saber lo que tenía que decir sobre el asunto.

Roark tenía mucho que decir. Lo dijo con calma, si bien al principio le resultó difícil, porque quería aquel trabajo, sentía el deseo de arrancar aquel edificio de las manos de Janss, con una pistola, si la hubiese tenido. Pero después de unos minutos de conversación se tornó más natural y sencillo, pues el deseo de la pistola y aun el deseo de conseguir el edificio habían desaparecido. Ya no quería obtener el trabajo, no estaba allí para obtenerlo; estaba, simplemente, para hablar de construcciones.

—Señor Janss, cuando usted compra un automóvil no quiere que tenga guirnaldas de rosas en las puertas, un león en cada guardabarro, o un ángel sentado en la capota. ¿Por qué no lo quiere?

—Eso sería estúpido —manifestó Janss.

—¿Por qué estúpido? Yo creo que sería hermoso. Además, Luis XIV tenía un coche así y lo que era bueno para Luis XIV debe ser bueno también para nosotros. Así no nos dedicaríamos a innovaciones imprudentes y no romperíamos la tradición.

—¡Usted sabe muy bien que no cree en nada de eso!

—Ya sé que yo no lo creo, pero eso es lo que usted cree, ¿no? Tome ahora el cuerpo humano. ¿Le gustaría ver un cuerpo humano con una cola rizada y plumas de avestruz en el extremo? ¿Y con orejas en forma de acanto? Sería ornamental, en lugar de la fealdad desnuda y severa que tenemos. Bien. ¿Por qué no le gusta la idea? Porque sería extraña e insustancial,

porque la belleza del cuerpo humano es tal, que no tiene un solo músculo que no sirva a un propósito determinado, no hay una sola línea inútil; cada detalle obedece a una idea, la idea de un hombre y de su vida. ¿Me dirá usted que cuando se trata de un edificio lo quiere contemplar como si careciese de sentido o de propósito alguno, que lo quiere estrangular con adornos, que quiere sacrificar su propósito a su envoltura, no sabiendo siquiera para qué quiere semejante envoltura? ¿Quiere que parezca una bestia híbrida producida por el cruce de bastardos de diez especies diferentes hasta que obtenga una criatura sin intestinos, sin corazón ni cerebro, una criatura toda piel, cola, garras y plumas. ¿Por qué? Dígamelo, porque nunca he podido comprenderlo.

—Caramba —dijo Janss—, no he pensado de esa manera nunca. —Y agregó, sin gran convicción—: Pero queremos que nuestra casa tenga dignidad y belleza, lo que realmente se llama belleza.

—¿Lo que quién llama belleza?

—Bueno-o-o-o...

—Dígame, señor Janss, ¿cree usted realmente que las columnas griegas y las cestas de frutas son hermosas en un edificio moderno para oficinas?

—No sé, porque nunca he pensado por qué un edificio es o no es hermoso. —Luego confesó—: Creo que es lo que el público quiere.

—¿Por qué supone que el público lo quiere?

—No sé.

—Entonces, ¿por qué le preocupa a usted lo que el público quiere?

—Uno tiene que considerar al público.

—¿No sabe que la mayor parte de la gente toma las cosas que se le dan, y que no tiene ninguna opinión? ¿usted quiere obrar según lo que la gente quiere que piense, o pensar lo que piensa ella, o proceder según su

propia cabeza?

—No se la puede forzar acogotándola.

—No debe hacerlo solo. Se debe ser paciente, porque uno tiene la razón de su parte (¡oh, ya sé, es algo que ninguno quiere realmente tener de su lado!) y en contra tiene una inercia vaga, ciega, hinchada.

—¿Por qué cree que no quiero tener la razón de mi parte?

—No me refiero a usted, señor Janss. Es la manera que tiene de pensar la mayoría de la gente. Se arriesga en cada cosa que hace, pero se siente más segura cuando toma algo que sabe que es feo, vano y estúpido.

—Eso es verdad —dijo Janss.

Al fin de la entrevista, Janss dijo pensativamente:

—No puedo decirle que carezca de razón, señor Roark. Deje que lo piense. Dentro de poco le hablaré.

Una semana después, Janss lo llamó.

—El directorio tendrá que decidir. ¿Quiere intentarlo, Roark? Haga los planos y algunos bocetos preliminares. Yo los someteré al directorio. No puedo prometerle nada, pero estoy de su parte y lucharé.

Roark trabajó en los planos día y noche durante dos semanas. Presentó los planos. Entonces lo llamaron para que se presentara al directorio de la "Compañía de Venta de Propiedades Janss". Estuvo junto a una larga mesa y habló. Sus ojos se dirigían de un rostro al otro. Trataba de no mirar hacia abajo, a la mesa, pero en el borde más alejado de la imagen que captaban sus ojos estaba la mancha blanca de sus dibujos extendidos delante de los doce hombres.

Le hicieron muchas preguntas. Janss se apresuraba a veces a contestar por él, golpeando la mesa con el puño, enredándose en las palabras: "¿No lo ve usted? ¿No está claro? ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver eso señor Grant? ¿Qué tiene que ver que nadie haya edificado nunca una casa semejante? ¿Gótico, señor Hubbard? ¿Por qué

debemos hacerlo en estilo gótico? Renunciaré de muy buena gana si ustedes lo rechazan."

Roark hablaba tranquilamente. Era el único hombre en la habitación que estaba seguro de lo que decía. Se dio cuenta de que no había esperanza. Los doce rostros que tenía delante de él tenían aspectos variados, pero había algo entre todos, como un común denominador, que no era ni color ni rasgos, algo que disolvía sus expresiones, de manera que ya no eran rostros, sino óvalos vacíos de carne. Se dirigía a todos y no se dirigía a ninguno. Se daba cuenta de que no contestaban y ni siquiera el eco de sus palabras resonaba en la membrana de sus tímpanos. Sus palabras caían en un pozo, golpeando en su trayecto con las piedras que sobresalían, y cada piedra impedía que se detuviesen, las arrojaba más lejos, lanzándolas unas contra otras, enviándolas en busca de un fondo que no existía.

Le dijeron que le informarían acerca de la decisión que tomase el directorio. Roark sabía la decisión de antemano.

Cuando recibió la carta, la leyó sin emoción. La carta era del señor Janss y comenzaba: "Querido señor Roark: Lamento informarle que nuestro directorio no puede confiarle el trabajo de..." Había un ruego en la fórmula de la carta, el ruego de un hombre que no podía evitarlo.

John Fargo había comenzado su vida como vendedor ambulante. A los cincuenta años tenía una fortuna modesta y una gran tienda próspera en la Sexta Avenida. Durante años había luchado con éxito contra una tienda más grande, situada enfrente, una de las muchas tiendas heredadas por una familia numerosa. En el otoño del año último la familia había trasladado la sucursal a un nuevo barrio de la zona comercial de la

ciudad. Estaban convencidos de que el negocio al por menor se estaba desviando del centro al norte de la ciudad, y decidieron consumir la ruina del antiguo vecindario, dejando desocupado su antiguo negocio.

John Fargo contestó anunciando que edificaría una tienda de su propiedad exactamente al lado del antiguo negocio; sería la más nueva y elegante que la ciudad hubiese visto, pues quería conservar el prestigio del antiguo barrio.

Cuando llamó a Roark a su oficina, no le contestó que lo iba a decidir más tarde ni que iba a pensar en el asunto. Le dijo: "Usted es el arquitecto." Se sentó con los pies sobre la mesa, fumando una pipa y haciendo chasquear las palabras, con las bocanadas de humo, al mismo tiempo.

—Le diré el espacio que necesito y cuánto quiero gastar. Si necesita más, dígamelo. El resto depende de usted. Yo no entiendo mucho de edificios, pero conozco al hombre que sabe sólo con verlo.

Fargo había elegido a Roark, porque un día pasó por la estación de servicio de Gowan, se detuvo, entró e hizo muchas averiguaciones. Después de esto, sobornó al cocinero de Heller para que le mostrara la casa en ausencia del dueño. Fargo no necesitó más explicaciones.

A fines de mayo, cuando todavía la mesa de Roark estaba sepultada bajo los bocetos para el negocio de Fargo, recibió otro encargo.

Whitford Sanborn, el cliente, era dueño de un edificio para oficinas que había sido edificado hacía muchos años por Henry Cameron. Cuando Sanborn quiso tener una residencia de campo, rechazó las sugerencias de su esposa para que hablase con otro arquitecto y le escribió a Henry Cameron. Éste le

contestó una carta de diez páginas; las primeras tres líneas expresaban que se había retirado de la profesión, el resto de la carta hablaba de Howard Roark. Roark nunca supo lo que decía la carta, porque ni Sanborn se la iba a mostrar ni Cameron se lo iba a decir.

Sanborn firmó el contrato para la edificación de su residencia a despecho de las violentas objeciones de su esposa.

La señora Sanborn era presidenta de numerosas organizaciones de caridad, y esto le había producido una sed inagotable de aristocracia. Quería edificar un castillo francés y lo quería majestuoso y antiguo, como si siempre hubiese pertenecido a la familia. Naturalmente, admitía que las personas sabían que no era así, pero aparentarían creerlo.

Sanborn firmó el contrato después que Roark le explicó en detalle la clase de casa que iba a hacer. Sanborn se puso de acuerdo en seguida; ni siquiera quiso esperar los bocetos. "Pero, por supuesto, Fanny, que quiero una casa moderna —dijo Sanborn con fastidio—. Desde hace tiempo que te lo vengo diciendo. Esto es lo que Cameron habría proyectado." "¿Qué diablos significa el nombre de Cameron?", preguntó ella. "No sé, Fanny. Lo único que sé es que no hay ningún edificio en Nueva York semejante al que él me hizo."

Las discusiones continuaron durante muchas noches en la sala, entre el pulido esplendor de la caoba estilo Victoriano. Sanborn vacilaba. Roark le preguntaba, abarcando con los brazos la pieza que los rodeaba: "¿Es «esto» lo que quiere?" "Bueno, si empieza a ser impertinente...", decía la señora; pero el marido estalló: "¡Cristo, Fanny! ¡Tiene razón! ¡Eso es precisamente lo que yo «no» quiero! ¡Eso es de lo que estoy harto!"

Roark no vio a nadie hasta que estuvieron listos los bocetos. La casa, de piedra sencilla y rústica, con

grandes ventanas y muchas terrazas, se erguía entre los jardines junto al río, tan espaciosa como la extensión de las aguas, tan abierta como los jardines. Había que seguir sus líneas con suma atención para advertir el punto exacto en que comenzaban los jardines; tan gradual era la elevación de las terrazas, el acceso y la plena realidad de las paredes. Parecía que los árboles brotaban dentro de la casa, parecía que la casa no era una barrera contra los rayos del sol, sino un tazón que los recogía para concentrarlos en un resplandor más intenso que el que de afuera procedía.

Sanborn fue el primero que miró los bosquejos. Los estudió y después dijo:

—Yo..., yo no sé cómo decirlo, señor Roark. Es grandioso. Cameron tenía razón al hablar de usted.

Después que otros vieron los bocetos, ya Sanborn no tenía la misma seguridad de antes. La señora Sanborn dijo que la casa era terrible. Y entonces las largas discusiones nocturnas se reanudaron. "¿Por qué, por qué no podemos agregar torrecillas aquí, en los ángulos? — preguntó la señora—. Hay demasiado espacio en aquellas azoteas." Cuando la disuadían de las torres, preguntaba: "¿Por qué no podemos tener ventanas divididas por una columna? ¿Qué diferencia habría? Dios sabe que las ventanas son demasiado amplias; no veo por qué tienen que ser tan amplias, esto no permite el total aislamiento, pero aceptaré sus ventanas, señor Roark, si se muestra tan obstinado en eso. Pero ¿por qué no pone montantes? Suavizará las cosas y le dará un aire regio, un aspecto feudal." A los amigos y parientes que Sanborn fue a ver con los bocetos, no les gustó la casa. La señora Welling la llamó ridícula, y la señora Hooper, tosca.

El señor Melander dijo que no la quería ni regalada. La señora Applebee manifestó que parecía una fábrica de calzado. La señorita David dio una ojeada a los

bocetos y dijo con aprobación: "¡Qué artística, querida! ¿Quién la proyectó? ¿Roark...? ¿Roark...? ¿Roark...? Nunca lo he oído nombrar. Bueno, francamente, Fanny, parece una cosa falsificada."

Los hijos se dividieron en el asunto. Jane Sanborn, de diecinueve años, siempre había creído que los arquitectos eran románticos, y estaba encantada al saber que tendrían un arquitecto muy joven; pero no le gustó el aspecto de Roark y su indiferencia a sus insinuaciones, de manera que manifestó que la casa era espantosa y que ella, al menos, se negaría a vivir allí. Richard Sanborn, de veinticuatro años, que había sido brillante estudiante en el colegio y que ahora se estaba matando poco a poco con la bebida, declaró a su familia, saliendo de su letargo acostumbrado, que la casa era magnífica. Nadie podía decir si era una apreciación estética, si era por odio a su madre o por las dos cosas a la vez.

Whitford Sanborn se inclinaba a cada nueva corriente. Refunfuñaba: "Bueno, si no quiere no coloque montantes, son una completa basura; pero ¿se podría colocar una cornisa, siquiera, señor Roark, para conservar la paz en la familia? Nada más que una cornisa almenada; esto no perjudicará nada. ¿O perjudicará?"

Las discusiones terminaron cuando Roark manifestó que no construiría la casa a menos que el señor Sanborn aprobase los bocetos tal como eran y firmase su aprobación en cada pliego de los proyectos. Sanborn firmó.

La señora Sanborn se puso contenta cuando supo que ningún constructor responsable quería emprender la erección de la casa. "¿Has visto?", dijo triunfalmente. Sanborn no quiso ver. Encontró una firma oscura que aceptó el trabajo de mala voluntad y como si hiciese un favor. La señora Sanborn supo que tenía un aliado en el

constructor, y lo invitó a tomar el té, rompiendo con todos los precedentes sociales. Ya había perdido todas las ideas coherentes acerca de la casa; no le quedaba más que el odio a Roark. El constructor odiaba a todos los arquitectos, por principio.

La construcción de la casa de Sanborn duró los meses de verano y otoño, con sus correspondientes batallas diarias. "Pero, señor Roark, le dije que deseaba tres armarios en mi dormitorio, lo recuerdo claramente; era un viernes, estábamos sentados en la sala y Sanborn estaba en el sillón, junto a la ventana, y yo estaba... ¿Qué sé yo de planos? ¿Qué planos? ¿Cómo quiere que yo entienda de planos?" "Mi tía Rosalía dice que no es posible subir una escalera circular, señor Roark. ¿Qué está haciendo? ¿Elegiendo nuestros huéspedes, o disponiendo su casa?" "El señor Hilburt dice que ese cielo raso no puede sostenerse... ¡Oh, sí, el señor Hilburt sabe mucho de arquitectura! Pasó dos veranos en Venecia." "La pobre Jane dice que su habitación será oscura como un sótano... Bueno, esto es lo que pensamos nosotros, señor Roark. Aunque no sea oscura, da la impresión de que lo es, y es la misma cosa."

Roark se pasaba la noche en pie, rehaciendo los planos con las reformas que no podía impedir. Esto significaba días de demoler pisos, escaleras, tabiques ya levantados; esto significaba que se acumulaban extras en el presupuesto del constructor. El constructor se encogía de hombros, y decía: "Ya se lo había dicho. Esto es lo que ocurre siempre que se toma a esos arquitectos fantásticos. Espere y verá lo que le costará antes que termine."

Después, cuando la casa ya tuvo forma, fue Roark el que quiso introducirle cambios. El ala este nunca le había gustado completamente. Observándola, cuando la levantaban, vio el error que había cometido y la manera de corregirlo; le pareció que le daría a la casa una

integridad más lógica. Hacía sus primeros pasos en la construcción y eran sus primeros experimentos. Lo reconocía con franqueza. Pero Sanborn no le permitió que hiciera el cambio; era su hora.

Roark le suplicó, porque una vez que tenía bien claro en el cerebro el aspecto de la nueva ala, no podía soportar el seguir viendo la casa como estaba. "No es que esté en desacuerdo con usted. Yo creo, en efecto, que tiene razón —dijo Sanborn fríamente—, pero no se lo podemos conceder. Lo siento." "Le costará menos que los cambios insensatos que su señora me ha obligado a hacer." "No traigamos a colación eso otra vez." "Señor Sanborn —le dijo Roark amablemente—, ¿quiere usted firmar una autorización para que se haga ese cambio, siempre que no le cueste nada?" "Desde luego, si puede hacer el milagro de trabajar así."

Firmó. El ala oriental fue reedificada. Roark pagó por su cuenta. Le costó más que los honorarios que recibió. Sanborn vaciló, quería reembolsárselo, pero su mujer lo retuvo. "Es una treta ruin —dijo—, es una forma de presionar. Te engaña apelando a tus mejores sentimientos. Espera que le pagarás. Espera y vigila. Te lo pedirá. No le permitas que se salga con la suya." Roark no se lo pidió y Sanborn no se lo pagó nunca.

Cuando la casa estuvo concluida, la señora de Sanborn no quiso vivir en ella. Sanborn la miraba pensativamente, demasiado cansado para que le gustase y para admitir que había deseado una casa como aquélla. Se rindió. La casa no fue amueblada. La señora de Sanborn, su marido y su hija se fueron a Florida durante el invierno, "donde tenemos una casa de decente estilo español, gracias a Dios, porque la hemos comprado ya hecha —dijo—. Eso es lo que ocurre por aventurarte a edificar por tu cuenta, con un arquitecto idiota". Su hijo, ante la sorpresa de todo el mundo, dio un estallido espontáneo de salvaje poder: se negó a ir a

Florida; le gustó la nueva casa y no quiso vivir en ninguna otra parte. De manera que tres habitaciones fueron amuebladas Para él. La familia se fue y él solo se mudó a la casa sobre el Hudson. Por la noche, se podía distinguir desde el río un rectángulo amarillo de luz, único, pequeño y perdido entre las ventanas de la inmensa casa muerta.

El boletín de la Corporación de Arquitectos de Norteamérica publicó una pequeña nota: "Nos han referido un incidente que sería divertido si no fuera deplorable, acerca de la casa edificada recientemente para Whitford Sanborn, conocido industrial. Diseñada por un tal Howard Roark y después de haber costado más de cien mil dólares, a la familia le resultó inhabitable. Está ahora abandonada, como testimonio elocuente de incompetencia profesional."

XIII

Lucio N. Heyer se negó tercamente a morir. Recobrado del ataque, volvió a la oficina, sin hacer caso de las objeciones de su médico ni de las solícitas protestas de Guy Françon. Éste le ofreció comprarle su parte, mientras sus ojos pálidos y acuosos estaban obstinadamente perdidos, pero Heyer no quiso. Iba a la oficina cada dos o tres días y leía la correspondencia, de acuerdo con la costumbre.

Se asombraba confusamente de que ya no le presentaran los clientes importantes, de que no le mostrasen los bocetos de los nuevos edificios hasta que estaban ya medio construidos. Si mencionaba esto, Françon protestaba: "Pero, Lucio, cómo se lo iba a

mostrar, tal como está usted. Cualquier otro hombre ya se hubiera retirado hace tiempo."

Françon le confundía suavemente; Peter Keating le contrariaba. Keating se molestaba en saludarle sólo cuando se encontraban, y lo hacía como si se hubiese olvidado. Le abandonaba en medio de una frase. Cuando Heyer daba la más mínima orden a alguno de los dibujantes y ésta no se cumplía, los dibujantes le informaban de que habían recibido una contraorden del señor Keating. Heyer no podía comprender esto. Recordaba en Keating al muchacho modesto que había hablado con él tan bien acerca de las porcelanas antiguas. Al principio excusó a Keating, después trató de ablandarle, humilde y torpemente; al fin, sintió un irrazonable temor ante él. Se quejó a Françon. Le dijo con petulancia, asumiendo una autoridad que nunca había ejercido: "Su protegido, ese Keating, se está poniendo imposible. Es descortés conmigo. Tendría que librarse de él." "Mire, Lucio —le dijo Françon secamente—, ¿Por qué cree que le dije que se retirara? Se está destrozando los nervios y empieza a imaginar cosas que no existen."

Después llegó el concurso del edificio "Cosmo-Slotnick".

La empresa cinematográfica "Cosmo-Slotnick", de Hollywood (California), había decidido levantar un rascacielos en Nueva York, que tuviese un cine y cuarenta pisos para oficinas. Se había anunciado un concurso para la elección de arquitecto, hacía ya un año. Se manifestaba que la "Cosmo-Slotnick" no se dedicaba solamente al arte cinematográfico, sino que se interesaba por todas las artes, dado que todas ellas contribuían a la creación de los films, y siendo la arquitectura una rama de la estética, la "Cosmo-Slotnick" haría lo más posible por ella.

Con las últimas informaciones acerca de la

distribución de *Me agarraré a un marinero* y la proyección de *Esposas en venta*, se hicieron alusiones al Partenón y al Panteón. La señorita Sally fue fotografiada en la escalinata de la catedral de Reims, en traje de baño, y Pratt Purcell concedió una entrevista en la cual manifestó que, si no hubiese sido actor de cine, le habría gustado ser arquitecto.

Ralston Holcombe, Guy Françon y Gordon Prescott fueron citados al hablar del porvenir de la arquitectura norteamericana en un artículo que escribió la señorita Williams, la cual, en una imaginaria entrevista, relataba lo que Christopher Wren hubiera dicho del cine. En los suplementos del domingo había fotografías de las estrellas de la "Cosmo-Slotnick" en *shorts* y suéters con una regla T y reglas de cálculo en la mano delante de tableros de dibujar que llevaban la leyenda: "Edificio Cosmo-Slotnick" sobre un inmenso signo de interrogación.

El concurso fue abierto para los arquitectos de todos los países; el edificio se levantaría en Broadway y costaría diez millones de dólares; debía simbolizar el genio de la técnica moderna y el espíritu del pueblo norteamericano, y se anunció de antemano que sería "el edificio más hermoso del mundo".

El jurado lo componían el señor Shupe, que representaba a la "Cosmo"; el señor Slotnick, que representaba a "Slotnick"; el profesor Peterkin, del Instituto de Tecnología de Stanton; el alcalde de la ciudad de Nueva York; Ralston Holcombe, presidente de la CAA, y Ellsworth Toohey.

—¡Hágalo, Peter! —le dijo Françon a Keating con entusiasmo—. Haga lo mejor que pueda. Dé todo lo que pueda de sí. Ésta es su gran oportunidad. Si gana el concurso, será conocido en todo el mundo. Y haremos esto: en la presentación pondremos su nombre junto con los de la firma. Si ganamos, usted recibirá la quinta

parte del premio. El premio mayor es de sesenta mil dólares.

—Heyer se opondrá —dijo Keating con precaución.

—¡Que se oponga! Por eso lo hago. Debería terminar de una vez; sería lo más honroso que podría hacer. Y yo..., bueno, cuánto lo siento, Peter. Pienso en usted como si ya fuera mí socio. Es una deuda que tengo con usted. Bien se lo ha ganado. Esto puede ser la llave para serlo.

Keating rehizo cinco veces su proyecto. Lo odiaba. Odiaba cada viga del edificio aun antes de dibujarla. Trabajaba con las manos trémulas. No pensaba en el proyecto que tenía entre manos; pensaba en todos los competidores que podían ganar el concurso y ser proclamados superiores a él. Deseaba saber lo que hacían otros, cómo resolvían los problemas y de qué manera lo iban a aventajar. Tenía que vencer a aquel hombre; no le interesaba ninguna otra cosa más. Peter Keating no existía, sino una cámara de succión, una especie de planta tropical de la cual había oído hablar, una planta que atraía a los insectos por medio del vacío, y los exprimía hasta adquirir su propia sustancia.

Sintió una inmensa incertidumbre cuando estuvieron listos los bocetos y la delicada perspectiva de un blanco edificio de mármol estuvo terminada prolijamente delante de él. Parecía un palacio del Renacimiento hecho de caucho, estirado para que tuviese la altura de los cuarenta pisos. Eligió el estilo Renacimiento porque sabía, por una ley no escrita, que a todos los jurados les gustaban las columnas, y recordaba que Ralston Holcombe era uno de los jurados. Había copiado algo de todos los palacios italianos favoritos de Ralston Holcombe. Le parecía bueno..., podía estar bien..., no estaba seguro. No tenía a quién consultar.

Sintió estas palabras en su propia mente y le invadió una ola de ciego furor. Al principio no supo la causa,

pero pronto se dio cuenta de que era porque había alguien a quien podía consultar. No necesitaba mencionar el nombre; no iría a verlo, la rabia le subía al rostro. Se dio cuenta de que iría.

Dio libertad a su pensamiento. No iría a ninguna parte. Cuando llegó el momento, ordenó los dibujos en una cartera y se fue a la oficina de Roark.

Lo encontró solo, en la amplia habitación, donde no había ningún signo de actividad.

—¡Hola, Howard! —dijo vivamente—. ¿Cómo estás? ¿Te interrumpo?

—¡Hola, Peter! No me interrumpes.

—¿No estás ocupado?

—No.

—¿Tienes inconveniente en que me siente algunos minutos?

—Siéntate.

—Has hecho un gran trabajo, Howard. Vi la tienda de Fargo. Es espléndida. Te felicito.

—Gracias.

—Marchas firmemente hacia delante, ¿no? Ya has tenido tres trabajos...

—Cuatro.

—¡Oh, sí, cuatro, es cierto! Muy bien. Oí decir que habías tenido un pequeño tropiezo con los Sanborn.

—Sí.

—Bueno, no todo ha de realizarse como en un mar de aceite, se comprende... ¿No tienes nuevos trabajos desde entonces? ¿Nada?

—No, nada.

—Bueno, ya vendrán. Yo siempre digo que los arquitectos no deberían hacerse la guerra entre sí. Hay abundancia de trabajo para todos. Debemos fomentar un espíritu de unidad y de cooperación profesional. Por ejemplo, este concurso. ¿Ya te has presentado?

—¿Qué concurso?

—¿Cómo? El "concurso"... El concurso de la "Cosmo-Slotnick"...

—No me he presentado.

—¿Qué? ¿No... te has presentado?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no participo en concursos.

—Pero ¿por qué, por el amor de Dios?

—Vamos, Peter. No has venido a discutir esto.

—Pensaba, en realidad, mostrarte el trabajo que voy a presentar. Comprenderás que no te pido que me ayudes, quiero conocer solamente tu reacción, tu opinión general, nada más.

Se apresuró a abrir la cartera.

Roark estudió los bocetos. Keating le preguntó:

—¿Está bien? ¿Está todo bien?

—No, esto es una calamidad y tú lo sabes.

Después, durante horas, mientras Keating observaba y el cielo se oscurecía y se encendían luces en las ventanas de la ciudad, Roark habló, explicó, trazó líneas en los planos, desenredó el laberinto de las salidas del teatro, cortó ventanas, desenmarañó vestíbulos, hizo pedazos arcos innecesarios, puso en orden escaleras.

Keating balbuceó una vez:

—¡Jesús, Howard! ¿Por qué no participas en el concurso si puedes hacer una cosa semejante?

Roark replicó:

—Porque no puedo. No podría aunque lo intentase. Me aburre; no me interesa. No les puedo dar lo que quieren. Pero puedo poner en orden el revoltijo condenado de alguno, cuando lo veo.

Era ya de día cuando puso a un lado los planos. Keating murmuró:

—¿Y la altura?

—¡Al diablo la altura! No quiero mirar tus condenadas alturas de estilo Renacimiento.

Pero miró y no pudo impedir que su mano cortara líneas de perspectiva.

—¡Listo! Al diablo, dales un buen Renacimiento, si tienes y si hay tal cosa. Sólo lo puedo hacer para ti. Calcúlalo tú mismo. Algo como esto, más simple, Peter, más simple, más directo, tan honesto como se puede hacer una cosa deshonesto. Ahora vete a tu casa y trata de organizar algo de acuerdo con esto.

Keating volvió a su casa. Copió los planos de Roark. Los efectuó de acuerdo con el bosquejo apresurado de Roark, pero con una perspectiva prolija, terminada. Una vez que los dibujos estuvieron empaquetados, los dirigió en forma adecuada a:

*Concurso del edificio más hermoso del mundo.
Empresa cinematográfica "Cosmo-Slotnick".
Ciudad de Nueva York.*

El sobre que contenía el proyecto llevaba los nombres: "Françon y Heyer. Arquitectos. Peter Keating, dibujante asociado."

Durante los meses de aquel invierno no se le presentó a Roark ningún trabajo ni oferta ni proyectos de comisiones. Sentado en la oficina se olvidaba a veces de encender las luces en la temprana oscuridad. Era como si la pesada inmovilidad de todas las horas que pasaban por la oficina, por la puerta y por el aire empezaran a macerarse en sus músculos. Se levantaba para sacar un libro, para mover un brazo, para sentir el ruido. Se sonreía, se divertía, recogía el libro y lo ponía nuevamente, con cuidado, sobre la mesa. Encendía la lámpara. Se detuvo antes de retirar las manos del cono

de luz que proyectaba la lámpara y se puso a contemplar las manos, extendiendo los dedos suavemente. Recordaba lo que Cameron le había dicho hacía tiempo. Retiró al punto las manos, se puso el abrigo, apagó la luz, cerró con llave la puerta y se fue a su casa.

Cuando llegó la primavera se dio cuenta de que el dinero no le duraría mucho tiempo. Pagaba el alquiler de la oficina el primero de cada mes; quería tener la sensación de seguridad durante los treinta días que tenía por delante. Entraba en la oficina tranquilamente cada mañana. Sabía que no necesitaba mirar el calendario para advertir cuándo empezaban a acortarse los días y cuándo habían terminado los treinta días del mes. Cuando se dio cuenta de que no tenía mucho dinero, empezó a mirar el calendario. Era una carrera nueva, una carrera entre el importe del alquiler y... no sabía el nombre del otro rival. Quizá fuese cualquier hombre que pasaba por la calle.

Cuando subía al estudio, los ascensoristas lo miraban de manera extraña, con curiosidad y desgana. Cuando les hablaba, le contestaban sin insolencia, Pero con aire indiferente, como advirtiendo que de un momento a otro se podría tornar insolente. No sabían a qué se dedicaba ni por qué lo hacía; sabían tan solo que era un hombre al cual nunca le llegaban clientes. Atendía porque Austen Heller le había pedido que atendiese a las pocas personas que ocasionalmente le enviaba. Los visitantes le preguntaban:

"¿Usted es el arquitecto? Perdóneme, no estoy al tanto de la arquitectura. ¿Qué ha construido?" Cuando les contestaba, los oía replicar: "Oh, sí, justamente", pero se daba cuenta, por la cortesía forzada de sus gestos, de que opinaban que no era un buen arquitecto. No habían visto nunca sus edificios, no sabían si eran buenos o malos; sabían solamente, que nunca habían oído hablar de ellos.

Era una guerra en la cual estaba invitado a pelear, pero no tenía nada contra lo cual combatir, y aunque era empujado a la lucha y tenía que luchar inevitablemente, carecía de adversario.

Pasaba frente a edificios en construcción. Se detenía a contemplar las armazones de acero. Le parecía a veces que las vigas no daban forma a una casa, sino a una barricada para que lo detuviera, y que los pocos pasos que lo separaban de la acera a la valla de madera, que encerraba la construcción, eran los pasos que nunca podría dar. Era un dolor, pero un dolor embotado, que no penetraba. "Es cierto", se decía a sí mismo. "No es cierto", respondía su cuerpo, la salud extraña e intacta de su cuerpo.

La tienda de Fargo se abrió, pero un edificio no puede salvar a un barrio. Los competidores de Fargo tenían razón; la ola había cambiado, se dirigía hacia la parte alta de la ciudad. Los parroquianos desertaban. Se hicieron observaciones precisas sobre la decadencia de John Fargo, que había ido más allá de su pobre capacidad de comerciante con la inversión que había hecho en un ridículo edificio, lo que probaba, como se decía, que el público no aceptaba las innovaciones arquitectónicas. No se dijo que la tienda era la más perfecta y la más brillante de la ciudad, que la pericia inteligente con que había sido planeada hacía las operaciones más cómodas que nunca, que el barrio ya estaba condenado antes de que se levantase el edificio. La culpa recayó sobre el edificio.

Áthelstan Beasely, el bufo de la profesión de arquitecto, el payaso cortesano de la CAA, que nunca había construido nada, pero que organizaba todos los bailes de caridad, escribió en su sección, titulada "Pullas y salidas", del boletín de la CAA: "Bien, muchachos y muchachas, he aquí un cuento de hadas con una moraleja; había una vez un muchachito, con cabellos del

color de las calabazas de Carnaval, que creía ser el mejor entre todos los jóvenes y chicas. Para probarlo erigió una casa que es muy hermosa, aunque nadie quiere vivir en ella, y una tienda que es muy bella, pero que va a quebrar. Hizo también una construcción eminente: un carrito tirado por un perro en un camino de barro. Esto último se comenta que ha sido muy bien hecho. Quizás esté ahí el verdadero campo de actividades de este chiquilín."

A fines de marzo, Roark leyó en los diarios referencias a Roger Enright. Enright poseía millones, un negocio de petróleo y no tenía freno alguno. Por esto su nombre aparecía frecuentemente en los diarios. Despertó, de golpe, un respeto que era mitad admiración y mitad burla a causa de la variedad incoherente de sus aventuras. La última era un proyecto para un nuevo tipo de vivienda, una casa de departamentos con cada unidad completa y aislada, como si fuera una casa particular costosa. Sería conocida como la "Casa Enright". Enright había manifestado que no quería que se pareciera a ninguna cosa, de cualquier parte que fuese. Había consultado y había rechazado a los mejores arquitectos de la ciudad.

Roark tuvo la sensación que el artículo del diario era una invitación personal, la oportunidad creada especialmente para él. Por primera vez en su vida intentó conseguir un trabajo. Solicitó una entrevista con Roger Enright y pudo hablar con su secretario. Éste era un hombre joven, que parecía aburrido. Le hizo muchas preguntas acerca de su experiencia, las hizo lentamente, como si necesitase un esfuerzo para decidir lo que era apropiado averiguar en tales circunstancias, desde que las contestaciones no se iban a diferenciar de cualesquiera otras. Miró las fotografías de los edificios que Roark había hecho y le contestó que a Enright no le interesarían.

En la primera semana de abril, cuando Roark había pagado su último alquiler, para poder estar un mes más en la oficina, se le pidió que presentase proyectos para un nuevo edificio de la "Compañía del Banco Metropolitano". Se los pidió el señor Weidler, miembro del Consejo de administración, que era amigo de Richard Sanborn. Weidler le dijo: "He tenido una dura lucha, pero creo que he ganado. Los llevé personalmente a la casa de Sanborn, y Dick y yo les explicamos unas cuantas cosas. Sin embargo, el Consejo quiere ver los planos antes de tomar cualquier decisión. De manera que hablando con franqueza, no es completamente seguro todavía, pero es casi seguro. Han rechazado ya dos arquitectos. Se interesan mucho por usted. ¡En marcha! ¡Buena suerte!"

Henry Cameron tuvo una recaída y el doctor previno a su hermana que no debía esperarse ninguna mejoría. Ella no le quiso creer. Sintió una nueva esperanza, porque vio que Cameron, que yacía tranquilo en la cama, parecía sereno y casi feliz, palabra que nunca creyó posible que se asociara con su hermano.

Una noche se asustó cuando de pronto le dijo: "Llama a Howard. Dile que venga." En tres años que habían pasado desde su retiro nunca había mandado llamar a Roark; siempre había esperado sus visitas.

Roark llegó en el término de una hora. Se sentó junto a su lecho y Cameron habló como de costumbre. No aludió a la invitación especial ni le dio explicaciones. La noche era calurosa, y la ventana del dormitorio, que daba al oscuro jardín, permaneció abierta. Cuando advirtió, en una pausa de sus frases, el silencio de los árboles, el silencio inmóvil de las últimas horas del día, Cameron llamó a su hermana y le dijo:

—Prepara una cama para Roark; se quedará esta noche.

Roark lo contempló y comprendió todo. Inclinó su

cabeza en signo de conformidad. Por la mirada tranquila y solemne que tenía Cameron, pudo comprender qué significaba aquello.

Roark estuvo tres días en la casa. No se hizo ninguna referencia a su estancia, ni al tiempo que tendría que quedarse. Su presencia se aceptaba como un hecho natural que no requiriese comentario. La señorita Cameron comprendió y se dio cuenta de que no debía decir nada. Andaba silenciosamente, con el dócil valor de la resignación.

Cameron no deseaba que Roark estuviese continuamente en la habitación. Le decía:

—Salga, dé un paseo por el jardín, Howard. Está hermoso; la hierba está creciendo.

Él, desde la cama, observaba con alegría, a través de la ventana abierta, la figura de Roark, que caminaba entre los árboles desnudos o permanecía mirando el cielo azul pálido.

Pidió solamente que Roark comiera con él. La señorita Cameron colocaba una bandeja sobre las rodillas de su hermano y servía los platos a Roark en una mesita colocada junto a la cama. Parecía que Cameron sintiese placer en lo que nunca tuvo ni buscó: una sensación de calor, una rutina diaria, una atmósfera de familia.

En la noche del tercer día, Cameron se recostó en la almohada. Hablaba como de costumbre, pero pronunciaba lentamente las palabras y no movía la cabeza. Roark lo escuchaba concentrado, sin demostrar que sabía lo que estaba pensando en las constantes pausas de Cameron. Cameron habló de los materiales de construcción del futuro:

—Observe los materiales ligeros de la industria, Howard... En pocos años... verá hacer cosas asombrosas con ellos... Observe los materiales plásticos, es totalmente una nueva era... que se origina con ellos... Se

encontrarán nuevas herramientas, nuevos medios, nuevas formas... Habrá que mostrar... a los tontos... qué riqueza ha creado para ellos el cerebro del hombre... qué posibilidades... La semana última he leído algo acerca de una nueva clase de azulejos... y pensé en una manera de usarla... donde nada... más se haría... tome, por ejemplo, una casa pequeña... de unos cinco mil dólares...

Después de un instante se detuvo y permaneció, en silencio, con los ojos cerrados. Luego Roark oyó que murmuraba, de pronto:

—Gail Wynand.

Se acercó a él, perplejo.

—No odio... a nadie más... solamente a Gail Wynand... No, nunca le he visto... Pero representa... todo lo que hay de malo en el mundo... el triunfo... de la más insoportable vulgaridad... Es contra Gail Wynand contra quien tendrá que luchar, Howard.

Después se calló un largo rato. Cuando abrió los ojos nuevamente, sonrió y dijo:

—Sé... lo que está pasando en la oficina, ahora... — Roark nunca le había hablado de esto—. No... no

lo niegue... y no diga nada... Lo sé... Pero... así es... No tema. ¿Se acuerda del día que quise echarle...? Olvide lo que entonces le dije... No era el relato completo... Este es... No tema... Valía la pena.

Su voz se debilitaba y no pudo continuar hablando, pero la mirada continuaba lúcida y contemplaba a Roark sin esfuerzo. Una hora más tarde murió.

Keating veía a menudo a Catherine. No había anunciado su compromiso, pero, como su madre lo conocía, ya había dejado de ser un secreto precioso que les pertenecía. Catherine solía pensar que Peter había destruido el sentido de sus encuentros; se evitaba la

soledad de las esperas, pero había perdido la confianza en sus retornos inevitables. Keating le había dicho: "Esperemos el resultado del concurso del cine, Katie; no tardará mucho. El resultado se publicará en mayo. Si gano, estaré acomodado para toda la vida. Entonces nos casaremos. Y en esa oportunidad conoceré a tu tío, y él también querrá conocerme. Tengo que ganar. Sé que ganaré. Además, el viejo Heyer no durará un mes más. El médico nos dijo que hay que esperar un segundo ataque todavía, y que ése será el definitivo. Si no se marcha al cementerio, con seguridad tendrá que marcharse de la oficina." Ella le había respondido: "Peter, no me gusta oírte hablar así. No debes ser tan... terriblemente egoísta." "Lo siento, querida. Bueno... Sí, supongo que soy egoísta. Todo el mundo lo es", repuso él.

Pasaba más tiempo con Dominique. Dominique lo aguardaba con complacencia, como si no le presentase ya ningún problema. Parecía que le resultaba apropiado, como una compañía sin consecuencia para una noche ocasional e intrascendente.

Una noche de primavera concurren juntos a un baile. Bailaron y él la estrechó contra sí. Se dio cuenta de que ella lo advertía y que comprendía. No se separaba, le contemplaba con una mirada fija que casi era una expectación. Cuando salieron, le colocó el abrigo y pasó sus manos sobre los hombros de ella. Ella no se movió ni se ajustó el abrigo; esperó a que él sacara las manos. Después caminaron juntos hasta el coche.

Sentóse ella silenciosamente en un rincón del coche. Hasta entonces no había considerado la presencia de él tan importante como para merecer silencio. Se sentó, cruzó las piernas, se ajustó el abrigo al cuerpo y se golpeó las rodillas con sus dedos. Él le pasó suavemente la mano por el brazo; ella no opuso resistencia ni respondió nada; solamente sus dedos se detuvieron. Él

apoyó los labios en sus cabellos; no era un beso, era un dejar que sus labios se posaran allí largo rato.

Cuando el coche se detuvo, murmuró:

—Dominique..., permítame que suba..., sólo un momento...

—Bueno —respondió ella.

En su tono, en vez de invitación había desgana. Pero nunca se lo había permitido antes. Él la siguió con el corazón palpitante.

La entrada de ella en el departamento duró un fragmento de segundo, y se detuvo a esperar. Él la contemplaba impotente, perplejo, excesivamente feliz. Advirtió la pausa sólo cuando ella volvió a ponerse en movimiento y fue hasta la sala de recibo. Se sentó y sus manos cayeron muertas a ambos lados, los brazos separados del cuerpo, sin protección. Entornó los ojos rectangulares, perdidos.

—Dominique... —murmuró—, Dominique, que hermosa es usted...!

Después se colocó a su lado murmurando incoherentemente:

—Dominique..., Dominique..., la amo... No se ría de mí, por favor, no se ría... Toda mi vida... lo que usted quiera... ¿No se da cuenta de lo hermosa que es...? Dominique..., la amo...

Se calló, la abrazó colocando su rostro junto al de ella, esperando alguna muestra de resistencia o alguna respuesta, pero no se produjeron. La atrajo violentamente y la besó en la boca.

Sus brazos cayeron de golpe. Dejó caer el cuerpo de ella sobre el asiento y la contempló estupefacto. No era un beso, no era una mujer lo que había tenido en sus brazos; lo que él había abrazado y besado no tenía vida. Sus labios no se movían para emitir una respuesta, sus brazos no se habían movido para abrazarle, no hubo reacción alguna. Creyó que iba a haber una reacción.

Era como si la hubiese asido o la hubiese dejado caer para siempre, besándola nuevamente o satisfaciendo su deseo y el cuerpo de ella lo ignorase. Ella lo contemplaba. Vio una colilla de cigarrillo que se había caído del cenicero que estaba sobre una mesa, alargó la mano y la volvió donde estaba.

—Dominique —murmuró tontamente—, ¿no quería que la besase?

—Sí. —Ya no se reía de él, le contestaba simple y despreocupadamente.

—¿No había sido besada antes?

—Sí. Muchas veces.

—¿Y siempre se comportó como hoy?

—Siempre exactamente como hoy.

—¿Por qué quiso que la besara?

—Quise probarlo.

—¡Usted no es humana, Dominique!

Levantó la cabeza, se puso en pie nuevamente. La fina precisión de sus movimientos volvían a ser los propios. Él advirtió que su voz ya no sería simple, comunicativa, impotente; advirtió que la intimidad había terminado, aunque sus palabras, cuando ella habló, fueran más íntimas y reveladoras que nunca. Habló como si no le preocupase lo que revelaba ni a quién se lo revelaba.

—Supongo que soy una de esas mujeres monstruosas y totalmente frías de las cuales usted habrá oído hablar. Lo siento, Peter. ¿Ve? No tiene rivales, pero tampoco tiene posibilidades. ¿Un desengaño, querido?

—Ya... ya... le pasará... algún día...

—No soy tan joven, después de todo. Tengo veinticinco años. Imagino que será muy excitante ser una mujer disoluta. Yo lo soy, en todas las cosas, pero... Peter, parece que usted fuera a enrojecer, de golpe. ¡Qué divertido!

—Dominique, ¿nunca ha estado enamorada? ¿Ni siquiera algo enamorada?

—No lo he estado, y le aseguro que me gustaría enamorarme de usted. Pensé que sería conveniente. No hubiera tenido inconveniente. Pero ¿ha visto? Soy incapaz de sentir nada. No encuentro ninguna diferencia entre usted, o Alvah Scarret, o Lucio Heyer.

Keating se puso en pie. No quiso mirarla. Fue hacia la ventana y se quedó mirando hacia fuera. Había olvidado su deseo y la belleza de ella, para recordar, entonces, que era la hija de Françon.

—Dominique, ¿se casará conmigo?

Debía decirlo entonces; si se ponía a pensar en ella, nunca lo diría. Lo que sentía hacia ella, ya no tenía importancia; no podía permitir que se interpusiese entre él y su futuro, y lo que sentía era un odio creciente.

—¿Habla en serio?

Se volvió hacia ella. Habló rápida y fácilmente. Mentía en aquel instante y de esa manera estaba seguro de sí mismo y no tenía dificultades.

—La quiero, Dominique. Estoy loco por usted. Deme una oportunidad. Si no hay ningún otro ¿por qué no? Me amaré, porque la comprendo. Seré paciente. La haré feliz.

Ella levantó los hombros y de pronto se echó a reír. Rió sencilla y francamente. Vio que la pálida espuma de su traje temblaba. Permaneció rígida, con la cabeza echada hacia atrás, como una cuerda que se sacudiese con las vibraciones de los insultos ciegos que le dirigía; eran insultos, porque su risa no era amarga ni burlona, era simplemente alegre.

Cesó la risa y se quedó mirándole, y le dijo con seriedad:

—Peter, si alguna vez quisiera castigarme por algo terrible, si quisiera castigarme con asco, me casaría con usted. —Y agregó—: Considérelo como una promesa.

—Esperaré, no importan las razones que elija. Entonces ella se sonrió de gozo; era la sonrisa fría y alegre que él temía.

—En realidad, Peter, no tiene por qué hacerlo. De cualquier manera llegará a ser socio, y siempre seremos buenos amigos. Ahora ya es tiempo de que se vaya a su casa. No olvide que el miércoles me tiene que acompañar a la exposición de caballos. Adoro las exposiciones de caballos. Buenas noches, Peter.

Él se fue caminando hacia su casa en la tibia noche de primavera. Caminaba precipitadamente. Si en aquel momento alguien le hubiese ofrecido la propiedad de la firma de Françon y Heyer, al precio del casamiento con Dominique, la habría rehusado. Sin embargo, sabía también, con odio hacia sí mismo, que no la rechazaría si se la ofrecían al día siguiente.

XIV

Peter Keating pensaba que aquello era temor. Lo que se siente en las pesadillas. Uno despierta cuando ya no lo puede soportar, pero él no podía despertarse ni lo soportaba. Había ido creciendo durante días, durante semanas y al fin lo había atrapado: era miedo derrota, miedo lascivo e inexplicable. Iba a perder el concurso: estaba seguro de que lo iba a perder y esa seguridad aumentaba en cada día de espera que pasaba. No podía trabajar; saltaba cuando le hablaban, y no podía dormir por las noches.

Se fue caminando hacia la casa de Lucio Heyer. Trataba de no fijarse en las caras de las personas que pasaban, pero tuvo que hacerlo. Siempre había mirado a

la gente, y la gente le miraba; siempre había sido así. Hubiera querido gritar y decir que se volvieran, que lo dejaran solo. Creía que lo miraban fijamente porque sabían que iba a fracasar.

Iba a la casa de Heyer para evitar el desastre que se acercaba, para tratar de evitarlo en la única forma que se le aparecía como accesible. Si fracasaba en el concurso —y sabía que iba a fracasar—, Françon se disgustaría y se desilusionaría, y entonces, si Heyer moría, como podía suceder en cualquier momento, Françon titubearía antes de aceptar a Keating como socio, por las consecuencias amargas de una humillación pública; y si Françon dudaba, el juego estaba perdido. Había otros que estaban esperando la misma oportunidad: Bennett, a quien no había podido echar de la oficina; Claude Stengel, a quien le había ido muy bien trabajando por su cuenta, y que se había acercado a Françon con el ofrecimiento de comprarle la parte de Heyer. Keating no contaba con nada, salvo con la incierta fe que Françon tenía depositada en él. Si otro socio remplazaba a Heyer, eso significaba el fin del porvenir de Keating.

En las noches de insomnio, la decisión en su mente se fue haciendo clara e inflexible. Debía cerrar la salida de golpe, debía tomar ventaja sobre las frustradas esperanzas de Françon, antes que el ganador del concurso fuera anunciado; debía forzar a Heyer a retirarse y él ocupar su lugar. Le quedaban pocos días.

Se acordaba de los chismes de Françon acerca del carácter de Heyer. Buscó entre los expedientes de la oficina de Heyer lo que deseaba encontrar. Era la carta de un contratista, escrita hacía unos quince años, en la cual manifestaba, sencillamente, que incluía un cheque por la suma de veinte mil dólares que le debía al señor Heyer. Keating estimó los datos de los edificios privados y le pareció que la construcción había costado más de lo que debía costar. Aquel mismo año Heyer

empezó a coleccionar porcelanas. Encontró a Heyer solo en su estudio. Era una habitación pequeña y sombría, y el aire de su interior parecía cargado, como si no hubiese sido renovado durante años. El artesanado, de caoba oscura, los tapices, los viejos muebles de inapreciable valor se conservaban perfectamente limpios, pero la habitación daba la impresión de indigencia y decadencia. Había una sola lámpara encendida sobre una mesita colocada en un rincón, y cinco tazas de porcelana antigua, delicadas y preciosas, sobre la mesa. Heyer estaba sentado con la espalda doblada, examinando las tazas en la penumbra, con placer vago e insustancial. Se encogió de hombros, imperceptiblemente, cuando el viejo criado hizo pasar a Keating y pestañeó con insulsa perplejidad, diciéndole que se sentase.

Cuando oyó los sonidos de su propia voz, Keating se dio cuenta de que había perdido el temor que le había acompañado en su trayecto por las calles. Su voz era fría y firme. Tim Davis, Claude Stengel y un hombre más, ahora, debían ser removidos.

Le explicó lo que quería, desplegando en el aire inmóvil de la habitación un párrafo corto, preciso y completo, como una gema con bordes perfectos.

—De manera que, a menos que usted comunique a Françon su retiro mañana por la mañana, "esto" irá a la CAA —concluyó, sosteniendo la carta por uno de sus ángulos, con los dedos.

Esperó. Heyer estaba inmóvil, con la vista perdida, sin brillo, y la boca abierta, formando un círculo perfecto. Keating se encogió de hombros y se preguntó si estaba hablando con un idiota.

Entonces la boca de Heyer se movió y la lengua de color rosa se agitó entre los dientes inferiores,

—Yo no quiero retirarme —respondió simple y cándidamente, con un lamento breve y petulante.

—Tendrá que retirarse.

—No quiero. No lo haré. Soy un arquitecto famoso. Siempre fui un arquitecto famoso. No quiero que la gente me moleste. Todos quieren que me retire. Le diré un secreto. —Se inclinó hacia delante y murmuró con astucia—: Usted no lo puede saber, pero yo sí; él no me puede engañar: Guy quiere que me retire. Cree que es más listo que yo, pero yo puedo ver a través de él. Es una buena broma para Guy.

Y trató de reprimir, suavemente, la risa.

—Creo que no me ha comprendido. ¿Comprende esto? —Keating colocó la carta entre los dedos medio cerrados de Heyer.

Observó que el fino pliego de papel temblaba en sus manos. Después cayó sobre la mesa y la mano izquierda de Heyer, con sus dedos paralizados, se clavó en él ciegamente, sin propósito, como un gancho. Y habló tragándose las palabras.

—No puede enviar eso a la CAA. Me cancelarían la licencia.

—Seguro que lo harán.

—Y aparecerá en los diarios.

—En todos ellos.

—No puede hacer eso.

—Lo haré a menos que usted se retire.

Los hombros de Heyer cayeron en la mesa. Su cabeza quedó sobre el borde, tímidamente, como si quisiera ocultarla a la vista.

—No haga eso, por favor, no lo haga —murmuró Heyer en un largo lamento sin pausas—. Usted es un muchacho excelente. Usted es un muchacho excelente, y no lo hará.

El cuadrado de papel amarillo estaba sobre la mesa. La torpe mano de Heyer, deslizándose lentamente, lo alcanzó. Keating se inclinó hacia delante y se lo arrancó.

Los ojos de Keating brillaban de disgusto; la aversión le seguía agujoneando. Tendría que hacer lo peor, porque no lo podía soportar.

—Lo pondré en la picota —agregó Keating, y el sonido de su voz resplandecía—. Será denunciado. La gente le señalará con el dedo. Aparecerá su retrato en los diarios. Los propietarios del edificio lo demandarán y lo meterán en la cárcel.

Heyer estaba callado. No se movía. Keating oyó que las tazas de la mesa empezaron a tintinear de pronto. No podía ver el sacudimiento de Heyer, oía un retintín en el silencio de la habitación, como si las copas estuviesen temblando solas.

—¡Salga! —dijo Keating levantando la voz para no oír aquel sonido—. ¡Salga de la firma! ¿Para qué quiere estar en ella? ¡Usted no sirve para nada! ¡Nunca ha servido para nada!

El rostro amarillo que estaba junto al borde de la mesa, abrió la boca y emitió un sonido apagado, gorgoteando, como un gemido.

Keating se sentó cómodamente, inclinándose hacia delante, las piernas separadas, un codo apoyado sobre la rodilla y la mano que colgaba agitando la carta.

—Yo... —dijo Heyer sofocándose—. Yo...

—¡Cállese! Nada tiene que decir, excepto si o no. Decídase de una vez. No estoy aquí para discutir.

Heyer se calló temblando. Una sombra cortaba diagonalmente su rostro. Keating vio que un ojo no se movía, tenía la boca semiabierta y la oscuridad brotaba de aquel hueco y se derramaba sobre el rostro, como si se estuviese ahogando.

—¡Contésteme! —gritó Keating asustándose—. ¿Por qué no me contesta?

El medio rostro se inclinó y vio que la cabeza se balanceó hacia delante; luego cayó sobre la mesa y finalmente rodó por el suelo como si hubiese sido

cortada. Dos tazas cayeron detrás de ella, rompiéndose en pedazos sobre la alfombra. Lo que le alivió fue ver que el cuerpo había seguido a la cabeza y que yacía amontonado sobre el suelo, intacto. No sé oyó ningún ruido, solamente el sonido apagado y musical de la porcelana.

"Se pondrá furioso", pensó Keating contemplando las tazas. Se puso de pie de un salto, se arrodilló para juntar los pedacitos y vio que no tenían compostura. Se dio cuenta de que había llegado el segundo ataque que esperaban y que tendría que hacer algo en aquel momento, pero que todo había ido bien, porque Heyer ya no tenía que retirarse.

Después se acercó al cuerpo de Heyer, andando sobre las rodillas. Le asombró que no quisiera tocarle. "Señor Heyer", lo llamó. Su voz era suave, casi respetuosa. Le levantó con cuidado la cabeza. La dejó caer. No oyó ningún ruido cuando cayó. Solamente oía el hipo de su propia garganta. Heyer estaba muerto.

Púsose junto al cuerpo, las manos extendidas sobre las rodillas. Miró hacia el frente; su mirada se detuvo en los pliegues de las cortinas, se preguntaba si el resplandor gris era polvo o si era la pelusa de terciopelo. Y era terciopelo: ¡qué pasado de moda estaba tener cortinas en las puertas! Después empezó a temblar. Sintió ganas de vomitar. Se levantó, anduvo por la habitación y abrió de par en par la puerta, porque recordó que había otras habitaciones y que había un criado, y lo llamó, tratando de gritar para pedir auxilio.

Keating fue a la oficina como de costumbre. Contestó a las preguntas que le hicieron, explicando que Heyer le había pedido que fuera a su casa ese día, después de cenar, porque quería discutir la cuestión de su retiro.

Nadie puso en duda su relato, y Keating se dio cuenta de que nadie sabría nunca nada. El fin de Heyer

había ocurrido como todo el mundo esperaba que ocurriese. Françon se sintió aliviado. "Sabíamos que ocurriría, tarde o temprano. ¿Por qué lamentar que se haya evitado a sí mismo y nos haya evitado a nosotros una agonía prolongada?"

Pocos días después de la muerte de Heyer, Françon lo llamó a su oficina.

—Siéntese, Peter —dijo con una sonrisa más vivaz que de costumbre—. Tengo buenas noticias para usted, muchacho. Se leyó el testamento de Lucio esta mañana. No ha dejado parientes. Me sorprendió, pero ha tenido un rasgo muy delicado. Se lo deja todo a usted. Bastante grande, ¿no es cierto? Ahora no se tendrá que preocupar por los gastos cuando hagamos preparativos para... ¿Qué le pasa, Peter, se siente mal?

La cabeza de Keating cayó sobre su brazo, en un ángulo del escritorio. No quería que Françon viera su cara. Se sentía enfermo, enfermo porque, a través del horror, quería saber cuánto le había dejado Heyer...

El testamento había sido hecho hacía cinco años, quizás en una insensata explosión de afecto hacia la única persona que le había demostrado consideración en la oficina; quizá como un alarde contra su socio. Había sido hecho y olvidado. La cantidad ascendía a doscientos mil dólares, además de los intereses que Heyer tenía en la firma y la colección de porcelanas.

Keating se fue temprano de la oficina, sin escuchar las felicitaciones. Se dirigió a su casa y le contó las novedades a su madre. La dejó con la boca abierta, en medio del *living room*, y se encerró en su dormitorio. Salió antes de cenar, sin decir nada. No cenó esa noche, pero bebió con lucidez feroz en su favorita taberna clandestina. Y en ese estado exaltado, lleno de visiones luminosas, moviendo la cabeza sobre la copa, pero con la mente segura, se dijo que nada tenía que lamentar, pues había hecho lo que cualquiera en su lugar habría

hecho. Catherine le había dicho que era un egoísta; todo el mundo lo es; no es muy hermoso ser egoísta, pero él no era el único. Si había sido más afortunado que la mayoría se debía a que era mejor que los demás, se sentía muy bien. Esperaba que aquellas preguntas inusitadas no volvieran a su mente. "Cada hombre se preocupa por sí mismo", murmuró, cayendo dormido sobre la mesa. Las preguntas no volvieron; no hubo tiempo para ellas en los días que siguieron. Había ganado el concurso "Cosmo-Slotnick".

Peter Keating sabía que sería un triunfo, pero no esperaba lo que ocurrió. Soñó con un sonido de trompetas, pero no había previsto una explosión sinfónica. Empezó con una leve llamada telefónica, que anunció los nombres de los ganadores. Después todos los teléfonos se juntaron, chillando, estallando entre los dedos del telefonista, que apenas podía atender: llamadas de todos los diarios de la ciudad, de los arquitectos famosos, preguntas, demandas de entrevistas, felicitaciones. Después la inundación salió de los ascensores para derramarse por las oficinas; mensajes, telegramas de la gente que Keating conocía y de personas a las cuales no había visto nunca. El empleado que atendía no sabía a quiénes hacer pasar y a quiénes no. Y vino el estrechar las manos de Keating, como un río de manos interminable, como una rueda de dientes suaves y húmedos que golpease sus dedos. Con la oficina de Françon llena de gente y de máquinas fotográficas, no sabía qué había dicho en el primer reporte. Françon abrió de par en par las puertas del armario de bebidas. Françon decía a todos que el edificio de la "Cosmo-Slotnick" había sido creado por Peter Keating solo; a Françon no le importaba, se sentía magnánimo en aquel arranque de entusiasmo; además, era una buena publicidad.

Fue una publicidad mejor que la que Françon

esperaba. Desde todas las páginas de los diarios, el rostro de Keating estaba mirando al país; el rostro hermoso, sano, sonriente, con los ojos brillantes y el negro cabello, encabezaba columnas impresas que hablaban de la pobreza de la lucha, de la aspiración y del trabajo incansable que habían obtenido el premio; de la fe de la madre que había sacrificado todo por el éxito de su hijo; de la "Cenicienta de la Arquitectura".

Los de la "Cosmo-Slotnick" estaban encantados, no habían pensado que el arquitecto ganador del premio fuese tan joven, tan hermoso, tan pobre-bueno, pobre hasta ese momento. Habían descubierto un muchacho genial; los de la "Cosmo-Slotnick" adoraban a los muchachos geniales. El señor Slotnick mismo había sido uno de ellos, aunque ya contaba cuarenta y tres años.

Los planos del "rascacielos más hermoso de la tierra" se reprodujeron en los diarios con las palabras de la adjudicación debajo: "... por la pericia brillante y la sencillez de su plano... por su eficiencia limpia y despiadada... por su ingeniosa economía de espacio... por la maestría con que había combinado lo moderno con lo tradicional en el Arte... a Françon & Heyer y Peter Keating..."

Keating apareció en los noticiarios del cine, dándose la mano con el señor Shupe y con el señor Slotnick, y el guión anunciaba lo que aquellos dos caballeros pensaban de su edificio. Keating apareció dándose la mano con la señorita Dimples Williams y el guión anunciaba lo que Keating pensaba del último film de ella. Aparecía en los banquetes de los arquitectos y en los banquetes de la gente del cine, en el sitio de honor, donde tenía que pronunciar discursos que él olvidaba si debían versar sobre arquitectura o sobre cine. Aparecía en los clubs de los arquitectos y en los de los fanáticos. La "Cosmo-Slotnick" ofreció una fotografía de Keating

y del edificio, que se podía conseguir enviando un sobre franqueado que llevase escrita la dirección y veinticinco centavos. Keating apareció personalmente todas las noches, durante una semana, en el escenario del teatro "Cosmo-Slotnick"; se inclinaba junto a las candilejas, con gracia y delicadeza, vestido de smoking, y hablaba dos minutos sobre el significado de la arquitectura. Presidió como jurado un concurso de belleza en Atlantic City, cuya ganadora fue premiada por la "Cosmo-Slotnick" con un contrato de prueba para actuar en el cine. Fue fotografiado con un boxeador famoso, y su imagen apareció bajo el encabezamiento: "Campeones." Se hizo una miniatura del edificio y se la envió, juntamente con las fotografías de los mejores proyectos presentados, para que fuese exhibida en los vestíbulos de los teatros "Cosmo-Slotnick" en todo el país.

La señora Keating sollozó al principio, abrazando a Peter y tartamudeando que le parecía imposible. Balbució al responder a las preguntas que se le hacían sobre Peter y posó ante las máquinas fotográficas, ansiosa de complacer a los demás. Después se acostumbró. Le dijo a Peter, encogiéndose de hombros, que era muy natural que hubiese ganado él y no otro, y que no tenía que asombrarse por eso. Empleó con los reporteros un tono de condescendencia leve y vivaz. Se molestaba en forma evidente cuando no la incluían en las fotografías que le sacaban a su hijo. Se compró un abrigo de visón.

Keating se dejó arrastrar por la corriente. Necesitaba que la gente y la algarabía le rodeasen. Cuando estaba en una tarima, sobre un mar de rostros, no se hacía preguntas, no tenía dudas; el aire estaba cargado, saturado de una admiración única y disolvente; no había lugar para nadie más. Se sentía tan grande como la multitud se lo decía.

Encontró tiempo para pasar dos horas con Catherine

una noche. La abrazó, y ella le susurró planes brillantes para lo futuro; él la contemplaba con alegría, sin prestar atención a sus palabras; estaba pensando en cómo quedarían si se retratasen juntos y en la cantidad de diarios que iban a reproducir la fotografía.

Vio una vez a Dominique. Ella dejó la ciudad en el verano. Estaba desencantada. Le felicitó con corrección, pero le miró como siempre, como si nada hubiera ocurrido. Entre todas las publicaciones de arquitectura, la sección de ella era la única que no había hablado del concurso "Cosmo-Slotnick" ni del ganador.

—Me voy a Connecticut —le dijo—. He aceptado la casa de papá para todo el verano. La puse completamente a mi disposición. No, Peter, no vaya a visitarme. Ni una vez siquiera. Me voy allí para no ver a nadie.

Keating se sintió defraudado, pero eso no echó a perder el triunfo de aquellos días. Ya no temía a Dominique. Tenía confianza en que la haría cambiar de actitud, y que el cambio lo vería cuando ella estuviese de vuelta en el otoño.

Pero había una cosa que deslucía su triunfo, aunque no con mucha frecuencia, y él solo la sentía. No se cansaba de escuchar lo que le decían, pero no le gustaba mucho que hablasen del edificio. Y cuando escuchaba los comentarios, no le importaba si se referían a: "la maestría con que ha combinado lo moderno con lo tradicional" en la fachada; pero cuando se hablaba del plano —¡se hablaba tanto de él!— y oía hablar de la "pericia brillante y la sencillez... la eficiencia limpia y despiadada... la ingeniosa economía del espacio...", cuando oía esto y se acordaba de...

No lo pensó. No había palabras en su cerebro. No las permitiría. Solamente había un sentimiento oscuro y pesado... y un nombre.

Dos semanas después de la adjudicación del premio,

alejó de su cerebro aquellas cosas, como algo indigno de su preocupación, para sepultarlas como había sepultado su pasado humilde. Durante todo el invierno había conservado los bocetos con las líneas a lápiz trazadas por otra mano. La primera cosa que hizo la noche de la adjudicación del premio fue quemarlos.

Pero la obsesión no le abandonaba. Entonces le ocurrió que no se trataba de una amenaza vaga, sino de un verdadero peligro, y perdió todo temor. Podía tratar con un peligro real, podía disponer de él muy simplemente. Se rió tranquilizado, telefoneó a la oficina de Roark y concertó una entrevista con él.

Asistió confiado a la cita. Por primera vez en su vida se libraba de la inquietud extraña que sentía en presencia de Roark sin que se la pudiese explicar, ni rechazarla. Ahora se sentía seguro. Había terminado con Howard Roark.

Roark estaba sentado junto al escritorio esperando. El teléfono había sonado una vez aquella mañana, pero había sido Peter Keating para pedirle la entrevista. Le olvidó. Estaba atento al teléfono. Durante aquellas últimas semanas dependía del teléfono. A cada momento esperaba saber algo de los proyectos para la Compañía del Banco Manhattan.

Hacía tiempo que el alquiler de la oficina había vencido, lo mismo que el de la habitación en que vivía. No se preocupaba por la habitación, podía decirle al dueño que esperara y el dueño esperaría, y nada importante iba a ocurrir por eso. Pero la oficina era otra cosa. Le dijo al administrador, con la más suave y estupenda simplicidad, que necesitaba una prórroga. Pero que necesitaba esa limosna del administrador, que todo dependía de ella, sonaba en su mente como si estuviese mendigando. Era una tortura. "No importa — se dijo —, es una tortura. ¿Qué vamos a hacer?." El pago del teléfono estaba atrasado en dos meses. Había

recibido el último aviso. Dentro de pocos días sería desconectado. Tenía que esperar. ¡Tantas cosas podían ocurrir en pocos días!

La contestación del Banco, que Weidier le había prometido hacía tiempo, había sido demorada semana tras semana. El Consejo no llegaba a ponerse de acuerdo, había impugnadores y violentos defensores. Weidier le dijo poco, con elocuencia, pero podía suponer mucho. Había días de silencio, de silencio en la oficina, de silencio en toda la ciudad, de silencio dentro de sí mismo. Esperaba.

Se sentó con una mano apoyada en la cara y la otra en el teléfono. Se le ocurrió que no debería sentarse en esa forma, pero aquel día se sentía muy cansado. Le pareció que tenía que apartar la mano del teléfono, pero no la movió. Sí, dependía del teléfono. Lo podía hacer pedazos, pero cada aliento y cada fracción de sí mismo seguían dependiendo de él. Sus dedos permanecieron inmóviles en el aparato. Era el teléfono y la correspondencia. Se mentía a sí mismo en cuanto a la correspondencia; se mentía cuando se preocupaba de que se amontonase, cuando aparecía alguna rara carta por el buzón de la puerta y no corría a buscarla, sino que esperaba, se quedaba mirando el sobre blanco en el suelo y después iba, lentamente y lo recogía. El buzón de la puerta y el teléfono eran las dos únicas cosas que le quedaban en el mundo.

Levantó la cabeza conforme iba pensando en esas cosas y miró hacia la puerta. No había nada. Era ya tarde y probablemente había pasado la hora del último reparto. Levantó la muñeca para mirar la hora, pero no tenía nada en la muñeca, porque el reloj lo había empeñado. Miró por la ventana hacia un reloj que distinguía en una torre distante. Eran las cuatro y media. No habría otro reparto de correspondencia.

Advirtió que su mano estaba levantando el receptor

del teléfono. Sus dedos marcaban los números.

“No, todavía no —le dijo la voz de Weidier, a través del aparato—. Habíamos proyectado la reunión para ayer, pero fue aplazada... Los sigo como un *bulldog*... Le prometo que mañana tendremos una respuesta definitiva. "Casi" puedo prometérselo. Si no es mañana habrá que esperar a que pase el fin de semana; pero para el lunes se lo prometo con seguridad... Ha sido sumamente paciente con nosotros señor Roark. Lo tendremos en cuenta." Roark dejó caer el receptor. Cerró los ojos. Intentó descansar unos minutos allí donde estaba, antes de pensar qué día le habían dicho que desconectarían el teléfono y qué haría hasta el lunes.

—¡Hola, Howard! —dijo Peter Keating.

Abrió los ojos. Keating había entrado y estaba sonriente delante de él. Llevaba un sobretodo de primavera, color de canela, abierto, con los extremos del cinturón colgando a los lados, y una flor de aciano en el ojal. Se paró con las piernas separadas, los puños en las caderas, el sombrero echado hacia atrás. Las negras ondas de su pelo eran tan brillantes, en contraste con su pálida frente, que uno esperaba ver gotas de rocío primaveral brillando sobre ellas como en la flor de aciano.

—¡Hola, Peter!

Keating se sentó cómodamente. Se quitó el sombrero, lo puso sobre la mesa y, después de una ligera palmadita, se cogió la rodilla con las manos.

—¡Caramba, Howard! Las cosas que están pasando, ¿no?

—Mí enhorabuena.

—Gracias. ¿Qué te pasa, Howard? Estás como el diablo. Por cierto, no trabajas mucho, he oído decir...

No era la actitud que pensaba asumir. Había imaginado una entrevista cordial y amistosa. "Bueno —

pensó—, dejaremos eso para más tarde." Pero primero quería demostrar que no temía a Roark, que nunca volvería a temerle.

—No, no trabajo demasiado.

—Mira, Howard, ¿por qué no dejas de una vez de ser así?

Era algo que no hubiera querido decir de ningún modo. Su boca permaneció muda de asombro.

—¿Dejar qué?

—La "pose", o los ideales, si prefieres, ¿Por qué no bajas a la tierra? ¿Por qué no empiezas a trabajar como todo el mundo? ¿Por qué no dejas de ser un tonto?

Le parecía que estaba descendiendo por una colina sin asperezas. No pudo contenerse. Howard le dijo tranquilamente:

—¿Qué pasa, Peter?

—¿Cómo quieres progresar en el mundo? Tienes que vivir con la gente, y hay sólo dos caminos. Unirte a ellos, o combatirlos. Pero parece que tú no tomas ninguno de los dos.

—No, ninguno de los dos.

—Y la gente no te quiere. ¡No te quiere! ¿No temes?

—No.

—Durante un año no has trabajado nada. Y no trabajarás. ¿Quién te dará trabajo? Podrás tener, pero serán unos cientos de dólares..., los últimos.

—Te equivocas, Peter. Tengo catorce dólares y cincuenta y siete centavos.

—¿Y entonces? ¡Mírame a mí! No sé si está mal que yo mismo te lo diga. No es ésa la cuestión. No me jacto. No tiene importancia quién lo diga. ¡Pero mírame! ¿Te acuerdas cómo empezamos? Ahora, contemplémonos. Después, piensa que todo depende de ti mismo. Abandona de una vez esa estúpida ilusión de creer que eres mejor que otros..., y trabaja. Dentro de un año tendrás una oficina que te hará enrojecer si la comparas

con este basurero. Las personas andarán detrás de ti, tendrás clientes, tendrás amigos, tendrás un ejército de dibujantes a quien mandar, en torno tuyo. Howard, no es cuestión mía —¿qué me puede importar?—, ahora no me preocupo nada más que de mí mismo; en efecto, sé que podrías ser un rival peligroso, pero tengo que decírtelo. ¡Piénsalo, Howard, piénsalo! ¡Serás rico, serás famoso, serás respetado, serás elogiado, serás admirado... serás uno de nosotros...! ¿Y entonces...? Di algo. ¿Por qué no hablas?

Vio que los ojos de Roark no estaban vacíos ni desdeñosos, sino atentos y asombrados. Estaba próximo a una rendición, porque no había dejado caer la lamina de acero de los ojos, que permanecieron curiosos y enigmáticos... y casi impotentes.

—Mira, Peter, te creo. Sé que no ganas nada al decírmelo. Y sé más todavía. Sé que no quieres que progrese; es justo. No te lo reprocho; lo sé desde hace tiempo. Tú no quieres que yo logre todas esas cosas que me ofreces, y sin embargo, me incitas a obtenerlas, con toda sinceridad. Tú sabes que si siguiera tu consejo las obtendría. Y no es cariño por mí, Peter, porque eso te pondría furioso, y te daría pavor... ¿Por qué te molesta que sea como soy? —repuso Howard con serenidad.

—No sé... —murmuró.

Comprendió que aquella respuesta significaba una terrible confesión. No se dio cuenta del carácter de la confesión que había hecho y creyó que Roark tampoco lo habría advertido. Pero todo quedó al descubierto. No la podían aferrar, pero sentían su presencia. Y se quedaron silenciosos, mirándose uno al otro, con asombro y resignación.

—¡Cálmate, Peter! —le dijo Roark, suavemente, como a un camarada—. No volvamos a hablar de eso jamás.

Entonces Keating dijo, de pronto, con la voz

aliviada, con la brillante vulgaridad de su nuevo tono:

—Howard, te estaba hablando sin sentido. Ahora si quieres trabajar como una persona normal...

—¡Cállate! —estalló Roark.

Keating se echó hacia atrás cansado. No tenía nada más que decir. Había olvidado lo que había ido a discutir.

—¿Qué querías decirme del concurso?

Keating se inclinó violentamente hacia delante. Le llamó la atención que Roark lo hubiese sospechado. Y entonces resultó más fácil, porque olvidó lo demás en una rápida oleada de resentimiento.

—¡Ah, sí! —dijo crispado, con súbito acento de irritación en la voz—. Sí, quería hablarte de eso. Gracias por habérmelo recordado. Claro, lo sospechabas porque sabes que no soy un puerco ingrato. En realidad vine aquí a agradecértelo. No he olvidado que tenías una participación en el edificio, que me habías dado alguna idea. Y soy el primero en darte una parte de ese crédito.

—No es necesario.

—No es que me importe, pero estoy seguro que no querías decirme nada acerca de esto, y estoy seguro de que no quieres decírtelo, porque sabes cómo es; la gente es tan curiosa, que interpreta las cosas de una manera estúpida... Pero desde que recibí el premio pensé que lo correcto era darte una parte a ti. Estoy encantado de haber llegado a tiempo, ahora que te encuentras tan necesitado.

Sacó su cartera, y de ella un cheque que había hecho antes, y lo colocó sobre la mesa. Lo leyó: "Páguese, a la orden de Howard Roark, la suma de quinientos dólares."

—Gracias, Peter —dijo Roark tomando el cheque.

Después lo volvió y escribió al dorso: "Páguese a la orden de Peter Keating", lo firmó y se lo entregó.

—Éste es mi soborno, Peter. Con el mismo propósito. Para que no digas una sola palabra. —

Keating lo miró fijamente—. Esto es todo lo que puedo ofrecerte ahora. No puedes perjudicarme en estos momentos, pero pido que no me hagas ningún chantaje después, cuando tenga dinero. Te digo con franqueza que me lo podrías hacer, porque no quiero que nadie sepa que yo he tenido que ver con ese edificio.

Se rió de la suave expresión de asombro que había en los ojos de Keating.

—¿No? —agregó Roark—. ¿No me sacarás dinero con eso? Vete a tu casa, Peter. Puedes estar completamente seguro, jamás diré una sola palabra. Es tuyo el edificio, y cada viga y cada pie de plomo y cada retrato de los que han salido en los diarios.

Entonces Keating se puso en pie. Estaba temblando.

—¡Vete al diablo! —gritó—. ¡Vete al diablo! ¿Quién crees que eres? ¿Quién te ha dicho que puedes hacer esto a la gente? ¿De manera que eres demasiado bueno para hacer ese edificio? ¿Quieres avergonzarme con eso? ¡Tú, bastardo, engreído, podrido, piojoso! ¿Quién eres tú? Ni siquiera tienes inteligencia para darte cuenta de que eres un fracasado, un incapaz, un mendigo, ¡un fracasado, un fracasado, un fracasado! ¡Y estás dictando sentencia! ¡Tú, contra todo el país! ¡Tú, contra todo el mundo! ¿Por qué tengo que escucharte? No me puedes asustar. No me puedes rozar. ¡Tengo a todo el mundo conmigo...! ¡No me mires así! ¡Siempre te he odiado! ¿No lo sabías, no lo sabías? ¡Siempre te he odiado! ¡Siempre te odiaré! Algún día te haré pedazos, lo juro que lo haré; sí, eso será lo que haré al final.

—Peter, ¿por qué te traicionas de ese modo?

La respiración de Keating se convirtió en un lamento ahogado. Se dejó caer en una silla, se quedó tranquilo, aferrado al asiento por los lados.

Después de un rato, levantó la cabeza y preguntó torpemente:

—Dios mío, Howard, ¿qué he estado diciendo?

—¿Estás bien ahora? ¿Puedes irte?

—Howard, lo siento. Te pido que me perdones.

—Su voz era desapacible y apagada, sin convicción—. Perdí la cabeza. Sospecho que estoy mal de los nervios. No quise decir nada de lo que dije. No sé por qué lo he hecho. Te juro que no lo sé.

—Arréglate el cuello, lo tienes suelto.

—Creo que me enojé por lo que hiciste con el cheque. Me imaginé que me insultabas también. Algunas veces se me ocurren estupideces así. No quise ofenderte. Rompamos este condenado cheque.

Lo recogió, encendió una cerilla y observó cuidadosamente cómo se quemaba el papel, hasta que cayó el último fragmento.

—Howard, olvidémoslo.

—¿No crees que sería mejor que te fueses? Keating se levantó pesadamente, con las manos en los bolsillos, con un gesto bastante desusado, y murmuró:

—Está bien..., bien..., buenas noches, Howard. Te... te veré pronto... Se me ha hecho tan tarde... Creo que necesito descanso... ¡Hasta luego, Howard...!

Después de dar unos pasos en el vestíbulo y cerrar la puerta tras sí tuvo una helada sensación de alivio. Se notaba pesado y muy cansado, pero tristemente seguro de sí mismo. Había adquirido un conocimiento: odiaba a Roark. No había que dudarle y no había por qué seguir retorciéndose con las inquietudes. Era simple. Odiaba a Roark. ¿Las razones? No era menester preguntarse las razones. Era necesario odiar, solamente odiar, odiar ciegamente, odiar pacientemente, sin cólera, solamente odiar, sin que nada interviniese, sin olvidarse jamás.

El teléfono empezó a sonar en el atardecer del lunes.

—¿El señor Roark? —preguntó Weidler—. ¿Puede venir en seguida? No quiero decir nada por teléfono, pero venga aquí, en seguida.

La voz sonó clara, alegre, premonitoria.

Roark miró el reloj de la torre a través de la ventana. Se rió del reloj, como de un enemigo viejo y cordial. No lo necesitaba más, tendría otra vez su reloj. Echó hacia atrás la cabeza como un desafío a la niebla gris y pálida que se cernía sobre la ciudad.

Se levantó y tomó su abrigo. Echó los hombros hacia atrás, al ponérselo, y sintió placer al mover los músculos.

El presidente del Consejo lo esperaba en su oficina con Weidler y con el vicepresidente del Banco Manhattan. Había en la habitación una larga mesa. Sobre ella estaban extendidos los proyectos de Roark. Weidler se levantó conforme Roark entró y se adelantó a saludarlo tendiéndole la mano. Había en el aire de la habitación como una obertura a las palabras que Weidler pronunció, y Roark no tenía seguridad del momento en que las había oído, porque creía que había sido al entrar.

—Muy bien, señor Roark, el trabajo es para usted — dijo Weidler.

Roark se inclinó. Era mejor no confiar en su voz durante unos minutos.

El presidente sonrió con amabilidad y lo invitó a que se sentara. Roark se sentó junto a donde se hallaban los proyectos. Apoyó su mano en la mesa. La caoba parecía caliente y viva bajo sus dedos. Era como si estuviese presionando con la mano los cimientos del edificio, del grandioso edificio de cincuenta pisos que se levantaría en el centro de Manhattan.

—Debo decirle —manifestó el presidente— que hemos tenido una lucha terrible por su edificio. Gracias a Dios, todo está resuelto. Algunos de los miembros del Consejo no pudieron tragar sus innovaciones radicales. Usted sabe qué estúpidamente conservadora es cierta gente. Pero hemos encontrado una manera de

complacerlos, y nos han dado su consentimiento. El señor Weidler ha estado magnífico al convencerlos en favor de usted.

Los tres hombres dijeron un sinnúmero de cosas. Roark casi no los escuchaba. Estaba pensando en la primera dentellada de la máquina que cavara la tierra para colocar los cimientos. Después oyó que el presidente decía: "...de manera que es suyo, con una mínima condición". Oyó aquello y miró al presidente.

—Se trata de un pequeño compromiso, y, cuando se muestre de acuerdo, podemos firmar el contrato. Es una cuestión sin consecuencia acerca del aspecto del edificio. Comprendo que ustedes, los modernistas, no den una importancia muy grande a una simple fachada; es el plano lo que cuenta para ustedes, con justa razón, y no quisiéramos alterarlo de ningún modo; es la lógica del plano lo que queremos convertir en edificio. Estoy seguro de que a usted no le importará.

—¿Qué quiere usted?

—Se trata solamente de una ligera reforma en la fachada. Me explicaré. Le pedimos al hijo de nuestro compañero, el señor Parker, que estudia arquitectura, que nos hiciera un bosquejo, nada más que un bosquejo en borrador, para ilustrar lo que teníamos en la cabeza y mostrárselo a los miembros del Consejo que no llegaban a comprender el arreglo que les ofrecíamos. Aquí está.

Sacó un bosquejo de debajo de los proyectos y se lo entregó a Roark. Era el edificio de Roark prolijamente copiado. Era el mismo edificio, pero tenía al frente un pórtico dórico simplificado y una cornisa en la parte superior, y su decoración había sido remplazada por una ornamentación griega estilizada.

Roark se levantó. Estando así, todo le parecía más fácil. Apoyó su brazo rectamente, la mano cerrada sobre el borde de la mesa, mostrando los tendones bajo la piel de la muñeca.

—¿Ve usted la cuestión? —dijo el presidente amablemente—. Nuestros conversadores no quisieron aceptar un edificio extraño y rígido como el suyo. Sostuvieron que el público tampoco lo aceptaría. De manera que hemos buscado un término medio. De este modo, desde luego, tampoco es arquitectura tradicional, pero le dará al público la "impresión" de ver lo que está acostumbrado a ver. Y le agrega un cierto aire de dignidad pura y estable... Y esto es lo que queremos en un Banco, ¿no es así? Parece como si hubiese una ley, no escrita, que estableciera que un Banco debe tener un pórtico clásico, y que un Banco no es justamente la institución indicada para alardear de violar la ley e incitar a la rebelión. Socava ese intangible sentimiento de confianza. La gente no confía en las novedades. Pero éste es el esquema que gustó a todos. Personalmente, no insistiría en esto, pero en realidad no veo que eche a perder nada. Y esto es lo que ha resuelto el Consejo. Claro que no significa que queramos que siga este bosquejo. Pero le da nuestra idea general y usted lo efectuará por su cuenta, haciendo su propia adaptación al motivo clásico de la fachada.

Roark contestó después. Los hombres no podían clasificar el tono de su voz, no podían decir si era una calma demasiado grande o una excesiva emoción. Resolvieron que era calma, porque la voz avanzaba con suavidad, sin violencia, sin color, esparciendo cada sílaba como con una máquina, sólo que el aire de la habitación no vibraba como ante una voz tranquila.

Concluyeron que no había nada de anormal en las maneras del hombre que estaba hablando, salvo el hecho de que su mano derecha no se separaba del borde de la mesa, y que cuando tenía que mover los planos, lo hacía con la izquierda, como si tuviese un brazo paralizado.

Habló durante mucho tiempo. Les explicó por qué

aquella construcción no podía tener un motivo clásico en la fachada. Les explicó por qué un edificio honrado, como un hombre honrado, tenía que ser de una sola pieza y de una sola fe, lo que constituía la fuente de la vida, la idea de que estaba en lo profundo de todas las cosas y criaturas que existen, y por qué, si una parte, por muy pequeña que fuera, traiciona esa idea, la cosa o la criatura mueren; y por qué lo bueno, lo alto, lo noble que existe sobre la tierra es tan sólo lo que conserva su integridad. El presidente le interrumpió.

—Señor Roark, estoy de acuerdo con usted. No hay respuesta para lo que está diciendo; pero desgraciadamente en la vida práctica uno no puede ser siempre tan intachablemente coherente. Existe un elemento incalculable de emoción humana. No podemos combatir eso con la fría lógica. Esta discusión es, en realidad, totalmente superflua. Puedo estar de acuerdo con usted, pero no puedo secundarle. La cuestión está confusa. Ésa fue la decisión final del Consejo después de una discusión inusitadamente prolongada.

—¿Quiere que me presente al Consejo y les hable a sus miembros?

—Lo siento, señor Roark, pero el Consejo no permitirá que se prolongue el debate. Se le dio fin. Yo solamente le pido que nos diga si está de acuerdo o no en aceptar el trabajo en estas condiciones. Debo admitir que el Consejo ha considerado la posibilidad de su negativa, y que para tal eventualidad ha sido mencionado el nombre de otro arquitecto, Gordon L. Prescott, como el preferido en la alternativa. Pero ya dije que tenía seguridad de que usted aceptaría.

Esperó. Roark no contestó nada.

—¿Comprende la situación, señor Roark?

—Sí —dijo Roark.

Sus ojos miraron hacia abajo. Estaba contemplando los planos. —¿Y qué? Roark no contestó. —¿Sí o no,

señor Roark?

Roark echó hacia atrás la cabeza. Cerró los ojos.

—No —contestó.

Después de un instante, el presidente le preguntó: —
¿Se da cuenta de lo que está haciendo?

—Completamente —respondió Roark.

—¡Dios mío! —exclamó Weidler de pronto—. ¿No sabe cuan importante es este trabajo? Usted es un hombre joven, pero no obtendrá otra ocasión como ésta. Y... está bien, que se vaya todo al diablo, diré. ¡Pero usted necesita este trabajo! ¡Yo sé cuan angustiosamente lo necesita!

Roark reunió los planos que estaban sobre la mesa, los enrolló y se los puso debajo del brazo.

—¡Es una locura completa! —se lamentó Weidler—. Quiero que usted lo haga. Queremos su edificio. Necesita el trabajo. ¿Es tan fanático y desinteresado?

—¿Qué? —preguntó Roark con incredulidad.

—Fanático y desinteresado.

Roark se sonrió. Miró sus proyectos.. Su codo se movió, aproximándose a su cuerpo. Y dijo:

—¿Es lo más desinteresado que ha visto en un hombre?

Volvió a su oficina. Reunió sus útiles de dibujo y algunos instrumentos que tenía allí. Hizo un paquete y se lo puso bajo el brazo. Cerró la puerta y le dio la llave al administrador. Le dijo que había cerrado su oficina. Se fue a su casa y dejó el paquete. Después marchó a casa de Mike Donnigan.

—¿No? —preguntó Mike al contemplarle.

—No —dijo Roark.

—¿Qué ha pasado?

—Se lo diré en otro momento.

—¡Los bastardos!

—Eso no tiene importancia, Mike.

—¿Qué va a hacer con la oficina ahora?

—La cerré.
—¿Para siempre?
—De momento.
—¡Que se vayan todos al diablo! ¡Que se vayan diablo!
—Cállese. Necesito trabajar. ¿Puede ayudarme.
—¿Yo?
—No conozco a nadie de esas profesiones aquí. Ninguno me quería. Usted les conoce a todos.
—¿En qué? ¿De qué me está hablando?
—De construcciones. Trabajo de albañilería, como hice antes.
—Quiere decir..., ¿un simple trabajo de obrero?
—Quiero decir un simple trabajo de obrero.
—¡Usted está loco, loco de remate!
—Cortemos, Mike. ¿Me conseguirá el trabajo?
—Pero ¿por qué diablos? Usted puede conseguir un empleo decente en una oficina da arquitectura. Bien lo sabe.
—No quiero, Mike. Nunca más.
—¿Por qué?
—No quiero tocar eso. No quiero ni mirarlo. No quiero ayudarles a hacer lo que están haciendo.
—Puede conseguir un trabajo limpio y excelente en cualquier ramo.
—Tendría que pensar en un trabajo limpio y excelente, y no quiero pensar. No como piensan ellos. Tendría que pensar como ellos a cualquier lugar que fuera. Quiero un trabajo donde no tenga que pensar.
—Los arquitectos no hacen el trabajo de los obreros.
—Es todo lo que este arquitecto puede hacer.
—Puede aprender cualquier cosa en un momento.
—No quiero aprender nada.
—¿Quiere que le consiga algo propio de obreros aquí, en la ciudad?
—Eso es lo que quiero.

Mike se indignó.

—No; ¡No puedo! ¡No quiero hacer eso!

—¿Por qué?

—¿Ponerse como un espectáculo para que lo vean los bastardos de la ciudad, para que todos esos inmundos sepan que lo han humillado de esta forma?

Para que gocen con eso?

Roark se rió.

—Eso me importa un comino, Mike. ¿Por qué ha de importarle a usted?

Bueno, no se lo permitiré. No le voy a dar semejante gusto a los inmundos.

—Mike —dijo Roark amablemente—, no hay otro remedio.

—diablo, si que lo hay. Se lo dije antes. Ahora me escuchará las razones. Yo tengo todo el dinero que necesite hasta...

—Le contestaré lo que le dije a Austen Heller. Si me vuelve a ofrecer dinero otra vez, todo habrá terminado entre nosotros.

—Pero ¿por qué?

—No discutamos, Mike.

—Pero...

—Le estoy pidiendo que me haga un favor. Quiero trabajar. Usted no tiene por qué compadecerse de mí, si yo no lo hago.

—Pero... ¿qué le va a pasar?

—¿Dónde?

—Quiero decir... ¿y su porvenir?

—Ahorraré bastante dinero y volveré. O quizás alguno me haga volver antes.

Mike lo miró. Había en los ojos de Roark algo que él no conocía y que Roark no quería demostrar.

—De acuerdo, amigo —dijo Mike, amablemente.

Pensó un tato y después agregó:

—Escúcheme. No quiero conseguirle trabajo en la

ciudad. Eso no puede hacerlo. Me revuelve el estómago pensarlo. Pero le conseguiré algo en el mismo ramo.

—Está bien, cualquier cosa; para mí es igual.

—He trabajado para todos los contratistas de ese niño mimado de Françon, de manera que los conozco a todos. Tiene una cantera de granito en Connecticut. Uno de los capataces es compañero mío. Está ahora en la ciudad, casualmente. ¿Ha trabajado alguna vez en una cantera?

—Una vez, hace tiempo.

—¿Le parece que le gustará?

—Con seguridad.

—Iré a verlo. No le diremos quién es usted. Le diré que es un amigo y nada más.

—Gracias, Mike.

Mike tomó su abrigo, se puso las manos a la espalda y miró al suelo.

—Todo irá bien, Mike.

Roark se marchó a su casa. Estaba oscuro y las calles desiertas. Hacía un viento fuerte que con su ímpetu silbante le azotaba las mejillas. Era la única evidencia de la corriente que rasgaba el aire. No había un solo árbol que se moviese, ni cortinas, ni toldos; tan sólo piedras desnudas, asfalto y esquinas rectas. Por eso en una papelera, en una esquina, una hoja de diario arrugada golpeaba contra la malla de alambre. Esto daba realidad al viento.

Dos días más tarde, por la noche, Roark partió para Connecticut.

Desde el tren se volvía para mirar la línea del horizonte de la ciudad, como si se encendiese bajo su mirada y se mantuviese por momentos a través de las ventanas. El crepúsculo había borrado todos los detalles de los edificios. Finas flechas se erguían en medio de un suave azul de porcelana, en medio de un color que no era el de las cosas reales, sino el de la noche y el de la

distancia. Se levantaban con perfiles desnudos, como si fuesen moldes vacíos que tenían que ser llenados. La distancia achataba la ciudad. Solamente las flechas permanecían inconmensurablemente altas, fuera de toda proporción con el resto de la tierra. Estaban en un mundo, propio, como si elevasen al cielo la declaración de lo que el hombre había concebido y de lo que había hecho posible. Eran moldes vacíos. Pero si el hombre había ido tan lejos, podía continuar hacia delante. La ciudad en el borde del cielo era una pregunta... y una promesa.

Pequeñas luces, como puntitos luminosos, se encendían en la cima de una torre famosa, en las ventanas del restaurante "Star Roof". Después el tren se desvió por una curva y la ciudad desapareció.

Aquella noche había una recepción en el salón de banquetes del restaurante "Star Roof", para celebrar la admisión de Peter Keating como socio de la firma que en adelante se denominaría Françon-Keating.

La larga mesa parecía cubierta por una lámina de luces y no por un mantel. Guy Françon se sentó. Aquella noche no tomó en cuenta los hilos de plata que aparecían en sus sienes, que brillaban, contrastando con el cabello negro y dándole un aire de aseo y elegancia, como la blanca rigidez de su camisa contrastaba con el negro traje de etiqueta.

En el sitial de honor se sentó Peter Keating. Se echó hacia atrás, con sus rectos hombros, en actitud de brindar. Su negro cabello resaltaba sobre su blanca frente. En aquel único instante de silencio los comensales no sentían envidia, ni resentimiento, ni maldad. Había un sentimiento de hermandad en la sala en presencia del muchacho, hermoso y pálido, que estaba con la solemnidad de la primera comunión.

Ralston Holcombe se puso en pie para hablar. Estaba con la copa en la mano. Había preparado un discurso,

pero se asombraba al advertir que estaba diciendo algo completamente diferente, con voz sincera. Dijo:

"Somos los guardianes de una gran función humana, quizá la función más grande que haya intentado el hombre. Hemos realizado mucho y nos hemos equivocado a menudo. Estamos dispuestos, con toda humildad, a dejar el camino a nuestros herederos. Somos nada más que hombres, somos nada más que, investigadores, pero buscamos la verdad con lo mejor que vive en nuestros corazones. Investigamos con lo mejor que vive en nuestros corazones. Investigamos con lo mejor que ha sido concedido a la raza humana. Es una gran cuestión. ¡Por el porvenir de la Arquitectura de los Estados Unidos!"

SEGUNDA PARTE

ELLSWORTH M. TOOHEY

Tener los puños cerrados firmemente, como si la piel de las palmas se hubieran pegado al acero que sostenía; conservar firmes los pies, afirmándolos vigorosamente en la roca que los empujaba hacia arriba; no sentir la existencia del cuerpo sino por la tensión; sentir el barreno que se estremecía en un largo sacudimiento convulsivo en las rodillas, las muñecas, los hombros; sentir sacudidas en el estómago, en los pulmones; que las líneas rectas de los bordes de piedra se disuelven en su presencia en raspaduras melladas; sentir que el barreno y el cuerpo se unían en un solo deseo de ímpetu, que una barra de acero se podía hundir lentamente en el granito...: ésa era la vida diaria de Howard Roark desde hacia dos meses.

Le gustaba el trabajo. Sentía a veces como si fuera una lucha entre sus músculos y el granito. Por la noche estaba muy cansado. Le gustaba ese vacío del cansancio en su cuerpo.

Todos los atardeceres recorría las dos millas que separaban la cantera de la pequeña ciudad en donde vivían los obreros. La tierra de los bosques que atravesaba era suave y tibia bajo sus pies. Esto resultaba extraño después de un día pasado en las colinas de granito y cada noche se sonreía, como ante un nuevo placer, y miraba hacia abajo para ver cómo sus pies trituraban una sustancia que respondía a la presión y les permitía dejar sus leves huellas.

Había un cuarto de baño en el desván de la casa donde se alojaba. La pintura del suelo se había descascarillado y las tablas desnudas eran de un blanco grisáceo. Permanecía largo rato en la bañera para que el agua fría absorbiera el polvo de piedra que había en su piel. Apoyaba la cabeza en el borde de la bañera y cerraba los ojos. La grandeza de su cansancio era su propio alivio; sentía el placer de que la tensión iba abandonando sus músculos.

Cenaba en la cocina con otros cuatro obreros de la cantera. Se sentaba solo a la mesa, en un rincón. El humo de la grasa que crepitaba eternamente en la enorme cocina de gas ocultaba el resto de la habitación envuelta en una humareda pegajosa. Comía poco. Bebía mucha agua. El líquido frío y brillante, bebido en un limpio vaso, era embriagador.

Dormía en una pequeña cama de madera, debajo del techo. Las vigas se inclinaban hacia la cama. Cuando llovía, oía el ruido de las gotas al caer en el techo, y no comprendía por qué la lluvia no golpeaba su cuerpo.

A veces, después de cenar, solía caminar por el bosque que empezaba detrás de la casa. Se echaba en el suelo, boca abajo, con los codos clavados, descansando

el mentón en las manos, y contemplaba los modelos de las nervaduras en las verdes hojas que tenía delante, las soplaba, observaba cómo se estremecían y cómo volvían a quietarse. Más arriba, las hojas se conservaban verdes todavía, pero eran de un verde espeso, sombrío, comprimido, como si el color se condensase en un esfuerzo último antes que lo disolviese la oscuridad. Las hojas colgaban inmóviles en el cielo de brillante amarillo de limón; su palidez luminosa acentuaba la decadencia de su brillo. Presionaba su espalda contra la tierra que tenía debajo; la tierra resistía, pero cedía al fin. Era una silenciosa victoria. Sentía un placer vago y sensual en los músculos de las piernas.

Algunas veces, aunque no a menudo, se quedaba allí, sin moverse, durante mucho rato. Entonces se sonreía; era la sonrisa suave del verdugo que vigila a su víctima. Meditaba en los días que pasaban, en los edificios que podía haber hecho, que podría hacer o que jamás haría. Vigilaba el aspecto del dolor no buscado con una curiosidad fría, desprendida. Se dijo a sí mismo: "Caramba, está aquí otra vez." Calculaba cuánto podía durar. Tuvo un placer duro y extraño al observar esta lucha, y se olvidó de que era su propio sufrimiento. Sonrió con desprecio, sin advertir que sonreía ante su propia agonía. Tales momentos eran raros, pero, cuando llegaban, se sentía como en la cantera, cuando tenía que taladrar el granito, cuando tenía que colocar una cuña y hacer volar lo que en su interior apelaba a su piedad.

Dominique Françon vivió sola aquel verano en la gran mansión colonial de su padre, situada a tres millas de distancia de la ciudad. No recibía visitas. Un viejo sirviente y su esposa, que estaban al cuidado de la finca, eran los únicos seres humanos que veía, y no a menudo, sino sólo en caso de necesidad. Ellos vivían a alguna

distancia de la mansión, cerca de las caballerizas. El viejo atendía al jardín y a los caballos, y su esposa cuidaba la casa y cocinaba para Dominique.

La mujer servía la comida con la graciosa severidad que había aprendido en los días en que la madre de Dominique vivía y presidía la mesa de los invitados en el gran comedor.

De noche, Dominique hallaba dispuesto su sitio solitario en la mesa, como en un banquete ceremonioso. Las doradas llamas de las velas encendidas permanecían inmóviles como el metal brillante de las lanzas de una guardia de honor. La oscuridad se extendía por el vestíbulo; las ventanas inmensas se erguían como una fila de centinelas. Una bola de cristal estaba en medio de un lago de luz en el centro de la mesa con un solo nenúfar, que extendía sus blancos pétalos en torno a un centro amarillo como una gota de fuego.

La vieja mujer servía los platos en medio de un silencio recatado y desaparecía de la casa no bien terminaba de hacerlo. Cuando Dominique subía a su dormitorio, encontraba el delicado camisón bordado extendido sobre la cama. Por la mañana, cuando entraba en el cuarto de baño, encontraba agua en la bañera hendida, las sales de baño con olor a jacinto, los bruñidos azulejos de aguamarina, que brillaban bajo sus plantas, las toallas inmensas, extendidas como ventisqueros para engullir su cuerpo... Sin embargo, no oía pasos ni advertía la presencia de ningún ser viviente en la casa. El trato de la mujer con Dominique tenía la misma precaución reverente que ponía en práctica la vieja para limpiar las piezas de cristal de Venecia que había en las vitrinas de la sala.

Dominique había pasado muchos veranos e inviernos rodeándose de gente para sentirse sola, y este experimento de su soledad actual era un encanto para ella y una traición a una debilidad que no podía

permitirse jamás: la debilidad de gozarla. Extendía sus brazos y los dejaba caer con pereza, sintiendo una pesadez dulce y soñolienta, como después de una primera embriaguez. Tenía conciencia de sus trajes de verano, sentía que sus rodillas, sus muslos, encontraban la débil resistencia del género cuando se movía, y esto le daba conciencia, no del género, sino de sus rodillas y de sus muslos.

La casa quedaba aislada entre grandes extensiones de tierra y bosques que se extendían a lo lejos. No había vecinos en muchas millas. Cabalgaba por caminos desiertos, por sendas ocultas que no conducían a ninguna parte. Las hojas brillaban al sol y las ramas pequeñas crujían en el aire conforme ella pasaba. De vez en cuando contenía la respiración con la esperanza súbita de que encontraría algo magnífico y mortal al dar la primera vuelta en el camino. No podía anticipar qué sería, ni podía decir si sería un espectáculo, un ser humano o un acontecimiento. Sabía tan sólo su calidad, la sensación de un placer audaz.

A veces salía a pie de la casa y caminaba millas y millas sin proponerse fines ni horas de regreso. Los automóviles pasaban a su lado por el camino, la gente de la ciudad próxima la conocía y la saludaba; se la consideraba la castellana de la región, como antes había sido considerada su madre. Se desviaba de los caminos para recorrer los bosques, iba balanceando los brazos, caídos con desgana, observando las cimas de los árboles. Contemplaba las nubes que flotaban encima del follaje, como si un árbol gigante se moviese delante de ella, al sesgo, queriendo aplastarla. Se detenía, la cabeza echada hacia atrás, la garganta tendida. Luego, sin darle importancia, continuaba. Apartaba de su camino, con violencia e impaciencia, las gruesas ramas que herían sus brazos desnudos. Seguía caminando aunque se hallara exhausta, marchaba adelante a pesar del

agotamiento de sus músculos. Luego se echaba de espaldas y yacía inmóvil, extendiendo los brazos y las piernas, como si formaran una cruz. Respiraba con libertad; se sentía vacía y aplastada, como si el peso del aire ejercitara presión sobre su pecho.

Algunas mañanas, cuando se despertaba en el dormitorio, oía las explosiones de la cantera de granito. Apoyaba la cabeza en el brazo que descansaba sobre la blanca almohada de seda y se ponía a escuchar. Era un ruido de destrucción que le gustaba.

Como el sol estaba muy ardiente aquella mañana, en la cantera haría más calor aún. Dominique se encaminó hacia ella entonces porque no quería ver a nadie, aunque sabía que se encontraría con un grupo de obreros. El pensamiento de verlos en aquel día ardiente la rebelaba, pero el proyecto le gustó.

Cuando salió del bosque y llegó al linde de las grandes concavidades de piedra, sintió como si la empujasen a una cámara de ejecución, llena de vapores ardientes. El calor no procedía del sol, sino de los cortes que habían sido hechos en la roca, de la refracción de la piedra cortada. Sus hombros, su cabeza, su espalda, expuestos al sol, parecían fríos comparados con el fuego que subía de las piedras por sus piernas, a su rostro, a su nariz. El aire resplandecía abajo, el granito arrojaba proyectiles de llama. Pensó que la piedra se agitaba, se derretía, se arrastraba en ríos de blanca lava. Barrenos y martillos hacían crujir el peso inmóvil del aire. Producía disgusto contemplar a los hombres en los escalones de aquel horno. No parecían obreros, sino un grupo encadenado que cumplía una sentencia indecible, por un crimen indecible. No pudo alejarse.

Estaba en aquel lugar como un insulto. Su traje tenía el color del agua, un verdeazul pálido, demasiado sencillo y costoso, sus pliegues eran iguales exactamente a los bordes del vidrio; los tacones bajos,

que esquivaban las piedras sueltas; el casco liso de sus cabellos; la fragilidad exagerada de su cuerpo ostentaba la fastidiosa frialdad de los jardines y de los salones de donde ella procedía.

Miró hacia abajo. Sus ojos se detuvieron en los cabellos anaranjados de un hombre que levantó la cabeza para mirarla.

Se quedó muy tranquila, porque su primera percepción no fue visual, sino táctil; no era la conciencia de una presencia visible, sino de una bofetada en la cara. Mantuvo una mano torpemente separada de su cuerpo, con los dedos bien apartados, como si se apoyase en una pared. Se dio cuenta que no podría moverse hasta que no se lo permitiera él.

Contempló su boca y él desprecio silencioso que ostentaba su forma, los planos de sus mejillas, flacas, hundidas; el brillo puro y frío de sus ojos, que carecían de todo rasgo de piedad. Advirtió que era la cara más hermosa que había visto, porque era la abstracción de la fuerza hecha visible. Sintió una convulsión de cólera, de protesta, de resistencia... y de placer. Él la contempló, pero aquello no era una mirada, sino un acto de posesión. Ella pensó darle con su rostro la respuesta que merecía, pero en cambio miró el polvo de la piedra que tenía en sus brazos quemados, la camisa empapada que se adhería a su pecho, sus largas piernas. Pensó en aquellas estatuas masculinas que siempre había buscado y se preguntó cómo sería desnudo. Se dio cuenta de que él la miraba como si supiera todo eso. Creyó que su vida tenía un objeto: un odio súbito y arrebatado por ese hombre.

Fue la primera en moverse, alejándose de él. Vio al superintendente de la cantera, que estaba en una senda, y lo saludó con la mano. El superintendente corrió a su encuentro.

—¡Caramba, señorita Françon! ¿Cómo está usted,

señorita?

Hubiera querido que el hombre que estaba allá abajo oyese aquellas palabras. Por primera vez en su vida, se sentía feliz de ser la señorita Françon, feliz de la posesión y de las posesiones de su padre, a quien siempre había despreciado. Pensó que aquel hombre no era nada más que un obrero que pertenecía al propietario del lugar, y que ella era casi la propietaria.

El superintendente esperó respetuosamente. Ella sonrió, y dijo:

—Supongo que algún día heredaré la cantera, de manera que he pensado que debo demostrar cierto interés de cuando en cuando.

El superintendente la guiaba por la senda, mostrándole su dominio y explicándole el trabajo. Lo siguió por el otro lado de la cantera, descendió a una hoyada de un verde polvoriento, donde estaban las barracas del trabajo, para inspeccionar las ensordecedoras máquinas. Dejó transcurrir un tiempo conveniente, después se volvió sola por el borde de la concavidad de granito.

Lo vio a lo lejos, conforme se acercaba. Estaba trabajando. Vio que un mechón de sus rojizos cabellos le caía en la cara y que se movía a causa de la explosión del barreno. Creyó, llena de esperanzas, que las vibraciones le producirían daño, que herirían su cuerpo, todos los órganos de su cuerpo.

Cuando estuvo en las rocas, él levantó la cabeza y la contempló. No se daba cuenta de que la veía acercarse. Él estaba mirando hacia arriba, como si esperase que volviera, como si supiese que debería volver. Ella vio la insinuación de una sonrisa, más insultante que las palabras, y que sostenía la insolencia de la mirada anterior... No se movía; no le haría la concesión de volverse..., de reconocer que no tenía derecho a mirarla de esa forma. No sólo se había tomado ese derecho;

decía, en silencio, que ella se lo había concedido.

Se volvió de súbito y siguió caminando por el declive rocoso, alejándose de la cantera.

Lo que más recordaba, no eran sus ojos ni su boca: eran sus manos. El significado de aquel día parecía residir en una sola imagen: la del instante en que las manos descansaban en el granito. Las vio de nuevo: las yemas de los dedos hacían presión en la piedra, los largos dedos continuaban las líneas rectas de los tendones, que se abrían en abanico desde la muñeca hasta las articulaciones. Pensaba en él, pero la imagen que tenía presente en su pensamiento era la de una mano sobre el granito. Aquello le dio miedo, un miedo que no podía comprender.

"No es nada más que un obrero común —pensó—, un jornalero que hace un trabajo de condenado." Se lo dijo al sentarse delante del espejo del tocador. Contempló los objetos de cristal que estaban esparcidos como esculturas de hielo, proclamando su fría y lujosa fragilidad, y se acordó de su cuerpo esforzado, de sus ropas empapadas en sudor y polvo, de sus manos. Dio importancia al contraste, porque la rebajaba. Se echó hacia atrás, cerrando los ojos. Se acordó de muchos hombres distinguidos a los cuales había rechazado. Pensó en el obrero de la cantera. Pensó que la estaba destrozando no un hombre a quien admiraba, sino un hombre a quien detestaba. Dejó caer la cabeza sobre su brazo. El pensamiento le produjo una debilidad de placer.

Durante dos días creyó que podría huir de aquel sitio. Encontró en el baúl viejas guías de viajes, las estudió, eligió lugar, hotel, la habitación del hotel, eligió el tren que iba a tomar, el barco, el número del camarote. Era una diversión viciosa en ella, pues sabía que no haría el viaje; sabía que volvería a la cantera.

Tres días más tarde volvió. Se detuvo junto al borde

donde trabajaba él y se quedó observándole descaradamente. Cuando él levantó la cabeza, no se volvió; Su mirada le decía que sabía el significado de su acción, pero que no lo respetaba. La mirada de él decía, simplemente, que había esperado que regresara. Se inclinó hacia el barreno y continuó su trabajo. Ella esperó. Deseaba que levantase la vista. Se daba cuenta de que él lo sabía, pero no volvió a mirarla.

Se quedó mirando sus manos, observando el instante en que tocaba la piedra. Olvidó el barreno y la dinamita, Le gustaba pensar en el granito que rompían sus manos.

Oyó que el superintendente la llamaba por su nombre, corriendo tras ella, por la senda. Se volvió cuando él se acercó.

—Me gusta observar a los hombres que trabajan — comentó.

—Sí, es un cuadro, ¿no? —convino el superintendente—. Allí está el tren a punto de salir con otra carga.

No observó el tren. Miró al hombre que estaba ahí abajo y que le miraba. La insinuación insolente y divertida parecía decirle que él no ignoraba que ella no quería que la mirase nuevamente. Volvió la cabeza. Los ojos del superintendente, que recorrían la hoja, se detuvieron en el hombre.

—¡Eh, usted, el que está ahí abajo! ¿Se le paga por trabajar o para estar con la boca abierta?

El hombre se inclinó, en silencio, sobre el barreno. Dominique rió fuertemente. El superintendente dijo:

—Es una banda de truhanes la que tenemos aquí, señorita... Algunos dé ellos salidos de la cárcel.

—Ese hombre ¿ha estado en la cárcel? —preguntó, señalando hacia abajo.

—No podría decirlo. No los conozco más que de vista.

Deseaba que hubiera estado realmente en la cárcel.

Quería saber si se azotaba aún a los condenados. Esperaba que sí.

Volvióse bruscamente y dejó la cantera.

Retornó muchos días después. Lo vio inesperadamente sobre una extensión de piedra delante de ella, junto a la senda. Se detuvo un poco. No quería aproximarse demasiado. Le resultaba extraño verle tan cerca, sin la defensa y la excusa de la distancia.

Él se quedó mirándola fijamente. Su comprensión era demasiado ofensiva e íntima, porque nunca se habían dicho una palabra. Ella destruyó este silencio, hablándole.

—¿Por qué me mira siempre? —preguntó mordazmente.

Se consoló al pensar que las palabras eran el mejor medio de desviarse. Habló como si ignorase lo que los dos sabían. Se quedó en silencio, mirándole. Sintió terror al pensar que él podía no contestarle, que podía dejar que lo hiciese su silencio, porque ninguna respuesta era necesaria; pero respondió:

—Por la misma razón que usted me está mirando.

—No sé qué quiere decir.

—Si no lo supiese, estaría mucho más asombrada y mucho más colérica, señorita Françon.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Usted lo ha anunciado en voz alta.

—Mejor sería que no fuese insolente. Puedo hacerle echar en seguida, ¿sabe?

—Puede llamar al superintendente.

Ella se sonrió con desprecio.

—No, no. Sería demasiado simple. Pero desde que sabe quién soy yo, sería mejor que no me mirara cuando vengo aquí. Puede ser mal interpretado.

—No lo creo.

Se retiró. Tuvo que dominar su voz. Contempló los bordes de las piedras.

—¿Le resulta muy duro trabajar aquí?

—Sí. Terriblemente duro.

—¿Se cansa?

—Indudablemente.

—¿Qué es lo que siente?

—Que apenas puedo caminar cuando termina el día. No puedo ver mis brazos por la noche. Cuando estoy en la cama, puedo contar cada músculo de mi cuerpo por el número de los dolores, separados y diferentes.

Se dio cuenta, al punto, de que no hablaba de sí mismo, que hablaba de ella, que decía las cosas que ella quería oír.

Sintió cólera, una cólera satisfecha, porque era fría y cierta. Sintió también deseos de que él tocara su piel, de que sus brazos, desnudos, se estrechasen con los de él; nada más que eso: el deseo no fue más allá.

Le preguntó con calma:

—¿Es adecuado para usted este lugar? Usted no habla como un obrero. ¿Qué hacía antes?

—Era electricista, plomero, enyesador..., muchas cosas.

—¿Por qué trabaja aquí?

—Por el dinero que ustedes me pagan, señorita Françon.

Ella se encogió de hombros, se retiró y continuó subiendo por el sendero. Sabía que seguía mirándola, pero no se volvió. Continuó su camino por la cantera y la abandonó tan pronto como pudo, pero no miró hacia abajo, adonde lo habría visto nuevamente.

Todas las mañanas, Dominique se despertaba con el proyecto de vivir un día que tuviese algún significado en su existencia. El objeto de aquel día era no ir a la cantera.

Había perdido la libertad, que tanto amaba. Sabía que la lucha continua contra el impulso de un simple deseo era compulsión también.

Fue a visitar a unos vecinos que vivían lejos, a una familia rica y agradable que la había aburrido en Nueva York. No había visitado a nadie durante todo el verano. Se asombraron y quedaron encantados al verla. Se sentó al borde de la piscina, entre un grupo de personas distinguidas, y observó la atmósfera de fastidiosa elegancia que la rodeaba. Notó los cambios de actitud de todas aquellas personas cuando se dirigían a ella. Contemplaba la imagen de él en la piscina y le pareció más delicadamente austera que las otras.

Y pensó con un estremecimiento vicioso qué harían aquellas personas si leyesen en su espíritu, al saber que estaba pensando en un obrero de la cantera, pensando en su cuerpo con una intimidad penetrante que nadie emplea en otro cuerpo que no sea el propio. Sonrió; la fría pureza de su rostro les impedía notar la naturaleza de aquella sonrisa.

Una noche, uno de los invitados le ofreció llevarla a su casa. Era un poeta joven y muy famoso, pálido, delgado. Tenía una boca suave y sensitiva y los ojos heridos por todo el mundo. Dominique advirtió la atención anhelante con que él la miraba desde hacía largo rato. Conforme viajaban en el crepúsculo, vio que se le acercaba vacilante. Oyó que su voz susurraba todas aquellas cosas suplicantes e incoherentes que había escuchado a tantos hombres. Él detuvo el coche. Sintió que los labios de él se habían posado sobre sus hombros. Se separó de un salto. Quedóse inmóvil un instante todavía, porque si se movía tenía miedo de

rozarse con él y no hubiera podido soportarlo. Después se arrojó por la puerta abierta, saltó y la hizo sonar al cerrarla, como si el estrépito del sonido pudiese borrarlo de la existencia, y corrió ciegamente. Después de un momento se detuvo y luego continuó caminando, temblando, por un camino oscuro, hasta que vio la línea de los tejados próximos a su casa.

Se detuvo mirando en torno con el primer pensamiento coherente de su asombro. Tales incidentes le habían ocurrido a menudo en el pasado, con la diferencia de que entonces se había divertido, no había sentido repugnancia, no había sentido nada.

Caminó lentamente por el césped que rodeaba la casa. Se detuvo en la escalera que conducía a su habitación. Comenzó a pensar en el hombre de la cantera. Se dijo, con palabras claras, bien precisas, que aquel hombre la quería. Lo había sabido antes, lo supo desde la primera vez que él la había mirado, pero nunca se lo había dicho a sí misma.

Se rió. Miró en torno el esplendor silencioso de la casa. La casa hacía ridículas sus palabras. Sabía lo que no le ocurriría nunca, y la clase de sufrimientos que le impondría a él.

Durante varios días recorrió la casa con satisfacción. Era su defensa. Oía las explosiones de la cantera y se reía.

Pero estaba demasiado segura y la casa estaba totalmente a salvo. Sintió deseos de acentuar aquella seguridad desafiando el peligro.

Eligió la repisa de mármol de la chimenea de su habitación. La quiso romper. Se arrodilló, martillo en mano, tratando de hacer pedazos el mármol. Lo golpeó —el brazo delgado pasaba rápidamente sobre su cabeza— con feroz impotencia. Sintió dolor en los huesos de los brazos y en la espalda. Logró agrietar el mármol.

Se fue a la cantera. Lo vio desde lejos y se acercó a él.

—¡Hola! —dijo, demostrando sorpresa.

Él detuvo el barreno y lo apoyó en una de las gradas de la piedra.

—¡Hola! —contestó.

—He pensado en usted —dijo amablemente, y se detuvo. Después, agregó con la voz fluyente, en tono de obligada invitación—: porque tengo un trabajito en mi casa. ¿Le gustaría ganarse un dinero extra?

—Ciertamente, señorita Françon.

—¿Quiere venir a mi casa esta noche? La entrada de los sirvientes está por el camino Ridgewood. Se me ha roto una repisa de mármol y he de sustituirla. Quiero que la saque y haga poner una nueva.

Creyó que rehusaría, pero él preguntó:

—¿A qué hora tengo que ir?

—A las siete. ¿Cuánto le pagan aquí?

—A sesenta y dos centavos la hora.

—Estoy segura de que eso es lo que vale. Estoy dispuesta a pagarle el mismo precio. ¿Sabe cómo encontrar mi casa?

—No, señorita Françon.

—Pídale a cualquiera del pueblo que se lo indique.

—Sí, señorita.

Se fue desalentada. Sintió como si un secreto entendimiento se hubiese perdido. Él había hablado como si se tratase de un simple trabajo que pudiera habérselo ofrecido a cualquier otro obrero. Después volvió a sentir ese sentimiento de vergüenza y de placer que él siempre le producía, se dio cuenta de que el entendimiento era más íntimo y flagrante aún, pues al aceptar un ofrecimiento tan poco natural, él había demostrado, al no asombrarse, cuánto era lo que sabía.

Le pidió al viejo sirviente y a su esposa que aquella tarde se quedasen en la casa. La tímida presencia de

ellos completaba el cuadro de una mansión feudal. A las siete oyó el timbre de la puerta de servicio. La vieja mujer lo acompañó hasta el gran vestíbulo, donde estaba Dominique, en el descanso de una amplia escalinata.

Le observaba conforme se iba acercando, contemplándola. Conservó la misma actitud todo el tiempo conveniente para que él sospechase que se trataba de una actitud deliberadamente preparada, que abandonaría en el instante preciso en que él la advirtiese.

—Buenas noches —dijo. Su voz era austeramente tranquila.

Él no contestó, pero inclinó la cabeza y siguió por la escalera hasta llegar a ella. Llevaba su ropa de trabajo y un saco de herramientas. Sus movimientos tenían una rápida energía, mitigada, que no estaba de acuerdo con aquella casa, con los escalones lustrados, con las delicadas y rígidas barandas. Ella creyó que parecía incongruente en la casa, pero era la casa la que parecía incongruente en torno a él. Movi6 una mano indicándole la puerta del dormitorio. Él siguió dócilmente. Parecía que no advirtiese la habitación en la cual entraba, pues entró como si fuese un taller. Marchó en dirección a la chimenea.

—Ahí está —dijo ella, señalando con el dedo la pieza de mármol.

Se quedó callado. Se arrodilló, sacó del saco una cuña de fino metal, la introdujo en la rajadura del mármol, tomó un martillo y dio un golpe. El mármol se partió en un corte largo y profundo.

Levantó la vista hacia ella. Era la mirada que temía, una mirada de risa que no se podía contestar, porque la risa no se veía, se sentía solamente.

—Ahora que está roto, hay que remplazarlo.

—¿Sabe qué clase de mármol es éste y dónde se puede comprar una pieza semejante? —preguntó ella

con calma.

—Sí, señorita.

—Siga entonces; sáquelo.

—Sí, señorita.

Se quedó observándole. Le resultaba extraño sentir aquella necesidad insensata de observar el proceso mecánico del trabajo, como si sus ojos lo estuvieran ayudando. Ella se dio cuenta de que temía contemplar la habitación en la cual estaban. Esto le hizo levantar la cabeza.

Vio el tocador —el borde del espejo parecía una estrecha cinta de seda verde, en la semioscuridad— y la vitrina de cristal; había un par de chinelas blancas, una toalla de un azul pálido en el suelo, cerca del espejo, un par de medias sobre un brazo del sillón; miró la blanca colcha de seda en la cama.

Su camisa tenía manchas húmedas y parches grises de polvo de la piedra. Sentía como si él hubiese tocado cada objeto de la habitación, como si el aire fuera un lago de agua espesa en la cual los dos se hubiesen sumergido juntos y el agua que lo tocaba le transmitiese el contacto a cada objeto de la habitación. Ella deseaba que él mirase hacia arriba, pero trabajaba sin levantar la cabeza.

Se acercó y siguió silenciosa a su lado. Nunca había estado tan cerca de él. Contempló la suave piel de su cuello, pudo distinguir cada hebra de sus cabellos. Miró la punta de su sandalia, estaba a una distancia de una pulgada de su cuerpo; con el más mínimo movimiento que hubiese hecho con el pie hubiera tocado el cuerpo de él. Dio un paso hacia atrás.

Él movió la cabeza, pero no levantó la mirada, sino que tomó otra herramienta del saco y se inclinó otra vez sobre el trabajo.

Dominique se rió fuertemente. Él suspendió el trabajo y la miró:

—¿Qué?

El rostro de ella era grave, y su voz suave, cuando contestó:

—Lo siento. Habrá pensado que me reía de usted. Claro que no ha sido así. No quise estorbarle — agregó—. Estoy segura de que deseará terminarlo antes de irse de aquí. Quiero decir, porque, naturalmente, debe de estar cansado. Pero, por otra parte, como le voy a pagar por horas, si alarga un poco su tiempo, puede sacar más. Quizá quiera hablar de alguna cosa.

—Sí, señorita.

—¿Ah, sí? .

—Pienso que ésta es una chimenea atroz.

—¿Cierto? Esta casa fue proyectada por mi padre.

—Sí, es claro, señorita.

—No discuta el trabajo del arquitecto.

—De ningún modo.

—Seguramente podríamos buscar algún otro tema.

—Sí, señorita.

Se alejó de él, se sentó en la cama, echando los brazos atrás, tiesos; cruzó las piernas tan estrechamente que formaban una sola línea recta. Su cuerpo, encorvado con desgana, contradecía la inflexible precisión de sus piernas; la fría austeridad del rostro contradecía la posición de su cuerpo.

Él le dirigió una mirada casual, mientras seguía trabajando. Hablaba dócilmente, diciendo:

—Conseguiré una tabla de mármol de la misma calidad, señorita. Es muy importante distinguir las distintas clases de mármol. Hablando en general, hay tres clases. Los mármoles blancos, que se originan en la recristalización de la piedra caliza; los ónices, que son depósitos químicos de carbonato de calcio, y los mármoles verdes, que, la mayor parte de las veces, consisten en hidromagnesio o serpentina. Esta última no debe ser considerada como verdadero mármol. El

verdadero mármol es una variedad metafórica de la piedra caliza producida por el calor y la presión. La presión es un factor poderoso, conduce a consecuencias que una vez puestas en movimiento no pueden regularse.

—¿Qué consecuencias? —preguntó Dominique inclinándose hacia delante.

—La recristalización de las partículas de piedra caliza y la infiltración de elementos extraños del suelo que hay alrededor. Éstos constituyen las estrías coloreadas que se encuentran en muchos mármoles. El mármol rosado es producido por la presencia de óxido de manganeso; los mármoles grises tienen un origen carbónico; el amarillo es atribuido al óxido de hierro. Este pedazo es, naturalmente, mármol blanco. Hay una gran variedad de mármoles blancos. Tendría que tener mucho cuidado, señorita...

Ella estaba inclinada hacia delante en un oscuro desorden. La luz de la lámpara caía sobre la mano que descansaba con desgana en sus rodillas, la palma hacia fuera, los dedos medio cerrados, un borde leve de luz perfilaba cada dedo, que hacía más blanca y más brillante la mano, en contraste con el oscuro género del traje.

—...y comprar un nuevo pedazo de la misma calidad exacta. Éste es mármol blanco de Alabama, de la mejor calidad.

Él vio cerrarse y caer su mano en la sombra. Continuó trabajando en silencio. Cuando terminó, se levantó, preguntando:

—¿Dónde tengo que poner la piedra?

—Déjela ahí. Yo haré que se la lleven.

—Encargaré una nueva pieza cortada a medida y a pagar contra entrega. ¿Quiere que yo la coloque?

—Sí, claro. Se lo comunicaré cuando la reciba. ¿Cuánto le debo? —Y miró el reloj de una mesa

contigua—. Deje que vea. Usted ha estado aquí tres cuartos de hora. En total, cuarenta y ocho centavos. — Sacó un billete de un dólar y se lo entregó—. Quédese con la vuelta.

Creyó que se lo arrojaría a la cara, pero se metió el billete en el bolsillo y le respondió:

—Gracias, señorita.

Observó que el borde de su larga manga negra temblaba sobre la mano cerrada.

—Buenas noches —dijo ella con la voz hueca de cólera.

Buenas noches, señorita —respondió él. Y, bajando la escalera, salió de la casa.

Se quedó pensando en él. Pensó en el pedazo de mármol que había encargado. Esperaba que llegase, con la intensidad febril de una súbita manía; contaba los días, observaba los raros camiones que pasaban por el camino que se extendía más allá del césped.

Se decía a sí misma, con coraje, que lo único que deseaba era que llegase el mármol, nada más que eso, nada más, sin ocultas razones, sin otras razones. Era la última consecuencia nerviosa, era libre de cualquier otra cosa. La piedra llegaría y eso constituiría el fin.

Cuando llegó el mármol, apenas lo miró. Apenas se había alejado el camión que lo trajo cuando ya ella estaba sentada al escritorio escribiendo una nota en una hoja de fino papel:

El mármol está aquí. Quiero que esta noche lo coloque.

Envió al sirviente con la nota a la cantera. Le ordenó que se la entregase.

—No conozco su nombre. Al obrero de pelo rojizo que trabaja allí.

El anciano volvió con un pedazo de papel cortado de alguna bolsa de envoltorio, de color castaño, en el cual estaba escrito con lápiz:

Lo tendrá colocado esta noche.

Esperó en la ventana de su dormitorio, en el vacío sofocante de la impaciencia. El timbre de la entrada de servicio sonó a las siete. Oyó un golpe en la puerta. "¡Entre!", gritó, para ocultar el sonido extraño de su propia voz. La puerta se abrió y la esposa del criado entró acompañando a alguien que la seguía. La persona que iba detrás de ella era un italiano pequeño, agobiado, de edad mediana, con piernas zambas, con aros de oro en las orejas y un sombrero raído, que sostenía con ambas manos.

—Es el hombre que han enviado de la cantera —dijo la mujer del sirviente.

—¿Quién es usted? —le preguntó Dominique, sin un chillido en su voz, sin una objeción.

—Pascual Orsini —repuso el hombre, dócilmente, perplejo.

—¿Qué quiere?

—Bueno, yo... El pelirrojo me dijo que había que arreglar una chimenea; dijo que usted quería que yo la pusiese.

—Sí. Sí, desde luego —dijo, levantándose—. Lo había olvidado. Vaya delante.

Tuvo que salir de la habitación, tuvo que correr, sin que nadie la viera, apretándose los puños contra los ojos. Estaba colérica. Era una emoción pura, única, que hacía desaparecer cualquier otra, cualquier otra cosa por el terror de la cólera; terror, porque sabía que no quería acercarse a la cantera, pero que iría.

Muchos días después, al anoecer, fue a la cantera. Volvía de una larga cabalgada por la región y vio que las sombras se alargaban en el césped. Se dio cuenta de que le sería imposible vivir así otra noche más. Tenía que ir allí antes que saliesen los obreros. Giró y cabalgó volando hacia la cantera. El viento le cortaba la cara.

Cuando llegó, él no estaba ya. Supo en seguida que

no estaba allí, aunque era el instante preciso en que los trabajadores salían y muchos enfilaban las sendas de la hoya pétrea. Esperó, buscándolo, con los labios apretados. Pero notó que se había ido.

Cabalgó por los bosques. Corría al azar entre muros de hojas que se mezclaban, al frente, con el crepúsculo, que se cerraba. Se detuvo, arrancó una rama de un árbol, le quitó las hojas y usó como látigo la caña flexible, castigando al caballo para que marchase más rápidamente. Sentía como si la velocidad apurase la marcha de la noche, como si forzara las horas para que pasaran con más rapidez, como si fuera a permitirle saltar a través del tiempo para alcanzar la mañana próxima antes que llegase. Y entonces vio que él iba caminando solo por una senda que se extendía delante.

.Corrió, lo alcanzó y se detuvo de golpe. La detención repentina la empujó hacia delante y después hacia atrás, como un resorte que se contrajera. Se detuvo.

No se dijeron nada. Se miraron el uno al otro. Ella pensó que cada instante de silencio que transcurría era una traición; aquel encuentro sin palabras era demasiado elocuente; reconocían que no eran necesarios los saludos.

—¿Por qué no fue a colocar el mármol?

—Pensé que no había ninguna diferencia en que fuese yo o fuera otro. ¿O había alguna diferencia, señorita?

Sintió las palabras, no como un sonido, sino como un golpe descargado en la boca. Levantó la rama que tenía, le azotó el rostro y partió al instante.

Dominique estaba sentada junto al tocador, en su dormitorio. Era muy tarde. No había un solo ruido en toda la casa, vasta y vacía. Las ventanas, de estilo francés, estaban abiertas y no había el más leve murmullo de hojas en el jardín, oscuro, que se extendía

allá abajo.

La ropa de su cama estaba doblada, esperándola. La almohada blanca contra las ventanas, altas y negras. Trataría de dormir. Hacía tres días que no lo veía. Se puso las manos sobre la cabeza, apretando con las curvas de las palmas la superficie de sus cabellos. Apretaba los dedos, húmedos de perfume, en el hueco de las sienes y los dejaba allí un momento. Sentía alivio en la piel con la frialdad contráctil del líquido. Una gota de perfume quedó sobre el cristal del tocador, una gota brillante como una gema y tan costosa como ella.

No oyó el ruido de los pasos en el jardín. Los oyó cuando subían la escalera de la terraza. Se levantó frunciendo el ceño y miró por la ventana.

Entró él. Llevaba su ropa de trabajo; la camisa, sucia, con las mangas arrolladas, los pantalones sucios con el polvo de la piedra. Se quedó mirándola. En su rostro no había una sonrisa de entendimiento. Parecía fundido, austero de crueldad, ascético de pasión, con las mejillas hundidas y los labios abatidos, apretados. Ella se puso en pie, se quedó así con los brazos echados para atrás y los dedos separados. Él permaneció inmóvil. Ella vio una vena de su cuello que se hinchaba, latía y se encogía otra vez.

Después se acercó a ella.

Roark se despertó por la mañana y pensó que la noche anterior era como un punto alcanzado, como un alto en la agitación de su vida. Iba hacia delante a causa de tales pausas, como en los instantes que marchaba hacia la casa de Heller, cuando estaba en construcción; así era la noche pasada. La noche anterior había sido lo que el edificio: una reacción que le daba conciencia de su vida.

Se habían unido en una comprensión más allá de la violencia; si ella hubiese significado menos para él, no la habría tomado como la tomó; si ella hubiese

significado menos, no habría luchado tan desesperadamente. La exaltación no repetida era un reconocimiento que los dos comprendían.

Fue a la cantera y trabajó como de costumbre. Ella no fue y él no esperó que fuese. Pero su recuerdo persistía y lo guardaba con curiosidad. Le resultaba extraño tener conciencia de la existencia de otra persona, sentirla como una necesidad urgente y próxima, una necesidad sin calificativos, ni agradable, ni dolorosa, simplemente final, como un ultimátum. Le resultaba importante saber que ella existía en el mundo, le resultaba importante pensar en ella, en cómo se habría despertado, cómo se habría movido.

Aquella noche, a la hora de cenar en la cocina ahumada, abrió un diario y vio el nombre de Roger Enright en las líneas de una columna de chismes. Leyó el siguiente y corto párrafo:

"Parece que otro proyecto va camino del cesto de los papeles. Parece que Roger Enright, el rey del petróleo, tendrá que abandonar la idea esta vez. Tendrá que quedarse sin su último sueño dorado: el de la «Casa Enright». Desilusión de arquitecto, se dice. Parece que el insatisfecho señor Enright les ha mostrado la puerta a media docena de grandes arquitectos. Eminencias todos ellos."

Roark sintió la violencia con que había tenido que combatir para no echarse a perder demasiado; la violencia de la impotencia frente a la imagen de lo que podía hacer, de lo que habría sido posible, y que para él estaba cerrado para siempre. Entonces, sin ninguna razón, se acordó de Dominique Françon. En su mente ella no tenía nada que ver con tales cosas y le disgustó advertir que su recuerdo se mezclaba con ellas.

Pasó una semana. Una noche encontró en su cama una carta, que habla sido remitida desde su oficina última a su antiguo domicilio en Nueva York y desde

allí a Mike, que la envió a Connecticut. La dirección impresa en el sobre de una compañía de petróleo no le decía nada. Abrió la carta y leyó lo siguiente:

Estimado señor Roark:

Desde hace tiempo trato de ponerme en contacto con usted, pero no he podido hallarle. Le agradeceré se ponga en comunicación conmigo en cuanto pueda. Me gustaría discutir con usted mi futura "Casa Enright", si es que usted es el hombre que edificó la tienda Fargo.

Suyo sinceramente,
ROGER ENRIGHT.

Una hora más tarde Roark estaba en el tren. Cuando se puso en marcha, recordó a Dominique, y pensó que la dejaba atrás. Aquel pensamiento le pareció distante y sin importancia. Se asombró al comprender que aun en aquel instante pensaba en ella.

Una mañana encontró ella una carta sobre la mesa del comedor. Era de Alvah Scarret:

...¿Cuándo vuelve, Dominique? No puedo expresarle cuánto la echamos de menos. Usted no es una persona consoladora, para tenerla cerca; en realidad, me da algo de miedo y aun a riesgo de inflar su ego, le confieso que la esperamos impacientemente. Será como el retorno de una emperatriz.

La leyó y se sonrió. Pensó: "Sí supiesen..., esas personas..., que mi antigua vida —esto le infundió un terror interior— ...ha sido violada... por un pillo pelirrojo de una cantera de granito... Yo, Dominique Françon..." A través del altivo sentimiento de humillación, las palabras le proporcionaron el mismo placer que si estuviera en sus brazos.

Pensaba en eso cuando iba por la región, cuando

pasaba junto a las gentes que en el camino se inclinaban para saludar a la castellana de la ciudad. Quería gritarlo, para que todos lo supiesen.

No tenía conciencia de los días que pasaban. Se sentía contenta con la extraña separación, sola con las palabras que se repetía a sí misma. Una mañana, estando sola en el jardín, advirtió que había pasado una semana y que durante ese tiempo no lo había visto. Se dirigió con rapidez al camino, a través del césped. Iba hacia la cantera.

Recorrió las millas por el camino, con la cabeza descubierta bajo el sol. No tenía prisa. No era necesario apresurarse. Era inevitable verlo otra vez... No tenía propósitos. La necesidad era demasiado grande para enunciar un propósito... Después... Había otras cosas odiosas, cosas importantes que surgían vagamente en su imaginación, cosas del pasado, pero sobre todo había una: volverlo a ver.

Llegó a la cantera y miró alrededor, escudriñando estúpidamente. Estúpidamente, porque la enormidad de lo que vio no podía penetrar en su cerebro; vio, de súbito, que él no estaba allí. La tarea estaba en todo su apogeo; el sol, alto, sobre las horas más laboriosas del día; no había un solo hombre desocupado a la vista, pero él no estaba entre aquellos hombres. Se quedó muda, esperando durante mucho tiempo.

Después vio al capataz y se acercó a él.

—Buenas tardes, señorita... Hermoso día, señorita, ¿no? Como si estuviéramos todavía en mitad del verano, y, sin embargo, el otoño no está lejos; sí, el otoño se acerca; mire las hojas, señorita.

—Había aquí un hombre..., un hombre de pelo anaranjado brillante... ¿Dónde está?

—¡Ah, sí! Ese hombre se ha ido.

—¿Se ha ido?

—Sí. Creo que se fue a Nueva York. Demasiado

rápido, ¿no?

—¿Cuándo? ¿Hace una semana?

—No, ¿por qué? Ayer.

—¿Quién...?

Se calló. Iba a preguntar: "¿Quién era?", pero, en cambio, preguntó:

—¿Quién estuvo trabajando anoche aquí, hasta tan tarde? Oí las explosiones.

Había un encargo especial para un edificio del señor Françon. El edificio "Cosmo-Slotnick". Un trabajo urgente.

—Sí..., veo...

—Quizá la esté molestando, señorita...

—No, de ninguna manera.

Se marchó. No quería preguntar su nombre. Era una última oportunidad para ser libre. Caminó rápida, cómodamente, con súbito consuelo. Se preguntaba por qué no había sabido su nombre y por qué nunca lo había averiguado. Quizá porque desde la primera mirada había sabido todo lo que tenía que saber. Pensó que era difícil encontrar a un obrero desconocido en Nueva York. Estaba a salvo. Si hubiese sabido su nombre, estaría camino de Nueva York.

Su norma de conducta era sencilla. Lo único que debía hacer era no averiguar su nombre. Tenía un consuelo momentáneo. Una oportunidad para luchar. Vencería en la lucha, o la lucha la aplastaría. Si llegaba a ocurrir lo último, averiguaría su nombre.

III

Cuando Peter Keating entró en la oficina, la puerta

sonó como si fuese una trompeta. La puerta se precipitó hacia delante como si se hubiese abierto por sí misma ante la proximidad de un hombre ante el cual todas las puertas se abrían de la misma manera.

Su día en la oficina empezaba con la lectura de los diarios. Había un ordenado montón que lo esperaba, colocado en la mesa por su secretario. Le gustaba ver los nuevos comentarios impresos sobre el progreso del edificio "Cosmo-Slotnick" o sobre la firma "Françon y Keating".

No había referencia alguna en los diarios de la mañana y Keating frunció el ceño. Vio, sin embargo, una noticia acerca de Ellsworth M. Toohey. Era una noticia asombrosa. Thomas L. Foster, conocido filántropo, había muerto y había dejado, entre los legados más importantes, la modesta suma de cien mil dólares para Ellsworth M. Toohey, "mi amigo y guía espiritual, en reconocimiento a su espíritu noble y a su real devoción por la Humanidad". Ellsworth M. Toohey había aceptado el legado y lo había donado íntegro al "Taller de Estudios Sociales", un instituto progresista de enseñanza, donde daba conferencias sobre "El arte como síntoma social". Dio la sencilla explicación de que él "no creía en la institución de la herencia privada". No quiso hacer más comentarios. "No, amigos, nada más sobre esto", dijo. Y había agregado con destreza encantadora, para destruir la seriedad de aquel instante: "Me gusta darme el lujo de comentar solamente temas interesantes, y yo no me considero entre ellos."

Peter Keating leyó el relato, y como se dio cuenta de que era una acción que él no hubiera sido capaz de realizar, lo admiró enormemente.

Después recordó con un remordimiento de fastidio que no había podido conocer a Ellsworth Toohey. Keating había terminado una corta serie de conferencias después de la decisión en el concurso "Cosmo-Slotnick"

y había encontrado vacías las brillantes reuniones a las cuales había asistido por la ausencia del único hombre al cual estaba ansioso de conocer. Ninguna mención al nombre de Keating había aparecido en la sección que dirigía Toohey. Keating buscó "Una vocecita" en el *Banner*, como hacía cada mañana, pero "Una vocecita" llevaba aquel día el subtítulo "Cantos y cosas", y estaba dedicada a probar la superioridad de los cantos populares sobre cualquiera otra forma de arte musical, y de los coros sobre cualquier otra forma de interpretación.

Keating dejó caer el *Banner*. Se levantó y paseó sin objeto por la oficina, porque tenía que dedicarse a un asunto molesto. Lo había pospuesto varias mañanas. Se trataba de elegir un escultor para el edificio "Cosmo-Slotnick". Hacía meses que la estatua gigantesca de la Industria, que había de colocarse en el vestíbulo principal del edificio, había sido encargada —como ensayo— a Steven Mallory. Keating quedó perplejo ante esta concesión, pero como había sido hecha por el señor Slotnick, la aprobó. Se entrevistó con Mallory y le dijo: "...En reconocimiento a su arte excepcional... Claro que usted no tiene nombre, pero lo tendrá después de un trabajo como éste... No se tiene todos los días un edificio como el mío."

No le gustaba Mallory. Los ojos de Mallory eran como esos agujeros negros que quedan después que un fuego ha sido completamente apagado, y Mallory no había sonreído siquiera una vez. Tenía veinticuatro años, había hecho una exposición de sus trabajos, pero no había tenido ningún encargo. Su obra era extraña y demasiado violenta. Keating recordó que Ellsworth había dicho una vez, hacía tiempo, en "Una vocecita": "Las figuras humanas del señor Mallory serían muy hermosas si no fuera por la hipótesis de que Dios creó el mundo y la forma humana. Si la Creación hubiese

estado a cargo del señor Mallory, podría haberla hecho mejor que el Todopoderoso, a juzgar por los cuerpos humanos en piedra que fabrica."

A Keating le contrarió la elección del señor Slotnick, hasta que supo que Dimples Williams había vivido una vez en el mismo alojamiento que Steven Mallory, en Greenwich Village, y que el señor Slotnick no podía negarle nada a Dimples Williams en aquel momento. Mallory había sido contratado, había trabajado y había sometido el modelo de su estatua de la Industria. Cuando la vio, Keating se dio cuenta de que la estatua sería como una puñalada brutal, como un tiznón en la prolija elegancia del vestíbulo. Era el cuerpo delgado de un hombre que parecía que hubiese sido capaz de abrirse paso a través de las láminas de acero de un acorazado o a través de cualquier barrera. Era como un desafío. Dejó en sus ojos una extraña impresión. Hacía que las personas que estaban alrededor de ella pareciesen más pequeñas y más tristes que de costumbre. Por primera vez en su vida, mirando aquella estatua, Keating se dio cuenta de que comprendía el significado de la palabra "heroico".

No dijo nada, pero el modelo le fue enviado al señor Slotnick y muchas personas se dijeron con indignación lo que Keating había sentido. El señor Slotnick le pidió que eligiera otro escultor y dejó la elección en sus manos.

Keating se dejó caer en un sillón, se echó para atrás e hizo chasquear la lengua. Se preguntaba si le daría el encargo a Bronson, un escultor que era amigo de la señora Shupe, esposa del presidente de la "Cosmo", o a Palmer, que había sido recomendado por el señor Huseby, el cual proyectaba la erección de una nueva fábrica de cosméticos por valor de cinco millones de dólares. Descubrió que le agradaba aquel proceso de vacilación. Tenía el destino de dos hombres y de

muchos otros en sus manos; sus destinos, sus trabajos, sus esperanzas, quizás hasta la cantidad de alimento de sus estómagos. Podía elegir como le gustase, por cualquier razón o sin ninguna razón; podía tirar una moneda, podía elegirlos por los botones de su chaleco. Era un gran hombre, gracias a aquellos que dependían de él.

Luego divisó un sobre.

Estaba sobre un montón de cartas en la mesa. Era un sobre sencillo, delgado, angosto, pero tenía el nombre del *Banner* en un ángulo. Lo tomó apresuradamente. No contenía carta alguna, sino solamente una prueba para el *Banner* del día siguiente. Vio la familiar "Una vocecita", por Ellsworth Toohey, y debajo una palabra, como subtítulo, en amplias letras espaciadas, una sola palabra, clamorosa en su aislamiento:

KEATING

Dejó caer la tira de papel, volvió a recogerla, la leyó sofocándose entre los grandes trozos de frases que no alcanzaba a meditar; el papel temblaba en su mano, la piel de su frente se llenaba de pequeños puntos rojizos. Toohey había escrito:

Decir grandeza es una exageración y como toda exageración grande lleva implícito el corolario necesario de vacío. Uno piensa en un globo de juguete, ¿no es así? Hay, sin embargo, ocasiones en que estaríamos forzados a reconocer la promesa de una aproximación —brillantemente cercana— a la que designamos vagamente con el término grandeza. Tal promesa está despuntando en el horizonte de nuestra arquitectura en la persona de un muchacho sencillo llamado Peter Keating.

Hemos oído hablar mucho —y con justicia— del

soberbio edificio "Cosmo-Slotnick", que él diseñó. Echemos una mirada, siquiera una vez, más allá del edificio, al hombre cuya personalidad está estampada en él

No hay personalidad estampada en el edificio, y en esto, amigos, reside la grandeza de la personalidad. En la grandeza de un joven de espíritu altruista que asimila todas las cosas y las vuelve al mundo de donde proceden, enriquecidas por el brillo gentil de su propio talento. De este modo, un hombre viene a representar, no un capricho solitario, sino la multitud de los hombres juntos, para dar cuerpo a todas las aspiraciones en la suya.

Los que sepan distinguir, podrán oír el mensaje que Peter Keating nos dirige en la forma del edificio "Cosmo-Slotnick" al ver que los tres pisos bajos, simples, sólidos, son el volumen sólido de nuestras clases trabajadoras, las cuales soportan toda la sociedad; que las hileras de ventanas idénticas que ofrecen sus tableros al sol, constituyen el alma del pueblo común, de los incontables seres anónimos iguales en su uniformidad de hermanos, alcanzando la luz; que las graciosas pilastras elevándose a la firme base de los pisos altos y estallando en la efervescencia alegre de los capiteles corintios, son las flores de la cultura que florecen solamente cuando están arraigadas en las masas.

En contestación a aquellos que consideran que todos los críticos son como demonios dedicados tan sólo a la destrucción de los talentos sensibles, esta columna desea agradecer a Peter Keating por habernos concedido la rara —¡oh, tan rara!— oportunidad de comprobar nuestro deleite con nuestra verdadera misión, que es descubrir el talento joven, allí donde esté. Y si Peter Keating tiene ocasión de leer estas líneas, no anhelamos gratitud de su parte, porque la

gratitud es nuestra.

Sólo cuando empezó a leer el artículo por tercera vez advirtió unas líneas escritas con lápiz rojo en el espacio después del título:

Estimado Peter Keating:

Venga a verme a mi oficina uno de estos días. Me gustaría descubrir cómo es usted.

E. M. T.

Agitado, dejó el recorte sobre el escritorio y estuvo mirándolo con una especie de estupor feliz, mientras se enrollaba una hebra del cabello en sus dedos. Después se dirigió a sus proyectos del edificio "Cosmo-Slotnick", que colgaban de una pared entre una enorme fotografía del Partenón y otra del Louvre. Contempló las pilastras del edificio. Nunca había pensado cómo brota la cultura de las masas, pero resolvió que uno podía muy bien pensar eso y todo el resto de tan hermosa obra.

Después se dirigió al teléfono; se topó con una voz alta e insípida que pertenecía al secretario de Ellsworth Toohey y concertó una cita para ver a Toohey a las cuatro y treinta de aquella tarde. En las horas que siguieron, su trabajo diario adquirió un nuevo sabor. Fue como si su acostumbrada actividad hubiese sido tan sólo un mural brillante y plano y ahora se hubiera transformado en un bajorrelieve que se proyectaba hacia delante con la realidad tridimensional que le daban las palabras de Ellsworth Toohey.

Guy Françon bajaba a su oficina, a cada paso, sin propósito determinado. Los matices más sutiles de sus camisas y de sus calcetines armonizaban con el gris de sus sienas. Se quedó sonriendo con benevolencia, en silencio. Keating pasó rápidamente al salón de dibujo y reconoció su presencia, pero no se detuvo; acortó los pasos lo suficiente como para ponerle un pedazo del crujiente diario entre los pliegues del pañuelo malva que

ostentaba en el bolsillo con un: "Lea eso cuando tenga tiempo, Guy. —Después, camino de la habitación contigua, añadió—: ¿Quiere comer conmigo hoy, Guy? Espéreme en el «Plaza»."

Cuando regresó de la comida, lo retuvo un dibujante joven, que le preguntó con voz fuerte y excitada:

—¿Sabe quién le disparó un tiro a Ellsworth Toohey, señor Keating?

Keating intentó hablar:

—¿Quién hizo "qué"?

—Disparó contra el señor Toohey.

—¿Quién?

—Eso es lo que yo quisiera saber, ¿quién?

—¿Disparó... contra "Ellsworth Toohey"?

—Eso es lo que he leído en el diario que tenía un muchacho en el restaurante. No tuve tiempo de conseguir uno.

—¿Lo mataron?

—Eso es lo que no sé. Vi solamente que se trataba de un tiro.

—Si ha muerto, quiere decir que no se publicará mañana su sección.

—No sé; ¿por qué, señor Keating?

—Consígame un diario...

—Pero tengo que... Keating se impacientó.

—Consígame un diario, ¡idiota del diablo!

La noticia estaba en los diarios de la tarde. Habían disparado contra Ellsworth Toohey aquella mañana cuando descendía de su coche frente a la estación de radio, donde debía hablar sobre "El mudo y el indefenso". El tiro erró. Ellsworth permaneció tranquilo y lúcido durante todo el tiempo. Su conducta fue teatral, precisamente por la ausencia de toda teatralidad. "No podemos dejar a los radioescuchas esperando", dijo, y corrió escalera arriba, hasta el micrófono, donde pronunció un discurso de media hora, como hacía

siempre, sin aludir a lo sucedido. El agresor no declaró nada cuando lo detuvieron.

Keating miraba fijamente, con la garganta seca, el nombre del agresor. Era Steven Mallory.

Solamente lo inexplicable asustaba a Keating, particularmente cuando lo inexplicable consistía, no en hechos tangibles, sino en aprensiones, en temores sin causa. De lo que hubiese ocurrido nada le concernía directamente, excepto el deseo de que hubiese sido algún otro, que no hubiese sido Steven Mallory; y no sabía por qué lo deseaba.

Steven Mallory calló. No dio explicación alguna de su delito. Al principio se supuso que hubiera sido incitado por la desesperación ante la pérdida del trabajo para el edificio "Cosmo-Slotnick", al saberse que vivía en una pobreza repugnante; pero se comprobó, sin lugar a dudas, que Ellsworth Toohey no tenía ninguna conexión con la pérdida. Toohey no le había hablado nunca al señor Slotnick acerca de Steven Mallory. Toohey no había visto la estatua de la Industria. En este punto, Mallory había roto su silencio para admitir que nunca había conocido ni visto antes a Toohey, ni conocía a ninguno de los amigos de Toohey. "¿Cree usted que el señor Toohey ha sido responsable, en alguna manera, de la pérdida de ese trabajo?", se le preguntó. Mallory respondió: "No." "Entonces, ¿por qué el atentado?" Mallory no contestó nada.

Toohey no reconoció a su agresor cuando los policías lo apresaron en la acera de la estación de radio. No supo el nombre hasta que salió. Después pasó del estudio a una antecámara llena de periodistas que esperaban y manifestó: "Desde luego, no quiero hacer ninguna acusación. Quiero que lo suelten. ¿Quién es?" Cuando oyó el nombre, la mirada de Toohey quedó fija en un lugar indeterminado entre los hombros de un hombre y el ala del sombrero de otro. Después, Toohey,

que había permanecido tranquilo cuando la bala golpeó a una pulgada de su cara, en el cristal de la puerta de entrada, pronunció una palabra, que pareció caer a sus pies, cargada de temor: "¿Por qué?"

Nadie supo responderle. Luego, Toohey se encogió de hombros, sonrió y dijo: "Sí, era un intento de publicidad gratuita... ¡Qué gusto tan atroz!" Pero nadie creyó en la explicación, porque todos se dieron cuenta de que Toohey tampoco creía en ella. En las entrevistas que siguieron Toohey contestó alegremente a las preguntas. "Nunca me he creído tan importante como para justificar un asesinato. Sería el triunfo más grande que uno podría esperar, si no fuera demasiado estilo de opereta", dijo. Trató de dar la encantadora impresión de que nada importante había ocurrido.

Mallory fue enviado a la cárcel en espera de sentencia. Todos los esfuerzos para que contestara a los interrogatorios fracasaron rotundamente.

El pensamiento que incomodaba a Keating despertó muchas veces aquella noche, era la certeza, infundada, de que Toohey pensaba exactamente como obraba. "Él sabe —pensó Keating—, y yo sé, que hay en el hecho de Steven Mallory un peligro más grande que su tentativa criminal. Pero nunca conoceremos su razón. ¿O la conoceremos?" Y entonces, tocó el centro de su temor: era el deseo súbito de ser preservado, en los años venideros, hasta el fin de su vida, de conocer esa razón.

El secretario de Ellsworth Toohey se levantó desganado cuando Keating entró, y le abrió la puerta de la oficina.

Keating ya había pasado la etapa de alterarse ante la perspectiva de conocer a un hombre famoso, pero la experimentó en el momento en que vio abierta la puerta. Quería saber qué era Toohey, en realidad. Recordaba la voz magnífica que había escuchado en el vestíbulo, durante el mitin de los huelguistas, y se imaginó a un

gigante, con una espléndida cabellera, que ya se estaría poniendo gris, con rasgos audaces, amplios, de una benevolencia inefable.

—El señor Peter Keating, señor Toohey —dijo el secretario, y cerró la puerta tras sí.

A la primera mirada que uno echaba a Ellsworth Monkton Toohey, sentía deseos de ofrecerle un abrigo grueso, con buen forro; tan frágil y sin protección parecía su cuerpo delgado, como el de un pollito que surge del huevo, en toda la lamentable fragilidad de los huesos blandos. A una segunda mirada, uno quería tener la seguridad de que el abrigo fuera bueno, pues la ropa que cubría su cuerpo era exquisita. El rostro, de forma triangular, se estrechaba desde las amplias sienes hasta el mentón, fino y pequeño. El pelo era negro, lustroso, dividido en dos mitades iguales por una línea blanca. Esto hacía que el cráneo pareciese estrecho y mondo, pero permitía acentuar las orejas, que se exhibían en su solitaria, desnudez, como las asas de una taza de caldo. La nariz, larga y fina, se prolongaba con la leve pincelada de un bigote negro. Tenía ojos oscuros y brillantes que reflejaban tal riqueza de inteligencia y alegría que no parecía que usase gafas para protegerse los ojos, sino para proteger a los otros de su brillo excesivo.

—¡Hola, Peter Keating! —dijo Ellsworth Monkton Toohey con su voz dominante y mágica— ¿Qué piensa del templo de la Nike Ápteros?

—¿Cómo... está usted, señor Toohey? —dijo Keating, estupefacto—. ¿Qué pienso... de "qué"?

—Siéntese, amigo. Del templo de la Nike Ápteros.

—Yo...

—Siento que no haya podido tener a la vista esa pequeña gema. El Partenón ha ocupado su interés. ¿No es corriente que el más grande y el más fuerte se apropie de toda la gloria, y mientras la belleza de lo pequeño no

se cante? Esa creación, pequeña y magnífica, del gran espíritu libre de Grecia merecía la gloria del Partenón. Usted seguramente ha tomado nota del fino equilibrio de su masa, de la perfección suprema de las modestas proporciones. ¡Ah, sí, lo supremo en lo modesto!

—Sí, desde luego —murmuró Keating—, el templo de la Nike Ápteros siempre fue mi favorito.

—¿Cierto? —dijo Ellsworth Toohey con una sonrisa que Keating no pudo calificar con exactitud—. Sí. Es cierto eso. Estaba seguro de que usted pensaba así. Tiene un rostro hermoso, Peter Keating, cuando no mira de ese modo, que por otra parte es bastante innecesario.

Y Toohey se rió de pronto, se rió sin objeto, de modo totalmente insultante para Keating y para sí mismo, como si estuviera subrayando la falsedad de su conducta. Por un instante, Keating se sintió estupefacto, y después se echó a reír, tranquilamente, como respuesta, como si estuviera en la casa de un viejo amigo.

—Es lo mejor —dijo Toohey—. ¿No le parece que no es aconsejable hablar con tanta seriedad en un momento tan importante? Y éste puede ser un momento importante (¿quién sabe?) para ambos. Y, a propósito: sé que usted me temía y (¡oh, lo reconozco!) yo le temía bastante a usted; de manera que ¿no es esto mejor?

—¡Oh, sí, señor Toohey! —respondió Keating, feliz.

La seguridad que comúnmente tenía cuando se encontraba con las personas, había desaparecido, pero se sentía cómodo, como si toda la responsabilidad se hubiese disipado y no tuviese que preocuparse de si lo que decía era lo conveniente o no, porque se comportaba con amabilidad y las decía sin hacer ningún esfuerzo. Siguió:

—Yo siempre pensé que el momento que lo conociese sería un momento muy importante, señor Toohey. Siempre, durante años.

—¿De verdad? —preguntó Toohey, manteniendo los ojos atentos, detrás de las gafas—. ¿Por qué?

—Porque siempre me imaginé que le agradaría a usted, que usted me aprobaría..., que aprobaría mi obra..., llegado el momento..., porque yo aún...

—¿Sí?

—Y hasta pensaba a menudo cuando dibujaba: "¿Ellsworth Toohey calificaría a este edificio de bueno?" Trataba de verlo de esa manera, a través de sus ojos... Yo..., he... —Toohey escuchaba atentamente—. Siempre quise conocerle, porque usted es un gran pensador y un hombre de tal profundidad cultural...

—Ya —dijo Toohey con voz cordial, pero un poco impaciente; su interés había caído en la frase última—. Nada de eso. No quiero decirle que haya de ser poco afable, pero dejémonos de esas cosas, ¿no le parece? Quizá suene un poco artificial, pero realmente, no me gusta escuchar elogios personales.

Keating pensó que los ojos de Toohey le daban tranquilidad. Había una comprensión amplia en los ojos de Toohey y una amabilidad poco fastidiosa —¿con qué palabras calificarla?—, una bondad ilimitada. Era como si nadie pudiese ocultarle nada, aunque no era necesario mentirle, porque le perdonaba todo.

—Pero, señor Toohey —murmuró—, no quise...

—Usted quiso agradecerme el artículo —dijo Toohey haciendo una mueca de alegre desesperación—. Y hasta ahora he tratado de impedirselo. Déjeme que me salga con la mía. No hay razón para que me dé las gracias. Si merece las cosas que yo dije, el mérito es suyo y no mío. ¿No es así?

—Pero me sentía tan dichoso porque usted pensara que soy...

—¿...un gran arquitecto? Con seguridad, muchacho, que usted ya lo sabía. ¿O no estaba suficientemente seguro todavía? ¿No está completamente seguro?

—Bueno, yo...

Fue sólo la pausa de un segundo y a Keating le pareció que aquella pausa era todo lo que Toohey quería oír de él. Toohey no esperó lo demás, pero habló como si hubiese recibido una respuesta plena, una respuesta que le agradara.

—Y respecto al edificio "Cosmo-Slotnick", ¿quién puede negar que es una obra extraordinaria? Estuve muy intrigado por el plano; es un plano muy ingenioso. Un plano brillante, extraordinario. Bastante diferente de lo que he observado en sus trabajos anteriores, ¿no es verdad?

—Así es —replicó Keating, con voz clara y firme por primera vez—. El problema era diferente de todo lo que yo había hecho antes, de manera que trabajé fuera de ese plano para ajustarme a los requisitos particulares del problema.

—Desde luego —dijo Toohey, gentilmente—. Un hermoso trabajo. Estará orgulloso de él.

Keating advirtió que los ojos de Toohey habían convergido al centro de los lentes y que éstos estaban enfocados directamente a sus pupilas, y se dio cuenta de que Toohey sabía que él no había diseñado el plano del edificio "Cosmo-Slotnick". Esto no le causó temor. Lo que le asustó fue ver la aprobación en sus ojos.

—Si usted siente..., no, gratitud, no, es una palabra embarazosa, diremos... aprecio —continuó Toohey, y su voz se iba tornando más suave, como si Keating fuese un conspirador que supiese que en adelante las palabras se usarían con clave de interpretación personal—, me lo puede agradecer por comprender la implicación simbólica de su edificio y expresarla en palabras como la expresó usted en mármol. Desde entonces usted no es un constructor común, sino un hombre que piensa en piedra.

—Sí —repuso Keating—, ése era mi tema abstracto,

las grandes masas y las flores de la cultura cuando diseñé el edificio. Siempre he creído que la cultura verdadera brota del hombre común. Pero no tenía esperanzas de que alguien pudiese comprenderme.

Toohey sonrió. Sus finos labios se abrieron mostrando los dientes. No miraba a Keating. Miraba hacia abajo, a su propia mano, a la mano larga, fina, sensitiva, de concertista de piano, que movía un pliego de papel en el escritorio.

—Quizá seamos hermanos en espíritu, Keating. El espíritu humano; eso es todo lo que importa en la vida —agregó después, sin mirarlo, dejando perder su mirada por encima de él.

Estaba convencido de que Toohey no ignoraba que jamás había pensado él en ningún tema abstracto. Cuando los lentes descendieron nuevamente al rostro de Keating, los ojos tenían la dulzura del afecto, un afecto frío y verdadero. Después tuvo la sensación de que las paredes de la habitación se movían lentamente hacia él, empujándolo a una intimidad absoluta, pero no con Toohey, sino con una culpa desconocida.

Quiso ponerse en pie de un salto y correr, pero se quedó sentado, con la boca entreabierta.

Y sin saber lo que lo impulsaba, oyó su propia voz en el silencio que decía:

—Y quería expresarle la alegría que tuve al saber que había esquivado el disparo del maniático de ayer, señor Toohey.

—¡Oh, gracias! ¿Por eso? ¡Vaya! No se preocupe. Es uno de los menores castigos que uno paga por su relieve en la vida pública.

—Nunca me gustó Mallory. Una persona muy rara. Demasiado excitado. No me gustan las personas excitadas. Tampoco me ha gustado nunca su trabajo.

—No es más que un exhibicionista. Nunca valdrá nada.

—Naturalmente que a mí no se me ocurrió darle el trabajo: fue idea del señor Slotnick. Influencias... Pero, al fin, el señor Slotnick cayó en la cuenta.

—¿Mallory le mencionó mi nombre alguna vez?

—No. Nunca.

—No nos conocíamos aún. Nunca lo había visto. ¿Por qué hizo eso?

Y entonces fue Toohey el que se sintió intranquilo, frente a lo que vio en la cara de Keating. Toohey estaba alerta e inseguro por primera vez. Aquél era —pensó Keating— el vínculo que había entre ellos, y ese vínculo era el miedo, mucho más que eso, pero la única palabra con que se lo podía distinguir era ésa: miedo. Y supo, con determinación irrazonada, que quería a Toohey más que a cualquier otro hombre.

—Bueno, usted sabe cómo es eso —dijo Keating, con vivacidad, esperando que el lugar común que iba a exponer cerrase el tema—: Mallory es un incompetente y lo sabe; por eso resolvió desquitarse con usted, símbolo de lo grande y de lo capaz.

Pero, en lugar de una sonrisa, vio el proyectil de una mirada súbita de Toohey. No era una mirada, era un fluoroscopio que penetraba en sus huesos. Después el rostro de Toohey pareció endurecerse, tratando de componerse, y Keating notó que había hallado consuelo en algo, en sus huesos o en su rostro asombrado y perplejo, o en alguna inmensidad de ignorancia que, oculta en su interior, le había dado confianza. Después, Toohey dijo lenta, extraña, irrisoriamente: Usted y yo seremos grandes amigos, Peter.

—Keating dejó pasar un momento antes de ser sorprendido con una contestación apresurada:

—¡Así lo espero, señor Toohey!

—En realidad, Peter, no soy tan viejo después de todo, ¿no? Ellsworth es el recuerdo del gusto particular de mis padres en materia de nombres.

—Sí..., Ellsworth.

—Así es mejor. En realidad, el nombre es lo que menos me importa comparado con todas las cosas que me han dicho privada y públicamente todos estos años. Cuando uno tiene enemigos, sabe dónde encuentra el peligro. Hay cosas que deben ser destruidas o terminarán por destruirnos. Nos veremos mucho, Peter. —Su voz era suave y firme, por la finalidad de haber alcanzado y comprobado una decisión, con la certeza de que nunca más Keating tendría una interrogación para él—. Por ejemplo, he pensado durante mucho tiempo en reunir a jóvenes arquitectos, ¡conozco a tantos!, en una pequeña organización, sin formalismos, para cambiar ideas, desarrollar el espíritu de cooperación, seguir una línea de conducta en beneficio de la profesión si llegara la necesidad. Nada tan sofocante como la CAA. Nada más que un grupo de gente joven. ¿Le interesa?

—¡Naturalmente! ¿Y usted sería el presidente?

—No, querido, no. Yo no soy presidente de nada, Peter. Me disgustan los títulos. No, he pensado, más bien, que usted sería el presidente apropiado para nosotros; no se puede pensar en otro mejor.

—¿Yo?

—Usted, Peter. Bueno, esto no es nada más que un proyecto, nada definitivo, nada más que una idea con la que me entretengo en raros momentos. Conversaremos de esto alguna otra vez. Hay algo que me gustaría que hiciese, y ésa era, en realidad, una de las razones por las cuales quería conocerlo.

—¡Cómo no, señor Toohey..., cómo no, Ellsworth! Cualquier cosa que pueda hacer por usted...

—No es por mí. ¿Conoce a Lois Cook?

—¿Lois... qué?

—Cook. No la conoce, pero la conocerá. Esa joven, es el genio literario más grande desde Goethe. Debe leerla, Peter. No se lo sugiero como una regla que uno

no debe analizar. Está muy por encima de las cabezas de la clase media que aman lo evidente. Proyecta construir una casa. Una residencia privada, pequeña, en Bowery. Sí, en Bowery. Así como es ella. Me pidió que le recomendase un arquitecto. Tengo la seguridad de que querrá una persona como usted, que usted comprenderá a una persona como Lois. Le voy a dar su nombre, siempre que usted tenga interés en hacer una residencia pequeña, aunque costosa.

—¡Por supuesto! ¡Eso es... una amabilidad suya, Ellsworth! Mire, pensaba, cuando usted dijo..., y cuando leía su nota, que quería..., bueno, un favor de parte mía, un favor en cambio de otro, y aquí tiene usted...

—¡Querido Peter, cuan ingenuo es usted!

—¡Oh, supongo que no debería haber dicho eso! Lo siento. No quise ofenderle...

—No importa, me conocerá mejor. Un interés completamente desinteresado es posible en este mundo, aunque parezca extraño —repuso Toohey.

Después hablaron de Lois Cook y de las tres obras publicadas.

"¿Novelas? No, novelas, exactamente no, Peter... Colección de cuentos, no, tampoco... Precisamente, Lois Cook..., una forma literaria nueva del todo..." Habló de la fortuna heredada de una larga serie de comerciantes afortunados y de la casa que había proyectado construir.

Sólo cuando Toohey se levantó para acompañarle hasta la puerta —Keating notó cuan precariamente se erguía sobre sus pequeños pies—, le dijo de repente:

—A propósito, me parece recordar que hay alguna relación personal entre nosotros, aunque a causa de mi vida no puedo acordarme... ¡Ah, sí, claro, mi sobrina, la pequeña Catherine!; Keating sintió que su cara se estrechaba. No podía permitir que aquello se discutiese; pero en lugar de protestar sonrió con torpeza.

—Tengo entendido que están ustedes prometidos.

—Sí.

—Encantador —repuso Toohey—. Muy encantador. Me alegrará ser su tío. ¿La quiere mucho?

—Sí —dijo Keating—, mucho.

La ausencia de énfasis en su voz dio solemnidad a la respuesta. Era, en presencia de Toohey, el primer rasgo de sinceridad y de importancia de Keating.

—¡Qué hermoso! Amor juvenil, primavera y aurora y cielo y chokolatines en las confiterías a dólar y cuarto la caja. La prerrogativa de los dioses y de los cines... ¡Oh, lo apruebo, Peter! Creo que es hermoso. No podría haber hecho una elección mejor que Catherine. Es una de esas muchachas por las cuales el mundo se pierde con razón; el mundo con todos sus problemas y sus ocasiones de grandeza, y se pierde con razón, porque ella es inocente, y dulce, linda y anémica.

—Si usted va... —empezó a decir Keating, pero Toohey sonrió con una bondad luminosa.

—Peter, yo comprendo. Y lo apruebo. Soy realista. El hombre ha insistido siempre en querer hacer un asno de sí mismo. Vaya, no perdamos nunca el sentido del humor. Nada es realmente tan sagrado como el sentido del humor. Sin embargo, siempre me gustó la leyenda de *Tristán e Isolda*. Es lo mejor que se ha hecho después de la fábula del ratón Mickey y de Minnie.

IV

"...Cepillo de dientes en la boca, cepillo de dientes, cepillo, cepillo, cepillo, diente, boca, espuma, cúpula en la espuma, cúpula romana, viene, hogar, hogar, en la boca, Roma, cúpula, diente, cepillo de dientes,

mondadientes, carterista, alvéolo, cohete..."

Peter Keating parpadeó, lanzó la mirada como a gran distancia, sin enfocarla, pero, al fin, la fijó en el libro. El libro era delgado y negro, con letras escarlatas que decían: *Nubes y mortajas*, por Lois Cook. La cubierta decía que era una crónica de los viajes que había hecho por el mundo la señorita Lois Cook.

Keating se echó hacia atrás con un sentimiento de entusiasmo y de bienestar. Le gustaba el libro. Constituía la rutina durante el desayuno del domingo, una experiencia espiritual y profunda; estaba seguro de que era profunda porque no podía comprenderlo.

Nunca tuvo necesidad de formular convicciones abstractas, pero tenía un sustituto eficaz. "Una cosa no es alta si uno puede alcanzarla, no es grande si puede razonar de ella, no es profunda si se puede ver el fondo." Éste había sido siempre su credo, no formulado ni discutido. Esto le ahorra cualquier intento de alcanzar, de razonar y ver, y arrojaba un bello reproche de burla hacia los que lo intentaban. De manera que podía gozar con la obra de Lois Cook. Se sentía elevado al reconocer su capacidad para responder a lo abstracto, a lo profundo, a lo ideal. Toohey había dicho: "Esto es preciso, suena como suena, la poesía de palabras con palabras, el estilo como una rebelión contra el estilo. Pero tan sólo los espíritus muy finos pueden apreciarlo, Peter." Keating pensó que podía conversar de aquel libro con sus amigos, y si ellos no lo comprendían, sabría que era superior a ellos. No necesitaría explicar esa superioridad —era lo justo, "superioridad como superioridad"—; automáticamente se negaría a dar explicaciones a quien se las pidiera. Le gustaba el libro.

Tomó otra tostada. Vio que su madre le había dejado en el extremo de la mesa el gran bulto del diario del domingo. Lo cogió, sintiéndose bastante fuerte, en aquel momento, con la confianza que tenía en su íntima

grandeza espiritual, para enfrentarse con todo lo que contenía aquel montón de hojas. Extrajo la sección fotograbado. Se quedó en suspenso. Vio la reproducción de un proyecto: la "Casa Enright", por Howard Roark.

No necesitó ver el encabezamiento ni la brusca firma en el ángulo del bosquejo; sabía que nadie más podría haber concebido aquella casa, y conocía la manera de dibujar, serena y violenta al mismo tiempo, los trazos del lápiz sobre el papel como cables de alta tensión, delgados e inofensivos a la vista, pero no para tocarlos. Era una construcción en un amplio espacio en East River. A primera vista no lo tomó como un edificio, sino como una masa de cristal de roca que se levantaba. Había el mismo orden matemático, severo, uniendo, juntando una concepción libre y fantástica; líneas y ángulos perfectos, espacios cortados y, sin embargo, tan delicados, en la armonía de su formación, que parecían el trabajo de un orfebre. Una variedad increíble de formas; cada separación unida sin repetirse, pero dirigiéndose inevitablemente a la próxima y al conjunto; de manera que los futuros habitantes no tuviesen una jaula cuadrada, separada de una serie cuadrada de jaulas, sino que cada casa fuera a las otras casas, como un cristal en el flanco de una roca,

Keating miró el bosquejo. Sabía, desde hacía tiempo, por ligeras menciones en los periódicos, que Howard Roark había sido elegido para construir la casa de Enright.

La referencia que había debajo del dibujo anunciaba que la construcción iba a comenzar en seguida. "Bueno —dijo Keating, dejando caer el diario—, ¿qué hay con eso?" El diario quedó junto al libro de color negro y escarlata. Los miró a ambos y tuvo la vaga impresión de que Lois Cook era su defensa contra Howard Roark.

—¿Qué es eso, Peter? —preguntó por detrás la voz de la madre.

Peter le entregó el diario. Al segundo, el diario cayó sobre la mesa.

—¡Oh! —exclamó la señora Keating, encogiéndose de hombros.

Se quedó a su lado. Su vestido de seda con adornos le iba ajustado, poniendo de relieve la sólida rigidez del corsé. Un pequeño broche brillaba en su cuello, suficientemente pequeño como para demostrar que estaba hecho de diamantes auténticos. Ella concordaba con el nuevo piso, visiblemente costoso, en el cual vivían. La decoración de éste era el primer trabajo profesional que Keating había hecho para sí mismo. Tenía muebles de estilo Victoriano medio. Eran antiguos y majestuosos. Sobre la chimenea de la sala colgaba una pintura vieja y grande, que no era, pero que podía parecer, la de un antepasado ilustre.

—Peter, querido, no me gusta molestarte un domingo por la mañana, pero ¿no es tiempo de que te vistas? Tengo que irme corriendo y no me gustaría que te olvidases de la hora y que se te hiciese tarde. ¡Qué amabilidad la del señor Toohey al invitarte a su casa!

—Sí, mamá.

—¿Habrá también algún invitado famoso?

—No, no habrá invitados, pero estará allí otra persona que no es famosa. —Ella lo miró ansiosa, y él agregó: Katie estará allí.

Pareció que el nombre no le causaba ningún efecto. Una extraña confianza la revestía últimamente, como una capa de gordura a través de la cual aquel problema particular no podía penetrar ya.

—No es nada más que un té familiar —subrayó él—. Al menos eso es lo que me dijo.

—Ha sido muy amable. Estoy segura de que el señor Toohey es un hombre muy inteligente.

—Sí, mamá.

Se levantó impaciente y se fue a su habitación.

Era la primera visita de Keating al distinguido hotel residencial donde Catherine y su tío se habían mudado recientemente. No prestó mayor atención al lugar; advirtió solamente que era sencillo, muy limpio y elegantemente modesto, y que contenía una gran cantidad de libros y muy pocos cuadros, pero auténticos y hermosos. Uno no podía nunca recordar el apartamento de Toohey, porque el recuerdo del anfitrión lo borraba. El huésped, en aquella tarde de domingo, vestía un traje gris oscuro, correcto como un uniforme, y chinelas de charol negro adornadas con rojo; las chinelas contradecían la elegancia del traje, y, sin embargo, la completaban formando un audaz contraste. Estaba sentado en un sillón amplio y bajo, y su rostro tenía una expresión de prudente gentileza.

A Keating no le gustaba la manera que Catherine tenía de sentarse en el borde de la silla, agachada, con las piernas estiradas. No quería que llevase el mismo traje en la tercera estación, pero ella se lo puso. Ella tenía fija la mirada en un punto cualquiera de la alfombra. Raras veces miraba a Keating y nunca a su tío. Keating no encontró trazas de aquella admiración gozosa que tenía siempre que hablaba de su tío y que esperaba que la hubiese exhibido en su presencia. Había algo pesado, sombrío y cansado en Catherine.

El criado de Toohey trajo la bandeja con el te.

—¿Quieres servirlo, por favor, querida? —le dijo Toohey a Catherine—. ¡Ah, nada hay como el té de la tarde! Cuando el Imperio británico se derrumbe, los historiadores observarán que dio dos contribuciones inapreciables a la civilización: este ritual de té y la novela policíaca. Querida Catherine, ¿por que agarras el asa de la tetera como si fuese un hacha para la carne? Pero no tiene importancia, eres encantadora; por eso te queremos Peter y yo. No te amaríamos si fueses graciosa como una duquesa. ¿Quién quiere a una

duquesa en nuestros días?

Catherine sirvió el té y lo derramó sobre el cristal de la mesa, cosa que nunca había hecho.

—Quería verlos juntos una vez siquiera —dijo Toohey, sosteniendo un pocillo delicado y balanceándolo indiferentemente—. ¡Qué tonto soy!, ¿verdad? Y además sin ningún motivo; pero a veces soy tonto y sentimental como todos. Mi enhorabuena por tu elección, Catherine. Te debo una excusa. Nunca sospeché que tuvieras tan buen gusto. Tú y Peter haréis una pareja maravillosa. Tú harás mucho por él. Le cocerás la crema de trigo, lavarás sus pañuelos, le darás hijos, aunque, naturalmente, los chicos tendrán sarampión alguna vez, lo cual es una molestia.

—Pero, después de todo..., ¿usted lo aprueba?

—preguntó Keating con ansiedad.

—¿Si apruebo qué, Peter? ¿Después de qué, Peter?

—Nuestro casamiento... Ellsworth Toohey se rió.

—¡Qué pregunta tan superflua! ¡Claro que lo apruebo! Pero ¡qué jóvenes sois! Ésa es la manera de ser de los jóvenes..., hacer un problema donde no existe ninguno. Usted me lo pregunta como si la cosa fuera tan importante como para desaprobársela.

—Katie y yo nos conocemos desde hace siete años

—dijo Keating en tono de defensa.

—Y fue un amor a primera vista, naturalmente.

—Sí —contestó Keating, sintiendo que se estaba poniendo en ridículo.

—Debió de ser en primavera —agregó Toohey—. Es lo acostumbrado. Hay siempre un cine oscuro, dos personas que se olvidan del mundo, con las manos juntas, pero las manos transpiran cuando están mucho tiempo unidas, ¿no? Sin embargo, es hermoso enamorarse. El relato más dulce que se cuenta siempre y el más trivial. No te vuelvas así, Catherine. Nunca debemos perder nuestro sentido del humor.

—Sonrió. La bondad de su sonrisa los abrazaba a los dos. La bondad era tan grande que el amor de ellos parecía pequeño e insignificante, porque sólo algo despreciable podía provocar semejante inmensidad de compasión.

—A propósito, ¿cuándo piensa casarse, Peter?

—Bueno, no hemos fijado fecha. Usted sabe como ha sido, todas las cosas que me han ocurrido, y ahora Katie tiene ese trabajo y... Y, entre paréntesis —agregó con brusquedad, porque la cuestión del trabajo de Katie lo irritaba sin razón—, cuando nos casemos, Katie tendrá que abandonarlo. Yo no lo apruebo.

—Pero, claro —repuso Toohey—. Yo tampoco lo apruebo si a Catherine no le gusta.

Catherine trabajaba, de día, como ayudante en la "Institución Clifford". Había sido idea suya ir a trabajar allí. Había visitado el establecimiento a menudo con su tío, que daba clases de economía política en él, y se interesó por ese trabajo.

—¡Me gusta tanto! —dijo con súbita nerviosidad—. ¡No sé por qué te ofendes, Peter! —Había en su voz una pequeña nota dura, desafiante y desagradable—. Nunca he sido tan feliz en mi vida como ayudando a las personas desvalidas e infelices. Voy allí todas las mañanas, porque quiero ir, sin que nadie me obligue..., después me precipito camino de casa, sin tener siquiera tiempo para cambiarme de ropa. Pero eso no importa, ¿quién se preocupa de lo que yo parezco? Y... —La nota dura había desaparecido y hablaba con ansiedad y rapidez—, tío Ellsworth, ¡imagínate! La pequeña Billy Hansen tiene dolor de garganta. ¿Te acuerdas de Billy? ¡Y la niñera no estaba allí! ¡Tuve que hacerle toques con argirol, pobrecita! Tenía horribles llagas en la garganta. —Daba la impresión de que su voz brillase, como si estuviera hablando de una gran belleza. Miró a su tío y por primera vez Keating pudo ver el afecto que él

esperaba, Toohey escuchaba con gravedad, sin decir una palabra, pero la atención seria de sus ojos lo había cambiado, su alegría burlona había desaparecido y olvidó su propio consejo, porque se estaba poniendo serio, muy serio. Cuando advirtió que el plato de Catherine estaba vacío, le ofreció la bandeja de los emparedados, con un ademán sencillo que se tornó gracioso además de respeto.

Keating esperaba impacientemente que ella hiciera una pausa. Quería cambiar de tema. Echó una mirada a la habitación y vio los diarios del domingo. Quería hacer una pregunta, desde hacía tiempo, y la hizo con prudencia:

—Ellsworth..., ¿qué piensa de Roark?

—¿Roark? ¿Roark? —repitió—. ¿Quién es Roark? La forma excesivamente ingenua e insignificante con que repitió el nombre, con la débil y despectiva interrogante, totalmente perceptible, con que finalizaba, le dio a Keating la certeza de que Toohey conocía bien el nombre. Uno no demuestra una ignorancia total de un individuo si lo ignora por completo.

—Howard Roark, el arquitecto. El que está haciendo la "Casa Enright" —repuso Keating.

—¡Ah, sí! ¿Por fin hay alguien que está haciendo la "Casa Enright"?

—Hay una fotografía en el *Chronicle* de hoy.

—¡Ah, sí! Miré el *Chronicle*.

—Y... ¿qué piensa de ese edificio?

—Si fuera importante, lo hubiera recordado.

—¡Naturalmente! —Las sílabas de Keating danzaban, como si su aliento las atrapase a cada una al pasar—. ¡Es una cosa horrible, una locura! ¡No se parece a nada de lo que uno ha visto!

Tuvo una sensación de liberación. Era como si hubiese pasado la vida con la creencia de que tenía una enfermedad congénita, y, de pronto, las palabras del

especialista más grande del mundo le hubiesen expresado que estaba sano. Quería reírse, libre, estúpidamente, sin ninguna dignidad. Quería conversar.

—Howard es amigo mío —dijo con satisfacción.

—¿Amigo suyo? ¿Usted le conoce?

—Lo conozco. Sí. Fuimos juntos al colegio en Stanton..., vivió en nuestra casa durante tres años, puedo decirle hasta el color de su ropa interior y cómo tomaba la ducha... porque lo he visto.

—¿Vivía en su casa, en Stanton? —repitió Toohey. Hablaba con una prudente precisión. El sonido de su voz era débil y seco, como el raspar de los fósforos que uno enciende.

"Es muy raro", pensó Keating. Toohey le hacía muchas preguntas acerca de Howard Roark, pero las preguntas carecían de sentido. No se referían a edificios ni a la arquitectura. Eran preguntas insustanciales referentes a cuestiones personales. Resultaba extraño que interrogara sobre un hombre que no había oído nombrar nunca. ¿Se ríe a menudo?

—Muy raramente.

—¿Tenía muchos amigos en Stanton?

—Nunca tiene amigos en ninguna parte. ¿Los compañeros le querían?

—Nadie le quería.

—¿Por qué?

—Daba la impresión de que quererle era una impertinencia.

—¿Salía, bebía, se divertía?

—Nunca.

—¿Amaba el dinero?

—No.

—¿Le gustaba que lo admirasen?

—No.

—¿Hablaba mucho?

—Muy poco.

—¿Escucha, si otros discuten., ideas con él?

—Escucha. Serla mejor que no lo hiciese.

—¿Por qué?

—Sería menos insultante. Si usted supiese lo que significa que un hombre le mire de esa manera y que no le preste la más mínima atención.

—¿Que le pasa, Peter?

—Nada. Pienso cuan extraño es que yo mismo no me haya preguntado antes lo mismo acerca de él. Esto es lo extraño: no es posible preguntarse eso acerca de él. Es un maniático en arquitectura. Parece que tuviera tanta importancia para él que le hubiese hecho perder toda perspectiva humana. No tiene ningún sentido de humor respecto de sí mismo..., así que existe un hombre sin sentido del humor, Ellsworth. No me pregunte qué hubiera hecho si no hubiese sido arquitecto.

—No —dijo Toohey.

—Hubiese caminado sobre cadáveres. Sobre todos nosotros, pero hubiese sido arquitecto.

Toohey dobló la servilleta en un cuadrado pequeño y terso sobre su rodilla. La dobló cuidadosamente e hizo correr la uña del pulgar por los bordes, para acentuar los dobleces.

—¿Se acuerda de nuestro grupito de arquitectos jóvenes, Peter? Estoy haciendo los preparativos para la primera reunión. He hablado a muchos de nuestros futuros socios y debe sentirse halagado, con las perspectivas de ser presidente, por lo que dicen.

Continuaron hablando con animación media hora más. Cuando Keating se levantó, Toohey manifestó:

—¡Ah! Le hablé a Lois Cook de usted. Tendrá noticias de ella pronto.

—Muchas gracias, Ellsworth. A propósito, estoy leyendo *Nubes y mortajas*.

—¿Y qué?

—Es tremendo. Imagínese, Ellsworth, hace pensar

en todas las cosas de una manera diferente de lo que uno ha pensado antes —repuso Keating.

—Sí —respondió Toohey—, ¿verdad?

Se quedó en la ventana mirando la puesta del sol de una tarde fría y brillante. Después se volvió y dijo:

Es un día hermoso. Probablemente uno de los últimos días hermosos de este año. ¿Por qué no sale con Catherine a caminar un poco, Peter?

—¡Oh, qué hermoso día! —dijo Catherine con interés.

—Bueno, id. —Toohey sonrió alegremente—. ¿Qué te pasa, Catherine? ¿Tienes que esperar a que te dé permiso?

Cuando salieron, cuando estuvieron solos en el resplandor frío de las calles inundadas con las últimas luces del sol, Keating creyó volver a experimentar la sensación particular que Catherine le había provocado siempre, esa emoción extraña que no podía conservar en presencia de los otros. La tomó de la mano. Ella la retiró, se quitó los guantes y puso sus dedos entre los de Keating. Entonces, de súbito, él recordó que las manos transpiran cuando se las tiene mucho tiempo juntas, y caminó más ligero, con irritación. Pensó que caminaban como los ratones Mickey y Minnie y que, probablemente, parecían ridículos a los transeúntes. Para alejar estos pensamientos, contempló el rostro de ella. Ella iba mirando hacia el frente, a la luz de oro. Él contempló su delicado perfil y el pliegue débil de una sonrisa en la comisura de los labios, una sonrisa de tranquila felicidad, pero advirtió que el borde de sus párpados era pálido y se preguntó si sería anémica.

Lois Cook estaba sentada en el suelo, en medio del *living room*, con las piernas cruzadas a la turca, mostraba las rodillas desnudas, las medias grises

arrolladas sobre las ligas apretadas. Peter Keating se sentó al borde de un diván de seda morada. Nunca se había sentido tan incómodo en la primera entrevista con un cliente.

Lois Cook tenía treinta y seis años. Manifestaba con insistencia en sus conversaciones públicas y privadas que tenía sesenta y cuatro. Se repitió como un chiste fantástico que terminó por crear alrededor de su nombre una vaga impresión de eterna juventud. Era alta, seca, estrecha de espalda y ancha de caderas. Tenía una cara larga y pálida y los ojos muy juntos. El cabello colgaba sobre las orejas en mechones grasientos. Tenía las uñas rotas. Parecía insolentemente desarreglada, con un desaseo estudiado y preocupada por vestirse con igual insolencia.

Hablaba sin detenerse, balanceándose hacia atrás y hacia delante sobre su grupa.

—...sí, en Bowery. Una residencia privada. El templete en Bowery. Tengo el terreno, me gustó y lo compré. Fue muy sencillo, o lo compró para mí el tonto de mi abogado. Usted lo debe de conocer, tiene mal aliento. No sé cuánto me cobrará, pero no es esencial. El dinero es un lugar común. El repollo es también un lugar común. Tiene que tener tres pisos y un *living room*, con suelo de mosaicos.

—Señorita Cook, leí *Nubes y mortajas* y ha sido una revelación espiritual para mí. Permítame que me incluya entre los pocos que comprenden el valor y el significado de lo que usted realiza, sola, mientras...

—Eche a la basura esa porquería —le respondió Lois Cook, haciéndole un guiño.

—¡Lo digo de verdad! —respondió con enojo—. Me gusta su libro. Yo...

Ella parecía aburrida.

—Es un lugar común ser comprendida por todo el mundo —dijo pronunciando las palabras lentamente.

—Pero el señor Toohey dijo...

—¡Ah, sí, el señor Toohey! —Sus ojos estaban alerta ahora, insolentemente culpables, como los de un chico que ha hecho un chiste desagradable¹—. ¡El señor Toohey! Yo soy la presidenta de un grupo de escritores jóvenes por los cuales está muy interesado el señor Toohey.

—¿Usted es la presidenta? —dijo con satisfacción. Daba la impresión de que era la primera comunicación directa que habían tenido—. ¡Esto es interesante! El señor Toohey está tratando, también, de reunir un grupo de jóvenes arquitectos y es tan bueno que cree que yo debo ser el presidente.

—¡Oh! —dijo ella y le guiñó—. ¿Uno de nosotros?

—¿Quiénes?

Él no sabía lo que había hecho, pero se dio cuenta que la había decepcionado en alguna forma. Ella se empezó a reír. Sentada allí, lo contemplaba riéndose en la cara, deliberadamente, riéndose sin gracia y sin ganas.

—¡Qué diablos! —se frenó—. ¿Qué pasa, señorita Cook?

—¡Ay de mí! ¡Usted es un muchacho tan rico, tan lindo!

—¡El señor Toohey es un gran hombre! —respondió él, enojado—. Es el más... la persona más noble que yo he...

—Sí, el señor Toohey es un hombre maravilloso. — Su voz era extraña, como descuidada, y estaba notoriamente desprovista de respeto—. Mi mejor amigo. El hombre más maravilloso que hay sobre la tierra. Existe la tierra y existe el señor Toohey..., una ley de la naturaleza. Además, piense qué hermosamente riman: Toohey... güey... fuey... juey... Con todo, es un santo. Es muy raro. Tan raro como el genio. Yo soy un genio. Quiero un *living room* sin ventanas, con suelo de

mosaico y un cielo raso negro. Sin electricidad en mi casa, nada más que lámparas de petróleo. Lámparas de petróleo con tubos y velas. ¡Al diablo con Tomás Edison! ¿Quién era él, después de todo?

Sus palabras no le molestaban tanto como su sonrisa. No era una sonrisa, era una mueca afectada y permanente que nacía en las comisuras de su gran boca, tornándola astuta, viciosa, impía.

—Y quiero, Keating, que la casa sea fea. Magníficamente "fea". Quiero que sea la casa más fea de Nueva York.

—¿La más fea, señorita Cook?

—Corazoncito, lo hermoso es un lugar común.

—Sí, pero... pero yo... no veo cómo puedo permitirme...

—¿Dónde está su valor, Keating? ¿No es capaz de hacer un gesto sublime una vez? Los otros trabajan duramente y sufren y tratan de crear la belleza, tratan de sobrepasarse el uno al otro en la belleza. ¡Sobrepasémoslos a todos! Arrojémosles a las caras sus sudores. Destruyámoslos de un golpe. Seamos dioses. Seamos feos.

Aceptó el trabajo. Después de una semana se detuvo sintiéndose incómodo con él. Cuando le mencionaba a cualquiera su nuevo trabajo, lo hacía con una curiosidad respetuosa. Era una curiosidad divertida, pero respetuosa. El nombre de Lois Cook era muy conocido en los mejores salones. Los títulos de sus libros eran mencionados en las conversaciones como los diamantes en la corona intelectual del que hablaba. Siempre había una nota de desafío en las palabras que pronunciaban. Parecía como si el que hablara fuera más audaz. Era una audacia satisfactoria, un antagonismo que nunca se hacía presente. Para un autor que no vendía sus libros, su nombre parecía extrañamente famoso y honrado. Él era el portaestandarte de una vanguardia intelectual y de

una rebelión. Sólo que a él no le resultaba bastante claro el saber contra qué se rebelaba. Tampoco quería saberlo.

Diseñó la casa como ella quiso. Era un edificio de tres pisos, una parte de mármol, una parte de estuco adornada con gárgolas y faroles. Parecía una construcción para un parque de diversiones.

El boceto fue reproducido en muchas más publicaciones que cualquier otro que hubiese hecho, salvo el del edificio "Cosmo-Slotnick". Un comentarista opinó que "Peter Keating demuestra ser algo más que la promesa de un joven brillante con el don de agradar a los ricos lores de los grandes negocios. Se ha aventurado en el campo de la experimentación intelectual con un cliente tal como Lois Cook." Toohey llamó a la casa "chiste cósmico".

Pero en el espíritu de Keating quedó una sensación especial: una especie de resabio. Tenía atisbos de esto cuando trabajaba en una construcción importante que le gustaba; lo experimentaba en los momentos en que se sentía orgulloso de su trabajo. No podía calificar claramente aquel sentimiento, pero se daba cuenta de que en parte era un sentimiento de vergüenza.

Una vez se lo confesó a Ellsworth Toohey. Toohey se echó a reír.

—Eso le conviene, Peter. Uno no debe tener un sentimiento exagerado de su propia importancia.

Dominique había vuelto a Nueva York. Retornó sin ningún propósito definido, tan sólo porque no pudo permanecer en su casa de campo más de tres días después de su visita última a la cantera. Quería estar en la ciudad; era una necesidad súbita, irresistible y sin sentido. No esperaba nada de la ciudad, pero quería tener la sensación de sus calles y de los edificios.

Por la mañana, cuando se despertó y oyó el sordo

rugido del tránsito, abajo, le pareció una advertencia de dónde estaba y del porqué, y se sintió humillada. Permaneció en la ventana, asida al marco como si asiera un pedazo de la ciudad, de todas las calles y tejados que abarcaba su mirada.

Salía sola para hacer largas caminatas. Andaba ligera, con las manos en los bolsillos de una vieja chaqueta cuyo cuello llevaba levantado. Se había dicho a sí misma que no tendría esperanzas de encontrarle. No le buscaba. Iba abstraída por las calles, vanamente, sin propósito, por horas.

Siempre había odiado las calles de la ciudad. Veía los rostros que pasaban junto a ella, rostros nivelados por el temor, por el temor como un denominador común, temor de ellos mismos, temor de todos y de cada uno, temor que los disponía a dar un zarpazo a todo lo que tuviera carácter sagrado para cualquiera que encontraran. No podía definir la naturaleza o la razón de aquel temor, pero siempre había sentido su presencia.

Ya no se sentía libre. Cada paso que daba la lastimaba. Se sabía atada a él, y él estaba ligado a cada parte de la ciudad. Era un obrero anónimo que hacía un trabajo anónimo, perdido en la multitud, dependiendo de esa multitud. Le producía odio pensar que podía verlo por las aceras que la gente recorría. Volvía a casa, después de las caminatas, temblando de fiebre. Al día siguiente salía nuevamente.

Cuando expiró el término de las vacaciones fue a la oficina del *Banner* para renunciar. Su trabajo y su sección ya no la divertían. Cortó los saludos efusivos de Alvah Scarret, diciéndole:

—He vuelto para decir que me voy, Alvah.

—Él la miró con asombro y murmuró tan sólo: —
¿Por qué?

Era el primer sonido que le llegaba de su antiguo mundo exterior desde hacía tiempo. Tenía que afrontar

un "¿por qué?" que implicaba una respuesta que no podía eludir. Pensó: "A causa de él, que ha cambiado el curso de mi vida."

Pero ello sería como una nueva violación. Entonces levantó la cabeza.

—No es nada más que una broma, Alvah. Quería saber lo que decía usted. No me voy.

Hacía pocos días que había vuelto a su trabajo cuando Ellsworth Toohey entró en su oficina.

—¡Hola, Dominique! Acabo de saber que usted ha vuelto.

—¡Hola, Ellsworth!

—Me alegro. Siempre he tenido la impresión de que usted se separará de nosotros cualquier día, sin dar ninguna explicación —dijo Ellsworth.

—¿La impresión, Ellsworth? ¿O más bien la esperanza?

—Sabe que se equivoca —replicó sonriendo pacientemente—. Siempre se equivoca en eso.

—No; no me adapto, Ellsworth. ¿No es así?

—Yo, es lógico, le podría preguntar: ¿adaptarse a qué?, pero supongo que no debo preguntarlo. Podría decir que las personas que no se adaptan son tan útiles como las que se adaptan. ¿Prefiere así? Por supuesto, la cosa más simple de decir es que yo he sido y seré siempre un admirador suyo.

—No es un cumplido.

—De cualquier manera, no creo que tengamos que ser enemigos siempre, Dominique, si eso es lo que le agrada.

—No, no pienso que tengamos que ser siempre enemigos, Ellsworth. Usted es la persona más alentadora que conozco.

—¿En qué sentido lo dice?

—En el sentido que quiera.

Sobre la mesa que había delante de ella estaba la

sección de fotograbados de la *Chronicle* del domingo. Estaba doblada por la página que tenía el plano de la "Casa Enright". La tomó y se la alargó. Tenía los ojos dilatados en una silenciosa interrogación. Él miró el proyecto, después su mirada pasó al rostro y luego nuevamente al proyecto y dejó caer el diario sobre la mesa.

—Tan independiente como un insulto, ¿no?

—Usted sabe, Ellsworth, que creo que el hombre que la ha diseñado tendría que haberse suicidado. A un hombre que puede concebir una cosa tan hermosa como ésa, nunca se le debería permitir que la erigiera. Él mismo no debería querer que existiese, pero querrá que se edifique, de manera que las mujeres colgarán los pañales en las terrazas; los hombres escupirán en las escaleras y dibujarán figuras obscenas en las paredes. No lo habría ofrecido para que lo contemplaran hombres como usted; para que hablen de él hombres como usted. Profanaría su propio trabajo con la primera palabra que usted pronunciara. Ha hecho más mal que usted. Usted cometería una indecencia mínima, pero él ha cometido un sacrilegio. Un hombre que sabe tanto como para hacer esto, no debe permanecer vivo.

—¿Va a escribir algún comentario? —preguntó.

—No, sería repetir su crimen.

—¿Y hablarme a mí de esto?

Le miró. Él se sonreía con amabilidad. , —Sí, desde luego, es parte del mismo crimen, también.

—Cenemos juntos un día de éstos, Dominique. Usted realmente no quiere que la vea con frecuencia.

—De acuerdo. Cuando quiera.

En el juicio por el atentado contra Ellsworth Toohey, Steven Mallory rehusó revelar el motivo. No hizo ninguna declaración. Parecía indiferente a cualquier sentencia posible. Pero Ellsworth Toohey no produjo una sensación menor cuando apareció, sin ser citado, en

defensa de Mallory. Depuso ante el juez pidiendo clemencia y dijo que no quería destrozar el porvenir y la carrera de Mallory. Todo el mundo en la sala de audiencias se conmovió, menos Steven Mallory. Éste escuchó y parecía que estuviera soportando un proceso de tortura especial.

El juez le impuso dos años y dejó la pena en suspenso.

Se comentó mucho la extraordinaria generosidad de Toohey. Rechazó todo elogio, alegre y modestamente. "Amigos —comentó, y sus palabras aparecieron en todos los diarios—, no quiero complicarme en la producción de mártires."

En la primera sesión de la organización de los arquitectos jóvenes que Toohey había propuesto, Keating sacó en conclusión que Toohey tenía una habilidad sorprendente para elegir personas que armonizaran entre sí. Las dieciocho personas formaban una atmósfera que no podía describir, pero que le daba una sensación de bienestar, una seguridad que no había experimentado ni en la soledad ni en ninguna otra reunión; una parte de ese bienestar se daba a la convicción de que los otros sentían lo mismo por el mismo motivo inexplicable. Era un sentimiento de fraternidad, pero no era una fraternidad noble o sagrada; sin embargo, ahí residía precisamente el bienestar: que ellos no sentían la necesidad de que fuese noble o sagrada.

De los dieciocho que estaban sentados en el living de Toohey, ninguno era arquitecto prestigioso, salvo Gordon L. Prescott y él. Keating nunca había oído el apellido de los otros. La mayoría eran principiantes, jóvenes pobremente vestidos y belicosos. Algunos eran simples dibujantes. Había una mujer arquitecto que había construido algunas casas pequeñas, sobre todo para ricas viudas. Tenía modales agresivos, boca

apretada y llevaba una petunia fresca en el cabello. Había un muchacho de ojos puros e inocentes. Había un contratista de cara grande e inexpresiva. Una mujer, alta, seca, que decoraba interiores, y otra mujer de ocupación completamente indefinida.

Keating no comprendió cuál era exactamente el propósito del grupo, aunque se habló mucho. Nada de lo que se dijo fue muy coherente, pero todo parecía estar impulsado por la misma corriente oculta. Sentía que la corriente subterránea, aunque nadie la mencionaba, era lo único claro entre todas las vagas generalidades. Él la mantenía como los otros, pero no quería definirla.

Los jóvenes hablaron mucho de la injusticia, de la deslealtad y de la crueldad de la sociedad hacia ellos y sugirieron que todo el mundo debería tener garantizados los trabajos futuros no bien dejaran el instituto. La mujer arquitecto chilló unas palabras acerca de la iniquidad de los ricos. El contratista ladró que éste era un mundo cruel y que "los hombres tenían que ayudarse entre sí". El muchacho de los ojos inocentes argumentó que "nosotros podríamos hacer mucho bueno..." Su voz tenía una nota de sinceridad desesperada que parecía molesta e inoportuna. Gordon L. Prescott declaró que la CAA era un conjunto de vejesterios sin ninguna idea de responsabilidad social y sin una gota de sangre viril y que de cualquier manera era tiempo de darles un puntapié. La mujer de ocupación indefinida habló de ideales y causas, aunque nadie pudo colegir exactamente lo que esto significaba.

Peter Keating fue elegido presidente por unanimidad. Gordón L. Prescott fue elegido vicepresidente y tesorero. Toohey declinó toda designación. Manifestó que actuaría solamente como consejero no oficial. Se resolvió que la organización se denominaría "Consejo de Construcciones Estadounidenses". Se decidió que los miembros no

deberían ser arquitectos, en sentido estricto, sino que la organización estaría abierta a todos los "gremios afines", y a "todos aquellos que tienen interés en la gran profesión de edificar de todo corazón".

Después habló Toohey. Habló con cierta extensión, de pie, apoyándose con una mano en la mesa. Su voz amplia era suave y persuasiva. Llenaba la habitación, pero hacía que sus oyentes se dieran cuenta que podía llenar un anfiteatro romano. Había algo sutilmente halagador en el hecho de que graduara para ellos el tono de su voz poderosa.

"...y de este modo, amigos, lo que le falta a la profesión de arquitectos es comprensión de su propia importancia social. Ello se debe a dos causas; a la naturaleza antisocial de la sociedad actual, y a la inherente modestia de ustedes. Ustedes se han acostumbrado a pensar en sí mismos nada más que para ganarse la vida, sin ningún propósito más alto que el de los honorarios para solventar las necesidades de la propia existencia. ¿No es ya tiempo, amigos, de detenerse y volver a definir su posición en la sociedad? De todos los gremios, el de ustedes es el más importante. Importante, no por la cantidad de dinero que pueden ganar, ni por el grado de habilidad artística que puedan exhibir, sino por el servicio que prestan a los hombres. Ustedes son los que los proveen de refugio. Recuerden esto, y después miren nuestras ciudades, nuestros barrios pobres, para darse cuenta de la tarea gigantesca que les espera. Pero para hacer este desafío deben estar armados con un concepto claro de la misión que les incumbe. No son lacayos alquilados por los ricos. Son cruzados de la causa de los que no tienen privilegios y de los desamparados. Mantengámonos unidos con este espíritu. Seamos en todo fieles a esta perspectiva nueva, amplia, alta. Organicemos, amigos, diré yo, un sueño más noble... y cuando nuestro sistema

de sociedad se derrumbe, el gremio de los constructores no será barrido, será elevado a la mayor altura y al mayor reconocimiento..."

El timbre sonó. El criado de Toohey apareció un instante, manteniendo abierta la puerta del *living* para hacer pasar a Dominique Françon.

Por la forma en que Toohey se detuvo, en medio de la pronunciación de una palabra, Keating se dio cuenta de que Dominique no había sido invitada ni era esperada. Le sonrió a Toohey, con una inclinación de cabeza, y agitó la mano como indicando que continuase. Él le hizo una leve inclinación, nada más que un movimiento de cejas, y continuó su discurso.

Dominique se sentó en un rincón detrás de los demás. Keating dejó de escuchar durante un rato, tratando de atraer la atención de ella. Tuvo que esperar a que sus ojos recorriesen pensativamente toda la habitación, rostro por rostro, y se detuvieran en él. Él se inclinó e inclinó la cabeza con energía, con una sonrisa, como si saludara a una posesión privada. Ella inclinó la cabeza. Observó que sus pestañas tocaban las mejillas en el instante en que cerró los ojos. Después volvió a mirarle. Se quedó mirándole un largo rato, sin sonreír, como si estuviera redescubriendo algo en su rostro. Él no la veía desde la primavera. Pensó que parecía un poco cansada y más hermosa de lo que la recordaba.

Después dirigió la mirada hacia Ellsworth Toohey una vez más y siguió escuchando. Las palabras que oía eran tan excitantes como siempre, pero el placer que le producían tenía algo molesto. Miró a Dominique. Ella no encajaba en aquella habitación, en aquella reunión. No podía decir por qué le parecía así, pero la certeza de ello era enorme y opresiva. No era su elegancia insolente, era otra cosa lo que la hacía extraña. Era como si todos ellos hubiesen estado cómodamente desnudos, y una persona hubiese entrado totalmente

vestida, dándoles de pronto conciencia de su propia indecencia. Sin embargo, ella no hizo nada. Se quedó sentada, escuchando con atención. Una vez se echó hacia atrás, cruzando las piernas y encendiendo un cigarrillo. Extinguió la llama del fósforo con un brusco ademán y lo arrojó a un cenicero que estaba en una mesa, a su lado. Él la miró cuando arrojó la cerilla y tuvo la sensación de que los había arrojado a todos ellos. Pensó que se estaba poniendo en ridículo. Advirtió que Ellsworth Toohey no la miró mientras hablaba.

Cuando la reunión terminó, Toohey corrió hacia ella.

—¡Querida Dominique! —dijo vivamente—. ¿Debo envanecerme?

—Si usted quiere...

—Si hubiese sabido que tenía interés, le hubiera enviado una invitación especial.

—Pero ¿no se le ocurrió que podía tener interés?

—Francamente, no...

—Ha sido un error, Ellsworth. No tuvo en cuenta el instinto de periodista. Nunca se me escapa una noticia. No se tiene a menudo la oportunidad de ser testigo del nacimiento de una felonía.

—¿Es exacto lo que dice, Dominique? —preguntó Keating con voz penetrante.

Se volvió hacia él:

—¡Hola, Peter!

—Veo que conoce a Peter Keating —le dijo Toohey sonriendo.

—¡Oh, sí! Peter estuvo enamorado de mí una vez.

—Emplea usted un tiempo de verbo equivocado, Dominique.

—No tome nunca seriamente las cosas que Dominique dice. Ella no nos toma en serio. ¿Quiere unirse a nuestro grupo, Dominique? Su excelente calificación profesional la hace perfectamente elegible.

—No, Ellsworth, no quiero unirme a su grupo, no lo odio lo bastante para hacerlo.

—¿Por qué lo desaprueba? —preguntó Keating.

—¡Caramba, Peter! ¿Quién le ha dicho tal cosa? No lo desapruebo de ninguna manera. ¿No es así, Ellsworth? Creo que es la manera adecuada de responder a una necesidad evidente. Es precisamente lo que necesitamos... y merecemos.

—¿Puedo contar con su presencia en la próxima reunión? —preguntó Toohey—. Será agradable tener una persona tan comprensiva y que no molesta... en nuestra próxima reunión.

—No, Ellsworth, gracias. Era mera curiosidad. Tiene aquí un grupo interesante de personas. Jóvenes arquitectos. A propósito, ¿por qué no invita al hombre que diseñó la "Casa Enright"...? ¿Cómo se llama... Howard Roark?

Keating sintió que se le cerraban fuertemente las mandíbulas.

—No tengo el placer de conocer al señor Roark —repuso Toohey gravemente.

—¿Usted lo conoce? —le preguntó Keating.

—No —replicó ella—. No he visto nada más que un bosquejo de la "Casa Enright".

—¿Sí? —insistió Keating—. ¿Qué opina?

—No opino nada.

Cuando se fue, Keating la acompañó. La contemplaba mientras bajaban en el ascensor. Vio que sus manos, enguantadas de negro, sostenían el borde chato de una cartera. El blanco descuido de sus dedos era insolente y provocativo a la vez. Sintió que se rendía ante ella otra vez.

—Dominique, ¿a qué vino en realidad?

—¡Oh, yo no estoy mucho tiempo en ninguna parte y decidí empezar por venir aquí! Cuando voy a nadar, no me gusta torturarme yendo al agua por grados. Voy

directamente y es una sensación desagradable, pero después de eso el resto no es duro de hacer —dijo Dominique.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué? ¿Le parece tan mala esta reunión? Después de todo, no proyectamos hacer nada definitivo. No tenemos ningún programa. No sé. en realidad, para qué estábamos reunidos.

—Eso es, Peter. Usted nunca sabe por que está.

—Es sólo para reunir un grupo de camaradas. Sobre todo para conversar. ¿Qué daño hay en eso?

—Peter, estoy cansada.

—¿Su aparición de hoy quiere decir que al fin sale de su reclusión?

—Sí. Precisamente eso... ¿Mi reclusión?

—He tratado de ponerme en contacto con usted. —
¿Ah, sí?

—¿Tendré que decirle la alegría que me produce el verla nuevamente?

—No; hagamos cuenta de que ya me lo ha dicho.

—¿Sabe que ha cambiado, Dominique? No le podría decir en qué aspecto, pero ha cambiado.

—¿He cambiado?

—Considere que le he dicho cuan hermosa está, porque no puedo encontrar palabras para decírselo.

Las calles estaban oscuras. Keating llamó un coche. Sentado junto a ella, la miraba fijamente, como si fuese una insinuación descarada, esperando provocar un significativo silencio entre los dos. Ella estaba sentada estudiando el rostro de él. Parecía que se sorprendía, atenta a algún pensamiento propio que él no podía adivinar. Se puso más cerca de ella, lentamente, y le tomó las manos. Sintió un esfuerzo en sus manos, pudo sentir en sus rígidos dedos el esfuerzo que hacía con todo el brazo. No era un esfuerzo para retirar la mano, sino para permitirle que la tomara. Levantó la mano, la volvió y oprimió sus labios contra la muñeca. Después

la miró a la cara. Dejó caer la mano y ésta quedó suspendida en el aire, con los dedos tiesos, medio cerrados. No era la indiferencia lo que él recordaba, era una repulsión tan grande que se tornó impersonal, que no podía ofenderle. Tenía la sensación de su cuerpo, no con deseo ni con resentimiento, sino porque lo tenía a su lado. Involuntariamente murmuró:

—Dominique, ¿quién es él?

Ella volvió el rostro. Él veía que sus ojos se achicaban, que sus labios se relajaban, haciéndose más llenos, más suaves; su boca se alargaba lentamente en una débil sonrisa, sin abrirla. Le contestó, mirándole fijo:

—Un obrero de la cantera de granito. Él se rió a carcajadas.

—Bien me lo merezco, Dominique. No habría sospechado lo imposible.

—¿No resulta extraño, Peter? En un tiempo pensé que podía quererle a usted.

Peter se sorprendió.

¿Por qué resulta extraño?

—Pensar en lo poco que conocemos de nosotros mismos. Algún día sabrá la verdad acerca de usted mismo, y será peor.

—¿Me quería, Dominique?

—¡Creía que nunca podía querer nada, y usted llenaba bien ese requisito!

—No sé lo que quiere decir. No sé nunca lo que quiere decir. Sé que la amaré siempre. Y no permitiré que desaparezca otra vez. Ahora que ha vuelto...

—Ahora que he vuelto, Peter, no quiero volver a verle. Le veré cuando nos encontremos, pero no me visite. No. No quiero ofenderle. Usted no me ha hecho nada para que me disguste, pero hay algo dentro de mí misma que no quiero que aparezca otra vez. Lamento haberle elegido como ejemplo. Pero usted es todo lo que

yo desprecio en el mundo, y no quiero recordar cuánto le desprecio. Si lo recordara... volvería a eso. No es un insulto para usted, Peter. Trate de comprenderlo. No es usted lo peor del mundo. Es lo mejor de él. Eso es lo que me asusta. Si alguna vez vuelvo a usted, no me permita volver. Le digo esto ahora porque puede ocurrir; pero si vuelvo, usted no podría detenerme, y ésta es la única oportunidad que tengo para aconsejarle.

—No sé de qué está hablando —contestó él con frío furor, con los labios rígidos.

—No trate de saberlo. No tiene importancia. Quedamos lejos el uno del otro. ¿No le parece?

—Nunca renunciaré a usted. Ella alzó los hombros.

—Todo está bien, Peter. Ésta es la única vez que he sido amable con usted o con cualquiera.

VI

Roger Enright había empezado su vida como minero en las minas de carbón de Pensilvania. En su marcha hacia los millones que ahora poseía nadie le había ayudado jamás. "Esto —comentaba él— es porque nadie se ha metido en mi camino." Su carrera había sido brillante y pública como una cartelera. Había dado poco tema a chantajistas y biógrafos de escándalo. Los ricos no lo querían por haber llegado tan crudamente a la riqueza.

Odiaba a los banqueros, a las asociaciones, a las mujeres, y a la Bolsa. Nunca compró una acción en la Bolsa ni vendió ninguna de sus empresas. Toda su fortuna se la debía a sí mismo, tan sencillamente como llevaba todo su dinero en el bolsillo.

Además de su negocio de petróleo poseía una casa de publicidad, un restaurante, una casa de radio, un garaje, una planta para fabricación de refrigeradores eléctricos. Antes de cada nueva aventura estudiaba el terreno durante mucho tiempo, después actuaba como si no supiese nada, trastornando todo lo precedente. Algunas de sus aventuras tuvieron éxito, otras fracasaron. Insistió en ellas con energía feroz. Trabajaba doce horas al día.

Cuando se decidió a construir un edificio, estuvo seis meses buscando arquitecto. Ocupó a Roark después de la primera entrevista que tuvo con él, que duró media hora. Más tarde, cuando estuvieron hechos los planos, dio órdenes para que se empezara la construcción inmediatamente. Cuando Roark empezó a hablar de los planos lo interrumpió: "No me dé explicaciones. No vale la pena que me explique ideales abstractos. Nunca he tenido ideales. La gente dice que soy completamente inmoral. Me atengo solamente a lo que me gusta. Y yo sé lo que me gusta."

Roark nunca mencionó la tentativa que había hecho de llegar hasta Enright ni su entrevista con el aburrido secretario. Enright, de alguna manera, llegó a saberlo. En cinco minutos echó al secretario y en diez éste salía de la oficina, como se lo había ordenado, en un día de mucha labor, dejando en la máquina una carta a medio escribir.

Roark volvió a abrir su oficina. Era la misma habitación enorme en la parte superior de un viejo edificio. Amplió su local alquilando también la habitación contigua, pues había tomado dibujantes para que se dedicaran al programa relámpago planeado para la construcción. Nunca había oído hablar de ellos antes y no les pidió cartas de recomendación. Los eligió entre muchos aspirantes después de mirar unos minutos sus dibujos.

En la tensión afanosa de los días que siguieron, nunca les habló de sus trabajos. Al entrar cada mañana en la oficina, podían advertir que para él carecían de vida privada, de toda significación y de realidad, salvo la realidad abrumadora de las amplias cajas de papel que estaban sobre la mesa. El sitio parecía frío y desalmado como una fábrica, pero cuando miraban a Roark notaban que no era una fábrica, sino un horno alimentado con sus cuerpos y en especial con el de él mismo.

A veces se quedaba toda la noche en la oficina. Los empleados lo encontraban trabajando durante dos días y dos noches seguidos. A la tarde del tercer día se quedó dormido sobre la mesa. Se despertó a las pocas horas, no hizo comentario alguno y anduvo de una mesa a otra para ver lo que se había hecho. Hizo correcciones; sus palabras sonaban como si nada hubiese interrumpido su pensamiento, comenzado unas horas antes.

—Usted es insoportable cuando trabaja, Howard — le dijo Austen Heller una noche, aunque Roark no había mencionado nada de su trabajo.

—¿Por qué? —preguntó asombrado.

—Resulta incómodo estar en la misma habitación que usted. La tensión es contagiosa.

—¿Qué tensión? Me siento completamente natural cuando trabajo.

—Ésa es la cuestión. Usted está completamente natural cuando sólo le falta una pulgada para reventar. ¿De qué diablos está hecho? Después de todo, se trata nada más que de un edificio. No está haciendo combinación de algo santo con una tortura india y un éxtasis amoroso.

—¿Acaso un edificio no es eso?

No pensaba en Dominique a menudo, pero cuando lo hacía el pensamiento era un súbito recuerdo, era el reconocimiento de una presencia continua que no

necesitaba reconocimiento. La quería. Sabía dónde encontrarla. Esperaba. Le divertía esperar, porque sabía que la espera era insoportable para ella. Sabía que su ausencia lo ataba a ella de una manera mas completa y humillante que lo que podía hacerlo su presencia. Le daba tiempo para que intentase una huida, para que pudiese conocer su propio desamparo cuando él la quisiera ver otra vez. Sabría que el intento mismo estaba a elección de él, que era tan sólo otra forma de su poder. Entonces ella estaría dispuesta a matarlo o a ir hacia él por su propia voluntad. Los dos actos eran semejantes en su mente. Él quería conducirla a ello. Y esperó.

La construcción de la "Casa Enright" iba a empezar cuando Roark fue citado a la oficina de Joel Sutton. Éste, hombre de negocios afortunado, proyectaba la erección de un inmenso edificio para oficinas. Joel Sutton había basado su éxito en la facultad de no comprender nada acerca de la gente. Amaba a todo el mundo. Su amor no admitía distinciones. Era una gran aplanadora que no podía percibir picos ni concavidades, como no los tiene la superficie de un bote de melaza.

Joel Sutton conoció a Roark en una cena que dio Enright, y le agradó. Lo admiró. No vio ninguna diferencia entre Roark y cualquier otra persona. Cuando Roark fue a su oficina, Joel Sutton le dijo:

—No estoy nada seguro, no estoy seguro, no estoy seguro, pero pensé que podía recurrir a usted para ese edificio pequeño que tengo en la cabeza. Su "Casa Enright" es... extraña, pero es atractiva, todos los edificios son atractivos. Me gustan los edificios, ¿a usted no...? y Roger Enright es un hombre muy listo, un hombre muy listo. Hace dinero donde otros creen que no se puede hacer. Le preguntaré a Roger Enright; lo que es bueno para él, también es bueno para mí.

Roark esperó algunas semanas después de aquella primera entrevista. Joel Sutton nunca tenía prisa para

decidirse.

Una noche de diciembre Austen Heller visitó a Roark sin avisarle y le manifestó que debía acompañarle el viernes siguiente a una fiesta distinguida que daba la señora de Ralston Holcombe.

—Diablos; no, Austen.

—Escúcheme, Roark. Dígame exactamente por qué no. ¡Oh, sé que odia esas cosas, pero ésta no es una buena razón! Por otra parte, puedo darle muchas excelentes razones para que vaya. El lugar es una especie de casa de asignación para arquitectos y, por supuesto, tendrá allí posibilidades de obtener un edificio, hasta para su estilo personal. Si usted sería capaz de vender hasta el alma que no tiene, ¿por qué no puede pasar unas horas de aburrimiento en beneficio de futuras posibilidades?

—Es cierto, sólo que no creo que estas cosas conduzcan a nada —replicó Roark.

—¿Quiere ir por esta vez?

¿Por qué especialmente esta vez? . —¡Caramba! En primer lugar porque esa peste infernal de Kiki de Holcombe me lo ha pedido. Estuvo ayer dos horas pidiéndomelo y me hizo perder un almuerzo. Echa a perder su reputación el que se construya un edificio como la "Casa Enright" en la ciudad y que ella no pueda ostentar al arquitecto en su salón. Es una manía. Colecciona arquitectos. Insistió en que lo lleve, y le prometí que lo haría.

—¿Por qué?

—El viernes próximo estará Joel Sutton. Aunque le reviente, trate de ser cortés con él. Según he oído, está prácticamente decidido a darle el edificio. Quizá todo lo que necesite para decidirse sea un contacto personal. Muchos otros van detrás de él. Todos estarán allí. Quiero que usted esté. Quiero que usted haga ese edificio. No quiero oír nada de canteras de granito en

los próximos diez años. No me gustan las canteras de granito.

Roark se sentó sobre la mesa, asiéndose al borde de la misma con las manos, para mantenerse firme. Estaba exhausto, aunque no lo podía sentir. Dejó caer los hombros en un esfuerzo para efectuar un descanso que no llegaba; sus brazos estaban tensos, estirados y un codo se sacudía con un continuo y débil estremecimiento.

—¿Por qué no ir aunque sea una vez? No será tan terrible. Quizá se divierta. Verá a muchos viejos amigos allí: a John Erik Snyte, Peter Keating, Guy Françon y a su hija, conocerá a su hija. ¿Ha leído algunos de sus trabajos?

—Iré —replicó Roark.

—Usted prevé poco las cosas, aunque a veces es terrible. Vendré a buscarle el viernes a las ocho y media. Corbata negra. A propósito, ¿tiene smoking?

—Enright me consiguió uno.

—Enright es un hombre muy sensato.

Cuando Heller le dejó, Roark se quedó sentado durante mucho tiempo a la mesa. Había decidido ir a la fiesta porque sabía que era el último lugar en el cual Dominique Françon querría encontrarle otra vez.

—Querida Kiki —dijo Ellsworth Toohey—, no hay nada tan inútil como una mujer rica que hace del entretenimiento una profesión. Pero, claro está, todas las cosas inútiles tienen su encanto. Como la aristocracia, por ejemplo, la más inútil de todas.

Kiki de Helcombe frunció la nariz en un lindo gesto de reproche, pero le gustaba que la incluyeran en la aristocracia. Tres candelabros de cristal brillaban en el salón de baile florentino y cuando ella contempló a Toohey, las luces que se reflejaban en sus ojos llenaban de centelleos las pestañas.

—¿Qué cosas tan desagradables dice usted,

Ellsworth! No sé cómo lo sigo invitando.

—No comience a discutir con el señor Toohey

—dijo la señora de Gillespie, una mujer alta que ostentaba un collar de grandes diamantes, del tamaño de los dientes que mostraba cuando se reía—. No vale la pena. Estamos derrotadas de antemano.

—La discusión, señora de Gillespie, es una de las cosas que no tiene encanto ni utilidad. Dejémosla a los hombres de cerebro. Los cerebros, por supuesto, constituyen una peligrosa confesión de debilidad. Se dice que los hombres desarrollan sus cerebros cuando han fracasado en todas las otras cosas.

—Usted no quiere decir eso —dijo la señora de Gillespie mientras su sonrisa lo aceptaba como una agradable verdad. Se posesionó de él, triunfalmente, y se lo llevó como una presa robada a la señora de Holcombe, que por un momento se había desviado para saludar a nuevos invitados.

—Ustedes, los hombres de inteligencia, son como niños. Son tan sensitivos que una los debe mimar.

—Yo no haría eso, señora de Gillespie. Aprovechémonos de esto, pero ostentar su propia inteligencia es tan vulgar, más vulgar aún que ostentar la riqueza de uno.

—Dios mío, no debería hablar así, ¿no le parece? He oído decir que usted es izquierdista, pero no lo tomaré en serio. Ni siquiera un poco. ¿Qué le parece?

—Me gusta mucho.

—Usted no me engaña. No puedo creer que sea peligroso. Los peligrosos son sucios y usan mala gramática. ¡Y usted tiene una voz tan hermosa!

—¿Qué le hace pensar que yo aspiro a ser peligroso? Soy simplemente... bueno, le diré, la cosa más suave que existe; una conciencia. Su propia conciencia, personificada conscientemente en el cuerpo de otra persona e interesándose por lo menos afortunado del

mundo, quedando libre, de este modo, de no preocuparse de eso.

La señora de Gillespie exclamó:

—Caramba, qué idea tan primorosa! No sé si es horrible o si es muy sabia.

Ambas cosas, señora, como toda sabiduría.

Kiki de Holcombe examinó la sala de baile con toda satisfacción. Levantó la vista hacia el techo, adonde no alcanzaba la luz de los candelabros, y notó cuan lejos estaba de los invitados, cuan dominante y tranquilo. La enorme multitud de asistentes no empequeñecía el vestíbulo que estaba ante ellos, como un cuadro de espacio grotescamente desproporcionado, y era esa vasta extensión de aire aprisionado lo que daba a la fiesta un aspecto de regia suntuosidad, algo así como la tapa del estuche de una joya, innecesariamente grande en torno a un centro aplastado que no tenía más que una sola gema pequeña.

El traje de noche no le sentaba a Ellsworth Toohey. El rectángulo de la camisa blanca prolongaba su cara, que se alargaba en dos direcciones; las alas de la corbata le daban a su cuello el aspecto de pollo desplumado, pálido, azulado y listo para retorcérselo con un solo movimiento de una mano fuerte. Pero tenía ropa mejor que cualquiera otra de las personas presentes. La llevaba con la elegancia impertinente de quien se encuentra muy cómodo con que algo le quede mal, y lo grotesco de su aspecto constituía una manifestación de superioridad, una superioridad bastante grande para garantizar todo desgarbo.

Le decía a una mujer joven, sombría, que llevaba gafas y un traje de noche descubierto en la espalda: "¡Oh, usted no será nada más que una aficionada de la inteligencia, a menos que se sumerja en alguna causa más grande que usted misma!"

Le decía a un caballero obeso, con un rostro que se

enrojecía en el calor de la discusión: "Pero, amigo, no podía gustarme ninguno de los dos. Dije simplemente que tal cosa es el curso inevitable de la historia. ¿Y quiénes somos usted o yo para oponernos al curso de la historia?"

Le decían a un joven y desdichado arquitecto: "No, joven, no es que esté contra usted a causa del feo edificio que diseñó, sino por el mal gusto que muestra en quejarse de la censura que le hice."

Le decía a una dama millonada: "Sí, creo que sería una buena idea la suya de contribuir al Taller de Estudios Sociales. Sería una manera de tomar parte en la gran corriente humana de realizaciones culturales, sin perturbar la rutina de su digestión".

Los que lo rodeaban decían: "¡Qué ingenioso! ¡Y qué valentía!"

Peter Keating sonreía radiante. Sentía que la admiración y la atención fluía de todas partes de la sala de baile hacia él. Miraba a las personas, a todas aquellas personas adornadas, perfumadas, con sedas crujientes, barnizadas de luz, chorreando luz como si se las hubiese sumergido en agua de lluvia unas horas antes, para estar listas para ir allí y rendir homenaje a un hombre que se llamaba Peter Keating. Había momentos en que se olvidaba de que era Peter Keating y se miraba al espejo queriendo unirse a la admiración general.

Una vez la corriente lo dejó cara a cara con Ellsworth Toohey, Keating sonrió como un muchacho que surgiera de un río en un día de verano, resplandeciente, vigorizado, incansable de energía. Toohey se quedó mirándolo. Toohey se metió las manos en el bolsillo del pantalón, hinchándolo a la altura de sus flacas caderas; parecía columpiarse débilmente sobre sus pies pequeños; sus ojos estaban empeñados en una valoración enigmática.

—Dígame, Ellsworth..., ¿no... es ésta una noche

maravillosa? —dijo Keating como un chico a una madre comprensiva.

—¿Se divierte, Peter? Usted es casi la sensación de esta noche. Parece haber franqueado la entrada de la fama. Ocurre así y uno no puede decir, con exactitud, cuándo y por qué... Hay alguien, sin embargo, a quien usted parece ignorar despiadadamente —repuso Ellsworth Toohey.

Keating retrocedió. Quería saber cómo Toohey lo había sabido.

—Bueno —dijo Toohey—, la excepción justifica la regla. Es lamentable, sin embargo, Siempre tuve la idea absurda de que se necesitaría un hombre muy extraordinario para atraer a Dominique Françon. Entonces, naturalmente, pensé en usted. Fue nada más que un pensamiento ocioso. Sin embargo, el hombre que la obtenga, tendrá algo que usted no sería capaz de igualar. En eso él le ganará.

—Nadie lo ha conseguido —dijo Keating.

—No, sin duda, no. Todavía no. Eso es más bien asombroso. Supongo que necesitará un hombre extraordinario.

—Fíjese, ¿qué diablos dice? ¿No le agrada Dominique Françon?

—Nunca he dicho que no me agradara.

Un momento después Keating oyó que Toohey decía en medio de una seria discusión: "¿Felicidad? ¡Es tan de clase media! ¿Qué es la felicidad? Hay muchas cosas en la vida más importantes que la felicidad."

Keating se encaminó lentamente al encuentro de Dominique. Se había recostado, como si el aire fuera un soporte bastante sólido para sus hombros débiles y desnudos. Su traje de noche era de color de vidrio. Él tuvo la sensación de que podría ver a través de su cuerpo la pared que tenía detrás. Parecía demasiado frágil para existir, y esa fragilidad hablaba de una fuerza

temible que la tenía anclada a la existencia con un cuerpo incompatible con la realidad.

Cuando él se acercó, ella no se esforzó en fingir; se volvió hacia él y le contestó; pero la precisión monótona de sus respuestas le contenía, le tornaba impotente; la abandonó después de unos minutos.

Cuando Roark y Heller entraron, Kiki de Holcombe se adelantó a saludarlos a la puerta. Heller le presentó a Roark, y ella habló como siempre, con voz que parecía un chillido, y con tanta velocidad que ahuyentaba toda oposición.

—Señor Roark, ¡estaba ansiosa por conocerle! Hemos oído hablar mucho de usted. Claro que debo advertirle que mi marido no lo aprueba, por razones puramente artísticas, comprenderá usted; pero no se preocupe: tiene un aliado en esta casa, un aliado entusiasta.

—¡Muy amable, señora Holcombe! —dijo Roark.

—¡Oh, yo adoro su "Casa Enright"! Por supuesto, no puedo decirle que representa mis propias convicciones estéticas, pero las personas de cultura deben tener sus espíritus abiertos a todo, quiero decir, deben considerar todos los puntos de vista en el arte creador; debemos tener amplitud de criterio en todas las cosas, ¿no le parece a usted?

—No sé —contestó Roark—. Nunca he tenido amplitud de criterio.

Ella tuvo la certidumbre de que él no había querido decir una insolencia, no estaba en su voz ni en sus maneras; pero aquella insolencia fue la primera impresión que tuvo de él. Roark vestía de etiqueta y le quedaba muy bien, con su aspecto alto y delgado; pero había algo que decía que no le pertenecía; su rojizo cabello parecía ridículo con aquella ropa; además, a ella no le gustaba su cara; aquella cara convenía a un obrero o a un marinero, pero no le parecía bien en su salón.

—Nos hemos interesado mucho por su trabajo.

¿Su primer edificio?

—El quinto.

—¿El quinto? ¿De veras? ¡Qué interesante!

Se fue a saludar a nuevos invitados.

Heller le dijo:

—¿A quién quiere conocer primero? Allí está Dominique Françon, mirádonos. Venga.

Roark se volvió y vio a Dominique, que estaba sola al otro lado de la sala. No había expresión en su rostro, ni siquiera el esfuerzo para evitar una expresión. Resultaba extraño ver un rostro humano con estructura ósea y músculos, pero sin significado; un rostro como simple manifestación anatómica, como una espalda o un brazo, y no como un espejo de percepciones sensibles. Ella los miraba conforme se iban acercando. Tenía los pies dispuestos de manera extraña, dos pequeñas figuras paralelas y terminadas en punta, como si alrededor no existieran nada más que unas pulgadas cuadradas debajo de la suela y ella estuviera segura hasta tanto no se moviese o mirase hacia abajo. Sentía un placer violento porque le parecía ser demasiado frágil para estar haciendo aquel esfuerzo y porque se sentía muy bien.

—Señorita Françon, ¿me permite que le presente a Howard Roark? —dijo Heller.

No levantó la voz para pronunciar el nombre y se quedó sorprendido porque sonó tan sin fuerza; después pensó que el silencio había cogido el nombre y lo tenía asido todavía; pero allí no había silencio. La cara de Roark estaba cortésmente impasible, y Dominique dijo con toda corrección:

—Tanto gusto, señor Roark.

—Tanto gusto, señorita Françon.

—La "Casa Enright"... —dijo ella.

Habló como si hubiese querido pronunciar aquellas tres palabras, pero como si designaran, no una casa, sino

muchas cosas más.

—Sí, señorita Françon —dijo Roark.

Entonces ella se sonrió, con la sonrisa correcta y superficial con que se recibe una presentación.

—Conozco a Enright. Es un amigo de la familia.

—No he tenido el placer de conocer a muchos amigos del señor Enright.

—Recuerdo que una vez papá lo invitó a cenar. Fue una cena lastimosa. Se dice que papá es un conversador brillante, pero no pudo extraerle una sola palabra a Enright. Roger permanecía impasible. Hay que conocer a papá para darse cuenta de cuan enorme fue aquella derrota para él.

—Yo he trabajado para su padre, hace algunos años, como dibujante.

Ella movió la mano y la detuvo en el aire. Dejó caer la mano.

—Entonces habrá podido darse cuenta de que papá no podía estar de acuerdo con Roger Enright.

—No, no podía estar de acuerdo.

—Creo que Roger casi me quería, aunque nunca me perdonó que yo trabajase en un diario de Wynand.

Al estar entre ellos, Heller pensó que se había equivocado, que no había nada de extraordinario en aquel encuentro. En efecto, no ocurrió nada. Se molestó porque Dominique no hablara de arquitectura como esperaba que lo hiciese, y concluyó lamentando que Roark le hubiese disgustado, como le disgustaban la mayoría de las personas que ella conocía.

Después, la señora de Gillespie se dirigió a Heller y se lo llevó. Roark y Dominique se quedaron solos.

—El señor Enright lee todos los diarios de la ciudad. Se los llevan todos a la oficina, con la página de los editoriales cortada.

—Siempre ha hecho eso. Roger erró su verdadera vocación. Debería haber sido hombre de ciencia. ¡Tiene

tal amor por los hechos y tal desprecio por los comentarios!

—En el otro extremo, ¿conoce al señor Fleming? —preguntó Roark.

—No.

—Es un amigo de Heller. El señor Fleming no lee más que editoriales. A la gente le gusta oírlo hablar.

Ella lo observaba. Él la miraba fijamente, con mucha cortesía, como no había mirado a ninguna persona que le presentaron. Ella deseaba encontrar algún rastro en su rostro, aunque fuese una sonrisa burlona; aun la burla sería un reconocimiento y un lazo, pero no encontró nada. Hablaba como un extraño. No permitía otra realidad sino la de un hombre que le ha sido presentado en un salón, intachablemente sumiso a todo convencionalismo de deferencia. Ella afrontó aquella respetuosa formalidad pensando que su vestido no tenía nada que ocultarle que él la había habituado a una necesidad más íntima aún que la necesidad de alimentarse..., mientras que ahora estaba a algunos pasos de distancia como un hombre que no se atrevía a acercarse más. Ella pensó que aquélla sería su forma de burlarse, después de lo que no podía haber olvidado, pero que no quería admitir. Se le ocurrió que querría que ella fuese la primera en recordarlo; él iba a conducirla a la humillación de aceptar el pasado, obligándola a ser la primera que murmurase las palabras que llevaban a la realidad, porque sabía que no podía haberla olvidado.

—¿Y de qué vive el señor Fleming? —preguntó.

—Es fabricante de sacapuntas.

—¿De verdad? ¿Amigo de Austen?

—Austen conoce a muchas personas. Él dice que ésta es su ocupación.

—¿Ha tenido éxito?

—¿Quién, señorita? No estoy seguro respecto a

Austen, pero el señor Fleming ha tenido mucho éxito. Tiene fábricas sucursales en Nueva Jersey, Connecticut y Rhode Island.

—Con respecto a Austen, usted está equivocado, señor Roark. Tiene mucho éxito. En su profesión y en la mía uno tiene éxito si no se deja manosear.

—¿Cómo se logra eso?

—Por uno de estos dos caminos: o no tomar en cuenta a las personas, o tomar en cuenta todo lo referente a ellas.

—¿Cuál es preferible, señorita?

—El que sea el más difícil.

—Pero el deseo de elegir el más difícil puede ser una confesión de debilidad.

—Desde luego, señor Roark; pero es la forma menos ofensiva de confesarlo.

Entonces alguien llegó corriendo entre la concurrencia, y golpeó a Roark en la espalda. Era John Erik Snyte.

—¡Quién hubiera pensado encontrarle aquí, Roark! gritó—. ¡Contentísimo, contentísimo! Hacía una eternidad que no le veía. Escúcheme, quisiera conversar con usted. ¿Nos permite un momento, Dominique?

Roark se inclinó ante ella, con los brazos a ambos del cuerpo, con un mechón de cabello cayéndole hacia delante, de manera que ella no le podía ver la cara y sí solamente la cabeza, color de naranja, inclinada cortésmente. Después siguió a Snyte entré la concurrencia. Snyte le decía:

—¡Dios mío, cómo se ha levantado en estos últimos años! Escúcheme, ¿sabe si Enright proyecta dedicarse al negocio de compraventa de inmuebles en gran escala, quiero decir si no tiene otras construcciones a la vista?

Heller arrancó a Roark de la compañía de Snyte y lo llevó a presencia de Sutton. Éste se mostró encantado.

Sintió que al ver a Roark se le quitaban las últimas dudas. Fue un sello de seguridad en la persona de Roark. La mano de Joel Sutton se cerró sobre el codo de Roark, cinco dedos gordos y rosados sobre la manga negra. Joel Sutton le habló confidencialmente:

—Escúcheme, muchacho. Todo está arreglado. Usted será el arquitecto, pero no me exprima hasta el último centavo. Todos los arquitectos son unos degolladores y unos salteadores, pero confío en usted. Usted es un muchacho inteligente, según me dijo el viejo Rog, ¿no? De manera que me tiene ahora a mí también para sablearme, eso es. Dentro de unos quince días llamaré por teléfono y tendremos una riña de perros por el contrato.

Heller los miró y pensó que era casi indecente verlos juntos: la figura alta y ascética de Roark, con la orgullosa nitidez peculiar de los cuerpos de largas líneas, y junto a él la sonriente pelota de carne cuya decisión tanto significaba.

Roark comenzó a hablar del futuro edificio, pero Joel Sutton lo miró asombrado y ofendido. Joel Sutton no había ido allí para conversar de edificios; las fiestas se daban para divertirse, y ¿qué alegría más grande podía haber que olvidar las cosas importantes de la vida? De manera que Joel Sutton habló del badminton, que era su manía, una manía patricia, comentó, pues él no era vulgar como otros hombres que pierden el tiempo jugando al golf. Roark escuchaba cortésmente: no tenía nada que decir.

—Juega usted al badminton, ¿verdad?—preguntó Joel Sutton, de pronto.

—No —repuso Roark.

—¿No juega? ¿No juega? ¡Caramba, qué lástima, terrible lástima! Estoy seguro de que si jugase, sería excelente, delgado como es; sería magnífico, creo; con seguridad que le ganaría muy fácilmente al viejo

Tompkins en cualquier momento; entretanto, levantará el edificio.

—De cualquier manera, mientras se levanta el edificio no tendría tiempo para jugar, señor Sutton.

—¿Por qué no tendría tiempo? ¿Acaso no tiene dibujantes para hacerlo? Tómese un par de extras; que se preocupen ellos; yo le pagaré bastante, ¿no le parece? Pero entonces no juega: ¡qué terrible vergüenza! Yo estaba seguro..., el arquitecto que hizo mi casa en Canal Street era un experto en badminton, pero murió el año pasado, murió aplastado en un accidente de automóvil, el condenado. Era, además, muy buen arquitecto. Y aquí, ¿no juega?

—Señor Sutton, no está realmente disgustado por eso, ¿verdad?

—Estoy seriamente desengañado, muchacho.

—Pero, en realidad, ¿para qué me quiere usted?

—¿Cómo para qué?

—Sí, ¿para qué?

—Se entiende que para hacer un edificio.

—¿Cree usted realmente que sería mejor el edificio si yo jugase al badminton?

—Bueno, hay negocios y diversiones; está el lado práctico y el lado humano de esto; a mí no me importa; sin embargo, creí que un hombre delgado como usted seguramente..., pero está bien, está bien. No podemos tenerlo todo.

Cuando Joel Sutton le dejó, Roark oyó una voz alegre que le decía:

—Enhorabuena, Howard.

Y al volverse se encontró con Peter Keating, que sonreía radiantemente.

—¡Hola, Peter! ¿Qué decías?

—Te felicitaba por la conquista de Sutton, sólo que no has tenido tacto.

—¿Por qué?

—Oí casi todo lo que hablaste con el viejo Joel, precisamente porque no debía haberlo escuchado; era muy entretenido. No es ésa la manera de abordarlo, Howard. ¿Sabes lo que yo habría hecho? Hubiera jurado que jugaba al badminton desde que tenía dos años y, como es el juego de los reyes y de los condes, se necesita ser una alma de rara distinción para poder apreciarlo. Si llegase la ocasión de que me pusiese a prueba yo ya me habría ocupado en jugarlo como un conde. ¿Qué te habría costado?

—No lo pensé.

—Es un secreto, Howard, un raro secreto. Te lo daré gratis con mis mejores deseos. Sé siempre como las personas quieren que seas. Entonces lograrás las conquistas que quieras. Te lo daré gratis, porque sé que nunca harás uso de él. Eres brillante en algunos aspectos, Howard, siempre lo he dicho, y terriblemente estúpido en otros.

—Posiblemente.

—Deberías tratar de aprender algunas cosas si vas a dedicarte a jugar una partida en el salón de Kiki de Holcombe. ¿Lo harás? Te estás formando, Howard. Aunque me produjo una gran sorpresa verte aquí. ¡Ah, enhorabuena por la obra de Enright, obra hermosa, como de costumbre! ¿Dónde estuviste todo el verano? Recuérdame que te dé una lección sobre cómo debes ponerte el smoking. ¡Dios mío, te queda tan mal! Eso es lo que no me gusta, que parezcas un tonto. Somos amigos, ¿no es así, Howard?

—Estás borracho, Peter.

—Claro que lo estoy, pero no he tomado una sola gota esta noche, ni una sola gota. Nunca sabrás de lo que estoy borracho, nunca. No es para ti, y ésa es también una de las razones por las que estoy borracho; la de que no es para ti. Tú sabes cómo te quiero, Howard. Te quiero de verdad esta noche.

—Sí, Peter, siempre me querrás.

Roark fue presentado a muchas personas y muchas hablaron con él. Sonreían y parecían sinceras en sus esfuerzos por acercarse amistosamente y expresarle aprecio, desplegar buenos deseos e interés cordial. Mas lo que escuchaba era: "La «Casa Enright» es magnífica, es casi tan buena como el edificio «Cosmo-Slotnick»." "Estoy seguro de que tiene un gran porvenir, señor Roark; créame, conozco los signos. Usted será otro Ralston Holcombe." Se había acostumbrado a la hostilidad, pero aquella clase de benevolencia era más ofensiva que la misma hostilidad. Se encogió de hombros, pensó que pronto estaría fuera de regreso a la realidad simple y clara de su oficina.

No volvió a ver a Dominique en el resto de la noche. Ella lo observaba entre la concurrencia. Observaba a los que lo detenían y le hablaban. Observaba sus espaldas, detenidas cortésmente mientras escuchaba. Se le ocurrió que también aquello era una manera de reírse de ella. Él dejaba que lo viera entregado a los invitados delante de sus ojos, riendo con cada persona que se posesionaba de él un instante. Sabía que para ella era más duro que observar el sol y el barranco en la cantera. Ella observaba dócilmente. No tenía esperanzas de que él la notase otra vez, pero tenía que permanecer todo el tiempo que él estuviese en el salón.

Aquella noche hubo otra persona que se enteró casualmente de la presencia de Roark, desde que entró en el salón. Ellsworth Toohey lo había visto entrar. Toohey no lo había visto antes y no lo conocía, pero se quedó mirándole largo tiempo.

Después, Toohey anduvo entre la concurrencia, sonriendo a sus amigos. Pero entre sonrisas y frases, sus ojos volvían al hombre de pelo anaranjado. Miraba al hombre como ocasionalmente miraba al pavimento desde una ventana del trigésimo piso, preguntándose

qué ocurriría si su cuerpo fuese arrojado abajo, cuando golpease contra el suelo. No sabía cómo se llamaba aquel hombre, ni su profesión, ni su pasado; no tenía necesidad de saberlo porque nunca miraba a los hombres, pero no era un hombre para él, sino una fuerza. Quizá fuera la fascinación de ver aquella fuerza tan específicamente personificada en un cuerpo humano.

Después de un momento, le preguntó a John Erik Snyte, señalándolo:

—¿Quién es ese hombre?

—¿Ése? —preguntó Snyte—. Howard Roark, el de la "Casa Enright".

—¡Ah! —dijo Toohey.

—¿Por qué?

—Naturalmente, que debía de ser.

—¿Quiere conocerle?

—No —dijo Toohey—. No quiero conocerle.

Durante el resto de la noche, cuando alguna persona le obstruía la mirada en el vestíbulo, levantaba pacientemente la cabeza para buscar a Roark. No quería mirar a Roark, pero tenía que mirarlo.

Aquella noche Toohey no tuvo conciencia de nadie mas que de Roark. Roark no sabía que Toohey estuviese en el salón.

Cuando Roark se fue, Dominique empezó a contar los minutos antes de retirarse, para tener la certidumbre de que lo habría perdido de vista en las calles. Después se puso en marcha.

La fina mano de Kiki Holcombe le estrechó la suya al partir. La estrechó indecisa y se deslizó para asirla de la muñeca un momento.

—Y, querida, ¿qué piensas de ese nuevo arquitecto que estuvo conversando conmigo, Howard Roark? —interrogó Kiki Holcombe.

—Pienso que es la persona más desagradable que he

visto jamás.

—¿De veras?

—¿Te gusta esa arrogancia desenfrenada? No sé qué se puede decir de él, a no ser que es terriblemente buen mozo, si esto tiene alguna importancia.

—¿Buen mozo? ¿Estás bromeando, Dominique?

Kiki Holcombe vio por primera vez que Dominique se confundía tontamente. Y Dominique se dio cuenta de que los demás no notaban lo que ella veía en el rostro de él, lo que le causaba la impresión de que su cara era la de un dios.

—¡Caramba, querida, qué va a ser buen mozo! Parece, sí, ser extremadamente masculino.

—No se asombre, Dominique —dijo una voz detrás de ellas—. Los juicios estéticos de Kiki no son los suyos ni los míos.

Dominique se volvió. Ellsworth Toohey estaba allí, sonriendo y observando su rostro con atención.

—¿Usted...? —comenzó ella, y se detuvo.

—Desde luego —dijo Toohey, inclinándose débilmente, como afirmando lo que ella había dicho— ¿Me acredita un discernimiento igual al suyo, Dominique? Aunque no para goces estéticos. Esa parte se la dejaré a usted. Pero a veces vemos cosas invisibles para otros, ¿no es así?

—¿Qué cosas?

—Tendríamos que tener una larga discusión filosófica muy complicada e... innecesaria. Siempre le he dicho que seremos amigos. ¡Intelectualmente tenemos tanta afinidad! Partimos de dos polos opuestos, pero eso no tiene importancia, porque nos encontramos en el mismo punto. Ha sido una noche interesante, Dominique.

—¿Qué se propone?

—Por ejemplo, ha resultado interesante descubrir lo que llama usted buen mozo. Es agradable que lo haya

clasificado firme y concretamente, sin palabras nada más que con la ayuda de cierto físico.

—Si...se diese cuenta de lo que está diciendo, no sería lo que es.

—No, querida. Yo debo ser lo que soy, precisamente a causa de lo que veo.

—Ellsworth, usted es peor de lo que yo creía.

—Y quizá mucho peor de lo que usted está pensando ahora. Pero útil. Somos útiles unos a otros. Como usted lo será para mí. Y creo que querrá serlo.

—¿De qué está hablando?

—Esto está mal, Dominique. Muy mal. Insustancial. Si no sabe de qué estoy hablando, es inútil que se lo explique. Pero si lo sabe..., no tengo necesidad de seguir adelante.

—¿Qué clase de conversación es esta? —dijo Kiki Holcombe, intrigada.

—Es la manera que tenemos de hacernos bromas —dijo Toohey vivamente—. No se incomode, Kiki. Dominique y yo siempre bromeamos. Sin embargo, no muy bien, porque, como usted ve, no nos entendemos.

—Alguna vez puede equivocarse, Toohey —agregó Dominique.

—Es muy posible. Y usted ya se ha equivocado.

—Buenas noches, Ellsworth.

—Buenas noches, Dominique.

Cuando se fue Dominique, Kiki se dirigió a Ellsworth Toohey.

—¿Qué pasa entre ustedes dos? ¿Por qué semejante charla... sin objeto? Las caras de las personas y una primera impresión nada significan.

—Es una de nuestras falacias más grandes y más comunes —explicó con voz suave y lejana como si no le estuviese respondiendo a ella sino contestándose a sí mismo—. Nada hay más significativo que el rostro humano. Ni más elocuente. No podemos conocer a una

persona, en realidad, sino cuando la miramos, porque en esa mirada conocemos todo. Aunque no siempre seamos lo suficiente sabios para descifrar nuestro conocimiento. ¿Ha pensado alguna vez en el estilo de una alma, Kiki?

—¿El... qué?

—El estilo de una alma. ¿Se acuerda del famoso filósofo que habló del estilo de una civilización? Lo llamó "estilo" porque consideró que era la palabra más apropiada que pudo encontrar. Dijo que cada civilización tiene un principio básico, uno solo, supremo; una sola concepción determinante y que cada esfuerzo de los hombres dentro de esa civilización es verdadero, inconsciente e irrevocable, para ese único principio... Pienso, Kiki, que cada alma tiene también un estilo propio. Su único motivo básico lo verá usted reflejado en cada pensamiento, en cada acto, en cada deseo de esa persona. Lo único absoluto, lo único imperativo de esa criatura viva. Lo que años de estudiar a un hombre no nos muestran, nos lo dirá su cara. Piense en su cara, no necesita nada más.

—Eso parece fantástico, Ellsworth, e injusto, si fuese cierto. Las personas quedarían desnudas delante de uno.

—Peor aún. Eso también la deja a usted desnuda delante de los demás, usted se traiciona a sí misma* por la manera que tiene de reaccionar ante ciertas caras. A una determinada clase de rostros... El estilo de su alma... Nada hay tan importante en la tierra como los seres humanos. Nada hay tan importante en los seres humanos como las relaciones entre ellos.

—Bueno, ¿qué ve usted en mi rostro?

—Dígame qué estrella de cine le gusta y le diré lo que es usted.

—Usted sabe que me gusta que me analicen. Ahora, vamos a ver. Mi favorita más grande ha sido siempre...

Pero él no escuchaba, le había vuelto la espalda, y se

iba sin excusarse. Se sentía cansado. Ella nunca lo había visto comportarse así sin ninguna cortesía, salvo cuando lo hacía a propósito.

Un poco más tarde, oyó que estaba diciendo entre un grupo de amigos con su rica y vibrante voz:

—...y por esto, la concepción más noble que hay sobre la tierra es la de la absoluta igualdad de los hombres.

VII

"...y quedará solamente como un monumento al egoísmo del señor Enright y del señor Roark. Estará entre una fila de casas de pisos de piedra rojiza, de un lado, y los tanques de gas del otro. Eso quizá no sea una casualidad, sino un testimonio del sentido de adaptabilidad del destino. Ninguna otra situación podría haber puesto de manifiesto tan elocuentemente la insolencia esencial de ese edificio. Se levantará como una burla a todos los edificios de la ciudad y a los hombres que los construyeron. Nuestros edificios carecen de sentido y son falsos; ese edificio lo acentuará más aún. Pero el contraste no será su ventaja. Creando el contraste se habrá constituido en una parte de la gran ineptitud, su parte más risible. Si un rayo de luz cae en una pocilga, es el rayo el que nos muestra el estiércol, es el rayo el que ofende. Nuestras construcciones tienen la gran ventaja de la oscuridad y de la timidez. Además, nos sientan. La «Casa Enright» es brillante y audaz. Asimismo es una boa con plumas. Atraerá nuestra atención, pero sólo por la audacia inmensa de la concepción del señor Roark. Cuando ese edificio esté

terminado, será una herida en el rostro de nuestra ciudad. Una herida también está llena de colorido."

Esto apareció en la sección "Su casa", por Dominique Françon, una semana después de la fiesta dada por Kiki Holcombe.

El día de su aparición, Toohey se encaminó a la oficina de Dominique. Tomó un ejemplar del *Banner* con la página que contenía el artículo dada vuelta. Se quedó callado, balanceándose un poco sobre los Pies. Parecía como si sus ojos debieran ser oídos y no vistos; era un rugido visual de risa. Sus labios; tenían muchas arrugas inofensivas. —¿Y bien? —preguntó ella. Toohey la miró con fijeza y le dijo: —¿Dónde conoció a Roark antes de esa fiesta?

Se quedó mirándole, un brazo colgado en el respaldo de la silla, un lápiz columpiándose precariamente entre los dedos. Parecía que ella se estuviese riendo.

—No conocía a Roark antes de esta fiesta.

—Así tengo entendido.

—Siéntese, Ellsworth. No esté de pie.

—¿Le importa? ¿Está ocupada?

—No en especial.

Se sentó meditativamente, golpeándose las rodillas con el diario doblado.

—Usted sabe, Dominique, que no está bien. De ningún modo está bien.

—¿Por qué?

—¿No se da cuenta que se puede leer entre líneas? Desde luego que muchos no lo advertirán. Él lo notará; yo también.

—No lo he escrito para usted ni para él.

—¿Para los demás?

—Para los demás.

—Entonces es una treta para él y para mí.

—¿Ve? Creí que estaba bien hecho.

—Bien; allá cada uno con sus propios métodos.

Arrojó el diario sobre la mesa, sin cambiar de posición; apenas si movió la mano hacia delante.

—Hablando de arquitectura, Dominique, ¿por qué nunca escribió acerca del edificio "Cosmo-Slotnick"?

—¿Vale la pena mencionarlo?

—Indudablemente. Hay personas a las cuales les habría disgustado muchísimo.

—¿Son personas dignas de que se las disguste?

—Así parece.

—¿Qué personas?

—¡Oh, no sé! ¿Cómo podemos saber quiénes leen nuestros trabajos? Eso es lo que los hace interesantes. Todos esos seres extraños que nunca hemos visto antes, no han hablado o no pueden hablar, y aquí está el diario donde pueden leer nuestra respuesta, si se la queremos dar. Yo pienso que usted podría escribir, a la ligera, algo agradable acerca del edificio "Cosmo-Slotnick".

—Me parece que Peter le gusta mucho.

—¿A mí? Lo quiero terriblemente. Usted lo querrá también... con el tiempo, cuando le conozca mejor. Peter es la persona más útil que conozco. ¿Por qué no se toma tiempo, uno de estos días, y le pide que le cuente la historia de su vida? Aprenderá muchas cosas interesantes.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo que estuvo en Stanton.

—Lo sabía.

—¿No cree que es interesante? Yo sí lo creo. Maravilloso lugar Stanton. Ejemplo notable de arquitectura gótica. Las vidrieras de la capilla son en realidad de las más bellas de este país. Piense, después, en tantos estudiantes jóvenes, todos tan diferentes, algunos graduados con altos honores, otros expulsados...

—¿Sí?

—¿Sabía que Peter Keating es amigo de Howard Roark?

—No. ¿Es amigo?

—Sí.

—Peter Keating es amigo de todo el mundo.

—Muy cierto. Es un muchacho notable. Pero es distinto. ¿Sabía que Roark estuvo en Stanton?

—No.

—Parece que usted no conoce mucho de Howard Roark.

—No conozco nada de Howard Roark. No estábamos discutiendo acerca de Howard Roark.

—¿No? Claro; estábamos discutiendo acerca de Peter Keating. Mire, uno puede tener su propio punto de vista por contraste o por comparación, como dice usted en su hermoso artículo de hoy. Para apreciar a Peter como merece ser apreciado, hagamos una comparación. Tomemos dos líneas paralelas. Me inclino a ponerme de acuerdo con Euclides: pienso que esas líneas paralelas nunca se encontrarán. Bueno; ambos fueron a Stanton. La madre de Peter tenía una casa de huéspedes y Roark vivió en ella durante tres años. Esto, realmente, no tiene importancia, salvo que hace más elocuente el contraste, y, bueno, más personal. Después, Peter se graduó con altos honores, los más altos de su curso. Roark fue expulsado. No ponga esa cara. No debo explicarle por qué fue echado. Usted y yo lo comprendemos, Peter fue a trabajar con su padre de usted y ahora es su socio. Roark trabajó también con su padre y fue echado. Sí, fue echado. ¿No le parece curioso?

Fue echado sin que usted le ofreciera ninguna ayuda. Peter tiene en su favor el edificio "Cosmo-Slotnick", Roark tiene una choricería en Connecticut. Peter firma autógrafos, y Roark no es conocido siquiera por los fabricantes de artículos para cuartos de baño. Ahora Roark tiene que hacer una casa de pisos, y para él resulta tan valiosa como un hijo único, mientras que Peter ni siquiera se hubiese dado cuenta de la "Casa

Enright", porque las tiene todos los días. Ahora bien, no creo que Roark piense muy bien de la obra de Peter. Vayamos un poco más adelante. A nadie le gusta ser vencido; pero ser vencido por uno que a nuestros ojos ha sido siempre el ejemplo típico de la mediocridad; empezar al mismo tiempo que la mediocridad y observar que ésta progresa, mientras él lucha sin obtener nada más que un puntapié; ver que la mediocridad le arrebató, uno después de otro, todos los trabajos por los que hubiese dado la vida; ver que la mediocridad es guardada como reliquia, y perder, ser sacrificado, ser ignorado, ser vencido, vencido, no por un genio más grande, no por un dios, sino por Peter Keating... Bueno, mi querida amiga, ¿cree usted que la Inquisición pensó jamás en una tortura semejante?

—¡Ellsworth! —gritó ella—. Salga de aquí.

Se puso en pie súbitamente. Se quedó erguida un instante; después se inclinó hacia delante con las palmas de la mano extendidas sobre la mesa y permaneció así.

Él vio que las suaves crenchas de su pelo se agitaban pesadamente y que después caían con lentitud, ocultando su rostro.

—Pero, Dominique —dijo con amabilidad—, lo único que quería explicarle era por qué Peter Keating es una persona tan interesante.

Su cabello cayó hacia atrás y su cara lo siguió. Se dejó caer en la silla, mirándole con la boca contraída desagradablemente.

—Dominique —dijo suavemente—, se pone en evidencia. Demasiado en evidencia.

—Salga de aquí.

—Siempre dije que usted me despreciaba. Visíteme la próxima vez que necesite ayuda.

En la puerta se volvió y agregó:

—Desde luego, pienso que Peter Keating es el más grande arquitecto que tenemos.

Aquella noche, cuando ella llegó a su casa, sonó el teléfono.

—Dominique —sonó una voz en el auricular—, ¿piensa en verdad todo eso?

—¿Quién habla?

—Joel Sutton. Yo...

—¡Hola, Sutton! ¿Qué quería decir?

—¿Cómo está, Dominique? ¿Cómo está su encantador padre? Digo si piensa todo eso de la "Casa Enright" y de ese hombre llamado Roark. Me refiero a lo que dice en su sección de hoy. Estoy bastante trastornado, bastante. ¿Sabe algo de mi casa? Bueno, estábamos listos para empezar, y, como se trata de tanto dinero, pensé que había que tener cuidado antes de decidirse; pero sobre toda la gente confío en usted; sí, siempre he tenido confianza en usted. Usted es una muchacha lista, muy lista. Si usted trabaja con un hombre como Wynand, me imagino que conocerá su trabajo. Wynand sabe de edificios, porque ha hecho más con las propiedades que con todos sus diarios, puedo apostar, aunque no sea para la publicidad, pero yo lo sé. Y usted está trabajando para él. Ahora no sé qué pensar. Porque, mire, yo había decidido, sí, había decidido absoluta y definitivamente, casi, contratar a Roark, y en realidad se lo dije. Vendrá mañana por la tarde a firmar el contrato, y ahora..., ¿usted cree que realmente parecería una boa con plumas?

—Escuche, Joel —dijo ella, apretando los dientes—, ¿puede comer conmigo mañana?

Se reunió con Joel Sutton en el comedor vasto y desierto de un hotel distinguido. Había en las blancas mesas pocos comensales solitarios, de manera que cada uno estaba apartado, y las mesas vacías servían de marco elegante que proclamaba la exclusividad de cada uno. Joel Sutton se sonrió a gusto. Nunca había acompañado a una mujer tan decorativa como

Dominique.

—Usted lo sabe, Joel —dijo Dominique mirándolo frente a frente, con voz suave, firme, seria—, ha sido una idea brillante elegir a Roark.

—¿Lo cree usted?

Lo creo. Tendrá una casa que será tan hermosa como un himno patriótico, un edificio que lo dejará sin aliento a usted y a sus inquilinos. De aquí a cien años se escribirá de usted en la Historia, y se buscará su tumba en el cementerio.

—Dios mío, Dominique! ¿De qué está hablando?

—De su edificio, de la clase de edificio que Roark proyectará para usted. Será un gran edificio, Joel.

—¿Quiere decir bueno?

—No quiero decir bueno; quiero decir grande.

—No me gusta esa palabra "grande".

—No, a usted no le gusta. Ya sé que no le gusta. Entonces, ¿por qué quiere a Roark? Usted necesita un edificio que no asuste a nadie, que sea común, cómodo y seguro, como una vieja sala íntima en la parte posterior de la casa, con olor a sopa de almejas. Un edificio que le guste a todo el mundo. No es muy cómodo ser héroe, Joel, y usted no tiene aspecto de serlo.

—Claro que quiero tener una casa que le guste a la gente. ¿Para qué cree que pienso edificar? ¿Por caridad?

—No, Joel. Tampoco por su alma.

—¿Cree que Roark no es bueno?

Estaba sentada derecha y tiesa, como si todos sus músculos estuvieran estirados para soportar el dolor; pero sus ojos estaban pesados, entornados, como si una mano estuviera acariciando su cuerpo.

—¿Ha visto muchos edificios hechos por él? ¿Ve que lo contrate mucha gente? Hay millones de habitantes en la ciudad de Nueva York. ¿Pueden estar equivocados esos millones de seres humanos? —

preguntó Dominique.

—Desde luego que no.

—Desde luego.

—Pero pensé que Enright...

—Usted no es Enright, Joel, por una cosa: él no se sonríe tanto. Además, Enright no me hubiera pedido mi opinión, y usted lo hace. Es por lo que usted me agrada.

—¿Realmente le agrada, Dominique?

—¿No sabía que siempre fue uno de mis favoritos?

—Yo... siempre he tenido confianza en usted. Seguiré su opinión de cualquier modo. ¿Qué cree que tengo que hacer?

—Es simple. Usted quiere lo mejor que se puede comprar con dinero..., que se puede comprar. Quiere un edificio que deberá ser lo que merece ser. Necesita un arquitecto a quienes otras personas han empleado, para demostrar que es tan bueno como ellas.

—Es lo exacto. Es precisamente lo exacto... Pero mire, Dominique, apenas ha tocado la comida.

—No tengo apetito.

—Bueno. ¿Qué arquitecto me recomienda?

—Piense, Joel. ¿De quién habla en este momento todo el mundo? ¿Quién consigue lo mejor de todos los trabajos? ¿Quién gana más para sí y para los clientes? ¿Quién es joven, famoso, digno de confianza y popular?

—Supongo..., supongo que Peter Keating.

—Sí, Joel: Peter Keating.

—Lo siento, señor Roark, lo siento muchísimo, créame; pero después de todo no hago negocios por gusto..., ni por mi gusto ni por mi alma... Esto es lo que quiero decir; estoy seguro de que comprenderá mi posición. Y no es que tenga nada en contra de usted; muy al contrario, creo que es un gran arquitecto. Usted sabe cuál es el inconveniente; la grandeza es buena,

pero no es práctica, y, después de todo, debe admitir que el señor Keating tiene más fama y tiene esa... popularidad que usted no ha podido conseguir.

Le molestó a Sutton que Roark no protestara. Deseaba que Roark tratara de discutir; entonces hubiera podido poner de manifiesto los motivos incontestables que hacía pocas horas le había enseñado Dominique. Pero Roark no dijo nada; no hizo más que inclinar su cabeza cuando oyó la decisión. El señor Sutton quería decir los motivos, pero no tenía objeto tratar de convencer a un hombre que parecía convencido. Sin embargo, el señor Sutton quería a la gente y no le gustaba ofender a nadie.

—En efecto, señor Roark, debo decirle que no estoy solo en esta decisión. En realidad yo prefería a usted, había decidido dárselo; pero Dominique Françon cuyo juicio valió más altamente, me convenció de que usted no era una elección acertada para esta obra, y fue suficientemente honrada para autorizarme a que se lo dijese.

Observó que, de pronto, Roark lo miraba. Vio después que las hundidas mejillas de Roark se sumían como si aspirase profundamente, y su risa mostró su boca abierta; era una risa sin otro sentido que el de una aguda aspiración.

¿De que diablos se está riendo, señor Roark?

—¿De manera que la señorita Françon quiso que me lo dijese?

—Ella no lo quiso. ¿Por qué había de querer? Dijo que podía decírselo si yo lo deseaba.

—Sí, comprendo.

La habitación estaba semioscura. Un diseño de la casa de Heller estaba clavado con tachuelas, sin marco, en una larga pared blanca. Esto hacía más vacía la

habitación y más larga la pared. No sentía pasar los minutos, pero sentía el tiempo como una cosa sólida, encerrada, y que se mantenía aparte dentro de la pieza; tiempo exento de todo significado salvo de la inmóvil realidad de su cuerpo.

Cuando oyó un golpe en la puerta, dijo, sin levantarse:

—Entre.

Dominique entró. Entró como si antes hubiese entrado en aquella habitación.

Llevaba un traje oscuro de paño pesado, sencillo como un traje infantil que usase como simple protección y no como adorno; tenía un alto cuello masculino que le rozaba las mandíbulas y un sombrero que le ocultaba la mitad de la cara. Se sentó, contemplándolo. Esperaba ver la sonrisa de burla, pero no apareció. La sonrisa parecía implícita en la misma habitación, en su presencia en medio de la habitación. Se quitó el sombrero, como un hombre que entra en su casa; se lo quitó por el ala, con los dedos tiesos, y lo sostuvo colgado. Esperó, con el rostro serio y frío, pero sus suaves cabellos pálidos parecían indefensos y humildes.

—¿No se sorprende al verme? —dijo.

—La esperaba esta noche.

Levantó la mano, inclinando un codo con una ajustada economía de movimiento, apenas el mínimo necesario, y arrojó su sombrero sobre la mesa. El largo vuelo del sombrero demostró la violencia de aquel movimiento calculado.

—¿Qué quiere? —le preguntó.

—Usted sabe lo que quiero.

Habló en tono monótono, uniforme, como si estuviera recitando el catecismo. Se quedó quieta; los pies, con zapatos de tacones bajos, separados; los hombros, hacia atrás; los brazos, colgando. Parecía impersonal, impasible ante las palabras que

pronunciaba, casta como un muchacho.

—Usted sabe que le odio, Roark. Le odio por lo que usted es, porque lo deseo, por tener que desearlo. Voy a luchar contra usted y voy a destruirlo; se lo digo tan tranquilamente como le dije que soy una bestia suplicante. Voy a rezar para que no sea destruido; también le digo esto, aunque no tenga nada que rogar. Pero lucharé para bloquear cada paso que usted dé. Lucharé para arrancarle cada trabajo que pueda obtener. Le perjudicaré en lo único que puedo perjudicarle, en su trabajo. Lucharé hasta que se muera de hambre, para estrangularlo con las cosas que no pueda alcanzar.

Se acomodó en la silla, se estiró con el cuerpo flojo, una calma que debía llenarse con la violencia de una futura agitación.

—Le he perjudicado hoy. Y volveré a hacerlo.

Se quedó quieta un momento: dos pequeñas manchas se hinchaban y se tornaban blancas en las comisuras de los labios. Después vio en la camisa de él un traqueteo de aliento contenido y, a su vez, se sonrió burlescamente, como siempre se había sonreído.

De pronto le preguntó:

—Roark, ¿por qué estuviste trabajando en la cantera?

—Tú lo sabes.

—Sí. Cualquier otro se hubiese empleado en el estudio de un arquitecto.

—Entonces no hubieras deseado destruirme.

—¿Comprendes eso?

—Sí. Puedes tranquilizarte; eso no interesa ahora.

—¿Sabes que la "Casa Enright" es el edificio más hermoso de Nueva York?

—¡Qué hermosa eres, Dominique!

—Cállate.

—¡Eres hermosa!

Roark..., aún quiero destruirte.

Crees que te querría si no fueses así?

—Roark...

—¿Quieres escucharlo nuevamente? ¿Una parte? Te quiero, Dominique. Te quiero. Te quiero.

—Yo...

Ella se detuvo; la última palabra apenas si se oyó entre su respiración.

No —dijo él—. Todavía no. No lo dirás todavía.

VIII

Las persianas de su *living room* se levantaron; las luces de la ciudad se elevaban en el negro horizonte y llegaban hasta la mitad de los cristales de las ventanas.

Dominique, sentada junto a la mesa, corregía las últimas páginas de un artículo, cuando de pronto oyó sonar el timbre. Los amigos no la visitaban sin avisarle antes. Miró hacia arriba. Su mano sostenía el lápiz en suspenso, enojada y curiosa. Oyó los pasos de la criada en el vestíbulo. Después entró diciendo:

—Un señor quiere verla.

Y una hostilidad imperceptible de su voz decía que el señor no había querido dar su nombre.

Quiso preguntar: "¿Un hombre de cabellos anaranjados?", pero no lo hizo. Dejó el lápiz y dijo:

—Hágalo pasar.

La puerta se abrió. A la luz del vestíbulo vio un cuello largo y unos hombros caídos, algo así como la silueta de una botella. Una voz rica, sabrosa, dijo:

—Buenas noches, Dominique.

Y ella reconoció a Ellsworth Toohey, a quien nunca había invitado a su casa. Sonrió y saludó:

—Buenas noches, Ellsworth. Hacía mucho tiempo que no le veía.

—¿No le parece que hubiera debido esperarme? — Se dirigió a la doncella—: "Cointreau", por favor, si tiene. —Y añadió—: Estoy seguro que tendrá.

La sirvienta miró a Dominique abriendo los ojos. Dominique asintió.

—¿Ocupada? Por supuesto —agregó Ellsworth Toohey echando una ojeada al desordenado escritorio—. Está muy bien, Dominique. Obtiene resultados, además. Escribe mucho mejor últimamente.

Ella dejó caer el lápiz, apoyó el brazo en el respaldo de la silla, medio vuelta hacia él, observándole plácidamente.

—¿Qué quiere, Ellsworth?

No se sentó, pero examinó el lugar con la lenta curiosidad de un experto.

—No está mal, Dominique. Tal cual lo esperaba de usted. Un poco frío. Yo no tendría esa silla azul-hielo ahí. Es innecesaria. Demasiado bien. Es justamente lo que cualquier persona hubiese esperado en ese lugar. Yo hubiera puesto un color de zanahoria. Un rojo feo, chillón, atroz. Como el pelo de Howard Roark. Esto es una simple figura retórica, nada personal desde luego. Un solo toque de color que desarmonizase habría dado vida a la habitación. La distribución de las flores es perfecta. Los cuadros tampoco son malos.

—Muy bien, Ellsworth, muy bien. ¿Qué quiere?

—Pero ¿no sabe que no he estado aquí antes? Nunca me invitó, no sé por qué.

Se sentó cómodamente, la rodilla apoyada en un ángulo de la mesa, una de las delgadas piernas horizontalmente extendida sobre la otra, mostrando los ajustados calcetines de color gris.

—Se ha comportado muy insociablemente. En tiempo pasado, en tiempo pasado. ¿Dijo que no nos

hemos visto durante mucho tiempo? Es verdad. Ha estado muy ocupada, en una forma poco común: visitas, cenas, tabernas clandestinas, té... ¿No es así?

—Sí.

—Los té, pensé, han sido el colmo. Ésta es una buena habitación para fiestas; amplia, con abundancia de espacio para llenarlo de gente, especialmente si no es escrupulosa, y no lo es, como para preocuparse por el hecho de quiénes son los que la llenan. ¿Qué les sirve? ¿Pasta de anchoas y picadillo de huevo preparado en forma de corazón?

—Caviar y cebolla picada en forma de estrellas.

—¿Y para las señoras de edad?

—Queso fresco y nueces picadas como espirales.

—Me hubiera gustado verla ocupada en esas cosas. Es maravilloso cómo la consideran las señoras ancianas, particularmente esas ricas asquerosas con yernos en los negocios de propiedades. Aunque no creo que eso sea tan malo como ir a ver *Déjeme fuera de combate* con el comodoro Higbee, que tiene dientes postizos y un terreno baldío en la esquina de Roadway y Chambers.

La sirvienta se presentó con la bandeja. Toohey tomó la copa, y con delicadeza aspiró el aroma, mientras salía la muchacha.

¿Quiere decirme a qué viene el departamento de servicio secreto, no le preguntaré nombres, y a qué vienen las referencias detalladas a mis actividades? — dijo Dominique con indiferencia.

—Puede preguntar nombres. Todos y cada uno. ¿No se da cuenta de que la gente charla de la señorita Dominique Françon en su nuevo papel de dueña de casa famosa, tan de golpe? La señorita Dominique Françon comportándose como una especie de Kiki Holcombe, pero mucho mejor, ¡oh!, mucho más sutil, más hábil y, sobre todo, mucho más hermosa. Es tiempo de que se valga de esa característica suya, tan superlativa, por la

cual cualquier mujer le cortaría la cabeza. Sin embargo, se está malgastando, si uno piensa la forma en relación con la función; pero, por lo menos, algunas personas logran algún beneficio. Su padre, por ejemplo. Estoy seguro que estará encantado con su nuevo género de vida. ¡La pequeña Dominique amiga de la gente! ¡Dominique, que al fin se ha vuelto normal! Está equivocado, desde luego, pero es justo hacerlo dichoso. Lo mismo que a otros pocos. A mí, por ejemplo. Aunque usted nunca haya hecho nada por hacerme feliz; pero, después de todo, mire, esa es mi felicidad afortunada: extraer alegría de donde no me la dan.

—¿Por qué no contesta a mis preguntas?

—¿Cómo no! Me preguntó por qué me interesan sus actividades, y le contesto: porque así soy dichoso. Además, uno podría asombrarse, aunque miopemente, si recogiera informaciones de las actividades de un enemigo, pero no de las del propio bando. No debiera pensar que yo soy un general inexperto; cualquier cosa podría pensar menos que soy inexperto.

—¿"Su bando", Ellsworth?

—Ése es el inconveniente que tiene su estilo, tanto el escrito como el oral. Abusa de los signos de interrogación. Está mal, de todos modos, sobre todo cuando no son necesarios. Abandone la táctica de las preguntas... y hable con claridad. Desde el momento que nos comprendemos, resulta innecesario hacer preguntas. Si fueran necesarias..., me haría echar; en cambio, me ha convidado con un licor muy caro.

—Está bien —dijo ella—. Hable.

—Es lo que he estado haciendo, lo cual es una consideración de mi parte, puesto que usted no está dispuesta a hablar, al menos por el momento. Bueno hablemos, de una manera puramente teórica, acerca de cuan interesante resulta ver a las personas que la agasajan en sus ambientes con tanto interés,

aceptándola, reuniéndose con usted. ¿Por qué cree que es todo eso? ¿Lo sospecha? Ellas distribuyen bastante desprecio, pero si alguien que ha sido despreciada por ellas toda la vida cambia de golpe, y se hace gregaria, vienen arrastrándose, con sus garras encogidas, para que uno les acaricie las espaldas. ¿Por qué? Creo yo que puede haber dos explicaciones. La buena sería que ellas son generosas y la quieren honrar con su amistad. Sólo que las explicaciones agradables no son nunca las verdaderas. La otra es que saben que usted se está rebajando al recurrir a ellas. Está descendiendo de su pináculo de soledad.

—Ha dicho una frase que nunca hubiera empleado en sus artículos.

—¿Sí? Sin duda. Puedo decirle una cantidad de cosas que nunca emplearé en mi sección. ¿A qué frase se refiere?

—Cada soledad es un pináculo.

—¿A ésa? Es completamente exacta. No la emplearía en mis artículos. ¿Cuántos trabajos ha conseguido para Peter Keating en los últimos tres meses, Dominique?

Ella se levantó, encaminándose a la bandeja que había dejado la camarera. Se sirvió la bebida y dijo:

—Cuatro. —Llevóse la copa a los labios. Después, siempre con la copa en la mano, lo volvió a mirar y agregó—: ¡Y ésa era la famosa técnica de Toohey! No poner nunca una nota sobresaliente al principio o al fin del artículo. Introducirlo con arte donde menos se espere. Llenar toda una columna de tonterías nada más que para llegar a una línea importante.

Se inclinó cortésmente y replicó:

—Exactamente. Por eso me gusta hablar con usted. Se malgasta el tiempo si uno es sutil y maligno con la gente que ni siquiera sabe que uno lo hace; pero las tonterías no son nunca accidentales. Además, yo no

sabía que la técnica de mi sección iba a resultar tan evidente. Tendré que pensar en una nueva técnica.

—No se moleste. A la gente le gusta.

—Ya sé. A la gente le gusta cualquier cosa que yo escriba. ¿De manera que cuatro? Yo había omitido uno, no contaba nada más que tres.

—No puedo comprender a qué ha venido aquí si eso es todo lo que quería saber. Quiero tanto a Peter Keating, que lo estoy ayudando magníficamente; mejor que lo que usted podría pensar; de modo que, si me quiere entusiasmar con Peter, no será necesario.

—Ha cometido dos veces un error en una misma frase, Dominique. Un error de buena fe y una mentira. El error de buena fe es la suposición de que yo quiero ayudar a Peter Keating, y, a propósito, lo puedo ayudar mucho mejor que usted lo hace; y lo haré, pero esto es un proyecto a largo plazo. La mentira consiste en decir que he venido aquí a conversar de Peter Keating. Usted sabía de qué venía a hablar desde que me vio entrar. ¡Ay de mí! Permite que alguien más detestable que yo se entrometa en su casa sólo para tratar ese tema. Aunque no sé quién podría ser más molesto que yo, en este momento.

—Peter Keating —replicó Dominique.

—¡Oh, no!, no es lo suficientemente grande. Pero conversemos de Peter Keating. Es una coincidencia conveniente que sea socio de su padre. Usted trabaja como una burra para procurarle trabajos a su padre, como una hija obediente. Nada más natural. Ha hecho usted maravillas para la firma "Françon y Keating" en los últimos tres meses sólo con sonreír a algunas viudas y usar modelos elegantes en las mejores reuniones. Maravilla que quizá sólo se hubiera cumplido si se hubiese decidido a vender su cuerpo incomparable para otros fines que los de la contemplación estética, a cambio de encargos para Peter Keating. —Hizo una

pausa, ella permaneció callada, y continuó—: La felicito, Dominique; usted vive de acuerdo con mis mejores deseos, y no se ofenda por esto.

—¿Qué quiere decir, Ellsworth?

—Podrían ser un sinnúmero de cosas, un cebo preliminar, por ejemplo. Pero, en realidad, nada; apenas una nota de vulgaridad. Además, la técnica de Toohey; siempre doy el toque equivocado al tiempo exacto. Soy, esencialmente, como un viejo puritano, serio, de un solo tono, y debo tratar de tener otro color para remediar la monotonía.

—¿Es así, Ellsworth? Me llama la atención que sea esencialmente... así. No lo sabía.

—A nadie me animo a decírselo —dijo él con amabilidad—. Aunque, de todos modos, no hay ningún misterio en todo esto. Es muy simple. Todas las cosas son simples cuando uno las reduce a lo fundamental. Usted se sorprendería si supiese cuan pocas cosas fundamentales hay. Quizá dos, nada más. Explicárnoslo todo. Lo difícil es desenredar, simplificar, y por eso a la gente no le gusta molestar. No crea tampoco que le gusten los resultados.

—No me interesa. Sé lo que soy. Vaya y dígalo. Soy, precisamente, una perdida.

—No diga tonterías, querida. Es mucho peor que una perdida. Usted es una santa. Lo que demuestra por qué los santos son tan peligrosos.

—¿Y usted?

—En verdad sé exactamente lo que soy. Lo que puede explicar muchísimo acerca de mí. Voy a darle una opinión que le será útil si se preocupa en emplearla. No la empleará, desde luego. Podría utilizarla, aunque más no fuese... en lo futuro.

—¿Por qué tendría que utilizarla?

—Usted me necesita, Dominique. Trate de comprenderme un poco. Ya ve cómo no me atemoriza el

hecho de ser comprendido por usted.

—¿Que yo le necesito?

—¡Oh, vamos, muestre también un poco de valor! Ella se sentó y aguardó fría y silenciosamente.

Sonrió, sin objeto, con placer, sin esfuerzo por ocultar el placer.

—Mire —continuó él, recorriendo el techo con la vista, con casual atención—, los trabajos que ha conseguido para Peter Keating. El edificio para oficinas "Cryson" tenía un valor insignificante... Howard Roark nunca tuvo posibilidades de conseguirlo. La casa de Lindsay fue algo mejor... Roark había sido tomado en cuenta de manera definitiva; creo que la hubiera obtenido si no hubiese sido por usted. En el Club Stonebrock" también tuvo alguna posibilidad, pero usted se la destruyó. —La miró sonriente—Ningún comentario sobre técnica ni bromas, Dominique. —Su sonrisa era como una grasa fría obre el tono fluido de su voz—. Usted se equivocó con la casa de campo de Norris; la semana pasada la obtuvo él. No puede usted acertar en todos los casos. Después de todo, la "Casa Enright" es un gran trabajo, ha provocado muchos comentarios y muchas personas han empezado a interesarse por Howard Roark. Pero usted ha procedido notablemente bien; la felicito. ¿No cree que he empezado a ser amable? Todo artista necesita que lo aprecien y nadie le felicitará, puesto que nadie conoce su obra, salvo Roark y yo, y él no se lo agradecerá. Un segundo pensamiento: yo no sé si Roark tiene conocimiento de lo que usted está haciendo, y eso puede echar a perder la fiesta, ¿no?

—¿Cómo sabe lo que estoy haciendo? —interrogó ella con voz cansada.

—Supongo que no habrá olvidado que fui yo quien le dio la idea antes que nadie.

—¡Oh, sí! —respondió, como ausente.

—Y ahora ya sabe por qué he venido aquí. Ahora sabe qué quise decir cuando me refería a nuestro bando.

—Sí, claro —dijo ella.

—Éste es un pacto, querida. Una alianza. Los aliados nunca confían entre sí, pero no por eso echan a perder su eficacia. Nuestros motivos pueden ser bastante opuestos y de hecho lo son, pero eso no tiene importancia. El resultado será el mismo. No es necesario tener en común un propósito noble; basta con tener un enemigo común. Y nosotros lo tenemos.

—Sí.

—Ése es el motivo por el cual usted me necesita. Yo le he sido útil una vez.

—Sí.

—Yo puedo perjudicar a su Roark más eficazmente que usted en los térs que da. ,

Dominique preguntó con curiosidad:

—¿Por qué razones?

—Omita los porqué. Yo no investigo los suyos.

—Está bien.

—Entonces, ¿queda resuelto? ¿Somos aliados en esto?

Le miró, se inclinó hacia delante, atenta, con el rostro inexpresivo:

—Somos aliados en esto.

—Muy bien. Escuche ahora. No lo mencione nunca en su sección, en ninguna forma. Yo sé que a cada momento usted tiene malignas chifladuras con él, pero es demasiado. Usted está publicando su nombre no debe hacer eso. Otra cosa: debe invitarme a sus fiestas. Hay cosas que yo puedo hacer y usted no. Otro secreto: el señor Gilbert Colton, de las alfarerías de Colton, en California, proyecta una sucursal de la fábrica en el Este. Piensa en un buen modernista; en realidad, piensa en Roark. No deje que Roark la obtenga. Es un trabajo gigantesco, de mucha publicidad. Vaya e invente un

nuevo té con bocadillo para la señora Colton. Haga lo que quiera, pero no deje que Roark la consiga.

Dominique se levantó, arrastró sus pies hasta la mesa, balanceando los brazos con desgana, y tomó un cigarrillo. Lo encendió, se volvió hacia él y le dijo con indiferencia:

—Puede hablar brevemente y al grano..., cuando quiera hacerlo.

—Cuando lo crea necesario.

Se quedó en la ventana mirando a la ciudad.

—Usted no ha hecho en realidad nada contra Roark —dijo ella—. No sabía que se preocupara tanto.

—¿No he hecho nada?

—Nunca lo ha mencionado en el diario.

—Eso es lo que he hecho contra el señor Roark, hasta ahora.

—¿Cuándo supo algo de él por primera vez?

—Cuando vi los planos de la casa de Heller. No habrá pensado que podía pasarme inadvertido eso, ¿no? ¿Y usted?

—Cuando vi los planos de la "Casa Enright".

—¿Antes no?

—Antes no. —Fumó en silencio y agregó, sin mirarle—: Ellsworth, si uno de los dos repitiera lo que hemos dicho esta noche, el otro lo negará y no se podrá probar nunca. De manera que no importa si somos sinceros entre nosotros, ¿no?

—Es completamente seguro. ¿Por qué lo odia usted?

—Nunca he dicho que lo odiara.

—Y por lo demás —agregó él—, pienso que usted misma se puede contestar.

Ella asintió lentamente con la cabeza.

Toohey se puso de pie, se dirigió hacia ella y se quedó mirando las luces de la ciudad, las formas angulares de los edificios, las paredes oscuras, que se tornaban translúcidas con el brillo de las ventanas como

si las paredes no fueran nada más que un velo cuadrulado de fina gasa negra que cubriese una masa sólida de esplendor.

—Observe. Una obra sublime, ¿no? Una hazaña heroica. Piense en los miles que han trabajado para crear esto y en los millones que lo aprovechan. Se dice que las edades corren sólo por el espíritu de una docena de hombres, pero con una docena de hombres, menos tal vez, nada de esto habría sido posible. Y podría ser cierto. Si es de ese modo, hay otra vez dos actitudes posibles. Podemos decir que esos doce eran grandes benefactores, que todos nosotros estamos alimentados por la superabundancia de la magnífica riqueza de sus espíritus y que estamos contentos de aceptarlo con gratitud y fraternidad. O podemos decir que por el esplendor de sus obras, que no podemos ni igualar ni mantener, esos doce seres nos han mostrado que una cueva junto a un pantano cenagoso y una hoguera con ramas son preferibles a rascacielos y luces de neón, si la cueva y las ramas constituyen el campo de nuestra capacidad creadora.

Pasado algún tiempo, a Dominique le resultó más fácil tratar con la gente. Aprendió a aceptar su propia tortura como un testigo paciente, apremiado por la curiosidad de descubrir hasta dónde podía llegar su sufrimiento. Asistía a recepciones ceremoniosas, a fiestas teatrales, cenas, bailes, graciosa y sonriente, con una sonrisa que daba más brillo a su rostro y lo hacía más frío que el sol invernal. Escuchaba sin prestar atención las palabras vacías que se pronunciaban, como si el demostrar interés fuese considerado como un insulto y como si el aburrimiento untuoso fuera el único lazo posible entre la gente. Ella asentía con la cabeza y lo aceptaba todo.

"Sí, señor Holt, creo que Peter Keating es el hombre del siglo, de nuestro siglo."

"No, señor Inskip, a Howard Roark no, no elija a Howard Roark... ¿Falsificado? Por supuesto que es falsificado... Tome su sensata honradez para valorar la integridad de un hombre... ¿Poca cosa? Por supuesto, Howard es poca cosa. Es todo cuestión de dimensión y distancia... y distancia... No, no bebo mucho, señor Inskip... Me alegra que le gusten mis ojos... Sí, siempre son así cuando estoy contenta... ¡Y me hace tan feliz oírle decir que Howard Roark es poca cosa!

Ha sido presentada al señor Roark, señora de Jones? ¿No le gustó? ¡Oh, es un hombre por el cual no se puede sentir ninguna compasión! Muy cierto. La compasión es algo maravilloso, es lo que uno siente cuando ve una oruga aplastada. Es una experiencia que eleva. ¡De manera que yo digo que una persona por la cual no sentimos lástima es una persona depravada, como Howard Roark!"

A menudo iba a altas horas de la noche a la habitación de Roark. Llegaba sin hacerse anunciar, segura de encontrarlo solo. Allí no era necesario reprimirse, mentir, ponerse de acuerdo, borrar su ser. Allí era libre de resistir, de ver que su resistencia era bien acogida, pero por un adversario demasiado fuerte para luchar con él, demasiado fuerte para necesitar la lucha. Encontraba allí una voluntad que le permitía el reconocimiento de su propia entidad intacta, para que nadie la tocara sino en una batalla limpia; para vencer o para ser derrotada, pero mantenerse en la victoria o en la derrota y no encallar en la pulpa de lo impersonal.

Fue a su habitación después de una fiesta. Llevaba un traje costoso y frágil que parecía un revestimiento de hilo sobre su cuerpo. Se apoyó en la pared, sintiendo en su piel el yeso áspero, dando brillo a todos los objetos que la rodeaban, a la mesa de cocina, tosca, cargada de hojas de papel, a las reglas de acero, a las toallas manchadas por las negras impresiones de los cinco

dedos, al desnudo entarimado, mientras su mirada se deslizaba por la seda brillante, por el triángulo de las sandalias de plata y meditaba en el extraño contraste. Anduvo por la habitación, arrojó los guantes sobre un desorden de lápices, gomas y trapos; colocó su bolso de plata sobre una camisa sucia que él se había quitado; hizo saltar el cierre de un brazalete de diamantes y lo arrojó sobre un plato con residuos de bocadillos, junto a un dibujo sin terminar.

—Roark —dijo poniéndose detrás de la silla, los brazos sobre los hombros de él, los dedos abiertos apretando su pecho—, hice prometer hoy al señor Symons que le daría su trabajo a Peter Keating. treinta y cinco pisos y que no se fije en el gasto; el dinero no interesa, interesa sólo el arte, arte libre. Ella oyó el ruido ahogado de su risa, mientras sus dedos la asían por las muñecas. Después atrajo la cabeza de él y se agachó para cubrirle la boca con la suya.

Encontró un ejemplar del *Banner* extendido sobre la mesa, abierto por la página que contenía la sección "Su casa", por Dominique Françon, donde se hallaba la siguiente frase: "Howard Roark es el marqués de Sade de la arquitectura. Está enamorado de sus edificios, pero mírenlos." Sabía que a él no le gustaba el *Banner*, y que sólo por ella lo tenía allí; que la observaba, cuando advirtió el diario, con una sonrisa. Estaba enojada, quería que leyese todo lo que ella escribía; y al mismo tiempo saber que le molestaba tanto como para no confesarlo.

Se sentó en el suelo, a sus pies, poniendo la cabeza entre las rodillas de él. Asió su mano y fue cerrando la suya sobre cada uno de los dedos, apretándolos y deslizándola luego a lo largo de ellos, sintiendo el duro obstáculo de las articulaciones. Le dijo con dulzura:

—Roark, ¿querías conseguir la "Fábrica Colton"?
¿La querías con ansias?

—Sí, con muchas ansias —le respondió él sin una sonrisa y sin un gesto de dolor.

Después ella levantó la mano de él y se la llevó a los labios, y así la retuvo largo rato.

Una vez lo encontró trabajando en su mesa. Él le dijo: "Tengo que terminar esto. Siéntate. Espera." No volvió a mirarla. Esperó silenciosa, acurrucada en una silla, en el extremo de la habitación. Observaba que las líneas rectas de sus cejas se unían a causa de la concentración; observaba la forma de la boca, la vena que latía debajo de la fina piel de su cuello, la seguridad fina y quirúrgica de su mano. No parecía un artista; parecía un obrero de la cantera, parecía un demolidor de paredes, parecía un monje. No quería que suspendiera el trabajo ni que la mirara, pues le gustaba observar su ascética pureza, la ausencia de toda sensualidad.

Había noches en que él iba a su casa sin avisarle, como hacía ella. Si tenía visitas le decía: "Desembarázate de ellas", y recorría la habitación mientras ella obedecía. Tenían un convenio tácito, sobrentendido, de que nadie los viera juntos. Su dormitorio era un exquisito lugar de espejos, de pálido color verde hielo. A él le agradaba ir con la ropa de trabajo, manchada por la faena diaria en la construcción.

Había noches en que se quedaban juntos en el *living room*, junto a la gran ventana que daba a la ciudad. A ella le gustaba verlo en aquella ventana. Estaba allí de pie, medio vuelto hacia ella, fumando, mirando la ciudad, que se extendía abajo. Ella se separaba, se sentaba en el suelo en medio de la habitación, y se quedaba mirándolo.

En los salones que visitaba, en los restaurantes, en las oficinas de la CAA, las personas hablaban de la censura que Dominique Françon le había hecho a Howard Roark en el *Banner* por la extravagancia arquitectónica que era la casa de Roger Enright. Esto le

dio una especie de fama escandalosa. Se decía: "¿Roark? ¡Ah, el tipo que Dominique Françon no puede soportar!" "Dios mío, cómo se odian los dos. Aunque tengo entendido que no se conocen." A ella le gustaba oír tales cosas. Le gustó cuando Athelstan Beasley escribió en su sección del Boletín de la CAA, al hablar de arquitectura de los castillos medievales: "Para comprender la ferocidad ceñuda de esas construcciones, debemos recordar que las guerras entre los señores feudales eran contiendas salvajes, algo así como la contienda entre la señorita Dominique Françon y el señor Howard Roark."

Austen Heller, que era amigo de ella, le habló sobre la cuestión. Nunca le había visto tan enojado. Su cara perdió todo el encanto de su habitual talante sarcástico.

—¿Qué diablos cree usted que está haciendo? —dijo con énfasis—. Esto es la exhibición de truhanería periodística más grande que jamás hayan visto en los diarios. ¿Por qué no deja esas cosas para Ellsworth Toohey?

—Ellsworth es capaz, ¿no?

—Al menos tiene la decencia de conservar cerrada su insalubre trampa, en lo que se refiere a Roark, aunque, desde luego, también es una indecencia. Pero ¿que le ocurre a usted?

Roger Enright entró en la oficina una mañana y le dijo sin saludarla:

Póngase el sombrero y venga conmigo a verlo.

—Buenos días, Roger. ¿A ver qué?

A ver todo lo que se ha construido de la "Casa Enright".

—Bueno, Roger. —Se sonrió al ponerse de pie—. Me gustaría verla.

En el camino le preguntó:

—¿Qué le pasa, Roger? ¿Está tratando de sobornarme?

Se sentó tiesamente en los enormes almohadones del coche, sin mirarla. Replicó:

—Puedo comprender la malicia estúpida. Puedo comprender la malicia por ignorancia, pero lo que no puedo comprender es la podredumbre deliberada. Usted tiene la libertad de escribir lo que quiere, después de todo. Pero no sería estupidez ni ignorancia.

—Usted me sobreestima, Roger —respondió ella encogiéndose de hombros, y no habló más en el resto del viaje.

Caminaron juntos cuidadosamente sobre los tablones salpicados de cal. Se detuvo, miró al cielo que contenía la armazón de acero; al cielo, que parecía más distante que de costumbre, empujado por la longitud arrolladora de las vigas. Miró las cajas de acero de las futuras salientes, de los ángulos osados, de la complejidad increíble de aquella forma que comenzaba a vivir como un todo lógico y simple, un esqueleto desnudo con planos de aire para formar paredes, un esqueleto desnudo en un día frío de invierno con un sentido de nacimiento y de promesa, como un árbol desnudo con su primer toque de verdor.

—¡Oh, Roger!

La miró y vio que la expresión de la cara de ella era de las que uno esperaría ver en la iglesia para Pascua.

—Yo no subestimo a ninguno de los dos —dijo él—, ni a usted ni al edificio.

—Buen día —dijo junto a ellos una voz dura y baja.

No se conmovió al ver a Roark. No lo había oído acercarse, pero era imposible pensar que no estuviera en el edificio. Sintió, sencillamente, que estaba allí, desde el instante en que ella cruzó el cerco externo. Roark estaba delante de ellos, con las manos en los bolsillos de la chaqueta desabrochada, con la cabeza descubierta al frío.

—Señorita Françon, el señor Roark —dijo Enright.

—Nos conocimos en casa de Holcombe. No sé si el señor Roark recuerda.

—¿Cómo no, señorita Françon!

—Quería que la señorita Françon viese la obra —dijo Enright.

—¿Puedo mostrársela? —pregunto Roark.

—Sí, recorramosla, por favor —replicó el primero.

Los tres caminaron juntos a través de la construcción los obreros miraban con curiosidad a Dominique. Roark explicó la distribución de las habitaciones futuras, el sistema de ascensores, de calefacción, la disposición de las ventanas, como hubiera podido explicarlo el ayudante del contratista. Ella hacía preguntas y él contestaba: "¿Cuántos pies cúbicos de espacio, señor Roark? ¿Cuántas toneladas de acero?" "Tenga cuidado con esos tubos, señorita. Pase por acá." Enright caminaba con la vista en el suelo, sin fijarse en nada, pero después preguntó:

—¿Cómo marcha, Howard? Éste sonrió al contestarle.

—Dos días de adelanto sobre lo que habíamos calculado —y siguieron hablando del trabajo, como hermanos, olvidando por un momento a Dominique, mientras el rugido de las máquinas, en torno a ellos, ahogaba sus palabras.

Dominique pensó, estando allí, en el corazón del edificio, en que si no tuviese nada de él, nada más que su cuerpo, allí se le ofrecía el resto, para verlo y tocarlo, abiertamente: las vigas, los tubos y las arrolladoras capacidades de espacio eran suyas aunque no hubiese visto ninguna otra cosa en el mundo; suya, como su rostro, como su alma, allí estaba la forma que él había hecho y lo que en su interior la había impulsado a hacerla, el efecto junto a la causa, la elocuente fuerza motriz en cada línea de acero, el ser completo de un hombre.

—¿Está cansada, señorita Françon? —le preguntó Roark mirándole a la cara.

—No —contestó—. Pensaba en la clase de instalaciones que va a emplear aquí.

Pocos días más tarde, en la habitación de Roark, sentada al borde de la mesa de dibujar, miraba su sección en un ejemplar del diario y las siguientes líneas: "He visitado el lugar de la construcción de Enright. Deseo que en un futuro cercano una bomba haga desaparecer a esa casa en un raid aéreo. Sería un digno fin. Eso sería preferible a que envejeciese, manchada de hollín, degradada por las fotografías familiares, las medias sucias y las cáscaras de pomelo de sus habitantes. No hay ninguna persona en Nueva York que quiera vivir en ese edificio."

Roark se colocó a su lado, apretándole las rodillas con las piernas, y miró el diario, riendo.

—Has dejado a Roger completamente perplejo con esto —dijo él.

—¿Lo leyó?

—Yo estaba esta mañana en su oficina mientras él lo estaba leyendo. Al principio te dio algunos nombres que nunca había oído antes. Después dijo: "Espere un momento", y lo volvió a leer, levantó la vista sin enojarse, pero muy vacilante, y agregó: "Si uno lo lee de un modo..., pero del otro..."

—Y tú, ¿qué dices?

—Nada, Dominique; estoy muy agradecido, pero ¿cuándo dejarás de hacerme esos elogios extravagantes? Algún otro podría comprender, y a ti no te gustaría.

—¿Algún otro?

—¿No crees que algún otro podría comprender tu manera de hacer las cosas?

—Quizá... Roark, ¿qué piensas de Ellsworth Toohey?

—Pero ¿alguien piensa algo de Ellsworth Toohey?

Le placía ver a Roark en alguna reunión, en las raras ocasiones en que Heller o Enright lo llevaban a ellas. Le gustaba cómo pronunciaba el cortés e impersonal: "Señorita Françon". Le gustaba, la nerviosa ansiedad de la dueña de la casa y los esfuerzos que hacía para que no se encontrasen. Sabía que las personas que los rodeaban esperaban una explosión, alguna manifestación ofensiva de hostilidad que nunca se producía. No buscaba a Roark ni lo evitaba. Si se encontraban en algún grupo, se hablaban como si hablasen con cualquier otra persona. No quería esfuerzos, era verdadero y estaba bien hecho, todo estaba bien, aun aquella reunión. Ella encontró un profundo sentido de adaptación en el hecho de que allí, entre la gente, se sintieran extraños; extraños y enemigos. "Esta gente —reflexionaba— puede pensar muchas cosas de nosotros, menos lo que en realidad somos." Esto hacía que los momentos que recordaba los momentos que no veían los otros, los momentos que ellos ni siquiera sospechaban, le pareciesen más grandes. Tenía la sensación de posesión más poderosa que en cualquier otro lugar. Nunca lo podía poseer como lo poseía en una habitación entre extraños las raras veces que miraba en la dirección donde él se hallaba.

Se torturaba por cosas insólitas: por la calle donde él vivía; por el umbral de la puerta de su casa; por los automóviles que doblaban la esquina de su calle; éstos, en especial, la molestaban; deseaba poder desviarlos por la calle próxima. Contemplaba el cubo de la basura de la casa vecina y se preguntaba si estaría allí en el momento en que él se había marchado a la oficina aquella mañana: si él habría mirado el arrugado estuche de cigarrillos que estaba encima. Una vez, en el vestíbulo de la casa, vio a un hombre que salía del ascensor. Se sintió ofendida, durante un segundo, porque siempre había tenido la sensación de que él era el único

habitante de la casa. Cuando subía en el pequeño ascensor automático, se apoyaba en la pared, con los brazos cruzados y con las manos abrazándose los hombros; se sentía recogida e íntima, como bajo una ducha caliente.

Todo eso se le ocurría mientras algún caballero le hablaba de la última exposición en Broadway, y Roark sorbía un cóctel al otro extremo de la habitación. La dueña de la casa, en tanto, susurraba a alguien: "Dios mío, no pensé que Gordon traería a Dominique... Austen se pondrá furioso conmigo."

Más tarde, al estar juntos, ella, con los ojos cerrados, las mejillas sonrojadas, los labios húmedos, libres de las reglas que se había impuesto, murmuraba: —Roark, estuviste hablando con un hombre, y te sonreía, el tonto, el terrible tonto. La semana pasada miraba un par de artistas de cine enamorado de ellas. Le quise decir a ese hombre: "No lo mires, sino no tendrás derecho a mirar otra cosa." No puedo soportar verte junto a los otros. Haré cualquier cosa para sacarte de allí, del mundo de ellos, de todos ellos; cualquier cosa, Roark...

Ella no se oía, no veía la sonrisa de él, no reconocía la comprensión total de su rostro.

Peter Keating estaba perplejo. La súbita dedicación de Dominique Françon para favorecerle le pareció deslumbrante, halagadora, enormemente provechosa; todo el mundo se lo decía; pero había momentos en que no se sentía deslumbrado ni halagado, se sentía incómodo.

Trató de esquivar a Guy Françon.

—¿Cómo lo hizo, Peter? ¿Cómo lo hizo? —le preguntó Françon—. ¡Debe de estar loca por usted! ¿Quién iba a pensar que de todas las personas Dominique sería...? ¿Y quién podría pensar que pudiese? Si hubiese hecho esto cinco años antes, me habría hecho millonario. Pero es natural que un padre no

despierte la misma inspiración que un... —se dio cuenta de la mirada siniestra de Keating y cambió el final de la frase—. Ya sé, ya sé, ya sé. No debemos ser prematuros. Pero, diablos, Peter, *entre nous*, ¿no es público como si fuera un compromiso? Más aún. Y más público. —Después la sonrisa se desvaneció y el rostro de Françon se tornó serio, pacífico, francamente envejecido, en uno de sus raros relámpagos de genuina dignidad—. Y estoy contento, Peter —agregó simplemente—. Eso es lo que quería que sucediera. Supongo que siempre he querido a Dominique. Me hace dichoso. Sé que la dejaré en buenas manos.

Peter no podía decir a Françon que no le podía contestar nada, no podía decirle que no había estado con Dominique, solo, desde hacía seis meses, que ella rehuía verlo. Recordaba la calma indiferente con que lo insultó, el desprecio total de los insultos que le lanzó sin enojo la última vez que la vio a solas. Después de eso podía haber esperado todo menos verla convertida en su campeón, en su jefe de publicidad. En las frecuentes veces que la había visto desde que empezó su campaña voluntaria; en sus fiestas, donde le había presentado a sus futuros clientes, no había podido estar a solas con ella un solo momento. Él era el único hombre, pensaba con amargura, que en toda la ciudad de Nueva York no creía que Dominique estuviera enamorada de él.

Conocía la peligrosa inconstancia de sus caprichos, pero éste era valioso para molestarlo. Le enviaba flores y dejaba que sucedieran las cosas sin pensar en ellas, pero persistía un leve filo agudo de incomodidad.

Un día la encontró en un restaurante. Vio que almorzaba sola y aprovechó la ocasión. Después de muchos comentarios brillantes sobre su suerte, le preguntó.

—Dominique, ¿por que no quiere verme?
¿Para qué tengo que verle?

—Pero ¡Señor mío...! —Lo dijo involuntariamente con el tono excesivamente agudo de un largo enojo sofocado; pero en seguida se corrigió, sonriendo—. Caramba! ¿No le parece que debería brindarme una oportunidad para darle las gracias?

—Ya me ha dado las gracias muchas veces.

—Sí, pero ¿no cree que debemos vernos solos? ¿No pensó que podía estar un poco... perplejo?

—No he pensado en eso. Sí, he pensado que podía estarlo.

—Entonces ¿de qué se trata?

—Unos... cincuenta mil dólares, por ahora, creo.

—Se está poniendo mezquina.

—¿Quiere que suspenda?

—¡Oh, no! Vale decir, no...

—No suspenderé los encargos. Muy bien. No los detendré. ¿Ve? ¿Para qué tenemos que hablar de esto? Estoy haciendo algo por usted, y usted está encantado de que lo haga... De manera que estamos perfectamente de acuerdo.

—No es acuerdo la palabra que siento yo. Estoy tan enormemente agradecido, que estoy aturdido..., que estaba abatido por esto... No haga que me ponga tonto ahora..., ya sé que no le gusta... Estoy tan agradecido que yo mismo no sé qué hacer...

—Muy bien. Peter. Ahora ya me ha dado las gracias.

—Ya ve, nunca me jacté pensando que usted juzgaba tan buena mi obra, o que le interesara, o que se informara de ella. Y entonces usted... Esto es lo que me hace tan dichoso y... Dominique, ¿usted cree, realmente, que soy un gran arquitecto? —le preguntó con la voz estremecida, porque la pregunta era como un anzuelo, largo y oculto, atado a una línea, y para él esto era el núcleo de su intranquilidad.

Ella se sonrió con dulzura.

—La gente se reiría si le oyese hacer esa pregunta,

sobre todo si le oyese hacérmela a mí.

—Sí, ya sé, pero... ¿piensa usted realmente todas las cosas que dice de mí?

— Consiguen su efecto.

—Sí... No... Quise decir., otra cosa... Quise decir... Dominique, me hubiera gustado oírle decir una vez, nada más que una vez, que yo soy...

—Escuche, Peter. Tengo que salir corriendo dentro de un instante; pero antes debo decirle lo que probablemente oirá de boca de la señora de Lonsdale, mañana o pasado. Tenga presente que es prohibicionista, que ama a los perros, que odia a las mujeres que fuman y que cree en la reencarnación. Quiere que su casa sea mejor que la de la señora de Purdee (Holcombe hizo la de la señora de Purdee); de manera que si le dice que la casa de la señora Purdee es ostentosa y que la sencillez verdadera cuesta más dinero, se llevará muy bien con ella. Puede discutir pequeños detalles. Es su manía.

Peter salió pensando con alegría en la casa de la señora Lonsdale, y se olvidó de su pregunta.

Como compensación, buscó placer en esperar las reuniones del Consejo de Constructores Estadounidenses, de Toohey. Escuchó atentamente cuando Gordon L. Prescott pronunció un discurso sobre el significado de la arquitectura.

"Y de esta manera, el significado intrínseco de nuestro arte está en el hecho filosófico de que traficamos con la nada. Creamos el vacío con el cual ciertos cuerpos físicos se mueven y por conveniencia les designamos cuerpos humanos. Por vacío quiero decir lo que designamos comúnmente con el nombre de habitaciones. De manera que sólo un torpe lego puede creer que erigimos paredes de piedra. No hacemos nada de eso. Erigimos el vacío, como he probado. Esto nos conduce a un corolario de importancia astronómica: a la

aceptación incondicional de la premisa de que la "ausencia" es superior a la "presencia". Esto es, a la aceptación de la no aceptación. El arquitecto es un sacerdote metafísico que trata con esencias básicas, que tiene el valor de enfrentar la concepción primera de la realidad como no realidad, desde que no hay nada y él crea la nada. Si esto parece una contradicción, no es una prueba de mala lógica, sino de una lógica más elevada, la dialéctica de la vida y del arte. Desearía hacer las deducciones inevitables de esta concepción básica. Ustedes pueden llegar a conclusiones de importancia sociológica muy vasta. Pueden ver que una mujer hermosa es inferior a una que no lo es; que el literato es inferior al iletrado; que el rico es inferior al pobre y el hábil al incompetente. El arquitecto es la ilustración concreta de una paradoja cósmica."

Keating escuchó con gran alegría. Miraba a los otros. Había un silencio de atención en el auditorio: a todos les gustaba tanto como a él. Vio a un muchacho mascando chicles, a un individuo que se limaba las uñas con el canto de la caja de cerillas, a un joven que se desperzaba groseramente. Esto también le gustó a Keating; era como si dijese: "Estamos encantados de escuchar lo sublime, pero no es menester demostrar demasiada reverencia con lo sublime."

El Consejo de Constructores Estadounidenses se reunía una vez al mes y no realizaba otras actividades perceptibles fuera de escuchar los discursos ni tampoco se obtenían resultados apreciables.

Las reuniones del Consejo se celebraban en una inmensa habitación vacía que estaba sobre un garaje en West Side. Una escalera larga, estrecha, conducía a una puerta que ostentaba el nombre del Consejo. En el interior había sillas plegables, una mesa para el presidente y un cesto para los papeles. La CAA tenía al Consejo de Constructores por un chiste sin gracia.

En una de las habitaciones de la CAA, revestidas de seda e iluminadas con tenue luz rosa, Françon le preguntó a Keating, frunciendo la nariz con fastidiosa comicidad:

—¿Por qué pierde el tiempo en esas tonterías?

—¡Qué sé yo! —replicó Keating gozosamente—. Me gustan.

Ellsworth Toohey asistía a todas las reuniones, pero no hablaba. Se sentaba en un rincón y escuchaba.

Una noche Toohey y Keating se fueron después de la reunión, por las calles oscuras y sucias de West Side. Se detuvieron a tomar café en un destartalado establecimiento. Toohey se rió cuando Keating recordó los restaurantes distinguidos que se habían hecho famosos bajo los auspicios de Toohey.

Al menos, ninguno nos reconocerá aquí ni nos incomodará.

Echó una bocanada de humo de su cigarrillo egipcio a un cartel descolorido de "Coca-Cola" que estaba sobre ambos. Pidió un emparedado, mordisqueó densamente un encurtido como si estuviera sucio de moscas, y comenzó a hablar con Keating. Al principio, lo que decía no tenía ninguna importancia, salvo por la voz incomparable de Toohey. Keating tenía la sensación de estar en medio de una vasta llanura, bajo las estrellas, apoyado y dueño de sí mismo: tal era su confianza y su seguridad.

—Bondad, Peter —decía suavemente la voz—. Bondad. Éste es el primer mandamiento, quizás el único. Por eso tuve que darle un nuevo aspecto a mi sección de ayer. Esa cuestión necesita bondad esencial. Debemos ser buenos, Peter, con todos los que nos rodean. Debemos aceptar y perdonar. ¡Hay tanto que perdonar en cada uno de nosotros! Si usted aprende a amar todas las cosas, las más humildes, las más insignificantes, las más bajas, también será amado en

usted lo más bajo. Entonces encontraremos el sentido de la igualdad universal, la gran paz de la humanidad, un nuevo mundo, Peter, un nuevo mundo hermoso...

IX

Ellsworth Monkton Toohey tenía siete años cuando atacó con la manguera a Johnny Stokes, mientras éste pasaba por el césped de los Toohey vestido con el mejor traje dominguero. Johnny había tenido que esperar un año y medio para poder tener ese traje, porque su madre era muy pobre. Ellsworth no lo hizo a hurtadillas; realizó el acto públicamente, con, sistemática deliberación. Se dirigió a la llave, la abrió, se paró en medio del césped y haciendo un perfecto blanco dirigió la manguera hacia Johnny, estando la madre de éste apenas a unos pasos, en la calle, y estando su padre con el pastor, que había llegado de visita, en el porche de la casa.

Johnny Stokes era un muchacho vivo, con hoyuelos en la cara y rizos rubios. La gente se volvía para mirarlo, pero nadie se volvió nunca para mirar a Ellsworth Toohey. El susto y la sorpresa de los mayores fueron tales, que ninguno se lanzó a detener a Ellsworth. Mantuvo firme su fino cuerpecito a pesar de la violencia del salto de la boquilla de la manguera en sus manos, sin que nadie le impidiera realizar su objetivo hasta que estuvo cumplido. Entonces la dejó caer, silbando el agua entre la hierba, y dio dos pasos hacia el porche. Se detuvo, con la cabeza alta, esperando el castigo. El castigo habría procedido de Johnny si la señora Stokes no lo hubiese cogido. Ellsworth no se dirigió a los

Stokes, que estaban detrás, pero dijo lenta, distintamente, mirando a su padre y al pastor: "Johnny es un sinvergüenza. Les pega a todos los chicos en el colegio." Y era la verdad.

La cuestión del castigo resultó un problema ético. Era difícil castigar a Ellsworth en cualquier circunstancia a causa de su frágil cuerpo y de su delicada salud. Además, constituía un error castigar a un muchacho que se había sacrificado para vengar una injusticia y que lo había hecho brava y abiertamente, sin tener en cuenta su debilidad física, de manera que parecía un mártir. Ellsworth no lo dijo, no dijo nada más, pero lo dijo su madre. El pastor estuvo de acuerdo con ella. Ellsworth fue enviado a su habitación, sin cenar. No se quejó. Se quedó allí humildemente y rechazó el alimento que su madre le llevó a escondidas, por la noche, desobedeciendo a su marido. El señor Toohey insistió en pagarle a la señora de Stokes el traje de Johnny. Su mujer dejó, de mal humor, que lo hiciese, porque no apreciaba a la señora Stokes.

El padre de Ellsworth dirigía en Boston la sucursal de una cadena nacional de zapaterías. Ganaba un sueldo modesto, pero suficiente, y tenía un hogar cómodo y moderno en un suburbio humilde de la ciudad. El secreto dolor de su vida era no tener un negocio propio. Pero era un hombre tranquilo, consciente, sin imaginación, que había cortado toda ambición a causa de un casamiento prematuro.

La madre de Ellsworth era una mujer delgada, inquieta, que había adoptado y abandonado cinco religiones en nueve años. Tenía rasgos delicados que hicieron que pareciera hermosa durante unos pocos años de su vida, en el período del florecimiento, pero no antes ni después. Ellsworth era su ídolo. Su hija Helen, cinco años mayor que Ellsworth, era buena, sin sobresalir mucho; no era hermosa, pero sí bonita y sana;

no ofrecía ningún problema; en cambio Ellsworth había nacido con poca salud. Su madre lo adoró desde el momento que el doctor dijo que no era apto para sobrevivir.

El señor Toohey, por razones que no podía explicar, no quería mucho a su hijo. Ellsworth, sin embargo, era el amo de la familia, por una tácita y voluntaria sumisión de los padres, aunque su padre nunca pudo comprender la causa por la cual él participaba en tal sumisión.

Por las noches, bajo la lámpara de la estancia familiar, la señora Toohey empezaba con voz tensa y desafiante, enojada y vencida de antemano:

—Horace, quiero una bicicleta, una bicicleta para Ellsworth. Todos los muchachos de su edad la tienen.

—Ahora no, Mary —contestaba el señor Toohey, cansado—. Quizás el próximo verano... Ahora no podemos comprársela...

La señora Toohey discutía elevando la voz a saltos, hasta llegar a un chillido agudo.

—¿Para qué, mamá? —dijo Ellsworth con su voz rica, suave y clara, más baja que la de sus padres, aunque los interrumpía, ordenándoles, en forma extrañamente persuasiva—. Hay muchas cosas que necesitamos más que una bicicleta.

Todas aquellas palabras eran verdaderas. Ellsworth no quería una bicicleta; pero su padre lo miró, preguntándose qué le había impulsado a hablar así. Vio que los ojos de su hijo le miraban detrás de sus pequeños lentes; aquellos ojos no demostraban dulzura, ni reproche, ni malicia; le miraban como distraídos.

Ellsworth no tuvo la bicicleta, pero obtuvo una atención cortés en la casa, una solicitud respetuosa, tierna y culpable por parte de su madre, incómoda y suspicaz por parte de su padre. El señor Toohey temía ser forzado a conversar con Ellsworth y, al mismo

tiempo, se enojaba y se fastidiaba por este temor.

—Horace, quiero un traje nuevo para Ellsworth. Vi uno hoy en un escaparate y tengo...

—Mamá, tengo cuatro trajes. ¿Para qué quiero otro? No quiero ser tan tonto como Pat Noonan, que se los cambia a diario. Es porque su papá tiene una horchatería. Pat es un presumido con su ropa; como una chica. No quiero parecer una mujercita.

"Ellsworth —pensó la señora de Toohey, feliz y temerosa a un tiempo— va a ser un santo; no se preocupa en absoluto de las cosas materiales. Esto es lo cierto. Ellsworth no se preocupa de las cosas materiales."

Era un muchacho pálido y delgado, que padecía del estómago, y su madre tenía que vigilar sus comidas y cuidar sus frecuentes catarros. Su voz, sonora, asombraba en su constitución débil. Cantaba en el coro y no tenía rivales. En la escuela era un alumno modelo. Siempre sabía sus lecciones, tenía los cuadernos más pulcros, las uñas más limpias, le gustaba ir a la escuela parroquial los domingos y prefería la lectura a los juegos atléticos, en los cuales no sobresalía. No era muy bueno en matemáticas, lo cual le disgustaba, pero era excelente en historia, inglés, instrucción cívica y caligrafía; después lo fue en psicología y en sociología.

Estudiaba mucho y a conciencia. No era como Johnny Stokes, que no escuchaba nunca durante las clases, que raras veces abría un libro en la casa, aunque sabía las cosas casi antes que las expusiese el maestro. Johnny aprendía automáticamente, como hacía todas las cosas. Tenía puños hábiles, cuerpo sano, un aspecto excelente y una vitalidad asombrosa. Johnny hacía lo inesperado; Ellsworth hacía mejor que nadie lo previsto. Cuando se trataba de composiciones, Johnny pasmaba a la clase con brillantes destellos de rebelión. Dado el tema "Días de escuela: La edad de oro", Johnny hizo un

trabajo magistral sobre el odio que le tenía a la escuela y el porqué. Ellsworth entregó un poema en prosa sobre la gloria de los días de escuela, que después se imprimió en el diario local.

Además, Ellsworth vencía fácilmente a Johnny cuando se trataba de nombres y fechas: la memoria de Ellsworth era como un preparado de cemento líquido, que retiene todo lo que cae en él. Johnny era un *geiser*; Ellsworth era una esponja.

Los chicos lo llamaban Elsie Toohey. Habitualmente lo dejaban proseguir su camino y evitaban disimuladamente su compañía. No lo podían descifrar. Les resultaba útil y de confianza cuando necesitaban ayuda en sus lecciones. Tenía un genio agudo y podía desprestigiar a cualquier chico inventándole un sobrenombre apropiado, de esos que hieren, hacía caricaturas en las paredes, tenía todas las características de una niña, pero no podía ser calificado como tal; tenía demasiada confianza y seguridad en sí mismo y un sabio desprecio por todo el mundo. No tenía miedo a nadie.

Se enfrentaba en la calle con los muchachos más fuertes. Gritaba con voz clara, que llegaba a varias manzanas de distancia, sin enojarse —nadie había visto nunca enojarse a Ellsworth Toohey—: "Johnny Stokes tiene un remiendo en el trasero." "Johnny Stokes vive en un cuarto alquilado." "Pat Noonan es un tragón de pescado." Ni Johnny ni los otros muchachos le pegaban porque usaba lentes.

No podía participar en el juego de pelota, y era el único que se jactaba de ello en lugar de avergonzarse como otros. Consideraba vulgar la gimnasia, y así lo decía; el cerebro es más poderoso que el músculo.

Ellsworth tenía once años cuando murió su padre; entonces una hermana de su padre se fue a vivir con ellos y a dirigir la casa. La tía Adeline era una mujer

alta, capaz, en quien la palabra "caballo" se unía a la palabra "sentido" y "cara". La pena secreta de su existencia era no haber inspirado jamás una novela de amor. Helen fue su favorita inmediata. Consideró a Ellsworth como un diablillo salido del infierno..., pero Ellsworth nunca titubeó en sus maneras de grave cortesía para la tía Adeline. Corría para recoger su pañuelo, para arrimar las sillas cuando había visitas, particularmente si éstas eran masculinas. El día de San Valentín le enviaba regalos con cintas de papel, ramos de rosas y poemas de amor. Cantaba *Dulce Adeline* con una voz más alta que la de los pregoneros de la ciudad. "Eres un gusano, Elsie —le dijo ella una vez—. Te alimentas de llagas." "Entonces nunca me moriré de hambre", respondió. Después de un tiempo llegaron a un estado de paz armada.

En la escuela superior Ellsworth fue la celebridad local, el astro de la oratoria. Durante años, para decir que un muchacho prometía ser buen orador, en la escuela, decían es un "Toohey". Triunfaba en todos los concursos. Después los jurados hablaban del "hermoso muchacho", no recordaban la figura pequeña y lastimosa, con el pecho hundido, las piernas torcidas y anteojos; se acordaban solamente de la voz. Ganaba todos los debates.

Hasta la edad de dieciséis años. Ellsworth se sintió empujado hacia la carrera de pastor. Pensaba mucho en la religión. Hablaba de Dios y del espíritu. Leía muchísimo sobre este tema. En esa época empezó a tener amigos. Le gustaba hablar de la fe y encontró a los que querían escuchar, aunque descubrió que los muchachos hábiles, fuertes y brillantes de la clase no sentían necesidad de escucharle, no tenían necesidad de él para nada. Pero los que sufrían y los mal dotados iban hacia él. Drippy Munn empezó a seguirle con la silenciosa devoción de un perro. Willie Wilson perdió a

su madre e iba por las noches con los ojos dilatados, secos y suplicantes. Skinny Dix enfermó de parálisis infantil, y, como tenía que estar en cama, observaba por la ventana la esquina de la calle, para ver si llegaba Ellsworth.

No se sabía bien si ellos eran los que buscaban a Ellsworth o si Ellsworth les buscaba a ellos. Trabajaba como una ley de la Naturaleza y así como la Naturaleza no tolera el vacío, el dolor y Ellsworth Toohey se atraían el uno al otro. Su voz, rica y hermosa, les decía:

"Es bueno sufrir. No hay que lamentarse. Hay que soportar, doblegarse, aceptar y agradecer a Dios que los haga sufrir. Porque esto los hace mejores que la gente que ríe y es dichosa."

La gente decía que resultaba emocionante ver la forma en que los amigos de Ellsworth se adherían a él. Después que lo trataban un tiempo, no podían pasarse sin él. Era como el hábito de las drogas.

Ellsworth tenía quince años cuando asombró al profesor de Biblia con una pregunta extraña. El profesor había comentado el texto: "¿De qué le aprovecha al hombre ganar el mundo si pierde su alma?" Ellsworth preguntó: "¿Entonces para ser verdaderamente rico uno debería coleccionar almas?"

A los dieciséis años abandonó la religión al descubrir el socialismo.

El cambio pareció bueno para Ellsworth. No resultó un fanático agresivo. Se hizo más tranquilo, mas suave. Consideró a la gente con más atención, era como si algo hubiese suavizado las aristas nerviosas de su personalidad y le imprimiese una nueva confianza. Los que le rodeaban empezaron a quererle. La tía Adeline dejó de preocuparse. Le pareció que, nada verdadero podía haber en su preocupación por las teorías revolucionarias. No se adhirió a ningún partido político. Leyó muchísimo y asistió a algunos mítines dudosos

donde habló una o dos veces no muy bien; pero la mayor parte de las veces se sentaba en un rincón escuchando, observando, meditando.

Ellsworth fue a Harvard. Su madre le había dejado un seguro de vida con este propósito especial. En Harvard su actuación escolar fue superlativa. Fue absorbido por la literatura y las bellas artes. Esto desconcertó un poco a la tía Adeline; era un nuevo aspecto en él, nunca había manifestado ninguna tendencia especial en esa dirección. "No perteneces a la familia de los artistas, Elsie. No te sienta." "Estás equivocada, tita."

Las relaciones de Ellsworth con sus compañeros constituían el acontecimiento más extraordinario de Harvard. Se hizo aceptar. No ocultó su origen humilde entre los jóvenes orgullosos descendientes de los viejos apellidos ilustres; lo exageró. No les dijo que su padre era gerente de una zapatería; les dijo que era un zapatero remendón. Lo dijo sin desafío, sin amargura, sin arrogancia de proletario; lo dijo como si hiciera un chiste para sí y para los otros, si uno miraba íntimamente su sonrisa. Se comportaba como un *snob*, no como un *snob* notorio, sino como uno inocente, natural, que trata de no serlo. Era cortés, no como quien pide un favor, sino a la manera de uno que lo concede. Su actitud era contagiosa. Las personas no discutían las razones de su superioridad; las daban por existentes. Al principio resultó divertido aceptar a Toohey, después resultó distinguido y progresista. Si era una victoria, no parecía que Ellsworth tuviera conciencia de tal cosa; pareció no preocuparle. Andaba entre jóvenes no formadas aún, con la seguridad de un hombre que tiene un plan, un plan a larga distancia dispuesto en cada detalle y que sólo puede distribuir diversiones para los pocos incidentes de su camino. Su sonrisa tenía una cualidad secreta y hermética, era la sonrisa de un

tendero que cuenta sus ganancias, aunque nada especial sucediese.

Ya no hablaba de Dios y de la nobleza del sufrimiento; ahora hablaba de las masas. Demostró ante auditorios extasiados, en reuniones que duraban hasta el alba, que la religión engendra el egoísmo, porque, manifestaba, la religión exagera la importancia del espíritu individual.

"Para realizar la virtud, en sentido absoluto —decía Ellsworth Toohey— un hombre por el amor de sus hermanos debe cargar su alma con los más locos crímenes. No es nada mortificar la carne, mortificar el alma es el único acto de virtud. ¿Creen que aman a la inmensa masa de la Humanidad? No conocen nada del amor. Ustedes dan dos dólares para la caja de ayuda a las huelgas y ya creen que han cumplido con su deber. Den sus almas. ¿A una mentira? Sí, si otros creen en ella. ¿Para engañar? Sí, si otros la necesitan. ¿A la traición, a la picardía, al crimen? ¡Sí! A todo lo que a sus ojos sea lo más bajo y lo más vil. Solamente cuando puedan sentir desprecio por su pequeño *ego* sin valor, sólo entonces realizarán la verdadera, la amplia paz del altruismo, la ascensión de sus espíritus hacia el vasto espíritu colectivo de la Humanidad. No hay espacio para el amor de los otros en el estrecho, apiñado, mísero agujero de un *ego* particular. Debe vaciarse para ser llenado. "El que ama su vida la perderá; el que aborrece su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna." Los buhoneros de opio de la iglesia tenían algo allí, pero no sabían lo que tenían. ¿Se trata de la abnegación? Sí, amigos, en toda forma. Pero no es abnegado si uno conserva la pureza y el orgullo de la propia pureza. El sacrificio debe incluir la destrucción de la propia alma..."

Adquirió grandes admiradores entre los jóvenes herederos, la segunda y tercera generación de

millonarios. Les ofrecía una obra para la cual se sentían capaces.

Se graduó con altos honores. Cuando fue a Nueva York iba precedido de una pequeña fama privada. Unas gotas de rumor se habían escurrido de Harvard acerca de una persona extraordinaria llamada Ellsworth Toohey. Entre los grandes intelectuales y las personas extremadamente ricas eran pocos los que habían oído aquellos rumores y prontamente los olvidaron, pero recordaban el nombre, quedó en sus mentes con una vaga relación de cosas brillantes.

Cuando alguien comentó la lealtad de los admiradores de Toohey —él no tenía título, ni programa, ni organización, por lo que su círculo era llamado el círculo de los del amor a primera vista—, un envidioso rival anotó: "Toohey atrae a la clase pegajosa. Se sabe que las dos cosas que pegan mejor son el barro y la cola". Toohey lo oyó por casualidad, se encogió de hombros, y, sonriendo, dijo: "Vamos, vamos, hay muchos más: los emplastos, las sanguijuelas, el arropo, las medias mojadas, las fajas de goma, los chicles, el budín de tapioca." Y continuando, agregó por encima del hombro, sin sonreírse: "Y el cemento."

Obtuvo su grado de *Master* en una universidad de Nueva York y escribió su tesis sobre: *Modelos colectivos en la arquitectura de la ciudad en el siglo XVI*. Se ganaba la vida en diversas actividades; nadie podía seguir la pista de todas ellas. Tomó el cargo de consejero profesional en la universidad; se ocupaba con libros, obras de teatro, escribía artículos, daba conferencias ante reducidos y oscuros auditorios. Había un brillo especial en sus escritos; su adjetivo favorito era "humano". Se le consideraba un consejero profesional sobresaliente. Su pequeña oficina de la universidad se transformó, prácticamente, en un pequeño confesionario, adonde los estudiantes llevaban

sus problemas, tanto los académicos como los personales. Él estaba dispuesto a discutir, con la misma amable dedicación, la elección de los cursos, las cuestiones amorosas y, con más especialidad, la elección de carrera.

Cuando se le consultaba sobre cuestiones amorosas, Toohey aconsejaba someterse, si se trataba de un asunto con una encantadora" y pequeña mujercita, buena para fiestas y borracheras. "Seamos modernos", decía, y si era el caso de una pasión emocional y profunda aconsejaba renunciación. "Seamos maduros", manifestaba. Cuando un muchacho iba a confesarle un sentimiento de vergüenzas después de una experiencia sexual insatisfecha, Toohey le decía: "Ha sido un bien para usted. Hay dos cosas de las cuales debemos desembarazarnos en la vida: del sentimiento de superioridad personal y de un respeto exagerado por el acto sexual.

Los estudiantes habían notado que Ellsworth Toohey raras veces les permitía proseguir la carrera que elegían. "Si fuera usted, no seguiría leyes; es demasiado nervioso y apasionado para esto. Una devoción histérica por la propia carrera no le procurará felicidad y éxito. Es mejor elegir una profesión en la cual pueda estar tranquilo, cuerdo y dueño de la situación. Sí, aunque la odie. Lo hace descender a la tierra..." "No, no le aconsejaría que continuara con la música. El hecho de que le resulte fácil es un signo de que su talento es superficial. Precisamente ahí está el mal, en que usted la ame. Esas razones ¿no parecen demasiado infantiles? Desista. Sí, aunque lo hiera..." "No; lo siento, me agradaría decirle que lo apruebo, pero no. Cuando pensó en la arquitectura, lo hizo por razones puramente egoístas, ¿no? ¿Ha considerado algo para su satisfacción egoísta? Sin embargo, la carrera de un hombre concierne a toda la sociedad. La cuestión de saber desde

dónde puede ser usted más útil a sus semejantes está antes que nada. No se trata de lo que usted pueda sacarle a la sociedad, sino de lo que pueda darle. Y en lo que respecta a las oportunidades para un servicio social, ninguna profesión comparable a la de cirujano. Piense en esto."

Algunos de sus protegidos, después que dejaron la universidad, tuvieron bastante éxito, otros fracasaron. Solamente uno se suicidó. Se dijo que Ellsworth Toohey había ejercido una influencia benéfica sobre ellos, porque nunca lo olvidaban; iban a consultarle sobre muchas cosas; durante años le escribían y estaban unidos a él. Eran como máquinas sin arranque automático que una mano extraña tenía que poner en movimiento.

Su vida era pública e impersonal como la plaza de una ciudad. El amigo de la Humanidad no tenía derecho a tener un amigo personal. Las personas se acercaban a él. Aceptaba a todos. Su afecto era como oro pulido o como una gran extensión de arena; no había discriminación para elevar las dunas, las arenas quedaban tranquilas y el sol estaba alto.

De sus pingües ingresos daba parte a muchas instituciones. Nunca se había sabido que le prestara un solo dólar a un individuo. Nunca les pedía a sus amigos ricos que asistieran a una persona necesitada, pero obtenía de ellos grandes sumas y donativos para instituciones de caridad, centros de asistencia social centros recreativos, casas de mujeres caídas, escuelas de niños retrasados. Estaba al servicio del Consejo de todas estas instituciones sin cobrar sueldo. Muchas empresas filantrópicas y publicaciones radicales dirigidas por toda clase de personas, tenían un solo lazo entre ellas común denominador: el nombre de Ellsworth Toohey en los membretes.

Las mujeres no tenían parte en su vida. El sexo

nunca le había interesado. Sus impulsos furtivos, poco frecuentes, lo empujaban hacia las muchachas jóvenes, delgadas, de pecho exuberante, descocadas; las criadas risueñas, las manicuras seseosas, las mecanógrafas capacitadas y jovencitas, las que usaban vestidos rosados o de color de orquídea y sombreritos echados atrás con montones de rizos rubios en la frente. Era indiferente a las mujeres intelectuales.

Sostenía que la familia era una institución burguesa, pero no hizo hincapié en ello, ni organizó tampoco una cruzada por el amor libre. El tema del sexo le aburría. Se había hecho demasiado barullo sobre ese condenado tema; no tenía importancia, había problemas mucho más importantes en el mundo.

Pasaron los años y cada día de su vida llenaba una función como una moneda pequeña y limpia que cayera pacientemente por la ranura de una máquina gigantesca, sin retorno. Una de sus muchas actividades empezó a sobresalir gradualmente entre las otras; se dio a conocer como eminente crítico en arquitectura. Escribió acerca de edificios en tres sucesivas revistas que renquearon ruidosamente durante unos años y desaparecieron una después de otra: *Nuevas voces*, *Nuevas señas*, *Nuevos horizontes*; la cuarta, *Nuevas fronteras*, sobrevivió. Ellsworth fue lo único que se salvó de los sucesivos naufragios. La crítica arquitectónica era un campo de investigaciones abandonado; pocas personas se molestaban en escribir sobre edificios. Toohey adquirió reputación y monopolizó el tema. Las mejores revistas empezaron a solicitar de él colaboraciones relacionadas con la arquitectura.

En 1921, un pequeño cambio ocurrió en la vida privada de Toohey. Su sobrina, Catherine Halsey, hija de su hermana Helen, fue a vivir con él. Su padre había muerto hacía tiempo y su tía Adeline había desaparecido en la oscura pobreza de alguna pequeña ciudad. A la

muerte de los padres de Catherine, no hubo nadie más que se hiciera cargo de ella. Toohey no había pensado tenerla en su propia casa, pero cuando ella descendió del tren en Nueva York, su humilde carita le pareció hermosa, como si el porvenir se abriese delante de ella y su brillo estuviera ya sobre su frente, como si estuviera ansiosa, orgullosa y dispuesta a salir a su encuentro. Fue uno de esos raros momentos en que la persona más humilde sabe de pronto lo que significa sentirse el centro del universo y por esta convicción se torna hermosa, y el mundo, a los ojos de los testigos, parece que es un lugar más bello por tener semejante centro. Ellsworth vio esto y resolvió que Catherine se quedara con él.

En 1925, apareció *Sermones en piedra*, y, con él, la fama.

Ellsworth Toohey llegó a constituir una moda. Las señoras intelectuales se lo disputaban. A algunas personas no les gustaba y se burlaban de él, pero resultaba que Ellsworth Toohey era el primero en hacer las observaciones más injuriosas sobre sí mismo. Una vez, en una fiesta, un comerciante presumido y rústico escuchó las más serias teorías sociales de Toohey durante un rato y después dijo con complacencia: "¡Caramba! Yo podría decir mucho sobre esas materias porque juego en la Bolsa." "Yo —dijo Toohey— juego en la Bolsa del espíritu y vendo con pérdida." La consecuencia más importante de los *Sermones en piedra* fue el contrato para escribir una sección diaria en el *New York Banner*, de Gail Wynand.

El contrato resultó una sorpresa y al principio enfureció a todo el mundo. Toohey se había referido con frecuencia a Wynand sin respeto; los diarios de Wynand habían dado a Toohey todos los calificativos que se podían imprimir, pero los diarios de Wynand no tenían una política determinada, salvo la de reflejar los

prejuicios del mayor número, y esto en la dirección de lo inconsistente, irresponsable, trivial, sensiblero. Los diarios de Wynand estaban contra el privilegio y a favor del hombre común, pero de una manera amable, que no chocaba a nadie; descubrían los monopolios cuando querían; soportaban las huelgas cuando querían, y viceversa. Denunciaban a Wall Street y el socialismo y gritaban contra las películas inmorales, todo con el mismo gusto. Eran estridentes y vocingleros, pero en el fondo moderados y sin vida.

El *Banner* comentó su aparición, anunciando: "El lunes el *Banner* les presentará a un nuevo amigo: Ellsworth Toohey, cuyo brillante libro *Sermones de Piedra* todos han leído y a todos ha gustado. El nombre del señor Toohey sobresale en la arquitectura. El les ayudará a comprender todo lo que ustedes quieran saber de las maravillas de las construcciones modernas. Tenga presente «Una vocecita», el lunes. Aparecerá exclusivamente en el *New York Banner*." El resto de lo que significaba el señor Toohey fue ignorado.

Ellsworth Toohey no lo anunció ni lo comentó con nadie. No hacía caso de los amigos que gritaban que se había vendido. Fue, sencillamente, a trabajar. Dedicó "Una vocecita", una vez por mes, a la arquitectura. El resto del tiempo Ellsworth Toohey decía a los millones de suscriptores lo que deseaba decir.

Toohey era el único empleado de Gail Wynand con un contrato que le permitía escribir todo lo que quisiese. Había insistido en esto. Todo el mundo lo consideró como una gran victoria, todos excepto Toohey. Él se daba cuenta que esto podía significar una de estas dos cosas: Wynand se había rendido respetuosamente ante el prestigio de su nombre, o Wynand lo consideraba demasiado despreciable para que valiese la pena restringirle. "Una vocecita" no dijo nada peligrosamente revolucionario, y raras veces algo político. Predicaba

meramente sentimientos con los cuales está de acuerdo la mayoría: altruismo, fraternidad, igualdad "Prefiero ser amable a ser justo." "La misericordia es superior a la justicia." "Hablando en términos de anatomía —y quizá de cualquier otra manera—, el corazón es el órgano más valioso. El cerebro constituye una superstición." "En las cuestiones espirituales hay un criterio simple e infalible: todo lo que procede del yo es malo, todo lo que procede del amor al prójimo es bueno." "Servir es la única divisa de la nobleza. No veo nada ofensivo en concebir al fertilizante como el símbolo más alto del destino del hombre; el abono es lo que produce trigo y rosas." "El peor canto popular es superior a la mejor sinfonía." "Quiero ver un genio o un héroe que al quemarse con un fósforo encendido sienta menos dolor que su común hermano anónimo." "El genio es una exageración de las dimensiones, como la elefantiasis. Ambos son, solamente, una enfermedad." "Todos somos hermanos por debajo de la piel, y yo desearía despellejar a la Humanidad para probarlo."

En la redacción del *Banner*, Ellsworth Toohey era tratado con todo respeto. Se susurraba que Gail Wynand no le quería, porque siempre era descortés con él. Alvah Scarret no condescendía hasta el punto de la cordialidad, pero guardaba una distancia prudente. Había un equilibrio silencioso, vigilante, entre Toohey y Scarret: se comprendían el uno al otro.

Toohey no intentó acercarse a Wynand por ningún medio. En cambio, organizó un club de los empleados de Wynand. No era una unión de obreros; no era nada más que un club. Se reunían una vez al mes en la biblioteca del *Banner*. No se preocupaba de salarios, hora y condiciones de trabajo; no tenía ningún problema concreto. Las personas se conocían, charlaban y escuchaban los discursos. Ellsworth Toohey pronunció la mayoría de los discursos. Habló sobre nuevos

horizontes y de la Prensa como expresión de masas. Wynand apareció en una reunión, inesperadamente, en medio de la sesión. Toohey se sonrió y lo invitó a unirse al club, manifestando que era elegible. Wynand no se hizo socio. Se sentó, escuchó, bostezando, hora y media los discursos y se levantó antes que la reunión hubiese terminado.

Alvah Scarret apreciaba el hecho de que Toohey no intentase invadir su campo: los asuntos importantes de política. Como una devolución de cortesía, Scarret le permitía que recomendara empleados nuevos cuando se producía alguna vacante, particularmente si el puesto era de poca importancia. Por regla general, Scarret nunca se preocupaba mientras con Toohey ocurría lo contrario, aun cuando se tratase de un puesto de copista. Los que Toohey recomendaba, obtenían los puestos. La mayoría de los empleados eran jóvenes, impetuosos, de ojos vivaces, que estrechaban la mano con desgana. Tenían cosas en común, pero no eran muy perceptibles.

Había otras reuniones mensuales a las cuales Toohey asistía con regularidad: las reuniones del Consejo de Constructores Estadounidenses, las del Consejo de Escritores Estadounidenses, las del Consejo de Artistas Estadounidenses. Él los había organizado a todos.

Lois Cook era la presidenta del Consejo de Escritores Estadounidenses. Se reunían en la sala de una casa de Bowery. Ella era el único miembro famoso. El resto comprendía a una mujer que nunca había usado mayúsculas en sus libros y a un hombre que no empleaba comas; a un joven que había escrito una novela de mil páginas sin emplear una sola letra "o"; a un barbudo que empleaba una palabra inimpresible, de cuatro letras, en cada página del manuscrito; a una mujer que imitaba a Lois Cook, aunque era todavía menos clara. Cuando se le pedían explicaciones, manifestaba que era el modo como se le aparecía la vida

cuando se quebraba en el prisma de la subconsciencia. "¿Usted sabe qué hace un prisma con un rayo de luz?", decía. Había también un hombre cruel, conocido simplemente como Ike *el Genio*, aunque nadie sabía hasta entonces lo que había hecho.

El Consejo firmó una declaración que establecía que los escritores deberían ser sirvientes del proletariado, pero la declaración no era tan simple como lo expuesto, sino larga y difusa. La declaración fue enviada a todos los diarios del país. Ninguno la publicó, salvo *Nuevas fronteras*, en la página 32.

El Consejo de Artistas Estadounidenses tenía como presidente a un joven cadavérico que pintaba lo que veía en sus sueños nocturnos. Había un muchacho que no empleaba tela, pero hacía cosas con jaulas de pájaros y metrónomos, y otro que había descubierto una nueva técnica de pintar: ennegrecía un pliego de papel y después lo pintaba con una goma de borrar. Había una mujer majestuosa de edad madura que pintaba subconscientemente. "Sin saber lo que mis manos hacen", decía, y añadía que su mano era guiada por el espíritu de su amante desaparecido, a quien jamás había encontrado en la tierra. Allí no se hablaba mucho acerca del proletariado; se rebelaban, simplemente, contra la tiranía de la realidad y de lo objetivo.

Algunos amigos le oponían a Ellsworth Toohey que era muy inconsecuente, pues siendo profundamente contrario al individualismo reunía a todos aquellos artistas y escritores, cada uno de los cuales era un individualista rabioso.

Nadie tomaba en serio aquellos consejos. La gente hablaba de ellos porque creía que era de buen tono; eran como grandes bromas, aunque ciertamente — agregaban— no había ningún mal en ello. "¿Lo cree así, realmente?", preguntaba Toohey.

Ellsworth Toohey tenía cuarenta y dos años. Vivía

en un departamento distinguido que parecía modesto comparado con el volumen de renta que podía tener si lo deseaba. Nadie le había visto ponerse fuera de sí. Su aspecto era inmutable: era el mismo en un salón, en un mitin de trabajadores, en un escenario pronunciando una conferencia, en el cuarto de baño o durante el intercambio sexual: frío, seguro de sí mismo, amable, levemente protector.

La gente admiraba su sentido del humor. "Es — decía— un hombre capaz de reírse de sí mismo."

"Yo soy una persona peligrosa. Alguien debería ponerlo en guardia contra mí", decía a la gente con el tono de estar manifestando la cosa más ridícula del mundo:

De todos los rótulos que le colgaban, uno sólo prefería: Ellsworth Toohey el *Humanitario*.

X

La "Casa Enright" fue inaugurada en junio del año 1929.

No hubo ninguna ceremonia, pero Roger Enright quiso marcar el instante de su propia satisfacción. Invitó a las pocas personas que quería y abrió la puerta vidriera de la entrada empujándola hacia fuera, hacia el aire inundado de sol. Habían llegado algunos fotógrafos de los diarios, porque la cuestión concernía a Roger Enright, y porque no quería que fuesen. No hizo caso. Se quedó en la calle contemplando la casa, después recorrió el vestíbulo, deteniéndose de tanto en tanto, sin causa, y remontando su camino. No hablaba. Fruncía la cara con fiereza como si tuviera que gritar de rabia, pero

sus amigos sabían que Roger Enright era feliz.

El edificio estaba a orillas del East River. Las formas de cristal de roca se erguían de modo que el edificio no parecía estático, sino que se iba elevando en un continuo fluir, hasta que uno advertía que era el movimiento de los propios ojos forzados a moverse con este ritmo especial.

Las paredes de piedra caliza, de un pálido gris, Parecían de plata en el cielo, con el limpio y ofuscado lustre de metal, pero de un metal que había llegado a ser una sustancia viva y caliente, cincelado por el instrumento más cortante, una voluntad humana intencional. Esto hacía que la casa pareciera vivir en una forma extraña, personal, propia, en una forma tal que en la mente de los espectadores cinco palabras brotaban vagamente, sin objeto, sin claro significado: "...a su imagen y semejanza..."

Un joven fotógrafo del *Banner* divisó a Howard Roark, que estaba solo en la calle, junto a la baranda del río. Estaba echado hacia atrás, con las manos en la baranda, la cabeza descubierta, contemplando el edificio. Fue un momento inconsciente, casual. El fotógrafo miró a Roark y notó en él algo que lo dejaba perplejo. Siempre se había preguntado por qué las sensaciones que uno siente en los sueños son mucho más intensas que las que uno experimenta al despertar frente a la realidad; por qué el horror es tan total y el éxtasis tan completo en los sueños, y qué era esa extraña cualidad que nunca podía ser recobrada después; la cualidad de lo que él sentía cuando caminaba en sueños por una senda a través de verdes hojas enmarañadas en un aire lleno de expectación, de arrobamiento sin causa, y que no podía explicar cuando se despertaba. Recordó esto porque vio esa extraña cualidad por primera vez en el rostro de Roark.

El fotógrafo era un muchacho joven, nuevo en el

oficio, no muy experto, pero que amaba su trabajo y que había sido aficionado a la fotografía desde la infancia. Sacó una fotografía de Roark en aquel instante.

Más tarde, el redactor de la sección de arte del *Banner* vio la fotografía y ladró: "¿Qué diablos es esto?" "Howard Roark", dijo el fotógrafo. "¿Quién es Howard Roark?" "El arquitecto." "¿Quién diablos quiere el retrato del arquitecto?" "Bueno, yo; creía..." "Además es una locura. ¿Qué le pasa a este hombre?" Como conclusión, el retrato fue relegado al archivo.

La "Casa Enright" fue alquilada inmediatamente. Los inquilinos que se mudaban eran personas que querían vivir con una comodidad higiénica y que no se preocupaban por nada más. No discutían el valor del edificio; querían vivir en él.

Pero durante tres semanas otras personas hablaron muchísimo. Decían que la casa era ridícula, exhibicionista y falsa. Decían: "¡Querido, imagínate cómo se podría invitar a la señora Moreland viviendo en semejante sitio! ¡Su casa es de tan buen gusto...!" Unos pocos empezaron a aparecer y a comentar: "Yo prefiero más bien la arquitectura moderna. Se hacen cosas muy interesantes en la actualidad. Hay una escuela en Alemania que es notable, pero no es como esto. Esto es una extravagancia."

Ellsworth Toohey no mencionó la "Casa Enright" en su sección. Un lector del *Banner* le escribió: "Estimado señor Toohey: ¿Qué piensa usted de esa construcción que se llama la «Casa Enright»? Tengo un amigo que es decorador de interiores y que habla mucho de eso, y dice que es terrible. A pesar de que la arquitectura y las diversas artes constituyen mi manía, no sé qué pensar. ¿Quiere decírnoslo en su columna?" Ellsworth Toohey le contestó por medio de una carta privada: "Hay tantos edificios importantes y ocurren tantas cosas en el mundo, que no puedo dedicar mi sección a

trivialidades."

Las pocas personas que Roark quería, iban a verlo. Aquel invierno recibió un encargo para edificar la casa de Norris, una modesta casa de campo. En mayo firmó contrato para su primer edificio para oficinas: un rascacielos de cincuenta pisos en el centro de Manhattan. Anthony Cord, el propietario, había llegado de no se sabía dónde y había hecho una fortuna en Wall Street en pocos años brillantes y violentos. Quería un edificio propio y fue a ver a Roark.

La oficina de Roark había crecido hasta tener cuatro habitaciones. Sus empleados le querían. No se daban cuenta y les hubiera resultado chocante emplear la palabra amar para aplicársela a un patrón frío, inabordable, inhumano. Ésas eran las palabras que empleaban para describir a Roark, ésas eran las palabras que estaban acostumbrados a usar por todas las normas y prejuicios inculcados en lo pasado; solamente trabajando con él llegaron a saber de la falsedad de esas cosas, pero por lo mismo no se podían explicar qué los ataba a su patrón.

No sonreía a sus empleados ni salía con ellos a beber. Se ajustaba tan sólo a la esencia de un hombre: a su capacidad creadora. En aquella oficina era preciso ser competente. No había alternativas ni mitigadas consideraciones, pero si un hombre trabajaba bien, no necesitaba más para ganarse la benevolencia del patrón. Se la concedía no por afecto, sino por reconocimiento. Esto producía un inmenso sentimiento de propio respeto en los hombres de la oficina.

Dominique se quedó todo el verano en la ciudad. Recordaba con amargo placer su costumbre de viajar y se puso furiosa al pensar que no podía hacerlo, que no quería hacerlo. Gozó con aquel enojo y esto la condujo a la habitación de Roark. Algunas noches que no pasaba con él, recorría las calles de la ciudad. Iba hasta la "Casa

Enright", hasta la tienda Fargo y se quedaba mirando los edificios durante mucho tiempo. Salía sola de la ciudad para ver la casa de Heller, la casa de Sanborn, la estación de servicio de Gowan, pero nunca se "lo mencionaba a Roark.

Una vez tomó el *ferry-boat* de Stanton Island a las dos de la mañana. Fue sola a la isla y se quedó sola en la barandilla de la desierta cubierta. Observaba a la ciudad, que se iba alejando. En la vasta soledad del cielo y del océano la ciudad era tan sólo un pequeño macizo mellado. Parecía condensada, prensada, no un lugar con calles y edificios, sino una forma única esculpida. Una forma de gradas irregulares que se elevaban y descendían sin ordenada continuidad, largas ascensiones y súbitos descansos, como la representación gráfica de una lucha porfiada. Pero en pocos puntos continuaba elevándose, hacia el conjunto triunfante de los rascacielos que se erguían fuera de la lucha. El barco pasó delante de la estatua de la Libertad, figura envuelta en verde luz, un brazo en alto como los rascacielos que estaban detrás. La ciudad iba disminuyendo y sentía el movimiento de la distancia que crecía como el tirón de una cuerda viva dentro de ella que no podía ser estirada más. Sentía una excitación tranquila cuando el barco navegó de vuelta y vio a la ciudad que crecía para recibirla.

Extendió los brazos todo lo que pudo. La ciudad se expandía, más allá de sus codos, de sus manos, de la yema de sus dedos. Estaba de vuelta.

Descendió. Sabía dónde tenía que ir, y quería llegar en seguida, pero a pesar de eso quiso ir a pie. De manera que recorrió la mitad de Manhattan por calles largas, vacías, en las cuales resonaba el eco de sus pasos. Eran las cuatro treinta cuando llamó a su puerta. Él dormía. Le sacudió la cabeza. «No —le dijo—, continúa durmiendo, que sólo quiero estar aquí." No lo tocó. Se

quitó el sombrero y los zapatos, se acurrucó en un sofá y se quedó dormida, con la mano apoyada en la cabeza y un brazo colgando a un lado. Por la mañana, Roark no le hizo ninguna pregunta. Prepararon juntos el desayuno y después él salió corriendo para la oficina. Antes de separarse la tomó en sus brazos y la besó. Él salió, pero Dominique partió pasado un momento. No se cambiaron veinte palabras durante todo el tiempo. Algunos fines de semana dejaban juntos la ciudad e iban en el automóvil de Dominique a algún punto de la costa poco frecuentado. Tendíanse al sol sobre la arena de la playa desierta o nadaban en el océano. A ella le gustaba mirar el cuerpo de Roark en el agua. Se quedaba de pie, detrás; las olas se rompían en sus rodillas, y observaba cómo Roark cortaba las aguas en línea recta. Le gustaba echarse con él, mirando hacia la costa boca abajo, apenas separados, a merced de las olas; no lo rozaba, pero sentía las olas sobre ambos cuerpos y veía el agua que, después de haberlos mojado, se juntaba y volvía en corrientes hacia el mar.

A fines del mes de junio un hombre llamado Kent Lansing fue a ver a Roark. Tenía cuarenta años, iba vestido como un figurín y parecía un boxeador, aunque no tenía complexión robusta ni vigorosa, sino que era delgado y anguloso. En algunos aspectos semejaba un boxeador y en otros más bien un ariete, un tanque o un torpedo submarino. Era miembro de una sociedad formada con el propósito de erigir un lujoso hotel al sur del Central Park. Había muchos ricos comprometidos y la sociedad estaba regida por un Consejo de Administración numeroso. Ya habían comprado el terreno y aún no se habían decidido por el arquitecto, pero Kent Lansing había determinado que fuera Roark.

—No necesito decirle cuánto desearía hacerlo —le dijo Roark al terminar la primera entrevista—. Pero no hay posibilidades de que lo consiga. Puedo ponerme de

acuerdo con la gente cuando se trata de una sola persona, pero no puedo hacer nada con los grupos. Ningún Consejo me ha encargado trabajo nunca y no creo que lo hagan.

Kent Lansing se sonrió.

—¿Ha habido alguna vez que un Consejo haya hecho algo?

—Y, sin embargo, parece que funcionan y existen.

—¿Los directores? Mire, hubo un tiempo en que todo el mundo creía que era una verdad evidente que la Tierra fuese plana. Sería interesante especular sobre la naturaleza y las causas de las ilusiones de la Humanidad. Algún día escribiré un libro sobre ese tema. No sería popular. Tendría un capítulo dedicado a los Consejos. Convéznase, no existen.

—Me gustaría creerle, pero ¿dónde está el truco?

—No, a usted no le gustaría creerme. No es agradable descubrir las causas de las ilusiones. O son imperfectas, o trágicas. En este caso, son las dos cosas a la vez. Sobre todo imperfecta. Y no se trata de una broma. Pero no nos metamos en eso, por ahora. Lo que quiero decir es que en un Consejo hay uno o dos hombres ambiciosos y un montón de lastre. Quiero que sepa que ese grupo de hombres está vacío. Grandes nada vacías. Se dice que no podemos ver la nada absoluta; ¡diablos!, siéntese en una reunión de un Consejo. La cuestión es saber quién llena esa nada. Es una batalla ardua. La más ardua. Resulta bastante sencillo luchar contra un enemigo siempre que esté dispuesto a luchar, pero cuando no es un enemigo... No me mire así, como si estuviese loco. Usted debe de saberlo. Usted ha luchado contra el vacío toda su vida.

—Lo miro de esa manera porque lo estimo.

—Claro que me estima. Como sé que lo estimo a usted. Los hombres son hermanos, tienen un gran instinto de fraternidad, excepto en los Consejos,

uniones, sociedades, etcétera. Pero hablo demasiado. Es porque soy buen vendedor. Sin embargo, no tengo que venderle nada. Usted lo sabe. De modo que diremos que usted va a edificar el "Aquitania", tal es el nombre de nuestro hotel, y así queda resuelto.

Si la violencia de las batallas, de las cuales la gente no ha oído nada, se pudieran medir con estadísticas, la batalla que libró Kent Lansing contra el Consejo de la "Sociedad Anónima Aquitania" sería señalada como una de las más grandes luchas de la Historia.

El combate se desarrolló así: "Escuche, Palmer; Lansing está hablando de un tal Roark, ¿cómo va a votar? ¿Los miembros lo aprueban o no?" "Yo no me decidiré hasta no saber quién vota en pro y en contra." "Lansing dice..., pero por otra parte, Thorpe me dijo..." "Talbot está levantando un hotel suntuoso con más de sesenta pisos, en la Quinta Avenida, y lo han encargado a «Françon y Keating»." "Harper apoya a ese muchacho..., Gordon Prescott." "Escuche: Betsy dice que estamos locos." "No me gusta la cara de Roark..., no parece co-o-o-peradora." "Yo sé, y tengo la impresión de que Roark es de los que no convienen. No es un individuo capaz." "¿Qué es un individuo capaz?" "¡Diablo!, usted sabe muy bien qué quiero decir cuando hablo de «capaz»." "Thompson dice que la señora Prichet dice que ella está segura porque el señor Macy le dijo que sí..." "Bueno, muchachos, no me importa un bledo lo que digan, yo estoy resuelto y estoy aquí para decirles que Roark es una porquería. No me gusta la «Casa Enright»." "¿Por qué?" "No sé por qué, no me gusta y nada más. ¿No tengo derecho a tener mi propia opinión?"

La batalla duró semanas. Todos habían hablado, excepto Roark. Lansing dijo:

—Todo va bien. Olvídelo. No haga nada. Deje que yo hable. Usted no puede hacer nada. Cuando hay que

afrontar a una sociedad, el hombre a quien más le concierne, el que puede contribuir y hacer más es el que tiene menos que decir. Se da por sentado que no tiene voz y que las razones que pueda presentar están de antemano rechazadas como perjudiciales, dado que jamás se toma en cuenta ningún discurso, sino solamente la persona del que habla. Es mucho más fácil juzgar sobre un hombre que sobre una idea. Aunque yo nunca alcanzaré a comprender cómo diablos se puede juzgar a un hombre sin tomar en cuenta el contenido de su cerebro. Sin embargo, así es y así se hace. Usted podrá convencerlos mucho mejor que yo, pero no lo van a escuchar; en cambio, a mí sí, porque soy intermediario. La distancia más corta entre dos puntos no es una línea recta, es un intermediario. Y cuantos más intermediarios, más se acorta la distancia.

—¿Por qué lucha por mí de esa manera? —le Preguntó Roark.

—Yo quiero un buen hotel y tengo ciertas normas acerca de lo bueno, y éstas son mis normas; usted es el único que puede darme lo que quiero. Y cuando lucho por usted, estoy luchando por mí. No se preocupe. Todos están contra mí, pero tengo una ventaja: ellos no saben lo que quieren, y yo sí. A fines de julio Roark firmó el contrato para edificar el "Aquitania".

Ellsworth Toohey, sentado en su oficina, extendió sobre la mesa el diario en el cual estaba leyendo el artículo que anunciaba el contrato del "Aquitania". Fumaba sosteniendo con dos tiesos dedos el cigarrillo. Con uno de los dedos golpeó, suave y rítmicamente, el cigarrillo largo rato.

Oyó el ruido de una puerta que se abría, levantó la vista y vio a Dominique apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Lo único que denotaba su rostro era interés, y resultaba alarmante ver en su rostro una expresión de verdadero interés,

—Querida —dijo levantándose—, es la primera vez que se ha tomado la molestia de venir a mi oficina en los cuatro años que trabajamos en el mismo edificio. Es un verdadero acontecimiento.

Ella no respondió, pero se sonrió gentilmente, lo que resultaba más alarmante aún. Él agregó con voz amable:

—Mis pocas palabras equivalían a una pregunta. ¿O es que ya no nos comprendemos?

—Supongo que no, desde el momento que cree necesario preguntarme qué me trae aquí. Pero usted lo sabe. Ahí lo tiene sobre la mesa.

Se encaminó hacia ella, dio un papirotazo en un ángulo del diario y se rió.

—Parecería que esa noticia la hace feliz.

—Sí, Ellsworth, me hace feliz.

—¿Está contenta de que Roark haya conseguido el contrato?

—Soy tan feliz que besaría a Kent Lansing si lo conociera y me lo pidiese.

—Entonces ¿el pacto queda roto?

—De ninguna manera. Trataré de desviar cualquier trabajo que le llegue. Seguiré tratando de hacerlo. No va a ser tan fácil, sin embargo. La "Casa Enright", el edificio "Cord"... y éste. No será tan fácil ni para mí ni para usted. Él le está ganando, Ellsworth. ¿No le parece que los que tenemos una idea equivocada del mundo somos nosotros, usted y yo?

—Usted siempre la ha tenido, querida. Perdóneme. Yo debería haberlo comprendido antes. Claro que está contenta de que él lo haya conseguido. Yo no temo reconocer que no me hace feliz. ¿Ve? Su visita a mi oficina ha sido un éxito completo; así que consideremos el asunto del "Aquitania" como una gran derrota y, olvidándolo, continuaremos como antes.

—Ciertamente, Ellsworth; como antes. Estoy trabajando para conseguir, en una cena, esta noche, un

hermoso hospital, nuevo, para Peter Keating.

Cuando Ellsworth Toohey volvió aquella noche a casa se lo pasó pensando en Hopton Stoddard.

Hopton Stoddard era un hombre pequeño que tenía una fortuna de veinte millones de dólares. Tres herencias y setenta y dos años de una vida laboriosa dedicada al propósito de hacer dinero, habían contribuido a formar esa suma. Hopton Stoddard era un genio para las inversiones; invertía su dinero en cualquier cosa: en casas de mala fama, en espectáculos en Broadway, preferentemente de carácter religioso, en fábricas, en hipotecas sobre propiedades rurales y en muchas cosas más. Era pequeño y encorvado. No tenía el rostro desfigurado, a pesar de que la gente lo creía así a causa de su sonrisa permanente. Su boca pequeña tenía forma de V, debido al eterno regocijo; cejas pequeñas como dos V invertidas sobre los redondos ojos azules. Su cabello abundante, blanco y ondeado, parecía una peluca.

Toohey conocía a Hopton Stoddard desde hacía muchos años y ejercía sobre él una fuerte influencia. Hopton Stoddard no se había casado, no tenía parientes ni amigos, desconfiaba del prójimo porque creía que andaba siempre detrás de su dinero, pero sentía enorme respeto por Ellsworth Toohey, que representaba la oposición exacta a su propia vida. Toohey no se preocupaba por ninguna riqueza mundana, y por este sencillo contraste consideraba a Toohey como la personificación de la virtud. No estaba satisfecho con su vida y esta preocupación aumentó con los años, con la certidumbre de que se acercaba su fin. Encontró alivio en la religión, en forma de soborno. Experimentó varios credos distintos, asistió a los servicios religiosos, donó grandes sumas y cambió de creencia. Conforme transcurrieron los años, el *tempo* de su búsqueda se aceleraba, tenía las características del pánico.

La indiferencia religiosa de Toohey era la única grieta que empañaba a sus ojos la personalidad de su amigo y mentor; pero todo lo que predicaba Toohey le parecía de acuerdo con la ley de Dios: caridad, sacrificio, ayuda a los pobres. Hopton Stoddard se sentía seguro siempre que seguía la opinión de Toohey. Hizo generosas donaciones a las instituciones que Toohey le había recomendado. En las cuestiones espirituales consideraba que Toohey era en la tierra una imagen de lo que debía de ser Dios en el cielo.

Aquel verano, Toohey tuvo la primera derrota con Hopton Stoddard.

Hopton Stoddard decidió realizar un sueño que había alimentado, astuta y prudentemente, durante varios años, como hacía con todas sus otras inversiones de dinero: quería edificar un templo. No tenía que ser el templo de un credo determinado, sino un monumento a la religión universal, una catedral de la fe, abierta para todos.

Hopton Stoddard quería jugar sobre seguro.

Quedó anonadado cuando Ellsworth Toohey se manifestó en contra de su proyecto. Toohey quería que edificase una casa, un nuevo hogar para niños anormales. Él había organizado una institución, un comité distinguido de propagandistas con una dotación para gastos de organización, pero carecía de edificios y no tenía fondos para construirlo. Si Hopton Stoddard quería dejar un digno recuerdo de su nombre, llevar a la culminación su generosidad, no había propósito más noble que dedicar su dinero al "Hogar Hopton Stoddard" para niños anormales, para los pobres infortunados de quienes nadie se preocupaba. Pero Hopton Stoddard no se entusiasmó con el hogar ni con ninguna otra institución terrena. Tenía que ser el "Templo de Hopton Stoddard". No podía presentar argumentos contra la brillante formación de batalla de

Toohey, no decía otra cosa que: "No, Ellsworth, no. El asunto no está resuelto." Hopton Stoddard no cambió de opinión, pero la desaprobación de Toohey lo incomodó y pospuso su decisión de un día para el otro. Sabía sólo que tenía que decidirlo para fines del verano, porque en el otoño había de partir para un largo viaje, un recorrido por todos los santuarios del mundo, de todas las religiones desde Lourdes hasta Jerusalén, desde La Meca hasta Benarés.

A los pocos días de haberse anunciado el contrato del "Aquitania", Toohey fue a ver a Hopton Stoddard, por la noche, en el retiro del vasto y atestado departamento que tenía en Riverside Drive.

—Hopton —dijo jovialmente—, yo he estado equivocado. Usted tiene razón en lo referente al templo.

—¡No! —dijo Stoddard, estupefacto.

—Sí —dijo Toohey—. Usted tenía razón. Ninguna cosa puede ser más adecuada. Debe edificar un templo.

Hopton Stoddard tragó saliva y sus ojos se tornaron más azules. Pensó que debería de haber progresado mucho en la senda de la virtud desde el momento que había podido enseñarle algo a su maestro. Después de eso, ya nada importaba; se sentó como un nene dócil y arrugado, escuchando a Ellsworth Toohey, asintiendo con la cabeza y dando a todo su aprobación.

—Es una empresa ambiciosa, Hopton, y si usted intenta llevarla a cabo debe hacerlo bien. Resulta un poco presuntuoso... ofrecer un presente a Dios; y si no lo hace en la mejor forma posible, en lugar de ser algo reverente será ofensivo.

—Desde luego. Debe estar bien hecho. Debe estar bien hecho. Debe ser lo mejor. Usted me ayudará, ¿no es así, Ellsworth? Usted sabe todo lo que se debe saber acerca de edificios, de todo...

—Estaré encantado de ayudarle, si usted lo quiere, Hopton.

—¿Que si lo quiero! ¿Qué significa... si lo quiero?
Grandiosa bondad, ¿qué haría sin usted?

—Si quiere que se haga bien, ¿hará exactamente lo que yo diga?

—Sí, sí, sí, naturalmente.

—Ante todo, el arquitecto. Esto es lo más importante. No necesita uno de esos muchachos presumidos, comerciantes, con el signo del dólar en la frente. Necesita un hombre que crea en su trabajo como usted cree en Dios.

—Ciertamente. ¿Quién es?

—Howard Roark.

—¿Cómo? —Hopton Stoddard lo miró interrogadoramente—. ¿Quién es?

—Es el hombre que edificará el templo.

—¿Es bueno?

Ellsworth Toohey se dirigió hacia su amigo y lo miró directamente a los ojos:

—Por mi alma inmortal, Hopton —dijo suavemente—, es lo mejor que hay. Pero es difícil conseguirlo. No trabaja si no es en determinadas condiciones. Debe observarlas escrupulosamente. Debe darle completa libertad. Dígale lo que quiere y cuánto piensa gastar, y deje que él haga el resto. Déjelo que lo diseñe y que lo haga como él desea. No trabajará de otro modo. Dígale francamente que usted no sabe nada de arquitectura, y que lo escogió a él porque tuvo la impresión de que es el único a quien se lo podía confiar.

—De acuerdo, si usted me lo garantiza.

—No espere ver sus proyectos. Llevarán cierto tiempo..., y usted no debe dilatar su viaje. Empléelo, no firme contrato, no es necesario..., póngase de acuerdo con su Banco para que se haga cargo de la parte financiera, y déjele a él el resto. No tiene que pagarle los honorarios hasta que regrese. En un año o algo por el estilo, cuando vuelva después de haber contemplado

todos los grandes templos, tendrá uno mejor aquí.

—Eso es lo que yo quería.

—Pero debe pensar en la forma de presentarlo al público; la consagración adecuada y la publicidad que corresponde.

—Claro... ¿Cómo? ¿Publicidad?

—Naturalmente. ¿Conoce usted algún acontecimiento que no sea acompañado de una buena campaña publicitaria? Si no la tiene, no puede tener mucho valor. Si descuida eso, será una absoluta falta de respeto.

—Es verdad.

—Bueno, para conseguir eso no debe permitir que los periodistas disipen su efecto inventando todos los días relatos prematuros. No haga públicos los dibujos del templo. Consérvelos en secreto. Dígale a Roark que usted quiere que se conserven en secreto. No se opondrá. El contratista debe levantar una sólida cerca alrededor del terreno mientras se esté edificando. Nadie debe saber cómo es hasta que usted vuelva y, en persona, presida la inauguración. Después..., ¡fotografías en todos los condenados diarios del país!

—¡Ellsworth!

—Le ruego que me perdone.

—La idea está bien. Así es como se obtuvo éxito con *La leyenda de la Virgen*, hace diez años, con noventa y siete personas.

—Sí, pero mientras tanto es necesario mantener el interés público. Consígase un buen agente de publicidad y dígale cómo quiere que se lleve el asunto. Yo le daré el nombre de uno excelente. Trate de que aparezca algo en los diarios, cada una o dos semanas, acerca del misterioso templo de Stoddard. Mantenga al público en suspenso, que esté siempre esperando. Cuando llegue el momento, estarán ya preparados.

—Está bien.

—Pero, sobre todo, que Roark no sepa que yo se lo recomendé. Que no se le escape una sola palabra con nadie, de que yo tengo algo que ver en esto. Con nadie. Júrelo.

—Pero ¿por qué?

—Porque tengo muchos amigos que son arquitectos y éste es un trabajo tan importante, que voy a herir muchos sentimientos y no lo quiero.

—Sí, es verdad.

—Júrelo.

—¡Oh, Ellsworth...!

—Júrelo, por la salvación de su alma.

—Lo juro. Por... eso.

—Está bien. Como usted no ha tratado nunca con arquitectos, y él es uno fuera de lo común, no debe cometer torpezas. De manera que dígame exactamente lo que yo voy a decirle. En primer término se negará a hacerlo diciéndole que no cree en Dios...

Al día siguiente, Toohey fue a la oficina de Dominique. Se acercó a la mesa y le dijo seriamente:

—¿Se acuerda de Hopton Stoddard y del templo a todas las creencias del cual habla desde hace seis años?

—Vagamente.

—Lo va a edificar y le da el trabajo a Roark.

—No puede ser.

—Sin embargo, es así.

—Caramba, es demasiado increíble... ¡No puede ser...! ¡Hopton!

—Hopton.

—Está bien. Voy a ver si lo puedo trabajar.

—No, déjelo. Yo le dije que se lo diese a Roark.

Estaba tranquilamente sentada, en la misma actitud que antes de oír aquellas palabras, pero la sonrisa se había ido de su rostro.

—Quería que usted supiese que he hecho esto para que después no se produzca ninguna contradicción en la

táctica. Nadie más lo sabe ni tiene que saberlo. Confío en que usted lo tendrá presente.

—¿Qué se propone? —le preguntó moviendo apenas sus labios apretados.

—Voy a hacerlo famoso —repuso Toohey.

Roark se sentó en la oficina de Hopton Stoddard y escuchó estupefacto. Hopton Stoddard hablaba lentamente; sus palabras eran graves, serias e impotentes, debido a que se había aprendido su discurso de memoria. Sus ojos de niño miraban a Roark suplicando buena voluntad. Siquiera por una vez, Roark se olvidó de la arquitectura y antepuso el elemento humano. Quería levantarse y salir de la oficina; no podía soportar al hombre, pero las palabras que oía lo retenían. Las palabras no armonizaban con la cara y con la voz del hombre.

—Ya ve usted, señor Roark. Aunque va a ser un edificio de carácter religioso, debe ser también algo más que eso. Usted sabe que lo llamaremos el templo al Espíritu Humano. Queremos captar en la piedra lo que otros captan en la música, no un credo estrecho, sino la esencia de toda la religión... ¿Y cuál es la esencia de la religión? La gran aspiración del espíritu humano hacia lo más alto, lo más noble, lo mejor. Al espíritu humano como creador y conquistador del ideal. La gran fuerza propulsora de la vida del universo. El heroico espíritu humano. Ésa es su misión, señor Roark.

Roark se restregó los ojos con el dorso de la mano, desesperadamente. No era posible. Simplemente, no era posible. No podía ser eso lo que el hombre quería, y menos aquel hombre. Resultaba terrible escuchar lo que estaba diciendo.

—Señor Stoddard, temo que usted se haya equivocado —dijo con voz lenta y cansada—. No creo que yo sea el hombre que usted quiere. No creo que estaría bien que yo lo realizase.

Se quedó asombrado al ver la expresión de alegría y de triunfo de Hopton Stoddard. Hopton Stoddard resplandecía de satisfacción al apreciar la clarividente sabiduría de Toohey. Continuó con renovada confianza y dijo firmemente, empleando por primera vez el tono de un anciano sabio y amablemente protector:

—Usted es un hombre profundamente religioso, señor Roark, a su manera. Basta con ver sus edificios.

Stoddard se preguntaba por qué Roark lo miraba tan fijamente.

—Es verdad —dijo Roark, casi con un susurro. Que tuviese que aprender de aquel hombre algo

acerca de sí mismo, acerca de sus edificios, de aquel hombre que lo había visto y conocido sin que él lo supiese; que aquel hombre le hablase con este aire de tolerante confianza que implicaba una comprensión completa, todo esto eliminó las dudas de Roark, quien se dijo a sí mismo que realmente no comprendía a la gente y que una impresión podía resultar engañosa.

XI

El edificio "Cosmo-Slotnick" fue inaugurado en el mes de diciembre con una imponente ceremonia. Había celebridades, herraduras de flores, cámaras cinematográficas, proyectores giratorios y tres horas de discursos, todos iguales.

"Tendría que sentirme feliz —se dijo Peter Keating y no lo soy." Observaba desde una ventana extensión de rostros que llenaban Broadway de una acera a la otra. Trató de entusiasmarse, pero no sentía nada. Debía reconocer que estaba aburrido, Pero sonreía, estrechaba

las manos y se dejaba fotografiar. El edificio "Cosmo-Slotnick" se erguía en la calle pesadamente, como una inmensa y blanca vulgaridad.

Después de la ceremonia, Ellsworth Toohey lo llevó al retiro de un compartimiento color de orquídea pálida, en un restaurante tranquilo y caro. Muchas fiestas brillantes se hicieron en honor de la apertura, pero Keating aceptó el ofrecimiento de Toohey, declinando las otras invitaciones. Toohey lo observaba cuando tomaba su vaso y se hundía en el asiento.

—¿No es grande esto? —dijo Toohey—. Esto, Peter, es la culminación de lo que usted puede esperar de la vida.

Levantó delicadamente su copa y brindó por nuevos triunfos como aquél.

—Gracias —dijo Keating acercando a sus labios la copa, apresuradamente, sin mirar.

—¿No se siente orgulloso, Peter?

—Sí, sí; desde luego.

—Es una lástima que no esté casado, Peter. Una esposa hubiera sido de lo más decorativo esta noche. Resulta bien en el público y también con los artistas de cine.

—Katie no sale bien en las fotos.

—¡Ah, es verdad que usted está prometido con Katie! ¡Qué estúpido soy! Lo había olvidado. Tampoco, por mi vida, puedo imaginar que Katie sea muy efectiva en una reunión social. Hay muchos adjetivos hermosos que uno puede emplear para referirse a Katie, pero "equilibrada" y "distinguida" no están entre ellos. Debe perdonarme, Peter. He dado rienda suelta a mi imaginación. Tratando tanto con el arte, como me ocurre a mí, soy propenso a ver las cosas puramente, desde el punto de vista de la aptitud artística. Y viéndolo a usted esta noche, no puedo dejar de pensar en la mujer que habría constituido un cuadro perfecto a

su lado.

—¿Quién?

—No se preocupe por lo que digo. Se trata tan sólo de imaginación estética. La vida no es nunca tan perfecta. La gente lo envidia demasiado para que usted agregue "esto" a las demás obras.

—¿Quién?

—Olvidelo, Peter. Usted no la puede conseguir. Nadie la puede conseguir. Usted es capaz, pero no lo bastante como para eso.

—¿Quién?

—Dominique Françon, desde luego.

Keating se sobresaltó y Toohey vio en sus ojos fastidio, rebelión y verdadera hostilidad. Toohey sostuvo su mirada con toda tranquilidad. Fue Keating el que cedió, se arrellanó en el sillón y dijo, suplicante:

—Por Dios, Ellsworth, yo no la quiero.

—Nunca pensé que usted pudiera amarla, pero no olvido la importancia exagerada que da el hombre común al amor..., al amor sexual.

—Yo no soy un nombre común —dijo Keating, fastidiado.

Era una protesta automática, sin ardor.

—Levántese, Peter. No parece un héroe, hundido de esa manera en el sillón.

Keating se incorporó malhumorado.

—Siempre me di cuenta de que usted quería que me casase con Dominique. ¿Por qué? ¿Qué interés tiene?

—Usted se contesta sus propias preguntas. ¿Qué podría interesarme a mí? Pero hablemos de amor. El amor sexual, Peter, es una emoción egoísta, y las emociones egoístas no son las que conducen a la felicidad. ¿No es así? Tome, por ejemplo, esta noche. Ha sido una noche como para hinchar a un corazón egoísta. ¿Ha sido dichoso? No se moleste, querido; la respuesta no es necesaria. La cuestión que quiero

señalar es, solamente, que uno debe desconfiar de sus impulsos más personales. ¡Lo que uno desea es, en realidad, de tan poca importancia! Uno no puede encontrar felicidad hasta que no se da cuenta de esto. Piense por un momento en esta noche. Usted, mi querido Peter, era la persona más importante que había allí. Como debía ser. No es el hacedor el que cuenta, sino aquellos para quienes se hacen las cosas. Pero nosotros no podíamos aceptar eso... y así usted no sintió el gran júbilo que debió ser suyo.

—Es verdad —susurró Keating—. A ningún otro se lo habría confesado.

—Usted malogró el orgullo magnífico del altruista absoluto. Solamente cuando aprenda a negar su yo, en forma total, cuando aprenda a divertirse con sentimentalismos fútiles tales como sus impulsos sexuales, entonces podrá realizar la grandeza que le espera.

Ellsworth..., ¿cree eso de mí? ¿Lo cree realmente?

—De lo contrario, no estaría sentado aquí. Pero volvamos al amor. El amor a una persona es un gran mal, Peter, como todas las cosas personales. Y siempre conduce a la miseria. ¿No se da cuenta por qué? El amor personal es un acto de discriminación, de preferencia. Es un acto de injusticia hacia cada ser humano que está en la tierra y a quien usted le roba el afecto para concedérselo arbitrariamente a otro. Usted debe amar a todos los seres por igual, pero no puede realizar una acción tan noble si no mata su egoísmo por las cosas pequeñas. Son viciosas y fútiles..., puesto que contradicen la primera ley cósmica, la igualdad fundamental de todos los hombres.

—¿Quiere decir —arguyó Keating súbitamente interesado— que... desde un punto de vista filosófico, profundo, vale decir, todos los hombres somos iguales? ¿Todos?

—Naturalmente —replicó Toohey.

Keating se asombró de que el pensamiento le fuera tan ardientemente agradable. No pensaba que eso lo hacía igual al pobre carterista que se hallaba entre la multitud reunida aquella noche para celebrar la inauguración del edificio; se le ocurrió vagamente, y lo dejó despreocupado, aunque contradecía la apasionada búsqueda de la superioridad que lo había empujado toda la vida. La contradicción no tenía importancia, no pensaba en eso, aquella noche; tampoco pensaba en la multitud, pensaba en una persona que no había asistido.

—Usted sabe, Ellsworth —dijo inclinándose hacia delante, feliz en su incomodidad—, que yo..., yo prefería conversar con usted a cualquier otra cosa. Tenía muchos lugares donde ir esta noche..., pero soy mucho más dichoso estando con usted aquí. Algunas veces me pregunto qué hubiera sido de mí sin usted.

—Así es como debe ser, y si no ¿para qué sirven los amigos?

El baile anual de los Artistas constituyó aquel invierno un acontecimiento de mayor brillo y originalidad que de costumbre. Athelstan Beasley, el principal animador, tuvo lo que se podría llamar un chispazo de genio: invitó a los arquitectos a que fueran disfrazados de sus mejores edificios.

Peter Keating fue el astro de la noche. Estaba maravilloso de edificio "Cosmo-Slotnick".

Una réplica exacta, en cartón piedra, de la famosa construcción lo cubría de la cabeza a los pies; no se podía ver su cara, pero sus brillantes ojos espiaban detrás de las ventanas del piso más alto y la pirámide que coronaba el techo se levantaba sobre su cabeza; la columnata le quedaba a la altura del diafragma y él sacaba un dedo por el pórtico de la gran puerta de

entrada. Sus piernas se movían libremente, con su acostumbrada elegancia, cubiertas con perfectos pantalones y zapatos de charol.

Guy Françon causaba impresión como edificio del "Banco Nacional Frink", aunque la construcción parecía un poco más agachada que en el original, para permitir el vientre de Françon; la antorcha de Adriano sobre su cabeza tenía una bombilla de luz eléctrica verdadera que se encendía por medio de una batería en miniatura. Ralston Holcombe estaba magnífico como Capitolio, y Gordon L. Prescott resultaba muy masculino vestido de elevador de granos. Eugene Pettingill andaba con sus viejas piernas arrugadas, pequeño y encorvado, disfrazado de "Hotel Park Avenue"; a través de sus gafas de carey espiaba bajo la torre majestuosa. Dos chistosos se trabaron en duelo, golpeándose los respectivos vientres con conocidas torres, que representaban los grandes hitos de la ciudad que dan la bienvenida a los barcos que se acercan por el océano. Todo el mundo se divirtió.

Muchos de los arquitectos, Athelstan en particular, comentaban con resentimiento el hecho de que Howard Roark hubiera sido invitado y no hubiese asistido. Esperaban que fuera vestido de "Casa Enright".

Dominique se detuvo en el vestíbulo y se quedó mirando la inscripción de la puerta: "Howard Roark, arquitecto."

No conocía su estudio. Se había esforzado durante mucho tiempo para no ir allí, pero quería ver el lugar donde trabajaba.

En la antesala, la secretaria se asustó cuando Dominique dio su nombre, pero la anunció.

—Pase, señorita Françon —le dijo.

Roark sonrió cuando la vio entrar, con una débil sonrisa sin sorpresa.

—Sabía que vendrías algún día. ¿Quieres que te muestre la oficina?

Ella le preguntó:

—¿Qué es eso?

Tenía las manos sucias de arcilla. Sobre una larga mesa, entre un montón de bosquejos sin terminar, estaba el modelo en arcilla de un edificio. Era un estudio rústico de ángulos y terrazas.

—¿El "Aquitania"? —preguntó. Él asintió con la cabeza.

—¿Siempre haces eso?

—No, no siempre. Algunas veces. Aquí hay un problema difícil. Me gusta entretenerme con eso durante un rato. Probablemente será mi edificio favorito. ¡Es tan difícil!

—Continúa con tu trabajo. Quiero verte trabajar. ¿Tienes inconveniente?

—De ningún modo.

En seguida olvidó su presencia. Ella se sentó en un rincón, observando sus manos. Vio cómo modelaban las paredes. Vio cómo destruían una parte de la construcción para empezarla de nuevo, lenta, pacientemente, con seguridad extraña, aun en su vacilación. Vio cómo la palma de la mano suavizaba un plano largo y estrecho, vio aparecer un ángulo en el movimiento de su mano antes de verlo en la arcilla.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Los edificios de la ciudad, allá abajo, no parecían más grandes que el modelo de la mesa. Tenía la impresión de que podía ver las manos de Roark dando forma a los ángulos malogrados, a los techos de todos los edificios que se extendían allá abajo, haciéndolos pedazos y rehaciéndolos nuevamente.

En los primeros días de enero, mientras las primeras columnas de acero se elevaban desde las excavaciones que debían ser el edificio "Cord" y el "Hotel Aquitania",

Roark trabajaba en los proyectos del Templo.

Cuando los primeros bosquejos estuvieron terminados, le dijo a su secretaria:

—Búsqueme a Steven Mallory.

—¿Mallory, señor Roark? ¿Quién...? ¡Ah, sí, el escultor que disparó el tiro!

—¿El qué?

—El que le disparó un tiro a Ellsworth Toohey, ¿no?

—¿Disparó contra él? ¡Ah, es cierto!

—¿Es ése el que usted quiere, señor Roark?

—El mismo.

Durante dos días la secretaria telefoneó a comerciantes de artículos de arte, a galerías, a arquitectos, a los diarios. Nadie le podía decir qué había sido de Steven Mallory ni dónde se le podía encontrar. Al tercer día le informó a Roark:

—He encontrado una dirección; es en Village. Me han dicho que acaso viva allí, pero no tiene teléfono.

Roark le dictó una carta en la que le pedía a Mallory que le telefonease a su oficina. La carta no fue devuelta, pero pasó una semana sin contestación. Después Steven Mallory telefoneó.

—¡Hola! —dijo Roark cuando la secretaria le pasó la comunicación.

—Habla Steven Mallory —dijo una voz joven, dura. Hablaba dejando un silencio impaciente, belicoso después de las palabras.

—Me gustaría verle, señor Mallory. ¿Podemos concertar una entrevista en mi oficina?

—¿Para qué quiere verme?

—Por un trabajo, se entiende. Quiero que usted haga un trabajo para un edificio que construyo.

Hubo un largo silencio.

—Está bien —dijo Mallory, con voz que parecía terminar. Y agregó—: ¿Qué edificio?

—El templo de Stoddard, usted habrá oído...

—Sí, he oído que usted lo hace. ¿Quién no lo ha oído? ¿Me pagará tanto como le paga a su agente de publicidad?

—No pago a ningún agente de publicidad, pero le pagaré a usted lo que pida.

Usted sabe que no puede ser mucho. ¿Cuándo le sería cómodo venir aquí?

—Dígalo usted. Ya sabe que yo no trabajo.

—Mañana a las dos de la tarde.

Está bien. —Y agregó—: Me gusta su voz.

Roark se rió.

Me gusta la suya. Corte, y esté aquí mañana a las dos

—De acuerdo. —Mallory colgó.

Roark dejó caer el receptor con una risa burlona, pero la mueca desapareció pronto y se quedó mirando al teléfono con rostro grave.

Mallory no acudió a la cita. Pasaron tres días sin una palabra de parte de él. Después Roark en persona fue a buscarle.

La casa donde vivía Mallory era un edificio arruinado, de color negruzco, que estaba en una oscura calle que olía a pescado. En la planta baja, a cada lado de la angosta entrada, había un lavadero y un taller de zapatería.

Una mujer desaliñada le dijo:

—¿Mallory? En el quinto piso, atrás.

Roark subió la escalera de madera, hundida, iluminada por lamparillas colocadas entre una maraña de caños. Golpeó en una puerta mugrienta.

La puerta se abrió. Un joven flaco apareció en el umbral. Tenía el cabello desgreñado, la boca vigorosa, con el labio inferior chato y los ojos más expresivos que Roark jamás había visto.

—¿Qué desea? —dijo en voz alta.

—¿El señor Mallory?

—Sí.

—Soy Howard Roark.

Mallory se rió, apoyándose en el marco de la puerta, con un brazo extendido, sin intención de apartarse. Estaba evidentemente borracho.

—¡Caramba, caramba! En persona.

—¿Puedo entrar?

—¿Para qué?

Roark se sentó en la escalera.

—¿Por qué no fue a la cita?

—¿La cita? ¡Ah, sí! Caramba, le diré. —Mallory habló gravemente—. Fue así: Pensaba ir, en realidad; lo pensé, en realidad, y salí para su oficina, pero en el camino encontré un cine donde, hacían *Dos cabezas en una almohada* y entré. Yo quería ver *Dos cabezas en una almohada*. —Hizo una mueca, combándose hacia su brazo extendido.

—Mejor sería que me hiciera pasar.

—¡Qué diablos! Entre.

La habitación era un angosto agujero. Había una cama desarreglada en un rincón, un montón de diarios y de ropa vieja, una cocina de gas, un cuadro con un paisaje, de los que se venden a cinco y diez centavos, que representaba un prado medio seco, con ovejas. No había dibujos ni esculturas, ni indicio alguno de la profesión del ocupante.

Roark retiró algunos libros y una cacerola de la única silla que había, y se sentó. Mallory quedó de pie, delante de él, sonriéndole y balanceándose.

Lo está haciendo mal —dijo Mallory—. No es ésa la manera de proceder. Tiene que tener una gran necesidad para andar corriendo detrás de un escultor. La manera de proceder es la siguiente: me hace ir a su oficina, y la primera vez que voy usted no está. La segunda vez me hace esperar una hora y media, después aparece en la antesala, me da la mano y me pregunta si conozco a los

Wilson de Podunk y agrega que es agradable que tengamos amigos comunes, pero ese día usted tiene mucha prisa y me telefoneará para que comamos juntos y hablemos del asunto. Después deja estos dos meses, y al fin me da el trabajo. Entonces me dice que no soy capaz y que no hay ninguno bueno, y arroja el proyecto a la papelera. Luego contrata a Valerian Bronson, y él le hace la obra. Ésa es la manera de proceder. Ésta es la única vez que no lo ha sido.

Sus ojos estudiaban a Roark con atención y tuvieron la certeza de que se trataba de un verdadero profesional. A medida que hablaba su voz iba perdiendo la fanfarrona alegría, terminando en una insipidez agónica en las frases finales.

—No, esta vez no será así —dijo Roark. El muchacho se quedó mirándole en silencio.

—¿Usted es Howard Roark? —preguntó—. Me gustan sus edificios. Ésa es la causa por la cual no quise conocerle. Así no me pondría malo cada vez que los contemplo. Quería creer que habían sido hechos por alguien que armonizara con ellos.

—¿Y yo no armonizo?

—No.

Pero se sentó al borde de la cama desordenada. Su mirada era como una escala sensitiva que consideraba los rasgos de Roark, impertinente en su franco trabajo de valoración.

—Escuche —dijo Roark, hablando con claridad y cuidado—. Quiero que usted haga una estatua para el templo de Stoddard. Déme un pedazo de papel y ahora mismo haré un contrato que establezca que le deberé pagar un millón de dólares por daños y perjuicios si contrato a otro escultor o si su trabajo no es aceptado.

—Puede hablar con sensatez, que no estoy borracho. Le entiendo muy bien.

—¿Y bien?

—¿Por qué me eligió a mí?
—Porque es un buen escultor.
—Eso no es verdad.
—¿Que usted es bueno?
—No, que ésta sea la razón. ¿Quién le aconsejó que me eligiera?
—Nadie.
—¿Alguna mujer?
—No.
—¿Está limitado por el presupuesto?
—No, el presupuesto es ilimitado.
—¿Siente lástima por mí?
—No, ¿por qué habría de sentirla?
—¿Quiere obtener publicidad con el asunto del disparo a Toohey?
—¡Dios mío, no!
—Entonces, ¿qué?
—¿Por qué dice tantas tonterías en lugar de buscar razones más simples?
—¿Cuáles?
—Que a mí me gusta su trabajo.
—Seguramente. Eso es lo que dicen todos. Eso es todo lo que esperamos decir y creer. Imagínese lo que ocurriría si alguien creyera eso. Conque ¿a usted le gusta mi trabajo? ¿Cuál es la razón verdadera?
—Me gusta su trabajo.
—Quiere decir que ha visto las cosas que he hecho y le gustan... a usted..., a usted solo..., sin que nadie le haya dicho que deberían gustarle o por qué le deberían gustar... y decidió que me necesitaba, por esa razón, solamente por esa razón, y sin conocer nada de mí, ni importarle un comino, solamente porque las cosas que yo he hecho y... y que usted vio en ellas..., solamente por eso se decidió a requerir mis servicios y se molestó en buscarme y venir aquí y ser insultado, sólo porque "vio", y lo que vio, me dio importancia a sus ojos e hizo

que me buscase. ¿Eso es lo que quiere decir?

—Eso exactamente.

Cuando Mallory abrió mucho los ojos, causaba pavor. Después meneó la cabeza y dijo sencillamente, como hablándose a sí mismo:

—No.

Se inclinó hacia delante. Su voz parecía desfalleciente y suplicante.

—Escúcheme, señor Roark. No quiero disgustarle. Yo quiero saber. Está bien, ya veo que quiere que trabaje con usted, y sabe que puede conseguir mi trabajo por cualquier cosa, sin necesidad de firmar un contrato por un millón de dólares: mire esto. Sabe que me tiene agarrado; de manera que, ¿por qué no quiere decirme la verdad? Para usted no habría ningún inconveniente y para mí sería muy importante.

—¿Qué es muy importante para usted?

—No a... no a... ¡Mire, no creí que nadie me necesitara ya! Pero usted me requiere. Se lo repito otra vez. Sólo que no quiero pensar que trabajo para alguien que... que aprecia mi trabajo. Eso no podría soportarlo. Preferiría que dijese la verdad. Me sentiría más tranquilo. ¿Por qué tiene que fingir conmigo? Yo no soy nada. No disminuiré la opinión que tengo de usted, si eso es lo que teme. ¿No ve? Es mucho más honrado decirme la verdad. Entonces será simple y honrado. Lo respetaré más. De verdad que lo respetaré más.

—¿Qué le pasa, muchacho? ¿Qué le han hecho? ¿Por qué dice semejantes cosas?

—Porque... —Mallory rugió de súbito y su voz se quebró, e inclinando la cabeza, terminó con un murmullo—: porque he pasado dos años —su mano indicaba la habitación—; así es como los he pasado, tratando de acostumbrarme al hecho de que no existe lo que ahora usted me está diciendo.

—Usted es tonto de remate. No tiene que

preocuparse por lo que yo piense, por lo que sea o por qué estoy aquí. Usted es demasiado capaz para hacerlo. Pero, si quiere saberlo, le diré que es el mejor escultor que tenemos. Lo creo así, porque sus esculturas no son lo que son los hombres, sino lo que podrían y deberían ser. Porque usted ha ido más allá de lo probable y nos ha hecho ver lo que es posible. Porque sus esculturas están más desprovistas de desprecio por la Humanidad que cualquier otra obra que yo haya visto. Porque usted tiene un magnífico respeto por el ser humano. Porque sus esculturas representan lo heroico que hay en el hombre. De manera que no he venido a hacerle un favor. Vine por una razón muy sencilla y egoísta, la misma razón que hace que un hombre elija el mejor alimento que pueda encontrar . Es una ley de supervivencia, ¿no? Buscar lo mejor. No he venido por su bien, sino por el mío.

Mallory se separó de él y se arrojó boca abajo en la cama, con los puños apoyados en las sienes. Los leves temblores de los hombros demostraban que estaba sollozando. La camisa y los puños, que se retorcían lentamente, se sepultaban en la almohada. Roark se dio cuenta de que contemplaba a un hombre que nunca había llorado. Se sentó a su lado, en la cama, y no pudo separar sus ojos de las muñecas que se retorcían, aunque era difícil soportar el espectáculo.

Después de un momento, Mallory se levantó. Contempló a Roark y vio el rostro más sereno y más amable, un rostro sin ningún rasgo de piedad. No tenía el aspecto de un hombre que observaba la agonía de otro con un placer secreto, orgulloso de ver un mendigo que implora su compasión; no tenía el aspecto del alma hambrienta que se alimenta de la humillación de los otros.

La cara de Roark parecía cansada, las sienes hundidas como si hubiese afrontado una lucha, pero sus

ojos estaban serenos y miraban a Mallory tranquilamente con una mirada severa, de limpia comprensión y de respeto.

—Descanse ahora —dijo Roark—. Descanse un rato.

—¿Cómo lo dejaron sobrevivir a usted?

—Échese y descanse. Después conversaremos. Mallory se levantó. Roark lo asió por los hombros y lo obligó a arrojarse en la cama. Le levantó las piernas para acomodarlo y le colocó la cabeza en la almohada. El muchacho no se resistió.

Al retroceder, Roark rozó con una mesa cargada con diversos objetos. Uno sonó en el suelo. Mallory saltó, tratando de cogerlo el primero, pero Roark se interpuso, con sus brazos, y lo recogió.

Era una pequeña placa de yeso, de esas baratas que se venden en los establecimientos de artículos para regalo. Representaba un nene echado boca abajo, con hoyuelos en las nalgas, atisbando por encima del hombro. La estructura de los músculos mostraba, en pocas líneas, un magnífico talento que no se podía ocultar, que sobresalía valientemente sobre el resto: el resto constituía una intención deliberada de ser vulgar y trillado, un esfuerzo chapucero que no convencía y torturaba. Era un objeto que pertenecía a una cámara de horrores.

Mallory advirtió que a Roark le empezó a temblar la mano. Después la mano de Roark empezó a acariciar su cabeza, como si juntase el aire que había en la curva que formaba con el codo; fue nada más que un relámpago, pero pareció que durase varios minutos. El brazo quedó levantado, firme, inmóvil; después lo lanzó hacia delante y arrojó la placa, que se rompió en pedazos contra la pared. Fue la única vez que alguien había visto muy enojado a Roark.

—Roark.

—¿Qué?

—Roark, hubiera deseado conocerle antes que usted tuviese trabajo que darme. —Habló sin expresión, con la cabeza en la almohada y los ojos cerrados—. De esa manera no habría ningún motivo mezclado. Porque le estoy muy agradecido. No porque me haya dado un trabajo, ni porque haya venido aquí, ni porque cualquier cosa que pudiera hacer por mí, solamente por lo que es usted.

Estaba inmóvil, derecho y desganado como un hombre que ya hubiese pasado la etapa del sufrimiento. Roark se quedó junto a la ventana, contemplando la habitación deshecha y al muchacho que estaba en el lecho. Se preguntó a sí mismo por qué tenía la impresión de que estaba esperando algo. Estaba esperando que ocurriera una explosión en sus cabezas. Aquello carecía de sentido, como después lo comprendió. De esa manera es como sienten los hombres atrapados en un boquete de granadas; aquella estancia no era una consecuencia de la pobreza, era el rastro de una guerra; era la devastación producida por los explosivos más depravados que alguien hubiera almacenado por los arsenales de la tierra. ¿Una guerra... contra...? El enemigo no tenía nombre ni rostro, pero aquel muchacho era un soldado herido en la batalla y Roark estaba junto a él, sintiendo algo nuevo y extraño, un deseo de levantarlo en sus brazos y ponerle a salvo... Sólo que el invierno y la seguridad no tenían límites conocidos. Se quedó pensando en Kent Lansing; trataba de recordar algo que Kent Lansing le había dicho...

Mallory abrió los ojos y se irguió apoyándose en los codos. Roark aproximó la silla a la cama y se sentó.

Ahora, hable. Dígame todo lo que quiera. No me diga nada de su familia, de su infancia, de sus amigos o de sus sentimientos. Hábleme de las cosas que usted "piensa".

Y se quedó horas escuchando, mientras Mallory hablaba de su obra, de los pensamientos que conformaban su vida. Habló con avidez, como un hombre que ha estado a punto de ahogarse y, arrojado a la costa, se emborracha con inmensas y limpias bocanadas de aire.

Mallory fue a la oficina de Roark a la mañana siguiente y Roark le mostró los bosquejos del templo. Cuando estaba junto a la mesa de dibujar, para considerar un problema, Mallory cambiaba por completo. Ya no había incertidumbre en él ni reminiscencias de su dolor. Su ademán al coger el dibujo era seguro y hábil como el de un soldado que cumple una consigna. Era un ademán que significaba que nada de lo que le hubiesen hecho podría alterar lo que había en su interior y que ahora era llamado a la realización. Tenía una confianza impersonal inexorable, se enfrentaba con Roark como un igual.

Estudió los dibujos durante largo rato; después levantó la cabeza. Todo su rostro estaba tranquilo, menos sus ojos.

—¿Le gusta? —dijo Roark.

—No emplee palabras estúpidas.

Con uno de los dibujos en la mano se encaminó a la ventana; miraba el bosquejo y miraba a la calle, a la cara de Roark y nuevamente el bosquejo.

—No me parece posible —dijo—. Ni esto... ni eso.
—Y agitaba el dibujo en dirección a la calle.

Había un billar en una esquina; una casa de pisos con un pórtico corintio; un cartel anunciador de un concierto en Broadway; una cuerda con ropa interior de color gris rosado flotando en un tejado.

—Ni en la ciudad ni en la misma tierra —dijo Mallory—, pero usted ha hecho que exista. Es posible... No volveré a tener miedo.

—¿De qué?

Mallory puso el bosquejo sobre la mesa con cuidado.

—Usted dijo ayer —contestó— algo acerca de la primera ley. Hay una ley que exige que el hombre busque lo mejor... ¡Qué curioso...! El genio desconocido de una vieja historia. ¿Ha pensado alguna vez en una historia peor, la del genio demasiado conocido? No es nada que unos pobres tontos no puedan ver lo mejor, uno no debe enfurecerse por esto, pero ¿comprende a los hombres que lo "ven" y "no lo quieren"?

—No.

—No, usted no podría verlo. Pasé toda la noche pensando en usted. No dormí nada. ¿Sabe cuál es su secreto? Es su enorme inocencia.

Roark al mirar aquel rostro juvenil, se sintió fuerte.

—No —dijo Mallory—, no es curioso. Se lo que estoy diciendo y usted no. Usted no puede saberlo. Es a causa de su perfecta salud. Usted es tan sano que no puede concebir la enfermedad. Usted lo sabe, pero no puede, realmente, creerlo. Yo sí. Yo soy más entendido que usted en algunas cosas, porque soy más débil. Yo comprendo... el otro lado. Esto es lo que hizo que yo... lo que vio usted ayer.

—Eso ya ha pasado.

—Quizá, pero no del todo. Ya no tengo miedo, pero sé que existe el terror. Sé qué clase de terror es, pero usted no puede concebirlo. Escuche, ¿cuál es la experiencia más horrible que usted puede imaginar? Para mí es encontrarme abandonado inerme en una celda cerrada, con algún raro animal de rapiña o con un maniático que ha tenido alguna enfermedad que le haya comido su cerebro. Uno no tendría nada más que la voz, la voz y el pensamiento.

—¿Por qué trató de matar a Ellsworth Toohey? — Miró al muchacho a los ojos y agregó—: No me lo diga si no quiere hablar de eso.

—No me gusta hablar de eso —repuso Mallory, con

voz cerrada—. Pero es justa su pregunta.

—Siéntese, hablemos de su trabajo.

Mallory escuchó atentamente, mientras Roark habló del edificio y de lo que quería del escultor.

—Habrá una sola escultura allí —y señaló el bosquejo—. Alrededor todo está edificado. La estatua es una mujer desnuda. Si comprende el edificio, comprenderá lo que debe ser la figura. El espíritu humano. Lo heroico del hombre. La aspiración y la realización, ambos. Elevado en esa búsqueda y exultante por su propia esencia. Buscando a Dios y encontrándose a sí mismo. Mostrando que no se puede llegar mas allá de su propia forma... Usted es el único que la puede hacer

—Sí.

Trabjará como trabajo yo para mis clientes. Usted sabe lo que quiero..., el resto es cuestión suya. Hágalo de la manera que le guste. Me gustaría sugerirle el modelo; pero, si no se adapta a su propósito, elija el que prefiere.

—¿A quién ha elegido?

—A Dominique Françon.

—¡Oh, Dios mío!

—¿La conoce?

—La he visto. Si la pudiese tener... ¡Cristo! No hay otra mujer que vaya tan bien... —Entonces se detuvo. Y agregó con voz contraída—: Ella no accederá, con toda seguridad.

—Accederá.

Guy Françon trató de oponerse cuando lo supo.

—Escucha, Dominique, hay un límite —dijo enojado—. Existe realmente un límite, hasta para ti. ¿"Por qué" lo haces? ¡Y nada menos que para un edificio de Roark! Después de lo que has dicho y hecho contra él, ¿te asombras que la gente charle? Nadie se hubiera preocupado ni lo notaría, si fuese para otro.

Pero ¡tú... y Roark! No puedo ir a ninguna parte sin que alguien me lo pregunte. ¿Qué tengo que hacer?

—Manda hacer una reproducción de la estatua para ti mismo, papá. Será magnífica.

Peter Keating no quiso discutirlo, pero encontró a Dominique en una fiesta y le preguntó, a pesar de que pensaba no preguntarle:

—¿Es cierto que usted está posando para una estatua del templo que hace Roark?

—Sí.

—No me gusta, Dominique.

—¿No?

—¡Oh, lo siento! Sé que no tengo ningún derecho... Solamente... solamente que puede ser amiga de cualquier persona, pero no quiero que sea amiga de Roark. Con Roark no, con cualquiera menos con él.

—¿Por qué?

—No sé. —La mirada de ella, estudiándolo con curiosidad, le preocupó—. Quizá —musitó—, quizá sea porque nunca me ha parecido justo que usted tenga tal desprecio por su trabajo. Me hizo muy feliz que usted hubiese..., pero nunca me pareció justo en usted.

—¿No, Peter?

—No. Pero a usted no le gusta el como persona, ¿no?

—No, no me gusta como persona.

Ellsworth Toohey se disgustó.

—Ha sido lo más imprudente que ha hecho, Dominique —dijo en la reserva de su oficina. Su voz no era suave.

—Lo sé.

—¿No puede cambiar de opinión y rehusar?

—No quiero cambiar de opinión, Ellsworth.

Toohey se sentó y se encogió de hombros; después de un momento se sonrió.

—Está bien, querida, haga lo que quiera.

Hizo correr el lápiz sobre unos ejemplares de diarios y no contestó nada.

Toohey encendió un cigarrillo.

—¿De manera que eligió a Steven Mallory para la estatua?

—Sí. Curiosa coincidencia, ¿verdad?

—No es una coincidencia, de ningún modo. Cosas así nunca son coincidencias. Hay una ley básica detrás de todo esto. Aunque estoy seguro de que él no la conoce y de que nadie le ayudará a descubrirla.

—Creí que usted lo iba a aprobar.

—De todo corazón. Todo va muy bien. Mejor que nunca.

—Ellsworth, ¿por qué trató de matarlo Mallory?

—No tengo la más mínima idea. No sé. Creo que el señor Roark lo sabe o lo sabrá. A propósito, ¿quién la eligió para servir de modelo para la estatua? ¿Roark o Mallory?

—Esos no son asuntos suyos, Ellsworth.

—Ya veo: Roark.

—A propósito, le dije a Roark que fue usted quien le aconsejó a Hopton Stoddard que le encargase el proyecto.

Quedó con el cigarrillo, indeciso, lo sacudió y se lo llevó a la boca.

—¿Se lo dijo? ¿Por qué?

—Vi los planos del templo.

—¿Son buenos?

—Más que buenos, Ellsworth.

—¿Qué le dijo cuando se lo contó?

—Nada. Se rió.

¿Se rió? ¡Qué simpático! Me atrevo a decir que mucha gente se unirá a él cuando pase algún tiempo.

Durante los meses de aquel invierno rara vez durmió Roark más de tres horas por noche. Una nerviosidad cortante acompañaba todos sus movimientos, y su

cuerpo parecía transmitir energía a todo lo que le rodeaba. La energía corría por las paredes de la oficina dirigiéndose a tres puntos de la ciudad: al "Edificio Cord", en el centro de Manhattan, una torre de acero y de vidrio; al "Hotel Aquitania", al sur del Central Park, y al templo sobre una roca en el Hudson, hacia el norte de Riverside Drive.

Cuando tenían tiempo de verse, Austen Heller lo esperaba, feliz y contento.

—Cuando los tres estén terminados, Howard —le dijo—, ya nadie lo podrá detener. Nunca más. Calculo a veces hasta dónde puede llegar usted. Ya sabe que siempre he tenido debilidad por la astronomía.

Una noche de marzo Roark estaba dentro del alto cerco que había sido erigido alrededor del templo, de acuerdo con las instrucciones de Stoddard. Los primeros bloques de piedra, la base de las futuras paredes, se levantaban ya sobre el suelo. Era tarde y los obreros ya habían salido. El lugar estaba desierto, separado del mundo, disuelto en la oscuridad; pero el cielo brillaba demasiado luminoso para la oscuridad que había debajo, como si la luz se hubiese detenido, pasada la hora normal, anunciando la primavera que llegaba. La sirena de un barco sonó junto al río y el sonido parecía proceder de un campo lejano, situado a muchas millas de silencio. Una luz ardía todavía en la barraca de madera construida para servir de estudio a Steven Mallory, donde posaba Dominique. El templo iba a ser un pequeño edificio de piedra caliza gris. Sus líneas eran horizontales, no se dirigían al cielo, seguían las líneas de la tierra. Se extendía sobre el suelo como brazos abiertos a la altura de los hombros, las palmas hacia abajo, en una grande y silenciosa aceptación. No se adhería al suelo y no se agachaba bajo el cielo. Parecía que levantara a la tierra y que sus flechas verticales atrajesen el cielo hacia abajo. Era

proporcionado a la altura humana, de tal manera que no empequeñecería al hombre, más bien se erguía como un escenario que hacía de la figura humana la única absoluta, la regla de perfección según la cual todas las dimensiones debían ser juzgadas. Cuando un hombre entrara en el templo, sentiría que el espacio moldeado en torno suyo era para él, como si hubiese esperado su entrada para completarse. Era un lugar alegre, con la alegría de la exaltación, que debe ser serena. Era un lugar donde uno iría a sentirse puro y fuerte, a buscar la paz del espíritu que no es concedida nunca más que por la propia gloria.

No había ornamentación interna, excepto las amplias ventanas. El lugar no estaba cerrado bajo bóvedas, sino totalmente abierto a la tierra que lo circundaba, a los árboles, al río, al sol y a los rascacielos de la ciudad, formas de las proezas del hombre sobre la tierra. Al final del recinto, frente a la entrada, con unidad como fondo, se erguía la estatua de un cuerpo humano desnudo.

Delante no había nada en la oscuridad, salvo las primeras piedras, pero Roark pensaba en el edificio cuando estuviese terminado, sintiéndolo en la juntura de los dedos, recordando todavía el movimiento del lápiz que lo había dibujado. Se quedó pensando en esto. Después caminó por la tierra removida hacia el estudio.

—Un momento —dijo la voz de Mallory cuando él llamó.

Entretanto, en el interior, Dominique descendió de la tarima y se cubrió el cuerpo con un manto. Después Mallory abrió la puerta.

—¡Ah!, ¿es usted? —dijo—. Creíamos que era el sereno. ¿Qué hace por aquí tan tarde?

—Buenas noches, señorita Françon —dijo Roark, y ella inclinó la cabeza lacónicamente.

—Lamento interrumpirle, Steven.

—¿Está bien? No hemos progresado mucho. Dominique no puede comprender lo que yo quiero esta noche Siéntese, Howard. ¿Qué hora es?

—Las nueve y media. Si se van a quedar más tiempo les mandaré comida.

—No se, ¿tiene un cigarrillo?

—La habitación tenía piso de madera sin pintar, cabríos de madera desnuda, una estufa de hierro fundido brillando en un rincón. Mallory se movía como un mesonero feudal con raspaduras de arcilla en la frente. Fumaba nerviosamente, andando de aquí para allá.

—¿Quiere vestirse, Dominique? No creo que hagamos mucho más esta noche. —Ella no contestó. Se quedó mirando a Roark. Mallory llegó al extremo de la habitación, y sonrió a Roark—. ¿Por qué no vino antes? Claro que si yo hubiese estado muy ocupado lo hubiera echado. Pero, a propósito, ¿qué hace usted a esta hora?

—Se me ocurrió ver el sitio esta noche. No pude venir más temprano.

—¿Es esto lo que usted quiere, Steven? —preguntó de pronto Dominique. Se quitó el manto y se dirigió desnuda a la tarima. Mallory dirigió su mirada de ella a Roark y de Roark a ella. Entonces Steven vio aquello por lo cual había estado luchando todo el día. Vio su cuerpo, erecto y tenso, la cabeza hacia atrás, los brazos a los lados, las palmas de las manos hacia arriba conforme había estado muchos días, pero ahora su cuerpo estaba vivo, tan inmóvil que parecía estremecerse, expresando lo que él quería: una entrega orgullosa, reverente, arrobada; una revelación de ella misma, en el momento preciso, en el instante en que aparece para desaparecer en seguida, en el instante tocado por el reflejo de lo que ella había visto.

El cigarrillo voló por la habitación.

—¡Siga así, Dominique! ¡Siga así!

Estuvo junto a la tarima antes que el cigarrillo

llegase al suelo. Se puso a trabajar y Dominique se quedó inmóvil. Roark la miraba apoyado en la pared.

En abril, las paredes del templo se elevaban en líneas quebradas sobre el suelo. En las noches iluminadas por la luna, tenían un suave brillo sucio, de corriente subterránea. La alta cerca le servía de protección.

Después del trabajo del día, cuatro personas, a menudo, se quedaban allí: Roark, Mallory, Dominique y Mike Donnigan. Mike no había dejado de trabajar en ninguno de los edificios de Roark.

Los cuatro se sentaban en la barraca de Mallory, después que los otros se habían ido. Un paño húmedo recubría la estatua inconclusa. La puerta estaba abierta a las tibiezas de la noche de primavera. La rama de un árbol colgaba afuera, con tres nuevas hojas bajo el cielo negro; las estrellas temblaban como gotas de agua en la superficie de las hojas. No había sillas, Mallory estaba cerca de la estufa, preparando chorizos y café. Mike se sentaba en la tarima de la modelo, fumando en su pipa. Roark se echaba en el suelo, apoyado en los codos. Dominique se acomodaba en un taburete de cocina, envuelta en un fino manto de seda, con los pies descalzos sobre las tablas del piso. No hablaban del trabajo. Mallory contaba cuentos obscenos, y Dominique se reía como un chico.

No tenían una conversación especial, sólo se pronunciaban frases que tenían algún significado nada más que por el tono de sus voces, por la cordial alegría, por la comodidad de un abandono completo. Eran simplemente cuatro personas que querían estar allí juntas. Las paredes se levantaban en la oscuridad, más allá de la puerta abierta, como dando justificación al descanso, como dándoles justificación para el regocijo. El edificio en el cual todos habían trabajado, el edificio que era como una armonía suave, audible para el sonido

de sus voces. Roark reía como Dominique nunca lo había visto reír, con la boca juvenil y desatada.

Se quedaron hasta tarde. Mallory sirvió el café en un surtido mixto de tazas rajadas. El olor del café se mezclaba con el de las hojas que venía de afuera.

En mayo se suspendió el trabajo en el "Hotel Aquitania". Dos de los propietarios se habían arruinado en la Bolsa, un tercero tenía retenidos sus fondos a causa de un pleito sobre una herencia que alguien le disputaba; un cuarto estafó las acciones de otro. La sociedad estalló en un embrollo de casos judiciales que requerían años para ser resueltos. El edificio tenía que esperar, sin terminar.

—Yo pondré las cosas en orden, aunque tenga que asesinar a algunos de ellos —le dijo Kent Lansing— Lo sacaré de las manos de ellos. Algún día lo terminaremos, usted y yo. Pero será necesario esperar. Probablemente mucho tiempo. No le diré que tenga paciencia. Hombres como usted y yo no sobreviviremos más allá de los primeros quince años si no adquiriésemos la paciencia de un verdugo chino y el revestimiento de un acorazado .

Ellsworth Toohey se rió sentándose en el borde de la mesa de Dominique.

—La Sinfonía Incompleta —dijo—, gracias a Dios.

Dominique empleó esa expresión en su columna: "La Sinfonía Incompleta al sur de Central Park", escribió. Suprimió el "gracias a Dios", El sobrenombre se repitió. Los extraños veían el aspecto viejo de una costosa construcción en una calle importante, que bostezaba con sus ventanas vacías, con paredes a medio terminar, con vigas desnudas.

Cuando preguntaban de qué se trataba, las personas que nunca habían oído hablar de Roark ni de la historia del edificio se reían como tontas y contestaban: "Es la Sinfonía Incompleta."

A altas horas de la noche Roark solía pararse bajo los árboles del parque y contemplaba la forma negra, muerta, entre las brillantes construcciones de las líneas de los rascacielos de la ciudad. Sus manos no se movían como se habían movido haciendo el modelo de arcilla; a tal distancia una proyección rota podía ser cubierta por la palma de su mano, pero el movimiento instintivo, completo, no encontraba nada más que el aire.

A veces recorría el edificio por dentro. Caminaba sobre tablones suspendidos en el vacío que se movían a su paso, a través de habitaciones sin cielo raso y habitaciones sin piso, por los bordes abiertos donde asomaban las vigas como los huesos entre una piel desgarrada.

Un viejo sereno vivía en una habitación al final de la planta baja. Conocía a Roark y lo dejaba andar dentro de la casa. Una vez lo detuvo al salir y, de súbito, le dijo:

—Una vez casi tuve un hijo. Nació muerto.

Algo lo indujo a hablar así y miró a Roark sin estar completamente seguro de lo que había querido decir, pero Roark se sonrió, puso su mano sobre la espalda del hombre, como si fuese un apretón de manos, y después se fue.

Esto sucedía en las primeras semanas. Después trató de olvidar el "Aquitania".

XII

La inauguración del Templo Stoddard había sido anunciada para el primero de noviembre por la tarde.

El agente de publicidad había hecho un buen trabajo.

Las personas hablaban del acontecimiento, de Howard Roark, de la obra maestra arquitectónica que esperaba la ciudad.

En la mañana del 31 de octubre Hopton Stoddard volvió de su viaje alrededor del mundo. Ellsworth Toohey fue a recibirlo a la dársena.

En la mañana del primero de noviembre, Hopton Stoddard dio un breve comunicado, manifestando que el templo no sería inaugurado, sin dar ninguna explicación.

El 2 de noviembre, la sección titulada "Una vocecita" del *Banner* de Nueva York, apareció subtitulada "Sacrilégio", y decía lo siguiente:

"El tiempo ha llegado, dijo el lobo marino,

De hablar de muchas cosas:

De barcos —y zapatos —y de Howard Roark—

Y de repollos y de reyes

Y de por qué hierve el mar,

Y de si Roark tiene alas.

"No es nuestra misión —diremos parafraseando a un filósofo, que no es de nuestro agrado— actuar de matamoscas, pero cuando una mosca tiene manías de grandeza, los mejores de nosotros tenemos que rebajarnos para hacer un pequeño trabajo de exterminio.

"Se ha hablado mucho últimamente de cierto Howard Roark. Puesto que la libertad de palabra es nuestra herencia sagrada e incluye la libertad de perder nuestro tiempo, no hay perjuicio en tal conversación fuera de que uno pueda encontrar tantos temas más provechosos que el de discutir acerca de un hombre que no tiene nada en su favor, salvo un edificio que empezó y no pudo terminar. No habría daño en esto si lo ridículo no resultara trágico... y fraudulento.

"Howard Roark, como la mayoría sabe, y no

desearán oírlo nuevamente es un arquitecto. Hace un año se le confió una obra de extraordinaria responsabilidad. Se le encargó que erigiese un gran monumento en ausencia de su propietario, que creía en él, y que le dio la más completa libertad de acción. Si la terminología de nuestras leyes criminales se pudiese aplicar al reino del arte, diríamos que lo que el señor Roark ha entregado constituye el equivalente a un desfalco espiritual.

El señor Hopton Stoddard, el conocido filántropo, había intentado regalar a la ciudad de Nueva York un templo consagrado a la religión, una catedral no sectaria, que simbolizase la fe del espíritu humano. Lo que el señor Roark ha edificado, podría ser un prostíbulo, que es a lo que más se parece si tenemos presente algunas de sus ornamentaciones escultóricas, pero no es un templo.

"Parece que una malicia deliberada hubiese invertido en este edificio toda concepción característica de una construcción religiosa. En lugar de estar enteramente cerrado, este presunto templo está completamente abierto como un bar del Oeste. En lugar de un espíritu de dolor respetuoso que sea digno de un lugar donde uno contempla la eternidad y advierte la insignificancia del hombre, este edificio se caracteriza por su júbilo orgiástico y disoluto. En lugar de líneas que se remontan al cielo, requeridas por la verdadera naturaleza del templo, como un símbolo de la aspiración del hombre hacia algo más alto que su propio yo, este edificio es ostentosamente horizontal; su cuerpo en el barro declara su alianza con lo carnal, glorificando los groseros placeres de la materia sobre los del espíritu. La estatua de una mujer desnuda en un sitio donde los hombres vienen a elevarse, habla por sí sola y no requiere más comentario.

"Una persona que entra en un templo, busca

liberarse de sí misma. Desea humillar su espíritu, confesar su indignidad, implorar perdón. Realiza esto con un sentimiento de humildad. La posición propia de un hombre en la casa de Dios es estar de rodillas. Nadie que esté en su sano juicio se arrodillará en el templo del señor Roark. El lugar lo impide. Las emociones que sugiere son de una naturaleza diferente: arrogancia, audacia, desconfianza, propia exaltación. No es la casa de Dios, sino la celda de un megalómano. No es un templo, sino su antítesis perfecta, una burla insolente a toda religión. Lo llamaríamos pagano si no fuera porque los paganos eran buenos arquitectos.

"Esta sección no es la defensora de ningún credo determinado, pero la simple decencia nos pide que respetemos las convicciones religiosas de nuestros conciudadanos. Nos creemos en el deber de exponer al público la naturaleza de este ataque deliberado a la religión. No podemos perdonar un sacrilegio ultrajante.

"Si pareciera que hubiéramos olvidado nuestras funciones de críticos de valores puramente arquitectónicos, diremos tan sólo que la ocasión no las necesitaba. Constituye un error glorificar la mediocridad mediante un esfuerzo de crítica seria. Nos parece recordar que Howard Roark hizo algún edificio antes, y tenía la misma ineptitud, la misma cualidad pedestre de aficionado exageradamente ambicioso.

"Y ésta, amigos, es la cuestión. Nos alegramos de que la tarea doméstica de hoy esté terminada. Realmente, no nos causa regocijo escribir sobre defunciones."

El 3 de noviembre, Hopton Stoddard inició un juicio contra Howard Roark por incumplimiento de contrato e incapacidad profesional, pidiendo daños y perjuicios: exigía la suma necesaria para que otro arquitecto reformase el templo.

La tarde de su retorno, Ellsworth Toohey lo había

llevado a ver el templo. Toohey no dijo nada. Hopton Stoddard miraba fijamente y Toohey oía que los dientes postizos le sonaban espasmódicamente. La obra no se parecía a nada de lo que Stoddard había visto en ninguna parte del mundo, ni a nada de lo que esperaba. No sabía qué pensar. Cuando miró desesperadamente a su amigo, como pidiendo auxilio, sus ojos parecían de gelatina. En aquel instante, Toohey no hubiera podido convencerlo de nada. Toohey habló manifestando lo que días después dijo en su sección.

—Pero ¡fue usted el que me dijo que Roark era bueno! —gimió Stoddard con pánico.

—Creía que lo era —repuso Toohey fríamente.

—Y entonces... ¿por qué?

—No sé —dijo el acompañante, y su mirada acusadora le dio a entender que no había ninguna culpa en ella y que toda la culpa la tenía el mismo Stoddard.

Toohey siguió mudo dentro del coche, en el trayecto de vuelta a la vivienda de Stoddard, a pesar de que este le rogaba que hablase. No quería contestar. Este silencio llevó el terror al ánimo del anciano. Ya en el piso, Toohey lo condujo a un sofá y se quedó delante de él, sombrío como un juez. Hopton, sé por qué ha ocurrido.

—¿Por qué?

—¿Cree que podría haber alguna razón para que yo le mintiese?

—¡No, desde luego que no; usted es el hombre más experto y el más honrado que vive; y no comprendo, sencillamente no comprendo nada!

—Yo sí. Cuando le recomendé a Roark, tenía motivos para esperar, con lo mejor de mi honrado juicio, que le hiciera una obra maestra. Pero no lo hizo. ¿Sabe, Hopton, qué poder puede trastornar todos los cálculos de los hombres?

—¿Qué poder?

—Dios ha elegido ese camino para rechazar su

ofrenda. Él no lo considera digno de que le presente un templo. Usted me puede embaucar a mí y a todos los hombres, pero no puede embaucar a Dios. Él sabe que su trayectoria es más negra que todo lo que yo creía.

Continuó hablando largo rato, tranquila, severamente, con un silencio de horror, para finalizar:

—Parece evidente, Hopton, que usted no puede comprar perdones por el hecho de mirar hacia lo alto. Solamente los puros de corazón pueden elevar un templo. Usted debe marchar por los senderos humildes de la expiación antes de llegar a ese grado. Debe aplacar a los hombres antes de aplacar a Dios. Esa ofrenda no debe ser un templo, sino una institución humana, como, por ejemplo, un hogar para niños anormales.

Hopton Stoddard no confiaba en aquello.

—Después, Ellsworth, después —se quejó—. Deme tiempo.

Convino en demandar a Roark conforme Toohey le aconsejaba, para hacer posibles con la indemnización las reformas, y decidir más tarde en qué podrían consistir esas reformas.

—No se moleste por cualquier cosa que yo escriba o diga sobre esto —le dijo Toohey al irse—. Estaré obligado a declarar muchas cosas que no son totalmente verídicas. Debo proteger mi reputación de una desgracia que es una culpa suya y no mía. Acuérdesse que ha jurado no revelar a nadie que yo le aconsejé contratar a Roark.

Al día siguiente apareció "Sacrilegio" en el *Banner* y colocó la mecha. El anuncio de la demanda de Stoddard la encendió.

Nadie habría considerado de urgencia realizar una cruzada por la arquitectura, pero la religión había sido atacada; el agente de publicidad había preparado el terreno perfectamente: la fuente de la atención pública estaba herida, muchas personas podían hacer uso de

ella.

El clamor de indignación que se levanto contra Howard Roark y su templo asombró a todo el mundo menos a Ellsworth Toohey. Los clérigos condenaban el edificio en sus sermones; los clubs de mujeres presentaban notas de protesta; un comité de madres llenó la página octava de los diarios con una petición en la cual chillaban por la protección de sus hijos. Una actriz escribió un artículo sobre la unidad esencial de todas las artes y explicó que el templo de Stoddard no tenía ningún sentido de estilo constructivo y habló del tiempo en que ella hacía el papel de María Magdalena en un gran drama bíblico. Una dama de sociedad escribió un artículo sobre los templos exóticos que había visto en un peligroso viaje que había hecho por la jungla y alababa la emocionante fe de los salvajes reprochando el cinismo de los hombres modernos. "El «Templo Stoddard» —dijo— es un síntoma de blandura y de decadencia." El profesor de un colegio le escribió una carta al director de un diario sobre su experiencia espiritual y manifestó que no podría haberla experimentado en un lugar como el "Templo Stoddard".

La CAA publicó una declaración imponente, denunciando al "Templo Stoddard" como un fraude espiritual y artístico. Similares declaraciones, con menos majestad y estilo menos cuidado fueron dadas a la publicidad por consejos de arquitectos, escritores y artistas estadounidenses. Nadie había oído hablar de ellos, pero eran consejos, y esto daba peso a sus palabras. Un hombre decía a otro: "¿Sabe que el Consejo de Arquitectos Estadounidenses ha dicho que ese templo es una vulgaridad arquitectónica?", en tono que sugería intimidad con el mundo del arte. El otro no quería confesar que jamás había oído nada de tal grupo, pero contestaba: "Esperaba que lo dijese. ¿No le ocurría a usted lo mismo?"

Hopton Stoddard recibió muchas cartas de adhesión que empezaron a hacerle completamente feliz, nunca antes había sido tan popular. "Ellsworth —pensó— tenía razón"; sus hermanos los hombres habían comenzado a perdonarle. Ellsworth siempre tenía razón.

Los diarios mejores abandonaron el asunto al poco tiempo, pero el *Banner* lo siguió. Había sido una bendición para el *Banner*. Gail Wynand estaba ausente, viajando en su yate por el océano Indico, y Alvah Scarret quería emprender una campaña. Esto le vino de perilla. Ellsworth no tenía necesidad de hacerle sugerencias. Scarret aprovechó la ocasión por su cuenta.

Escribió acerca de la decadencia de la civilización y deploró la pérdida de la fe sencilla. Promovió un concurso de ensayos para estudiantes de las altas escuelas sobre "Por qué voy a la iglesia". Publicó una serie de artículos ilustrados sobre "Las iglesias y nuestra infancia". Publicó fotografías de esculturas religiosas de todas las épocas —la Esfinge, gárgolas, totems— y dio gran preeminencia a las fotografías de la estatua de Dominique, con notas de indignación apropiada, pero omitiendo el nombre de la modelo. Publicó caricaturas de Roark como un bárbaro, con piel de oso y una maza. Escribió muchas cosas inteligentes acerca de la Torre de Babel, que no pudo llegar al cielo, y de Ícaro, a quien se le cayeron las alas de cera.

Ellsworth Toohey permaneció a la expectativa. Hizo dos pequeñas sugerencias: encontró en el archivo del *Banner* la fotografía de Roark tomada cuando la inauguración de la "Casa Enright", la fotografía del rostro de un hombre en un instante de exaltación, y la hizo publicar en el diario con el encabezamiento: "¿Está contento, señor Superhombre?" Hizo abrir, además, el "Templo Stoddard" mientras se ventilaba el juicio. El templo atrajo multitudes que dejaban dibujos e inscripciones obscenas en el pedestal de la estatua de

Dominique.

Muy pocos eran los que iban y admiraban en silencio la construcción, pero no eran de los que tomaban parte en las discusiones públicas. Austen Heller escribió un artículo furioso en defensa de Howard Roark y del templo, pero él no era una autoridad en arquitectura ni en religión, y el artículo quedó ahogado en la tormenta.

Howard Roark no hizo nada.

Le pidieron que hiciese declaraciones y hasta recibió a un grupo de reporteros en su oficina. Habló sin enojo: "No puedo hablar a nadie acerca de mi edificio. Si preparase un picadillo de palabras para rellenar los cerebros de los demás, sería un insulto para ellos y para mí. Pero estoy contento de que hayan venido. Tengo algo que decir. Quiero pedirles a todos los que están interesados en esto que vayan y vean el edificio, que lo contemplen y que después empleen las palabras que les dicte su propio cerebro, si quieren hablar."

El *Banner* relató la entrevista de la siguiente manera: "El señor Roark, que parece que fuese un lebril de la publicidad, recibió a los periodistas con aire de insolencia fanfarrona y declaró que la opinión pública era un picadillo. Prefirió no hablar, pero parecía darse bien cuenta de los puntos de vista que le advertían de su situación. De lo único que se preocupó fue de decir que su templo había sido visto por tanta gente como era posible."

Roark rehusó nombrar abogado para que lo representara en el pleito que se ventilaba. Manifestó que quería defenderse personalmente y ni quiso dar explicaciones de cómo iba a hacerlo, a despecho de las protestas coléricas de Austen Heller.

—Austen, hay ciertas reglas que estoy dispuesto a obedecer. Estoy dispuesto a usar la ropa que usa todo el mundo, a comer los mismos alimentos, a viajar en el

mismo tren. Pero hay cosas que no puedo hacer a la manera de la gente... y ésta es una de ellas.

—¿Qué sabe usted de audiencias y de leyes? Le va a ganar.

—¿Qué va a ganar?

—El pleito.

—¿Tiene alguna importancia el pleito? Yo no puedo hacer nada para impedirle que toque el edificio. Le pertenece. Puede eliminarlo de la faz de la tierra o hacer con él una fábrica de cola. Puede hacerlo, gane o pierda el pleito.

—Pero lo hará con su dinero. —Sí. Podrá sacarme dinero.

Steven Mallory no hizo ningún comentario, pero su rostro estaba como la noche en que Roark lo conoció.

... Steven, diga algo, si tiene ganas de hablar —le dijo Roark una noche.

No hay nada que decir —repuso Mallory indiferente —Ya le dije que no le permitirían subsistir. Roark exclamó:

¡Basuras! No tiene derecho a sentirse temeroso por mi

—No temo por usted. ¿Para qué serviría? Es algo más.

Días más tarde, cuando estaba sentado en el alféizar de la ventana, en la habitación de Roark mirando a la calle, Mallory dijo de súbito:

—Howard, ¿se acuerda de lo que le hablé: de la bestia a la cual temía? No sé nada de Ellsworth Toohey. Nunca le había visto antes de dispararle el tiro. Solamente he leído lo que escribe. Disparé contra él porque pienso que él sabe todo acerca de la bestia.

Cuando Dominique entró en la oficina de Toohey, éste se sonrió con una acogedora sonrisa, inesperadamente sincera. No pudo evitar que sus cejas se contrajesen por haberse burlado; de manera que el

fruncimiento de las cejas y la sonrisa quedaron ridículamente unidos un momento. Él se burló porque no era su entrada dramática acostumbrada; no halló ni enojo ni burla; ella entró como si fuese un tenedor de libros que lleva un recado comercial.

—¿Qué piensa conseguir con eso? —le preguntó Dominique.

Toohey trató de tomar su acostumbrado aire de regocijada animosidad.

—Siéntese, querida. Estoy encantado de verla. Franca e imponentemente encantado. En realidad, ha tardado demasiado. La esperaba aquí mucho antes. Me han felicitado mucho por ese pequeño artículo, pero le doy mi palabra: no me he divertido nada y quería oír lo que piensa usted.

—¿Qué piensa conseguir con eso?

—Mire, preciosa, espero que no le haya importado lo que dije de la estatua erigida a usted. Pensé que comprendería que no podía pasarla por alto. Quiero hablar. ¡La esperaba tan impacientemente! Pero deseo que se siente; yo también estaré más cómodo... ¿no? Bueno, como prefiera; siempre que no se vaya. ¿El pleito? ¡Caramba! ¿No es lógico?

—¿Cómo lo va a detener? —preguntó con el tono que uno emplearía para recitar una lista de datos estadísticos—. No probará nada lo gane a lo pierda. Todo eso no es más que una borrachera para un gran número de patanes, puercos, pero obtusos. No creí que usted perdiera el tiempo preparando bombas asfixiantes. Todo esto será olvidado antes de la próxima Navidad.

—¡Dios mío! Pero ¡yo debo de ser un fracaso!

Nunca pensé que pudiera ser tan pobre maestro... ¡Que usted haya aprendido tan poco en dos años de estrecha colaboración conmigo! Es verdaderamente desalentador. Puesto que usted es la mujer más inteligente que conozco, la falta debe de ser mía. Bueno,

veamos; ha aprendido una cosa, y es que yo no pierdo mi tiempo. Está bien; todo será olvidado antes de la próxima Navidad. Y "ésta", vea, será la hazaña. Uno puede luchar por una causa viva y puede luchar por una muerta. Una causa muerta, como todas las cosas muertas, no desaparece; deja una materia descompuesta detrás, que es lo más desagradable que pueda pesar sobre su nombre. El señor Hopton Stoddard será olvidado completamente. El templo será olvidado. El pleito será olvidado. Pero he aquí lo que quedará: "¿Howard Roark? Caramba, ¿cómo puede confiar en un hombre como ése? Es un enemigo de la religión. Es completamente inmoral. Antes que nada, la engañará en los gastos de la construcción." "¿Roark? No es bueno, porque un cliente tuvo que demandarle porque le hizo una chapucería de edificio." "¿Roark? ¿Roark? Espere un momento. ¿No es ése el muchacho que anduvo en boca de todos los diarios por una especie de embrollo? Espere, ¿qué era? Un escándalo inmundo. El propietario del edificio, creo que era un burdel, tuvo que demandarle. No se relacione con un individuo de un carácter tan notorio como es ése. ¿Por qué, cuando hay tantos arquitectos decentes para elegir?" Luche contra eso, querida. Dígame una forma de combatirlo, especialmente cuando tiene más armas que talento, que no es un arma, sino una gran responsabilidad.

Sus ojos parecían decepcionados; atendían pacientemente, con una inquieta mirada que no quería transformarse en cólera. Ella estaba delante de su mesa, erguida, dominándose, como un centinela ante una tormenta que tiene que sufrir, frente a la que tiene que permanecer aunque no pueda aguantar más.

—Creo que usted quiere que continúe —dijo Toohey—. Ahora habrá comprendido la efectividad característica de una causa muerta. Usted no se lo puede quitar de la cabeza, no se lo puede explicar, ni

defenderlo. Nadie quiere escuchar. Es bastante difícil adquirir fama. Y es difícil cambiar la naturaleza de la fama que uno ha adquirido. No, no puede arruinar a un mal arquitecto demostrando que es un mal arquitecto, pero lo puede arruinar diciendo que es un ateo o que alguien lo ha demandado o que convive con determinada mujer o que le arranca las alas a las moscas. Usted dirá que esto no tiene sentido. Claro que no lo tiene. Pero es eficaz. La razón puede ser combatida con la razón. ¿Como va a combatir lo irrazonable? El inconveniente suyo, querida, y el de la mayor parte de la gente, es no tener respeto por lo absurdo. Lo absurdo es el factor más importante de nuestras vidas. No se puede tener éxito si lo absurdo es enemigo de uno; pero si llega a transformarlo en su aliado, ¡ay, Dios mío...! Mire, Dominique, dejaré de hablar cuando usted dé muestras de estar asustada.

—Siga —respondió ella.

—Creo que ahora tendrá que hacerme una pregunta. ¿O quizá no quiere ser vidente y desea que adivine la pregunta? Creo que usted tiene razón. El asunto es: ¿por qué elegí a Howard Roark? Porque, para citar mi propio artículo, no es mi función actuar de matamoscas. Le cito esto ahora con un significado diferente; pero dejemos esto. También esto me ha ayudado a obtener algo que quería de Hopton Stoddard, pero es una cuestión secundaria, un incidente, una bagatela. Sobre todo, ha sido un experimento. Apenas una prueba, podemos decir. Los resultados han sido satisfactorios. Si usted no estuviese comprometida como está, podría ser la única persona que apreciara el espectáculo. En verdad, he hecho muy poco si considera la magnitud de lo que tengo que hacer. ¿No le resulta interesante ver una máquina enorme, complicada como es nuestra ciudad, con todas las palancas, correas y engranajes entrelazados, que pareciera que uno necesitara un

ejército para ponerla en movimiento y encontrar que con apretar un punto con el dedo meñique, el único punto vital, su centro de gravedad, todo se desmorona en un indigno montón de hierro viejo? Es posible hacerlo, querida, pero lleva mucho tiempo. Lleva siglos. Yo tengo la experiencia de muchos peritos que han existido antes que yo. Pienso que seré el último y el más afortunado de una serie, porque, aunque no soy más hábil que lo que ellos fueron, veo más claramente lo que queremos conseguir. Sin embargo, eso es abstracto. Hablando de la realidad concreta, ¿no encuentra nada divertido en mi pequeña experiencia? Yo, sí. Por ejemplo, ¿sabe que toda la mala gente está del lado del culpable? Alvah Scarret, los profesores universitarios los directores de los diarios, las madres respetables y las cámaras de comercio tendrían que haber venido volando en defensa de Howard Roark, si valoraran sus vidas; pero no lo han hecho, apoyan a Hopton Stoddard. Del otro lado oiga que algún grupo de destornillados izquierdistas de poca monta, denominados "La nueva Liga del Arte Proletario", trató de alistarse en defensa de Howard Roark (dicen que ha sido víctima del capitalismo), cuando tendrían que saber que Hopton es un campeón. Roark, a propósito, ha tenido la sensatez de rehusar. Él comprende. Usted también. Yo comprendo, pero muchos otros no. ¡Oh, bueno, también el hierro viejo tiene su uso!

Dominique giró sobre sus talones para irse.

—¿Se va? —Por el tono de su voz parecía que se había molestado—. ¿No quiere decir nada? ¿Nada completamente? Dominique, me está abandonando. ¡Y cómo la esperaba! Yo soy una persona que se basta a sí misma, por regla general, pero necesito un auditorio de vez en cuando. Usted es la única persona ante quien puedo manifestarme. Supongo que debe de ser porque tiene tal desprecio por mí, que nada de lo que diga

puede importarle. Ya ve, lo sé, pero no me preocupa. Además, los métodos que adopto con la gente no los adoptaría con usted. Aunque parezca extraño, sólo empleo mi honradez con usted. ¿Para qué diablos hacer un trabajo hábil si nadie sabe que uno lo ha hecho? Si fuera la misma de antes, me diría que ésa es la psicología de un asesino que ha cometido el crimen perfecto y que después lo confiesa porque no puede soportar que nadie lo conozca. Y yo le hubiese dicho que tiene razón. Quiero un auditorio. Éste es el inconveniente de las víctimas, ni siquiera saben que son víctimas, lo cual es como debe ser, pero resulta monótono y le quita la mitad de la gracia. Usted tiene un don raro,, una víctima que puede apreciar la pericia de su propia ejecución... Por Dios, Dominique, ¿se va cuando le estoy rogando que se quede? Ella puso la mano en el picaporte. Se encogió de hombros y volvió a sentarse.

Está bien —dijo él—. ¡Ah! De paso, no trate de comprar a Hopton Stoddard. Ahora lo tengo agarrado por la nariz. No venderá. No venderá. —Ella había abierto la puerta, pero se detuvo y la cerró nuevamente— ¡Oh, sí, por supuesto! Sé que lo ha intentado, pero es inútil; usted no es tan rica. "No tiene bastante dinero como para comprar ese templo y no lo podría juntar jamás. Hopton no aceptará su dinero para pagar las reformas. Sé que usted le ha ofrecido esto también. Lo quiere de Roark. A propósito, no creo que a Roark le gustara que yo le hiciera saber lo que usted ha intentado.

Sonrió de un modo que requería una protesta. El rostro de Dominique no dio contestación. Volvió a la puerta otra vez para marcharse.

—Una última pregunta nada más, Dominique. El abogado del señor Stoddard quiere saber si la puede citar como testigo, como experta en arquitectura. Se

comprende que deberá atestiguar por el actor.

—Sí. Testificaré por el actor.

La causa de Hopton Stoddard contra Howard Roark fue abierta en febrero de 1931.

La sala de audiencia estaba tan llena, que las reacciones de la concurrencia sólo se manifestaban como un lento movimiento que corría por la extensión de cabezas, una ola perezosa como las arrugas en la estirada piel de un lobo marino.

La concurrencia parecía una torta de frutas de todas las artes con la crema de la CAA, rica y espesa. Había hombres distinguidos y mujeres elegantemente vestidas de apretados labios; cada mujer parecía tener la exclusiva propiedad del arte que practicaban sus acompañantes, un monopolio defendido con las miradas resentidas de los otros. Casi todo el mundo se conocía. La sala tenía la atmósfera de una convención la noche de la apertura o de una reunión familiar. Había una sensación de "nuestro grupo", "nuestros muchachos", "nuestra representación".

Steven Mallory, Austen Heller, Roger Enright, Kent Lansing y Mike estaban sentados juntos en un rincón. Trataban de no mirar alrededor. Mike estaba preocupado por Steven Mallory. Insistió en quedarse cerca de él y lo observaba cuando les llegaba el eco de algún rumor. Al fin, Mallory lo advirtió y le dijo:

—No se preocupe, Mike. No gritaré: No voy a matar a nadie.

—Cuide su estómago, muchacho —dijo Mike—

Un hombre no puede enfermar sólo porque lo quiera.

—Mike, ¿se acuerda de la noche que nos quedamos hasta tan tarde que era casi de día y el auto de Dominique no tenía gasolina, no había ómnibus y decidimos ir caminando a nuestras casas? El sol ya estaba alto cuando llegamos a nuestros domicilios.

—Está bien; piense en eso y yo pensaré en la

cantera.

—¿Qué cantera?

—Es algo que me contrarió mucho; pero a fin de cuentas no tuvo ninguna consecuencia.

Por las ventanas se veía que el cielo estaba blanco y uniforme, como vidrios esmerilados. Parecía que la luz procedía de la nieve que había sobre los tejados y de las cornisas, una luz artificial que hacía que las cosas de la habitación pareciesen desnudas.

El juez, con su rostro pequeño marchitado en la virtud, estaba encorvado en su alto sitial, como durmiendo. Tenía las manos levantadas a la altura del pecho y se apretaba las yemas de los dedos de ambas manos.

Hopton Stoddard no estaba presente; lo representaba su abogado, un hermoso caballero, alto y grave.

Roark se sentó solo en la mesa de la defensa. La concurrencia lo miraba fijamente y con disgusto, no encontrando placer en contemplarlo. No presentaba una actitud desafiante; parecía impersonal y tranquilo. No era como una figura pública en un lugar público; estaba como un hombre solo que escucha la radio en su propia habitación. No tomaba notas, no había papeles sobre la mesa que tenía delante, salvo un gran sobre.

Los asistentes hubieran perdonado cualquier cosa menos a un hombre que podía permanecer como si tal cosa entre las vibraciones de un desprecio colectivo. Algunos habían ido para apiadarse, pero a los cinco minutos de haber llegado lo odiaban.

El abogado del actor expuso su causa en una breve alocución: admitía como una verdad que Hopton Stoddard le había dado completa libertad para diseñar y edificar el templo; la cuestión era, sin embargo, que el señor Stoddard había especificado claramente quería un "templo"; pero no se podía considerar un templo el edificio en cuestión, según los ejemplos conocidos.

como el demandante se proponía probar con la ayuda de las autoridades en la materia.

Roark renunció al derecho de hacer una pública exposición ante el jurado.

Ellsworth Monkton Toohey fue el primer testigo que llamó el actor. Se sentó al borde del asiento reservado a los testigos y se echó hacia atrás, levantó una pierna y la cruzó horizontalmente sobre la otra, parecía entretenido, pero trataba de sugerir que el entretenimiento era una protección bien cuidada para no demostrar el aburrimiento.

El abogado hizo una larga serie de preguntas sobre las aptitudes profesionales de Toohey, incluyendo el número de ejemplares que había vendido de su libro *Sermones en piedra*. Después leyó en voz alta el artículo "Sacrilégio", y le pidió que manifestara si él lo había escrito. Toohey declaró que sí. Siguió una serie de preguntas, en términos eruditos, acerca de los méritos arquitectónicos del templo. Toohey afirmó que no tenía ninguno. Después continuó con un análisis histórico... Toohey habló con facilidad e incidentalmente hizo un breve bosquejo de todas las civilizaciones conocidas y de sus principales monumentos religiosos —desde los incas a los fenicios y a los isleños del Este—, incluyendo, cuando era posible, las fechas en que esos monumentos se empezaron y se terminaron, el número de obreros empleados en su construcción y el costo aproximado en dólares. El auditorio escuchaba ebrio de emoción.

Toohey probó que el templo de Stoddard contradecía con cada ladrillo, con cada piedra, todos los preceptos de la Historia.

—He intentado demostrar —dijo en conclusión— que las cosas esenciales para la concepción de un templo son un sentimiento de temor y un sentimiento de humildad humana. Hemos notado las proporciones

gigantescas de los edificios religiosos, las líneas encumbradas, los dioses horribles y grotescos como monstruos o después las gárgolas. Todo esto tiende a imprimir en el hombre el sentido de su insignificancia esencial, a aplastar a la criatura humana con su completa magnitud, a infundirle el terror sagrado que conduce a la mansedumbre de la virtud. El templo de Stoddard es la negación descarada de todo nuestro pasado, es un insolente "no" arrojado al rostro de la Historia. Puedo aventurar un juicio porque este caso ha provocado el interés público. Todos hemos reconocido que esto, instintivamente, implica una actitud moral que escapa a las calificaciones legales. Este edificio es un monumento a un odio profundo a la Humanidad. Es el "yo" de un hombre que desafía los impulsos más sagrados del género humano, de cada hombre de la calle, de cada hombre de esta sala de audiencias.

No era un testigo que declaraba en la corte; era Ellsworth, que se dirigía a una reunión, y la reacción fue inevitable: toda la sala estalló en aplausos.

El juez dejó caer repetidas veces su mazo y amenazó con desalojar la sala. El orden fue restablecido, pero no en el rostro de la concurrencia; los rostros siguieron reflejando una pronunciada avidez por sus propios derechos. Resultaba grato ser escogido e incorporado al juicio como una parte damnificada. Las tres cuartas partes de los presentes no habían visto el templo.

—Gracias, señor Toohey —dijo el abogado, inclinándose levemente. Después se dirigió a Roark, y dijo con delicada cortesía—: ¿Tiene preguntas que hacer?

Roark contestó:

—No tengo nada que preguntar. Ellsworth Toohey levantó una ceja y se alejó.

—¡Señor Peter Keating! —llamó el abogado.

El rostro de Keating era atractivo y fresco como si

hubiese dormido bien por la noche. Subió al sitio de los testigos con una especie de aire estudiantil, moviendo los hombros y los brazos innecesariamente. Prestó juramento y contestó alegre a las primeras preguntas. Su actitud en el sillón era extraña: su torso se inclinó a un lado con fanfarrona displicencia, un codo en el brazo del sillón, los pies abandonados y las rodillas apretadas una con la otra. No miró a Roark en ningún momento.

—¿Quiere nombrar algunos de los principales edificios que usted ha diseñado, señor Keating? —interrogó el abogado.

Keating enumeró una lista de nombres impresionantes; los primeros los dijo ligero; después siguió una vez más y más lentamente, como si deseara que lo retuvieran; el último murió en sus labios. ¿No se olvida del más importante de todos, señor Keating? ¿No diseñó usted el edificio "Cosmo-Slotnick"?

—Sí —murmuró.

—Señor Keating, ¿iba usted al Instituto Tecnológico de Stanton al mismo tiempo que el señor Roark?

—Sí.

—¿Qué puede decirnos de los antecedentes del señor Roark allí?

—Fue expulsado.

—¿Fue echado porque era incapaz de cumplir con las altas exigencias del instituto?

—Sí. Sí, así fue.

El juez miró a Roark. Un abogado se habría opuesto a aquella pregunta, considerándola capciosa. Howard Roark no hizo ninguna objeción.

—En esa época ¿creía usted que él tenía algún talento para la profesión de arquitecto?

—No.

—¿Quiere hablar, por favor, un poco más alto, señor Keating?

—Creía... que no tenía ningún talento.

Extrañas cosas ocurrían con la expresión de Keating: algunas palabras le salían vigorosas, como si colocara un signo de admiración detrás de ellas; otras le salían juntas, como si no quisiera detenerse a escucharlas. No miraba al abogado. Tenía los ojos puestos en la concurrencia. A veces parecía un muchacho que volvía de una francachela, o un muchacho que en el Metro acababa de dibujar un bigote en la cara de una hermosa joven en un anuncio de dentífricos. Después parecía que pidiera apoyo a la concurrencia, como si estuviese enjuiciado ante ella.

—¿Alguna vez empleó a Roark en su oficina?

—Sí.

—¿Y se vio obligado a echarle?

—Sí...; tuvimos que echarle.

—¿Por incompetencia?

—Si

—¿Qué nos puede decir acerca de la subsiguiente carrera del señor Roark?

—Bueno, "carrera" es un término relativo. En cuanto a la cantidad de obras, cualquier dibujante de nuestra oficina ha hecho más que el señor Roark. No podemos llamar carrera a construir uno o dos edificios, porque eso es nuestro trabajo de un mes.

—¿Quiere darnos su opinión profesional de su trabajo?

—Bueno, pienso que es inmaduro... Muy alarmante, aunque interesante a veces, pero esencialmente... juvenil.

—Entonces, ¿el señor Roark no puede ser considerado como un arquitecto completamente maduro?

—Por lo menos, no en el sentido en que usamos el término para referirnos a Ralston Holcombe, a Guy Françon o a Gordon L. Prescott. Pero quiero ser justo. Pienso que el señor Roark tiene posibilidades definitivas

particularmente en los problemas de pura ingeniería. Podría llegar a ser algo. Yo he tratado de conversar con él acerca de esto, he tratado de ayudarlo honestamente; pero era lo mismo que hablar a una de sus estructuras preferidas de hormigón armado. Yo sabía que iba a llegar a una situación como ésta. No me sorprende que, al fin, un cliente lo haya demandado.

—¿Qué nos puede decir de la actitud de Roark con sus clientes?

—Bueno, ahí está la cuestión. Ésta es toda la cuestión. No le importaba ni lo que pensaban ni lo que deseaban, ni lo que nadie en el mundo pensara o desease. Ni siquiera comprendía que otros arquitectos se preocupasen. No tenía un poco de comprensión ni de respeto. No veo dónde está el mal en tratar de ayudar a la gente. No veo dónde está lo malo en querer ser cordial y querido y popular. ¿Por qué tiene que ser eso un crimen? ¿Por qué alguien tiene que burlarse de eso, burlarse siempre, siempre, día y noche, sin darle un momento de paz, como la tortura china de la gota de agua, esa tortura que consiste en que caiga una gota sobre el cráneo, sin cesar?

Las personas que asistían a la vista empezaron a darse cuenta de que Peter Keating estaba borracho.

El abogado frunció el ceño; el testigo había sido aleccionado, pero se estaba saliendo de los carriles.

—Bueno, señor Keating, quizá fuera mejor que nos hablase de los puntos de vista del señor Roark en arquitectura.

—Le diré si lo quiere saber. Él cree que uno debería quitarse los zapatos y arrodillarse cuando se habla de arquitectura. Eso es lo que él piensa. ¿Por que habría que hacerlo? ¿Por qué? Es un negocio como cualquier otro, ¿no es así? ¿Qué tiene de sagrado? ¿Por qué tenemos que excitarnos? Somos nada mas que seres humanos. Tenemos que ganarnos la vida. ¿Por qué las

cosas no pueden ser simples y fáciles? ¿Por qué tenemos que ser algo así como héroes?

—Creo que ahora, señor Keating, nos estamos desviando levemente del tema. Nosotros somos...

—No, no somos. Sé lo que tengo que decir. Usted también. Todos ellos. Cada uno de los que están aquí. Voy a hablar del templo. ¿Ve? ¿Quién busca un maniático para edificar un templo? Debería elegirse a una clase especial de hombres solamente. Un hombre que comprenda... y que perdone. Un hombre que perdone... Para eso se va a la iglesia, para ser perdonado...

—Sí, señor Keating, pero hable del señor Roark...

—¿Qué hay con el señor Roark? Él no es arquitecto. No es capaz. ¿Por qué iba a tener miedo de decir que no es capaz? ¿Por qué todos le tienen miedo?

—Señor Keating, si no se siente bien y quiere retirarse...

Keating le miró como si se despertara. Trató de dominarse. Después de un momento, dijo en voz baja, resignado:

—No. Estoy bien. Le diré todo lo que quiera. ¿Qué quiere que le diga?

—Haga el favor de decirnos, en términos profesionales, su opinión sobre la construcción conocida con el nombre de "Templo de Stoddard".

—Sí. El "Templo de Stoddard"... El "Templo de Stoddard" tiene un plano articulado impropriamente, que conduce a una confusión especial. No hay equilibrio de masas. Carece del sentido de simetría. Sus proporciones son absurdas. —Habló con monotonía. Tenía el cuello tieso y hacía esfuerzos para no caer hacia delante—. Está fuera de toda proporción. Contradice los principios elementales de la composición. El efecto total es el de...

—Más alto, por favor, señor Keating.

—El efecto total es de dureza e ignorancia

arquitectónicas. Demuestra..., demuestra... que no hay sentido de estructura ni instinto de belleza ni imaginación creadora ni... —cerró los ojos— ni integridad artística...

—Gracias, señor Keating. Eso es todo.

El abogado se dirigió a Roark y le dijo nerviosamente:

—¿Tiene preguntas que hacer?

—No tengo nada que preguntar.

Así transcurrió el primer día del juicio.

Aquella noche, Mallory, Heller, Mike, Enright y Lansing se reunieron en la habitación de Roark. No se habían citado, pero fueron todos impulsados por el mismo sentimiento. No hablaron del juicio, pero ninguno de ellos hacía ningún esfuerzo para evitar el tema. Roark se sentó en la mesa de dibujar y les habló del futuro de la industria de materiales plásticos. Mallory se rió con ganas, de súbito y sin razón aparente.

—¿Qué le pasa, Steven? —preguntó Roark.

—Pensaba, Howard..., que hemos venido aquí a darle ánimos y que, en cambio, es usted el que nos los da a nosotros.

Aquella noche, Peter Keating la pasó echado sobre la mesa de una taberna, con un brazo sobre la mesa y la cabeza sobre el brazo.

Durante los dos días siguientes una sucesión de testigos declaró en favor del demandante.

Cada declaración empezaba con las preguntas que ponían de manifiesto los trabajos profesionales de los testigos. El abogado los conducía como un experto agente de publicidad.

Austen Heller hizo notar que los arquitectos deberían haber luchado para tener el privilegio de ser llamados a declarar, puesto que eso representaba la

mejor publicidad para una profesión de suyo silenciosa.

Ninguno de los testigos miraba a Roark. Él los contemplaba a todos. Escuchaba sus testimonios y agregaba después de cada uno: "No tengo preguntas que hacer."

Ralston Holcombe, en el sitio de los testigos, con la corbata flotante, el bastón con empuñadura de oro, tenía el aspecto de un gran duque o de un músico de café. Su testimonio fue largo y erudito, pero se sintetizó en sus últimas palabras:

—Es una tontería. Es una simple cuestión de tontería infantil. No puedo decir que sienta mucha simpatía por el señor Hopton Stoddard. Debería haber estado mejor informado. Es un hecho científico que el estilo arquitectónico del Renacimiento es el único apropiado para nuestra época. Si las mejores personas como el señor Stoddard, no lo quieren reconocer ¿qué se puede esperar de todos los aspirantes a arquitectos y de la plebe en general? Se ha comprobado que el estilo Renacimiento es el único estilo conveniente para iglesias, templos y catedrales. ¿Qué se piensa de Christopher Wren? Se ríen de él. Y no hay que olvidar el monumento religioso más grande de todos los tiempos: San Pedro de Roma. ¿Quieren hacer algo mejor que San Pedro? Y si el señor Stoddard no insistió específicamente en querer estilo Renacimiento, ha obtenido justamente lo que merecía. Ha recibido su merecido.

Gordon L. Prescott se presentó con un suéter cerrado, bajo una chaqueta de tela escocesa, pantalón de mezclilla y pesados zapatos de golf.

—La correlación de lo trascendental con lo puramente espacial en el edificio en discusión es enteramente disparatada. Si tomamos lo horizontal como lo monodimensional, lo vertical como lo bidimensional, la diagonal como lo tridimensional y la

interpretación de los espacios como lo tetradimensional, y siendo la arquitectura tetradimensional, podemos ver sencillamente que este edificio es homoloidal, o chato, en el lenguaje vulgar. La vida que fluye del caos con un sentido de orden, o, si se prefiere, de la unidad en la diversidad, o viceversa, la cual es la realización de la contradicción inherente a la arquitectura, está aquí absolutamente ausente.

John Erik Snyte atestiguó modestamente y sin obstrucción que había empleado a Roark en su oficina; que Roark había sido indigno de confianza, desleal y sin escrúpulos, y que había empezado su carrera robándole un cliente.

En el cuarto día de la causa el abogado llamó al último testigo.

—Señorita Dominique Françon —anunció con solemnidad.

Mallory dio un suspiro, pero no fue oído. La mano de Mike lo sujetó por la muñeca y lo hizo permanecer quieto.

El abogado había reservado a Dominique para el final en parte porque esperaba mucho de su declaración y en parte porque estaba preocupado: era el único testigo que no había sido preparado. Ella se había negado. Dominique nunca había tratado del templo de Stoddard en su sección, pero el abogado conocía sus primeros escritos sobre Roark, y Ellsworth le había aconsejado que la citara.

Dominique estuvo mirando a la muchedumbre, durante un instante, desde el sitio de los testigos. Su belleza era sorprendente, aunque demasiado impersonal, como si no le perteneciese. En la sala, su presencia parecía una entidad aparte. La gente tenía la impresión de que era una visión que no había terminado de aparecer o una persona asomada a la baranda de un trasatlántico durante la noche.

—¿Usted es la autora de la brillante sección "Su casa", que aparece en el *New York Banner*?

—Yo soy la autora de "Su casa".

—¿Su padre es Guy Françon, el eminente arquitecto?

—Sí. Mi padre fue invitado para venir aquí como testigo, pero rehusó hacerlo. Dijo que no le interesaba un edificio como el "Templo de Stoddard", pero que pensaba que nosotros no nos estábamos conduciendo como caballeros.

—Bien, señorita Françon; ahora va a limitar sus contestaciones a nuestras preguntas. Tenemos la fortuna de tener a usted con nosotros, ya que usted es nuestro único testigo femenino, y las mujeres siempre tienen un sentido más puro de la fe religiosa. Siendo, además, una autoridad sobresaliente en arquitectura, está eminentemente calificada para facilitarnos lo que podría llamar con toda deferencia el punto de vista femenino de esta causa. ¿Quiere decirnos con sus propias palabras qué piensa del "Templo de Stoddard", señorita Françon?

—Creo que el señor Stoddard se ha equivocado. No habría ninguna duda de la justicia de esta causa si hubiese hecho la demanda por el costo de la demolición y no por el de las reformas.

—¿Tendría la amabilidad de exponernos sus razones, señorita Françon?

Ya las han escuchado de todos los testigos de esta causa —repuso ella.

—Entonces presumo que está de acuerdo con todos los testigos precedentes.

Completamente, aún más completamente que las personas que prestaron testimonio. Fueron testigos sumamente convincentes.

—¿Quiere... aclararnos eso, señorita Françon? ¿Que quiere decir con exactitud?

—Lo que dijo el señor Toohey: que ese templo es un

insulto contra todos nosotros.

—¡Ah, ya veo!

—El señor Toohey comprendió muy bien la cuestión... ¿Puedo aclararla con mis propias palabras?

—¡Cómo no!

—Howard Roark levantó un templo al espíritu humano. Vio al hombre como un ser orgulloso, fuerte, limpio, inteligente e impávido. Vio al hombre como un ser heroico, y construyó un templo de acuerdo con ese ideal. Un templo es un lugar donde el hombre debe encontrar exaltación. Pensó que la exaltación procede de la conciencia sin culpa, que ve la verdad y la realiza, que se eleva a las más altas posibilidades del individuo, de no conocer ninguna vergüenza y de no tener motivo para avergonzarse, de ser capaz de mostrarse desnudo a plena luz del sol. Pensó que la exaltación significa alegría y que la alegría es un derecho del hombre. Pensó que un lugar edificado como una escena para el hombre es un lugar sagrado. Esto es lo que Howard Roark pensaba del hombre y de su exaltación. Pero Ellsworth Toohey dijo que ese templo era un monumento a un odio profundo a la Humanidad. Ellsworth Toohey dijo que la esencia de la exaltación debía ser arrojada de nuestros espíritus, para "humillarnos y envilecernos. Ellsworth Toohey dijo que el acto más noble del hombre era realizar su propia indignidad e implorar perdón. Ellsworth Toohey dijo que resultaba depravado no admitir que el hombre es algo que necesita ser perdonado. Ellsworth Toohey vio que ese edificio era de un hombre y de la tierra, y dijo que tenía su asiento en el barro. Glorificar al hombre, dijo Ellsworth Toohey, es glorificar al placer bestial de la carne, porque el reino del espíritu está fuera del alcance del hombre. Para entrar en ese reino, dijo Ellsworth Toohey, tiene que andar de rodillas como un mendigo. Ellsworth Toohey es un amante del género humano.

—Señorita Françon, no estamos discutiendo al señor Toohey; de modo que si usted se limita...

—Yo no condeno a Ellsworth Toohey; yo condeno a Howard Roark. Un edificio, se dice, tiene que ser una parte de lo que le rodea. ¿En qué mundo edificó Roark su templo? ¿Para qué clase de hombres? Mire alrededor. ¿Puede un templo ser sagrado sirviendo de escenario al señor Stoddard? ¿Al señor Holcombe? ¿Para el señor Keating? Cuando usted los mira ¿odia a Ellsworth Toohey o condena a Howard Roark por la indecible indignidad que ha cometido? Ellsworth Toohey tiene razón. Ese templo es un sacrilegio, aunque no en el sentido que él le da. Creo que el señor Toohey también lo sabe. Cuando usted ve que un hombre arroja perlas a los cerdos, no siente indignación contra el cerdo, sino contra el hombre que en tan poco valora las perlas, arrojándolas a la basura y recibiendo en cambio un concierto de gruñidos.

—Señorita Françon, creo que este testimonio ni es importante ni admisible.

—No se le puede impedir declarar a la testigo —dijo el juez inesperadamente.

Estaba aburrido y le gustaba contemplar la figura de Dominique. Además, sabía que el auditorio estaba gozando el testimonio, aun cuando sus simpatías estaban de parte de Hopton Stoddard.

—Señoría, parece que ha habido una mala interpretación —dijo el abogado—. Señorita Françon, ¿por quién está prestando declaración: por el señor Roark o por el señor Stoddard?

—Por el señor Stoddard, se entiende. Estoy exponiendo las razones según las cuales el señor Stoddard debería ganar esta causa.

—Prosiga —dijo el juez.

—Todos los testigos han dicho la verdad, pero no toda la verdad. Estoy, simplemente, llenando las

omisiones. Ellos hablaron de amenaza y de odio. Tenían razón. El "Templo de Stoddard" constituye una amenaza para muchas cosas. Si lo dejaran existir, nadie tendría el coraje de mirarse al espejo. Y hacer eso a los hombres es algo muy cruel. Pídeles cualquier cosa a los hombres, pídeles que consigan riqueza, fama, amor, brutalidad, crimen, sacrificio; pero no les pida dignidad, porque odiarán su alma. Ellos lo conocen mejor, tienen que tener sus razones. No le dirán, por supuesto, que lo odian; le dirán que son odiados, o algo bastante similar. Saben la emoción que esto implica. Así son los hombres. ¿De qué vale entonces ser el mártir de lo imposible? ¿De qué vale edificar para un mundo que no existe?

—No veo, Señoría, qué relación puede tener esto...

—Estoy dando pruebas para usted. Estoy probando por qué usted tiene que estar con Ellsworth Toohey, como lo hará, de seguro. El "Templo de Stoddard" tiene que ser destruido. No para salvar a los hombres de él, sino para salvarlo de los hombres. Que el señor Stoddard gane la causa. Estoy plenamente de acuerdo con todo lo que se está haciendo aquí, a excepción de un punto. Destruyamos, pero sin pretender que estamos cometiendo un acto virtuoso.

Dominique abandonó el sitio.

El abogado se inclinó hacia el tribunal y dijo:

—El demandante ha terminado.

El juez se dirigió a Roark e hizo un vago ademán, invitándole a actuar.

Roark se levantó y se dirigió al juez con un sobre en la mano. Sacó del sobre diez fotografías del "Templo Stoddard" y las puso encima de la mesa del juez.

Y dijo:

—La defensa ha terminado.

XIII

Hopton Stoddard ganó el pleito. Roark fue condenado a pagar los gastos de las reformas del templo. Dijo que no apelaría.

Toohey escribió en su columna: "El señor Roark presentó una Friné a la audiencia, pero no le salió bien."

Hopton Stoddard anunció que el templo sería transformado en "Hogar Hopton Stoddard" para niñas anormales.

Al día siguiente del juicio, Alvah Scarret se quedó con la boca abierta cuando dio una mirada a las pruebas de "Su casa", que le habían dejado sobre la mesa: la sección contenía la mayor parte del testimonio de Dominique. El testimonio había sido citado en las informaciones de los diarios, pero solamente las partes inofensivas. Alvah Scarret se apresuró a ir a la oficina de Dominique.

—Querida, querida; no podemos publicar eso. Ella lo miró con la vista perdida y quedó callada.

—Querida Dominique, sea razonable. Aparte del lenguaje que usted emplea y de algunas de sus ideas inimpresionables, conoce muy bien la opinión que este diario ha seguido en el caso. Está enterada de la campaña que hemos emprendido. Usted ha leído mi editorial de esta mañana: "Una victoria para la decencia." No podemos permitir que un escritor luche contra nuestra política.

—Tendrá que publicarlo.

—Pero, querida...

—O yo tendré que marcharme.

—¡Oh, vamos, vamos, no sea tonta! No se ponga ridícula. Es demasiado inteligente para eso.

—Tendrá que elegir, Alvah.

Scarret sabía que habría sido censurado por Gail

Wynand si publicaba aquello, y sería censurado si perdía a Dominique Françon, cuya sección era muy popular. Wynand no había vuelto de su viaje. Scarret le cablegrafió a Bali explicándole la situación.

En pocas horas Scarret recibió la contestación. Estaba redactada en el código privado de Wynand. Traducida, decía: "Eche a esa perdida. G. W."

Scarret se quedó mirando el cable, abatido. Era una orden que no admitía alternativa, aunque Dominique desistiera. Esperó a que renunciase. No podía soportar el pensamiento de echarla.

Por medio de un mensajero a quien había recomendado, Toohey obtuvo la copia descifrada del cable. Se lo metió en el bolsillo y se encaminó a la oficina de Dominique. No la veía desde el juicio. La encontró ocupada en vaciar los cajones del escritorio.

—¡Hola! —dijo—. ¿Qué está haciendo?

—Esperando una contestación de Scarret.

—¿Quiere decir...?

—Esperando saber si debo dimitir.

—¿Se siente dispuesta a hablar del juicio?

—No.

Yo sí. Creo que le debo la cortesía de admitir que usted ha hecho lo que nadie hizo antes. Probó que yo estaba equivocado. —Hablaba fríamente, su cara parecía inexpresiva, sus ojos no tenían rasgos de amabilidad—. Yo no lo hubiera esperado. Fue una treta despreciable. Estuvo a la altura de sus antecedentes. Calculé, simplemente, mal la dirección de su malignidad. Sin embargo, usted tuvo el buen sentido de reconocer que su acción fue inútil. Por supuesto consiguió lo que quería, también lo que yo quería. Como prueba de aprecio, tengo un obsequio para usted.

Y puso el cable sobre la mesa. Ella lo leyó y lo retuvo en la mano.

—No puede dimitir, querida. No puede hacer el

sacrificio de su héroe, el arrojador de perlas. Recordando que usted le da tanta importancia al hecho de no ser vencida más que por su propia mano, pensé que le agradaría esto.

Dobló el cable y se lo metió en la cartera.

—Gracias, Ellsworth.

—Si va a empezar a combatirme, querida, necesitará algo más que discursos.

—¿No lo he hecho siempre?

—Sí, desde luego lo ha hecho. Así es. Me está corrigiendo otra vez. Siempre me ha combatido, y la única vez que se dio por vencida y pidió ayuda fue en la Audiencia.

—Es exacto.

—Allí fue donde yo calculé mal.

—Sí.

Toohy se inclinó ceremoniosamente y salió.

Ella hizo un paquete con las cosas que se quería llevar. Después fue a la oficina de Scarret. Le mostró el cable pero no se lo entregó.

—Está bien, Alvah —dijo ella.

—Dominique, no ha sido culpa mía; yo no podía hacer nada. ¿Cómo diablos obtuvo eso?

—Todo está bien, Alvah. No, no se lo devolveré. Quiero guardarlo. —Volvió a meter el cable en el bolso—. Envíeme el cheque, y cualquier cosa que tenga que ser discutida, por correo.

—De cualquier modo..., usted iba a renunciar lo mismo, ¿verdad?

—Sí, iba a renunciar, pero prefiero... que me echen.

—Dominique, ¡si supiese cuánto lo siento! No lo puedo creer, simplemente no lo puedo creer.

—De manera que, después de todo, hacen de mí una mártir. Y eso es lo único que no he querido ser en toda mi vida. ¡Es tan depravado ser mártir! Es honrar demasiado a los adversarios. Pero le diré esto, Alvah; se

lo diré porque no podía encontrar una persona más apropiada para que lo escuchase: nada de lo que usted me haga a mí, o a él, será peor de lo que me haré a mí misma. Si cree que no puedo conseguir el "Templo Stoddard", espere y verá.

Una noche, tres días después del juicio, Ellsworth Toohey estaba sentado en su habitación escuchando la radio. No tenía ganas de trabajar y se permitió un descanso sentándose cómodamente en un sillón, mientras sus dedos seguían el ritmo de una sinfonía complicada. Oyó un golpe a la puerta.

—Entre —dijo.

Catherine entró. Miró hacia la radio, como excusa por su entrada.

—Sabía que no estabas trabajando, tío Ellsworth.

Quiero hablarte.

Se quedó inclinada, con su cuerpo delgado y sin curvas. Vestía una falda de lana, sin planchar. Se había arreglado la cara con productos de belleza, y la piel parecía marchita bajo los parches de polvo. A los veintiséis años parecía una mujer que tratara de ocultar que había pasado de los treinta.

En los últimos años, con la ayuda de su tío, se había transformado en una "experta funcionaria". Tenía un empleo en una institución, tenía una pequeña cuenta bancaria; invitaba a comer a sus amigas, las mujeres de su profesión, más viejas, y conversaban sobre los problemas de las madres solteras, de la manera de obrar con los chicos de los pobres y de los inconvenientes de las corporaciones industriales.

En los últimos años, Toohey pareció olvidar su existencia, pero sabía que ella estaba enterada de la de él, con su manera de ser silenciosa e inadvertida. Raramente era el primero en hablarle, pero ella volvía a él siempre por el más mínimo consejo. Era como un pequeño motor que se alimentase de su energía y que

tenía que detenerse para abastecerse de combustible algunas veces. No iba al teatro sin consultarle sobre las obras que representaban. No asistía a un curso de conferencias sin pedirle su opinión. Una vez tuvo una amiga inteligente, capaz, alegre y que amaba a los pobres. Toohey no aprobó la amistad, y Catherine olvidó a la chica.

Cuando quería un consejo se lo pedía, al pasar, temerosa de importunarle; en el tiempo que media entre dos platos, cuando salía del ascensor, en el *wing*, cuando se interrumpía brevemente alguna transmisión. Sólo hacía una pregunta, para demostrar que no le pedía nada más que los fragmentos perdidos de su tiempo.

De manera que Toohey la miró, sorprendido, cuando entró en el estudio.

—No, queridita, no estoy ocupado. Nunca estoy demasiado ocupado para ti. Ponla un poco más bajo, ¿quieres?

Ella disminuyó el volumen de la radio y se hundió en un sillón, frente a él, contemplándole. Sus movimientos eran desgarbados y contradictorios como los de un adolescente; había perdido la costumbre de moverse con desenvoltura, y aun, a veces, un ademán, un movimiento de su cabeza, mostraba una impaciencia seca, imperiosa, que se había empezado a desarrollar.

Miró a su tío. Detrás de sus lentes los ojos estaban serenos y tensos, pero inescrutables.

—¿Qué has estado haciendo, tío Ellsworth? He visto algo en los diarios acerca del triunfo en un gran pleito que estaba relacionado contigo. Me puse alegre. No he leído los diarios durante meses. ¡He estado tan ocupada...! No, esto no es cierto. He tenido tiempo, pero cuando vuelvo a casa no puedo hacer nada; me echo en la cama y en seguida me duermo. Tío, ¿la gente duerme tanto porque está cansada o porque quiere huir de algo?

—Eso no me suena como cosa tuya, querida... Nada

de eso.

Movió la cabeza con expresión de impotencia:

—Ya sé.

—¿Qué pasa?

—Sospecho que no soy buena, tío —dijo, mirándose la punta de los zapatos, moviendo los labios, con esfuerzo. Levantó los ojos hacia él—: ¡Soy tan terriblemente desdichada!

Toohey la miró en silencio, el rostro serio, los ojos mansos. Ella susurró:

—¿Comprendes? —Él afirmó con la cabeza— ¿No estás enojado conmigo? ¿No me desprecias?

—Querida, ¿cómo podría hacerlo?

—No quería decírtelo. Ni siquiera a mí misma. No es sólo esta noche, sino desde tiempo atrás. Déjame que te lo diga todo; no te asustes, tengo que decírtelo. Es lo mismo que hacer una confesión, como acostumbraba antes, ¡oh!, no pienses que estoy volviendo a eso, pero es preciso tener a alguien que me escuche.

—Querida Katie, ante todo, ¿por qué estás tan asustada? No debes estarlo. No lo estarás por hablarme a mí. Cálmate, recóbrate y dime qué ha pasado.

Lo miró agradecida:

—¡Tú eres tan... sensible, tío Ellsworth! Ésa es una cosa que no quería decir, pero tú la suponías. Estoy asustada, porque... tú lo ves, me has dicho que me recobre. Y estoy asustada de mí misma, porque soy una perdida.

Él se rió, pero sin ofensa, cordialmente, destruyendo su confesión; pero ella no se rió.

—No, tío, es verdad. Trataré de explicártelo. Mira, siempre, desde que era chica, quería proceder bien. Acostumbraba a creer que todo el mundo lo hacía, pero ahora no pienso así. Algunas personas tratan de proceder lo mejor posible, aunque se equivoquen, pero otras ni se preocupan. Yo siempre me preocupé. Lo

tomé muy seriamente. Sabía que cualquiera que fuera el buen camino, siempre hacía lo posible por seguirlo. Que es lo que todo el mundo hace, ¿no? Esto tal vez te suene terriblemente infantil.

—No, Katie, no me suena así. Continúa, querida.

—Bien; para empezar, sabía que era malo ser egoísta. De esto estaba segura. De manera que nunca pedía nada para mí misma. Cuando Peter desaparecía durante meses... No, no creo que apruebes esto.

—¿El qué, querida?

—Lo que hay entre Peter y yo. Así que no hablaré de eso. De cualquier forma no tiene importancia. Bueno, puedes ver por qué era tan feliz cuando vine a vivir contigo aquí. Estaba tan cerca del ideal del altruismo como nadie. Traté de seguirte lo mejor que pude. Pero elegí el trabajo que estoy haciendo. Nunca me dijiste, realmente, que debía elegirlo, pero me di cuenta de que pensabas así. No me preguntes por qué sentía así, no era nada tangible, no eran nada mas que pequeñeces, como tú dices. Sabía que la infelicidad procede del egoísmo y que uno no puede encontrar la verdadera dicha más que dedicándose a los demás. Tú dijiste eso. ¡Tanta gente lo ha dicho! ¿Por qué los hombres más grandes de la Historia lo han estado diciendo durante siglos?

—¿Y qué?

—Bueno, fíjate en mí.

Su rostro quedó inmóvil, por un instante, después rió con alegría y dijo:

—¿Qué has hecho de malo, querida? Aparte de que tus medias no armonizan y de que podrías ser cuidadosa con el arreglo de tu cara.

—No te rías, tío Ellsworth. Por favor, no te rías. Yo sé que dices que debemos ser capaces de reírnos de cualquier cosa, especialmente de nosotros mismos. Sólo que... no puedo.

—No me río, Katie; pero ¿qué ocurre?

—Soy desdichada. Soy desdichada de un modo desagradable, horrible, indigno. De una manera que parece... inmundada. Y deshonesto. Paso días con miedo de mirarme a mí misma. Y eso es lo malo..., ser una hipócrita. Siempre quise ser honrada conmigo misma, pero no lo soy, no lo soy, no lo soy.

—Cállate, querida. No grites. Los vecinos podrían oírte.

Se pasó el dorso de la mano por la frente. Sacudió la cabeza y murmuró:

—Lo siento...

—Pero ¿por qué eres tan desdichada, querida?

—No sé. No puedo comprenderlo. Por ejemplo, yo fui quien dispuso las clases sobre los cuidados prenatales en "Clitford House". Fue idea mía, yo reuní el dinero, yo busqué la maestra. Las clases siguen muy bien. Me ilusioné creyendo que eso me haría feliz. Pero no es así. No me produce ningún consuelo. Me siento y me digo a mí misma: "Fuiste tú quien dispuso que una buena familia adoptara al niño de María González; ahora sé feliz." Pero no lo soy. No siento nada. Cuando soy sincera conmigo, siento que la única emoción que he experimentado durante años es la de sentirme cansada. No físicamente cansada. Cansada, simplemente. Es como si..., como si no hubiera nada en mí que aspirase a algo más;

Se quitó los lentes, como si la doble barrera de los suyos y los del tío le impidiesen llegar a él. Habló con voz más baja. Las palabras le salían con gran esfuerzo:

—Pero esto no es todo. Hay algo mucho peor que me está haciendo un mal terrible. He empezado a odiar a la gente, tío. He empezado a ser cruel, vil y despreciable como nunca lo había sido antes. Espero que la gente me esté agradecida. Yo... pido gratitud. Me siento halagada cuando la gente humilde se inclina, se humilla y me adula. Encuentro simpatía tan sólo en los

que son serviles. Una vez..., una vez le dije a una mujer que ella no apreciaba lo que las personas como nosotros hacíamos por una basura como ella. Grité durante horas; después, ¡estaba tan avergonzada! Empiezo a resentirme cuando la gente discute conmigo. Me parece que no tienen ningún derecho a pensar por su cuenta, que yo sé las cosas mejor, que yo soy la autoridad final para ellos. Había una joven que nos preocupaba porque iba con un muchacho muy hermoso que tenía mala reputación. Durante semanas la torturé, diciéndole que la iba a engañar y que después la abandonaría. Bueno, se casaron y constituyen la pareja más feliz de todo el distrito. ¿Crees que estoy contenta? No, estoy furiosa y apenas soy amable con la chica cuando la encuentro. Había una muchacha que buscaba un empleo desesperadamente, la situación en su casa era terrible y le prometí conseguirle uno. Antes que yo se lo pudiese obtener, se consiguió ella misma un buen trabajo. Eso me disgustó. Quedé disgustada porque alguien salía de una mala situación sin mi ayuda. . Ayer estaba hablando con un muchacho que quería ir a un colegio y yo le desanimaba diciéndole que consiguiese en cambio un buen trabajo. Estaba bastante enojada, además. Y, de súbito, me di cuenta de que era porque yo había deseado tanto ir al colegio, ¿te acuerdas?, tú no quisiste que fuera, y así se lo quería impedir a ese muchacho... ¿Lo ves, tío Ellsworth? Me estoy poniendo egoísta. Me estoy poniendo más egoísta que un ratero que le saca las monedas del bolsillo a las personas que tienen que dejarse explotar en las fábricas para ganarlas.

—¿Eso es todo? —preguntó él tranquilamente.

— Catherine cerró los ojos, y, mirando sus manos, dijo:

—Sí..., salvo que no soy la única. La mayoría de las mujeres que trabajan conmigo son así... No sé cómo tienen esa manera de ser... No sé cómo me ha ocurrido a

mí... Solía sentirme feliz cuando ayudaba a alguien. Recuerdo una vez; había almorzado con Peter y en el camino de regreso vi un viejo organillero y le di cinco dólares que llevaba en mi bolso.

Era todo el dinero que tenía, lo había economizado Para comprar una botella de "Christmas Night", deseaba muchísimo el "Christmas Night", pero después, cada vez que pensaba en el organillero, me sentía feliz... Veía a Peter a menudo por aquellos días... Si volvía a casa después de verlo, sentía deseos de besar todos los muchachos harapientos de los alrededores... Creo que ahora odio a los pobres... Creo que todas las demás mujeres hacen lo mismo... Pero los pobres no nos odian como deberían. Nos desprecian solamente... Imagínate qué gracioso; el amo es el que desprecia a los esclavos y los esclavos odian al amo. No sé quién es quién. Puede ser que aquí no sea así. Puede ser que sea. No sé...

Levantó la cabeza con un último ademán de rebelión.

—¿No ves qué es lo que tengo que comprender? ¿Por qué comienzo con honradez a hacer lo que creo que es honesto y me transformo en una canalla? Creo que es porque soy depravada por naturaleza e incapaz de llevar una buena vida. Ésta me parece la única explicación. Pero..., pero a veces pienso que carece de sentido el hecho de que un ser humano desee con absoluta sinceridad hacer bien y que, sin embargo, no pueda lograrlo. No puedo ser tan mala, pero..., pero he perdido la esperanza de todo, no me queda ningún deseo, no tengo nada que me pertenezca..., y soy una miserable. Y así son las otras mujeres como yo. Yo no conozco una sola persona altruista en el mundo que sea feliz a excepción de ti.

Dejó caer la cabeza y no volvió a levantarla; parecía indiferente a la respuesta que estaba buscando.

—Katie —dijo él dulcemente, t con reproche—,

querida Katie...

Ella aguardaba en silencio.

—¿Quieres que realmente te dé la respuesta? Ella contestó afirmativamente con la cabeza.

—Porque tú misma te has dado la respuesta con las cosas que has dicho. ¿De qué has estado hablando? ¿Por qué te has estado lamentando? Porque eres desdichada. Por Katie Halsey y nada más. Ha sido el discurso más egoísta que he oído en mi vida, ¿No ves cuan egoísta has sido? Has elegido una noble carrera, no por el bien que puedes realizar, sino por la felicidad personal que puedes encontrar en ella.

—Pero yo realmente quiero ayudar a la gente.

—Porque pensabas que serías buena y virtuosa si hacías eso.

—Sí. Porque pensé que era lo bueno. ¿Es malo querer hacer el bien?

—Sí, si es tu principal preocupación. ¿No ves cuan egoísta es? ¡Al diablo todo el mundo mientras yo sea virtuosa!

—Pero si uno no tiene..., no tiene dignidad, ¿cómo puede ser algo?

—¿Por qué ser algo?

Ella extendió las manos, perpleja.

—Si tu ocupación principal es saber lo que eres, o lo que piensas, o lo que sientes, lo que tienes o lo que no tienes..., aún eres una egoísta común.

—Pero yo no puedo salirme de mi propio cuerpo.

—No, pero puedes salir fuera de tu estrecha alma. Debes dejar de querer ser algo. Debes olvidar la importancia de la señorita Catherine Halsey, porque, como lo ves, no es importante. Los hombres son importantes sólo respecto de los demás hombres, por la utilidad que representan. ¿Por qué hacer semejante tragedia cósmica porque has descubierto que tienes sentimientos crueles hacia la gente? ¿Qué importa? Uno

no puede saltar de un estado de brutalidad animal a un estado de vida espiritual sin ninguna transición. Y algunos de ellos pueden parecer malos. Una hermosa mujer es generalmente primero una adolescente boba. Todo lo que crece pide destrucción. Tú no puedes hacer una tortilla sin cascar los huevos. Debes desear sufrir, ser cruel, deshonesto, sucio, cualquier cosa, querida, cualquier cosa para matar la más terca de todas las raíces: el yo. Y solamente cuando haya muerto, cuando ya no te preocupes, cuando hayas perdido la identidad y olvidado el nombre de tu alma, solamente entonces conocerás la felicidad de la cual te hablo, y las puertas de la grandeza espiritual se abrirán para ti.

—Pero, tío Ellsworth —murmuró—, cuando las puertas se abran, ¿quién va a entrar?

Se rió a carcajadas. Parecía una risa de aprecio.

—Querida, nunca pensé que pudieras sorprenderme —Después su rostro se tornó serio otra vez—. Ha sido una frase inteligente, Katie; pero creo que no ha sido más que una frase inteligente.

—Sí —dijo ella titubeando—. Supongo que fue así. Sin embargo...

—No podemos ser tan liberales cuando manejamos abstracciones. Por supuesto eres tú la que entrará. No habrás perdido tu identidad; habrás adquirido, simplemente, una más amplia, una identidad que será parte de todos y del universo entero.

¿Cómo? ¿De qué manera? ¿Parte de qué?

Ya ves cuan difícil es discutir estas cosas cuando nuestro lenguaje completo es el lenguaje del individualismo con todos sus términos y sus supersticiones. La identidad es una ilusión, tú lo sabes. Pero no puedes edificar una casa nueva con ladrillos viejos, desmoronados. No puedes comprenderme completamente por medio de las concepciones del presente. Estamos envenenados con la superstición del

yo. No podemos saber lo que será bueno o malo en una sociedad altruista ni lo que sentiremos ni de qué manera. Debemos destruir primero el yo. Ésta es la causa por la cual el espíritu es tan poco digno de confianza. No debemos pensar. Debemos creer. Creer, Katie, aunque tu mente se oponga. No pensar. Creer. Confía en tu corazón, no en tu cerebro. No pienses. Siente. Cree.

Ella estaba sentada tranquila, compuesta, pero se parecía a algo que hubiese sido arrollado por un tanque. Dócilmente murmuró:

—Sí, tío Ellsworth..., yo..., yo no pensaba así. Quiero decir, que siempre creía que debía pensar... Pero tienes razón. Quiero decir, si la palabra que te quiero decir es justa, si hay una palabra... Sí, yo creeré... Trataré de comprender... No, no comprender...: sentir. Creer, quiero decir. Sólo que soy tan débil... Me siento siempre tan pequeña después que hablo contigo... Supongo que en una cosa tenía razón... Soy tan indigna... Pero no importa..., no importa...

Cuando a la noche siguiente sonó el timbre, el mismo Toohey salió a abrir la puerta. Sonrió cuando hizo pasar a Peter Keating. Esperaba que Keating lo viese después del juicio, sabía que tendría que ir. Pero lo esperaba antes. '

Keating entró titubeante. Sus manos parecían demasiado pesadas para sus brazos. Sus ojos estaban inflamados y la piel de su cara parecía floja.

—¡Hola, Peter! —dijo Toohey alegremente—
¿Quería verme? Entre. Tiene suerte. Tengo toda la tarde libre.

—No —dijo Keating—. Quería ver a Katie.

No miró a Toohey y no pudo ver su expresión detrás de los lentes. Éste exclamó:

—¿Katie? ¡Naturalmente! —respondió con viveza—
. Como nunca ha venido a visitar a Katie, no se me ocurrió, pero... Entre, creo que está en casa. Por este

lado. ¿No conoce su habitación? Segundo piso.

Keating se dirigió pesadamente al vestíbulo, golpeó en la puerta de Catherine y entró después que ella respondió. Toohey se quedó mirándolo cuando se fue, con el rostro pensativo. Catherine se puso en pie de un salto cuando lo vio. Se quedó atontada, incrédula, mirándolo un momento; después se lanzó a la cama para recoger una faja que había dejado allí, y la metió apresuradamente debajo de la almohada. Luego se quitó los lentes, los apretó en la mano y se los guardó en el bolsillo. Se preguntó qué sería mejor: quedarse como estaba o arreglarse la cara en su presencia.

No veía a Keating desde hacía seis semanas. En los últimos tres años se encontraban ocasionalmente a largos intervalos, habían comido juntos pocas veces y habían ido otras dos al cine. Siempre se habían visto en lugares públicos. Desde que conoció a Toohey, Keating no iba a visitarla. Cuando se encontraban, conversaban como si nada hubiese cambiado. Pero no hablaban de matrimonio desde hacía tiempo.

—¡Hola, Katie! —dijo Keating amablemente—. No sabía que usaras lentes.

—Nada más... que para leer..., yo... ¡Hola, Peter! Supongo que me hallarás horrible esta noche... Estoy encantada de verte...

Él se sentó de golpe, con el sombrero en la mano y el abrigo puesto. Ella se quedó sonriendo, desamparada. Después hizo con las manos un movimiento vago, circular y le preguntó:

—¿Es sólo por un momento o... quieres quitarte el abrigo?

—No, es por un momentito.

Keating se puso de pie, arrojó el abrigo y el sombrero sobre la cama, sonrió por primera vez y después le preguntó:

¿O estás ocupada y me quieres echar?

Apretó las palmas de las manos contra los ojos las dejó caer, luego, rápidamente. Ella lo encontró como siempre, y dijo como siempre:

—No, estoy completamente desocupada.

Keating estaba sentado y extendió el brazo, como haciendo una silenciosa invitación. Catherine fue hacia él, en seguida, puso su mano en la de él, y él la hizo sentar en el brazo del sillón.

La luz de la lámpara caía sobre él, y ella se había repuesto lo suficiente como para notar el aspecto del rostro de Keating.

—Peter —dijo—, ¿qué has hecho? Tienes una cara espantosa.

—Beber.

—¡No..., no digas eso!

—Sí, así es. Pero todo ha pasado.

—¿Qué ha sido?

—Quería verte a ti, Katie. Quería verte.

—Querido, ¿qué te han hecho?

—Nadie me ha hecho nada. Estoy bien ahora. Estoy bien porque he venido aquí... Katie, ¿has oído algo de Hopton Stoddard?

—¿Stoddard...? No sé. He visto el nombre en alguna parte.

—Bueno, no importa, no tiene importancia. Estaba pensando, solamente, qué extraño es. Imagínate, Stoddard es un viejo bastardo que no puede sostener más su propia podredumbre de manera que, para resarcirse de ello, edificó un inmenso regalo para la ciudad. Pero cuando yo..., cuando no me puedo sostener, la única manera de resarcirme es hacer lo que más me gusta, venir aquí.

—Cuando no puedes sostener... ¿qué, Peter?

—He hecho algo muy sucio, Katie. Te lo diré algún día, ahora no... Mira, ¿dirás que me perdonas sin preguntarme qué es? Yo creeré..., creeré que he sido

perdonado por alguien que nunca me puede perdonar. Alguien que no puede ser herido y que, por lo tanto, no puede perdonar, pero que resulta peor para mí.

Ella le parecía perpleja y dijo con gravedad:

—Te perdono, Peter.

Él asintió varias veces con la cabeza, y dijo:

—Gracias.

Pero ella apretó su cabeza contra la de él y murmuró:

—Has pasado por el infierno, ¿verdad?

—Sí; pero ahora todo está bien.

Keating la atrajo a sus brazos y la besó. Después no pensó más en el "Templo de Stoddard" y ella no pensó más en el mal ni en el bien. No tenían necesidad, se sentían demasiado puros.

—Katie, ¿por qué no nos hemos casado?

—No sé —dijo, y agregó apresuradamente, porque su corazón estaba herido, porque no podía quedar callada y porque sentía la obligación de no tomar ventaja sobre él—. Supongo que es porque nos dimos cuenta de que no teníamos prisa.

—Pero la tenemos. Si ya no es demasiado tarde.

—Peter..., ¿me lo propones otra vez?

—No te asombres tanto, Katie. Si te asombras, sabré que lo has dudado todos estos años. Y yo no podría soportarlo. Esto es lo que he venido a decirte esta noche. Vamos a casarnos en seguida.

—Sí, Peter.

—No necesitamos anuncios, fechas, preparaciones, invitados, nada de eso. Hemos dejado que esas cosas nos detengan cada vez. Yo, sinceramente, no sé cómo ocurrió que dejásemos pasar las cosas así... No se lo diremos a nadie. Saldremos secretamente de la ciudad y nos casaremos. Lo anunciaremos y lo explicaremos después, si alguien quiere explicaciones. Con eso me refiero a tu tío, a mi madre y a todo el mundo.

—Sí, Peter.

—Deja tu condenado trabajo mañana. Yo arreglaré las cosas en la oficina para tomarme un mes. Guy se enfurecerá como el diablo, eso me hará gozar. Ten las cosas preparadas, no necesitarás mucho; no te molestes en cuanto al arreglo. A propósito, ¿dijiste que estabas horrible esta noche? Nunca me has parecido más hermosa. Estaré aquí a las nueve de la mañana, pasado mañana. Está lista para salir entonces

—Sí, Peter.

Después que él se fue, Katie se echó en la cama sollozando fuerte, sin contención, sin dignidad, sin preocuparse del mundo.

Ellsworth Toohey había dejado abierta la puerta del estudio. Había visto a Keating pasar por delante de la puerta sin mirar, y salir. Después oyó los sollozos de Catherine. Se encaminó hacia la habitación de ella y entró sin llamar.

—¿Qué ocurre, querida? ¿Te ha ofendido Peter?

Ella se había incorporado en la cama, lo miraba, echó hacia atrás el pelo, sollozando alborozada. Dijo, sin pensar, la primera cosa que quería decir. Era algo que ella no comprendía pero que él entendió:

—¡Ya no tengo miedo, tío Ellsworth!

XIV

—¿Quién? —preguntó Keating, atónito.

—La señorita Françon —repitió la criada.

—Usted está borracha, ¡estúpida del diablo!

—¡Señor Keating...!

Se puso en pie, la apartó, voló al vestíbulo y vio que

Dominique Françon estaba en su piso.

—¡Hola, Peter!

—¡Dominique...! Dominique, ¿qué ha sucedido? En su mezcla de rabia, aprensión, curiosidad y placer halagado, su primer pensamiento consciente fue dar gracias a Dios porque su madre no estuviera en la casa.

—Llamé por teléfono a su oficina. Me dijeron que había salido para su casa.

—Estoy tan encantado, tan agradablemente sor... ¡Caramba, Dominique!, ¿para qué hablar de eso? Siempre soy correcto para usted y usted está tan lejos de eso que resulta perfectamente absurda. De manera que no haré el papel de huésped sorprendido. Se imaginará que me he quedado atontado y cualquier cosa que diga probablemente será una estupidez.

—Sí, eso es mejor.

Keating se dio cuenta de que tenía aún una llave en su mano, y se la metió en el bolsillo. Había estado preparando la maleta para su viaje de novios del día siguiente. Dio un vistazo a la habitación y notó con disgusto cuan vulgares parecían sus muebles junto a la elegancia de Dominique. Llevaba un traje gris, abrigo de piel negra, cuyo cuello le llegaba a la cara, y un sombrero inclinado hacia abajo. No estaba como en la Audiencia ni como él recordaba haberla visto en las cenas. De súbito pensó, en aquel momento, años atrás cuando estaba en el descanso de la escalera, junto a la oficina de Françon y no quiso volver a ver nunca más a Dominique. Ella era lo que antes había sido: una extraña que lo atemorizaba por la vivacidad cristalina de su rostro.

—Siéntese, Dominique. Quítese el abrigo.

—No, no estaré mucho rato. Desde el momento que hoy no tenemos nada que ocultarnos puedo decirle a qué he venido. ¿O quiere antes una conversación de

cortesía?

—No, no quiero una conversación de cortesía.

—Bien. ¿Quiere casarse conmigo, Peter?

Keating permaneció inmóvil, después se sentó súbitamente, porque se dio cuenta de que ella hablaba en serio.

—Si quiere casarse conmigo —confirmo con la misma voz, precisa e impersonal—, debe hacerlo ahora. Mi auto está abajo. Vamos a Connecticut y volvemos. Emplearemos tres horas.

—Dominique —No pudo mover los labios más que para pronunciar su nombre. Pensaba que se había paralizado. Sabía que estaba violentamente vivo, que estaba forzando el estupor en sus músculos y dentro de su mente porque quería escapar a la responsabilidad de la conciencia.

—No estamos fingiendo, Peter. Generalmente la gente discute sus razones y sus sentimientos primero, hace los arreglos prácticos. Entre nosotros, éste es el único medio. Si se lo ofreciera de otra forma, estaría estafándole. Debe ser así. Sin preguntas, sin condiciones, sin explicaciones. Lo que no decimos se contesta por sí mismo. No es necesario decirlo. No tiene nada que considerar; solamente si quiere o no.

—Dominique —dijo él con la concentración que sentía al andar por una viga desnuda en un edificio a medio construir—, sólo comprendo esto; que debo imitarla al no discutir, al no conversar. Sólo responder.

—Sí.

—Es que no puedo, casi.

—Éste es un momento en el que no hay defensa ninguna. Nada que se pueda ocultar. Ni siquiera palabras.

—Si dijera algo siquiera...

—No.

—Si me diese un poquito de tiempo...

—No. Bajamos ahora juntos, u olvidémoslo.

—No debe resentirse si yo... Nunca me permitió abrigar esperanzas, que yo pudiese..., no, no quisiera decirlo... pero ¿qué puede esperar que yo piense? Estoy aquí, solo, y...

—Yo soy también la única presente para aconsejarle. Mi consejo es que rechace mi proposición. Soy honrada con usted, Peter. Pero no le ayudaré retirando la oferta. Usted hubiera preferido no tener la oportunidad de casarse conmigo. Pero la tiene. Ahora la elección está a su cargo.

Él no pudo conservar más su dignidad. Dejó caer la cabeza y apretó los puños contra las sienes.

—Dominique... "¿por qué?"

—Usted conoce las razones. Se las dije una vez, hace tiempo. Si no tiene el valor de recordarlas, no espere que se las repita.

Se quedó inmóvil, con la cabeza gacha. Después dijo:

—Dominique, dos personas como nosotros se van a casar; es casi un acontecimiento para la primera página de los diarios.

—Sí.

—¿No sería mejor hacerlo adecuadamente, con un anuncio y una verdadera ceremonia nupcial?

—Yo soy fuerte, Peter, pero no tan fuerte como para eso. Usted puede después encargarse de las recepciones y de la publicidad.

—¿Y no me permite que diga nada ahora, nada más que sí o no?

—Eso es todo.

Se quedó contemplándola largo rato. La mirada de ella estaba en sus ojos, pero no tenía más realidad que la mirada de un retrato. Se sintió solo en la habitación. Ella permaneció esperando, paciente, sin concederle nada.

—Esta bien, Dominique. Sí —dijo al fin. Ella

inclinó la cabeza gravemente. Keating se levantó.

—Me pondré el abrigo. ¿Quiere que vayamos en su auto?

—Sí.

—¿Sin equipajes? ¿Volveremos a la ciudad?

—Volveremos inmediatamente.

Él dejó abierta la puerta que daba al vestíbulo y ella le vio ponerse el abrigo y arrollarse la bufanda al cuello como quien se coloca una capa sobre los hombros. Fue hasta la puerta del *living* sombrero en mano, y la invitó a salir, con un movimiento de cabeza. Apretó el botón del ascensor y se retiró para darle paso a ella primero. Estaba seguro de sí mismo, sin alegría, sin emoción. Parecía más fríamente varonil de lo que había sido antes.

La tomó del brazo, firme, protectoramente, para cruzar la calle hasta donde ella había dejado el coche. Abrió la puerta, dejó que ella se colocara junto al volante y él se situó silenciosamente a su lado. Ella se inclinó del lado de Keating y ajustó el parabrisas.

—Si no está bien —le dijo—, póngalo como quiera cuando estemos en marcha, de modo que no sienta demasiado frío.

Repentinamente desapareció el antagonismo entre ellos, y ya no hubo más que un tranquilo, desesperanzado sentimiento de camaradería, como si fueran víctimas de un mismo desastre impersonal y debieran ayudarse entre sí. Ella conducía a gran velocidad como de costumbre y a veces aceleraba la marcha sin ninguna necesidad. Permanecieron silenciosos en medio del zumbido uniforme del motor, y pacientes, sin cambiar la posición de los cuerpos cuando el coche tenía que detenerse a causa de las señales. Parecían arrastrados por una misma corriente de movimiento, por una bala que no pudiese ser detenida en su carrera. En las calles veíanse las primeras señales

del anochecer. El pavimento parecía amarillo. Un cine había iluminado su letrero y las rojas lamparillas alternaban sus luces haciendo desaparecer las últimas del día y dando más oscuridad a la calle.

Peter Keating no sentía ninguna necesidad de hablar. Parecía que ya no era Peter Keating. Ya no pedía cariño ni piedad. No pedía nada. Ella pensó en ello, una vez, y lo miró; era una mirada de apreciación casi gentil. Él la miraba constantemente a los ojos por el espejo. Dominique lo advirtió, pero no hizo comentarios.

Estaban fuera de la ciudad, en un camino frío y oscuro que se extendía ante ellos, cuando Keating habló:

—Los agentes de tráfico son muy exigentes por aquí. ¿Lleva el *carpet* de periodista para el caso de que nos detengan?

—No soy periodista ya.

—¿Dejó el empleo?

—No, me echaron.

—¿Qué me está diciendo?

—¿Dónde ha estado estos últimos días? Yo creí que todo el mundo lo sabía.

—Lo siento. No he seguido muy bien las noticias estos últimos días.

Algunas millas después ella dijo:

—Deme un cigarrillo. Están en mi cartera. Peter abrió la cartera y vio la caja de cigarrillos,

un estuche de polvos, el lápiz para los labios, un peine, un pañuelo doblado, demasiado blanco para tocarlo, débilmente oloroso con el perfume que emanaba de ella. Algo dentro de sí mismo pensó que era lo mismo que desabrocharle la blusa, pero el resto de su ser no tenía conciencia de aquel pensamiento ni del íntimo sentimiento posesivo con que abrió la cartera. Tomó un cigarrillo, lo encendió, se lo quitó de la boca y se lo puso en la de ella.

—Gracias —dijo Dominique.

Cuando llegaron a Greenwich, era él el que hacía las preguntas y decía por dónde debían ir. Doblaron en una esquina y él dijo:

—Aquí es.

Peter descendió primero y la ayudó a bajar del coche. Apretó el botón del timbre.

Se casaron en un *living* que ostentaba sofás de gastada tapicería azul y púrpura y una lámpara con flecos. Los testigos eran la esposa del juez y una mujer de la casa contigua llamada Chuck, que había sido interrumpida en sus tareas domésticas y olía ligeramente a jabón de lavar.

Volvieron al auto y Keating le preguntó:

—¿Estás cansada? ¿Quieres que conduzca?

—No, conduciré yo —dijo ella.

El camino que llevaba a la ciudad atravesaba campos secos y, hacía el lado del Oeste, cada cosa que se elevaba del suelo tenía una sombra de rojo fatigado. Una niebla purpúrea cubría las orillas de los campos y formaba inmóviles rayas rojas en el cielo. Pocos coches se cruzaban con ellos, como formas oscuras, todavía visibles; otros tenían las luces encendidas; dos molestos puntos amarillos.

Keating vigilaba el camino. Parecía estrecho: un pequeño guión en medio del parabrisas, limitado por tierras y colinas; todo ello aparecía en el rectángulo del vidrio que tenía delante. El camino ocupaba el vidrio y se abría para dejarlos pasar, corriendo en dos bandas grises a ambos lados del auto.

—¿Dónde viviremos ahora, al principio? —preguntó él—. ¿En tu casa o en la mía?

—En la tuya, se entiende.

—Yo preferiría mudarme a la tuya.

—No. Voy a dejar mi departamento.

—Posiblemente no te gustará el mío.

—¿Por qué no?

—No sé. No es adecuado para ti.

—Me gustará.

Estuvieron un rato silenciosos; después él preguntó:

—¿Cómo lo anunciaremos ahora?

—Del modo que más te guste. Te lo dejo a ti. Se iba poniendo más oscuro y ella encendió las

luces de los faros. Él observaba los pequeños borrones de los indicadores de tránsito, que de pronto aparecían, a la vista, al borde del camino, conforme se acercaban, indicando: "Doble a la izquierda", "Cruce al frente" en tildes de luz que parecían guiñar conscientes, malévolos.

Marchaban en silencio, pero ya no había lazos de unión en aquel silencio, no marchaban juntos al desastre; el desastre había ocurrido; el valor ya no interesaba. Él se sentía incómodo e indeciso, como se sentía siempre en presencia de Dominique Françon.

Volvió la cabeza para mirarla. Ella tenía los ojos puestos en el camino. Su perfil, contra el viento frío, era sereno y remoto, de una hermosura difícil de soportar. Le miró las enguantadas manos, que permanecían firmes, una a cada lado del volante. Miró hacia abajo, al fino pie que estaba sobre el acelerador; después sus ojos siguieron la línea de la pierna. Su mirada se detuvo en el estrecho triángulo que formaba su falda gris estirada. De pronto se dio cuenta de que tenía derecho a pensar lo que estaba pensando.

Por primera vez la realidad del matrimonio se le ocurrió total y consciente. Entonces comprendió que siempre había querido a aquella mujer, pero que su sentimiento era el que podía experimentar por una prostituta, un sentimiento desesperado, vicioso. "Mi esposa", pensó por primera vez, sin una traza de respeto en la palabra. Sintió un deseo violento.

Pasó la mano por detrás del asiento y rodeó su

espalda, tocándola apenas con los dedos. Ella no se movió, ni se molestó, ni se volvió para mirarle. Sacó su brazo y se quedó mirando al frente.

—Señora de Keating —dijo en voz baja, sin dirigirse a ella, tan sólo como el reconocimiento de un hecho.

—Señora de Peter Keating —dijo ella. Cuando se detuvieron frente a la casa de Peter, él bajó y le abrió la puerta, pero ella siguió sentada al volante.

—Buenas noches, Peter. Te veré mañana. —Y agregó, antes que la expresión del rostro de Peter se tornase en una blasfemia obscena—: Enviaré mañana mis cosas y entonces lo discutiremos todo. Todo empezará mañana, Peter.

—¿Adonde vas?

—Tengo que arreglar algunas cosas.

—Pero ¿qué diré a la gente esta noche? Dominique se encogió de hombros.

—Lo que quieras, si tienes algo que decir. Puso en marcha el automóvil y se alejó.

Cuando aquella noche entró en la habitación de Roark, él se sonrió. No era la sonrisa débil y habitual con que reconocía que la estaba esperando, sino una sonrisa que habla de espera y de dolor.

No la había visto desde el día del juicio. Ella había abandonado la sala de Audiencia después de su declaración, y él no había tenido noticias de ella desde entonces. Había ido a su casa, pero la sirvienta le había dicho que la señorita Françon no podía recibirlo.

Lo miró y se sonrió. Era, por primera vez, como un gesto de aceptación, como si la presencia de él resolviera todas las cosas, contestara todas las preguntas.

Estuvieron callados, uno frente al otro, y ella pensó que las palabras más hermosas eran aquellas que ni eran

necesarias.

Cuando él se movió, le dijo:

—No hablemos nada del juicio. Después.

La mañana siguiente ella lo observó cómo se movía por la habitación. Vio la agotada lasitud de sus movimientos; pensó en lo que le había quitado y la pesadez de sus manos le dijo que su propia fuerza estaba ahora en sus nervios, como si se hubiese cambiado la energía.

Él permaneció en el otro extremo de la habitación, de espaldas a ella, por un instante, y entonces le dijo con voz tranquila y baja

—Roark.

Se volvió hacia ella como si hubiese esperado y quizás adivinado el resto.

Ella estaba en mitad de la habitación, como había estado en su primera noche, solemnemente compuesta para la realización de un rito.

—Te quiero, Roark.

Era la primera vez que decía esto. Vio en el rostro de Roark el reflejo de sus próximas palabras antes de haberlas pronunciado.

—Me casé ayer. Con Peter Keating.

Habría resultado más fácil si hubiese visto a un hombre que retorció su boca para sofocar un sonido, cerrando sus puños y retorciéndolos en defensa de sí mismo. Pero no fue fácil, porque no le vio hacer eso; sin embargo, se dio cuenta de que lo estaba haciendo, sin el consuelo de un gesto físico.

—Roark... —murmuró dulcemente asustada.

—Estoy bien —dijo él. Después agregó—: Por favor, espera un momento... Está bien, continúa.

—Roark, antes de conocerte siempre había temido algo que se te asemejara, porque sabía que tendría que ver lo que ocurrió en la sala de Audiencia y que tendría que hacer lo que hice. Me disgustó hacerlo porque

defenderte era insultarte y era un insulto para mí misma el que tú tuvieses necesidad de ser defendido... Roark, no puedo aceptar nada, excepto aquello que parezca más fácil para la mayoría de la gente: el término medio, el casi, el más o menos, el entre uno y otro. Ellos pueden tener sus justificaciones. No sé. No quiero averiguarlo. Sé que es la única cosa que no me ha sido dado comprender. Cuando pienso en lo que eres, no puedo aceptar ninguna realidad salvo la de un mundo de tu especie. O, al menos, un mundo en el cual tengas oportunidad de luchar en un combate en tus propios términos. Eso no existe. Y yo no puedo vivir una vida dividida entre lo que existe y... tú. Significaría luchar contra cosas y hombres que no merecen ser tus adversarios. Tu lucha, usando sus métodos... eso es una profanación demasiado horrible. Significaría hacer para ti lo que he hecho para Peter Keating: mentir, halagar, evadir, comprometer, hacer de celestina con todos los ineptos, para rogarles que te den una ocasión, que te permitan vivir, trabajar rogarles; Roark; no reírse de ellos, y temblar porque tienen el poder de herirte. ¿Soy demasiado débil porque no puedo hacer esto? No sé cuál es la fuerza mayor: aceptar todo esto para ti... o amarte tanto que lo demás sea inaceptable. No sé. Te quiero demasiado.

La contempló aguardando. Ella sabía que Roark lo había comprendido desde hacía tiempo, pero tenía que decirlo.

—Tú no te das cuenta de lo que son ellos. Yo no puedo evitarlo. Te quiero. El contraste es demasiado grande, Roark; tú no ganarás, ellos te destruirán, pero yo no estaré aquí para verlo. Me habría destruido a mí misma antes. Éste es mi único gesto de abierta protesta ¿Qué más podría ofrecerte? ¡Las cosas que la gente sacrifica son tan pequeñas! Te daré mi matrimonio con Peter Keating. No me permitiré la dicha en este mundo.

Llevaré el sufrimiento conmigo. Ésta será mi contestación a ellos y mi ofrenda para ti. Probablemente no volveré a verte. Trataré de que no ocurra, pero viviré para ti en cada minuto, en cada acto vergonzoso que haga; viviré para ti a mi propia manera, en la única manera que pueda.

Él hizo ademán de hablar, y ella dijo:

—Espera. Déjame terminar. Tú puedes decir: ¿Por qué no te matas entonces? Porque te amo. Porque tú existes. Esto solo es bastante para que no me mate. Y puesto que debo vivir, para saber que tú vives, viviré en el mundo así con la forma de vida que esto demanda. No término medio, sino completamente. No suplicando y huyendo de esto, sino saliendo a buscarlo, sufriendo el dolor y la fealdad, siendo la primera en elegir lo peor. No como la esposa de un ser humano medio decente, sino la esposa de Peter Keating. Y solamente dentro de mi propia mente, sólo donde nadie pueda tocarlo, manteniéndolo sagrado, bajo la protección del muro de mi propia degradación, estará el pensamiento en ti y el conocimiento de ti, y me diré a mí misma "Howard Roark", de cuando en cuando, y sentiré que mereceré decirlo.

Se quedó delante de él con la cara levantada. Sus labios no estaban contraídos, sino suavemente cerrados, aunque la forma de la boca era demasiado precisa en su rostro, una forma de dolor, de ternura y de resignación.

Vio en su rostro sufrimientos que habían envejecido como si hubiesen sido parte de él durante mucho tiempo, porque eran aceptados y se parecían, no a una herida, sino a una cicatriz.

—Dominique, ¿y si te dijese ahora que anulases ese matrimonio, de súbito, que olvidases el mundo, mi lucha, que no sintieses ira, ni preocupación, ni esperanza, sino que vivieses para mí por la necesidad que tengo de ti, como esposa, como mi propiedad...?

Él vio en su rostro lo que ella había visto en el suyo cuando le habló del matrimonio, pero no estaba atemorizado y lo observaba con calma.

Después de un momento ella contestó, y las palabras no procedían de sus labios; era como si sus labios estuvieran forzados a unir los sonidos que venían de afuera:

—Te obedecería.

—Ahora ves por qué no quiero hacerlo. No trataría de detenerte. Te quiero, Dominique. —Ella cerró los ojos, y el continuó—: ¿Preferirías no haberlo escuchado ahora? Pero quería que lo oyese. Nosotros no necesitamos decirnos nada cuando estamos juntos. Esto es para cuando no estemos juntos. Te quiero, Dominique. Con tanto egoísmo como el hecho de que yo existo. Con tanto egoísmo como mis pulmones respiran aire. Yo respiro para alimentar mi cuerpo, para mi propia supervivencia, para mis propias necesidades. Te hubiese dado no mi sacrificio ni mi piedad, sino mi propio yo y mi desnuda necesidad. Ésta es la única forma en que puedes desear ser amada. Éste es el único modo en que quiero amarte. Si te casaras conmigo ahora, yo representaría toda tu existencia, pero entonces no te querría. Tú no te querrías a ti misma y así no me querrías mucho tiempo. Para decir: "Yo te amo", uno debe saber primero cómo decir "yo". El sometimiento que podría obtener de ti no me daría ahora nada más que un armatoste. Si te lo pidiese, te habría destruido. Por eso no quiero detenerte. Te dejaré ir con tu marido. No sé cómo viviré esta noche, pero viviré. Te quiero enteramente, como yo soy, como permaneceré en la batalla que he elegido. Una batalla no es altruista nunca.

Ella escuchó la mesurada tensión de sus palabras; era para él más duro pronunciarlas que para ella escucharlas. De modo que las escuchó.

—Debes aprender a no temer al mundo. No ser

apresada por él como estás ahora. No ser herida por él como te ocurrió en la Audiencia. No puedo ayudarte. Tú tienes que encontrar tu propio camino. Cuando lo encuentres, volverás hacia mí. Ellos no te destruirán, Dominique. Y no te destruirán... Tú triunfarás, porque has elegido el camino más arduo para liberarte del mundo. Yo te esperaré. Te quiero. Lo digo por todos los años que tendremos que esperar. Te quiero, Dominique.

Después la besó y la dejó partir.

XV

A las nueve de aquella mañana, Peter Keating estaba paseando por su habitación, con la puerta cerrada con llave. Olvidó que eran las nueve y que Catherine lo estaba esperando. Se había olvidado de ella y de lo que significaba.

Tenía cerrada la puerta de su habitación para protegerse de su madre. La noche anterior, al ver su furiosa intranquilidad, lo había forzado a decir la verdad. Le dijo que se había casado con Dominique Françon y agregó, a modo de explicación, que Dominique se había ido de la ciudad para anunciar el casamiento a unos parientes viejos. Su madre estuvo tan ocupada con los suspiros de alegría y con las preguntas, que él logró ocultar su pánico; no tenía la certidumbre de que su esposa volviera por la mañana.

Le prohibió a su madre anunciar la nueva, pero ella hizo algunas llamadas telefónicas por la noche y algunas más por la mañana, y el teléfono sonaba constantemente, con voces ansiosas que preguntaban: "¿Es verdad?", derramando sonidos de asombro y de

felicidad. Atendiendo a los nombres y a la posición de las personas que hablaban, Keating podía apreciar cómo se extendía la noticia en los vastos círculos de la ciudad. No quiso acudir al teléfono. Le pareció que cada rincón de Nueva York estaba anegado con la celebración y que él solo, oculto en el hermético arcón de su pieza, estaba frío, perdido y aterrado.

Era casi mediodía cuando sonó el timbre y se llevó las manos a los oídos para no saber quién era y qué quería. Entonces oyó la voz de su madre, estridente de alegría, que parecía embarazada y tonta:

—Peter querido, ¿no quieres salir a besar a tu esposa?

Saltó al vestíbulo y allí encontró a Dominique quitándose su abrigo de visón. Su piel arrojaba a las narices una ola de aire frío de la calle impregnado de perfume. Sonreía con corrección y mirándole le dijo:

—Buenos días, Peter.

Él sintió alivio por un instante, y revivió en aquel momento todas las llamadas telefónicas, y sintió el triunfo al cual le daban derecho. Se movió como un hombre en la arena de un estadio abarrotado; sonrió como si sintiera el rayo de un arco de luz jugueteando en los pliegues de su sonrisa y dijo:

—¡Querida Dominique, es como un sueño que se hace realidad!

Dominique pareció alegrarse y dijo:

—Lamento que no me hayas llevado en brazos a través del umbral, Peter.

Él no la besó, pero la tomó del brazo y le besó la mano con una ternura íntima y casual. Vio que su madre estaba allí y dijo con gesto de triunfo:

—Mamá..., Dominique Keating.

Vio que su madre la besaba. Dominique le devolvió los besos gravemente.

La madre de Peter decía con palabras entrecortadas:

—¡Querida, soy tan feliz, tan feliz, tan feliz...! ¡Dios la bendiga; no tenía idea de que fuera tan hermosa!

Peter no sabía qué hacer, pero Dominique lo dispuso simplemente, sin darles tiempo para que se sorprendieran. Entró en el *living* y dijo:

—Primero almorzaremos y después me mostrarás la casa, Peter. Mis cosas estarán aquí dentro de una hora, más o menos.

La señora de Keating resplandeció de alegría:

—El almuerzo está listo para los tres, señorita Fran...

—Se detuvo—. Querida, ¿cómo debo llamarla? Señora de Keating o...

—Dominique, por supuesto —contestó sin sonreírse.

—¿Vamos a anunciar, a invitar a alguien, a... — empezó a decir Keating.

Pero Dominique le interrumpió:

—Después, Peter. Se anunciará solo,

Más tarde, cuando llegó el equipaje, vio que ella andaba por el dormitorio sin titubear. Dio órdenes a la criada acerca de cómo debía colgar su ropa, y le pidió que la ayudase.

La señora Keating miraba confundida.

—Pero, chicos, ¿no vais a salir? Todo ha sido repentino y romántico, pero... ¿no vais a tener luna de miel?

—No —repuso Dominique—. No quiero alejar a Peter de su trabajo.

—Es temporal, por supuesto, Dominique. Tendremos que mudarnos a otro piso más grande. Quiero que tú lo elijas.

—¿Por qué? No —dijo ella—. No creo que sea necesario. Nos quedaremos aquí.

—Me mudaré yo —ofreció generosamente la madre, sin pensar, apurada por el temor dominante que sentía ante Dominique—. Buscaré un pequeño alojamiento para mí.

—No —agregó Dominique—. Preferiría que no lo hiciese. No quiero cambiar nada. Quiero acomodarme así a la vida de Peter.

—¡Qué amable es usted! —dijo la madre, sonriendo, mientras Peter pensaba que no era una buena idea la de Dominique.

La señora Keating se dio cuenta de que cuando se hubiese recobrado odiaría a su nuera. Podía haber aceptado su arrogancia, pero no podía perdonarle su grave fineza.

El teléfono sonó. El jefe de dibujantes de la oficina de Keating le felicitó y le dijo:

—Acabamos de saberlo, Peter, y Guy está completamente pasmado. Yo creí que usted iba a llamarle, o venir aquí, o algo por el estilo.

Keating corrió a la oficina, contento de escapar de su casa por un momento. Entró con la perfecta figura resplandeciente de un joven amante. Sonrió y estrechó manos en la sala de dibujo, entre las felicitaciones efusivas y algunas alusiones licenciosas. Después se encaminó apresuradamente hacia la oficina de Françon.

Cuando entró, se sintió extrañamente culpable un instante, y vio la sonrisa en la cara de Françon, una sonrisa como una bendición. Le golpeó cariñosamente las espaldas a Françon y murmuró:

—¡Soy tan feliz, Guy, tan feliz...!

—Siempre lo esperé —dijo Françon tranquilamente—, pero ahora estoy contento. Ahora es justo que todo sea suyo, toda esta habitación, todo, en seguida.

—¿Qué me está diciendo?

—Vamos, usted puede comprender. Estoy cansado, Peter. Usted sabe, llega el tiempo en que uno se siente cansado en forma terminante, y entonces... No, usted no comprendería, es demasiado joven. Pero, ¡diablos!, Peter, ¿para qué sirvo yo aquí? Lo curioso de todo esto

es que no puedo ni siquiera preocuparme por ser de alguna utilidad... Me gusta ser sincero, a veces. Es una hermosa clase de sentimientos... Bueno, de cualquier modo, tardaré un año o dos, pero después me retiraré. Después, todo será suyo., Podría divertirme quedándome aquí un poquito más..., me gusta el lugar..., es muy frecuentado..., se está tan bien, la gente nos respeta..., era una buena firma, "Françon y Heyer", ¿no era así? ¿Qué diablos estoy diciendo? "Françon y Keating." Después será sólo "Keating"... Peter — preguntó amablemente—, ¿por qué no parece feliz?

—Naturalmente que soy feliz, estoy muy agradecido por todo eso; pero ¿por qué tiene que pensar en retirarse, ahora?

—No quiero decir eso. Lo que quiero decir es: ¿Por qué no se siente satisfecho cuando le digo que todo será suyo? Me hubiera gustado... que esto le hubiera hecho dichoso.

—¡Por el amor de Dios, Guy, se está volviendo flojo...!

—Esto es muy importante para mí..., que se sienta feliz con lo que le digo. Tendría que sentirse orgulloso. Y no lo está, no lo está, Peter, ¿por qué?

—Bueno, ¿quién no lo estaría?

No miró a Françon. No podía soportar el tono de súplica de su voz.

—Sí, ¿quién no lo estaría? Naturalmente... Y usted, ¿lo está, Peter?

—¿Qué quiere usted? —preguntó Keating.

—Quiero que se sienta orgulloso de mí, Peter — contestó Françon, humilde, simple, desesperadamente—. Quiero saber que yo he cumplido con algo. Quiero sentir que algún significado tuvo mi vida. Al fin de cuentas, quiero estar seguro de que nada ha sido inútil.

—¿No está seguro de eso? ¿No está seguro? Los ojos de Keating eran asesinos, como si Françon hubiese

sido, de súbito, un peligro para él.

—¿Qué pasa, Peter? —preguntó suavemente, con indiferencia.

—¡Vaya al diablo, no tiene derecho a no estar seguro! A su edad, con su nombre, con su prestigio, con su...

—Quiero estar seguro, Peter. He trabajado muy duramente.

—¡Pero no está seguro! —Se había puesto furioso y estaba asustado, de manera que quería herir, y arrojó con fuerza la única cosa que más podía herirle, olvidando que se hería a sí mismo, no a Françon, que Françon no lo sabría, nunca lo había sabido, ni siquiera sospechado—: Bueno, conozco a alguien que estará seguro al fin de su vida; estará tan completamente seguro que por eso me gustaría cortarle su condenado cuello.

—¿Quién? —preguntó Françon, tranquilo, sin interés.

—¡Guy! ¡Guy! ¿Qué pasa entre nosotros? ¿De qué estamos hablando?

—No sé —respondió. Parecía cansado. Aquella noche, Françon fue a cenar a casa de Keating. Estaba vestido con mucha elegancia y resplandecía con su vieja galantería cuando besó la mano de la señora de Keating. Pero se puso serio cuando felicitó a Dominique y no halló nada que decirle; tenía una mirada suplicante cuando la miró a la cara. En lugar de la burla brillante y cortante que esperaba, encontró comprensión. Ella no dijo nada, pero se inclinó y le besó la frente un segundo más de lo que la formalidad requería. Françon sintió una cálida ola de gratitud, y entonces se asustó.

—Dominique —murmuró; los otros no podían oírlo—, ¡qué terriblemente desgraciada debes de ser...!

Ella se rió, alegre, tomándole del brazo:

—¿Por qué, papá? ¿Cómo puedes decir eso?

—Perdóname —suplicó—, soy bastante estúpido. Esto es maravilloso...

Las amistades fueron aquella noche sin ser invitadas y sin anunciarse. Todos los que habían oído la noticia se sentían privilegiados y fueron. Keating no sabía si se alegraba de verles o no. Todo parecía bien mientras duraba la alegre confusión. Dominique se comportaba exquisitamente. Él no notó un solo gesto de sarcasmo en sus modales.

Era tarde cuando partió el último huésped, y ellos se quedaron solos entre los ceniceros llenos y las copas vacías. Estaban sentados en los extremos opuestos del *living*, y Keating trataba de retrasar el momento de pensar en lo que tenía que pensar en aquel instante.

—Está bien, Peter —dijo ella, levantándose—. Quitémonos esta preocupación de encima.

Cuando estuvo en la oscuridad, junto a ella, y cumplió su deseo, se quedó más hambriento que nunca, porque el cuerpo inmóvil de Dominique no había reaccionado, ni siquiera con asco. Estaba derrotado en el único acto de maestría que había esperado imponerle.

Las primeras palabras que murmuró fueron:

—Vete al diablo.

De parte de ella no sintió ningún movimiento. Entonces recordó el descubrimiento borrado de su mente por los momentos de pasión.

—¿Quién fue él? —preguntó.

—Howard Roark —respondió ella.

—Está bien —dijo él.

Encendió la luz. La vio que yacía todavía desnuda, con la cabeza hacia atrás. Su rostro era tranquilo, inocente, puro. Mirando al techo, con voz gentil, le dijo:

—Peter, puedo hacer esto..., puedo hacer cualquier cosa ahora...

—Si crees que voy a molestarte a menudo, si ésta es tu idea de...

—Tan a menudo o tan raramente como tú quieras, Peter.

A la mañana siguiente, al entrar en el comedor para tomar el desayuno, Dominique encontró una caja de flores, larga y blanca, colocada sobre su plato.

—¿Qué es esto —le preguntó a la sirvienta.

—La han traído esta mañana, señora, con instrucciones de ponérsela sobre la mesa del desayuno.

La caja estaba dirigida a la señora de Keating. Dominique la abrió. Contenía frescas ramas de lilas blancas, que en aquella época del año eran más extravagantemente lujosas que las orquídeas. Había una tarjetita con un nombre inscrito con grandes letras que todavía conservaban la calidad del movimiento precipitado de la mano, como si las letras se estuviesen riendo todavía en la cartulina: "Ellsworth M. Toohey."

—¿Qué hermoso! —dijo Keating—. Estoy asombrado de que no hayamos sabido nada de él ayer.

—Haga el favor de ponerlas en agua, Mary —ordenó Dominique, entregándole la caja a la criada.

Por la tarde, Dominique le habló por teléfono a Toohey para invitarlo a cenar.

La cena se celebró unos días más tarde. La madre de Keating fingió algunos compromisos previos y se fue. Se lo explicó a sí misma convenciéndose de que necesitaba tiempo para irse acostumbrando al nuevo orden de cosas. De manera que había sólo tres cubiertos preparados sobre la mesa del comedor, velas en candelabros de cristal y un centro de mesa de flores azules.

Cuando Toohey entró, se inclinó hacia los anfitriones con un ademán característico de las recepciones cortesanías. Dominique parecía una dueña de casa aristocrática, que siempre hubiera sido tal, a la que era imposible imaginarse en forma diferente.

—¿Qué le parece, Ellsworth? ¿Qué le parece? —

preguntó Keating con un ademán que abarcaba el vestíbulo, el aire y a Dominique.

—Mi querido Peter, dejemos a un lado lo evidente. Dominique pasó al *living*. Llevaba un vestido de

noche que consistía en una blusa blanca de satén cortada en forma de chaqueta de hombre y una falda larga negra, sencilla como su lustrado cabello. Un estrecho cinturón parecía confirmar que dos manos podían abarcarla completamente o dividir su figura en dos, sin mucho esfuerzo. Las mangas, cortas, dejaban sus brazos al desnudo, y llevaba una sencilla pulsera de oro, demasiado grande y pesada para la delgada muñeca. Tenía una apariencia de elegancia convertida en perversión, un aire de madurez astuta y peligrosa, pese a su rostro de muchacha muy joven.

—Ellsworth, ¿no es maravilloso? —dijo Keating mirando a Dominique como quien mira la anotación de un gran depósito en el Banco.

—No menos de lo que yo esperaba —agregó Toohey—. Y nada más, Peter.

En la mesa, Keating habló casi exclusivamente; parecía dominado por el delirio de charlar. Se volvía conversando con el abandono sensual de un gato que juega.

—En realidad, Ellsworth, fue Dominique quien le invitó; yo no le pedí que lo hiciera. Usted es nuestro primer invitado de honor. Yo creo que es maravilloso. Mi esposa y mi mejor amigo. Yo siempre tuve la estúpida idea de que Dominique y usted no se querían. ¡Sabe Dios de dónde saqué esta idea! Pero esto me hace inmensamente feliz... Los tres juntos...

—Entonces, usted no cree en las matemáticas, ¿verdad, Peter? ¿Por qué está sorprendido? La combinación de ciertos números tiene que dar ciertos resultados determinados. Dadas tres entidades como Dominique, usted y yo, ésta tenía que ser la suma

inevitable.

—Dicen que tres es una multitud —dijo Keating, sonriendo—. Pero es una tontería. Dos es mejor que uno y, a veces, tres es mejor que dos; depende.

—La única cosa equivocada en ese viejo dicho —dijo Toohey— es la implicación errónea de que una multitud es un término de oprobio. Es más bien lo opuesto. Como lo está descubriendo usted tan alegremente. Yo podría agregar que el tres es el número místico más importante. Por ejemplo: la Santísima Trinidad. O el triángulo, sin el cual no tendríamos la industria del cine. Hay tantas variaciones sobre el triángulo, que no son necesariamente desdichadas. Como nosotros tres, sirviendo yo de hipotenusa, casi una sustitución apropiada desde que estoy remplazando a mi antípoda. ¿No lo cree así, Dominique?

Estaban terminando el postre cuando Keating fue llamado al teléfono. Podían oír su voz impaciente en la habitación contigua, dando órdenes a un dibujante que estaba trabajando en un trabajo urgente y necesitaba ayuda.

Toohey se volvió, miró a Dominique y se sonrió. La sonrisa dijo todo lo que la conducta de Dominique no le había permitido decir antes. No hubo ninguna impresión visible en su rostro mientras ella sostenía su mirada, pero existió un cambio de expresión, como si ella estuviera reconociendo sus intenciones en lugar de rechazar el comprenderlas. Él hubiera preferido la mirada cerrada de la negativa. La aceptación era infinitamente más burlesca.

—¿Así que ha vuelto al redil, Dominique? .

—Sí, Ellsworth.

—¿Ya no hay más demandas de misericordia?

—¿Le parece que serán necesarias?

—No. La admiro, Dominique... ¿Le gusta? Me imagino que Peter no es del todo malo, aunque no es tan

bueno como el hombre en el cual los dos estamos pensando, que es, probablemente, superlativo.

—¿De qué está hablando, Ellsworth?

—Vamos, querida. El tiempo de fingir ha pasado, ¿no es verdad? Usted se enamoró de Roark desde el primer momento que lo vio en el salón de Kiki de Holcombe. ¿Puedo ser franco? Usted quiso casarse con él, pero él no habría querido ni escupirla; de ahí todo su comportamiento subsiguiente.

—¿Eso es lo que usted creyó? —preguntó ella con calma.

—¿No resulta evidente? La mujer desdeñada. Tan evidente como el hecho de que Roark tenía que ser el hombre que usted quisiese. Que lo quiso del modo más primitivo. Y que él nunca se dio cuenta de que usted existía.

—Yo lo he sobreestimado, Ellsworth.

Ella había perdido todo interés en su presencia, hasta la necesidad de precaución. Parecía aburrída. Frunció el ceño, perpleja.

Keating volvió. Toohey le palmeó la espalda cuando pasaba para ir a su asiento.

—Antes de irme, Peter, tenemos que hablar de la reconstrucción del "Templo de Stoddard". Yo quisiera que usted emprendiera eso también.

—¿Ellsworth...! —contestó él.

—Toohey sonrió.

—No se sofoque, Peter. Sólo una pequeña vulgaridad profesional. Dominique perdonará. Ella es una ex periodista.

—¿Qué le ocurre, Toohey? —preguntó Dominique—. ¿Se siente muy desesperado? Las armas que usa no son las que está acostumbrado a emplear.

—Se levantó—. ¿Tomaremos el café en el salón o en el *living*?

Hopton Stoddard agregó una suma generosa a la sentencia que había condenado a pagar a Roark, y el "Templo Stoddard" fue reconstruido para su nuevo fin por un grupo de arquitectos elegidos por Ellsworth Toohey: Peter Keating, Gordon L. Prescott, John Erik Snyte y un tal Gus Webb, un muchacho de veinticuatro años, al cual le agradaba decirles obscenidades a las mujeres distinguidas que pasaban por la calle, y que nunca había hecho ningún trabajo arquitectónico propio. Tres de estos hombres tenían una buena reputación social y profesional: Gus Webb no tenía nada; por esta causa, Toohey lo incluyó entre los otros. Gus Webb hablaba a gritos y tenía excesiva confianza en sí mismo. Decía que no tenía miedo a nada y así lo hacía sentir. Todos eran miembros del Consejo de Constructores Estadounidenses.

El Consejo de Constructores Estadounidenses había crecido. Después del pleito de Stoddard hubo muchas discusiones serias en el club de la CAA. La actitud de la CAA hacia Ellsworth Toohey no había sido cordial, particularmente desde la constitución de su Consejo. Pero el juicio produjo un cambio sutil. Muchos miembros hacían notar que el artículo de "Una vocecita" había sido la causa del pleito y que un hombre que podía forzar a los clientes a pleitear, era un hombre que debía ser tratado con precaución. De manera que se sugirió que Ellsworth Toohey fuera invitado a hablar en una de las comidas de la CAA. Algunos miembros se opusieron; Guy Françon entre ellos. El objetante más apasionado era un arquitecto joven que pronunció un elocuente discurso, temblando por la turbación de hablar en público por primera vez. Dijo que admiraba a Ellsworth Toohey y siempre había estado de acuerdo con las ideas sociales que sustentaba, pero si un grupo advertía que una persona estaba conquistando poder sobre él, era el momento de combatir a esa persona. La

mayoría lo venció. Ellsworth Toohey fue invitado para hablar en un almuerzo. El auditorio fue enorme y Toohey pronunció un discurso astuto y gracioso. Muchos miembros de la CAA se hicieron socios del Consejo de Constructores Estadounidenses; de ellos, John Erik Snyte fue el primero.

Los cuatro arquitectos encargados de la reconstrucción del "Templo de Stoddard" se encontraron en la oficina de Keating alrededor de una mesa sobre la cual extendieron el papel heliográfico, fotografías de los planos originales de Roark obtenidos por el contratista y un modelo en arcilla que Keating había mandado hacer. Hablaron de la depresión y de los efectos desastrosos que tenía en la industria de la construcción; hablaron de mujeres, y Gordon L. Prescott contó algunos chistes obscenos. Después, Gus Webb levantó el puño y lo dejó caer sobre el tejado del modelo, que, como no estaba seco aún, se extendió en una masa chata.

—Bueno, muchachos —dijo—, vamos a trabajar.

—Gus, condenado, eso cuesta dinero —dijo Peter Keating.

—Bueno —dijo Gus—, nosotros no lo pagamos. Cada uno tenía un conjunto de fotografías de los

diseños originales con la firma de Howard Roark visible en el ángulo. Pasaron muchas noches y muchas semanas haciendo sus propias versiones de acuerdo con los originales, rehaciendo y mejorando. Emplearon más tiempo de lo necesario. Hicieron más cambios de los que se requería. Parecía que encontrasen placer en hacerlo. Al fin juntaron las cuatro versiones e hicieron una combinación cooperativa. Ninguno de ellos había gozado tanto en un trabajo. Tuvieron largas y cordiales conferencias. Hubo desacuerdos de escasa importancia, como cuando Gus Webb dijo:

—¡Diablo, Gordon!, si la cocina es la suya, entonces

los *water closets* tienen que ser los míos.

Pero no eran nada más que superficiales escaramuzas. Tenían un sentido de unidad y sentían un afecto ansioso los unos por los otros; era una especie de hermandad capaz de hacer que un hombre soportara la máxima tortura policíaca antes de denunciar a un compañero. El "Templo Stoddard" no fue destruido, pero su estructura fue transformada en cinco pisos que contenían dormitorios, escuelas, enfermerías, cocinas y lavaderos. El vestíbulo de entrada estaba pavimentado con mármol encarnado. Las escaleras tenían barandas de aluminio trabajadas a mano; los baños estaban rodeados de vidrio, las salas de recreo tenían columnas corintias doradas. Las inmensas ventanas no fueron tocadas, fueron simplemente divididas por la línea de los pisos. Los cuatro arquitectos habían decidido realizar un efecto de armonía y por esta razón no emplearon ningún estilo histórico en su pura forma. Peter Keating diseñó el pórtico semidórico de mármol blanco que se erguía en la entrada principal y los balcones venecianos, para los cuales fueron cortadas puertas nuevas. John Erik Snyte diseñó el pequeño capitel semigótico coronado con una cruz y las franjas de hojas de acanto estilizadas que estaban esculpidas en la piedra de las paredes externas. Gordon L. Prescott diseñó la cornisa de estilo semi-Renacimiento y la terraza cubierta de vidrio que se proyectaba desde el tercer piso. Gus Webb diseñó una ornamentación cubista que encuadraba las ventanas originales y el letrero moderno de neón luminoso, sobre el tejado, que decía: "Casa de Hopton Stoddard para niños anormales."

—¡Va a estallar una revolución —dijo Gus Webb mirando el edificio terminado—, y cada chico del país tendrá una casa como ésta!

La forma original de la construcción se podía discernir. No era como un cadáver cuyos fragmentos se

hubiesen desparramado sin misericordia, sino como un cadáver que hubiese sido hecho pedazos para reunir sus trozos otra vez.

Los ocupantes llegaron a la casa en el mes de setiembre. Toohey eligió un pequeño cuerpo de expertos, pero le fue más difícil hallar niños suficientemente dotados para ocuparla. A la mayoría los tuvieron que sacar de otras instituciones. Sesenta y cuatro niños, cuyas edades variaban entre tres y quince años, fueron elegidos por activas señoras, llenas de amabilidad, que rechazaron a los que se podían curar y seleccionaron los casos desesperados. Había un muchacho de quince años que no había aprendido a hablar; un chiquillo gesticulante y enteco al que no se le podía enseñar a leer y a escribir; una chica que había nacido sin nariz; un ser llamado Jackie, cuya edad y cuyo sexo nadie podía asegurar. Entraron en la nueva casa con los ojos perdidos en el vacío; era la mirada de la muerte, ante la cual ningún mundo existía.

En las noches de verano, los chicos de los barrios pobres de las cercanías se introducían a hurtadillas en el parque del "Hogar Stoddard" espionando ansiosamente en las salas de recreo, en los gimnasios, en la cocina, por detrás de los grandes ventanales. Estos chicos tenían trajes mugrientos y caras sucias, pequeños cuerpos ágiles, gestos impertinentes, ojos brillantes y una inteligencia magnífica, imperiosa, anhelante. Las damas encargadas del Hogar los echaban con exclamaciones iracundas, llamándolos pequeños gangsters.

Una vez al mes, una delegación de protectores iba a visitar el Hogar. Era un grupo distinguido cuyos nombres figuraban en las guías sociales, aunque no figuraban allí por ningún mérito personal. Era un grupo con abrigos de visón y broches de diamantes; ocasionalmente se encontraba entre ellos un cigarro de a dólar o una galera comprada en alguna casa inglesa.

Ellsworth Toohey siempre estaba presente para mostrarles la casa. Con la inspección, los abrigos parecían mejores, y el derecho de las que los llevaban, incontestable, desde que establecía una superioridad y una virtud altruista, unidas en una demostración más imponente que una visita al depósito de cadáveres. Al regreso de tal inspección Ellsworth Toohey recibía felicitaciones por la obra maravillosa que hacía, y entonces le resultaba fácil conseguir cheques para emplearlos en sus otras actividades humanitarias, tales como publicaciones, cursos de conferencias, programas de radio, el taller de Estudios Sociales...

Catherine Halsey fue colocada a cargo de la terapéutica ocasional de los niños y se trasladó al Hogar como huésped permanente. Empezó el trabajo con celo feroz. Hablaba, insistentemente, de su trabajo a todo el que la quisiera escuchar. Su voz era seca y arbitraria. Cuando hablaba, su boca descendía en dos líneas, aparecidas recientemente, que partían de la nariz hasta el mentón. La gente prefería que no se quitase los lentes, sus ojos no eran un espectáculo agradable. Hablaba, beligerantemente, de su trabajo que no era caridad, sino una "reclamación humana".

El momento más importante que tenía en el día era la hora asignada a las actividades artísticas de los niños, conocido como el "Período creador". Había una habitación especial con este propósito, una habitación con la perspectiva de la línea distante de los rascacielos, en la cual los niños encontraban material y se les infundía valor para crear libremente bajo la guía de Catherine, que los cuidaba como un ángel que presidiera un nacimiento.

Estuvo exaltada el día que Jackie, el menos prometedor de todos, realizó un trabajo de imaginación completo. Jackie juntó puñados de pedazos de fieltro y un tarro de cola y los llevó a un rincón de la sala. En un

rincón había un borde en declive, proyectado en la pared, revocado y pintado de verde, que había quedado del modelado de Roark en el interior del templo y que había servido para comprobar la retirada de la luz del crepúsculo. Catherine se acercó a Jackie, y vio, extendida sobre el borde, la forma reconocible de un perro castaño con manchas azules y cinco piernas. Jackie tenía una expresión de orgullo.

—¡Miren, miren! —dijo Catherine a sus colegas—. ¿No es maravilloso y conmovedor? Nadie puede prever adonde va a llegar el chico con el propio estímulo. ¡Piensen lo que sucedería en sus almitas si fueran frustrados sus instintos creadores! Es importante no impedirles la realización de sus propias expresiones. ¿Han visto la cara de Jackie?

La estatua de Dominique había sido vendida. No se hizo público quién la había comprado. La había comprado Ellsworth Toohey.

La oficina de Roark se había reducido otra vez a una sola habitación. Después de la terminación del edificio "Cord" no había encontrado trabajo. La depresión había destruido la industria de la construcción. Había muy poco trabajo; se decía que el rascacielos había terminado. Muchos arquitectos cerraron sus oficinas.

Algunos pocos encargos caían ocasionalmente, y un grupo de arquitectos revoloteaba alrededor de ellos con la dignidad de una muchedumbre de compradores de pan. Entre ellos había hombres como Ralston Holcombe, hombres que nunca habían pedido, y que, al contrario, habían exigido referencias antes de aceptar a un cliente. Cuando Roark trató de conseguir un trabajo, fue rechazado. Sus modales corteses eran esfuerzo perdido. "¿Roark? —decían los prudentes hombres de negocios—. ¿El héroe de un diario sensacionalista? El dinero está demasiado escaso hoy en día para gastarlo después en juicios." Obtuvo algunos trabajos

remodelando fondas, un trabajo que no requería más que construir algunos tabiques y arreglar las tuberías.

—No lo acepte, Howard —le dijo Austen Heller, enojado—. ¡Qué audacia canallesca tienen al ofrecerle esa clase de trabajo después de haber hecho un rascacielos como el "Edificio Cord"! ¡Después de la "Casa Enright"!

—Yo acepto cualquier cosa —replicó Roark.

La sentencia del juicio de Stoddard le había costado más que la suma de sus honorarios del "Edificio Cord", pero había ahorrado bastante para vivir algún tiempo. Pagó el alquiler de Mallory y pagó la mayoría de las comidas que habían tenido juntos. Mallory trató de oponerse.

—Cállese, Steven —había dicho Roark—, no lo hago por usted. En una época como ésta, me debo algunos lujos. Así compro la cosa más valiosa que se puede comprar: su tiempo. Estoy compitiendo con todo el país, lo cual es casi un lujo, ¿verdad? Ellos quieren que usted se mercantilice y yo no quiero, quiero salirme con la mía en contra de ellos.

—¿Qué trabajos quiere que haga, Howard?

—Quiero que trabaje sin preguntarle a nadie qué trabajo quiere que haga.

Austen Heller lo supo por Mallory y habló a Roark en privado.

—Si usted lo ayuda a él, ¿por qué no me deja que yo le ayude a usted?

—Lo dejaría, si usted pudiera —dijo Roark—, pero no puede. Todo lo que él necesita es su tiempo. Él puede trabajar sin clientes. Yo no,

—Es divertido, Howard, verlo a usted en el papel de altruista.

—No tiene que insultarme. No es altruismo, pero le diré esto: la mayoría de la gente dice que está preocupada por los sufrimientos de los demás. Yo no.

Y, sin embargo, hay una cosa que no puedo comprender. La mayoría no dejaría de ayudar a un hombre ensangrentado que encontrara en la calle herido por un auto que lo llevó por delante y huyó, y la mayoría de ellos no se volverían para mirar a Steven Mallory. Pero ellos no saben que si se pudiera medir el sufrimiento, existe más en Steven Mallory cuando no puede trabajar como quiere, que en todo un campo de víctimas segadas por un tanque. Si uno tiene que aliviar los dolores del mundo, ¿no debe empezar por Mallory...? Sin embargo, no lo hago por eso.

Roark nunca había visto el "Templo de Stoddard" reconstruido. Una noche de noviembre fue a verlo. No sabía si significaba rendirse a un dolor o si era una victoria ante el temor de verlo.

Era tarde; el jardín del "Hogar Stoddard" estaba desierto. El edificio estaba oscuro y una luz únicamente brillaba en la ventana posterior del piso de arriba.

Roark se detuvo para mirar el edificio durante un largo rato.

La puerta del pórtico griego se abrió y una delgada figura masculina salió afuera. Se disponía a bajar la escalera, y de pronto se detuvo.

—¡Hola, señor Roark! —dijo Ellsworth Toohey tranquilamente.

Roark lo miró sin curiosidad.

—¡Hola! —dijo.

—Por favor, no se vaya.

La voz no tenía ironía, era sincera.

—No iba a escaparme.

—Creo que sabía que iba a venir por aquí algún día y yo quería estar aquí cuando viniera. Me he estado inventando excusas para detenerme en este lugar.

No se deleitaba con su voz; sonaba seca y simple.

—¿Y qué?

—No debería tener miedo de hablarme. Ya ve, yo

comprendo su trabajo. Lo que haga con él es cuestión aparte.

—Está en libertad de hacer lo que quiera con él.

—Comprendo su trabajo mejor que cualquier otro ser viviente, con la posible excepción de Dominique Françon. Y quizá mejor que ella. Eso es mucho, ¿verdad, señor Roark? No hay mucha gente en torno suyo que le pueda decir esto. Es un vínculo más fuerte que el que habría si yo fuera devoto suyo.

—Ya sabía que usted lo había comprendido.

—Entonces no tendrá dificultad en hablarme.

—¿De qué?

En la oscuridad pareció como si Toohey hubiese dado un suspiro. Después de un instante, señalando al edificio, pregunto:

—¿Comprende eso?

Roark no contestó.

Toohey continuó suavemente:

—¿Qué le parece? Como una masa sin sentido. Como una colección de maderas flotantes. Como un imbécil caos. Pues lo es, señor Roark. ¿No ve ningún método? Usted, que conoce el lenguaje de la estructura y el significado de la forma, ¿ve aquí algún propósito?

—No veo ninguno para discutirlo.

—Señor Roark, estamos solos aquí. ¿Por qué no me dice lo que piensa de mí? Con las palabras más crudas; al fin y al cabo, nadie nos oye.

—Yo no pienso en usted.

El rostro de Toohey tenía una expresión de estar atento, de escuchar algo, tranquilamente, simple como el hado. Se quedó en silencio y Roark le preguntó:

—¿Qué quería decirme?

Toohey lo contempló y después miró hacia los árboles desnudos que los rodeaban, al río que corría a lo lejos, a la gran eminencia del cielo, detrás del río.

—Nada —dijo Toohey. Se alejó.

Roark se quedó solo en la calzada vacía,
contemplando el edificio.

FIN DEL TOMO PRIMERO*



PLAZA & JANES, S. A
EDITORES

* Esta obra consta de dos tomos

El fondo literario más extenso e importante en lengua castellana